



Balzac

LA COMEDIA HUMANA

LOS SOLTERONES

- 1) *Pierrette*
- 2) *El cura de Tours*
- 3) *Un piso de soltero*
(*La Rabouillese*)



TOMO IX

Lectulandia

“La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: *La Comedia Humana*”.

Balzac

Lectulandia

Honoré de Balzac

Los solterones

1) Pierrette

2) El cura de Tours

3) Un piso de soltero

La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - 09

ePub r1.1

Piolin 16.08.15

Título original: *La Comédie Humaine*
Honoré de Balzac, 1832
Edición: Augusto Escarpizo
Traducción: Antonio Ribera
Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

TOMO IX

ESTE TOMO CONTIENE LAS SIGUIENTES OBRAS

LOS SOLTERONES:

Les célibataires

1) *Pierrette*

Pierrette, 1840

2) *El cura de Tours*

Le curé de Tours, 1832

3) *Un piso de soltero*

La Rabouilleuse, 1842



LOS SOLTERONES

1. - Pierrette



A Mademoiselle Arma de Hanska

Mi querida niña, a vos que sois la alegría de toda una casa; a vos, cuya esclavina blanca o rosada ondea en verano en los macizos de Wierzchownia como fuego fatuo que vuestros padres siguen con mirada enternecida, ¿cómo voy a dedicaros una historia llena de melancolía? ¿Es necesario hablaros de las desdichas que una joven adorada como vos no conocerá jamás, para que vuestras lindas manos puedan consolarlas un día? Es tan difícil, Anna, encontrar en la historia de nuestras costumbres una aventura digna de pasar bajo vuestros ojos, que el autor no tenía otra elección posible; mas quizá sabréis cuán feliz sois al leer la que os envía

*Vuestro viejo amigo,
De Balzac*

PIERRETE

Un día de octubre de 1827, al amanecer, un joven de unos dieciséis años, y cuyo aspecto denunciaba lo que la fraseología moderna llama con tanta insolencia un proletario, se detuvo en una plazoleta situado en el bajo Provins. A aquella hora pudo examinar, sin ser visto, las diferentes casas situadas a los lados de aquella plaza que forma un rectángulo. Los molinos asentados a orillas de los ríos de Provins ya funcionaban. Su ruido, repetido por los ecos de la parte alta de la población, en armonía con el aire vigorizante y las bellas claridades matinales, subrayaba el profundo silencio que permitía oír el estrépito que hacía una diligencia a una legua de distancia en la carretera. Las dos líneas más largas de casas, separadas por un bosquecillo de tilos, muestran construcciones ingenuas que revelan la existencia apacible y definida de los burgueses. En este lugar, el comercio brilla por su ausencia. ¡Apenas se veían entonces las lujosas puertas cocheras de la gente rica! Y si existían, giraban raramente sobre sus goznes, salvo la de monsieur Martener, un médico que estaba obligado a tener su cabriolé y a utilizarlo. Algunas fachadas estaban adornadas por un emparrado; otras, por rosales de largo tallo que ascendían hasta el primer piso, donde sus flores perfumaban las ventanas en apretados manojos esparcidos. Un extremo de dicha plaza llega casi hasta la calle Mayor de la parte baja de la villa. El otro extremo está cerrado por una arteria paralela a la calle Mayor y cuyos jardines se extienden a orillas de uno de los dos ríos que riegan el valle de Provins.

En esto extremidad, la más tranquila de la plaza, el joven obrero reconoció la casa que le habían indicado: una fachada de piedra blanca, cruzada por líneas ahuecadas que simulaban hiladas, y cuyas ventanas, con balconillos de hierro decorados con rosetones pintados de amarillo, estaban cerradas por persianas grises. Encima de esto fachada, cuya altura era la de la planta baja y un primer piso, tres lumbreras de buhardilla horadaban un techo recubierto de pizarra, sobre uno de cuyos aguilonos giraba una veleta nueva. Aquella veleta moderna representaba a un cazador en posición de tirar a una liebre. Se subía a la puerta intermedia por tres escalones de piedra. A un lado de la puerta, el extremo de un tubo de plomo vertía las aguas residuales a una pequeña zanja y anunciaba la cocina; por el otro, dos ventanas cuidadosamente cerradas por postigos grises, en los que sendas aberturas en forma de corazón dejaban pasar un poco de luz, le parecieron corresponder al comedor. En lo alto de los tres escalones, y debajo de cada ventana, se veían los respiraderos del sótano cerrados por portezuelas de plancha pintada y horadadas por agujeros muy historiados. Todo era nuevo, entonces. En esto casa restaurada y cuyo lujo aún reciente contrastaba con el viejo exterior de las restantes, un observador hubiera adivinado al punto las ideas estrechas y la perfecta satisfacción del pequeño comerciante retirado. El joven contempló estos detalles con una expresión de placer mezclado con tristeza. Su mirada iba de la cocina a la buhardilla con un movimiento

deliberado. El rosado resplandor del sol destacó, en una de las ventanas del desván, un visillo de calicó ausente en las otras lumbreras. La fisonomía del joven mostró entonces una expresión total de contento; dio unos pasos, se adosó a un tilo y se puso a cantar, con la Voz lánguida propia de las gentes del Oeste, un romance bretón que ha sido publicado por Bruguier, compositor al que debemos encantadoras melodías. En Bretaña, los mozos aldeanos lo cantan a los novios el día de su boda.

Os deseamos dicha en el matrimonio, a vuestro señor esposo y también a vos.

Acaban de uniros, señora esposa, con lazos de oro que sólo desatará la muerte.

No iréis más al baile, a lanzas y juegos; guardaréis la casa mientras nosotros iremos.

Habéis comprendido bien como tenéis que ser fiel a vuestro esposo: debéis amarlo como a vos misma.

Tomad este ramo que mi mano os ofrece.

¡Ay!, estos vanos honores pasarán como estas flores.

Esta música nacional, tan deliciosa como la que adaptó Chateaubriand a “¿Te acuerdas aún, hermana?”, cantada en el centro de un lugarejo de la Brie, en plena Champaña, debía evocar en una bretona vivos recuerdos, hasta tal punto pinta fielmente las costumbres, la sencillez y los lugares de este viejo y noble país. Domina en ella una indefinible melancolía causada por el aspecto de la vida real, que conmueve profundamente. Este poder de despertar un mundo de cosas graves, dulces y tristes, mediante un ritmo familiar y a menudo alegre, ¿no es la característica de estos cantos populares que son las supersticiones de la música, si aceptamos que la palabra superstición significa todo cuanto subsiste tras de la ruina de los pueblos y sobrevive a sus revoluciones? Al terminar la primera estrofa, el obrero, que no cesaba de mirar el visillo de la buhardilla, no vio que éste se moviese. Mientras cantaba la segunda, el calicó se agitó. Cuando hubo pronunciado las palabras “Tomad este ramo”, apareció la figura de una muchacha. Una mano blanca abrió con precaución la ventana y la joven saludó con una inclinación de cabeza al viajero en el momento en que éste acababa el pensamiento melancólico expresado por estos dos versos tan sencillos:

¡Ay!, estos vanos honores
pasarán como estas flores.

El obrero sacó de pronto, del interior de su chaqueta, una flor de color amarillo dorado, muy común en Bretaña y que sin duda había hallado en los campos de la Brie, donde es rara: la flor de la aulaga.

—¿Sois vos, Brigaut? —preguntó la joven en voz baja.

—Sí, Pierrette, sí. Estoy en París, dando la vuelta a Francia; pero soy capaz de establecerme aquí para estar cerca de vos.

En aquel momento, una falleba rechinó en la habitación del primer piso, encima de la de Pierrette. La bretona manifestó el más vivo temor y dijo a Brigaut:

—¡Huid!

El obrero saltó como una rana asustada hacia la esquina que formaba un molino con aquella travesía que desembocaba en la calle Mayor, la arteria de la parte baja del pueblo; pero a pesar de su presteza, sus zapatos claveteados, al resonar sobre el pequeño adoquinado de Provins, produjeron un ruido fácil de distinguir de la música del molino y que pudo oír la persona que abría la ventana.

Esta persona era una mujer. Ningún hombre se arranca al dulce sueño matinal para escuchar a un trovador de chaqueta; sólo las doncellas despiertan al oír cantos de amor. Así, era una doncella, pero muy entrada en años. Después de abrir las persianas con un gesto de murciélago, miró en todas direcciones y sólo oyó vagamente los pasos de Brigaut que huía. ¿Hay algo más horrible de ver que la aparición matinal de una vieja solterona que se asoma a su ventana? De todos los espectáculos grotescos que son la alegría de los viajeros que cruzan las pequeñas poblaciones, ¿no es éste el más desagradable? Es demasiado triste, demasiado repelente para causar risa. Aquella vieja, de oído tan fino, se presentaba despojada de los artificios de todo género que empleaba para embellecerse: No llevaba su encumbrada peluca ni su valona. Llevaba aquel horrible saquito de tafetán negro con el que las viejas se envuelven el occipucio y le salía por debajo de su gorro de dormir, alzado por los movimientos del cuello. Aquel desorden daba a su cabeza el aire amenazador que los pintores dan a las brujas. Las sienes, las orejas y la nuca, muy poco ocultas, dejaban ver su carácter árido y seco; sus ásperas arrugas destacaban por su tono rojizo y desagradable que subrayaba aún más el color casi blanco del camisón anudado al cuello por medio de cordoncillos retorcidos. El entreabierto camisón dejaba ver un pecho comparable al de una vieja campesina a quien poco importa su fealdad. El brazo descarnado producía el efecto de un bastón envuelto en una tela. Asomada a su ventana, aquella señorita parecía grande a causa del vigor y la extensión de su cara, que recordaba la amplitud inaudita de algunos rostros suizos. Su fisonomía, cuyos rasgos pecaban por un defecto de conjunto, tenía por característica principal una sequedad en sus líneas, una acritud en sus tonalidades, una insensibilidad en el fondo que hubieran asqueado a un fisionomista. Estos rasgos, entonces visibles, solían modificarse gracias a una especie de sonrisa comercial, una necesidad burguesa que fingía tan bien la bondad, que las personas con quien vivía esta señorita podían tomarla perfectamente por una buena persona. Poseía aquella casa “pro indiviso” con su hermano. Éste dormía tan tranquilamente en su habitación que ni la propia orquesta de la Ópera lo hubiera despertado, y eso que la tal orquesta tiene un diapasón célebre. La vieja solterona sacó la cabeza fuera de la ventana en dirección a la buhardilla, levantó sus ojillos de un azul pálido y frío, de pestañas cortas y plantadas en unos párpados casi siempre hinchados, tratando de ver a Pierrette; pero, después de reconocer la inutilidad de su maniobra, volvió a entrar en su habitación con un movimiento parecido al de una tortuga que oculta la cabeza después de haberla sacado del caparazón. Las persianas se cerraron y el silencio del lugar sólo fue turbado por los campesinos que llegaban o por personas que madrugaban. Cuando en una casa hay una solterona, los perros

guardianes sobran: nada le pasa desapercibido; por insignificante que sea el suceso, ella lo comenta y saca todas las consecuencias posibles. Asimismo, esta circunstancia había de dar curso a graves suposiciones, iniciando uno de estos dramas oscuros que se desarrollan en el seno de las familias y que, pese a permanecer secretos, no por ello son menos terribles, si el lector permite que aplique la palabra drama a esta escena de intimidades.

Pierrette no volvió a acostarse. Para ella, la llegada de Brigaut era un acontecimiento inmenso. Durante la noche, paraíso de los desgraciados, ella escapaba de los disgustos y de las complicaciones que tenía que soportar durante el día. Semejante al héroe de no recuerdo que balada alemana o rusa, el sueño le aparecía como una vida dichosa, y el día no era más que un mal sueño. Después de tres años, acababa de tener, por primera vez, un despertar agradable. Los recuerdos de su infancia cantaron melodiosamente sus poesías en su alma. Oyó en sueños la primera estrofa, la segunda la obligó a levantarse sobresaltada; al oír la tercera dudó: los desgraciados pertenecen a la escuela de Santo Tomás. A la cuarta estrofa, se acercó en camisón y descalza a la ventana, para reconocer a Brigaut, su amigo de la infancia. ¡Ah, en efecto, no había duda de que aquélla era la chaqueta cuadrada de pequeños faldones bruscamente cortados por los bolsillos que flotaban a la altura de los riñones, la chaqueta de paño azul característica de Bretaña, el chaleco de Ruán, de tela basta, la camisa de hilo cerrada por un corazón de oro, el gran cuello vuelto, los pendientes, los gruesos zapatones, el pantalón de tela azul, teñida de manera desigual según las longitudes del hilo, y, en fin, todas esas cosas humildes y fuertes que constituyen el traje de un bretón pobre! Los gruesos botones de cuerno blanco del chaleco y la chaqueta hicieron latir el corazón de Pierrette. A la vista del ramo de aulaga, sus ojos se bañaron en llanto y, después, un horrible terror le apretujó en el alma las flores de sus recuerdos, momentáneamente abiertas. Pensó que su prima había podido oír la levantarse y acercarse a la ventana; adivinó la presencia de la vieja e hizo a Brigaut aquella temerosa seña que el pobre bretón se apresuró a obedecer sin comprenderla en absoluto. ¿Esta sumisión instintiva, no representa uno de estos afectos inocentes y totales que, de un siglo al otro, surgen en esta tierra donde florecen como el áloe en la *Isola bella* dos o tres veces cada cien años? Quien hubiese visto a Brigaut poniendo tierra de por medio, hubiera admirado el heroísmo más ingenuo del más ingenuo sentimiento. Jacques Brigaut era digno de Pierrette Lorrain, que iba a cumplir quince años. ¡Dos criaturas! Pierrette no pudo contener el llanto al ver como huía con el miedo que su ademán le comunicó. Después fue a sentarse en un desvencijado sillón, ante una mesita sobre la que había un espejo. Se acodó en ella, tomó la cabeza entre las manos y permaneció pensativa durante una hora, recordando la Marisma, la aldea de Pen-Hoel, los peligrosos viajes emprendidos por el estanque en una barca que el pequeño Jacques le había desamarrado de un añoso sauce, y, después, el arrugado semblante de su abuela, de su abuelo, la cabeza dolorosa de su madre y las bellas facciones del mayor Brigaut; en fin, toda una

infancia sin preocupaciones. Tuvo también un sueño en el que veía luminosas alegrías sobre un fondo grisáceo. Llevaba en desorden sus bellos cabellos cenicientos bajo un gorrito arrugado mientras dormía, un gorrito de percal con adornos de tul plegados que ella misma se había hecho. A cada lado de las sienes surgían bucles rebeldes que habían escapado de los papillotes de papel gris. Sobre la nuca pendía una gruesa trenza aplanada y suelta. La palidez excesiva de su semblante revelaba una de esas horribles dolencias propias de las jóvenes, a la que la medicina ha dado el gracioso nombre de *clorosis* y que priva al cuerpo de sus colores naturales, trastorna el apetito y es indicio de grandes desórdenes en el organismo. Aquel tono de cera dominaba todo el color de sus carnes. El cuello y los hombros explicaban, con su palidez de hierba ahilada, la delgadez de los brazos echados hacia delante y cruzados. Los pies de Pierrette parecían reblandecidos y empequeñecidos por la enfermedad. El camisón le caía hasta media pierna y dejaba ver unos nervios fatigados, unas venas azuladas, unas carnes enflaquecidas. El frío que sentía dio un bello color violeta a sus labios. La triste sonrisa que plegaba las comisuras de su boca, bastante delicada, descubrió unos dientes de un marfil fino y una forma menuda, unos lindos dientes transparentes que armonizaban con sus finas orejas y la nariz algo puntiaguda pero elegante, así como con la forma del rostro que, pese a su perfecta redondez, era lindo. Toda la animación de aquel rostro encantador se encontraba en unos ojos cuyo iris, color tabaco de España, con puntos negros, brillaba con áureos reflejos alrededor de una pupila profunda y viva. Pierrette debió de ser alegre pero estaba triste. Su perdida alegría existía aún en la vivacidad del contorno de los ojos, en la gracia ingenua de la frente y en los planos de su corto mentón. Sus largas pestañas se dibujaban como pinceles sobre unos pómulos alterados por el sufrimiento. El blanco, prodigado con exceso, prestaba sin embargo una gran pureza a las líneas y los detalles de la fisonomía. La oreja era una pequeña obra maestra de escultura: Hubiérase dicho que era de mármol. Pierrette sufría de muchas maneras distintas. ¿Queréis conocer su historia? Voy a contárosla.

La madre de Pierrette era una de las señoritas Auffray, de Provins, hermana consanguínea de madame Rogron, madre de los propietarios actuales de aquella casa.

Casado primero a los dieciocho años, monsieur Auffray contrajo un segundo matrimonio a los sesenta y nueve años. De su primera unión le quedó una hija bastante fea y que desde los dieciséis años estaba casada con un mesonero de Provins llamado Rogron.

De su segundo matrimonio, el bueno de Auffray tuvo otra hija, pero esta encantadora. Así, a consecuencia de una curiosa circunstancia, había una enorme diferencia de edad entre las dos hijas de monsieur Auffray: La que tuvo con su primera mujer había cumplido cincuenta años cuando le nació la de la segunda. Cuando su anciano padre le dio una hermana, madame Rogron ya tenía dos hijos mayores.

A los dieciocho años, la hija del viejo enamorado se casó por propia inclinación

con un oficial bretón llamado Lorrain, capitán en la Guardia Imperial. El amor suele fomentar la ambición. El capitán, que quería alcanzar pronto el grado de coronel, pasó a las tropas de línea. Mientras que el jefe de batallón y su esposa, muy contentos con la pensión que les pasaban monsieur y madame Auffray, brillaban en París o corrían por Alemania a merced de las batallas y las paces imperiales, el viejo Auffray, antiguo tendero de Provins, fallecía a los ochenta años sin haber tenido tiempo de adoptar disposiciones testamentarias. La sucesión del buen hombre fue tan hábilmente maniobrada por el antiguo mesonero y su mujer, que absorbieron su mayor parte dejando únicamente a la viuda del bueno de Auffray la casa del difunto, que daba a la plazuela, y algunas tierras. Esta viuda, madre de la pequeña madame Lorrain, no tenía más que treinta y ocho años a la muerte de su marido. Como muchas viudas, tuvo la morbosa idea de volverse a casar. Vendió a su nuera, la vieja madame Rogron, las tierras y la casa que había obtenido en virtud de su contrato de matrimonio, a fin de poder casarse con un joven médico llamado Néraud, que dispuso su fortuna. Ella murió de pena y en la miseria dos años después.

Así, pues, la parte que hubiera podido corresponder a madame Lorrain, heredera de Auffray, desapareció casi totalmente, quedando reducida a unos ocho mil francos. El mayor Lorrain murió en el campo del honor en Montereau, dejando a su viuda de veintiún años al cuidado de una niña de catorce meses, sin otra fortuna que la pensión a la que tenía derecho y, cuando llegase el momento, la sucesión del matrimonio Lorrain, detallista en Pen-Hoel, aldea de la Vendée situada en la comarca llamada el Marais. Estos Lorrain, padres del oficial muerto, abuelos paternos de Pierrette Lorrain, vendían madera necesaria para la construcción, pizarras, tejas, lumbreras de tejado, tuberías, etc. Su comercio, ya fuese por incapacidad o por desgracia, iba de mal en peor y apenas les daba de que vivir. La quiebra de la célebre casa Collinet de Nantes, provocada por los acontecimientos de 1814, que produjeron una súbita baja en los artículos coloniales, acababa de hacerles perder veinticuatro mil francos que tenían invertidos en dicha empresa. Por lo tanto, su nuera fue muy bien recibida. La viuda del mayor aportaba una pensión de ochocientos francos, suma enorme en Pen-Hoel. Los ocho mil francos que su cuñado y su hermana Rogron le enviaron después de mil formalidades ocasionadas por la distancia, los confió a los Lorrain, hipotecando sin embargo una casita que éstos poseían en Nantes, alquilada por cien escudos y que apenas valía diez mil francos.

La joven madame Lorrain murió tres años después del segundo y fatal matrimonio de su madre, en 1819, casi al mismo tiempo que ella. La hija del viejo Auffray y de su joven esposa era frágil, pequeña y enfermiza; el aire húmedo del Marais le fue perjudicial. La familia de su marido la persuadió, para conservarla a su lado de que en ningún otro lugar del mundo encontraría un país más sano y más agradable que Marais, que fue testigo de las hazañas de Charette. Tanto la animaron, la cuidaron y la engatusaron, que aquella muerte hizo un gran honor a los Lorrain. Hay quien pretende que Brigaut, un antiguo vandeano, uno de aquellos hombres de

hierro que sirvieron a las órdenes de Charette, de Mercier, del marqués de Montauran y del barón Du Guénic en las guerras contra la República, tenía una parte importante en la resignación de la joven madame Lorrain. Si así fuese, esto demostraría ciertamente un alma en exceso amante y abnegada. Mas, por otra parte, todo Pen-Hoel veía a Brigaut —a quien llamaban respetuosamente “el mayor”, grado que alcanzó en las filas católicas— pasando el día y la noche en la sala, junto a la viuda del mayor imperial. Hacia los últimos tiempos, el cura de Pen-Hoel se permitió hacer algunas indicaciones a la vieja señora Lorrain, rogándole que decidiese a su nuera a casarse con Brigaut y prometiendo que haría nombrar al mayor juez de paz del cantón de Pen-Hoel por intermedio del vizconde de Kergarouët. La muerte de la pobre joven hizo que esta proposición quedase sin efecto. Pierrette permaneció en casa de sus abuelos, que le debían cuatrocientos francos de intereses anuales que, naturalmente, destinaban a su manutención. Aquellos viejos, cada vez más incapacitados para dedicarse al comercio, tuvieron un competidor activo e ingenioso al que colmaban de improperios sin que intentasen hacer nada por defenderse. El mayor, su consejero y amigo, murió seis meses después de su amiga, acaso de dolor o quizá de sus heridas: su número ascendía a veintisiete. Como buen comerciante, el mal vecino se propuso arruinar a sus adversarios para terminar con toda competencia. Hizo prestar dinero a los Lorrain haciéndoles firmar un pagaré, previendo que no podrían devolverlo, y, en su vejez, les obligó a declararse en quiebra. La hipoteca de Pierrette quedó en segundo término ante la hipoteca legal de su abuela, quien se atuvo a su derecho para que su marido conservase un pedazo de pan que llevarse a la boca.

La casa de Nantes fue vendida por nueve mil quinientos francos y hubo que pagar mil quinientos francos de derechos reales. Los ocho mil francos restantes pasaron a madame Lorrain, quien los invirtió en una hipoteca para poder vivir en Nantes en una especie de beaterio parecido al de Sainte Périne de París y llamado Saint-Jacques, donde los dos ancianos tuvieron techo y comida por una módica pensión. En la imposibilidad de conservar a su lado a su nieta arruinada, los esposos Lorrain se acordaron de su tío y de su tía Rogron, a los que escribieron. Los Rogron de Provins habían muerto. La carta de los Lorrain dirigida a los Rogron, parecía, pues, que tendría que perderse. Pero, si hay en este valle de lágrimas algo que pueda suplir a la providencia, ¿no es precisamente el servicio postal? El espíritu de Correos, incomparablemente superior al espíritu público, que, dicho sea de paso, no proporciona tantos ingresos, sobrepasa en cuanto a intervención al espíritu de los novelistas más consumados. Cuándo los servicios de correos poseen una carta, cuyo valor oscila entre los tres y los diez sueldos, sin hallar de inmediato al destinatario, despliega una solicitud financiera cuyo igual sólo se encuentra entre los más intrépidos acreedores. Los servicios de Correos van, vienen y hurgan en los 86 departamentos de Francia. Las dificultades aún estimulan más el genio de los empleados que a menudo son gente culta y que se dedican a la busca del “Desconocido” con el ardor de los matemáticos del Departamento de las Longitudes:

así escudriñan todo el reino. Al menor atisbo de esperanza, las oficinas de París vuelven a ponerse en movimiento. El destinatario suele quedar boquiabierto al ver los garabatos que adornan el anverso y el reverso de la carta, gloriosos comprobantes de la insistencia administrativa con que en Correos se han movido. El hombre que quisiera realizar lo que acaban de hacer los servicios de Correos, hubiera perdido diez mil francos en viajes, en tiempo y en dinero, para recuperar doce sueldos. Desde luego, el correo tiene mucho más espíritu del que demuestra. La carta de los Lorrain, dirigida a monsieur Rogron, de Provins, muerto desde hacía un año, fue reexpedida por los servicios de Correos a su hijo monsieur Rogron, mercero, que habitaba en la rue Saint-Denis, de París. Casos así ponen de relieve el espíritu de Correos. Un heredero siempre está más o menos atormentado por el deseo de saber si se ha quedado con todos los bienes de la sucesión, si no ha olvidado créditos y trastos viejos. El Fisco lo adivina todo, incluso los caracteres. Una carta dirigida al viejo Rogron de Provins, que había muerto, debía picar la curiosidad de su hijo en París, o de su hermana mademoiselle Rogron, que eran sus herederos. Así el Fisco recibió sus sesenta céntimos.

Los Rogron, pues, hacia los que los viejos Lorrain, desesperados por tener que separarse de su nieta, tendían sus manos suplicantes, habían de convertirse en los árbitros del destino de Pierrette Lorrain. Por lo tanto, es indispensable exponer sus antecedentes y explicar su carácter.

El padre Rogron, aquel mesonero de Provins a quien el viejo Auffray entregó la hija de su primer matrimonio, era un personaje de rostro inflamado, nariz venosa y mejillas sobre las que Baco había aplicado sus pámpanos rojizos y bulbosos. Si bien, grueso, bajo y panzudo, de piernas carnosas y manos macizas, poseía la finura de los mesoneros suizos, a los que se parecía. Su rostro representaba vagamente un espacioso viñedo dañado por el pedrisco. Desde luego, no poseía belleza, pero su mujer se le parecía. Nunca hubo pareja más proporcionada. Rogron era un amante de la buena mesa y le gustaba verse servido por lindas muchachas. Pertenecía a la secta de los egoístas de porte brutal que se entregan a sus vicios y hacen su voluntad ante el rostro de Israel. Avido, interesado, poco delicado, obligado a proveer a sus fantasías, devoró sus ganancias hasta el día en que le faltaron los dientes. Pero quedó su avaricia. En su vejez vendió el mesón; reunió, como se ha visto, casi toda la sucesión de su suegro, y se retiró a la casita de la plaza, comprada por una suma irrisoria a la viuda del padre Auffray, la abuela de Pierrette. Rogron y su mujer poseían alrededor de dos mil francos de renta, procedente del arriendo de veintisiete tierras de labor situadas en los alrededores de Provins, y de los intereses del precio de su mesón, vendido por veinte mil francos. La casa del viejo Auffray, aunque estaba en muy mal estado, fue habitada tal como estaba por aquellos antiguos mesoneros que se guardaron de tocarla como de la peste: las viejas ratas aman las grietas y las ruinas. El antiguo mesonero, que se aficionó a la jardinería, invirtió sus economías en la ampliación del jardín; lo hizo llegar hasta la orilla del río, convirtiéndole en un

rectángulo encajado entre dos murallas y terminado por un amontonamiento de piedras en el que la naturaleza acuática, abandonada a sí misma, desplegaba las riquezas de su flora. Al principio de su matrimonio, aquellos Rogron habían tenido, con intervalo de dos años, una hija y un hijo: todo degenera y sus vástagos eran espantosos. Criados por una nodriza campesina y a bajo precio, aquellos desdichados niños volvieron con la horrible educación aldeana, después de llorar mucho y a menudo cuando su nodriza que trabajaba en el campo dejaba de darles el pecho para encerrarlos durante todo este tiempo en una de aquellas estancias negras, húmedas y bajas que sirven de habitáculo al labriego francés. Sometidos a este régimen, los rasgos de aquellos niños se hicieron más grandes y su voz se alteró; halagaron de manera muy mediocre el amor propio de su madre, que intentó corregir sus malas costumbres por medio de un rigor que era ternura al lado del paterno. Los dejaron corretear por los patios, cuadras y dependencias del mesón, o vagar por el pueblo; en ocasiones les daban de latigazos; otras veces los enviaban a casa del abuelo Auffray, que los quería muy poco. Esta injusticia fue uno de los motivos que impulsaron a los Rogron a quedarse con una gran tajada de la sucesión de “aquel viejo desalmado”. Con todo, Rogron padre llevó a su hijo a la escuela y lo libró de quintas enviando en su lugar a uno de sus carreteros, a quien tuvo que pagar, desde luego. Cuando su hija Sylvie tuvo trece años, la envió a París en calidad de aprendiz en una casa comercial. Dos años después, envió a su hijo Jérôme-Denis por el mismo camino. Cuando sus amigos, sus compadres los carreteros, o los clientes habituales, le preguntaban qué pensaba hacer con sus hijos, Rogron padre explicaba su sistema con una brevedad que, comparado con lo que dicen la mayoría de padres, poseía el mérito de la franqueza:

—Cuando tengan edad de comprenderme les daré un puntapié, ya podéis imaginaros dónde, diciéndoles: “¡Id a hacer fortuna!” —respondía bebiendo o secándose los labios con el revés de la mano.

Después miraba a su interlocutor guiñando los ojos con aire fino:

—¡Ja, ja! No son más bestias que yo —añadía—. Mi padre me dio tres puntapiés y yo sólo les daré uno; él me puso un luis en la mano y yo les daré diez: eso quiere decir que serán más afortunados que yo. Éste es el buen sistema. Y cuando yo falte, lo que quede, si queda algo, los notarios ya sabrán encontrarlo para dárselo. ¡Molestarse por los hijos! ¡Qué tontería!... Los míos me deben la vida, yo los he alimentado y no les pido nada; aún están en deuda conmigo, ¿eh, vecino? Yo empecé siendo carretero, lo cual no me impidió casarme con la hija de ese viejo desalmado de padre Auffray.

Sylvie Rogron fue enviada por cien escudos de pensión como aprendiz a la rue Saint-Denis, en el comercio de unos negociantes oriundos de Provins. Dos años después estaba a la par: si por un lado no ganaba nada, por el otro sus padres habían dejado de pagar el alojamiento y la manutención. Esto es lo que se llama “estar a la par” en la rue Saint-Denis. Otros dos años después, durante los cuales su madre le

envió cien francos para que se mantuviese, Sylvie recibió cien escudos de sueldo. Así, desde los diecinueve años de edad, mademoiselle Sylvie Rogron alcanzó su independencia. A los veinte años, era la segunda señorita de la casa Julliard, comerciante en sedas, propietario del Ver-Chinois, en la rue Saint-Denis. La historia del hermano fue idéntica a la de su hermana. El pequeño Jérôme-Denis Rogron ingresó en casa de uno de los merceros más sólidos de la rue Saint-Denis, la casa Guépin, conocida por los Trois-Quenuilles. Si a los veintiún años Sylvie era la primera dependienta con mil francos de sueldo, Jérôme-Denis, mejor atendido por las circunstancias, se encontró con que a los dieciocho años era primer dependiente de los Guépin, también naturales de Provins, y con mil doscientos francos de sueldo. Ambos hermanos se veían todos los domingos y días festivos; los pasaban en lugares de diversión económicos, comían fuera de París e iban a visitar Saint-Cloud, Meudon, Belleville y Vincennes. A finales del año 1815, reunieron sus capitales, amasados con el sudor de sus frentes y que ascendían a unos veinte mil francos, y compraron a madame Guenée la célebre trastienda de la Soeur-de-Famille, una de las más sólidas casas de mercería al por menor. La hermana llevó la caja, el mostrador y los libros. El hermano fue amó y primer dependiente de una pieza, lo mismo que Sylvie fue durante algún tiempo su propia primera dependienta. En 1821, después de cinco años de explotación, la competencia se hizo tan viva y animada en el ramo que el hermano y la hermana apenas pudieron saldar sus fondos y sostener su antigua reputación. Aunque Sylvie Rogron sólo tenía por entonces cuarenta años, su fealdad, sus constantes afanes y cierto aire ceñudo hijo de la disposición de sus rasgos faciales pero también de sus preocupaciones, le daban el aspecto de una mujer de cincuenta años. A sus treinta y ocho años, Jérôme-Denis Rogron presentaba la fisonomía más abobada que ha ofrecido jamás un dependiente a sus parroquianos. Su frente aplastada, deprimido por la fatiga, estaba marcada por tres surcos áridos. Sus cortos cabellos grises, cortados casi al cero, expresaban la indefinible estupidez de los animales de sangre fría. La mirada de sus ojos azulados no arrojaba llamas ni pensamiento. Su cara redonda y aplanada no despertaba ninguna simpatía y ni siquiera provocaba la risa en los labios de los que se entregaban al examen de las diversas variedades existentes de parisién: más bien entristecía. Y por último, si bien era grueso y bajo como su padre, sus formas, desprovistas de la brutal gordura del mesonero, acusaban un abatimiento ridículo en sus menores detalles. La coloración excesiva de su padre estaba reemplazada en él por la anémica lividez propia de las personas que viven en trastiendas poco aireadas, en cabañas enrejadas llamadas Caja, plegando y desplegando sin cesar las telas, pagando o recibiendo, hostigando a los dependientes o repitiendo siempre las mismas cosas a los parroquianos. El escasísimo espíritu que poseían aquellos hermanos fue totalmente absorbido por su asociación comercial, por el Debe y el Haber, por el conocimiento de las leyes especiales y de los usos de la plaza de París. El hilo, las agujas, las cintas, los imperdibles, los botones, el material accesorio para los sastres, toda la inmensa cantidad de artículos,

en fin, que componen la mercería parisién, acapararon su memoria. Las cartas que había que escribir y contestar, las facturas y los inventarios, se apoderaron de toda su capacidad. Fuera de su ramo, no sabían absolutamente nada; incluso desconocían París. Para ellos, París era algo que se extendía alrededor de la rue Saint-Denis. El carácter estrecho de los hermanos tenía por campo de acción su mercería. Sabían fastidiar admirablemente a sus dependientes de ambos sexos y descubrir sus errores. Sólo se sentían contentos cuando veían todas las manos agitándose como patas de ratón sobre los mostradores, manejando la mercancía o recogiendo los artículos. ¡Qué satisfacción sentían al oír siete u ocho voces de señoritas y jóvenes orteras pronunciando las frases consagradas con las cuales los dependientes responden a las observaciones de los compradores! ¡Qué hermoso era entonces el día, que buen tiempo hacía! Cuando el azul del cielo infundía nueva vida en París, cuando los parisienses paseaban ocupándose sólo de la mercería que llevaban, “¡Mal tiempo para la venta!”, decía el imbécil del amo. La gran ciencia que convertía a Rogron en un ser admirado por los aprendices era el arte con que sabía atar, desatar, atar de nuevo y confeccionar un paquete. Rogron podía hacer un paquete viendo al propio tiempo lo que pasaba en la calle o vigilando su almacén en toda su extensión; lo había visto todo cuando, ofreciendo a su cliente, decía: “Aquí tiene, señora. ¿Desea algo más?”. Sin su hermana, aquel cretino se hubiera arruinado. Sylvie era una mujer juiciosa y poseía el genio de la venta. Dirigía a su hermano en las compras que efectuaban en fábricas y lo enviaba sin la menor piedad al otro extremo de Francia para ahorrar unos céntimos en la adquisición de un artículo. La finura que en mayor o menor grado poseen todas las mujeres no estaba al servicio de su corazón, sino que la empleaba en la especulación. ¡Hay que amortizar un fondo! Este pensamiento era el émbolo que ponía en movimiento a aquella máquina, comunicándole una espantosa actividad. Rogron no pasó de ser primer dependiente; no comprendía el conjunto de su negocio: el interés personal, que es el mayor vehículo del espíritu, no le hizo dar ni un paso. Solía quedar pasmado cuando su hermana ordenaba que se vendiese un artículo a precio de saldo, previendo que iba a pasar de moda; y después admiraba embobado a su hermana Sylvie. No razonaba bien ni mal, pues era incapaz de razonar; pero tenía el buen juicio de subordinarse a su hermana y lo hacía por una reflexión que se hizo al margen del comercio: “Es mi hermana mayor”, se dijo.

Quizás una vida constantemente solitaria, reducida a la satisfacción de sus necesidades, falta de dinero y de placeres durante la juventud, hubiera explicado a los fisiólogos y a los pensadores la expresión embrutecida de aquel rostro, la debilidad del cerebro, la actitud estúpida de aquel mercero. Su hermana impidió siempre que se casase, temiendo acaso perder su influencia en la casa, viendo una causa de gastos y de ruinas en una mujer que sin duda sería más joven y, desde luego, menos fea que ella. La necedad tiene dos maneras de ser: se calla o habla. La necedad muda es soportable, pero la necedad de Rogron era locuaz. Aquel detallista adquirió la costumbre de reprender a sus dependientes, de explicarles las minucias del comercio

de la mercería al detall, adornándolas con las bromas vulgares que constituyen la picaresca de los comercios y que en París se llama “bagout”. Este término, que antaño servía para designar la réplica pronta y aguda estereotipada, ha sido destronado por la palabra soldadesca de “blague”, o sea, broma, chanza. Rogron, escuchado a la fuerza por su pequeño mundo doméstico, Rogron, contento de sí mismo, terminó por crear su propia fraseología. Aquel hablador se creía orador. La necesidad de explicar a los parroquianos lo que éstos desean, de sondear sus deseos, de hacerles apetecer lo que no quieren, desata la lengua del detallista. Este pequeño comerciante termina por poseer la facultad de enhebrar frases cuyas palabras no encierran ninguna idea pero tienen éxito. Por último, explica procedimientos poco conocidos a su clientela; esto le proporciona cierta superioridad momentánea sobre los parroquianos, pero una vez fuera de las mil y una explicaciones necesarias para sus mil y un artículos, es, por lo que se refiere al pensamiento, como un pez puesto sobre la paja y al sol. Rogron y Sylvie, aquellos dos autómatas bautizados subrepticamente, no poseían en germen ni en acción los sentimientos que confieren al corazón su vida propia. Además, aquellas dos naturalezas eran excesivamente correosas y secas, endurecidas por el trabajo, las privaciones y el recuerdo de sus sufrimientos durante un largo y rudo aprendizaje. Ni él ni ella se compadecían de la desgracia. No eran implacables, sino intratables, respecto a las personas turbadas. Para ellos, la virtud, el honor, la lealtad y todos los sentimientos humanos consistían en pagar regularmente las facturas. Importunos, desalmados y de una sórdida economía, ambos hermanos gozaban de una horrible reputación entre los comercios de la rue Saint-Denis. A no ser por sus relaciones con Provins, adonde iban tres veces al año aprovechando épocas en que podían cerrar la tienda durante dos o tres días, se hubieran quedado sin dependientes. Pero Rogron padre enviaba a sus vástagos todos los infelices consagrados al comercio por sus progenitores, y hacía para ello la trata de aprendices de ambos sexos en Provins, donde por vanidad elogiaba la buena suerte de sus hijos. Y todos, atraídos por la perspectiva de ver a su hijo, o a su hija bien instruidos y vigilados y por la posibilidad de verlos suceder un día al “joven Rogron”, enviaban al hijo que le importunaba en su casa al comercio que regentaban aquel par de solterones. Pero así que el aprendiz o la aprendiz, con cien escudos para la pensión, encontraban el medio de abandonar aquella galera, tomaban las de Villadiego con una alegría que no hacía más que aumentar la terrible celebridad de los Rogron. Mas el infatigable mesonero siempre les encontraba nuevas víctimas. Desde los quince años de edad. Sylvie Rogron acostumbrada a maquillarse para la venta. Tenía dos máscaras: la fisonomía amable de la vendedora, y la fisonomía natural y propia de las solteronas marchitas. Su fisonomía adquirida poseía una mímica maravillosa: todo sonreía en ella. Su voz, que se había vuelto dulce y zalamera, envolvía a la clientela con su encanto comercial. Su verdadero semblante era el que se mostró entre las dos persianas entreabiertas, y hubiera puesto en fuga a los más decididos cosacos de 1815, pese a que prodigaban su amor a toda clase de

francesas.

Cuando llegó la carta de los Lorrain, los Rogron, que llevaban luto de su padre, heredaron la casa como quien dice robada a la abuela de Pierrette, sin olvidar las tierras adquiridas por el antiguo mesonero; además de ciertos capitales provenientes de préstamos usurarios hipotecados sobre adquisiciones hechas por campesinos, que el viejo borracho esperaba expropiar. Acababan de hacer su inventario anual. El fondo de la Soeur-de-Famille estaba amortizado. Los Rogron poseían alrededor de sesenta mil francos de mercadería en almacén, unos cuarenta mil francos en caja o en efectivo, y el valor de su tienda con los artículos que contenía. Sentados en la banqueta de terciopelo de Utrecht verde, rayado con tiras lisas, metida en un nicho cuadrado detrás del mostrador frente al que había un tablero semejante atendido por su primera dependienta, ambos hermanos celebraban consulta acerca de sus intenciones. Todos los comerciantes aspiran a la burguesía. Después de realizar la tienda con todo cuando ésta contenía, los hermanos dispondrían aproximadamente de ciento cincuenta mil francos, sin contar la herencia paterna. Inscribiendo en el Gran Libro los capitales disponibles, cada uno de ellos tendría de tres a cuatro mil libras de renta, incluso aunque destinasen a la restauración de la mansión paterna el valor de sus fondos, que sin duda les serían pagados a plazos. Por lo tanto, podrían irse a vivir juntos en Provins en una casa propia. Su primera dependienta era la hija de un rico agricultor de Donnemarie con nueve hijos; tuvo que proporcionarles una posición a todos, pues su fortuna, dividida en nueve partes, hubiera tocado a muy poca cantidad por cabeza. En cinco años, aquel agricultor perdió a siete de sus hijos; esto convirtió a un ser tan interesante en aquella primera dependienta que Rogron intentó inútilmente hacer su esposa. Aquella señorita manifestaba una aversión por su amo que desbarataba cualquier maniobra. Además, mademoiselle Sylvie se prestaba poco a ellas, oponiéndose incluso al casamiento de su hermano que quería convertir a aquella joven tan astuta en su sucesora. Aplazaba el casamiento de Rogron para cuando se hubiesen establecido en Provins.

No hay nadie, entre los transeúntes, capaz de comprender el móvil de la existencia criptogámica de algunos tenderos; uno los mira y se pregunta: “¿De qué? ¿Por qué viven? ¿Qué será de ellos? ¿De dónde proceden?”. Uno se pierde en conjeturas tratando de explicárselo. Para descubrir la escasísima poesía que germina en estas cabezas y vivifica estas existencias, es necesario abrirlas, pero no se tarda en encontrar el fondo sobre el cual todo reposa. El tendero parisién se alimenta de una esperanza más o menos realizable y sin la cual sin duda perecería: éste sueña con construir o administrar un teatro, aquél aspira a los honores de la alcaldía; el de más allá piensa en su casa de campo situada a tres leguas de París con su jardín llamado pomposamente parque en el que plantará estatuas de yeso coloreado, donde dispondrá surtidores parecidos a un hilo y donde invertirá sumas astronómicas; y aún hay otro que sueña con los mandos superiores de la guardia nacional.

Provins, aquel paraíso terrenal, despertaba en los dos merceros el fanatismo que

todas las bellas poblaciones de Francia inspiran a sus habitantes. Digámoslo en honor del campo: este amor es legítimo. Provins, una de las más encantadoras villas de Francia, rivaliza con el Frangistan y el valle de Cachemira; no sólo contiene la poesía de Saadi, el Homero de Persia, sino que además ofrece virtudes farmacéuticas a la ciencia médica. Unos cruzados plantaron rosas de Jericó en este valle delicioso en el que, por pura casualidad, adquirieron nuevas cualidades sin perder nada de sus primitivos colores. Provins no es solamente la Persia francesa; podría ser también Baden, Aix, Bath: ¡Posee aguas medicinales!

Éste era el paisaje que volvían a ver de un año para el otro y que, de vez en cuando, se aparecía a los dos merceros en el pavimento fangoso de la rue Saint-Denis. Después de atravesar las grises llanuras que se extienden entre la Ferté-Gaucher y Provins, auténtico desierto pero productivo, un desierto de trigo candeal, se llega a una colina. El viajero ve de pronto una villa regada por dos ríos a sus pies: junto al peñasco se extiende un valle verde en el que abundan las líneas felices y los horizontes huidizos. Si el viajero viene de París, atravesará Provins a lo largo, por esa eterna carretera real de Francia que pasa al pie de la colina que corta y que está provista de su ciego, de sus mendigos, que lo acompañarán con sus voces lamentables cuando quina examinar aquella pintoresca comarca inesperada. Si viene de Troyes, entrará por la parte llana de la región. El castillo, la villa antigua y sus viejos baluartes se alzan sobre la colina. La población moderna se: extiende a sus pies. Hay el Provins de arriba y el Provins de abajo: primero un lugar aireado, de calles rápidas, de bellos aspectos, rodeado de caminos hundidos semejantes a barrancos, adornados por nogales y que acribillan con sus vastas roderas la arista viva de la colina; villa silenciosa, pulcra, solemne, dominada por las ruinas imponentes del castillo; después viene un pueblo de molinos, bañado por las aguas del Voulzie y el Durtain, dos ríos de Brie, menudos, lentos y profundos; un pueblo de posadas, de comercios, de burgueses retirados, atravesado por las diligencias, por las calesas y los carros. Estas dos villas o esta única villa, con sus recuerdos históricos, la melancolía de sus ruinas, la alegría de su valle, sus deliciosos barrancos y torrentes llenos de hayas desmelenadas y de flores, su río bordeado de jardines, despiertan hasta tal punto el amor de sus hijos, que se portan como los auverneses, los saboyanos y los franceses: aunque salgan de Provins para hacer fortuna, siempre vuelven al lugar que les vio nacer. El proverbio “Morir en la madriguera”, hecho para los conejos y las personas fieles, podría ser la divisa de los naturales de Provins. ¡Los dos Rogron tampoco pensaban más que en su querido Provins! Mientras vendía hilo, el hermano volvía a ver la villa alta. Mientras guardaba cartulinas cargadas de botones, creía contemplar el valle. Mientras enrollaba y desenrollaba cintas, seguía el curso brillante de los ríos. Mientras contemplaba sus casilleros, trepaba de nuevo por los hondos caminos por los que antaño huía de la cólera de su padre, para ir a comer nueces y engullir zarzamoras. La plazoleta de Provins ocupaba, sobre todo, su pensamiento: pensaba en embellecer su casa, soñaba en la fachada que quería reconstruir, en las habitaciones,

en el salón, en la sala de billar, en el comedor y en el huerto que convertiría en jardín inglés con cuadros de césped, grutas, surtidores, estatuas, etc. Las habitaciones donde dormían los hermanos en el segundo piso de la casa de tres ventanas y seis plan tas, alta y amarilla como hay tantas en la rue Saint-Denis, sólo tenían por mobiliario lo estrictamente necesario; pero nadie, en París, poseía un mobiliario más rico que aquel mercero. Cuando iba por la ciudad, permanecía en la actitud de los fumadores de opio mientras contemplaba los bellos muebles expuestos y examinaba las colgaduras con que llenaba su casa. A la vuelta, decía a su hermana: “¡He visto en tal sitio tal mueble de salón que nos iría muy bien!”.

¡Al día siguiente compraba otro, y después otro! Devolvía durante el mes corriente los muebles del mes anterior. El presupuesto del Estado no hubiera podido pagar sus arreglos arquitectónicos: lo quería todo y daba siempre preferencia a las últimas intervenciones. Cuando contemplaba los balcones de las casas recién construidas, cuando estudiaba los tímidos intentos de ornamentación exterior, encontraba desplazados los dibujos, las molduras y las esculturas. “¡Ah —se decía—, estas cosas tan bellas lucirían mucho más en Provins que aquí!”. Cuando rumiaba su almuerzo a la puerta de su establecimiento, adosado al escaparate, con aire estúpido, el mercero veía una casa fantástica dorada por el sol de su ensueño, paseaba por su jardín, escuchaba el rumor de los surtidores que caían en perlas brillantes sobre una mesa redonda de piedra calcárea. Jugaba en su billar, plantaba flores. Si era su hermana la que estaba con la pluma en ristre, pensativa y sin acordarse de regañar a la dependencia, se contemplaba recibiendo a los burgueses de Provins. Se veía tocada con maravillosos sombreros en los espejos de su salón. Los hermanos Rogron empezaban a encontrar malsana la atmósfera de la rue Saint-Denis y el olor del barro de la Halle les hacía añorar el perfume de las rosas de Provins. Se hallaban dominados simultáneamente por una nostalgia y una monomanía, contrariados por la necesidad de vender sus últimas existencias de hilos, sus carretes de seda y sus botones. La tierra prometida del valle de Provins atraía tanto más a aquellos hebreos, cuanto que habían sufrido verdaderamente durante mucho tiempo: el que tardaron en atravesar, jadeantes, los arenosos desiertos de la Mercería.

La carta de los Lorrain llegó durante una de las meditaciones inspiradas por este radiante porvenir. Los merceros apenas conocían a su prima Pierrette Lorrain. El asunto de la sucesión Auffray, del que se ocupaba desde hacía tiempo el viejo mesonero, se había desarrollado mientras ellos se establecieron, y Rogron hablaba muy poco de sus capitales. Enviados en hora muy temprana a París, los dos hermanos apenas se acordaban de su tía Lorraine. Necesitaron una hora de discusiones genealógicas para recordar a su tía, fruto del segundo matrimonio de su abuelo Auffray, hermana consanguínea de su madre. Encontraron a la madre de madame Lorraine en madame Néraud, muerta de pena. Consideraron entonces que el segundo matrimonio de su abuelo fue para ellos una cosa funesta; su resultado había sido la partición de la herencia de Auffray entre las dos descendencias. Desde luego, ya le

oyeron ciertas recriminaciones a su padre, socarrón como correspondía a un buen mesonero. Los merceros examinaron la carta de los Lorraine a través de estos recuerdos poco favorables a la causa de Pierrette. Había motivo de discusión en el hecho de encargarse de una huérfana, de una niña, de una prima que, a pesar de todo, sería su heredera en el caso de que ninguno de los dos contrajese matrimonio. Estudiaron la cuestión bajo todas sus facetas. En primer lugar, no habían visto nunca a Pierrette. Después, sería un fastidio tener que ejercer de tutores de una niña. ¿No contraerían obligaciones hacia ella? Sería imposible despacharla si no les convenía. Y, por último, tal vez habría que casarla. Y si Rogron encontraba un buen partido entre las herederas de Provins, ¿no valdría más reservar toda su fortuna para sus hijos? Según Sylvie, un partido perfecto para su hermano era una joven estúpida, rica y fea, que se dejaría gobernar por ella. Los dos comerciantes decidieron rechazarla. Sylvie se encargó de la respuesta. El ajeteo de los negocios fue lo bastante considerable para retrasar esta carta que no parecía urgente y en la que la solterona dejó de pensar desde el momento en que su primera dependienta consintió ocuparse del fondo de la Soeur-de-Famille. Sylvie Rogron y su hermano partieron hacia Provins cuatro años antes del día en que la llegada de Brigaut había de despertar tal interés en la vida de Pierrette. Pero las acciones de estas dos personas en provincias exigen una explicación tan necesaria como la que dimos sobre su existencia en París, pues Provins no debía ser menos funesta para Pierrette que los antecedentes comerciales de sus primos.

Cuando el pequeño negociante venido a París de provincias vuelve a las provincias de París, siempre suele llevar consigo algunas ideas que después pierde entre la rutinaria vida de provincias en que se hunde y donde se mellan sus veleidades de renovación. Esto explica los pequeños cambios lentos, sucesivos, mediante los cuales París termina por arañar la superficie de las villas provinciales y que señalan de manera esencial la transición del ex tendero al provinciano inveterado. Esta transición constituye una auténtica enfermedad. Ningún detallista pasa impunemente de su continuo parloteo al silencio, y de su actividad parisina a la inmovilidad provincial. Cuando estas buenas gentes han conseguido amasar una pequeña fortuna, gastan una parte de ella en su pasión tanto tiempo oculta, vertiendo en la misma las últimas oscilaciones de un movimiento que no sabría detenerse a voluntad. Los que no acarician una idea fija viajan o se lanzan a las ocupaciones políticas del municipio. Éstos van de caza o pescan, importunan a sus colonos o a sus arrendatarios. Aquéllos se convierten en usureros como Rogron padre, o en accionistas como tantos desconocidos. El lector ya conoce el tema del hermano y la hermana, o, mejor dicho, su pasión o manía: tenían que satisfacer su real fantasía de manejar la paleta, para construirse su encantadora mansión. Esta idea fija proporcionó a la plaza de Provins de Abajo la fachada que acababa de examinar Brigaut, la distribución interior de dicha mansión y su lujoso mobiliario. El maestro de obras no clavó un clavo sin consultar a los Rogron sin hacerles firmar los dibujos y los presupuestos, sin

explicarles largamente y en detalle la naturaleza del objeto de la discusión, dónde se fabricaba y los distintos precios que tenía. En cuanto a las cosas extraordinarias, habían sido empleadas previamente en casa de monsieur Tiphaine, o en casa de la joven madame Julliard, o en casa de monsieur Garceland, el alcalde. Una semejanza cualquiera con uno de los ricos burgueses de Provins acababa siempre la batalla a favor del maestro de obras.

—Desde el momento en que monsieur Garceland tiene esto en su casa, póngalo aquí también —decía mademoiselle Rogron—. Debe de estar bien, pues tiene buen gusto.

—Sylvie, nos propone que pongamos óvolos en la cornisa del corredor.

—¿Y vos llamáis a esto óvolos?

—Sí, señorita.

—¿Y por qué? ¡Qué nombre tan singular! ¡No lo había oído mencionar nunca!

—¿Pero los habéis visto?

—Sí.

—¿Sabéis latín?

—No.

—¡Vaya! Pues bien, quiere decir huevos; los óvolos son huevos.

—¡Ya sois unos buenos bribones, los arquitectos! —exclamó Rogron—. ¡Es sin duda por esto que no dais nunca el brazo a torcer!

—¿Pintaremos el corredor? —decía el maestro de obras.

—No, por Dios —exclamaba Sylvie—. Serían otros quinientos francos.

—¡Oh! El salón y la escalera son demasiado bonitos para no decorar el corredor —decía el maestro de obras—. Madame Lesourd, la pequeña, hizo pintar el suyo el año pasado.

—Pero su marido, como procurador del rey, tal vez no se quedará en Provins.

—¡Oh! Algún día será presidente del Tribunal —contestaba el maestro de obras.

—Bien, ¿y qué me dice de monsieur Tiphaine?

—Monsieur Tiphaine tiene una mujer bonita, no me recato en decirlo: monsieur Tiphaine irá a París.

—¿Pintaremos el corredor?

—Sí, al menos, los Lesourd verán que valemos tanto como ellos —respondía Rogron.

El primer año que pasaron los Rogron en Provins estuvo totalmente ocupado por estas deliberaciones, por el placer de ver trabajar a los obreros, por las sorpresas y enseñanzas de toda clase que resultaron de ello, y por las tentativas hechas por los dos hermanos para emparentar con las principales familias de Provins.

Los Rogron no habían hecho nunca vida social; no salieron de su tienda: no conocían absolutamente a nadie en París y estaban sedientos de los placeres que proporciona la sociedad. A su regreso, los emigrados encontraron primero a monsieur y madame Julliard, del Ver-Chinois, con sus hijos y nietos; después, la familia de los

Guépin, o, mejor dicho, el clan de los Guépin, cuyo nieto aún se hallaba al frente de las Trois-Quenuilles; y finalmente a madame Guénée, que les vendió la Soeur-de-Famille, cuyas tres hijas se habían casado en Provins. Estas tres grandes estirpes, los Julliard, los Guépin y los Guénée, se extendían por la villa como la grama por el césped. El alcalde, monsieur Garceland, era yerno de monsieur Guépin. El cura del lugar, el abate Péroux, era hermano de madame Julliard, que era una Péroux de soltera. El presidente del tribunal, monsieur Tiphaine, era hermano de madame Guénée, que firmaba “nacida Tiphaine”.

La reina de Provins era la bella y joven madame Tiphaine, hija única de madame Robin, la acaudalada esposa de un antiguo notario de París, de quien nadie hablaba nunca. Delicada, bonita y espiritual, casada en provincias por voluntad de su madre que no la quería tener a su lado y la sacó de su pensionado unos días antes de la boda, Mélanie Robin se consideraba como desterrada en Provins, y se comportaba admirablemente bien. Provista de una espléndida dote, aún abrigaba bellas esperanzas. En cuanto a monsieur Tiphaine, su viejo padre había hecho a su hija mayor, madame Guénée, tales anticipos sobre su herencia, que una tierra que daba ocho mil libras de renta, situada a cinco leguas de Provins, revertería al presidente del tribunal. Por lo tanto los Tiphaine, casados con veinte mil libras de renta sin contar el puesto ni la casa del presidente, reunirían tarde o temprano otras veinte mil libras de renta. “No les va mal del todo”, decía la gente. La única, la gran obsesión de la bella madame Tiphaine consistía en conseguir el acta de diputado para su marido. El diputado llegaría a ser juez en París; y desde el tribunal, ella se prometía elevarlo prontamente hasta la corte real. También cuidaba ella del amor propio de sus visitantes, esforzándose por agradar. Y, lo que es más difícil aún, lo conseguía. Dos veces por semana recibía a toda la burguesía de Provins en su bella mansión de la parte alta de la villa. Aquella joven de veintidós años aún no había dado un solo paso en falso en el terreno resbaladizo en que se había colocado. Satisfacía el amor propio de todos, acariciaba las manías de sus visitantes: grave con las personas graves, joven con las jóvenes, esencialmente madre con las madres, alegre con las mujeres jóvenes y dispuesta a servir las, graciosa con todos; en fin, una perla, un tesoro, el orgullo de Provins. Aún no había dicho una palabra a nadie, pero todos los electores de Provins esperaban que su querido presidente alcanzase la edad requerida para el nombramiento. Todos y cada uno de ellos, seguros del talento que poseía, lo convertían en su candidato, en su protector. ¡Ah, monsieur Tiphaine llegaría, sería ministro de justicia, se ocuparía de Provins!

He aquí por qué medios la feliz madame Tiphaine llegó a reinar sobre la pequeña población de Provins. Madame Guénée, hermana de monsieur Tiphaine, después de haber casado a su primera hija con monsieur Lesourt, procurador del rey; la segunda con monsieur Martener, el médico, y la tercera con monsieur Auffray, el notario, contrajo segundas nupcias con monsieur Galardon, el recaudador de contribuciones. Las señoras de Lesourt, Martener, Auffray y su madre, madame Galardon, vieron en

el presidente Tiphaine al hombre más rico y más capaz de la familia. El procurador del rey, sobrino, por alianza de monsieur Tiphaine, tenía mucho interés en que su tío se fuese a París, para convertirse en el presidente del Tribunal de Provins. Así, aquellas cuatro damas (madame Galardon adoraba a su hermano) se convirtieron en la corte de madame Tiphaine, cuyo parecer y cuyos consejos seguían en todo. El primogénito de los Julliard, que se había casado con la hija única de un rico colono, experimentó una bella pasión, súbita, secreta y desinteresada, por la presidenta, aquel ángel bajado de los cielos parisienses. La ladina Mélanie, incapaz de cargar con un Julliard, pero muy capaz de mantenerlo en el estado de Amadis y de explotar su necedad, le aconsejó que publicase un periódico, al que ella sirvió de ninfa Egeria. Desde hacía dos años, pues, Julliard, impulsado por su romántica pasión, publicaba una hoja en Provins. El periódico, titulado *LA RUCHE (La Colmena), diario de Provins*, contenía artículos literarios, arqueológicos y médicos hechos en familia. La sección de anuncios cubría los gastos. Los suscriptores, en número de doscientos, eran el beneficio neto. Publicaba estancias melancólicas, incomprensibles en Brie y dedicadas a ¡¡¡ELLA!!!, así, con tres signos de admiración. De esta manera, el joven matrimonio Julliard, que cantaba las alabanzas de madame Tiphaine, reunió el clan de los Julliard con el de los Guénée. A partir de entonces, y como no podía por menos de ser, el salón del presidente se convirtió en el primero de la villa. La reducida aristocracia que se encontraba en Provins formaba un solo salón en la parte alta, en casa de la vieja condesa de Bréautey.

Durante los seis primeros meses de su trasplante, favorecidos por sus antiguas relaciones con los Julliard, los Guépin, los Guénée y, después de valerse de su parentesco con monsieur Auffray, el notario, biznieta de su abuelo, los Rogron fueron recibidos primeramente por madame Julliard madre y por madame Galardon; después llegaron con bastante dificultad al salón de la bella madame Tiphaine. Todos quisieron estudiar a los Rogron antes de admitirlos. Resultaba difícil no acoger a unos comerciantes de la rue Saint-Denis, nacidos en Provins y que regresaban allí a consumir sus ahorros. Sin embargo, el fin de cualquier sociedad consistirá siempre en amalgamar a las personas de fortuna, cultas, de modales distinguidos y que posean conocimientos y caracteres parecidos. Los Guépin, los Guénée y los Julliard eran personas de posición superior, de mayor antigüedad en la burguesía que los Rogron, hijos de un fondista usurero al que se le habían hecho algunos reproches en otro tiempo sobre su conducta privada y respeto a la herencia de Auffray. El notario Auffray, yerno de madame Galardon, Tiphaine de soltera, sabía a qué atenerse, pues aquel asunto fue resuelto por su predecesor. Aquellos antiguos negociantes, que regresaban después de doce años de ausencia, se habían puesto al nivel de la cultura, del arte de vivir y de los modales de aquella sociedad, a la que madame Tiphaine imprimía cierto sello de elegancia, cierto barniz parisién; en ella, todo era homogéneo: todos se comprendían, sabían a qué atenerse y hablaban de una manera agradable a los demás. Se conocían sus respectivos caracteres y se habían

acostumbrado a su mutua presencia. Una vez recibidos en casa de monsieur Garceland, el alcalde, los Rogron se preciaron de codearse en poco tiempo con la mejor sociedad de Provins. Fue entonces cuando Sylvie aprendió a jugar al *boston*. Rogron, incapaz de jugar a nada, hacía girar los pulgares y se tragaba las palabras después de haber hablado de su casa; pero sus palabras eran como una medicina y parecían atormentarlo mucho: se levantaba, dijérase que iba a hablar, se mostraba intimidado, volvía a sentarse y aparecían cómicas convulsiones en sus labios. Sylvie desarrolló ingenuamente su carácter en el juego. Fastidiosa, quejándose siempre que perdía, demostrando una alegría insolente cuando ganaba, quisquillosa, zumbona, impacientaba a sus adversarios, a sus compañeros, y se convirtió en el azote de la sociedad. Devorados por una envidia estúpida y franca, Rogron y su hermana tuvieron la pretensión de jugar un papel en una población sobre la que doce familias extendían una red de mallas apretadas, en la que todos los intereses y el amor propio de todos formaban como un pavimento sobre el cual los recién llegados debían andar con cuidado para no chocar con nada o para no resbalar. Suponiendo que la restauración de su casa costase treinta mil francos, entre ambos hermanos reunían diez mil libras de renta. Se creyeron riquísimos, importunaron a aquella sociedad con su lujo futuro y dejaron que les tomasen la medida de su pequeñez, de su crasa ignorancia, de sus estúpidos celos. La noche en que los presentaron a la bella madame Tiphaine, que ya los había observado en casa de madame Garceland, de su cuñada Galardon y de madame Julliard madre, la reina de Provins dijo confidencialmente a Julliard hijo, que se quedó un poco después de que todo el mundo se hubo ido, en reunión íntima con ella y el presidente:

—¿De veras os gustan esos Rogron?

—En cuanto a mí —dijo el Amadis de Provins—, diré que aburren a mi madre y cansan a mi mujer; cuando mademoiselle Sylvie entró como aprendiz en casa de mi padre, hace treinta años, él ya no podía soportarla.

—Lo que yo desearía hacerles comprender —dijo la linda presidenta poniendo su piececito sobre la barra de la pantalla de la chimenea— es que mi salón no es una hostería.

Julliard alzó los ojos al techo, como si dijese: "¡Dios mío, cuánto ingenio, qué finura de espíritu!"

—Yo quiero rodearme de una sociedad escogida y si admitiese a los Rogron ya no lo sería.

—No tienen corazón, ingenio ni modales —dijo el presidente—. Cuando después de vender botones durante veinte años, como hizo mi hermana, por ejemplo...

—Amigo mío, vuestra hermana no quedaría desplazada en ningún salón —observó madame Tiphaine.

—Cuando uno comete la estupidez de continuar siendo mercero —prosiguió el presidente— sin limpiarse el mugre; cuando uno toma a los condes de Champaña por recuerdos de vino espeso, como han hecho los Rogron esta noche, más vale no

moverse de casa.

—Son unos desvergonzados —dijo Julliard— Parece como si sólo hubiese una casa en Provins. Quieren aplastarnos a todos. Y si bien se mira, apenas si tienen de qué vivir.

—Si sólo fuese el hermano —prosiguió madame Tiphaine—, lo podríamos soportar, pues no resulta molesto. Bastaría con darle un rompecabezas chino para que se quedase quietecito en un rincón. Tardaría todo el invierno en descubrir la combinación. ¡Pero esa mademoiselle Sylvie, qué voz de hiena acatarrada! ¡Qué garras de lechuza! No repitas nada de esto, Julliard.

Cuando Julliard se hubo marchado, la mujercita dijo a su marido:

—Amigo mío, ya tengo más que bastante con los indígenas que estoy obligada a recibir; estos otros dos significarían la muerte; si me lo permites, prescindiremos de ellos.

—Desde luego, tú eres quien manda en tu casa —dijo el presidente—, pero nos crearíamos enemigos. Los Rogron pasarían a la oposición, que hasta ahora aún no tiene fuerza en Provins. El tal Rogron ya corteja al barón Gouraud y al abogado Vinet.

—¡Vaya! —dijo sonriendo Mélanie—, pues así te resultarán útiles. Donde no hay enemigos, no hay triunfos. Una conspiración liberal, una asociación ilegítima, una lucha cualquiera te pondrían en evidencia.

El presidente miró a su joven esposa con una especie de admiración llena de temor.

Al día siguiente, todos se susurraban al oído, en casa de madame Garceland, que los Rogron no habían tenido éxito en los salones de madame Tiphaine, cuya ingeniosa frase sobre el mesón no tardó en hacerse célebre. Madame Tiphaine tardó un mes en devolver su visita a mademoiselle Sylvie. Esta clase de insolencias producen gran efecto en provincias. Jugando al *boston* en casa de madame Tiphaine, Sylvie hizo una escena desagradable con la respetable madame Julliard madre, a causa de una soberbia baza que su antigua patrona le hizo perder, según dijo ella, con maldad y adrede. Sylvie, a quien le gustaba jugar malas pasadas a los demás, no concibió nunca que la quisieran pagar en la misma moneda. Madame Tiphaine dio el ejemplo de disponer las partidas antes de la llegada de los Rogron, con el resultado de que Sylvie tuvo que errar de mesa en mesa viendo como jugaban los demás, que la miraban desde sus sillas con expresión socarrona. En casa de madame Julliard madre se pusieron a jugar al *whist*, juego que no sabía Sylvie. La solterona terminó por comprender que la habían puesto fuera de la ley, sin que atinase a dar con los motivos. Se creyó víctima de los celos generales. Los Rogron pronto dejaron de recibir invitaciones, pero insistieron en ir a pasar las veladas fuera de casa. Las personas discretas se burlaron de ellos, sin hiel, con dulzura, haciéndoles decir enormes necedades sobre los óvolos de su casa y sobre cierta bodega donde guardaban un licor que no tenía igual en Provins. Sin embargo, un buen día la casa de

los Rogron se terminó. Como es de suponer, ofrecieron algunas cenas suntuosas, tanto para devolver las atenciones recibidas como para exhibir su lujo. Casi todos fueron impulsados únicamente por la curiosidad. La primera cena se celebró en honor de los personajes principales, monsieur y madame Tiphaine, en cuya casa los Rogron no habían comido ni una sola vez; los señores de Julliard, padre e hijo, madre y nuera; monsieur Lesourd, el señor cura; los señores de Galardon. Fue una de aquellas cenas de provincias en que la sobremesa dura desde las cinco hasta las nueve. Madame Tiphaine importaba a Provins las grandes modas de París, donde las personas de la buena sociedad abandonan el salón después de tomar café. Tenía una velada en su casa y quiso evadirse; pero los Rogron siguieron al matrimonio hasta la calle, y cuando volvieron, estupefactos de no haber podido retener al señor presidente y a la señora presidenta, los demás invitados les explicaron el buen gusto que tenía madame Tiphaine, apresurándose a imitarla con la cruel celeridad propia de Provins.

—No verán nuestro salón iluminado —dijo Sylvie—, y la luz es su mejor adorno.

Los Rogron habían querido dar la sorpresa a sus invitados. Nadie había podido ver aún aquella casa que se había hecho célebre. Así, todos los habituales concurrentes al salón de madame Tiphaine esperaban con impaciencia su veredicto sobre las maravillas del palacio Rogron.

—Pues bien —le dijo la pequeña madame Martener—, vos, que habéis visto el Louvre, podréis contárnoslo bien todo.

—Todo, será como la cena, o sea muy poca cosa.

—¿Cómo es posible?

—Pues bien, voy a decíroslo: esta puerta intermedia, cuyos travesaños de hierro colado dorado que ya conocéis hemos tenido que admirar necesariamente —dijo madame Tiphaine—, da acceso a un largo corredor que divide de manera muy desigual la casa, pues a la derecha sólo hay una ventana que dé a la calle, mientras que a la izquierda hay dos. Por el lado del jardín, este corredor termina en la puerta vidriera de la escalinata, que desciende hacia un terreno cubierto de césped, adornado por un pedestal sobre el que se alza una estatua de yeso de Espartaco, pintada de color de bronce. Detrás de la cocina, el arquitecto ha dispuesto, bajo la caja de la escalera, una pequeña despensa que no han querido enseñarnos. Esta escalera, pintada totalmente de color de mármol, consiste en una rampa acanalada que gira sobre sí misma como las escaleras de caracol que, en los cafés, conducen de la planta baja a las habitaciones del entresuelo. Ésta chuchería de madera de nogal, de una liviandad peligrosa y con balaustrada adornada de cobre, nos ha sido presentada como una de las siete nuevas maravillas del mundo. Debajo está la puerta de la bodega. Al otro lado del corredor, mirando a la calle, se encuentra el comedor, que comunica por una puerta de dos batientes con un salón de las mismas dimensiones, desde cuyas ventanas se ve el jardín.

—Así, ¿no hay antecámara? —preguntó madame Auffray.

—La antecámara es sin duda este largo corredor donde se está entre dos aires —

respondió madame Tiphaine—. Hemos tenido la idea evidentemente nacional, liberal, constitucional y patriótica de emplear únicamente maderas de Francia —prosiguió—. Así, el entarimado del comedor es de nogal y dispuesto en punto de Hungría. Los aparadores, la mesa y las sillas son también de nogal. En las ventanas hay cortinas de calicó blanco encuadradas por bandas rojas, sujetas por vulgares alzapaños también encarnados a unos ganchos exagerados, de rosetones recortados, de un color dorado mate y cuyo pomo destaca sobre un fondo rojizo. Estas magníficas cortinas corren sobre barras terminadas por adornos en forma de palma, muy extravagantes, donde las sujetan unas garras de león de cuero repujado, dispuestas en lo alto de cada pliegue. Sobre uno de los aparadores hay un reloj de café suspendido de una especie de servilleta de bronce dorado, una de esas ideas que gustan especialmente a los Rogron. Quisieron que admirase este hallazgo; yo no encontré nada mejor que decirles que, en mi opinión, el lugar más adecuado para colocar una servilleta alrededor de un reloj era desde luego en un comedor. Sobre este aparador hay dos grandes lámparas parecidas a las que adornan el mostrador de los restaurantes célebres. Encima del otro hay un barómetro excesivamente historiado, que al parecer juega un gran papel en su existencia: Rogron lo mira como miraría a su novia. Entre las dos ventanas, el ordenador de la casa ha puesto una estufa de loza blanca en un nicho horriblemente adornado. En las paredes brilla un magnífico papel rojo y oro, como el que se encuentra en aquellos mismos restaurantes, que es donde Rogron debe de haberlo descubierto. La cena nos fue servida en un servicio de porcelana blanco y oro, con platos de postre azul claro con flores verdes, pero nos han abierto uno de los aparadores para que viésemos otro servicio para diario de barro cocido color pipa. Frente a cada aparador, un gran armario sirve para guardar los manteles. Todo está barnizado, limpio, nuevo y lleno de tonos llamativos. Yo aún admitiría este comedor: tiene cierto carácter; aunque resulte desagradable, pinta muy bien el de los dueños de la casa, pero es imposible soportar cinco de esos grabados en negro contra los que el Ministerio del Interior debería presentar una ley, y que representan a Poniatowski saltando al Elster, la defensa de la barrera de Clichy, Napoleón apuntando una pieza de artillería y los dos Mazeppa, todos ellos encuadrados en marcos dorados cuyo modelo vulgar es el que conviene a estos grabados, capaces de despertar aversión por las obras de más éxito. Desde luego, me gustan mucho más los pasteles de madame Julliard, que representan frutos, estos excelentes pasteles pintados durante el reinado de Luis XV, y que armonizan con este viejo y agradable comedor, de enmaderados grises y un poco carcomidos, pero que tienen todo el carácter de la provincia y hacen juego con la maciza vajilla de plata familiar, con la porcelana antigua y con nuestras costumbres. La provincia es la provincia: hace el ridículo cuando quiere imitar a París. Me diréis quizá: vos sois orfebre, monsieur Josse; pero yo prefiero este viejo salón de monsieur Tiphaine padre, con sus gruesos cortinajes de lampatan verde y blanco, con su chimenea Luis XV, sus entrepaños contorneados, sus antiguos espejos de perlas y sus venerables mesitas de juego; mis viejos vasos de Sèvres, de un año

azul, montados en cobre, igualmente añoso; mi reloj de pared de flores imposibles, mi araña rococó, y mi mueble de tapicería, a todos los esplendores de su salón.

—¿Cómo es? —preguntó monsieur Martener, muy ufano por el elogio que la bella parisiense acababa de hacer con tanta habilidad de la provincia.

—En cuanto al salón, es de un bello color rojo, el mismo que adquiere mademoiselle Sylvie cuando se enfada por haber perdido una baza.

—El rojo Sylvie —comentó el presidente. Esta palabra quedó incorporada al vocabulario de Provins.

—¿Las cortinas de las ventanas?... ¡Rojas! ¿Los muebles?... ¡Rojos! ¿La chimenea?... ¡De mármol rojo! ¿Los candelabros y el reloj de péndulo?... De mármol rojo, montados en bronce de lo más vulgar y pesado; pies de lámpara romanos sostenidos por ramas y follajes griegos. Desde lo alto del reloj, un enorme león de adorno y que perjudicará durante mucho tiempo a los auténticos leones, nos contempla a la manera de los Rogron, o sea con aspecto estúpido. Este león tiene una gruesa bola bajo una de sus patas, un detalle de las costumbres del león de adorno; se pasa la vida sujetando una enorme bola negra, exactamente como si fuese un diputado de izquierdas. Quizás esto sea un mito constitucional. La esfera de este reloj muestra un curioso trabajo. El espejo de la chimenea presenta un marco de pastas aplicadas, de un efecto ramplón, vulgar aunque nuevo. Pero el genio del tapicero alcanza su apogeo en los pliegues radiales de una tela roja que parten de un alzapuños colocado en el centro de la parte delantera de la chimenea, un poema romántico compuesto expresamente para los Rogron, que se extasían al mostrarlo a sus invitados. Del centro del techo pende una araña cuidadosamente envuelta en una funda de percalina verde, y con razón, pues es de pésimo gusto; el bronce, de un tono agrio, está adornado por filetes de oro bruñido de lo más detestable. Debajo hay una mesita de té, redonda, de mármol negro vetado de amarillo, que ofrece una bandeja con aguas metálicas en la que relucen unas tazas de porcelana pintada —¡y qué pinturas! —, agrupadas en torno a una azucarera de cristal tallado con tal arrogancia que nuestras nietas abrirán ojos como platos al admirar los círculos de cobre dorados que lo bordean y aquellas costillas acuchilladas como un jubón de la Edad Media y las pinzas para tomar el azúcar, de las que probablemente no se servirán jamás. Este salón tiene las paredes recubiertas de un papel rojo que imita el terciopelo, encuadrado por paneles con varillas de cobre su jetas en los cuatro extremos por grapas que representan enormes palmas. Cada panel está adornado además con una litocromía encuadrada en marcos sobrecargados de festones de pasta que simulan nuestras bellas esculturas de madera. El mobiliario, de casimir y raíz de olmo, se compone al estilo clásico de dos canapés, dos poltronas, seis sillones y seis sillas. La consola está adornada por un jarrón de alabastro llamado de Médicis, puesto bajo una campana de vidrio, y de aquel magnífico repertorio de licores tan célebre. Nos han dicho y repetido “que no existe otro igual en Provins”. Cada hueco de ventana, cubierto de magníficos cortinajes de seda roja acompañados de cortinas de tul,

contiene una mesita de juego. La alfombra es de Aubusson. Los Rogron no han dejado de meter mano en este fondo rojo de rosetones floridos, que es el más vulgar de los dibujos corrientes. Este salón no parece estar muy frecuentado: no se ven en él ni libros ni grabados, ni esos objetos menudos que adornan las mesas —dijo ella, mirando su mesa cubierta de objetos de moda, de álbum, de bellas chucherías que le habían regalado—. No hay flores ni nada de esas cosas que se renuevan. Es frío y seco como mademoiselle Sylvie. Buffon tiene razón: el estilo es el hombre, y, desde luego, los salones tienen un estilo.

La bella madame Tiphaine continuó su descripción epigramática. Teniendo en cuenta la muestra, el lector podrá figurarse fácilmente cómo eran las habitaciones que ambos hermanos ocupaban en el primer piso y que enseñaron a sus invitados; pero nadie sería capaz de imaginarse los estúpidos experimentos que el avisado maestro de obras hizo realizar a los Rogron: las molduras de las puertas, las contraventanas labradas, las pastas de adorno en las comisas, las bonitas pinturas, las manos de cobre dorado, las campanillas, los interiores de chimenea dotados de sistemas fumívoros, los inventos para evitar la humedad, los cuadros de marquetería figurados por la pintura en la escalera, la vidriera, las cerraduras superfinas; en fin, todas esas chucherías que aumentan el costo de una construcción y que son del agrado de los nuevos ricos, fueron prodigadas a manos llenas.

Nadie quiso asistir a las reuniones que daban los Rogron, cuyas pretensiones abortaron. Las excusas no faltaron: todas las veladas estaban comprometidas con madame Garceland, madame Galardon, las señoras Julliard, madame Tiphaine, con el subprefecto, etc. Para reunir una sociedad a su alrededor, los Rogron creyeron que bastaba con dar de cenar a sus invitados: el resultado fue que acudieron a su casa unos cuantos jóvenes bastante burlones y los comilones que se encuentran en todos los países del mundo; pero todas las personas graves brillaron por su ausencia. Asustada por la pérdida fulminante de cuarenta mil francos, que desaparecieron en la casa como en un pozo sin fondo, en la casa que ella llamaba su querida mansión, Sylvie quiso recuperar aquella suma haciendo economías. Así, pues, empezó por renunciar a aquellas cenas, que le costaban de treinta a cuarenta francos, sin contar los vinos, y que no realizaban su esperanza de reunir a su alrededor una sociedad elegante, que es tan difícil de crear en provincias como en París. Sylvie despidió a su cocinera y tomó a una moza campesina para las faenas de la casa. Y ella misma se dedicó a cocinar “para entretenerse”.

Catorce meses después de su llegada, los hermanos Rogron se hundieron en una vida solitaria y desocupada; El ostracismo a que les habían condenado engendró en el corazón de Sylvie un odio feroz contra los Tiphaine, los Julliard, los Auffray, los Garceland y, en fin, contra la buena sociedad de Provins, que ella llamaba “la camarilla” y con la que sus relaciones se hicieron extremadamente frías. Ella hubiera deseado oponerle una segunda sociedad, pero la burguesía inferior estaba totalmente compuesta de pequeños comerciantes, libres solamente los domingos y días de

guardar, y de gente corrompida como el abogado Vinet y el médico Néraud, bonapartistas inadmisibles como el coronel barón Gouraud, con los que, sin embargo, Rogron empezó a relacionarse, sin pararse a reflexionar en las consecuencias, y contra los cuales la alta burguesía intentó vanamente precaverlo. A consecuencia de ello, los hermanos tuvieron que quedarse junto a su estufa, en su comedor, recordando sus antiguos negocios, las caras de sus clientes y otras cosas igualmente agradables. No terminó el segundo invierno sin que el aburrimiento pesara sobre ellos de manera espantosa. No sabían cómo matar el tiempo durante el día. Por la noche, al ir a acostarse, decían: “¡Ya hemos pasado otro!”. Por la mañana no tenían prisa en levantarse, se hacían el remolón en la cama y se vestían despacio. Rogron se afeitaba todos los días, se examinaba la cara, explicaba a su hermana todos los cambios que creía distinguir en ella; discutía con la criada sobre la temperatura del agua caliente; salía al jardín para mirar si las flores se habían abierto; se aventuraba hasta el borde del estanque, donde había hecho construir un quiosco; observaba la carpintería de blanco de su casa: ¿Se había desencajado? ¿Se había resquebrajado algún cuadro a causa del sentamiento? ¿Se aguantaban las pinturas? Volvían para hablar del temor que le inspiraba el estado de una gallina enferma o de un lugar en el que aparecían manchas de humedad, a su hermana que se hacía la atareada poniendo la mesa y regañando a la sirvienta. El barómetro era el mueble más útil para Rogron: lo consultaba sin motivo, le daba golpecitos familiares como si fuese un amigo y después decía:

—¡Qué asco de tiempo!

A lo que su hermana respondía:

—¡Bah, hace el tiempo propio de la estación!

Si alguien iba a verle cantaba las excelencias de aquel instrumento. El almuerzo les servía para pasar otro rato. ¡Con qué lentitud aquellos dos seres masticaban cada bocado! Así, su digestión era perfecta y no era de temer que sufriesen una úlcera de estómago. Pasaban el mediodía leyendo la “Ruche” y el “Constitutionnel”. Estaban suscritos al diario parisiense a terceras partes con el abogado Vinet y el coronel Gouraud. El propio Rogron llevaba los periódicos al coronel, que vivía en la misma plaza, en casa de monsieur Martener, y cuyos largos relatos le producían un placer enorme. Rogron se preguntaba por qué podía ser peligroso el coronel. Cometió la estupidez de hablarle del ostracismo a que lo habían condenado, de contarle lo que decía la camarilla. Sólo Dios sabe cómo el coronel, que era tan temible con la pistola como con la espada, y que no tenía miedo de nadie, dejó malparados a la Tiphaine y a su amigo Julliard, y a los ministeriales de la parte alta de la villa, gentuza vendida al extranjero, capaces de todo para conseguir cargos, que durante las elecciones leían a su capricho los nombres que figuraban en los boletos, etc. Alrededor de las dos, Rogron daba un pequeño paseo. Se sentía muy contento cuando un tendero lo interpelaba desde la puerta de su establecimiento, para decirle:

—¿Qué tal, padre Rogron?

Entonces charlaban y él se enteraba de los últimos chismes de Provins, de los que tomaba buena nota para referirlos a su vez, junto con noticias y rumores. Subía a la parte alta de la población y, si hacía buen tiempo, seguía los barrancales. A veces encontraba algún que otro viejo, que había salido, como él, a paseo. Estos encuentros constituían felices acontecimientos. Había en Provins personas desengañadas de la vida parisiense, sabios modestos que vivían con sus libros. Juzgue el lector sobre cuál sería la actitud de Rogron al escuchar a un juez suplente llamado Desfondrilles, más arqueólogo que magistrado, cuando decía al viejo monsieur Martener padre, hombre culto e instruido, mostrándole el valle:

—¿Queréis explicarme por qué los ociosos de toda Europa van a Spa en vez de ir a Provins, si las aguas de Provins poseen una superioridad reconocida por la medicina francesa, una acción vigorosa digna de las propiedades médicas de nuestras rosas?

—¡Qué queréis que os diga! —replicaba su culto interlocutor—. Es uno de los caprichos del Capricho, inexplicable como él. El vino de Burdeos era desconocido hace cien años: el mariscal de Richelieu, una de las figuras más grandes del siglo pasado, el Alcibiades francés, fue nombrado gobernador de la Guayana; tenía el pecho estropeado y, Dios sabe por qué, el vino de su tierra lo restauró, lo restableció. Burdeos adquirió entonces cien millones de renta y el mariscal amplió su territorio hasta Angulema, hasta Cahors, hasta cuarenta leguas a la redonda, en fin. ¿Quién sabe dónde terminan los viñedos de Burdeos? ¡Y el mariscal no tiene estatua ecuestre en esa ciudad!

—¡Ah, si se produjese un acontecimiento como éste en Provins, dentro de un siglo o dentro de dos, podrá verse, espero —proseguía entonces monsieur Desfondrilles—, en la pequeña plaza de la villa baja o en el castillo, en la villa alta, algún bajorrelieve de mármol blanco que represente la testa de monsieur Opoix, el restaurador de las aguas minerales de Provins!

—Mi querido señor, quizá la rehabilitación de Provins sea imposible —decía el viejo monsieur Martener padre—. Esta ciudad ha hecho quiebra.

Entonces Rogron abría desmesuradamente los ojos y preguntaba, estupefacto:

—¿Cómo?

—En el siglo XII, cuando los condes de Champaña tenían su corte en Provins, y el rey René tenía la suya en Provenza, era una capital que competía victoriosamente con París —respondía aquel hombre instruido—. En aquel tiempo, la civilización, la alegría, la poesía, la elegancia, las damas, todos los esplendores sociales, en fin, no estaban exclusivamente en París. Las ciudades se rehacen con tanta dificultad como las casas comerciales de sus ruinas: sólo nos queda de Provins el perfume de nuestra gloria histórica, el de nuestras rosas y una subprefectura.

—¡Ah, qué sería de Francia si hubiese conservado todas sus capitales feudales! —exclamaba Desfondrilles—. ¿Es posible que los subprefectos puedan reemplazar a la estirpe poética, galante y guerrera de los Thibault, que hicieron de Provins lo que Ferrara era en Italia, lo que fue Weimar en Alemania y lo que hoy quisiera ser

Munich?

—¿Provins fue una capital? —preguntaba Rogron.

—Decidme, ¿de dónde venís? —le respondía el arqueólogo Desfondriles.

El juez suplente golpeaba entonces con su bastón el suelo de la ciudad alta y exclamaba:

—¿Pero es que no sabéis que toda esta parte de Provins está construida sobre criptas?

—¿Criptas?

—¡Pues sí, criptas de una altura y una extensión inexplicables! Son como naves de catedral sostenidas por pilares.

—El señor escribe una gran obra arqueológica en la que se propone explicar estas singulares construcciones —decía el viejo Martener, que ya veía al juez abordando su manía favorita.

Rogron regresaba encantado de saber que había construido su casa en aquel valle. Las criptas de Provins le requirieron de cinco a seis días para efectuar su exploración, e hicieron el gasto de la conversación de los dos célibes durante muchas veladas. Rogron se enteraba así de cosas nuevas sobre el viejo Provins, sobre las alianzas de las familias, o antiguas anécdotas políticas que refería a su hermana. Asimismo, decían cien veces durante sus paseos y a menudo varias veces a la misma persona: “Hola, ¿qué se cuenta por ahí? Hola, ¿qué hay de nuevo?”. De vuelta a su casa, se tendía sobre un canapé del salón como un hombre molido de fatiga, pero derrengado únicamente por tener que transportar su propio peso. Llegaba a la hora de la cena yendo veinte veces del salón a la cocina, consultando la hora, abriendo y cerrando puertas. Mientras los hermanos fueron a pasar las veladas a la ciudad, consiguieron llegar a la hora de acostarse; pero cuando se vieron reducidos al interior de su casa, las veladas se convirtieron en desiertos que había que atravesar. A veces los noctámbulos que volvían a su casa, después de pasar la velada en la ciudad, oían gritos en casa de los Rogron, como si el hermano asesinase a la hermana, pero no tardaron en reconocer los horribles bostezos de un mercero aburrido mortalmente. Aquellas dos máquinas no tenían nada que moler entre sus engranajes enmohecidos y rechinaban. El hermano habló de casarse, pero como último recurso. Se sentía envejecido, fatigado, y las mujeres lo asustaban. Sylvie, que comprendió la necesidad de tener un tercero en casa, se acordó entonces de su prima pobre, de la que nadie le había pedido noticias, pues en Provins todos creían que la pequeña madame Lorrain y su hija habían muerto. Sylvie Rogron no perdía nada, era una solterona demasiado vieja para perder lo que fuese; así fue que fingió encontrar de nuevo la carta de los Lorrain para hablar con toda naturalidad de Pierrette a su hermano, quien casi se alegró ante la posibilidad de tener a una niña en casa. Sylvie escribió una carta medio comercial, medio afectuosa, a los viejos Lorrain, achacando el retraso en responderles a la liquidación de su negocio, su traslado a Provins y su instalación allí. Se mostró deseosa de que su prima fuese a vivir con ella, dando a entender que Pierrette entraría

en posesión, un día, de una herencia de doce mil libras de renta, si monsieur Rogron no contraía matrimonio. Se hubiera tenido que ser una bestia salvaje, como “Nabucodonosor”, el león encerrado en una jaula del Jardín de Plantas, sin otra presa que la carne procedente del matadero traída por el guardián, o negociante retirado sin dependiente a quien regañar, para saber con qué impaciencia los dos hermanos esperaron a su prima Lorrain. Así, tres días después de haber enviado la carta, los dos hermanos ya se preguntaban cuándo llegaría su prima. Sylvie descubrió en su pretendida bondad hacia su parienta pobre un medio de hacer cambiar de opinión a la buena sociedad de Provins. Fue a casa de madame Tiphaine, que los había marcado con su reprobación y que quería crear en Provins una alta sociedad, como en Ginebra, para pregonar la llegada de su prima Pierrette, la hija del coronel Lorrain, deplorando sus desdichas y representando el papel de mujer dichosa por tener una heredera bella y joven que ofrecer al mundo.

—Bien habéis tardado en descubrirla —respondió irónicamente madame Tiphaine, sentada como una reina en un sofá al amor de la lumbre.

Mediante unas cuantas palabras pronunciadas en voz baja, durante un reparto de naipes, madame Garceland refirió la historia de la sucesión del viejo Auffray. El notario explicó las iniquidades del mesonero.

—¿Dónde está la pobre criatura? —preguntó cortésmente el presidente Tiphaine.

—En Bretaña —repuso Rogron.

—Pero Bretaña es muy grande —observó monsieur Lesourd, procurador del rey.

—Nos han escrito sus abuelos, los Lorrain. ¿Cuándo fue, querida? —dijo Rogron.

Sylvie, ocupada en preguntar a madame Garceland dónde había comprado la tela de su vestido, contestó, sin prever el efecto que tendría su respuesta:

—Antes de que liquidásemos la tienda.

—¿Y decís que la habéis contestado hace tres días, señorita? —preguntó el notario, escandalizado.

Sylvie se puso roja como las más ardientes brasas de la chimenea.

—Hemos escrito al establecimiento Saint-Jacques —prosiguió Rogron.

—Allí hay, en efecto, una especie de asilo de ancianos —dijo un juez que había sido suplente en Nantes—. Pero esa niña no puede estar allí, pues en esa casa sólo acogen a personas mayores de sesenta años.

—Pues allí está, con su abuela Lorrain —dijo Rogron.

—Tenía un capitalito, los ocho mil francos que vuestro padre..., no, quiero decir vuestro abuelo, le dejó —dijo el notario, equivocándose exprofeso.

—¡Ah! —exclamó Rogron con aire alelado, sin comprender el epigrama.

—¿Así, pues, no conocéis cuál es la fortuna y la situación de vuestra prima hermana? —le preguntó el presidente.

—Si la hubiese conocido, no la dejaría en una casa que no es más que un establecimiento de beneficencia —dijo el juez con severidad—. Ahora recuerdo haber visto ir a subasta en Nantes una casa que perteneció a los Lorrain.

Mademoiselle Lorrain ha perdido su derecho a ella, pues yo era entonces comisario de la Orden.

El notario habló del coronel Lorrain diciendo que, si viviese, experimentaría una doble sorpresa al saber que su hija estaba en un establecimiento como el de Saint-Jacques. Los Rogron se batieron entonces en retirada, lamentándose de lo malo que era el mundo. Sylvie comprendió que su noticia no había tenido el menor éxito: por el contrario, había caído en desgracia ante todos y desde entonces le estaba vedado rozarse con la alta sociedad de Provins. A partir de aquel día, los Rogron ya no ocultaron el odio que alimentaban contra las grandes familias burguesas de Provins y sus acólitos. El hermano dijo entonces a su hermana todas las monsergas liberales que el coronel Gouraud y el abogado Vinet le habían repetido hasta la saciedad sobre los Tiphaine, los Guénée, los Garceland, los Guépin y los Julliard.

—Vamos a ver, Sylvie; no comprendo por qué madame Tiphaine tiene que criticar el comercio de la rue Saint-Denis, si de allí le viene lo mejor que tiene. Su madre, madame Roguin, es prima de los Guillaume del “Chaqui-Pelote”, que traspasaron a su yerno Joseph Lebas. Su padre es aquel notario Roguin que fracasó en 1819 y llevó a la ruina a la casa Birotteau. Así, la fortuna de madame Tiphaine proviene del robo, pues, ¿qué es la mujer de un notario que tiene que sacar su dinero para alfileres del juego y deja que su marido haga una bancarrota fraudulenta? ¡Muy bonito, eh! ¡Ah, ya veo: casó su hija en Provins, gracias a sus relaciones con el banquero Du Tillet! Y esta gente se presenta como un dechado de virtudes, pero... En fin, así es el mundo.

El día en que Denis Rogron y su hermana Sylvie se pusieron a despotricar contra la camarilla, se convirtieron sin saberlo en unos personajes y estuvieron en camino de tener una sociedad: su salón iba a convertirse en el centro de atracción para diversos intereses que buscaban un escenario. Gracias a esto, el antiguo mercero adquirió proporciones históricas y políticas, pues dio, también sin saberlo, fuerza y unidad a los elementos hasta entonces flotantes del partido liberal de Provins. He aquí cómo sucedió. Los primeros pasos de los Rogron fueron curiosamente observados por el coronel Gouraud y el abogado Vinet, unidos por su aislamiento y sus ideas. Aquellos dos hombres profesaban el mismo patriotismo y por idénticas razones: querían convertirse en personajes. Pero, aunque estaban dispuestos a hacerse jefes, les faltaban soldados. Los liberales de Provins se componían de un viejo soldado que hacía de cafetero; de un mesonero; de monsieur Cournat, notario, competidor de monsieur Auffray; del médico Néraud, el antagonista de monsieur Martener; de algunos independientes; de varios colonos desperdigados por el partido judicial y de compradores de bienes nacionales. El coronel y el abogado, contentos de atraer a su lado a un imbécil cuya fortuna podía ayudar a sus maniobras, que suscribiría sus suscripciones y que, en algunos casos, pondría el cascabel al gato, y cuya mansión serviría de Ayuntamiento al partido, se aprovecharon de la enemiga de Rogron contra los aristócratas de Provins. Entre el coronel, el abogado y Rogron ya existía un leve vínculo gracias a su suscripción común al “Constitutionnel”, y al coronel Gouraud no

le sería difícil convertir al ex mercero en un liberal, pese a que Rogron sabía tan poco de política que ni siquiera conocía las hazañas del sargento Mercier, a quien tomaba por un colega a causa del nombre. La inminente llegada de Pierrette apresuró la eclosión de los pensamientos codiciosos inspirados por la ignorancia y la necedad de dos solterones. Al ver que Sylvie ya había perdido la última ocasión de entrar en la buena sociedad que rodeaba a madame Tiphaine, el coronel pensó de ella con segunda intención. Los viejos militares han contemplado tantos horrores en tantos países, tantos cadáveres desnudos haciendo muecas en tantos campos de batalla, que ya no se asustan ante ninguna fisonomía, y Gouraud apuntó por elevación a la fortuna de la solterona. Aquel coronel, hombre grueso y rechoncho, llevaba enormes pendientes pese a que sus orejas ya estaban adornadas de natural con un enorme mechón de pelos. Sus patillas ralas y cenicientas recibían el nombre, en 1799, de “aletas”. Su cara mofletuda y colorada estaba un poco curtida, como todos los que consiguieron regresar de la campaña de Rusia, cruzando el Beresina. Su enorme panza puntiaguda describía por debajo el ángulo recto que caracteriza al antiguo oficial de caballería. Gouraud había mandado el segundo regimiento de húsares. Sus bigotes grises ocultaban una enorme boca socarrona, “blagueuse”, si se nos permite emplear este término soldadesco, el único que puede pintar aquel abismo: ¡aquel hombre no comía, sino que devoraba! Un sablazo le cercenó la nariz. Su voz salió ganando, pues se volvió sorda y profundamente nasal, como la que se atribuye a los capuchinos. Sus manos pequeñas, cortas y anchas, eran de aquellas que hacen decir a las mujeres: “Tenéis manos de mala persona”. Las piernas que sostenían su torso parecían delgadas y endebles. En aquel corpachón ágil se agitaba un espíritu sutil y penetrante, una completísima experiencia de la vida, oculta bajo la despreocupación aparente de los militares, y un total desdén por las convenciones sociales. El coronel Gouraud poseía la cruz de oficial de la Legión de Honor y un retiro de dos mil cuatrocientos francos; en total, mil escudos de pensión. Ésta era toda su fortuna.

El abogado, larguirucho y enteco, tenía sus opiniones liberales por todo talento, y como único ingreso los esmirriados honorarios de su bufete. En Provins los procuradores judiciales defienden sus propias causas. Ateniéndose a sus opiniones, el tribunal escuchaba con prevención a Vinet. Así, los colonos más liberales, en caso de litigio, tomaban en lugar de Vinet a un procurador que gozaba de la confianza del tribunal. El abogado había seducido, según se decía, a una rica muchacha de los alrededores de Coulommiers, obligando a sus padres a que se la entregasen en matrimonio. Su mujer era una Chargeboeuf, vieja familia noble de la Brie cuyo nombre procede de la hazaña realizada por un escudero que participó en la expedición de San Luis a Egipto. La joven de marras incurrió en la ira de sus padres, que, con conocimiento de Vinet, lo dispusieron todo para que su fortuna pasara a manos de su primogénito, encargándole sin duda que entregara parte de ella a los hijos de su hermana. Así, la primera tentativa ambiciosa de este hombre se vio condenada al fracaso. Perseguido pronto por la miseria y avergonzado de no poder

dar a su mujer lo que ésta merecía, el abogadillo hizo esfuerzos vanos por entrar en la carrera del ministerio público, pero la rama acomodada de la familia Chargeboeuf denegó su apoyo. Obrando como corresponde a personas de elevada moralidad, aquellos realistas desaprobaron un matrimonio forzado; además, su pretendido pariente se llamaba Vinet: ¿Cómo era posible que protegiesen a un plebeyo? Así, pues, el abogado fue echado con buenos modos de una rama a la otra cuando quiso servirse de su mujer para introducirse entre sus parientes. Madame Vinet sólo despertó el interés de una Chargeboeuf, una pobre viuda que vivía con una hija en Troyes. Vinet se acordó un día de la amable acogida que esta Chargeboeuf había dispensado a su mujer. Rechazado por el mundo entero, rebosando odio contra la familia de su mujer, contra el gobierno que le negaba un empleo, contra la buena sociedad de Provins que no quería admitirlo, Vinet aceptó su miseria. Su hiel se acentuó y le dio la energía necesaria para resistir. Se hizo liberal, al adivinar que su fortuna dependía del triunfo de la oposición, y vegetó en un tugurio de la ciudad alta, de donde su mujer apenas salía. Aquella joven merecedora de más altos destinos estaba absolutamente sola en su casa con un hijo. Existen miserias noblemente aceptadas y soportadas con alegría, pero Vinet, roído por la ambición, se sentía culpable hacia una joven seducida y ocultaba una cólera sombría: su conciencia se hizo más ancha y admitió que todos los medios eran buenos para ascender. Su rostro joven se alteró. A veces asustó a algunas personas del Tribunal, que no pudieron contener el temor al ver su cara viperina de cabeza aplanada, boca hendida, ojos llameantes a través de las antiparras y al oír su vocecita agria, insistente y que atacaba los nervios. Su tez turbia llena de tintas enfermizas, amarillentas y verdes en algunos lugares, denunciaba su ambición oculta, sus continuos desengaños y sus miserias secretas. Sabía discutir naderías y hablar; no le faltaban rasgos de ingenio ni imágenes; era un hombre instruido y astuto. Acostumbrado a concebirlo todo a causa de su deseo de medrar, podía convertirse en un político. Un hombre que no retrocede ante nada, mientras que todo sea legal, es muy fuerte: la fuerza de Vinet procedía de aquí. Aquel futuro atleta de los debates parlamentarios, uno de los que proclamarían la realeza de la Casa de Orleans, ejerció una horrible influencia sobre la suerte de Pierrette. De momento, quería procurarse un arma fundando un periódico en Provins. Después de haber estudiado de lejos, con ayuda del coronel, a los dos célibes, el abogado terminó contando con Rogron. Esta vez contaba con su huésped, y su miseria debía cesar, después de siete años dolorosos con más de un día sin pan en su casa. El día en que Gouraud anunció en la plazoleta a Vinet que los Rogron rompían con la aristocracia burguesa y ministerial de la villa alta, el abogado le dio un codazo significativo.

—Una mujer u otra, bonita o fea, os es por completo indiferente —dijo—. Deberíais casaros con mademoiselle Rogron, y entonces podríamos organizar algo aquí...

—Ya he pensado en ello, pero harán venir a la hija del pobre coronel Lorrain, que

es su heredera —objetó el coronel.

—Haréis que os legue su fortuna por testamento. ¡Ah, tendréis una casa bien amueblada!

—En cuanto a esa pequeña, en fin, ya veremos —dijo el coronel con un tono burlón y profundamente perverso que demostró a un hombre de la calaña de Vinet lo poco que significaba una niña a los ojos de aquel soldadote.

Desde que sus abuelos ingresaron en la especie de asilo donde acababan tristemente su vida, Pierrette, joven y altiva, sufría tan horriblemente de tener que vivir de caridad que tuvo una gran alegría al saber que poseía unos parientes ricos. Al enterarse de su partida, Brigaut, el hijo del mayor, su camarada de infancia, que era medio oficial de carpintero en Nantes, le ofreció la suma necesaria para hacer el viaje en coche: sesenta francos, todo el tesoro penosamente amasado gracias a sus propinas de aprendiz, que Pierrette aceptó con la sublime indiferencia de la verdadera amistad, y que revela que, en un caso parecido, se hubiera ofendido de que le hubiesen dado las gracias. Brigaut iba todos los domingos a Saint-Jacques para jugar con Pierrette y consolarla. El vigoroso obrero ya había hecho el delicioso aprendizaje de la protección total y abnegada que se debe al objeto involuntariamente elegido de nuestro afecto. Más de una vez Pierrette y él, sentados los domingos en un rincón del jardín, habían bordado en el velo del futuro sus infantiles proyectos: el aprendiz de carpintero, montado a caballo de su cepillo, recorría el mundo a fin de hacer fortuna para Pierrette, que lo esperaba. Hacia finales de octubre del año 1824, época en que Pierrette iba a cumplir once años, la niña fue confiada por los dos ancianos y el joven obrero, todos ellos horriblemente melancólicos, al conductor de la diligencia de Nantes a París, con el ruego de que en París la metiese en la diligencia de Provins y velase por ella. ¡Pobre Brigaut! Corrió como un perro siguiendo la diligencia y mirando mientras pudo a su querida Pierrette. A pesar de las señas que le hacía la pequeña bretona, corrió durante una legua fuera de la ciudad; y cuando se sintió agotado sus ojos dirigieron una última mirada bañada en lágrimas a Pierrette, que se echó a llorar cuando dejó de verlo. Pierrette se asomó entonces a la ventanilla y descubrió a su amigo plantado sobre ambas piernas, viendo cómo huía el pesado vehículo. Los Lorrain y Brigaud ignoraban hasta tal punto las cosas de la vida, que la bretona ya no tenía ni un céntimo al llegar a París. El conductor, a quien la niña habló de sus parientes ricos, le pagó los gastos de hotel en París y se hizo reembolsar por el conductor del coche de Troyes, encargándole que entregase a Pierrette a sus familiares y que éstos a su vez lo reembolsasen, exactamente como se hace con una mercancía a portes debidos. Cuatro días después de su partida de Nantes, hacia las nueve de la mañana de un lunes, un viejo y obeso conductor de las Mensajerías Reales, de aspecto bonachón, tomó a Pierrette de la mano y, mientras la diligencia descargaba en la calle Mayor los artículos y los viajeros con destino a las oficinas de Provins, la condujo, sin otro equipaje que dos vestidos, dos pares de medias y dos camisas, a casa de mademoiselle Rogron, cuya casa le fue indicada por el director de

las oficinas.

—Buenos días, señorita y la compañía —dijo el conductor—. Os traigo esta primita, aquí la tenéis: es muy linda, en verdad. Me debéis cuarenta y siete francos. La niña no llevaba dinero encima. Tened la bondad de firmar esta hoja.

Mademoiselle Sylvie y su hermano manifestaron su júbilo y su asombro.

—Disculpadme —dijo el conductor—, pero mi coche espera; firmad esta hoja y dadme cuarenta y siete francos con sesenta céntimos... y la voluntad para el conductor de Nantes y para mí, que hemos cuidado de la pequeña como si hubiese sido nuestra propia hija. Le hemos adelantado el dormir, la comida, le hemos reservado una plaza para Provins y otras fruslerías.

—¡Cuarenta y siete francos con doce sueldos!... —dijo Sylvie.

—¿No iréis a regatear? —exclamó el conductor.

—Pero, ¿y la factura? —dijo Rogron.

—¿La factura? Aquí tenéis la hoja.

—¡Deja de hablar de una vez y paga! —dijo Sylvie a su hermano—. Ya ves que no hay más remedio que pagar.

Rogron fue a buscar cuarenta y siete francos, con sesenta céntimos.

—¿Y no hay nada para mi compañero y para mí? —dijo el conductor.

Sylvie sacó cuarenta céntimos de las profundidades de su viejo bolso de terciopelo, abarrotado de llaves.

—¡Gracias, pero ya podéis guardároslos! —dijo el conductor—. Preferimos haber cuidado de la niña por ella misma.

Tomó la hoja y salió, diciendo a la rolliza fámula:

—¡Qué gentuza! ¡Veo que no sólo hay cocodrilos en Egipto!

—¡Qué grosero es ese tipo! —dijo Sylvie, que había oído el comentario.

—¡Señora! Han cuidado de la pequeña —respondió Adele poniendo los brazos en jarras.

—Afortunadamente, no tenemos que convivir con él —dijo Rogron.

—¿Qué habitación ocupará? —preguntó la doméstica.

Ésta fue la llegada y la recepción de Pierrette Lorrain en casa de sus primos, que la miraban con aire atontado, y a donde fue lanzada como un paquete sin la menor transición entre el deplorable zaquizamí que ocupaba en Saint-Jacques con sus abuelos y el comedor de sus primos, que le pareció propio de un palacio. Se sentía cohibida y avergonzada. Para otras personas que no hubiesen sido los ex merceros, la pequeña bretona hubiese sido adorable con su faldita de vasto sayal azul, su delantal de percalina rosa, sus gruesos zapatones, sus medias azules, su toquilla blanca, las manos enrojecidas envueltas en mitones de punto de lana roja, bordados de blanco, que el conductor le había comprado. ¡Qué linda estaba! Su sombrerito bretón, que le habían blanqueado en París y que se había arrugado durante el trayecto desde Nantes, formaba como una aureola en torno a su risueño semblante. Aquel tocado nacional, de fina batista, adornado por un encaje almidonado y plisado en grandes tubos

aplanados, merecería una descripción, tan lindo y sencillo era. La luz tamizada por la tela y el encaje crea una penumbra, un crepúsculo suave sobre la tez, a la que confiere aquella gracia virginal que buscan los pintores en sus paletas y qué Léopold Robert supo hallar para la figura rafaélica de la mujer que sostiene a un niño en el cuadro de *Los Segadores*. Bajo aquel cuadro festoneado de luz brillaba una carita blanca y rosada, ingenua, animada por la salud más lozana. El calor de la sala le hizo fluir la sangre al rostro, que bordeó con fuego las dos lindas orejas, los labios, la extremidad de la nariz tan fina y que, por oposición, hizo parecer su viva tez más blanca aún.

—Bien, ¿no nos dices nada? —dijo Sylvie—. Yo soy tu prima Rogron y éste es tu primo.

—¿Quieres comer algo? —le preguntó Rogron.

—¿Cuándo saliste de Nantes? —quiso saber Sylvie.

—Es muda —dijo Rogron.

—Pobrecilla, apenas lleva nada encima —exclamó la gruesa Adele, desliando el hatillo que los ancianos Lorrain le habían hecho con un pañuelo.

—Vamos, abraza a tu primo —dijo Sylvie.

Pierrette abrazó a Rogron.

—Vamos, abraza a tu prima —dijo Rogron.

Pierrette abrazó a Sylvie.

—Esta pequeña está aturdida por el viaje —dijo Adele—. Quizá tiene ganas de dormir.

Pierrette experimentó de pronto una invencible repulsión por sus dos parientes, sentimiento que aún nadie le había inspirado. Sylvie y la criada fueron a acostar a la pequeña bretona en aquella habitación del segundo piso en la que Brigaut vio una cortinilla de calicó blanco. Había en ella una cama de pensionista, muy alargada y pintada de azul, con una cortina de calicó, una cómoda de nogal sin mármol en la parte superior, una mesita de nogal, un espejo, una vulgar mesilla de noche sin puerta y tres sillas desvencijadas. Las paredes, abuhardilladas por la parte delantera, estaban cubiertas de un mal papel azul con flores negras. Las baldosas, refregadas hasta sacarles brillo, helaban los pies. No había más alfombra que un raído salto de cama de orillo. La chimenea de mármol común estaba adornada por un espejo, dos candelabros de cobre dorado y una vulgar copa de alabastro, en la que bebían dos palomas que hacían las veces de asas y que Sylvie había tenido en París, en su habitación.

—¿Estarás bien aquí, pequeña? —le preguntó su prima.

—¡Oh, es muy bonito! —respondió la niña con su voz argentina.

—No es difícil de contentar —murmuró la gruesa sirvienta—. ¿No hay que calentarle la cama? —preguntó a continuación.

—Sí —dijo Sylvie—. Las sábanas pueden estar húmedas.

Adele trajo el calentador de cama, sujetándolo con una cinta de su gorro de dormir, y Pierrette, que hasta entonces sólo se había acostado entre sábanas de basta

tela bretona, quedó sorprendida ante la finura y la suavidad de las sábanas de algodón. Cuando la pequeña quedó instalada y acostada, Adele, al descender, no pudo por menos de exclamar:

—Su botín no vale tres francos, señorita.

Desde que había implantado su sistema para hacer economías, Sylvie obligaba a la sirvienta a quedarse en el comedor, para no gastar más que una sola luz y un solo fuego. Pero cuando venían el coronel Gouraud y Vinet, Adele se retiraba a la cocina. La llegada de Pierrette animó el resto de la velada.

—Mañana mismo habrá que hacerle un ajuar —dijo Sylvie—. No tiene nada de nada.

—No tiene más que los zapatones que calza y que al menos pesan una libra —dijo Adele.

—En su país es lo corriente —dijo Rogron.

—¡Cómo miraba su cuarto! No es muy propio de una prima vuestra, señorita.

—Ya está bien, callaos —dijo Sylvie—. Ya habéis visto que está encantada.

—¡Dios mío, qué camisas! Deben de arañarle la piel. Nada de todo esto puede aprovecharse —dijo Adele, deshaciendo el hatillo de Pierrette.

El señor, la señora y la sirvienta estuvieron ocupados hasta las diez decidiendo de qué percal y de qué precio habían de ser las camisas, cuántos pares de medias comprarían, de qué calidad, el número de enaguas que había que adquirir, y calculando lo que costaría el guardarropa de Pierrette.

—No te costará menos de trescientos francos —dijo Rogron a su hermana, pues se había dedicado a retener el precio de cada artículo y a sumarlos de memoria, gracias a su antigua práctica profesional.

—¿Trescientos francos? —chilló Sylvie.

—Sí, trescientos; calcula.

Los hermanos empezaron de nuevo y les salió la suma de trescientos francos, hechuras aparte.

—¡Trescientos francos de golpe y porrazo! —dijo Sylvie al acostarse, mientras daba vueltas a la idea tan ingeniosamente expresada por esta frase proverbial.

Pierrette era una de estas hijas del amor que el amor ha dotado de su ternura, de su vivacidad, de su alegría, de su nobleza y de su abnegación; nada había alterado ni arrugado aún su corazón, de una delicadeza casi salvaje, y la acogida de sus dos parientes se lo comprimió dolorosamente. Si bien para ella la Bretaña estuvo llena de miserias, también estuvo llena de afecto. Aunque los viejos Lorrain demostraron poseer muy poca habilidad como comerciantes, fueron las personas más amantes, más francas y más cariñosas del mundo, como son todas las personas que no calculan. En Pen-Hoel, su nieta no recibió más educación que la de la naturaleza. Pierrette iba a su antojo por los estanques, que recorría en barca, vagaba por la aldea y por los campos en compañía de Jacques Brigaut, su camarada de niñez, exactamente como Pablo y Virginia. Festejados, mimados ambos por todo el mundo,

libres como el viento, corrían en pos de las mil alegrías de la infancia: en verano iban a contemplar la pesca, capturaban insectos, hacían ramilletes y cultivaban el jardín; en invierno se dejaban resbalar por el hielo, fabricaban bonitos palacios, monigotes, o bolas de nieve con las que hacían batallas. Siempre bienvenidos, recogían sonrisas por doquier.

Cuando llegó el tiempo de aprender, vinieron también los desastres. Al quedar sin recursos tras la muerte de su padre, Jacques fue puesto por sus parientes como aprendiz en una carpintería, donde le daban de comer por caridad, como más tarde sucedió con Pierrette en Saint-Jacques. Pero, incluso en aquel asilo particular, la gentil Pierrette continuó siendo mimada, acariciada y protegida por todo el mundo. Aquella criatura, acostumbrada a tanto afecto, no había encontrado en casa de sus parientes tan deseados, aquellos parientes tan ricos, aquella actitud, aquellas palabras amables, aquellas miradas y atenciones que todos, incluso los extraños y los conductores de diligencia, tuvieron con ella. Así su asombro, que ya era grande, se complicó aún más por el cambio de la atmósfera moral en que entró. El corazón siente frío o calor de repente, como el cuerpo. Sin saber porqué, la pobre niña tuvo ganas de llorar, pero estaba fatigada y se durmió. Acostumbrada a levantarse temprano, como todos los niños criados en el campo, Pierrette se despertó al día siguiente dos horas antes que la cocinera. Se vistió, paseó por su habitación, situada sobre la de su prima, la examinó, quiso bajar al primer piso y se quedó estupefacta ante la hermosura de la escalera, que examinó en detalle: los alzapaños, los cobres, los adornos, las pinturas, etc. Después bajó; no pudo abrir la puerta del jardín, volvió a subir, para descender de nuevo cuando Adele se levantó, y saltó al jardín del que tomó posesión. Después corrió hasta el río y se quedó pasmada ante el cenador, en el que entró; y tuvo suficientes cosas para ver y admirar hasta que su prima Sylvie se levantó.

Mientras desayunaban, su prima le dijo:

—¿Así, con que eras tú, mi querida primita, quien corría al amanecer por la escalera, metiendo tanto ruido? Me has despertado y ya me ha sido imposible conciliar de nuevo el sueño. Tienes que ser modosita y prudente, y divertirse sin hacer ruido. A tu primo no le gusta el ruido.

—Ten cuidado también en donde pisas —dijo Rogron—. Has entrado en el cenador con los zapatos sucios de barro y has dejado tu firma sobre el entarimado. A tu prima le gustan las cosas limpias. Una niña mayorcita como tú debe ser aseada. ¿Acaso no eras aseada en Bretaña? Aunque es verdad; cuando yo iba a comprar hilo a Bretaña, daba pena ver aquellos parajes. De todos modos, tiene buen apetito —dijo Rogron mirando a su hermana—. Cualquiera diría que no ha comido en tres días.

Así, desde el primer momento, Pierrette se sintió herida por las observaciones de sus primos, herida sin saber por qué. Su natural recto y franco, hasta entonces abandonado a sí mismo, ignoraba la reflexión. Incapaz de descubrir cuáles eran los pecados de su primo y su prima, sus sufrimientos la irían iluminando lentamente.

Después del desayuno, Sylvie y su hermano, contentos de ver el asombro de Pierrette y deseosos de gozar provocándolo, le mostraron su hermoso salón, para enseñarle a respetar su suntuosidad. A causa del aislamiento en que viven, e impulsados por la necesidad moral de interesarse por algo, los célibes terminan por substituir los afectos naturales por afectos ficticios, que derraman sobre perros, gatos, canarios, una criada o su director. Así, Rogron y Sylvie llegaron a sentir un amor inmoderado por su mobiliario y por su casa, que les costaron tanto dinero. Por las mañanas Sylvie acabó ayudando a Adele, al constatar que ésta no sabía limpiar los muebles, cepillándolos y manteniéndolos como nuevos. Esta limpieza pronto se convirtió en una ocupación para ella. ¡Así, en vez de perder valor, los muebles aún ganaban! Utilizarlos sin usarlos, sin mancharlos, sin arañar la madera, sin borrar el barniz, éste era el problema. Aquella ocupación no tardó en convertirse en una manía de solterona. Sylvie guardaba en un armario trapos de lana, cera, barniz, cepillos, que aprendió a manejar tan bien como un ebanista; tenía sus plumeros, sus gamuzas y frotaba sin correr el menor riesgo de herirse, ¡tan fuerte era! La mirada de sus ojos azules, fríos y rígidos como el acero, se deslizaba por encima y por debajo de los muebles en todo instante; hubiera sido más fácil encontrar una fibra sensible en su corazón que una nota de pelusilla bajo una butaca.

Después de lo que habían dicho en el salón de madame Tiphaine, le fue imposible a Sylvie echarse atrás ante los trescientos francos. Durante la primera semana, Sylvie, pues, estuvo siempre ocupada y Pierrette constantemente distraída por los vestidos que había que encargar y probar, por las camisas, las enaguas que había que cortar y dar a coser a las costureras. Pierrette no sabía coser.

—¡Bonita educación le han dado! —dijo Rogron—. ¿Así, no sabes hacer nada, monada?

Pierrette, que sólo sabía amar, se limitó a responder con un gracioso mohín de niña.

—¿Y cómo pasabas el tiempo en Bretaña? —le preguntó Rogron.

—Jugando —respondió la niña con ingenuidad—. Todo el mundo jugaba conmigo. Mi abuela y mi abuelo me contaban cuentos. ¡Ah, me querían mucho!

—¡Vaya! —respondió Rogron—. Así, “hacías lo más fácil”.

Pierrette no comprendió esta broma de la rue Saint-Denis y abrió unos ojos como platos.

—Es simple como un cencerro —dijo Sylvie a mademoiselle Borain, la más hábil costurera de Provins.

—¡Es tan joven! —dijo la costurera mirando a Pierrette, que tendía hacia ella su naricilla fina con aire astuto.

Pierrette prefería las costureras a sus dos parientes; se mostraba coqueta con ellas, miraba como trabajaban y les decía palabras bonitas, esas flores de la infancia que Rogron y Sylvie ya cohibían por medio del miedo, pues les gustaba imprimir un saludable temor en los subordinados. Las costureras estaban encantadas con Pierrette.

Sin embargo, el ajuar se completaba acompañado de terribles interjecciones.

—¡Esta niña nos costará un ojo de la cara! —decía Sylvie a su hermano.

“¡Estate quieta, pequeña! Que es para ti y no para mí”, decía a Pierrette cuando le tomaban las medidas para ajustarle alguna prenda.

“¡Vamos, deja trabajar a mademoiselle Borain, que no eres tú quien le pagará el jornal!”, decía al ver que preguntaba algo a la primera oficiala.

—Señorita —decía mademoiselle Borain—. ¿Hay que coser esto con puntos atrás?

—Sí, que sea sólido; no tengo ganas de hacerle un ajuar como éste todos los días.

Se hizo con la prima lo mismo que se había hecho con la casa. Pierrette tenía que ir tan bien vestida como la niña de madame Garceland. Llevó borceguíes de última moda, de piel bronceada, como los que tenía la pequeña Tiphaine.

Tuvo medias de algodón muy fino, un corsé hecho por una de las mejores corseteras, un vestido largo de reps azul, una linda esclavina con una vuelta de tafetán blanco, para que pudiese competir con la hija de la joven madame Julliard. La ropa interior también armonizó con el exterior de la niña, a causa del miedo que sentía Sylvie del examen y la mirada perspicaz de las madres de familia. Así, Pierrette tuvo bellas camisas de malapolán. Mademoiselle Borain dijo que las niñas de la señora del subprefecto llevaban pantalones de percal bordados y adornados; el último grito de la moda, en una palabra. Pierrette tuvo pantalones con tobilleras. Encargaron para ella una encantadora capota de terciopelo azul con vuelta de raso blanco, parecida a la de la pequeña Martener. Así fue como Pierrette se convirtió en la niña más deliciosa de todo Provins. El domingo, en la iglesia, a la salida de misa, todas las damas la abrazaron. Las señoras de Tiphaine, Garceland, Galardon, Auffray, Lesourd, Martener, Guépin, Julliard, se apasionaron por la encantadora bretona. Aquella conmoción halagó el amor propio de la vieja Sylvie, que en su caritativo acto veía más el triunfo de su vanidad que la propia Pierrette. Sin embargo, Sylvie terminó por sentir disgusto a causa del éxito alcanzado por su prima, y he aquí como fue: le pedían que les enviase a Pierrette y ella, siempre con la idea de impresionar a aquellas damas, se la enviaba. Entonces iban a buscar a Pierrette para que jugase a comiditas y otros juegos con las niñas de dichas señoras. Pierrette alcanzó un éxito infinitamente superior al que tuvieron los Rogron. Mademoiselle Sylvie se extrañó que invitasen a Pierrette a casa de los demás, sin que los demás enviaran sus niñas a casa de Pierrette. La ingenua criatura pronto no supo disimular lo mucho que se divertía en casa de las señoras de Tiphaine, Martener, Galardon, Gulliard, Besourd, Auffray y Garceland, cuyas muestras de amistad contrastaban extrañadamente con los regaños de su prima y su primo. Una madre hubiera estado muy contenta de contemplar la dicha de su hija, pero los Rogron admitieron a Pierrette en su casa para ellos y no por ella: sus sentimientos distaban mucho de ser paternos; los empañaba el egoísmo y cierto espíritu de explotación comercial.

El lindo ajuar, los bellos vestidos del domingo y los de diario, fueron el principio

de la desdicha de Pierrette. Como todas las criaturas libres en sus diversiones y acostumbradas a seguir la inspiración de su fantasía, gastaba con una rapidez terrible los zapatos, los borceguíes, los vestidos y sobre todo las enaguas. Una madre, cuando reprende a su hijo, sólo piensa en su bien; emplea palabras dulces que sólo se hacen airadas cuando se ve impulsada al extremo y cuando el niño es culpable de algo; pero, en la cuestión del vestido, el dinero era la razón principal para los dos primos de Pierrette: Se trataba del dinero y no de la niña. Los niños poseen el olfato de la especie canina para oler las culpas de los que los gobiernan: intuyen admirablemente si los aman o los toleran. Los corazones puros se sienten más dolidos por los matices que por los contrastes: un niño, aunque no comprenda todavía el mal, sabe cuando se ofende el sentimiento de la belleza que la naturaleza ha puesto en su alma. Los consejos que atraía Pierrette sobre su cabeza acerca de los modales que deben mostrar las niñas bien educadas, sobre la modestia y sobre la economía, eran el corolario de este tema principal: ¡Pierrette nos arruinará!

Estas reprimendas, que tuvieron un funesto resultado para Pierrette, hicieron volver a los dos célibes a sus viejas costumbres comerciales de las que se habían apartado a raíz de su instalación en Provins, y en las que su naturaleza se expansionaría y florecería. Acostumbrados a mandar, a hacer observaciones, a dirigir, a reprender ásperamente a sus dependientes, Rogron y su hermana se consumían, faltos de víctimas propiciatorias. Los espíritus mezquinos sienten necesidad de despotismo para que sus nervios puedan moverse libremente, del mismo modo que las almas tienen sed de igualdad para ejercer la acción del corazón. Pero los seres limitados pueden extenderse tan bien por medio de la persecución como por la beneficencia; pueden demostrarse su poder ejerciendo un imperio cruel o caritativo sobre sus semejantes, pero caen del lado hacia donde les empuja su temperamento. Añádase a esto el vehículo del interés y se tendrá el enigma de la mayoría de cosas sociales.

A partir de entonces, Pierrette se hizo extremadamente necesaria para la existencia de sus primos. A su llegada, los Rogron estuvieron demasiado ocupados por el ajuar, y después su atención estuvo acaparada por la novedad representada por aquel nuevo comensal. Todo lo nuevo, ya sea un sentimiento o incluso una dominación, tiene sus añagazas. Sylvie empezó llamando a Pierrette “mi pequeña”, que después convirtió en “Pierrette” a secas. Las reprimendas, agritudulces del principio, se hicieron vivas y duras. Así que entraron en este camino, Sylvie y su hermano efectuaron rápidos progresos: ¡ya no se aburrían! No fue un complot tramado por seres malvados y crueles, sino el instinto de una tiranía imbécil. Los hermanos Rogron se creyeron útiles a Pierrette, como antes se habían creído útiles para sus aprendices. Pierrette, cuya sensibilidad auténtica, noble, excesiva, era el antípoda de la sequedad de los Rogron, sentía horror por los reproches; éstos la afectaban tan duramente que no tardaban en aparecer dos lágrimas en sus bellos ojos puros. Tuvo que luchar mucho para reprimir su adorable vivacidad, tan del agrado de

todos; la mostraba en casa de sus amiguitas pero en la suya, hacia finales del primer mes, empezó a adoptar una actitud pasiva y Rogron le preguntó si estaba enferma. Al oír esta extraña pregunta, ella saltó al fondo del jardín para ir a llorar al borde del río, en el que sus lágrimas cayeron como un día caería ella misma en el torrente social. Un día, pese a su cuidado, la niña se hizo un desgarrón en su bello vestido de reps, en casa de madame Tiphaine, adonde había ido a jugar con un tiempo radiante. Al instante se echó a llorar desconsoladamente, previendo la cruel reprimenda que le esperaba en casa. Interrogada, dejó escapar algunas palabras sobre su terrible prima, en medio de sus lágrimas. La bella madame Tiphaine tenía tela idéntica y reemplazó ella misma la parte desgarrada. Mademoiselle Rogron se enteró de la mala pasada que, según su expresión, le había jugado aquella endemoniada niña. A partir de aquel momento no permitió que Pierrette volviese a casa de “aquellas señoras”.

La nueva vida que iba a llevar Pierrette en Provins había de dividirse en tres fases características. La primera fue aquélla en que disfrutó de una cierta seguridad, mezcla de las caricias frías de los dos célibes y de sus reprimendas, que le dolían mucho. Esta fase duró tres meses. La prohibición de ir a visitar a sus amiguitas, apoyada en la necesidad de que debía comenzar a aprender todo cuanto debe saber una señorita bien educada, terminó la primera fase de la vida de Pierrette en Provins, la única época en que la existencia le pareció soportable.

Estos movimientos interiores causados por la estancia de Pierrette en casa de los Rogron fueron estudiados por Vinet y el coronel con la precaución de unos zorros que se propusiesen entrar en un gallinero y se inquietasen al ver allí un nuevo animal. Iban de vez en cuando para no alarmar a mademoiselle Sylvie, hablaban con Rogron con diversos pretextos y entraban allí como Pedro por su casa, adoptando empero una reserva y una táctica que el gran Tartufo hubiera admirado. El coronel y el abogado pasaron la velada en casa de los Rogron, el mismo día en que Sylvie se había negado en términos amargos a permitir que Pierrette fuese a casa de la bella madame Tiphaine. Al enterarse de esta negativa, el coronel y el abogado se miraron como personas que conocían bien a Provins.

—Desde luego, ella ha querido daros un chasco —dijo el abogado—. Hace tiempo que prevenimos a Rogron de lo que os pasaría. No obtendréis nada bueno con esa gentuza.

—¿Qué se puede esperar del partido antinacional? —exclamó el coronel atusándose los bigotes e interrumpiendo al abogado—. Si hubiésemos intentado apartaros de ellos, hubierais creído que era el odio quien nos impulsaba a hablaros así. ¿Pero por qué, señorita, si os gusta hacer una partidita, no podéis jugar al boston en vuestra casa, por las noches? ¿Acaso es imposible reemplazar a unos cretinos como esos Julliard? Vinet y yo sabemos jugar al boston y si tenéis paciencia encontraremos a un cuarto. Vinet puede presentaros a su esposa; es muy agradable y, además, es una Chargeboeuf. No haréis como esos mentecatos de la ciudad alta, no exigiréis tocados de duquesa a una sencilla ama de casa obligada, por la infamia de su

familia, a hacer todas las labores domésticas, y que une el valor de un león a la dulzura de un cordero.

Sylvie Rogron mostró sus largos dientes amarillentos mientras sonreía al coronel, quien soportó airoosamente aquel horrible fenómeno e incluso adoptó un aire adulator.

—Si no somos más que cuatro, no podremos jugar al boston todas las noches —repuso ella.

—¿Qué queréis que haga un viejo gruñón como yo, que no tiene otra cosa que hacer sino consumir la pensión? El abogado está siempre libre por las noches. Además, vendrán otras personas, os lo prometo —añadió con aire misterioso.

—Bastaría —dijo Vinet— con plantar cara francamente a los ministeriales de Provins; veríais entonces cómo os querrían en Provins; lo que es invitados no os faltarían. Enfureceríais a los Tiphaine oponiendo vuestro salón al suyo. ¡Sí, nos reiríamos de ellos, si ellos se ríen de nosotros! ¡La Camarilla, además, no se molesta poco por los otros!

—¿Cómo? —dijo Sylvie.

En provincias existe más de una válvula por la cual los comadreo se escapan para pasar de una sociedad a otra. Vinet supo todo cuanto se había dicho sobre los Rogron en los salones de los que los dos merceros fueron definitivamente proscritos. El juez suplente, Desfondrilles el arqueólogo, no pertenecía a ningún partido. Dicho juez, como algunas otras personas independientes, contaba todo cuanto oía decir, siguiendo la costumbre provinciana, y Vinet supo sacar partido de estas habladurías. El malicioso abogado envenenó las bromas de madame Tiphaine al repetir las. Al revelar los engaños a que Rogron y Sylvie se habían prestado, encendió la cólera y despertó el espíritu de venganza en aquellas dos naturalezas secas que querían dar pasto a sus mezquinas pasiones.

Pocos días después, Vinet trajo a su mujer, persona de muy buenos modales, tímida, ni guapa ni fea, muy dulce y que sentía vivamente su desgracia. Madame Vinet era rubia, un poco ajada por el trabajo de su pobre vivienda y vestía con suma sencillez. No había mujer más apta para agradar a Sylvie. Madame Vinet soportó el genio de la solterona y cedió ante ella, como mujer acostumbrada a ceder. En su frente abombada, en sus mejillas de rosa de Bengala, en su mirada lenta y tierna, había las trazas de aquellas meditaciones profundas, de aquel pensamiento perspicaz que las mujeres, acostumbradas a sufrir, ocultan bajo un silencio absoluto. La influencia del coronel, que desplegaba ante Sylvie unos graciosos modales cortesanos arrancados en apariencia a su brusquedad militar, y la del hábil Vinet, no tardaron en alcanzar a Pierrette. Encerrada en casa, o no saliendo más que en compañía de su vieja prima, Pierrette, aquella linda ardilla de los campos, escuchaba constantemente sermones sobre la manera de comportarse, entreverados con órdenes imperativas: “¡No toques eso, Pierrette!”. La niña hundía el pecho y sacaba la espalda; su prima la quería derecha como ella, que parecía un soldado presentando armas a su coronel; así, a veces le daba golpecitos en la espalda para que anduviese erguida. La libre y gozosa

hija del Marais aprendió a reprimir sus movimientos y a imitar a un autómeta.

Una noche, que señaló el comienzo del segundo período, Pierrette, a la que los tres visitantes habituales no habían visto en el salón durante la velada, vino a abrazar a sus parientes y saludar a las visitas antes de irse a dormir. Sylvie tendió fríamente la mejilla a aquella criatura encantadora, como si quisiera librarse de su beso. El gesto fue tan cruelmente significativo que Pierrette no pudo contener el llanto.

—¿Te has picado, mi pequeña Pierrette? —le dijo el atroz Vinet.

—A ver, ¿qué tienes? —le preguntó Sylvie con severidad.

—Nada —dijo la pobre niña, yendo a abrazar a su primo.

—¿Nada? —repitió Sylvie—. Nadie llora sin motivo.

—¿Qué tienes, guapita? —le dijo madame Vinet.

—¡Mi prima rica no me trata tan bien como mi pobre abuela!

—Tu abuela se apoderó de tu fortuna —dijo Sylvie— y tu prima te dejará la suya. El coronel y el abogado se miraron a hurtadillas.

—Prefiero que me roben, pero que me quieran —dijo Pierrette.

—¡Pues bien, volverás allí de dónde viniste!

—¿Pero qué ha hecho, la pobre pequeña? —preguntó madame Vinet.

El abogado dirigió a su mujer aquella terrible mirada, fija y fría, de las personas que ejercen un dominio absoluto. La pobre ilota, castigada sin cesar por no haber tenido lo único que se exigía de ella, o sea una fortuna, tomó de nuevo sus naipes.

—¿Qué ha hecho? —exclamó Sylvie alzando la cabeza con un movimiento tan brusco, que los alhelíos amarillos de su gorro se agitaron—. No sabe qué maquinar para contrariarme: abrió mi reloj para ver su mecanismo, tocando la rueda y rompiendo el resorte principal. Esta señorita no escucha nada. Me paso el día recomendándole que tenga cuidado con todo, pero es como si hablase a esta lámpara.

Pierrette, avergonzada de que la riñesen en presencia de extraños, salió quedamente.

—¿Cómo podríamos dominar a esta criatura tan turbulenta? —dijo Rogron.

—¿No tiene edad suficiente para ir a un pensionado? —observó madame Vinet.

Una nueva mirada del abogado impuso silencio a su mujer, a la que se había guardado muy bien de confiar sus planes y los del coronel sobre los dos célibes.

—¡Esto es lo que pasa por cargar con los hijos de otros! —exclamó el coronel—. Aún podríais tenerlos vuestros, vos o vuestro hermano... ¿Por qué no os casáis, uno u otra?

Sylvie miró muy complacida al coronel: por primera vez en su vida, encontraba a un hombre a quien no le parecía absurdo la idea de que ella pudiese casarse.

—Madame Vinet tiene razón —exclamó Rogron—. Esto metería en cintura a Pierrette. ¡No creo que un maestro cueste mucho!

Lo que había dicho el coronel preocupaba tanto a Sylvie, que ni siquiera respondió a Rogron.

—Sólo con que quisierais depositar la fianza del periódico de la oposición del que

hablábamos, encontraríais un preceptor para vuestra primita en la persona del editor responsable; daríamos ese cargo a ese pobre maestro de escuela víctima de la invasión del clero. Mi mujer tiene razón: Pierrette es un diamante en bruto que hay que pulir —dijo Vinet a Rogron.

—Creía que erais barón —dijo Sylvie al coronel mientras daba los naipes y después de una larga pausa durante la cual los jugadores permanecieron pensativos.

—Sí; pero, nombrado en 1814 después de la batalla de Nangis, en la que mi regimiento hizo milagros, no dispuse del dinero ni de las influencias necesarias para resolver este asunto en la cancillería. Me ocurrió con la baronía como con el grado de general que alcancé en 1815, haría falta una nueva revolución para que me los devolviesen.

—Si pudieseis garantizar la fianza por medio de una hipoteca —respondió finalmente Rogron—, podría depositarla.

—Esto puede arreglarse con Cournant —replicó Vinet—. El periódico permitiría el triunfo del coronel y haría que vuestro salón brillase mucho más que el de los Tiphaine y compañía.

—¿Y esto, cómo sería posible? —dijo Sylvie.

En el momento en que, mientras su mujer daba las cartas, el abogado explicaba la importancia que Rogron, el coronel y él mismo, Vinet, adquirirían gracias a la publicación de un diario independiente para el partido judicial de Provins, Pierrette se deshacía en llanto; su corazón y su inteligencia estaban de acuerdo: encontraba a su prima mucho más culpable que ella. La niña del Marais comprendía de manera instintiva hasta qué punto la Caridad y la Beneficencia deben ser absolutas. Detestaba sus bellos vestidos y todo cuanto hacían por ella. Le hacían pagar demasiado caros los bienes que le ofrecían. Lloraba a causa del despecho que sentía por haberse dejado apresar, y tomó la resolución de portarse de tal manera que sus parientes se viesen reducidos al silencio, pobrecilla. Pensaba entonces en lo bueno que había sido Brigaut al entregarle sus economías. Creía haber alcanzado el colmo del infortunio, sin saber que en aquellos instantes se tramaba en el salón una nueva desdicha para ella. Pocos días después, en efecto, Pierrette tuvo un preceptor que tenía que enseñarle las primeras letras y la aritmética.

La educación de Pierrette causó enormes desperfectos en la casa de los Rogron. Primero fue la tiza sobre las mesas, sobre los muebles y sobre las ropas; después, los cuadernos de caligrafía, las plumas esparcidas por todas partes, la arenilla sobre las tapicerías, los libros desgarrados, descantonados, mientras ella estudiaba sus lecciones. Empezaron a hablarle —¡y en qué términos! — de la necesidad de ganarse el pan, de no ser una carga para nadie. Al escuchar aquellos horribles consejos, a Pierrette se le hacía un nudo en la garganta y el corazón empezaba a latirle tumultuosamente. Se veía obligada a contener su llanto, pues le pedían cuentas de sus lágrimas, como si se tratase de una ofensa hacia la bondad de sus magníficos parientes. Rogron había hallado la vida que le era propia: regañaba a Pierrette como

hacía en otros tiempos con sus dependientes; iba a buscarla cuando ella estaba jugando para obligarla a estudiar; le tomaba las lecciones y era el feroz maestro de escuela de la pobre criatura.

Sylvie, por su parte, consideraba que tenía el deber de enseñar a Pierrette lo poco que ella sabía de labores femeninas. Ni Rogron ni su hermana poseían la menor dulzura en el carácter. Aquellos espíritus estrechos, que además experimentaban un auténtico placer hostigando a aquella pobre niña, pasaron insensiblemente de la dulzura a la severidad más excesiva. Esta severidad fue provocada por la pretendida mala voluntad de Pierrette, que, habiendo empezado demasiado tarde, era dura de entendimiento. Sus maestros ignoraban el arte de dar a sus lecciones una forma apropiada a la inteligencia del alumno, lo cual señala la diferencia existente entre la educación particular y la instrucción pública. Por lo tanto, la culpa era mucho más de sus parientes que de la propia Pierrette, que tardó un tiempo infinito en aprender las primeras letras. Sus mentores la llamaban animal y estúpida, tonta y torpe, por un quítame allá esas pajas. Pierrette, maltratada incesantemente de palabra, sólo encontró frías miradas en sus dos parientes. Adoptó la actitud atontada de las ovejas: ya no se atrevía a hacer nada viendo que todas sus acciones eran mal juzgadas, mal acogidas y mal interpretadas. Para todo esperaba el antojo y las órdenes de su prima; se guardó sus pensamientos para sí misma, encerrándose en una obediencia pasiva. Sus saludables colores empezaron a apagarse. A veces se quejaba, diciendo que sufría. Cuando su prima le preguntaba dónde, la pobre pequeña, que sentía dolores generalizados, respondía:

—Por todo el cuerpo.

—¡Esto es inaudito! ¿Por todo el cuerpo? ¡Si sufrieses por todo el cuerpo, ya estarías muerta! —respondía Sylvie.

—Se sufre del pecho —decía Rogron, siempre amigo de poner punto final—, se tiene dolor de muelas, de cabeza, de pies, de vientre; pero nunca he oído decir que doliese todo el cuerpo. ¿Qué quieres decir con eso? Decir que te duele todo el cuerpo es como decir que no te duele “ninguna” parte. ¿Sabes qué haces? Hablas a tontas y a locas.

Pierrette terminó por callarse viendo que sus ingenuas observaciones de doncella, las flores de su espíritu naciente, eran contestadas con lugares comunes cuya ridiculez su buen juicio le ponía de manifiesto.

—¡Te quejas y tienes un apetito de fraile! —le decía Rogron.

La única persona que no hería a aquella pobre florecilla delicada era Adele, la gruesa sirvienta. Adele iba a calentar la cama de la niña, pero a hurtadillas desde la noche en que, sorprendida mientras proporcionaba aquella comodidad a la joven heredera de sus amos, Sylvie la reprendió.

—Hay que criar a los niños en una dura escuela; así se convierten en temperamentos fuertes. ¿Acaso tenemos mala salud, mi hermano y yo? —dijo Sylvie—. Haríais de Pierrette una flor de estufa.

Las expresiones cariñosas de aquel ángel les producían el efecto de muecas. Las rosas de ternura que crecían tan frescas y graciosas en aquel alma joven y que querían extenderse al exterior eran aplastadas sin piedad. Pierrette recibía los golpes más duros en los puntos más tiernos de su corazón. Si intentaba suavizar aquellas dos feroces naturalezas con zalamerías, la acusaban de manifestar ternura por interés.

—Vamos, dime, qué quieres —gritaba brutalmente Rogron—. Estas carantoñas no son por nada.

Ni la hermana ni el hermano admitían el afecto, y Pierrette era todo cariño. El coronel Gouraud, deseoso de agradar a mademoiselle Rogron, le daba la razón en todo lo que concernía a Pierrette. Vinet apoyaba igualmente a los dos parientes en todo cuanto éstos decían contra Pierrette; atribuía todas las pretendidas fechorías de aquel ángel a la testarudez del carácter bretón, y pretendía que ningún poder, ninguna voluntad, podría hacerla ceder. Rogron y su hermana eran adulados con una finura excesiva por aquellos dos cortesanos, que acabaron por obtener de Rogron la fianza del diario “Le Courier de Provins”, y de Sylvie que suscribiese cinco mil francos en acciones. El coronel y el abogado se pusieron en campaña. Colocaron cien acciones de quinientos francos entre los electores propietarios de los bienes nacionales, a quienes los periódicos liberales hacían concebir temores; y también entre los colonos y los que se llamaban independientes. Terminaron incluso por extender sus ramificaciones por el Departamento y también más allá, en algunas comunas limítrofes. Como es natural, cada accionista se convirtió en un suscriptor. Después, los anuncios judiciales y otros se dividieron entre la “Ruche” y el “Courier”. El primer número del periódico publicaba un pomposo panegírico de Rogron, que era presentado como el Laffitte de Provins. Cuando el espíritu público tuvo una dirección, se echó de ver fácilmente que las próximas elecciones serían vivamente disputadas. La bella madame Tiphaine sufrió un acceso de desesperación.

—Por desgracia, había olvidado —dijo al leer un artículo dirigido contra ella y contra Julliard—, había olvidado que siempre hay un bribón cerca de un incauto, y que la necedad atrae invariablemente a los tipos listos pertenecientes a la especie de los zorros.

A partir del día en que el periódico empezó a difundir su resplandor en un radio de veinte leguas, Vinet tuvo traje nuevo, botas, chaleco y un pantalón decente. Se tocó con el famoso sombrero gris de los liberales y no ocultó la colada. Su mujer tomó una sirvienta y se presentó en público, como correspondía a la mujer de un hombre influyente; lució bonitos sombreros. Por cálculo, Vinet se mostró agradecido. El abogado y su amigo Cournant, notario de los liberales y antagonista de Auffray, se convirtieron en consejeros de los Rogron, a los que hicieron dos grandes favores. Los contratos de arrendamiento hechos por Rogron padre en 1815, en circunstancias desgraciadas, iban a expirar. La horticultura y los campos de verduras se habían desarrollado enormemente en los alrededores de Provins. El abogado y el notario hicieron las oportunas gestiones para procurar a los Rogron un aumento de mil

cuatrocientos francos en sus ingresos, merced a los nuevos arriendos. Vinet ganó dos procesos sobre unas plantaciones de árboles, entablados contra dos comunas, en los que estaban en juego quinientos álamos. El dinero procedente de estos álamos, sumado al de los ahorros de los Rogron, que desde hacía tres años depositaban anualmente seis mil francos a un elevado interés, fue invertido muy habilidosamente en la compra de varios terrenos. Por último, Vinet acometió y dio cima a la expropiación de algunos campesinos a quien Rogron padre había prestado dinero, y que se habían reventado en vano cultivando y abonando sus tierras para poder saldar su deuda. El descalabro causado por la construcción de la casa al capital de los Rogron, pues, fue ampliamente reparado. Sus bienes, situados alrededor de Provins y escogidos por su padre como solo saben escoger los mesoneros, dividido en pequeños campos de los que el mayor no tenía más de media hectárea, arrendados a campesinos extremadamente solventes, casi todos los cuales poseían ya algunas tierras, y con hipoteca para garantía del precio de arrendamiento, les aportaron el día de San Martín del mes de noviembre de 1826 cinco mil francos. Los impuestos corrían a cargo de los colonos y no había ninguna construcción que reparar o asegurar contra incendios. Los hermanos Rogron poseían cada uno de ellos cuatro mil seiscientos francos al cinco por ciento, y, como este valor sobrepasaba el par, el abogado les rogó que lo sustituyesen por tierras, prometiéndoles, con ayuda del notario, que con el cambio no perderían ni un céntimo de interés.

Al finalizar este segundo período, la vida se hizo tan dura para Pierrette, la indiferencia de los visitantes habituales de la casa y la necedad regañona, la falta de afecto de sus parientes llegaron a ser tan corrosivos, que ella sintió soplar sobre su rostro el frío húmedo de la tumba, y acarició el atrevido proyecto de irse a pie y sin dinero a Bretaña, para reunirse con sus abuelos Lorrain. Dos acontecimientos le impidieron realizar este proyecto. El viejo Lorrain murió, y Rogron fue nombrado tutor de su prima por un consejo de familia celebrado en Provins. Si la primera en fallecer hubiese sido la abuela, es de creer que Rogron, aconsejado por Vinet, hubiera exigido los ocho mil francos de Pierrette, reduciendo al abuelo a la indigencia.

—Pero aún podéis heredar de Pierrette —le dijo Vinet con una horrible sonrisa—. ¡Nunca se sabe quién puede morir antes!

Iluminado por estas palabras, Rogron sólo dejó en paz a la viuda Lorrain, deudora de su nieta, después de haberle hecho asegurar la cesión total a Pierrette de los ocho mil francos, mediante una escritura de donación entre vivos, cuyos gastos pagó.

Pierrette quedó extrañamente impresionada por esta desgracia. En el momento en que recibió este horrible golpe, iba a hacer su primera comunión: otro acontecimiento cuyas obligaciones retuvieron a Pierrette en Provins. Aquella ceremonia necesaria y tan sencilla había de introducir grandes cambios en casa de los Rogron. Sylvie supo que el señor Péroux, el cura, instruía a las pequeñas Julliard, Lesourt, Garceland y otras. Aquello picó su amor propio y quiso que Pierrette tuviese el mismísimo vicario del abate Péroux, un tal monsieur Habert, hombre que pasaba por pertenecer a la

Congregación de la Santísima Virgen, que velaba muy celosamente por los intereses de la Iglesia, muy temido en Provins y que ocultaba una gran ambición bajo una severidad de principios absolutos. La hermana de este sacerdote, una solterona de treinta años, regentaba una pensión para señoritas en la ciudad. Ambos hermanos eran muy parecidos: flacos, de tez biliosa, cabellos negros y carácter atrabiliario. Como buena bretona educada desde la cuna en las prácticas y la poesía del catolicismo, Pierrette abrió su corazón y sus oídos a las palabras de aquel clérigo imponente. Los sufrimientos disponen a la devoción, y casi todas las jovencitas, impelidas por una ternura instintiva, se inclinan hacia el misticismo, el lado profundo de la religión. Así, pues, el sacerdote sembró el grano del Evangelio y los dogmas de la Iglesia en un terreno excelente. Hizo cambiar por completo la disposición de Pierrette. La niña amó a Jesucristo, ofrecido en la Comunión a las niñas como un novio celeste; sus sufrimientos físicos y morales tuvieron un sentido y el sacerdote le enseñó a ver en todas las cosas el dedo de Dios. Su alma, tan cruelmente herida en aquella casa, sin que ella pudiera acusar a sus parientes, se refugió en aquella esfera a la que ascienden todos los desgraciados, sostenidos por las alas de las tres virtudes teologales. Esto la hizo desistir de sus ideas de fuga. Sylvie, asombrada ante la metamorfosis que monsieur Habert había operado en Pierrette, se sintió dominada por la curiosidad. A partir de entonces, mientras preparaba a Pierrette para que hiciese la primera comunión, monsieur Habert conquistó para Dios el alma, hasta entonces extraviada, de mademoiselle Sylvie. Ésta cayó en la devoción. Denis Rogron, sobre el que el pretendido jesuita no pudo hacer mella, siguió fiel al coronel Gouraud, a Vinet y al liberalismo, pues a la sazón el espíritu de S. M. Liberal, el difunto Constitutionnel I, tenía más fuerza sobre algunos bobos que el espíritu de la Iglesia.

Como es natural, mademoiselle Rogron trabó conocimiento con mademoiselle Habert, con la que simpatizó al punto. Las dos solteronas se amaron como dos hermanas. Mademoiselle Habert se ofreció a tener a Pierrette en su pensión, para evitar a Sylvie las molestias y sinsabores de su educación, pero ambos hermanos respondieron que la ausencia de Pierrette dejaría un vacío demasiado grande en su casa. El apego demostrado por los Rogron por su primita pareció excesivo. Al ver que mademoiselle Habert se introducía en la plaza sitiada, el coronel Gouraud y el abogado Vinet atribuyeron al ambicioso vicario el plan matrimonial urdido por el coronel en beneficio de su hermana.

—Vuestra hermana quiere casaros —dijo el abogado al antiguo mercero.

—¿Con quién? —preguntó Rogron.

—Con esa vieja sibila de institutriz —exclamó el viejo coronel atusándose sus grises mostachos.

—No me ha dicho nada —respondió Rogron con ingenuidad.

Una solterona dominadora como Sylvie tenía que efectuar progresos en el camino de la salvación. La influencia del sacerdote fue en aumento en aquella casa, apoyada por Sylvie, que manejaba a su hermano. Los dos liberales, justamente asustados,

comprendieron que si el cura había resuelto casar a su hermana con Rogron, unión infinitamente más proporcionada que la de Sylvie y el coronel, empujaría a Sylvie a las prácticas más extremadas de la religión, haciendo ingresar a Pierrette en un convento. Esto podía hacerles perder el fruto de dieciocho meses de esfuerzos, de cobardía y de adulación. Experimentaron un odio sordo e implacable contra el sacerdote y su hermana; más, con todo, sintieron la necesidad de estar en buenas relaciones con ellos, para seguirlos paso a paso. Los hermanos Habert, que sabían jugar al *whist* y al *boston*, acudieron todas las noches. La asiduidad de unos excitó la asistencia de otros. El abogado y el coronel sintieron que se enfrentaban con unos adversarios dignos de ellos, presentimiento que compartieron los hermanos Habert. Esta situación respectiva ya era un combate. De la misma manera que el coronel hacía saborear a Sylvie las inesperadas dulzuras de un preludeo matrimonial, pues ella terminó viendo a un hombre digno de ella en Gouraud, del mismo modo mademoiselle Habert envolvió al ex mercero en la guata de sus atenciones, de sus palabras y de sus miradas. Ninguno de ambos partidos era capaz de decirse aquella magnífica expresión de la alta política: “¿Vamos a partírnoslo?”. Cada uno de ellos quería toda la tajada. Por otra parte, los dos finos zorros de la oposición de Provins, oposición creciente, cometieron la equivocación de creerse más fuertes que el brazo eclesiástico y fueron los primeros en abrir el fuego. Vinet, cuyo reconocimiento se vio despertado por los ganchudos dedos del interés personal, fue en busca de mademoiselle de Chargeboeuf y su madre. Estas dos mujeres poseían alrededor de dos mil libras de renta y vivían en la estrechez, en Troyes. Mademoiselle Bathilde de Chargeboeuf era uña de estas magníficas criaturas que creen en los matrimonios por amor, para cambiar de opinión hacia los veinticinco años, quedándose entonces para vestir santos. Vinet consiguió persuadir a madame de Chargeboeuf para que reuniese sus dos mil francos con los mil escudos que él ganaba desde la fundación del periódico, yéndose a vivir en familia a Provins, donde Bathilde podría casarse, según dijo, con un imbécil llamado Rogron, y donde podría, al ser tan discreta e ingeniosa, rivalizar con la bella madame Tiphaine.

La introducción de madame y mademoiselle de Chargeboeuf en la vida doméstica y en las ideas de Vinet, dio una gran consistencia al partido liberal. Esta unión dejó consternada a la aristocracia de Provins y al partido de los Tiphaine. Madame de Bréautey, desesperada de ver a dos damas nobles tan descarriadas, les rogó que la fuesen a visitar. Se quejó de los errores cometidos por los realistas y se puso furiosa contra los de Troyes al enterarse de la situación de la madre y la hija.

—¡Cómo! ¿No ha habido ningún viejo hidalgo rural que haya querido casarse con esta linda joven, nacida para convertirse en castellana? —decía—. Han permitido que se quedase para vestir imágenes y se echara en brazos de un Rogron.

Revolvió todo el departamento sin conseguir encontrar a un solo hidalgo dispuesto a casarse con una hija cuya madre sólo tenía dos mil libras de renta. El partido de los Tiphaine y el subprefecto también se pusieron en busca de aquel

desconocido, mas ya era demasiado tarde. Madame de Bréautey lanzó terribles acusaciones contra el egoísmo que devoraba a Francia, fruto del materialismo y del poder concedido por las leyes al dinero. ¡La nobleza ya no era nada! ¡La belleza tampoco! ¡Seres como Rogron y Vinet se atrevían a presentar batalla al rey de Francia!

Bathilde de Chargeboeuf no poseía únicamente la ventaja incontestable de la belleza sobre su rival, sino también la de su porte. Era de una blancura deslumbradora. A los veinticinco años tenía los hombros totalmente desarrollados y sus bellas formas poseían una exquisita plenitud. Su cuello torneado, la pureza de sus articulaciones, la riqueza de su cabellera de un rubio elegante, la gracia de su sonrisa, la forma distinguida de su cabeza, el porte y la silueta de su cara, sus bellos ojos colocados a la perfección bajo una frente bien tallada, sus movimientos nobles y reposados y su talle aún esbelto, todo en ella se armonizaba.

Tenía unas manos bellas y los pies estrechos. Su saludable lozanía le daba quizás el aspecto de una bella moza de posada, “pero esto no puede ser un defecto a los ojos de un Rogron”, comentó la bella madame Tiphaine. Mademoiselle de Chargeboeuf se presentó la primera vez ataviada con extremada sencillez. Llevaba un vestido de merino pardo festoneado por un bordado verde, descotado, pero una toquilla de tul distendida por cordones interiores le cubría los hombros, la espalda y el corsé, entreabriéndose sin embargo por delante, aunque la toquilla estuviese cerrada por medio de una fíbula. Bajo aquella delicada red, los encantos de Bathilde aún eran más coquetos, más seductores. Se quitó, al llegar, el sombrerito de terciopelo y el chal, exhibiendo sus lindas orejas adornadas por arracadas de oro. Poseía una crucecita de oro y terciopelo que brillaba sobre su garganta como el anillo negro que la fantasía de la naturaleza pone en la cola de un gato de angora blanco. Conocía todos los ardides de las jóvenes casaderas: movía las manos para recogerse unos bucles que no se habían desarreglado, mostraba las muñecas mientras pedía a Rogron que tuviese la bondad de atarle una manga, a lo que el desgraciado, deslumbrado, se negaba bruscamente, ocultando así sus emociones bajo una falsa indiferencia. La timidez del único amor que el mercero experimentó en su vida adquirió todos los visos del odio. Tanto Sylvie como Céleste Habert se engañaron al juzgarlo, pero no así el abogado, el hombre superior de aquella sociedad estúpida y que no tenía más que al cura por adversario, pues el coronel fue por mucho tiempo su aliado.

El coronel, por su parte, se portó a partir de entonces hacia Sylvie como Bathilde hacia Rogron. Se cambió de camisa todas las noches, lució cuellos de terciopelo que realizaban su rostro marcial que aún se destacaba más a causa de las dos puntas del cuello blanco de su camisa; adoptó el chaleco de piqué blanco y se hizo hacer una levita nueva de paño azul, en la que brillaba el botón rojo de la Legión de Honor; todo ello so pretexto de agasajar a la bella Bathilde. Dejó de fumar después de las dos. Dispuso sus cabellos cenicientos en ondas sobre su cráneo de tono ocre. Asumió, en fin, el exterior y el porte propios de un jefe de partido, de un hombre que se

disponía a poner en fuga a los enemigos de Francia, a los Borbones, en una palabra, a redoble de tambor.

El satánico abogado y el astuto coronel jugaron una mala pasada a los hermanos Habert aún más cruel que la presentación de la bella mademoiselle de Chargeboeuf, considerada por el partido liberal y en casa de los Bréautey diez veces más bonita que la bella madame Tiphaine. Aquellos dos grandes políticos de campanario hicieron creer a propios y extraños que monsieur Habert comulgaba en todas sus ideas. Provins pronto se refirió a él llamándolo el cura liberal. Requerido inmediatamente en el obispado, monsieur Habert se vio obligado a renunciar a sus veladas en casa de los Rogron; pero su hermana siguió asistiendo a ellas. A partir de entonces quedó constituido el salón de los Rogron y se convirtió en una potencia.

Hacia mediados de aquel año, asimismo, las intrigas políticas no fueron menos vivas en el salón de los Rogron que las intrigas matrimoniales. Si por un lado los intereses sordos, enterrados en los corazones, se libraron a combates encarnizados, por el otro la lucha pública adquirió una fatal celebridad. Sabido es que el ministerio Villele fue derribado por las elecciones de 1826. En el colegio* de Provins, Vinet, candidato liberal, a quien monsieur Cournant había procurado el censo mediante la adquisición de una propiedad aún pendiente de pago, estuvo a punto de alcanzar la victoria sobre monsieur Tiphaine. El presidente sólo tuvo dos votos de mayoría. A las señoras de Vinet y de Chargeboeuf, al propio Vinet y al coronel se unieron a veces monsieur Cournant y su esposa; después, monsieur Néraud, el médico, hombre que tuvo una juventud muy tempestuosa pero que se tomaba la vida en serio; se decía que se había entregado al estudio y, si había que creer a los liberales, se hallaba en posición mucho más desahogada que monsieur Martener. Los Rogron no comprendían su triunfo, como tampoco comprendieron su ostracismo.

La bella Bathilde de Chargeboeuf, a quien Vinet indicó a Pierrette como su enemiga, se mostraba horriblemente desdeñosa con ella. El interés general exigía el sacrificio de aquella pobre víctima. Madame Vinet no podía hacer nada por aquella criatura triturada entre unos intereses implacables que había terminado por comprender. Sin la voluntad imperiosa de su marido, no hubiera ido a casa de los Rogron, donde sufría demasiado viendo como maltrataban a aquella linda criatura que se apretujaba a su lado, adivinando una protección secreta, y que le pedía que le explicase cosas de sus estudios o le enseñase un bordado. Pierrette demostraba así que, tratada con dulzura, lo comprendía y lo hacía todo a maravilla. Como madame Vinet ya no era útil, dejó de acudir. Sylvie, que aún acariciaba la idea del matrimonio, terminó por ver un obstáculo en Pierrette. La niña iba a cumplir catorce años y su blancura enfermiza, cuyos síntomas pasaban desapercibidos a aquella solterona ignorante, la hacía encantadora. Sylvie concibió entonces la peregrina idea de compensar los gastos que le ocasionaba Pierrette convirtiéndola en una sirvienta. Vinet, como causahabiente de los Chargeboeuf, mademoiselle Habert, Gouraud y todos los asiduos influyentes, instaron a Sylvie a que despidiese a la gruesa Adele. Pierrette podía cocinar y cuidar de la casa, dijeron. Cuando hubiese demasiado trabajo, podría tomar a la asistente del coronel, persona muy entendida y una de las buenas cocineras de Provins. Pierrette debía aprender a cocinar, hacer la limpieza, dijo el siniestro abogado, a barrer, a tener limpia la casa, a ir al mercado y a conocer el precio de las cosas. La pobrecilla, cuya abnegación corría pareja con su generosidad, se ofreció por sí misma, contenta de pagar así el pan tan duro que comía en aquella casa.

Adele fue despedida y así perdió Pierrette la única persona que tal vez la hubiese protegido. A pesar de su fuerza, a partir de aquel momento se sintió abrumada física y moralmente. ¡Los dos célibes tuvieron menos miramientos con ella que con una doméstica, pues ella les pertenecía! Así, la reprendieron por naderías, por un poco de

polvo olvidado sobre el mármol de la chimenea o sobre un globo de vidrio. Aquellos objetos de lujo, que ella tanto había admirado, se le hicieron odiosos. Pese a su deseo de esmerarse, su inexorable prima siempre hallaba algo que censurar en lo que había hecho. En dos años, Pierrette no recibió un solo cumplido, no escuchó una sola palabra afectuosa. La felicidad para ella consistía en que no la riñesen. Soportaba con paciencia angelical el pésimo humor de aquellos dos célibes que desconocían totalmente los dulces sentimientos y que día tras día le hacían sentir que se hallaba bajo su dependencia. Aquella vida en que la joven se encontraba, entre ambos merceros, como apresada entre los dos labios de un torno de carpintero, aumentó su enfermedad. Experimentó trastornos interiores tan violentos, penas secretas tan súbitas en sus explosiones, que su desarrollo quedó irremediabilmente contrariado. Así llegó lentamente Pierrette, sufriendo dolores espantosos, pero ocultos, al estado en que la vio su amigo de la infancia mientras la saludaba desde la plazuela cantándole un romance bretón.

Antes de entrar en el drama doméstico que la venida de Brigaut suscitó en casa de los Rogron, será necesario, para no interrumpirlo, que expliquemos cómo se estableció el bretón en Provins, pues en cierto modo fue un personaje mudo de esta escena. Al huir, Brigaut no sólo se asustó al ver el gesto de Pierrette, sino del cambio sobrevenido en su joven amiga: apenas la hubiera reconocido de no haber sido por la voz, los ojos y los gestos que le recordaron a su compañera de niñez, pequeña, vivaracha, alegre y sin embargo llena de ternura. Cuando estuvo lejos de la casa, las piernas le temblaban y sintió calor en la espalda. Había visto la sombra de Pierrette, no a Pierrette. Subió a la parte alta de la villa, pensativo, inquieto, hasta encontrar un sitio desde donde poder distinguir la plaza y la casa de Pierrette; la contempló con dolor, sumido en pensamientos infinitos, como una desdicha en la que se penetra sin saber donde termina. ¡Pierrette sufría, no era feliz, añoraba Bretaña! ¿Qué tenía? Todas estas preguntas pasaban y volvían a pasar por el corazón de Brigaut desgarrándolo, y le revelaron la amplitud del afecto que sentía por su hermanita adoptiva. Es extremadamente raro que subsistan las pasiones entre niños de distinto sexo. La encantadora historia de Pablo y Virginia, como la de Pierrette y Brigaut, son más bien excepciones a la regla representada por este hecho moral, tan extraño. La historia moderna solamente ofrece la ilustre excepción de la sublime marquesa de Pescara y su marido: Destinados el uno al otro por sus padres desde la edad de catorce años, aquellos niños se adoraron y se unieron en matrimonio; su unión ofreció el espectáculo, en el siglo XVI, de un amor conyugal infinito, sin nubes. Viuda a los treinta y cuatro años, la marquesa, bella, espiritual, adorada por todos, rechazó a reyes y se enterró en vida en un convento, donde sólo vio y oyó a las religiosas.

Este amor tan completo surgió de pronto en el corazón del pobre obrero bretón. Pierrette y él se habían protegido muy a menudo, y para él fue una satisfacción poder darle el dinero necesario para su viaje. Estuvo a punto de morir por haber seguido a la diligencia, y, sin embargo Pierrette nada supo de todo ello. Aquel recuerdo infundió

calor con frecuencia en las horas frías de su penosa vida, durante aquellos tres años. Se perfeccionó por Pierrette, aprendió su oficio por Pierrette, fue por Pierrette a París, con el propósito de hacer fortuna para ella. Después de pasar quince días en la capital no pudo resistir al deseo de verla; anduvo desde el sábado por la noche hasta aquel lunes por la mañana, con el propósito de regresar a París; pero la conmovedora aparición de su amiguita lo inmovilizaba en Provins. Un admirable magnetismo, aún puesto en duda, pese a tantas pruebas, actuaba en él sin que lo supiese: de sus ojos brotaban lágrimas, mientras que el llanto bañaba los de Pierrette. Si para ella él representaba la Bretaña y su dichosa niñez, para él, Pierrette era la vida. A los dieciséis años, Brigaut aún no sabía dibujar ni perfilar una comisa; ignoraba muchas cosas, pero, trabajando a destajo, ganaba de cuatro a cinco francos diarios. Por lo tanto, podía vivir en Provins, donde estaría cerca de Pierrette y acabaría de aprender su oficio tomando por maestro al mejor carpintero de la villa. Y, al propio tiempo, velaría por Pierrette.

Brigaut sólo tardó un instante en adoptar esta decisión. El obrero regresó corriendo a París, echó sus cuentas, tomó su libreta, su equipaje y sus herramientas y, tres días después, era oficial en el taller de monsieur Frappier, el primer carpintero de Provins. Los obreros activos, ordenados, enemigos del bullicio y de la taberna, son lo bastante raros como para que los amos sepan apreciar a un joven como Brigaut.

Para terminar la historia del bretón sobre este particular, al cabo de quince días pasó a ser primer oficial, se alojó y comió en casa de Frappier, quien se puso a enseñarle cálculo y dibujo lineal. El carpintero vivía en la calle Mayor, a un centenar de pasos de la larga plazoleta a cuyo extremo se alzaba la mansión de los Rogron. Brigaut enterró su amor en su corazón, sin cometer la menor indiscreción. Hizo que madame Frappier le contase la historia de los Rogron; la buena mujer le refirió las artimañas realizadas por el viejo mesonero para conseguir la sucesión del viejo Auffray. Brigaut se informó sobre el carácter del mercero Rogron y su hermana. Sorprendió a Pierrette en el mercado, por la mañana, con su prima, y se estremeció al verle colgado del brazo un cesto lleno de vituallas. Volvió a ver a Pierrette el domingo en la iglesia, dónde la bretona se mostraba con sus mejores ropas. Fue allí dónde, por primera vez, Brigaut comprendió que Pierrette era también mademoiselle Lorrain. Pierrette distinguió a su amigo, pero le hizo una seña misteriosa para que permaneciese bien escondido. Aquel gesto encerraba una infinidad de cosas, lo mismo que aquél por medio del cual, quince días antes, ella le indicó que huyese. ¡Qué fortuna tendría qué amasar en diez años para poder casarse con su amiguita de la infancia, a quien los Rogron dejarían una casa, muchas tierras y doce mil libras de renta, sin hablar de sus ahorros! El perseverante bretón no quiso probar fortuna sin antes adquirir los conocimientos que le faltaban. Entre instruirse en París o instruirse en Provins, mientras sólo se tratase de la teoría, prefirió quedarse cerca de Pierrette, a la que, por otra parte, quería explicar sus proyectos y la clase de protección con la que ella podía contar. Y, por último, no quería abandonarla sin haber rasgado el

misterio de aquella palidez que ya alcanzaba a los órganos que son los últimos en ser abandonados por la vida, los ojos; sin que supiese de donde provenían aquellos sufrimientos que le daban el aspecto de una adolescente inclinada bajo la guadaña de la muerte y a punto de caer. Aquellas dos señales conmovedoras, que no daban un mentís a su amistad, pero que recomendaban la mayor reserva, llenaron de terror el alma del bretón. Era evidente que Pierrette le ordenaba que la esperase y que no tratase de verla, de lo contrario habría peligro, especialmente para ella. Al salir de la iglesia pudo dirigirle una mirada, y Brigaut vio que Pierrette tenía los ojos llenos de lágrimas. El bretón antes hubiera hallado la cuadratura del círculo que adivinar lo que había sucedido en casa de los Rogron desde su llegada.

Pierrette bajó de su habitación dominada por una viva aprensión, la mañana en qué Brigaut surgió en su sueño matinal como otro sueño. Para levantarse, para abrir la ventana, mademoiselle Rogron había tenido que oír aquel canto y aquellas palabras, hartamente comprometedoras a los oídos de una solterona, pero Pierrette ignoraba los hechos que habían puesto tan sobre aviso a su prima. Sylvie tenía poderosas razones para levantarse y correr a su ventana. Desde hacía ocho días, unos extraños sucesos secretos, unos sentimientos crueles agitaban a los principales personajes del salón de los Rogron. Aquellos acontecimientos desconocidos, ocultos cuidadosamente por ambas partes, iban a caer como un frío alud sobre Pierrette. Aquel mundo de cosas misteriosas, al que quizás habría que llamar las inmundicias del corazón humano, forman la base de las mayores revoluciones políticas, sociales o domésticas; pero al mencionarlas, quizá resulte extremadamente útil explicar que su traducción algebraica, si bien cierta, no es fiel en lo que se refiere a la forma. Estos cálculos profundos no hablan con toda la brutalidad con que los expresa la historia. Querer reproducir los circunloquios, las precauciones oratorias, las largas conversaciones en que el espíritu oscurece adrede la luz que aporta a ellas, en que la palabra melosa diluye el veneno de ciertas intenciones, sería tratar de escribir un libro tan largo como el magnífico poema llamado Clarissa Harlowe. Mademoiselle Habert y mademoiselle Sylvie sentían los mismos deseos de casarse, pero una tenía diez años menos que la otra, y las probabilidades existentes permitían a Céleste Habert pensar que sus hijos tendrían toda la fortuna de los Rogron. Sylvie iba a cumplir cuarenta y dos años, edad en la que el matrimonio puede ofrecer peligros. Al confiarse sus ideas buscando su mutua aprobación, Céleste Habert, obrando según los dictados del vengativo abate, iluminó a Sylvie sobre los pretendidos peligros de su situación. El coronel, hombre violento, de una salud militar, un mocetón de cuarenta y cinco años, tenía que poner en práctica la moraleja de todos los cuentos de hadas: “Fueron felices y tuvieron muchos hijos”. Esta felicidad hizo temblar a Sylvie y tuvo miedo de morir, idea que causa profundos estragos en los célibes. Pero el ministerio Martignac, aquella segunda victoria de la cámara que hizo caer al ministerio Villele, ya estaba nombrado. El partido de Vinet andaba con la cabeza erguida por Provins. Vinet, convertido en el primer abogado de la Brie, “ganaba todo lo que se proponía”,

según un dicho popular. Vinet era todo un personaje. Los liberales profetizaban su encumbramiento. Sin duda alguna sería diputado, fiscal de la audiencia territorial o de un tribunal superior. En cuanto al coronel, sería alcalde de Provins. ¡Ah, reinar como reinaba madame Garceland, convertirse en la alcaldesa! Sylvie no supo resistir a esa esperanza y quiso consultar a un médico, aunque la tal consulta la cubriese de ridículo. Aquellas dos mujeres, una victoriosa de la otra y segura de llevarla al pilón, tramaron una de aquellas celadas que las mujeres aconsejadas por un sacerdote saben preparar tan bien. Consultar a monsieur Néraut el médico de los liberales, el antagonista de monsieur Martener, era una culpa. Céleste Habert ofreció a Sylvie la posibilidad de ocultarse en su tocador, mientras ella consultaba por su cuenta a monsieur Martener, médico de su pensionado, sobre tan delicada cuestión. Cómplice o no de Céleste, Martener respondió a su denta que el peligro ya existía, aunque pequeño, en una virgen de treinta años.

—Pero vuestra constitución —le dijo al terminar— hace que no tengáis nada que temer.

—¿Y en el caso de una mujer de más de cuarenta años? —preguntó mademoiselle Céleste Habert.

—Una mujer de cuarenta años, casada y con hijos, no tiene nada que temer.

—¿Pero una mujer seria, muy seria, como mademoiselle Rogron, por ejemplo?

—¡Desde luego, no puede ser más seria! —comentó monsieur Martener—. En tal caso, un alumbramiento feliz es uno de esos milagros que Dios se permite muy de tarde en tarde.

—¿Y eso por qué? —quiso saber Céleste Habert.

El médico respondió con una descripción patológica espeluznante, explicando que la elasticidad conferida por la naturaleza en la juventud a los músculos y los huesos ya no existía a una edad determinada, sobre todo en las mujeres que, a causa de su profesión, habían llevado una vida sedentaria, como era el caso de mademoiselle Rogron.

—¿Así, después de los cuarenta años una señorita virtuosa no debe pensar en el matrimonio?

—O esperar —respondió el galeno—, pero entonces ya no se trata de matrimonio, sino de una asociación de intereses. ¿Qué otra cosa podría ser, si no?

En fin, de esta entrevista se desprendió, de una manera clara, seria, científica y razonable que, de los cuarenta para arriba, una señorita virtuosa ya no debía casarse. Cuando el doctor Martener se hubo marchado, mademoiselle Céleste Habert se encontró a mademoiselle Rogron verde y amarilla, con las pupilas dilatadas; en un estado espantoso, en fin.

—¿Amáis mucho al coronel? —le preguntó.

—Aún me hacía ciertas ilusiones —respondió el virago.

—¡Seguid confiando y esperando! —exclamó jesuíticamente mademoiselle Habert, sabiendo perfectamente que el tiempo ajustaría las cuentas al coronel.

Con todo, la moralidad de aquella unión ofrecía ciertas dudas. Sylvie fue a sondear su conciencia en el fondo del confesionario. Su severo director espiritual le expuso las opiniones de la Iglesia que sólo ve en el matrimonio un medio para perpetuar a la especie, que reprueba las segundas nupcias y lanza su anatema sobre las pasiones sin objetivo social. Sylvie Rogron se sumió en un mar de perplejidades. Aquellos combates interiores infundieron una extraña fuerza a su pasión y le prestaron el inexplicable atractivo que, desde los tiempos de Eva, las cosas prohibidas ofrecen a las mujeres. La turbación de mademoiselle Rogron no pasó desapercibida a la mirada clarividente del abogado.

Una noche, después de la partida de costumbre, Vinet se acercó a su querida amiga Sylvie, la tomó de la mano y fue a sentarse con ella en uno de los canapés.

—¿Os ocurre algo? —le susurró al oído.

Ella inclinó tristemente la cabeza. El abogado esperó que Rogron se fuese, para quedarse a solas con la solterona y tirarle de la lengua.

“¡Una maniobra magistral, señor abate!”, dijo para su capote, después de haber oído todas las consultas secretas hechas por Sylvie y de las que la última era la más espantosa.

“¡Pero la has realizado en mi provecho!”, se dijo entre dientes.

Aquel taimado zorro judicial aún se mostró más terrible que el médico en sus explicaciones; le aconsejó el matrimonio, pero sólo antes de una docena de años, para mayor seguridad. El abogado juró que toda la fortuna de los Rogron pertenecería a Bathilde. Se frotó las manos, su hocico se hizo más fino, apresurándose tras madame y mademoiselle de Chargeboeuf, a quienes había dejado en camino acompañadas por un servidor provisto de una linterna.

La influencia ejercida por el abate Habert, médico del alma, estaba perfectamente contrarrestada por Vinet, médico de la bolsa. Rogron era muy devoto y así, el Hombre de Iglesia y el Hombre de Leyes, ambos cubiertos de negras ropas talaras, se encontraban codo a codo. Al enterarse de la victoria alcanzada por mademoiselle Habert, segura de casarse con Rogron, sobre Sylvie, que vacilaba entre el miedo de morir y la alegría de ser baronesa, el abogado entrevió la posibilidad de hacer desaparecer al coronel del campo de batalla. Conocía lo suficiente a Rogron para hallar un medio de casarlo con la bella Bathilde. Rogron no pudo resistir los ataques de mademoiselle de Chargeboeuf. Vinet sabía que en la primera ocasión en que Rogron se quedase a solas con él y Bathilde, su matrimonio sería cosa hecha. Rogron había llegado al extremo de no quitar ojo de mademoiselle Habert, a causa de lo cohibido que se sentía al mirar a Bathilde. Vinet acababa de ver hasta qué punto Sylvie amaba al coronel. Comprendió el alcance que podía tener semejante pasión en una solterona beata y mojigata y no tardó en hallar el medio de perder simultáneamente a Pierrette y al coronel confiando librarse de uno por medio de la otra.

A la mañana siguiente, después de la audiencia, encontró al coronel paseando con

Rogron, como ambos tenían costumbre de hacer todos los días.

Cuando aquellos tres sujetos iban juntos, su reunión los convertía en la comidilla de toda la ciudad. Aquel triunvirato, detestado en la subprefectura, en la magistratura y entre el partido de los Tiphaine, constituía un grupo de tribunos del que se enorgullecían los liberales de Provins. Vinet redactaba por sí solo el “Courrier”, él era la cabeza visible del partido; el coronel, administrador del diario, era el brazo ejecutivo; Rogron era el nervio con su dinero, se suponía que era el enlace entre el Comité director de Provins y el Comité director de París. Si había que oír a los Tiphaine, aquellos tres individuos siempre estaban tramando algo contra el Gobierno, mientras que los liberales los admiraban como los defensores del pueblo. Cuando el abogado vio que Rogron regresaba hacia la plaza, pues ya era la hora de almorzar, tomó al coronel por el brazo para impedir que acompañase al ex mercero.

—Bien, mi querido coronel —le dijo—, voy a quitaros un gran peso de encima. No hace falta que os caséis con Sylvie; si os dais maña, dentro de dos años podréis casaros con la pequeña Pierrette Lorrain.

Y le contó los efectos que había producido la maniobra del jesuita.

—¡Qué estocada secreta —dijo el coronel— y hasta donde ha alcanzado!

—Mi coronel —prosiguió Vinet con gravedad—, Pierrette es una criatura encantadora que os hará feliz para el resto de vuestros días, y gozáis de tan buena salud que este matrimonio no tendrá para vos los inconvenientes acostumbrados de las uniones desproporcionadas; pero no consideréis fácil este cambio de una suerte horrible por una suerte agradable. Convertir a vuestra amante en confidente es una operación tan peligrosa como, en vuestro oficio, el paso de un río bajo el fuego enemigo. Pero vos, finísimo como corresponde a un coronel de caballería, estudiaréis la posición y maniobraréis con la superioridad que hemos tenido hasta el momento presente y que nos ha valido nuestra situación actual. Si un día soy fiscal de la audiencia, vos podréis estar al frente del Departamento. ¡Ah, si hubieseis sido elector, otro gallo nos cantara!; yo hubiera comprado los dos votos de aquellos dos funcionarios, diciéndoles que no se preocupasen por la pérdida de su empleo, y hubiéramos tenido mayoría. Y yo ocuparía un escaño al lado de los Dupin, los Casimir Périer, y de...

El coronel pensaba desde hacía mucho tiempo en Pierrette, pero ocultaba aquellos pensamientos con un profundo disimulo; así, su brutalidad con Pierrette no era más que aparente. La niña no se explicaba porqué el pretendido camarada de su padre la trataba tan mal, pese a que le acariciaba la barbilla con gesto paternal cuando la encontraba sola. Desde la confidencia de Vinet acerca del terror que el matrimonio inspiraba a mademoiselle Sylvie, Gouraud buscó las ocasiones de hallarse a solas con Pierrette, y el rudo coronel se mostraba entonces tierno como un gato, diciéndole que Lorrain había sido un valiente y que era una verdadera desgracia para ella que hubiese muerto.

Pocos días antes de la llegada de Brigaut, Sylvie sorprendió a Gouraud a solas

con Pierrette. Los celos penetraron entonces en aquel corazón con una violenta monástica. Los celos, pasión evidentemente crédula, suspicaz, es, de todas, aquélla en que la fantasía juega un papel más importante; pero en vez de despertar el ingenio, lo adormece, y, en Sylvie, dicha pasión había de suscitar extrañas ideas. Sylvie se imaginó que el hombre que acababa de pronunciar las palabras de “señora esposa” ante Pierrette era el coronel. Sylvie creía tener razón en atribuir aquella cita al coronel, pues los modales de Gouraud le parecían distintos desde hacía una semana. Aquel hombre era el único que se había ocupado de ella, en la soledad en que había vivido hasta entonces. Por lo tanto, lo observaba constantemente, con todo el poder de sus ojos y de su entendimiento; y, a fuerza de entregarse a esperanzas que tan pronto florecían como eran destruidas, terminó por convertirlo en algo tan enorme que le producía los efectos de un espejismo moral. Según una bella expresión vulgar, a fuerza de mirar ya no veía nada. Rechazaba y combatía victoriosamente, de manera alternativa, la suposición de aquella rivalidad quimérica. Establecía un paralelo entre ella y Pierrette: ella tenía cuarenta años y cabellos grises; Pierrette era una niña deliciosa de tez blanquísima, con unos ojos tan tiernos que hubieran despertado el corazón de un muerto. Había oído decir que los cincuentones gustaban de las jovencitas como Pierrette. Antes de que el coronel se pasase a ellos y frecuentase la casa de los Rogron, Sylvie había oído cosas extrañas, sobre Gouraud y sus costumbres, en el salón de los Tiphaine. Las solteronas poseen sobre el amor las ideas platónicas exageradas que profesan las jovencitas de veinte años; conservan doctrinas absolutas, como todos aquellos que no tienen experiencia de la vida ni han podido comprobar a su costa hasta qué punto las principales fuerzas de la sociedad modifican, descantillan y hacen fracasar estos bellos y nobles ideales. La idea de verse engañada por el coronel era un pensamiento, para Sylvie, que le martilleaba el cerebro. Durante ese tiempo que todos los célibes ociosos pasan en la cama, entre el momento de despertar y el de levantarse, la solterona se ocupó pues de sí misma, de Pierrette y de la canción que la despertó, con su mención del matrimonio. Pero, la estúpida, en vez de atisbar al enamorado a través de las persianas, abrió la persiana sin pensar que Pierrette la oiría. Si hubiese tenido el vulgar espíritu del espía, hubiera visto a Brigaut, y el drama fatal entonces comenzado no hubiera tenido lugar.

Pierrette, pese a su debilidad, levantó las barras de madera que mantenían cerrados los postigos de la cocina, los abrió y los sujetó y después fue a abrir igualmente la puerta del corredor que daba al jardín. Tomó las distintas escobas que necesitaba para barrer la alfombra, el comedor, el corredor, la escalera, para limpiarlo todo, en fin, con un cuidado y una exactitud que ninguna sirvienta, aunque fuese holandesa, pondría en su trabajo: ¡Hasta tal punto aborrecía las reprimendas! Para ella, la felicidad consistía en ver los ojillos azules, pálidos y fríos de su prima, no satisfechos, pues nunca parecían estarlo, sino solamente tranquilos, después de haber paseado por doquier su mirada de propietaria, aquella mirada inexplicable que ve lo que escapa a los ojos más observadores. Pierrette ya tenía la piel sudorosa cuando

volvió a la cocina para arreglarlo todo y encender los hornos en que calentaría el agua para el aseo de su primo, lujo que ella no se podía permitir. Puso el cubierto para el desayuno y encendió la estufa de la sala. Para efectuar estas distintas tareas, iba de vez en cuando a la bodega en busca de leña, abandonando un lugar fresco para ir a un lugar cálido, y éste para bajar a un antro frío y húmedo. Estas súbitas transiciones, efectuadas con la vehemencia de la juventud, muchas veces para evitar una palabra dura, para obedecer una orden, producían agravamientos irremediables en su estado de salud. Pierrette no sabía que estuviese enferma. Sin embargo, ya empezaba a sufrir; tenía apetitos extraños que ocultaba; le gustaban mucho las ensaladas crudas, que comía a hurtadillas. La inocente niña ignoraba por completo que estos deseos se debían a una grave enfermedad que requería las mayores precauciones. Antes de la llegada de Brigaut, si aquel Néraud, que podía reprocharse la muerte de la abuela hubiese revelado aquel peligro mortal a la niña, Pierrette hubiera sonreído: encontraba la vida demasiado amarga para no sonreír a la muerte. Pero desde hacía algunos instantes amaba a Provins, pese a añadir a sus sufrimientos corporales los causados por la nostalgia bretona, enfermedad moral tan conocida que los bretones que cumplen el servicio militar inspiran serios cuidados a los coroneles de sus regimientos. La vista de aquella flor de oro, aquel canto, la presencia de su amigo de la infancia, la reanimaron como reverdece una planta reseca tras una lluvia copiosa. ¡Quería vivir, no creía haber sufrido! Se deslizó tímidamente en la habitación de su prima, encendió la chimenea, dejó en ella el escalfador, cambió algunas palabras con Sylvie, fue a despertar a su tutor y bajó a recoger la leche, el pan y todas las provisiones de boca que traían los proveedores. Durante algún tiempo permaneció en el umbral, esperando a Brigaut tuviese el valor de regresar; pero Brigaut ya estaba en la carretera de París. Arregló la sala y estaba ocupada en la cocina, cuando oyó que su prima bajaba la escalera. Mademoiselle Sylvie hizo su aparición con un peinador de tafetán color carmelita, un gorro de tul adornado con nudos de cintas, el bisoñé muy mal colocado, la camisa asomándole por debajo del salto de cama y los pies metidos en unas zapatillas, que arrastraba al andar. Después de pasar revista a todo, se dirigió a su prima que la esperaba para saber de qué se compondría el desayuno.

—¡Ah! ¿Ya está aquí, pues, la señorita enamorada? —dijo Sylvie a Pierrette con un tono mitad alegré y mitad burlón.

—¿Cómo decís, prima?

—Has entrado en mi casa con disimulo y has salido de ella con el mismo disimulo; sabes muy bien de qué te hablo.

—¿Yo?...

—Esta mañana has tenido una serenata, ni más ni menos que una princesa.

—¿Una serenata? —exclamó Pierrette.

—¿Una serenata? —repitió Sylvie imitándola—. Y además, tienes un amante.

—Decidme, prima, ¿qué es un amante?

Sin responderle, Sylvie prosiguió:

—¿Te atreves a sostener que esta mañana un hombre no te ha hablado de matrimonio, al pie de tu ventana?

Las vejaciones habían enseñado a Pierrette las astucias de que deben valerse los esclavos. Así es que respondió con osadía:

—No sé qué quieres decir.

—¡Descarada! —dijo con acritud la solterona.

—¿Qué queréis prima? —dijo Pierrette con humildad.

—No, no te has levantado, tampoco, y no has ido descalza a la ventana, lo que te valdrá una buena enfermedad. ¡Pero te estará muy bien merecido! ¿Y tampoco has hablado con tu cortejador?

—No, prima Sylvie.

—Sabía que tenías muchos defectos, pero ignoraba que poseyeses también el de mentir. ¡Piénsalo bien! Tienes que referirnos y explicarnos, a tu primo y a mí, la escena de esta mañana, de lo contrario tu tutor tendrá que adoptar medidas rigurosas.

La solterona, devorada por los celos y la curiosidad, trataba de intimidar a su víctima. Pierrette guardó silencio, como hacen las personas que sufren más de lo que pueden soportar. Este silencio es el único medio de triunfar que tienen los seres atacados; fatiga las cargas de caballería del enemigo, las salvajes escaramuzas de los envidiosos; otorga una victoria aplastante y completa. ¿Hay algo más completo que el silencio? El silencio es absoluto: ¿No es una de las maneras de ser del infinito? Sylvie examinó a Pierrette a hurtadillas. La niña se había ruborizado, pero su rubor no se extendió uniformemente sobre su tez, sino que se dividía en placas desiguales en los pómulos, en manchas ardientes y de un tono significativo. Al ver aquellos síntomas de enfermedad, una madre se hubiera apresurado a cambiar de tono para sentar a la niña sobre sus rodillas e interrogarla. Haría ya mucho tiempo que estaría convencida, por las mil pruebas entrevistas, de la sublime inocencia de Pierrette; hubiera adivinado su enfermedad, comprendiendo que los humores de la sangre desviados de su camino se precipitaban sobre los pulmones, después de trastornar las funciones digestivas. Aquellas manchas elocuentes también le hubieran indicado la inminencia de un peligro mortal. Pero una solterona que nunca había experimentado los sentimientos que despierta la familia y que desconocía las necesidades de la infancia, las precauciones requeridas por la adolescencia, no podía mostrar ninguna de las indulgencias y de las compasiones inspiradas por los mil acontecimientos de la vida conyugal y familiar. Los sufrimientos de la miseria, en vez de enternecer a aquel corazón, lo habían encallecido.

“¡Se sonroja, luego es culpable!”, dijo Sylvie para sus adentros, interpretando en el peor sentido el silencio de Pierrette.

—Pierrette —le dijo—, antes que baje tu primo, tenemos que hablar. Ven —dijo con tono más dulce—. Cierra la puerta de la calle. Si alguien viene, ya llamará; lo oiremos bien.

Pese a la húmeda neblina que flotaba sobre el río, Sylvie precedió a Pierrette por

el sendero enarenado que serpenteaba a través del césped, hasta el borde de la terraza de rocalla, que parecía un pintoresco embarcadero adornado por ibis y plantas acuáticas. La solterona cambió de sistema: trató de soltar la lengua de Pierrette por medio de la dulzura. La hiena se disfrazó de gato.

—Pierrette —le dijo—, ya no eres una niña; pronto cumplirás quince años y no tendría nada de sorprendente que tuvieses un amante.

—Pero, prima Sylvie —dijo Pierrette alzando la mirada con angélica dulzura hacia la cara agria y fría de su prima, que había asumido su aspecto de vendedora—. ¿Qué es un amante?

A Sylvie le resultó imposible definir con exactitud y decencia un amante. En lugar de ver en esta pregunta el resultado de una adorable inocencia, vio en ella una prueba de falsedad.

—Un amante, Pierrette, es un hombre que ama a una persona y quiere casarse con ella.

—¡Ah! —exclamó Pierrette—. ¡En Bretaña, cuando dos personas están de acuerdo para casarse, a él le llamamos el prometido o el novio!

—Pues bien: Tienes que saber que no hay el menor mal, pequeña, en manifestar los sentimientos que te inspira un hombre. El mal está en el secreto. ¿Por casualidad no se habrá prendado de ti alguno de los hombres que frecuentan esta casa?

—No lo creo.

—¿No te has enamorado de ninguno de ellos?

—¡No, de ninguno!

—¿Seguro?

—Seguro.

—Mírame, Pierrette —Pierrette miró a su prima—. Sin embargo, esta mañana un hombre te ha llamado desde la plaza.

Pierrette bajó la vista, y Sylvie continuó:

—¡Has ido a tu ventana, la has abierto y has hablado con él!

—No, prima Sylvie, he querido saber qué tiempo hacía y he visto a un campesino en la plaza.

—Pierrette, desde que hiciste la Primera Comuni3n has mejorado mucho; eres una niña obediente y piadosa que ama a sus parientes y a Dios; estoy contenta de ti pero no te lo decía para no despertar tu vanidad.

¡Aquella horrible mujer tomaba por virtudes el abatimiento, la sumisi3n y el silencio de la desdicha! Una de las cosas más dulces capaces de consolar a los que sufren, a los mártires y a los artistas en el apogeo de la pasi3n divina que les imponen la envidia y el odio, consiste en encontrar el elogio allí donde siempre han hallado censuras y mala fe. Pierrette, pues, dirigió a su prima una mirada enternecida, sintiéndose casi dispuesta a perdonarle todos los dolores que le había causado.

—Pero si todo esto no es más que hipocresía, si tengo que ver en ti a una serpiente que he alimentado en mi seno, serías una infame, una horrible criatura —

añadió.

—No creo tener que hacerme ningún reproche —dijo Pierrette, sintiendo que se le hacía un nudo horrible en el corazón ante aquella transición súbita de los inesperados elogios al terrible acento de la hiena.

—¿Ya sabes que la mentira es un pecado mortal?

—Sí, prima Sylvie.

—¡Pues bien, estás ante Dios! —dijo la solterona mostrándole con ademán solemne los jardines y el cielo—. Júrame que no conoces a ese campesino.

—No quiero jurar —dijo Pierrette.

—¡Ah, eso quiere decir que no era un campesino, pequeña víbora!

Pierrette huyó como una corza asustada a través del jardín, intimidada por aquella cuestión moral. Su prima la llamó con voz terrible.

—Llaman a la puerta —respondió Pierrette.

—¡Ah, criatura solapada! —se dijo Sylvie—. Pese a toda su marrullería, estoy segura de que esta pequeña culebra ha envuelto al coronel en sus anillos. Nos ha oído decir que es barón. ¡Y ella quiere ser baronesa! ¡Estúpida! ¡Oh, me libraré de ella poniéndola como aprendiz y muy pronto!

Sylvie se hallaba tan absorta en sus propios pensamientos, que no vio a su hermano, que venía por el camino examinando los desastres producidos por la escarcha en las dalias.

—¿En qué piensas, Sylvie, aquí tan quieta? Creí que mirabas los peces. A veces saltan fuera del agua.

—No —dijo ella.

—¿Y, cómo has dormido? —Acto seguido, se puso a contarle sus sueños de aquella noche—. ¿No encuentras que tengo barro en la cara?

Desde que Rogron amaba —no profanemos esta palabra—, mejor dicho, deseaba a mademoiselle de Chargeboeuf, se preocupaba mucho de sí mismo y de su aspecto, Pierrette bajó en aquel momento por la escalinata para anunciar, desde lejos, que el desayuno estaba servido. Al ver a su prima, la tez de Sylvie se cubrió de manchas verdes y amarillas: toda su bilis se puso en movimiento. Examinó el corredor y encontró que Pierrette debía haberlo fregado.

—Lo fregaré si queréis —respondió aquel ángel, ignorante del peligro que este trabajo representa para una joven.

El comedor estaba irreprochablemente arreglado. Sylvie se sentó y durante todo el desayuno fingió tener necesidad de cosas, en que no hubiera pensado en un estado normal, que pedía a Pierrette para obligarla a levantarse, eligiendo siempre el momento en que la pobre niña se sentaba de nuevo a la mesa. Pero aún no tenía bastante con esto: Sylvie buscaba algo que reprocharle y se enfurecía interiormente al no encontrarlo. Si hubiesen tomado huevos frescos, desde luego se habría quejado del suyo, diciendo que estaba crudo. Apenas respondía a las necias preguntas de su hermano y sin embargo sólo le miraba a él. Sus ojos evitaban posarse en Pierrette,

quien era extremadamente sensible a estos manejos. Pierrette sirvió el café de sus primos en un gran vaso de plata en el que calentaba la leche con nata al baño maría. Los hermanos Rogron añadían después, a discreción, el café negro hecho por Sylvie. Luego, de preparar minuciosamente su gusto, distinguió un ligero polvo de café; lo tomó con afectación en el torbellino amarillo, lo contempló y se inclinó para verlo mejor. Después estalló la tempestad.

—¿Qué tienes? —dijo Rogron.

—Tengo que la señorita me ha echado ceniza al café. ¡Qué agradable resulta tomar café con ceniza!... Pero esto no me sorprende: no pueden hacerse bien dos cosas a la vez. ¡Ella no pensaba en el café! ¡Un mirlo hubiera podido volar por la cocina esta mañana, que ella no se hubiera enterado! ¿Cómo quieres, pues, que viese volar la ceniza? ¡Y además, el café de su prima le importa un comino, naturalmente!

Habló en aquel tono mientras apartaba al borde del plato el polvo de café que había pasado a través del filtro, y algunos granos de azúcar que aún no se habían fundido.

—Pero, prima Sylvie, esto es café —dijo Pierrette.

—¡Vaya, así soy yo quien miente! —gritó Sylvie, fulminando a Pierrette con una espantosa mirada colérica de sus ojos llameantes.

Los organismos que no han sufrido los embates destructores de la pasión disponen de una enorme abundancia de energía vital. Aquel fenómeno de la excesiva claridad de la mirada en los momentos de cólera había arraigado tanto más en mademoiselle Rogron cuanto que antes, en su comercio, tuvo ocasión de utilizar el poder de su mirada abriendo desmesuradamente los ojos, a fin de imprimir un saludable terror en sus inferiores.

—Sólo falta que me contradigas —prosiguió— y precisamente tú, que merecerías abandonar esta mesa e irte a comer sola a la cocina.

—¡Pero qué tenéis las dos! —exclamó Rogron—. Estáis imposibles, esta mañana.

—Esta señorita sabe muy bien lo que tengo contra ella. Le permito que tome una decisión antes de hablarte de ello, pues voy a tener más bondades con esa niña de las que se merece.

Pierrette miraba a la plaza a través de los vidrios de la ventana para no ver los ojos de su prima, que la asustaban.

—¡Me escucha tanto como si hablase con esta azucarera! Sin embargo, tiene el oído fino, pues sabe hablar desde un primer piso con una persona de la calle... ¡Tu pupila es de una perversidad inaudita y no debes esperar de ella nada bueno!, ¿me oyes, Rogron?

—¿Es que ha hecho algo grave? —preguntó Rogron a su hermana.

—¡Una criatura de su edad! Esto se llama empezar temprano —gritó la solterona, furiosa.

Pierrette se levantó para quitar la mesa, tratando de conservar la serenidad aunque esto le costaba. Pese a que aquel lenguaje no era nuevo para ella, nunca pudo

acostumbrarse a oírlo. La cólera de su prima le hacía pensar que había cometido un crimen. Se preguntó cual no sería su furor si conociese la escapada de Brigaut. Quizá le quitarían a Brigaut. Se agolparon en su cerebro los mil pensamientos de la esclava, extraordinariamente veloces y profundos. Y resolvió guardar un silencio absoluto acerca de un hecho que su conciencia no consideraba delictivo. Tuvo que oír palabras tan duras, tan ásperas, suposiciones tan insultantes, que al entrar en la cocina sufrió una contracción en el estómago, seguida de un terrible vómito. No se atrevió a quejarse, pues no estaba segura de obtener los cuidados debidos. Regresó al comedor pálida, palidísima; dijo que no se encontraba bien y fue a acostarse asiéndose, de peldaño en peldaño, a la barandilla, creyendo que había llegado la hora de su muerte. "¡Pobre Brigaut! ", se decía entre tanto.

—¡Está enferma! —exclamó Rogron.

—¿Ella, enferma? ¡No es más que comedia! —respondió Sylvie en voz alta, para que ella la oyese—. ¡Esta mañana lo está todo menos enferma!

Este último golpe abatió a Pierrette, quien se acostó bañada en llanto y rogando a Dios que se la llevase de este mundo.

Desde hacía aproximadamente un mes, Rogron ya no tenía que llevar el "Constitutionnel" a casa de Gouraud, pues el coronel venía obsequiosamente a la suya en busca del periódico y para conversar un poco e irse a pasear, luego, con Rogron cuando hacía buen tiempo. Segura de ver al coronel y de poderlo interrogar, Sylvie se atavió graciosamente. La solterona creía mostrarse coqueta poniéndose un vestido verde y un pequeño chal de oamisir amarillo con ribete encarnado y un sombrero blanco con raquílicas plumas grises. A la hora en que el coronel debía llegar, Sylvie se apostó en el salón con su hermano, a quien había obligado a permanecer en zapatillas y batín.

—¡Hace muy buen día, coronel! —dijo Rogron al oír los pesados pasos de Gouraud—, pero no estoy vestido, ya que mi hermana quería salir y me ha hecho quedar al cuidado de la casa. Os ruego me esperéis.

Rogron dejó a Sylvie sola con el coronel.

—¿Adonde queréis ir? Os habéis arreglado como una divinidad —dijo Gouraud que observó un aspecto de cierta solemnidad en el ancho semblante pecoso de la solterona.

—Quería salir, pero, como la pequeña no está bien, tengo que quedarme.

—¿Pues qué tiene?

—No lo sé, ha querido acostarse.

A consecuencia de su alianza con Vinet, cualquier cosa bastaba para alarmar la prudencia y despertar la desconfianza de Gouraud. Sin duda alguna, el abogado era quien llevaba la mejor parte. El leguleyo redactaba el periódico, en el que hacía lo que le venía en gana, destinando los ingresos a su redacción, mientras que el coronel, que era el administrador, ganaba muy poco con el periódico. Vinet y Cournant habían prestado enormes servicios a los Rogron y el coronel retirado no podía hacer nada por

ellos. ¿Quién sería diputado? Vinet, ¿Quién era el gran elector? Vinet. ¿A quién consultaban todos? ¡A Vinet! Además, él conocía casi tan bien como Vinet la extensión y la profundidad de la pasión que la bella Bathilde de Chargeboeuf había despertado en Rogron. Aquella pasión se convertía en algo insensato, como sucede con las últimas pasiones de los hombres. La voz de Bathilde estremecía al célibe. Dominado por sus deseos, Rogron los ocultaba sin atreverse a esperar semejante alianza. Al sondear al mercero, el coronel le dijo que pensaba pedir la mano de Bathilde. Rogron palideció al ver surgir ante él a un rival tan temible; se mostró frío con Gouraud y casi lo aborreció. Esto quiere decir que Vinet era quien reinaba en aquella casa, mientras que él, el coronel, sólo estaba unido a ella por los vínculos hipotéticos de un falso afecto por su parte, y que en Sylvie aún no se había manifestado. Cuando el abogado le reveló las maniobras del sacerdote, aconsejándole que rompiese con Sylvie y pensase en Pierrette, Vinet halagó las inclinaciones naturales de Gouraud; pero al analizar el sentido íntimo de aquella proposición, al examinar bien el terreno que pisaba, el coronel creyó distinguir en su aliado la esperanza de indisponerlo con Sylvie y aprovechar el miedo de la solterona para hacer caer toda la fortuna de los Rogron en manos de mademoiselle de Chargeboeuf.

Así, cuando Rogron lo dejó a solas con Sylvie, la perspicacia del coronel se fijó en los ligeros indicios que revelaban un estado de inquietud en Sylvie. Descubrió el plan que ésta había formado para estar sobre las armas y durante unos instantes a solas con él. El coronel, que ya tenía fundadas sospechas de que Vinet iba a hacerle una trastada, atribuyó aquella conferencia a una insinuación secreta de aquel mono judicial; se puso en guardia como si efectuase un reconocimiento por territorio enemigo, sin quitar la vista del campo, atento al menor ruido, con el espíritu tenso y las armas a punto. El coronel tenía el defecto de no creer una sola palabra de lo que decían las mujeres; y cuando la solterona mencionó a Pierrette y dijo que se había acostado al mediodía, el coronel pensó que, en realidad, Sylvie la había castigado en su habitación, por simples celos.

—Cada día está más linda esta pequeña —dijo con volubilidad.

—Sí, será bonita —respondió mademoiselle Rogron.

—Deberías enviarla a París, a una tienda —añadió el coronel—. Se abriría paso muy pronto. Hoy en día, las modistas quieren tener niñas bonitas a su alrededor.

—¿De veras lo pensáis así? —dijo Sylvie con voz turbada.

“¡Bueno, ya estamos! —pensó el coronel—. Vinet debe de haber aconsejado que Pierrette y yo nos casemos un día para perderme a los ojos de esta vieja bruja”.

—¿Pues qué queréis hacer con ella? —dijo en voz alta—. Ahí tenéis a Bathilde de Chargeboeuf, una joven noble, de una incomparable belleza, bien emparentada, reducida a vestir santos: nadie la quiere. Pierrette no tiene nada, lo cual quiere decir que no se casará nunca. ¿Creéis que la juventud y la belleza significan algo para mí, por ejemplo; para mí que, cuando era capitán de caballería en la Guardia Imperial, desde que el emperador tuvo su guardia, visité todas las capitales, donde conocí las

mujeres más hermosas que en ellas vivían? ¡No hay nada más vulgar ni necio que la juventud y la belleza!... Por favor, no me habléis más de ellas. A los cuarenta y ocho años —prosiguió haciéndose más viejo de lo que era—, cuando se ha sufrido la derrota de Moscú, cuando se ha hecho la terrible campaña de Francia, se tiene ya el físico un poco quebrantado. Eso quiere decir que yo ya soy un viejo. Una mujer como vos me cuidaría, me mimaría; y su fortuna, unida a mis míseros mil escudos de pensión, me proporcionaría un decente bienestar para mi vejez, y os aseguro que la preferiría mil veces a una remilgada que me causaría muchos sinsabores, que tendría treinta años y sería fogosa y apasionada cuando yo tuviese sesenta años y estaría medio tullido por el reuma. A mi edad, hay que calcular. Y os digo más, pero que quede entre nosotros: si me casase, no desearía tener hijos.

La expresión de Sylvie fue clarísima para el coronel durante aquella andanada, y su exclamación terminó de convencerlo de la perfidia de Vinet.

—Así —dijo Sylvie—, ¿no amáis a Pierrette?

—¿Pero es que os habéis vuelto loca, mi querida Sylvie? —exclamó el coronel—. Sólo los estúpidos tratan de cascar nueces cuando no tienen dientes. Gracias a Dios, aún no he perdido el juicio y me conozco muy bien.

Sylvie no quiso enseñar entonces su juego y se consideró muy fina haciendo hablar a su hermano.

—Mi hermano —dijo— había pensado en casaros.

—No comprendo como vuestro hermano ha podido tener idea tan absurda. Hace unos días, para saber qué secreto ocultaba, le dije que amaba a Bathilde: se puso blanco como el cuello de vuestro vestido.

—Es que ama a Bathilde —dijo Sylvie.

—¡Con locura! Y la verdad es que Bathilde sólo quiere su dinero. ("¡Chúpate ésa, Vinet! ", pensó el coronel). ¿Cómo podía hablarme entonces de Pierrette? No, Sylvie —dijo tomándole la mano y estrechándosela—, ya que vos habéis sacado esto a colación... —Se acercó a Sylvie—. Pues bien... —le besó la mano; era coronel de caballería y había dado pruebas de valor—, sabed que no deseo tener a otra mujer sino a vos. Aunque este matrimonio parezca ser de conveniencia, por mi parte, yo siento afecto por vos.

—Pero soy yo quien querría casaros con Pierrette. ¿Y si yo le dejase mi fortuna..., eh, coronel?

—Pero yo no quiero ser un desgraciado y ver, dentro de diez años, a un joven chisgarabís como ese Julliard haciendo la corte a mi mujer y dirigiéndole versos en el periódico. ¡Yo no soy hombre capaz de aguantar estas cosas! Lo cual quiere decir que nunca haré un matrimonio desproporcionado respecto a la edad.

—Bien, coronel, hablaremos de todo esto seriamente —dijo Sylvie, dirigiendo una mirada que ella creyó llena de amor, pero que más bien parecía la de una ogresa. Sus labios fríos y de color violeta crudo se replegaron, descubriendo sus dientes amarillentos en lo que ella creía una sonrisa.

—Aquí estoy —dijo Rogron yendo en busca del coronel, quien se despidió cortésmente de la solterona.

Gouraud resolvió apresurar su matrimonio con Sylvie para hacerse amo de la casa, prometiéndose librarse de Bathilde y de Céleste Habert, gracias a la influencia que adquiriría sobre Sylvie durante la luna de miel. Así, durante aquel paseo, dijo a Rogron que el otro día quiso simplemente gastarle una broma: no tenía ninguna pretensión sobre el corazón de Bathilde pues sus escasos medios de fortuna no le permitían casarse con una mujer sin dote; después le confió su proyecto, diciéndole que había elegido a su hermana desde hacía mucho tiempo, a causa de sus buenas cualidades y que en fin, esperaba merecer el honor de convertirse en su cuñado.

—¡Ah, coronel!, ¡ah, barón! Si para esto sólo esperáis mi consentimiento, podéis darlo por hecho, dentro del plazo exigido por la ley —exclamó Rogron, dichoso de verse libre de este terrible rival.

Sylvie pasó toda la mañana en sus habitaciones, examinando si había espacio suficiente para un matrimonio. Resolvió construir un segundo piso para su hermano y hacer arreglar convenientemente el primero para ella y su marido; pero se prometió también, según la fantasía propia de las solteronas, que sometería al coronel a algunas pruebas para juzgar cuáles eran sus sentimientos y sus costumbres, antes de decidirse. Abrigaba aún ciertas dudas y quería estar segura de que Pierrette no sostenía ninguna clase de relación con el coronel.

Pierrette bajó a la hora de cenar, para poner la mesa. Sylvie se vio obligada a hacer la cena y se manchó el vestido, lo que la hizo maldecir a Pierrette. Era evidente que si Pierrette hubiese preparado la cena Sylvie se hubiera evitado aquella mancha de grasa en su vestido de seda.

—¿Ya estás aquí, palomita? ¡Eres como el perro del mariscal que duerme bajo la forja y a quien el ruido de las cacerolas despierta! ¿Y aún quieres que creamos en tu enfermedad, pequeña mentirosa?

Esta idea: “No me has dicho la verdad sobre lo que pasó esta mañana en la plaza, luego mientes en todo cuanto dices”, se convirtió en un martillo con el que Sylvie golpearía sin cesar el corazón y la cabeza de Pierrette.

Con gran asombro por parte de ésta, Sylvie la envió a vestirse para la velada, después de cenar. Ni la imaginación más despierta puede concebir la actividad que infunden las sospechas al espíritu de una solterona. En este caso, la solterona da ciento y raya a los políticos, los abogados y los notarios, los recaudadores y los avaros. Sylvie se prometió que consultaría a Vinet, después de haber examinado todo a su alrededor. Quería tener a Pierrette a su lado a fin de saber, por el aspecto de la niña, si el coronel había dicho la verdad.

Los primeros en llegar fueron las de Chargeboeuf. Atendiendo al consejo de su primo Vinet, Bathilde se había puesto doblemente elegante. Lucía un delicioso vestido azul de terciopelo de algodón con toquilla clara del mismo color, racimos de uvas de color granate y oro en las orejas, los cabellos peinados en bucles, la crucecita

que llevaba al cuello con astucia, zapatitos de raso negro, medias de seda gris y guantes de Suecia; añádase a esto un porte de reina y coqueterías de jovencita capaces de hacer perder la cabeza a todos los Rogron del río. La madre, tranquila y digna, conservaba, como su hija, cierta impertinencia aristocrática con la que aquellas dos mujeres lo salvaban todo y en la que asomaba el espíritu de su casta. Bathilde estaba dotada de un espíritu superior, que sólo Vinet supo adivinar después de los meses de estancia de las de Chargeboeuf en su casa. Después de sondear la profundidad de aquella joven herida por la inutilidad de su juventud y de su belleza, iluminada por el desdén que le inspiraban los hombres de una época en que el dinero era el único ídolo, Vinet, sorprendido, exclamó:

—Si me hubiese casado con vos, Bathilde, hoy estaría en situación de llegar a ser ministro de Justicia. ¡Me llamaría Vinet de Chargeboeuf y me sentaría entre el Gobierno!

Bathilde no quería casarse impulsada por ideas vulgares, no iba al matrimonio para ser madre ni para tener marido; se casaba para ser libre, para tener un editor responsable, para que la llamasen señora y poder actuar como actúan los hombres. Rogron no era más que un nombre para ella; se proponía hacer algo de aquel imbécil, un diputado con voto cuya alma sería ella; quería vengarse de su familia, que se desentendía de una joven pobre. Vinet había ampliado y fortificado mucho sus ideas, sin regatearle su aprobación ni su admiración.

—Mi querida prima —le decía al explicarle la influencia de que gozaban las mujeres y mostrándole la esfera de acción que les era propia—, ¿creéis que Tiphaine un hombre de lo más mediocre, llegará por sí mismo al Tribunal de Primera Instancia de París? Fue madame Tiphaine quien lo hizo nombrar diputado y ella es quien lo empuja a París. Su madre, madame Roguin, es una dama muy astuta que hace lo que quiere con el famoso banquero Du Tillet, uno de los compinches de Nucingen, ambos relacionados con los Keller, y estas tres casas rinden grandes servicios al gobierno o a sus hombres más afectos, sus despachos están en excelentes relaciones con esos linceos de la Banca y esa gente conoce a todo París. No hay motivo alguno que se oponga a que Tiphaine llegue a ser presidente de alguna corte real. Casaos con Rogron, que haremos de él un diputado por Provins cuando yo haya conquistado para mí otro colegio electoral de Sena y Mame. Tendréis entonces un buen enchufe, una de esas sinecuras en las que Rogron únicamente tendrá que firmar. Seremos de la oposición si ésta triunfa, pero si los Borbones se quedan, ¡ah!, en tal caso nos inclinaremos suavemente hacia el Centro. Además, Rogron no vivirá eternamente y más tardé podréis casaros con un hombre provisto de títulos. En fin, alcanzad una buena posición y los Chargeboeuf nos servirán. Vuestra miseria, como la mía, sin duda, os ha permitido medir lo que valen los hombres: hay que saber utilizarlos y servirse de ellos como si fuesen caballos de postas. Un hombre o una mujer nos llevan de una etapa a la siguiente.

Vinet había hecho de Bathilde una pequeña Catalina de Médicis. Dejando a su

mujer en casa, muy contenta y feliz con sus dos hijos, acompañaba siempre a las señoras de Chargeboeuf a casa de los Rogron, donde se presentaba en toda su gloria de tribuno regional. Llevaba a la sazón bonitas antiparras de oro, un chaleco de seda con corbata blanca, pantalones negros, botas finas y un traje negro hecho en París, amén de reloj de oro con su cadena. El Vinet actual, a diferencia del antiguo Vinet, pálido y flaco, huraño y sombrío, se daba aires de político; seguro de su fortuna, andaba con la seguridad propia del hombre de palacio que conoce los recovecos del Derecho. Su cabeza pequeña y astuta estaba cuidadosamente peinada y su mentón bien afeitado le confería un aire tan afectado aunque frío que parecía un ser agradable, al estilo de Robespierre. Desde luego, podía llegar a ser un delicioso ministro de Justicia de elocuencia elástica, peligrosa y mortífera, o un orador de una finura a lo Benjamín Constant. La acritud y el odio que antes lo animaban habíanse convertido en una péfida dulzura. El veneno se había metamorfoseado en medicina.

—Buenos días, querida, ¿cómo estáis? —dijo madame de Chargeboeuf a Sylvie.

Bathilde se fue en derechura a la chimenea, se quitó el sombrero, se miró en el espejo y puso su lindo pie en la barra de la pantalla, para que Rogron lo viese.

—¿Qué os pasa, señor? —le dijo, mirándolo—. ¿Qué os pasa, que no me saludáis? ¡Ah, bien! Me pondré vestidos de terciopelo para vos...

Se cruzó con Pierrette para ir a dejar su sombrero sobre un sillón, pero la niña se lo robó de las manos y ella se lo dejó tomar como si la bretona fuese una simple doncella. Los hombres tienen fama de feroces y los tigres también; pero ni los tigres, ni las víboras, ni los diplomáticos, ni la gente de la Justicia, ni los verdugos, ni los reyes pueden acercarse, en sus mayores atrocidades, a las crueldades dulces, las dulzuras envenenadas, el salvaje desdén con que se tratan las señoritas entre sí cuando unas se creen superiores a las otras en nacimiento, en fortuna o en gracias, y se trata del matrimonio, de cuestiones de precedencia y, en fin, de las mil rivalidades que surgen entre las mujeres. El “gracias, señorita” que dijo Bathilde a Pierrette era un poema en doce cantos.

Ella se llamaba Bathilde y la otra Pierrette. ¡Ella era una Chargeboeuf y la otra una Lorrain! ¡Pierrette era menuda y doliente, Bathilde era alta y llena de vida! ¡A Pierrette la mantenían por caridad, Bathilde y su madre tenían su independencia! ¡Pierrette llevaba un vestido de lana fina con toca, Bathilde hacía ondular el terciopelo azul del suyo! ¡Bathilde tenía los hombros más bellamente torneados de todo el departamento, unos brazos de reina; Pierrette mostraba las paletillas y tenía los brazos delgados! ¡Pierrette era la Cenicienta, Bathilde era el hada! ¡Bathilde iba a casarse, Pierrette moriría virgen y mártir! ¡Bathilde era una mujer adorable, Pierrette no despertaba el afecto de nadie! ¡Bathilde lucía un peinado encantador, de gusto; Pierrette ocultaba sus cabellos bajo una pequeña toca y desconocía por completo la moda! Conclusión: Bathilde lo era todo, Pierrette no era nada. La altiva bretona supo interpretar muy bien aquel poema.

—Buenos días, pequeña —le dijo madame de Chargeboeuf desde lo alto de su

grandeza y con el acento que le conferían las pinzas que sujetaban el extremo de su nariz.

Vinet coronó aquel cúmulo de injurias mirando a Pierrette y diciendo: "¡Oh, oh, oh!", en tres tonos distintos, para añadir:

—¡Qué guapa estamos esta noche, Pierrette!

—¿Guapa? —dijo la pobre niña—. No es a mí, sino a vuestra prima a quien hay que llamar así.

—¡Oh, mi prima lo está siempre! —respondió el abogado—. ¿No es verdad, amigo Rogron? —dijo volviéndose hacia el dueño de la casa, dándole una palmada en la mano.

—Sí —respondió Rogron.

—¿Por qué queréis hacerle decir lo que no siente? —terció Bathilde alzándose ante Rogron—. Nunca me ha encontrado de su gusto. ¿No es verdad? Miradme.

Rogron la contempló de pies a cabeza y cerró suavemente los ojos, como un gato cuando le rascan el cráneo.

—Sois demasiado bella —dijo—. Es demasiado peligroso miraros.

—¿Por qué?

Rogron guardó silencio, con la vista fija en los leños a medio quemar de la chimenea. En aquel momento entró mademoiselle Habert, seguida del coronel. Céleste Habert, que se había convertido en el enemigo común, sólo podía contar con Sylvie, pero todos le testimoniaban tantas más consideraciones, cortesías y atenciones amables, cuanto más segaban la hierba bajo sus pies, con el resultado de que ella se encontraba entre aquellas pruebas de interés y el recelo que su hermano había sabido inspirarle. El vicario, aunque se hallaba lejos del teatro de operaciones, adivinaba todo cuanto allí sucedía. Así, cuando comprendió que las esperanzas de su hermana habían abortado, se convirtió en uno de los más implacables adversarios de Rogron. El lector podrá imaginarse inmediatamente a mademoiselle Habert cuando sepa que si no hubiese sido dueña o archidueña de una pensión hubiera tenido toda su vida aspecto de institutriz. Las institutrices tienen una manera particular de ponerse el sombrero. Del mismo modo como las viejas inglesas han adquirido el monopolio de los turbantes, las institutrices tienen el monopolio de sus sombreros, en los que el armazón domina las flores y éstas son archiartificiales. Guardados mucho tiempo en un armario, estos sombreros están siempre nuevos y viejos al mismo tiempo, incluso desde el primer día. El honor de estas señoritas consiste en imitar a las modelos de los pintores; se sientan sobre sus caderas y no sobre la silla. Cuando les hablan, vuelven el busto en bloque en vez de volver únicamente la cabeza; y cuando sus ropas chirrían, casi se diría que los resortes de aquella especie de máquina se han desarreglado. Mademoiselle Habert, ideal de este género, tenía ojos severos, la boca maquillada y, bajo el mentón surcado por arrugas, las cintas de su sombrero, lacias y marchitas, iban y venían a compás de sus movimientos. Estaba adornada por dos pecas de buen tamaño, parduscas, provistas de pelos que dejaba crecer como si fuesen

clemátides despeinadas. Y, por último, tomaba rapé, aunque lo tomaba sin gracia.

Comenzó la partida de *boston*. Sylvie se sentó frente a mademoiselle Habert y el coronel fue colocado a un lado, delante de madame de Chargeboeuf. Bathilde se quedó junto a su madre y Rogron. Sylvie puso a Pierrette entre ella y el coronel. Rogron desplegó la otra mesilla, para el caso de que viniesen los señores de Néraud, Cournant y su esposa. Vinet y Bathilde sabían jugar al *whist*, juego predilecto de los Cournant. Desde que las de Chargeboeuf, como decían en Provins, frecuentaban la mansión de los Rogron, las dos lámparas brillaban sobre la chimenea entre los candelabros y el reloj, y las mesas estaban iluminadas por bujías que costaban a cuarenta sueldos la libra, que, por otra parte, pagaban con las ganancias del juego.

—Vamos, Pierrette, toma tu labor, hijita —dijo Sylvie con una pérfida dulzura, viendo que miraba el juego del coronel.

Fingía siempre tratar muy bien a Pierrette. Aquel infame engaño irritaba a la noble bretona y la llenaba de desdén por su prima. Pierrette tomó su bordado, pero, mientras lo punteaba, continuaba mirando el juego de Gouraud. Éste parecía ignorar la presencia de la niña a su lado. Sylvie lo observaba y comenzaba a encontrar aquella indiferencia excesivamente sospechosa. Hubo un momento de la velada en que la solterona se lo jugó todo a una baza de corazones. Sobre la mesa había multitud de fichas y, además, veintisiete sueldos. Habían venido los Cournant y Néraud. El viejo juez suplente, Desfondrilles, a quien el Ministerio de Justicia había asimilado a juez al conferirle las funciones propias de un juez de instrucción, pero que no tenía bastante talento para actuar como un juez de cuerpo entero y que, desde hacía dos meses, había abandonado el partido de los Tiphaine para pasarse al partido de Vinet, estaba de frente a la chimenea, vuelto de espaldas al fuego y con los faldones de la levita levantados. Desde allí contemplaba aquel magnífico salón en el que brillaba mademoiselle de Chargeboeuf, pues hubiérase dicho que aquel decorado rojo había sido hecho exprofeso para poner de relieve los encantos de aquella mujer magnífica. Reinaba silencio. Pierrette contemplaba el juego y la atención de Sylvie se hallaba concentrada en la jugada que estaba realizando.

—Jugad —dijo Pierrette al coronel, indicándole corazones.

El coronel inició una escala de corazones; éstos se encontraban entre Sylvie y él; el coronel sacó el as, aunque Sylvie se defendió con cinco cartas menores.

—Esta jugada no es leal; Pierrette ha visto mi juego y el coronel se ha dejado aconsejar por ella.

—Pero, señorita —dijo Céleste—, el juego del coronel consistía en seguir jugando corazones para seguir vuestro juego.

Esta frase hizo sonreír a monsieur Desfondrilles, hombre fino que había terminado por reírse de todos los sórdidos intereses que se hallaban en juego en Provins, donde hacía el papel de Rigaudin en la “Casa en subasta”, de Picard.

—Es el juego del coronel —dijo Cournant, sin saber de qué se trataba.

Sylvie dirigió a mademoiselle Habert una de aquellas miradas de solterona a

solterona, atroz y dulzona.

—Pierrette, tú has visto mi juego —dijo Sylvie, mirando de hito en hito a su prima.

—No, prima Sylvie.

—Yo desde aquí veo todo el juego —dijo el juez arqueólogo—, y puedo asegurar que la pequeña sólo ha visto el del coronel.

—¡Bah! —dijo Gouraud, espantado—. Las jovencitas saben deshacerse en miradas melosas.

—¡Ah! —exclamó Sylvie.

—Sí —prosiguió Gouraud—, ha mirado vuestro juego para hacer una travesura. ¿No es verdad, bonita?

—No —dijo la leal bretona—. Soy incapaz de ello, y, en tal caso, me hubiera interesado por el juego de mi prima.

—Sabes muy bien que eres una mentirosa y además una niña boba —dijo Sylvie—. ¿Cómo puedo tener la menor fe en tus palabras, después de lo que ha pasado esta mañana? Eres una...

Pierrette no dejó que su prima acabase en su presencia lo que iba a decir. Presintiendo un torrente de injurias, se levantó, salió y, a oscuras, subió a su habitación. Sylvie palideció de rabia y dijo entre dientes:

—Me las pagará.

—¿Pagáis la jugada? —preguntó madame de Chargeboeuf.

En aquel mismo instante, la pobre Pierrette se dio un golpe en la frente con la puerta del corredor que el juez había dejado abierta.

—¡Bien merecido lo tiene! —exclamó Sylvie.

—¿Qué le pasa? —preguntó Desfondrilles.

—Nada que no merezca —respondió Sylvie.

—Se ha dado un golpe muy fuerte —dijo mademoiselle Habert.

Sylvie trató de no pagar la jugada levantándose para ir a ver qué había hecho Pierrette, pero madame de Chargeboeuf se lo impidió.

—Antes pagadnos —le dijo riendo—, pues al volver ya no os acordaríais de nada.

Esta proposición, motivada por la mala fe con que la ex mercera cumplía sus obligaciones del juego, y por sus triquiñuelas, mereció el asentimiento general. Sylvie volvió a sentarse sin pensar más en Pierrette, y esta indiferencia no sorprendió a nadie. Durante toda la velada, Sylvie estuvo dominada por una preocupación constante. Terminado el *boston* hacia las nueve y media, se hundió en una poltrona, a un lado de la chimenea, de la que sólo se levantó para los saludos y las despedidas. El coronel la torturaba. Ella ya no sabía qué pensar.

“¡Los hombres son tan falsos!”, se dijo, poco antes de quedarse dormida.

Pierrette se había dado un golpe terrible con el canto de la puerta. Se golpeó la cabeza a la altura de la oreja, en el punto donde las jovencitas separan aquella porción de sus cabellos con el que forman rizos sujetos por papillotes. Al día siguiente

comprobó que tenía allí una gran equimosis.

—Dios te ha castigado —le dijo su prima a la mañana siguiente, mientras desayunaban—. Te ha castigado por haberme desobedecido, por haberme faltado al respeto que me debías al no escucharme e irte dejándome a la mitad de una frase. No has tenido más que lo que te merecías.

—De todos modos —dijo Rogron—, habría que ponerle una compresa de agua y sal.

—¡Bah, no será nada, primo Denis! —dijo Pierrette.

La pobre niña llegó a encontrar una prueba de interés en la observación de su tutor.

Y la semana terminó como había comenzado; o sea, en medio de continuos tormentos. Sylvie, ingeniosa, llevó los refinamientos de su tiranía a los extremos más salvajes. Los illinois, los cherokees y los mohicanos hubieran podido aprender de ella. Pierrette no se atrevió a quejarse de sus vagos sufrimientos, de los dolores que sentía en la cabeza. La causa del descontento de su prima era que no hubiese querido revelar la identidad de Brigaut, y, a causa de su terquedad bretona, Pierrette se obstinaba en guardar un silencio muy explicable. Se comprenderá fácilmente la mirada que Pierrette dirigió a Brigaut, a quien consideró perdido para ella caso de ser descubierto y a quien, por instinto, la niña quería tener cerca de donde ella estaba, feliz de saber que vivía en Provins. ¡Qué alegría tuvo al ver a Brigaut! El aspecto de su compañero de niñez era comparable al que tiene el desterrado que dirige desde lejos una mirada a su patria, semejante a la mirada que eleva al cielo el mártir cuyos ojos, dotados de una segunda vista, tienen el poder de penetrar durante los ardores del suplicio. La última mirada de Pierrette fue tan perfectamente comprendida por el hijo del mayor que, mientras cepillaba tablas, abría el compás, tomaba medidas y encajaba las maderas, se devanaba los sesos para hallar un medio de comunicarse con ella. Y Brigaut terminó por descubrir un sistema, de una simplicidad extraordinaria: a determinada hora de la noche, Pierrette desenrollaría un bramante, a cuyo extremo él ataría una carta.

En medio de los horribles sufrimientos que causaba a Pierrette su doble enfermedad, un tumor que se le formaba en el cerebro y sus trastornos orgánicos, se sentía sostenida por el pensamiento de comunicarse con Brigaut. Un mismo deseo agitaba a aquellos dos corazones; ¡separados, se entendían! A cada golpe que recibía en el corazón, a cada punzada de dolor que experimentaba en la cabeza, Pierrette se decía:

—¡Brigaut está aquí!

Y entonces sufría sin quejarse.

Brigaut vio a su amiguita el primer día que ésta fue al mercado, después de su primer encuentro en la iglesia. Aunque la vio temblorosa y pálida como una hoja de noviembre a punto de desprenderse de la rama, el mozo, sin perder la cabeza, compró unas frutas a la misma vendedora a quien la terrible Sylvie compraba. Así, Brigaut

pudo deslizar el billete en la mano de Pierrette. Lo hizo con naturalidad, mientras bromeaba con la vendedora, y con el aplomo de un pillo, como si jamás hubiera hecho otra cosa. Con tanta sangre fría ejecutó su acción, pese a la sangre caliente que silbaba en sus oídos y salía tumultuosa de su corazón cual si quisiera hacer estallar venas y arterias. Por fuera demostraba la resolución de un viejo presidiario, e interiormente se hallaba agitado por los temblores de la inocencia, como sucede a ciertas madres en crisis mortales cuando se encuentran cogidas entre dos peligros, entre dos precipicios.

Pierrette experimentó los mismos vértigos de Brigaut y apretó el papel en el bolsillo de su delantal. Las placas de sus mejillas adquirieron el rojo cereza del fuego más violento. Aquellas dos criaturas experimentaron sin saberlo unas mutuas sensaciones que hubieran hecho palidecer a diez amores vulgares. Aquel momento les dejó en el alma un manantial vivo de emociones. Sylvie, que desconocía el acento bretón, no supo distinguir a un enamorado en la persona de Brigaut, y Pierrette pudo volver a casa con su tesoro.

Las cartas de aquellas dos pobres criaturas terminaron sirviendo de pruebas en un horrible debate judicial; pues, sin aquellas fatales circunstancias, nunca hubieran sido conocidas.

He aquí lo que Pierrette leyó aquella noche en su habitación:

"Mi querida Pierrette, a medianoche, a la hora en que todos duermen, pero en que yo velaré por ti, estaré todas las noches al pie de la ventana de la cocina. Tú puedes bajar desde la tuya un bramante lo bastante largo para que llegue hasta mí, lo que no hará ruido y te servirá para entregarme lo que tengas que escribirme. Yo te responderé por el mismo medio. He sabido que estos miserables parientes, que te tenían que hacer tanto bien y que te hacen tanto mal, te han enseñado a leer y escribir. ¡Tú, Pierrette, hija de un coronel muerto por Francia, obligada a cocinar para estos monstruos!... ¿Qué se han hecho de tus lindos colores y tu buena salud? ¿Qué ha sido de mi Pierrette? ¿En qué la han convertido? Veo muy bien que no te encuentras a gusto. ¡Oh, Pierrette, volvámonos a Bretaña! Yo puedo ganar lo suficiente para darte todo lo que te falta: tendrías tres francos diarios, pues yo gano de cuatro a cinco y con treinta sueldos me basta. ¡Ah, Pierrette, cómo he rezado al buen Dios por ti desde que te volví a ver! Le he pedido que me dé todos tus sufrimientos y que te conceda todas las alegrías. ¿Por qué sigues con esa gente que te tiene prisionera? Tu abuela es más que ellos. Esos Rogron son venenosos; te han hecho perder la alegría. En Provins no andas como corrías y te movías en Bretaña. ¡Regresemos a Bretaña! Yo estoy aquí para servirte, para cumplir lo que me ordenes; ya me dirás qué puedo hacer. Si tienes necesidad de dinero, tengo sesenta escudos que son nuestros, y tendré el dolor de enviártelos por el bramante en vez de besar con respeto tus queridas manos, al ponerlos en ellas. ¡Ah, cuánto tiempo hace, mi pobre Pierrette, que el azul del cielo se ha oscurecido para mí! No he conocido ni dos horas de alegría desde que te dejé en aquella malhadada diligencia; y cuando volví a verte, reducida al estado de sombra de

ti misma, esa bruja que tienes por parienta turbó nuestro encuentro y nuestra dicha. En fin, tendremos el consuelo, todos los domingos, de rezar a Dios juntos y así Él quizá nos escuchará mejor. No te digo adiós, mi querida Pierrette, y hasta esta noche.

"

Esta carta conmovió hasta tal punto a Pierrette, que pasó más de una hora releuyéndola y mirándola; pero, no sin dolor, pensó que no tenía recado de escribir. Entonces emprendió el difícil viaje desde su buhardilla al comedor, donde encontraría tinta, pluma y papel. Pudo realizarlo sin despertar a su terrible prima. Pocos momentos antes de medianoche había terminado de escribir la carta que sigue y que fue citada igualmente en el proceso:

“Amigo mío, ¡oh, sí!, amigo mío, pues solamente tú, Jacques, y mi abuela me queréis. Que Dios me perdone, pero sois también las dos únicas personas a quien yo amo, tanto a la una como a la otra, ni más ni menos. Era demasiado pequeña para haber conocido a mi mamáíta; pero a ti, Jacques, y a mi abuela, y también a mi abuelo que en la Gloria esté, pues se la tiene bien ganada después de sufrir tanto con su ruina que fue la mía también, en fin, a vosotros dos que aún estáis con vida, os quiero tanto como yo soy desgraciada. Pero, para saber lo mucho que os quiero, tendríais que saber lo mucho que sufro. Y esto yo no lo deseo, pues os afligiría demasiado. ¡Me hablan como nosotros no hablamos a los perros! ¡Me tratan como a la última de las últimas! Por más que hago examen de conciencia como si estuviese ante Dios, no me hallo culpable de haber obrado mal con ellos. Antes de que tú vinieras a cantarme la canción de las casadas, yo veía la bondad de Dios en mis sufrimientos; pues cuando le rogaba que me llevase de este mundo, pues me sentía muy enferma, me decía: ¡Dios me ha escuchado! Pero ya que estás aquí Brigaut, quiero que volvamos a Bretaña junto a mi abuelita que tanto me quiere, aunque me hayan dicho que me ha robado ocho mil francos. ¿De veras puedo tener yo ocho mil francos, Brigaut? Si son míos, ¿no podrías conseguirlos? Pero no son más que mentiras; si tuviésemos ocho mil francos mi abuela no estaría en Saint-Jacques. No he querido turbar los últimos días de esta buena y santa mujer con el relato de mis tormentos: le causaría la muerte. ¡Ah, si supiese que su nieta tiene que lavar los platos! Ella que me decía: “Deja esto, niña —cuando yo quería ayudarla, a la pobre —, déjalo, déjalo, querida, estropearías tus lindas manitas”. ¡Ahora sí que tengo las uñas limpias! Apenas puedo cargar con la cesta de la compra, que me siega el brazo al volver del mercado. Sin embargo, no creo que mis primos sean malos; pero creen que tienen que estar siempre regañando y parece ser que yo no puedo dejarlos. Mi primo es mi tutor. Un día en que quise escaparme porque me trataban muy mal, y se lo dije, mi prima Sylvie me respondió que la gendarmería iría a buscarme, que la ley estaba de parte de mi tutor y entonces comprendí que los primos no pueden reemplazar a nuestros padres, del mismo modo que los santos no pueden reemplazar al buen Dios. ¿Qué quieres que haga con tu dinero, mi pobre Jacques? Guárdalo para

nuestro viaje. ¡Oh, cómo pensaba en ti, en Pen-Hoel y en el gran estanque! Fue allí donde comimos nuestro primer pan blanco. Me parece que voy de mal en peor. ¡Estoy muy enferma, Jacques! Tengo dolores de cabeza que me hacen gritar, y también me duelen los huesos y la espalda, sin hablar de unas terribles punzadas en los riñones, y sólo me apetecen cosas malas, raíces y hojas; y, por último, me gusta el olor del papel impreso. Hay momentos en que lloraría si estuviese sola, pues no me dejan hacer nada a mi antojo y ni siquiera me permiten llorar. Tengo que ocultarme para ofrecer mis lágrimas a Aquel de quien recibimos las gracias que llamamos aflicciones. Sin duda ha sido Él quien te dio la buena idea de que vinieses a cantar bajo mi ventana la canción de las casadas. Mi prima, que te oyó, Jacques, me ha dicho que tengo un amante. Si quieres ser mi amante, ámame bien; te prometo que te amaré siempre como antes y que seré tu fiel servidora.

”Pierrette Lorrain.

”Me querrás siempre, ¿verdad?”.

La bretona cogió un mendrugo de la cocina en el que hizo un agujero para meter la carta y dar peso al cordel. A medianoche, empezó a abrir la ventana con precauciones excesivas, e hizo bajar el pedazo de pan con la carta, que no podía hacer ningún ruido al rozar con la pared o las persianas. Notó que Brigaut tiraba del hilo antes de partirlo. Después el mozo se alejó lentamente, con paso de lobo. Cuando estuvo en el centro de la plaza, lo pudo ver confusamente a la claridad de las estrellas; pero él la pudo contemplar en la zona luminosa creada por la luz proyectada por la vela.

Los dos jóvenes permanecieron así durante una hora. Pierrette le indicaba por señas que se fuese. Él se iba, ella se quedaba, y él volvía para seguirla mirando, y entonces Pierrette le ordenaba de nuevo que se fuese. Estas maniobras se repitieron varias veces hasta que la niña cerró la ventana, se acostó y apagó la vela de un soplo. Una vez en la cama, se durmió dichosa a pesar de sus sufrimientos: tenía la carta de Brigaut bajo la almohada. Durmió como duermen los perseguidos, con un sueño embellecido por los ángeles, aquel sueño de atmósfera de oro y de ultramar, lleno de arabescos divinos entrevistados y representados por Rafael.

La naturaleza moral ejercía tal influjo sobre aquella delicada naturaleza física, que al día siguiente Pierrette se levantó alegre y gozosa como una alondra, radiante y ligera. Semejante cambio no podía pasar desapercibido a ojos de su prima, que, esta vez, en lugar de reprenderla, se puso a observarla con la atención de una urraca. “¿De dónde le viene tanta alegría?”, se dijo, inspirada por los celos y no por su despótico talante. Si el coronel no hubiese tranquilizado en cierto modo a Sylvie, hubiera dicho a Pierrette, como la vez anterior:

“¡Pierrette, eres muy rebelde y haces muy poco caso de lo que te dicen!”.

La solterona resolvió espiar a Pierrette como solo las solteronas saben hacerlo. Aquel día fue sombrío y silencioso, como los momentos que preceden a una

tempestad.

—¿Así, nada te duele ya, Pierrette? —dijo Sylvie durante la cena—. ¡Cuando yo te decía que hace todo esto para atormentarnos! —exclamó dirigiéndose a su hermano, sin esperar la respuesta de Pierrette.

—Al contrario, prima Sylvie, creo que tengo fiebre...

—¿Fiebre de qué? Estás contenta como un pinzón. Dime, ¿acaso has vuelto a ver a alguien?

Pierrette se estremeció y fijó la mirada en su plato.

—¡Hipócrita! —exclamó Sylvie—. ¡Qué redomada embustera estás hecha ya a los catorce años! Serás muy desgraciada, si sigues así.

—No sé a qué os referís —repuso Pierrette, dirigiendo la mirada de sus bellos y luminosos ojos castaños a su prima.

—Hoy —le dijo ésta— te quedarás trabajando en el comedor con una vela. Estás de más en el salón, y no quiero que metas la nariz en mi juego para aconsejar a tus favoritos.

Pierrette ni siquiera pestañeó.

—¡Santurrona! —la apostrofó Sylvie al salir del comedor.

Rogron, que no comprendía nada de lo que decía su hermana, dijo a Pierrette:

—¿Pero qué os pasa a las dos? Trata de complacer a tu prima, Pierrette; es muy indulgente y de carácter muy dulce. Si la pones de tan mal humor, seguramente es que has cometido alguna falta. ¿Por qué estáis siempre riñendo? A mí me gusta vivir tranquilo. Mira a mademoiselle Bathilde: ése debería ser tu modelo.

Pierrette podía soportarlo todo al pensar que Brigaut vendría sin duda a traerle una respuesta a la medianoche. Esta esperanza fue el viático de su fatigosa jornada. ¡Pero estaba consumiendo sus últimas fuerzas! En lugar de dormir, permaneció levantada, escuchando dar las horas, y temiendo hacer ruido.

Por último sonó la medianoche, abrió suavemente la ventana y esta vez utilizó una cuerda que se había agenciado atando varios trozos de bramante. Había oído los pasos de Brigaut y, al recoger la cuerda, pudo leer la carta siguiente, que la colmó de alegría:

“Mi querida Pierrette, no quiero que te fatigues esperándome para no aumentar tus sufrimientos. Me oirás gritar como gritaban los “chouans”. Afortunadamente, mi padre me enseñó a imitar su grito. Gritaré, pues, tres veces y entonces tú sabrás que he llegado y que tienes que echarme el cordel; pero ahora tardaré unos días en venir. Cuando lo haga, pienso traerte una buena noticia. ¡Pierrette, por Dios, no hables de morir! ¿Es posible que pienses en eso? Todo mi corazón se ha estremecido; yo también he creído morir ante semejante idea. No, mi Pierrette, tú no morirás; vivirás feliz y pronto te verás libre de tus perseguidores. Si fracaso en lo que me propongo hacer para salvarte, acudiré a la justicia y diré ante la faz del cielo y de la tierra como te tratan tus indignos parientes. Estoy seguro de que tus sufrimientos terminarán

dentro de pocos días; ten paciencia, Pierrette. Brigaut vela por ti como en los tiempos en que íbamos a deslizar por el estanque y cuando te saqué del gran agujero en que estuvimos a punto de morir los dos juntos. Adiós, mi querida Pierrette; dentro de pocos días seremos felices, si Dios quiere. No me atrevo a decirte la única cosa que podría oponerse a que nos uniésemos. ¡Pero Dios nos quiere! Dentro de pocos días, pues, podré ver a mi querida Pierrette en libertad, sin preocupaciones, sin que nadie me impida mirarte, pues no sabes cuánto ansío verte, Pierrette. ¡Oh, Pierrette, que te has dignado amarme y decírmelo! Sí, Pierrette, yo seré tu amante, pero cuando habré ganado la fortuna que tú mereces. Hasta entonces, sólo quiero ser para ti un devoto servidor, de cuya vida puedes disponer. Adiós.

”Jacques Brigaut”.

He aquí lo que el hijo del mayor no decía a Pierrette. Brigaut escribió la carta siguiente a madame Lorrain, de Nantes:

“Madame Lorrain, vuestra nieta morirá, abrumada por los malos tratos, si no vais a reclamarla; me costó trabajo reconocerla y, para que podáis juzgar las cosas por vos misma, os adjunto a la presente la carta que he recibido de Pierrette. Aquí creen que tenéis la fortuna de vuestra nieta y debéis justificaros ante esta acusación. Y por último, si podéis, venid cuanto antes; aún podemos ser felices, y más tarde encontraríais a Pierrette muerta.

"Soy, con el mayor respeto, vuestro devoto servidor,

Jacques Brigaut.

“A la casa de monsieur Frappin, carpintero, calle Mayor, Provins”.

Brigaut temía que la abuela de Pierrette hubiese muerto.

Aunque la carta de aquel que, en su inocencia, ella llamaba su amante fuese casi un enigma para la bretona, creyó en ella con su fe de virgen. El corazón experimentó la sensación que conocen los viajeros del desierto al distinguir desde lejos las palmeras en tomo a un oasis. Dentro de pocos días su desgracia cesaría, le decía Brigaut, y ella se durmió confiada en la promesa de su amigo de la infancia; sin embargo, al juntar esta carta a la otra, tuvo un terrible pensamiento manifestado de manera espantosa.

“Pobre Brigaut —se dijo—, no sabe en qué agujero he metido los pies”.

Sylvie había oído a Pierrette y también había oído a Brigaut bajo la ventana; se levantó, se precipitó hacia la suya para examinar la plaza a través de las persianas y vio, al claro de luna, a un hombre que se alejaba hacia la casa donde vivía el coronel y frente a la cual Brigaut se detuvo. La solterona abrió suavemente la puerta, subió al primer piso, se quedó estupefacta al ver luz en la habitación de Pierrette, aplicó el ojo al agujero de la cerradura y nada pudo ver.

—Pierrette —dijo—, ¿estás enferma?

—No, prima Sylvie —respondió Pierrette, sorprendida.

—¿Entonces por qué tienes luz en tu cuarto a media noche? Abre. Tengo que saber qué haces.

Pierrette fue a abrir descalza, y su prima vio el bramante amontonado que Pierrette no había tenido aún tiempo de guardar, pues no se imaginaba que la sorprendiesen. Sylvie se abalanzó hacia él.

—¿Qué hacías con esto?

—Nada, prima Sylvie.

—¿Nada? —repitió ella—. ¿Siempre mintiendo, eh? Así no irás al paraíso. Vuelve a acostarte, tendrás frío.

No le preguntó nada más y se retiró dejando a Pierrette sobrecogida de terror por aquella clemencia. En vez de estallar, Sylvie resolvió de pronto sorprender al coronel y Pierrette, interceptar sus cartas y confundir a los dos amantes que se dedicaban a engañarla. Pierrette, inspirada por su peligro, metió las dos cartas entre su corsé y el forro y las recubrió de calicó.

Aquí terminaron los amores de Pierrette y de Brigaut.

Pierrette estuvo muy contenta de la determinación adoptada por su amigo, pues las sospechas de su prima se verían frustradas al no hallar nada que las fundamentase. Sylvie, en efecto, se pasó tres noches en vela y tres veladas espionando al inocente coronel, sin ver en Pierrette, en la casa ni fuera de ella, nada que revelase que ambos se entendían. Envió a Pierrette a confesarse, y aprovechó aquel momento para revolver de arriba abajo la habitación de la niña, con la práctica y la perspicacia de los espías y los consumidores de París. Mas nada encontró. Su furor alcanzó el apogeo de los sentimientos humanos. Si Pierrette hubiese estado presente, la hubiera pegado sin piedad. Para una mujer de su calaña, los celos, más que un sentimiento, eran una ocupación: vivía, sentía palpar su corazón, experimentaba emociones hasta entonces completamente desconocidas para ella. El menor movimiento la mantenía despierta, escuchaba los más leves rumores, observaba a Pierrette con una sombría preocupación, como diciendo:

“¡Esta pequeña miserable me matará!”.

La serenidad de Sylvie con su prima alcanzó un grado de crueldad refinadísima y empeoró la situación en que se encontraba Pierrette. La pobrecilla tenía fiebre casi constante, y sus jaquecas se hicieron intolerables. En ocho días, ofreció a los visitantes de la casa de los Rogron un aspecto de sufrimiento que, desde luego, hubiera enternecido a personas no dominadas por tan crueles intereses; pero el médico Néraud, quizás aconsejado por Vinet, estuvo más de una semana sin acudir a la casa. El coronel, objeto de las sospechas de Sylvie, tuvo miedo de comprometer su matrimonio si demostraba la más pequeña solicitud por Pierrette. Bathilde explicó el cambio sufrido por la niña atribuyéndolo a una crisis prevista, natural y sin peligro. Hasta que al fin, un domingo por la noche en que Pierrette estaba en el salón, entonces lleno de gente, no pudo resistir a tantos dolores y se desvaneció; el coronel, que fue el primero en darse cuenta del desmayo, la recogió para llevarla a un canapé.

—Lo ha hecho expresamente —dijo Sylvie mirando a mademoiselle Habert y a los que jugaban con ella.

—Os aseguro que vuestra prima está muy mal —dijo el coronel.

—Está muy bien en vuestros brazos —dijo Sylvie al coronel con una sonrisa espantosa.

—El coronel tiene razón —dijo madame de Chargeboeuf—, deberíais llamar a un médico. Esta mañana, en la iglesia, todos hablaban, al salir, del estado de mademoiselle Lorrain, que salta a la vista.

—Me muero —suspiró Pierrette.

Desfondrilles llamó a Sylvie y le dijo que aflojase los vestidos de su prima. Sylvie corrió hacia ella diciendo:

—¡Son camándulas!

De todos modos, le aflojó las ropas y, cuando iba a hacer lo propio con el corsé, Pierrette encontró fuerzas sobrehumanas para incorporarse y gritó:

—¡No, no! Iré a acostarme.

Sylvie había palpado el corsé y sus dedos notaron la presencia de los papeles. Dejó que Pierrette se fuese, diciendo a todos los que la rodeaban:

—Bien, ¿qué me decís ahora de su enfermedad? No son más que pamemas. No os podéis imaginar la perversidad de esta criatura.

Al fin de la velada, retuvo a Vinet a su lado. Estaba furiosa y quería vengarse; se mostró grosera con el coronel cuando se despidieron. El coronel dirigió a Vinet una mirada amenazadora que se clavó en él hasta el vientre, como si fuese una bala. Sylvie suplicó a Vinet que se quedase. Cuando estuvieron solos, la solterona le dijo:

—¡Jamás, en toda mi vida, y mientras aliente, me casaré con el coronel!

—Ya que habéis adoptado esta resolución, ahora ya puedo hablar. El coronel es amigo mío, pero yo lo soy más vuestro que suyo: Rogron me ha hecho favores que no olvidaré jamás. Y soy un amigo tan bueno como implacable enemigo. Desde luego, cuando esté en la Cámara, ya veremos hasta dónde puedo llegar, y Rogron será recaudador general, ya me ocuparé yo de ello... ¿Me juráis que no repetiréis a nadie nuestra conversación? —Sylvie hizo un gesto afirmativo—. En primer lugar, este bizarro coronel es un jugador inveterado.

—¡Ah! —exclamó Sylvie.

—Si no hubiese perdido toda su fortuna en el juego, quizá hubiese sido mariscal de Francia —prosiguió el abogado—. ¡Otro tanto podría hacer con vuestra fortuna! Es un hombre insaciable. Y no creáis que los esposos tienen hijos a voluntad: los hijos los da Dios, así es que ya sabéis lo que os espera. No; si queréis casaros, esperad que esté en la Cámara y podréis contraer matrimonio con el viejo Desfondrilles, que será presidente del Tribunal. Para vengaros, casad a vuestro hermano con mademoiselle de Chargeboeuf; yo me encargo de obtener su consentimiento. Ella tendrá dos mil francos de renta y estableceréis una alianza con los Chargeboeuf, como yo la he establecido. Creedme, un día los Chargeboeuf nos

tendrán por primos.

—Gouraud ama a Pierrette —fue todo cuanto se le ocurrió responder a Sylvie.

—Es muy capaz de ello —dijo Vinet—, y capaz de casarse con esa niña a vuestra muerte.

—No ha calculado mal.

—Ya os lo dije, es un hombre astuto como el diablo. Casad a vuestro hermano anunciando al propio tiempo que deseáis permanecer soltera para dejar vuestros bienes a vuestros sobrinos o sobrinas. Así, alcanzáis de un solo tiro a Pierrette y Gouraud. Ya veréis que cara pondrá.

—¡Ah, es verdad! —exclamó la solterona—. Ya los tengo. A ella la enviaré a una tienda y no tendrá nada. No tiene un céntimo, que haga como nosotros y trabaje.

Vinet salió después de haber metido su plan en la cabeza de Sylvie, cuya terquedad le era harto conocida. La solterona terminó por creer que era ella quien había imaginado aquel plan. Vinet encontró al coronel en la plaza, fumando un cigarrillo y esperándolo.

—¡Alto! —le dijo Gouraud—. Vos me habéis demolido, pero en el derribo hay bastantes piedras para enterraros.

—¡Coronel!

—Dejaos de coronel; voy a cantaros las cuarenta. En primer lugar, ni soñéis con ser diputado...

—¡Coronel!

—Dispongo de diez votos y la elección depende de...

—Coronel, ¿no queréis escucharme? ¿Únicamente existe la vieja Sylvie? He intentado justificaros; ella está convencida de que os escribís con Pierrette; os vio saliendo de vuestra casa a media noche para acudir al pie de su ventana...

—¡Qué imaginación!

—Piensa casar a su hermano con Bathilde y legar su fortuna a los hijos de éstos.

—¿Rogron tendrá hijos?

—Sí —dijo Vinet—. Pero os prometo encontraros una persona joven y agradable con ciento cincuenta mil francos de dote. ¿Estáis loco? ¿Acaso podemos enemistarnos? Muy a pesar mío, las cosas se han puesto contra vos; pero aún no me conocéis.

—Creo que sí os conozco —repuso el coronel—. Pero hacedme casar con una joven de cincuenta mil escudos antes de las elecciones, o de lo contrario ya no contéis conmigo. No me gustan los que se apoderan de toda la manta para dormir. Buenas noches.

—Ya veréis —dijo Vinet, estrechando afectuosamente la mano del coronel.

Alrededor de la una de la madrugada, los tres gritos claros y puros de una lechuza, admirablemente bien imitados, resonaron en la plaza. Pierrette los oyó en su sueño febril, se levantó sudorosa, abrió la ventana, vio a Brigaut y le tiró un ovillo de seda al que había atado una carta. Sylvie, agitada por los acontecimientos de la

víspera y por sus dudas y vacilaciones, no dormía; creyó que, efectivamente, se trataba de una lechuza.

—¡Ah, qué ave de mal agüero! ¡Caramba! ¡Pierrette se levanta! ¿Qué tendrá?

Al oír que se abría la ventana de la buhardilla, Sylvie se precipitó a su ventana y oyó subir el papel de Brigaut, que pasaba rozando sus persianas. Se anudó fuertemente los cordones de su camisón y subió con presteza a la habitación de Pierrette, a quien encontró devanando el ovillo y desatando la carta.

—¡Ah, ya te tengo! —exclamó la solterona, corriendo a la ventana para ver a Brigaut, que ponía pies en polvorosa—. Dame esa carta.

—No, prima Sylvie —dijo Pierrette, que, gracias a una de esas inmensas inspiraciones de la juventud, y sostenida por su alma, se elevó hasta alcanzar la grandeza de la resistencia que admiramos en la historia de algunos pueblos reducidos a la desesperación.

—¡Ah! ¿No quieres dármela? —exclamó Sylvie abalanzándose sobre su prima, exhibiendo una horrible máscara.

Pierrette retrocedió para tener tiempo de meterse la carta en la mano, que apretó con una fuerza invencible. Al ver esta maniobra, Sylvie agarró con sus patas de crustáceo la blanca y delicada mano de Pierrette e intentó abrírsele. Se libró entonces un combate terrible, un combate infame como todo cuanto atenta al pensamiento, el único tesoro que Dios pone a salvo de todo poder, para guardarlo como un vínculo secreto entre los desdichados y Él. Aquellas dos mujeres, la joven moribunda y la arpía rebosante de vigor, se miraron fijamente. Los ojos de Pierrette dirigían a su verdugo la mirada de aquel templario que recibía en el pecho los golpes de un péndulo en presencia de Felipe el Hermoso, quien no pudo sostener aquel terrible rayo y abandonó el lugar, fulminado. Sylvie, mujer y celosa, respondía a aquella mirada magnética con siniestros relámpagos. Reinaba un horrible silencio. Los dedos apretados de la bretona oponían la resistencia de un bloque de acero a las tentativas de su prima. Sylvie torturaba el brazo de Pierrette, tratando de abrírle los dedos; al no conseguirlo, le clavaba inútilmente las uñas en la carne. Por último, ciega de furor, hincó los dientes en el puño, para morder los dedos y vencer a Pierrette por el dolor. La niña seguía desafiándola con la terrible mirada de la inocencia. El furor de la solterona creció hasta tal punto que la cegó completamente; tomó el brazo de Pierrette y empezó a golpear el puño sobre el alféizar de la ventana, contra el mármol de la chimenea, como cuando se intenta partir una nuez.

—¡Socorro, socorro! —gritó Pierrette—. ¡Que me matan!

—¡Ahora gritas, y yo te encuentro con tu enamorado a media noche!...

Y volvió a golpear sin piedad.

—¡Socorro! —gritó otra vez Pierrette, que tenía el puño ensangrentado.

En aquel momento resonaron unos golpes violentos a la puerta. Igualmente agotadas, las dos primas se detuvieron.

Rogron, desvelado, inquieto, sin saber de qué se trataba, se levantó, corrió a la

habitación de su hermana y no la encontró en ella; entonces tuvo miedo, bajó, abrió la puerta de la calle y casi fue derribado por Brigaut, seguido por una especie de fantasma. En aquel mismo instante los ojos de Sylvie distinguieron el corsé de Pierrette y recordó haber palpado unos papeles bajo el forro. Se abalanzó sobre la prenda como un tigre sobre su presa, le dio varias vueltas en torno al puño y se la mostró, sonriendo como un iroqués ante su enemigo, antes de arrancarle la cabellera.

—¡Ah, me muero! —dijo Pierrette, cayendo de rodillas—. ¿Quién me salvará?

—Yo —gritó una mujer de cabellos blancos, que mostró a Pierrette un rostro viejo y apergaminado en el que brillaban unos ojos grises.

—¡Ah, abuela, llegas demasiado tarde! —exclamó la pobre niña deshecha en llanto.

Pierrette fue a echarse sobre la cama, abandonada por sus fuerzas y medio muerta por el abatimiento que, en una enferma, sigue a una lucha tan violenta. El gran fantasma enjuto tomó a Pierrette en sus brazos como las niñeras toman a los niños, y salió seguida de Brigaut sin dirigir una sola palabra a Sylvie, a la que lanzó una majestuosa acusación por medio de una trágica mirada. La aparición de aquella augusta anciana con su traje bretón, encapuchada con su cofia, que es una especie de pelliza de paño negro, acompañada del terrible Brigaut, asustó a Sylvie, que creyó ver a la muerte en persona. La solterona bajó, oyó cerrarse la puerta y se dio de manos a boca con su hermano, que le preguntó:

—¿Así, no te han matado?

—Acuéstate —le dijo Sylvie—. Ya veremos mañana lo que hacemos.

Ella volvió a acostarse, deshizo el corsé y leyó las dos cartas de Brigaut, que la dejaron sumida en un mar de confusiones. Se durmió presa de la más extraña perplejidad, sin sospechar la terrible acción a que daría lugar su conducta.

Las cartas enviadas por Brigaut a la viuda Lorrain encontraron a la anciana en un estado de alegría inefable, que su lectura vino a turbar. La pobre septuagenaria se consumía de pena al tener que vivir sin Pierrette; se consolaba de haberla perdido considerando que se había sacrificado en interés de su nieta. Tenía uno de esos corazones siempre jóvenes, sostenidos y animados por la idea del sacrificio. Su viejo marido, cuya única alegría era aquella nietecita, echaba de menos su presencia; diariamente la buscaba a su alrededor. Fue un dolor de viejo, de esos dolores que hacen vivir a los ancianos pero que terminan por matarlos. Piense el lector, pues, cuál sería la alegría que debió de experimentar aquella pobre anciana, confinada en un hospicio, al enterarse de una de esas acciones raras pero que aún suceden en Francia.

Después de sus desastres financieros, François-Joseph Collinet, jefe de la casa. Collinet partió hacia América con sus hijos. Tenía demasiado corazón para continuar viviendo en Nantes, arruinado, sin crédito, en medio de las desgracias causadas por su bancarrota. De 1814 a 1824, aquel animoso negociante, ayudado por sus hijos y por su cajero, que le permaneció fiel y le dio los primeros fondos, comenzó con valor a amasar otra fortuna. Después de inauditos esfuerzos que fueron coronados por el

éxito, a los once años de su ausencia regresó a Nantes para hacerse rehabilitar, dejando a su primogénito al frente de su empresa transatlántica. Encontró a madame Lorrain de Pen-Hoel en Saint-Jacques, y fue testigo de la resignación con que la más desgraciada de sus víctimas sobrellevaba su miseria.

—¡Dios os perdone! —le dijo la anciana—, por darme los medios de asegurar la felicidad de mi nieta, cuando ya estoy con un pie en la tumba. ¡Pero yo, en cambio, no podré rehabilitar jamás a mi pobre esposo!

Monsieur Collinet entregó a su acreedora una suma que, entre el capital y los intereses comerciales, ascendía a unos cuarenta y dos mil francos. Sus restantes acreedores, comerciantes activos, ricos e inteligentes, se habían aguantado, mientras que la desdicha de los Lorrain pareció irremediable al viejo Collinet, quien prometió a la viuda rehabilitar la memoria de su marido, puesto que sólo se trataba de cuarenta mil francos a lo sumo. Cuando la Bolsa de Nantes supo este rasgo de generosidad de Collinet, deseó ofrecer una recepción al comerciante, antes de que la corte real de Rennes se detuviese allí; pero el negociante rechazó este honor y se sometió al riguroso Código Comercial. Así, pues, madame Lorrain recibió cuarenta y dos mil francos la víspera del día en que llegaron a su poder las cartas de Brigaut. Al firmar el recibo, lo primero que dijo fue:

—¡Ahora podría vivir con mi Pierrette y casarla con el pobre Brigaut, que saldría de apuros con mi dinero!

Estaba inquieta, agitada, quería irse a Provins. Así, cuando hubo leído las cartas fatales, empezó a recorrer la ciudad, enloquecida, preguntando los medios de ir a Provins con la velocidad del rayo. Partió en el coche correo cuando le explicaron cuál era la celeridad gubernamental de este vehículo.

En París hizo transbordo para tomar el coche de Troyes y acababa de llegar a las once y media a casa de Frappier, donde Brigaut, ante el aspecto de sombría desesperación de la vieja bretona, le prometió traerle en seguida a su nieta, después de referirle en pocas palabras el estado en que se encontraba Pierrette. Estas pocas palabras provocaron tal espanto en la abuela que, sin poder dominar su impaciencia, corrió a la plaza. Cuando oyó gritar a Pierrette, la bretona sintió que el grito se clavaba en su corazón, lo mismo que le ocurrió a Brigaut. Tales voces dieron que sin duda hubieran despertado a todos los habitantes si, por temor, Rogron no les hubiese abierto. Aquel grito de la joven acorralada infundió súbitamente tantas fuerzas como espanto a su abuela, que llevó en brazos a su querida Pierrette hasta casa de Frappier, cuya esposa había dispuesto apresuradamente la habitación de Brigaut para la abuela de Pierrette. Así, pues, fue en aquel pobre alojamiento, sobre una cama terminada de hacer, donde la enferma fue depositada. La niña se desmayó, con el puño aún cerrado, magullado y bañado en sangre, y las uñas hundidas en la carne. Brigaut, Frappier, su mujer y la anciana contemplaron a Pierrette en silencio, todos ellos presa de un pasmo indecible.

—¿Por qué tiene la mano ensangrentada? —fue lo primero que dijo la abuela.

Pierrette, vencida por el sueño que sigue a las grandes exhibiciones de fuerza, y sabiéndose al amparo de toda violencia, abrió los dedos. La carta de Brigaut cayó como una respuesta.

—Han querido quitarle mi carta —dijo Brigaut, arrodillándose para recoger la nota que había escrito, en la que decía a su amiguita que saliese sin hacer ruido de casa de los Rogron, y dando un beso piadoso en la mano de aquella mártir.

Hubo entonces algo que hizo estremecer a los carpinteros: ver a la vieja Lorrain, aquel espectro sublime, de pie a la cabecera de su nieta. El terror y la venganza entrecruzaban sus llameantes rictus en los miles de arrugas que surcaban su tez de marfil amarillento. Aquella frente cubierta de ralos cabellos grises expresaba la cólera divina. Con aquella poderosa intuición que poseen los viejos próximos a la tumba, leía toda la vida de Pierrette, en quien, por otra parte, había pensado constantemente durante el viaje. Adivinó la enfermedad de adolescente que amenazaba de muerte a su querida niña. Dos gruesas lágrimas se formaron con dificultad en sus ojos blancos y grises a los que las penas habían arrancado cejas y pestañas; dos perlas de dolor se formaron, les comunicaron un espantoso frescor, engrosaron y rodaron por las mejillas reseca, sin mojarlas.

—Me la han matado —dijo al fin, juntando las manos.

Se postró de hinojos, dando dos golpes secos con las rodillas sobre las baldosas, y se puso a hacer, sin duda, una promesa a Santa Ana de Auray, la más venerada virgen de Bretaña.

—Un médico de París —dijo a Brigaut—. ¡Corre, Brigaut, ve a buscarlo en seguida!

Tomó al artesano por el hombro y lo empujó con un ademán de mando despótico.

—¡Iba a venir, Brigaut! Soy rica, ¿sabes? —exclamó volviendo a llamarlo. Desató el cordón que anudaba la parte delantera de su casaquilla sobre el pecho, sacó un papel en el que estaban envueltos cuarenta y dos billetes de banco, y le dijo:

—¡Toma lo que te haga falta! Trae al mejor médico de París.

—Guardaos esto —dijo Frappier—; en estos momentos no podría cambiar un billete. Yo tengo dinero, la diligencia pasará pronto y encontraré sitio en ella; pero antes, ¿no valdría más consultar a monsieur Martener, que nos indicará un médico de París? La diligencia pasará dentro de una hora, aún tenemos tiempo.

Brigaut fue a despertar a monsieur Martener. Volvió con este médico, que no se quedó poco sorprendido al saber que mademoiselle Lorrain estaba en casa de Frappier. Brigaut le explicó la escena que acababa de desarrollarse en casa de los Rogron. Las palabras del amante desesperado iluminaron aquel drama doméstico a los ojos del médico, sin que, empero, sospechase todo su horror y su extensión. Martener dio la señas del célebre doctor Horace Bianchon a Brigaut, quien partió con su amo al oír el ruido de la diligencia. El doctor Martener se sentó y principió por examinar las equimosis y las heridas de la mano, que colgaba fuera de la cama.

—¡No se ha hecho ella misma estas heridas! —dijo.

—No, la horrible mujer a quien tuve la desgracia de confiarla la estaba matando —dijo la abuela—. Mi pobre Pierrette gritaba “¡Socorro, me matan!” de una manera que hubiera partido el corazón de un verdugo.

—¿Pero, por qué? —dijo el médico tomando el pulso de Pierrette—. Está muy enferma —prosiguió, acercando una vela al lecho—. ¡Ah, será difícil salvarla! —dijo, después de examinarla la cara—. Ha debido de sufrir mucho; no comprendo por qué no la han cuidado.

—Tengo intención de acudir a la Justicia —dijo la abuela—. Esta gente, que pidieron que les enviase a mi nieta por medio de una carta, diciendo que eran ricos y poseían doce mil libras de renta, ¿tenían derecho de convertirla en su cocinera, de hacerle realizar trabajos superiores a sus fuerzas?

—¿Es que no quisieron ver la más visible de las enfermedades a que a veces se hallan expuestas las jovencitas, y que exigía los mayores cuidados y atenciones? —exclamó el doctor Martener.

Pierrette se despertó, a causa de la vela que madame Frappier sostenía para iluminarle bien el rostro, y por los horribles sufrimientos que la reacción moral de su lucha le producían en la cabeza.

—¡Ah, monsieur Martener, estoy muy mal! —dijo con su linda vocecita.

—¿Qué os duele, mi pequeña amiga? —preguntó el médico.

—Me duele aquí —dijo ella, indicando su cabeza, sobre la oreja izquierda.

—¡Hay un absceso! —exclamó el galeno después de palparle la cabeza durante mucho rato e interrogar a Pierrette sobre sus sufrimientos—. Tienes que decírnoslo todo, pequeña, para que podamos curarte. ¿Por qué tienes la mano así? No eres tú quien se ha producido estas heridas.

Pierrette contó ingenuamente su lucha con su prima Sylvie.

—Hacedla hablar —aconsejó el médico a la abuela —y enteraos bien de todo. Yo esperaré la llegada del médico de París y celebraremos consulta con el cirujano jefe del hospital: todo esto me parece muy raro. Os haré enviar una poción calmante que daréis a vuestra nieta para hacerla dormir, pues tiene mucha necesidad de sueño.

Una vez a solas con su nieta, la vieja bretona se lo hizo explicar todo usando de su ascendiente sobre ella, diciéndole que tenía bastante dinero para los tres y prometiéndole que Brigaut se quedaría con ellas. La pobre niña confesó su martirio, sin adivinar el proceso que originaría. Las monstruosidades de aquellos dos seres sin entrañas y que nada sabían de la vida familiar descubrieron a la anciana unos mundos de dolor tan lejanos de su pensamiento, como hubieran podido estarlo las costumbres de las razas salvajes del pensamiento de los primeros viajeros que penetraron en las praderas de América. La llegada de su abuela, la certidumbre de que en el futuro estaría con ella y sería rica, sumieron la mente de Pierrette en un dulce sueño, del mismo modo que la poción durmió su cuerpo. La vieja bretona veló a su nieta besándole la frente, los cabellos y las manos, como las santas mujeres debieron de besar a Jesús al ponerle en la tumba.

A las nueve de la mañana, el doctor Martener fue a visitar al presidente, a quien refirió la escena de la noche anterior entre Sylvie y Pierrette, y después las torturas morales y físicas, los malos tratos de todo género que los Rogron habían infligido a su pupila, y las dos enfermedades mortales que se habían desarrollado en ella a consecuencia de tratos tan inhumanos. El presidente mandó llamar al notario Auffray, uno de los parientes de Pierrette por línea materna.

En aquellos momentos la guerra entre el partido de Vinet y el partido de Tiphaine alcanzaba su apogeo. Los chismes y habladurías que los Rogron y sus acólitos hacían circular por Provins acerca de las relaciones que no eran un secreto para nadie, entre madame Roguin y el banquero Du Tillet, sobre las circunstancias que rodearon a la bancarrota del padre de madame Tiphaine, un falsario, según se decía, hirieron tanto más vivamente al partido de los Tiphaine cuanto que eran simples murmuraciones y no calumnias. Aquellas heridas se clavaban hasta lo más profundo del corazón, pues atacaban a los intereses en lo vivo. Aquellas habladurías repetidas a los partidarios de los Tiphaines por las mismas bocas que comunicaban a los Rogron las chanzas de madame Tiphaine y su corte celestial, alimentaban los odios, en los que además se combinaban elementos políticos. Las irritaciones que causaba entonces en Francia el espíritu de partido, cuyas violencias fueron en verdad excesivas, se aliaban por doquier, como en Provins, con intereses amenazados y personalidades heridas y militantes. Todas y cada una de aquellas camarillas se apoderaban con ardor de lo que podía perjudicar a la camarilla rival. La animosidad de los partidos se mezclaba tanto como el amor propio a las menores cuestiones, que a menudo iban muy lejos. Una ciudad se apasionaba por determinadas luchas y las ampliaba con toda la grandeza del debate político. Así, el presidente vio en la querrela entre Pierrette y los Rogron un medio de abatir, de rebajar, de deshonar a los dueños de aquel salón en que se tramaban planes contra la monarquía y donde el periódico de la oposición había visto la luz.

Se puso el caso en conocimiento del fiscal del Rey. Monsieur Lesourd, monsieur Auffray, el notario, tutor subrogado de Pierrette, y el presidente, examinaron entonces con el mayor sigilo y en compañía del doctor Martener, el plan a seguir. El doctor Martener quedó encargado de decir a la abuela de Pierrette que presentase una denuncia al tutor subrogado. Éste convocaría entonces al Consejo de Familia y, provisto del resultado de la consulta de los tres médicos, pediría primeramente la destitución del tutor. El asunto, así planteado, pasaría entonces al Tribunal, y monsieur Lesourd intentaría que pasase a lo criminal, pidiendo que se abriese una investigación.

Al mediodía, todo Provins estaba soliviantado por la extraña noticia de lo que había pasado durante la noche en casa de los Rogron. Los gritos de Pierrette se oyeron vagamente en la plaza, pero duraron poco. Nadie se levantó y únicamente los vecinos se preguntaron:

—¿Habéis oído ese ruido y esos gritos alrededor de la una? ¿Qué sucedía?

Las habladurías y los comentarios confirieron tales proporciones a aquel drama horrible, que el gentío se agolpó ante el taller de Frappier, a quien todos pedían noticias. El honrado carpintero explicó la llegada a su casa de la pequeña, con el puño ensangrentado y los dedos rotos. Alrededor de la una de la tarde, el coche de postas del doctor Bianchon, con quien venía Brigaut, se detuvo ante la casa de Frappier, cuya esposa corrió al hospital para avisar al doctor Martener y al cirujano jefe. Esto no hizo más que confirmar los rumores que circulaban por la ciudad. Los Rogron fueron acusados de haber maltratado a su prima, deliberadamente y poniendo en peligro su vida.

La noticia llegó a Vinet cuando éste se hallaba en el Palacio de Justicia. Dejándolo todo, corrió a casa de los Rogron. Éste y su hermana acababan de almorzar. Sylvie vacilaba en referir a su hermano el chasco que se había llevado aquella noche, y sólo contestaba a sus apremiantes preguntas diciendo:

—Esto no te importa.

Iba y venía de la cocina al comedor para evitar discusiones. Estaba sola cuando Vinet hizo su aparición.

—¿Así, no sabéis qué ocurre? —dijo el abogado.

—No —contestó Sylvie.

—Tal como van las cosas respecto a Pierrette, os caerá encima un proceso criminal.

—¡Un proceso criminal! —dijo Rogron, entrando en el comedor—. ¿Por qué? ¿Cómo?

—Ante todo —exclamó el abogado mirando a Sylvie—, explicadle sin rodeos qué ha ocurrido esta noche, y hacedlo como si estuviérais ante Dios, pues se habla de cortar la mano a Pierrette.

Sylvie se puso palidísima y se estremeció.

—¿Ocurrió, pues, algo? —dijo Vinet.

Mademoiselle Rogron refirió la escena tratando de excusarse, pero, estrechada a preguntas, declaró los hechos más graves de aquella horrible lucha.

—Si solamente le hubieseis fracturado los dedos, sólo tendríais que comparecer ante la policía correccional; pero si hay que amputarle la mano, quizá tendréis que comparecer ante la audiencia de lo criminal; los Tiphaine harán todo lo posible por llevaros a ella.

Sylvie, más muerta que viva, explicó sus celos y, lo que aún le resultó más cruel de revelar, el error que había cometido en sus sospechas.

—¡Qué proceso! —dijo Vinet—. Puede ser vuestra ruina y la de vuestro hermano y, aunque lo ganéis, os abandonarán muchas personas. Y si no triunfáis tendréis que ir de Provins.

—¡Oh, mi querido monsieur Vinet, vos que sois tan gran abogado —dijo Rogron, asustado—, aconsejadnos, salvadnos!

El hábil Vinet llevó al colmo del terror a aquellos dos imbéciles y afirmó que

madame y mademoiselle de Chargeboeuf se lo pensarían antes de volver a pisar aquella casa. Verse abandonados por aquellas damas sería una terrible condena. Por último, después de una hora de magníficas maniobras, tuvo que reconocerse que, para decidir a Vinet a que salvase a los Rogron, era necesario que existiese, a los ojos de todo Provins, un interés mayor en juego. Así, pues, en aquella misma velada se anunciaría el enlace de Rogron con mademoiselle de Chargeboeuf. Las amonestaciones se publicarían el domingo. El contrato matrimonial se redactaría inmediatamente en casa de Cournant y en él figuraría mademoiselle Rogron para ceder, mediante una donación entre vivos, la nuda propiedad de sus bienes a su hermano, en consideración a dicha alianza. Vinet hizo comprender a Rogron y a su hermana la necesidad de tener un contrato de matrimonio redactado dos o tres días antes de este acontecimiento, a fin de comprometer a madame y mademoiselle de Chargeboeuf a los ojos del público y darles un motivo para que siguiesen acudiendo a casa de los Rogron.

—Firmad este contrato y yo me ocuparé de sacaros de este atolladero —dijo el abogado—. Os lo prometo. Será una lucha terrible, sin duda, pero me entregaré a ella en cuerpo y alma, y aún tendréis que ponerme un cirio.

—¡Ah! Sí, desde luego —dijo Rogron.

A las once y media, el abogado tuvo plenos poderes para el contrato y para llevar el proceso. A mediodía, el presidente recibió una demanda presentada por Vinet contra Brigaut y la viuda Lorrain, por haber sacado a la menor Pierrette Lorrain del domicilio de su tutor. De este modo el atrevido Vinet se presentaba como querellante y ponía a Rogron en la situación de un hombre irreprochable. En este sentido, efectivamente, habló en el Palacio de Justicia. El presidente citó a ambas partes querellantes a las cuatro de la tarde. Inútil es decir hasta qué punto estos acontecimientos agitaron a la pequeña ciudad de Provins. El presidente sabía que la consulta de los médicos terminaría a las tres y quería que el tutor subrogado, que hablaría en nombre de la abuela, se presentase armado de aquel documento. El anuncio del matrimonio de Rogron con la bella Bathilde de Chargeboeuf y las concesiones hechas por Sylvie en el contrato indispuso de pronto a los personas con los Rogron: mademoiselle Habert y el coronel, que vieron hundirse sus esperanzas. Céleste Habert y el coronel permanecieron ostensiblemente unidos a los Rogron, pero para perjudicarlos con mayor seguridad. Así, cuando el doctor Martener reveló la existencia de un absceso en la cabeza de la pobre víctima de los dos merceros, Céleste y el coronel hablaron del golpe que Pierrette se dio la velada en que Sylvie la obligó a abandonar el salón, y citaron las crueles y bárbaras exclamaciones de mademoiselle Rogron. Refirieron las pruebas de insensibilidad que había dado la solterona ante los sufrimientos de su pupila. Así, los amigos de la casa se extrañaron de estas graves culpas, simulando defender a Sylvie y su hermano.

Vinet había previsto aquella borrasca, pero la fortuna de los Rogron pasaría a mademoiselle de Chargeboeuf y el abogado esperaba, dentro de algunas semanas,

verla instalarse en la bella mansión de la plaza para reinar con ella en Provins, pues ya acariciaba el proyecto de efectuar enlaces con los Bréautei para favorecer sus ambiciones.

Desde el mediodía hasta las cuatro de la tarde, todas las señoras del partido de Tiphaine, las Garceland, las Guépin, las Julliard, Galardon, Guenée, la mujer del subprefecto, se interesaron por el estado de mademoiselle Lorrain. Pierrette ignoraba por completo el alboroto que había provocado en la ciudad. En medio de sus vivos sufrimientos, experimentaba una dicha inefable al saber que se hallaba entre su abuela y Brigaut, los dos seres que más amaba. Brigaut tenía los ojos arrasados en llanto constante y la abuela mimaba a su querida nieta. Sólo Dios sabe si la anciana dejó de explicar a los tres hombres de ciencia alguno de los cuales que Pierrette le dio acerca de su vida en casa de los Rogron. Horace Bianchan expresó su indignación en términos vehementes. Espantado ante semejante barbarie, exigió que los demás facultativos de la ciudad fuesen llamados, de manera que monsieur Néraud se halló presente y fue invitado, como amigo de Rogron, a que contradijese, si había lugar, las terribles conclusiones a que había llegado la consulta que, por desgracia para los Rogron, fue redactada por unanimidad. Néraud, de quien ya se decía que había hecho morir de dolor a la abuela de Pierrette, estaba en una falsa posición, de la que se aprovechó el hábil Martener, encantado de poder acusar a los Rogron comprometiendo de paso a monsieur Néraud, su antagonista. No vale la pena dar el texto de esta consulta que fue una de las pruebas del proceso. Si la Medicina, ¿n tiempos de Moliere, tenía una terminología bárbara, los términos que emplea la Medicina moderna tienen la ventaja de ser tan claros, que la explicación de la enfermedad de Pierrette, aunque natural y por desgracia muy común, asustaría a los lectores. Por otra parte, esta consulta era perentoria, respaldada por un nombre tan célebre como el de Horace Bianchon. Terminada la audiencia, el presidente permaneció en el estrado, contemplando ante sí a la abuela de Pierrette, acompañada por monsieur Auffray, Brigaut y un gran gentío. Vinet está solo. Este contraste sorprendió a la audiencia, engrosada por gran número de curiosos. Vinet, que había revestido la toga, alzó su cara fría hacia el presidente, asegurándose las antiparras ante sus ojos verdes, y después, con voz aguda, débil e insistente, declaró que unos extraños se habían introducido con nocturnidad y alevosía en casa de monsieur y mademoiselle Rogron, para raptar a la menor Lorrain. El tutor, amparado en su derecho, reclamaba a su pupila.

Monsieur Auffray, en su calidad de tutor subrogado, se levantó y pidió la palabra.

—Si el señor presidente —dijo— quiere tomar conocimiento de esta consulta, hecha por uno de los médicos más sabios de París, asistido por todos los médicos y cirujanos de Provins, comprenderá hasta qué punto es insensata la reclamación de dicho monsieur Rogron, y qué graves motivos impulsaron a la abuela de la menor a sustraerla inmediatamente a la acción de sus verdugos. He aquí los hechos: un diagnóstico establecido por unanimidad por un ilustre médico de París llamado a

consulta a toda prisa, y por todos los médicos de esta ciudad, atribuye el estado casi mortal en que se encuentra la menor a los malos tratos recibidos por parte de monsieur y mademoiselle Rogron. Nos asiste el derecho de convocar sin la menor dilación el Consejo de Familia, a fin de celebrar consulta para saber si el tutor debe ser desposeído de su tutela. Pedimos que la menor no vuelva al domicilio de su tutor y sea confiada al miembro de la familia que el señor presidente crea oportuno designar.

Vinet se alzó para decir que el diagnóstico debía ser comunicado, a fin de impugnarlo.

—No a la parte, Vinet —dijo el presidente con severidad—, aunque quizá si al fiscal del Rey. Se aplaza la vista.

Al pie del requerimiento, el presidente escribió el siguiente mandamiento:

“Teniendo en cuenta que, a consecuencia del diagnóstico establecido por unanimidad por los médicos de esta ciudad y por el doctor Bianchon, doctor por la Facultad de Medicina de París, resulta que la menor Lorrain, reclamada por Rogron, su tutor, se halla gravísimamente enferma, estado que le ha sido producido por los malos tratos y las brutalidades ejercidas sobre ella en el domicilio del tutor y por la hermana del mismo,

”Nos, presidente del Tribunal de Primera Instancia de Provins,

”Resolviendo acerca de este requerimiento, ordenamos que, hasta que tenga lugar las deliberaciones del Consejo de Familia que, según la declaración del tutor subrogado, será convocado en plazo breve, la menor no regresará al domicilio del tutor, siendo trasladada al domicilio del tutor subrogado.

”Otrosí, teniendo en cuenta el estado en que se halla la menor y las señales de violencia que, según el diagnóstico médico, existen en su persona, designamos al médico jefe y al cirujano jefe del Hospital de Provins para que la visiten; y, en caso de que estos malos tratos dejaren huella permanente, el Ministerio Público se reserva el derecho de emprender la acción que juzgue más conveniente, sin perjuicio de la acción civil adoptada por Auffray, tutor subrogado”.

El presidente Tiphaine leyó esta terrible orden, en voz alta, clara e inteligible.

—¿Por qué no a galeras en seguida? —dijo Vinet—. ¡Y todo este alboroto por una mocosa que sostenía relaciones clandestinas con un oficial de carpintero! Si el proceso sigue así —exclamó con insolencia— exigiremos otros jueces alegando legítima sospecha.

Vinet abandonó el Palacio de Justicia y visitó a las principales figuras de su partido para explicarles cuál era la situación de Rogron, de quien dijo que nunca había dado ni un simple papirotazo a su prima y en quien el Tribunal veía más al gran elector de Provins que al tutor de Pierrette.

Si había que creerle, los Tiphaine armaban mucho alboroto por nada. El monte

iba a parir un ratón. Sylvie, señorita sumamente discreta y religiosa, había descubierto una intriga entre la pupila de su hermano y un pequeño obrero carpintero, un bretón llamado Brigaut. Este bribón sabía muy bien que la niña iba a heredar una fortuna de su abuela y quería seducirla (¡Vinet se atrevía a hablar de seducción!). Mademoiselle Rogron, que tenía en su poder unas cartas que demostraban de manera flagrante la perversidad de aquella niña, no era tan de censurar como querían hacer creer los Tiphaine. Aún admitiendo que se hubiese permitido una violencia para obtener una carta, hecho explicable, por otra parte, teniendo en cuenta la irritación que la tozudez bretona había causado en Sylvie, ¿de qué se podía acusar a Rogron?

El abogado convirtió entonces a aquel proceso en una cuestión de partido y supo darle un matiz político. A partir de aquel día, surgieron divergencias en el seno de la opinión pública.

—Hay que oír a ambas partes —decían las personas prudentes—. ¿Habéis oído a Vinet? Ese Vinet explica muy bien las cosas.

Se consideró que la casa de Frappier era inhabitable para Pierrette, a causa de los dolores de cabeza que le causaría el ruido. El traslado de la enferma al domicilio del tutor subrogado era tan necesario bajo el punto de vista médico como bajo el punto de vista judicial. El traslado se efectuó en medio de precauciones inauditas, calculadas para producir un gran efecto. Pierrette fue colocada sobre unas parihuelas provistas de varios colchones y llevada entre dos hombres, acompañada por una hermana gris con un frasco de éter en la mano y seguida por su abuela, Brigaut, madame Auffray y la doncella de ésta. Todo el mundo se asomó a puertas y ventanas para ver pasar el cortejo. Desde luego, el estado en que se hallaba Pierrette, su palidez de moribunda, todo confería inmensas ventajas al partido contrario de los Rogron. Los Auffray quisieron demostrar ante toda la ciudad hasta qué punto era fundada la orden dictada por el presidente del Tribunal. Pierrette y su abuela quedaron instaladas en el segundo piso de casa de monsieur Auffray. El notario y su mujer se desvivieron por ellas, prodigándoles las mayores muestras de hospitalidad, sin regatear nada. Pierrette tuvo a su propia abuela por enfermera y el doctor Martener fue a visitarla con el cirujano aquella misma noche.

A partir de entonces comenzaron las exageraciones, por una y otra parte. El salón de los Rogron estuvo más concurrido que nunca. Vinet se ocupó bien de ello, yendo a visitar a todos los miembros del partido liberal. Las dos damas de Chargeboeuf cenaron con los Rogron, pues el contrato tenía que firmarse allí aquella misma noche. Por la mañana, Vinet ya había hecho poner las amonestaciones en la alcaldía. Trató de rebajar la importancia del asunto de Pierrette, diciendo que era una miseria. Si el Tribunal de Provins se hallaba cegado por la pasión, el Tribunal Real ya sabría apreciar los hechos, decía, y los Auffray se lo pensarían dos veces antes de meterse en semejante proceso. La alianza de Rogron con la familia Chargeboeuf aumentó enormemente su categoría a los ojos de ciertas personas. Para ellos, los Rogron eran inmaculados como la nieve y Pierrette una jovencita extraordinariamente perversa,

una serpiente que habían alimentado en su seno. En el salón de madame Tiphaine se vengaban de las horribles maledicciones que el partido de Vinet propalaba desde hacía dos años: los Rogron eran unos monstruos y el tutor tendría que comparecer ante la audiencia de lo criminal. En la plaza, decían que Pierrette estaba perfectamente; en la parte alta de la ciudad, afirmaban que su muerte era segura; en casa de Rogron se afirmaba que sólo tenía unos rasguños en la muñeca; los asistentes habituales a casa de madame Tiphaine, en cambio, decían que tenía los dedos rotos y habría que cortarle uno. Al día siguiente, el “Courrier de Provins” publicaba un artículo extremadamente hábil, bien escrito, una obra maestra de insinuaciones entreveradas de consideraciones judiciales, y que dejaba ya a Rogron libre de las acusaciones que sobre él pesaban. “La Ruche”, que en principio aparecía dos días después, no podía contestar sin caer en la difamación, pero replicó diciendo que, en una cuestión como aquélla, lo mejor era dejar que la justicia siguiese su curso.

El Consejo de Familia fue compuesto por el juez de paz del cantón de Provins, presidente legal; primeramente por Rogron y los dos señores Auffray, los parientes más próximos; y después por monsieur Ciprey, sobrino de la abuela materna de Pierrette. Luego se añadió a éstos monsieur Habert, el confesor de Pierrette, y el coronel Gouraud, a quien se consideraba como camarada de armas del coronel Lorrain. La imparcialidad del juez de paz fue muy aplaudida al poner en el Consejo de Familia a monsieur Habert y el coronel Gouraud, que todo Provins creía muy amigos de los Rogron. Atendiendo a las graves circunstancias en que se hallaba Rogron, solicitó que el abogado Vinet asistiese al Consejo de Familia. Mediante esta maniobra, evidentemente aconsejada por Vinet, Rogron consiguió que el Consejo de Familia no se reuniese sino hasta finales del mes de diciembre. Por aquella época, el presidente y su esposa estaban en París, alojados en casa de madame Roguin, a causa de haberse convocado las Cámaras. Así, el partido ministerial se encontró sin su jefe. Vinet había sondeado ya bajo mano al viejo Desfondrilles, que era el juez de instrucción, a fin de atraérselo para el caso en que el asunto adquiriese el carácter correccional o criminal que el presidente había querido darle.

Vinet defendió la causa durante tres horas ante el Consejo de Familia: señaló la existencia de una intriga entre Brigaut y Pierrette, a fin de justificar la severidad de mademoiselle Rogron; demostró que el tutor había obrado de una manera natural al dejar a su pupila bajo el gobierno de una mujer; hizo hincapié en el hecho de que su cliente no había participado en la educación de Pierrette, tal como Sylvie la entendía. Pese a los esfuerzos de Vinet, el Consejo adoptó por unanimidad la resolución de retirar la tutela a Rogron. Fue designado como tutor monsieur Auffray, y monsieur Ciprey como tutor subrogado. El Consejo de Familia escuchó a Adele, la sirvienta, que acusó a sus antiguos señores; a mademoiselle Habert, quien repitió las frases crueles que mademoiselle Rogron pronunció la noche en que Pierrette se dio el terrible golpe oído por todos los presentes, y la observación que madame de Chargeboeuf hizo sobre la salud de Pierrette. Brigaut mostró la carta que había

recibido de Pierrette que demostraba su mutua inocencia. Quedó demostrado que el estado deplorable en que se hallaba la menor tenía que achacarse a la negligencia de su tutor, responsable de todo cuanto concerniese a su pupila. La enfermedad de Pierrette había impresionado a todo el mundo, incluso a las personas de la ciudad extrañas a la familia. Así, pues, se mantuvo la acusación de malos tratos contra Rogron. El caso iba a convertirse en un proceso público.

Aconsejado por Vinet, Rogron se opuso a que las actas de las sesiones del Consejo de Familia fuesen homologadas por el Tribunal. Intervino el ministerio público, teniendo en cuenta la gravedad creciente del estado de Pierrette Lorrain. Este curioso proceso si bien fue inscrito prontamente en el registro de pleitos y causas, no fue señalado para la vista hasta el mes de marzo de 1828.

El enlace de Rogron con Mademoiselle de Chargeboeuf acababa de celebrarse. Sylvie ocupó el segundo piso de su casa, en el que se habían hecho obras para albergarla junto con madame de Chargeboeuf, pues el primer piso fue ocupado en exclusiva por madame Rogron. A partir de entonces, la bella madame Rogron sucedió a la bella madame Tiphaine. La influencia de aquel matrimonio fue enorme. Los visitantes ya no iban al salón de mademoiselle Sylvie, sino a casa de la bella madame Rogron.

Apoyado por su suegra y respaldado por los banqueros realistas Du Tillet y Nucingen, el presidente Tiphaine tuvo ocasión de hacer un favor al Ministerio; fue uno de los oradores del Centro más estimados, llegó a ser juez en el Tribunal de Primera Instancia del Sena e hizo nombrar a su sobrino Lesourd, presidente del tribunal de Provins. Este nombramiento ofendió mucho al juez Desfondrilles, que continuaba siendo arqueólogo y más suplente que nunca. El ministro de Justicia puso a uno de sus protegidos en lugar de Lesourd. La ascensión de monsieur Tiphaine, pues, no hizo ascender a nadie en el tribunal de Provins. Vinet supo aprovechar muy habilidosamente estas circunstancias. Había dicho siempre a los habitantes de Provins que servían de escabel para que la astuta madame Tiphaine pudiese medrar. El presidente se burlaba de sus amigos. Madame Tiphaine despreciaba “in petto” a la villa de Provins, y no volvería jamás a ella. Monsieur Tiphaine padre murió, su hijo heredó tierras en el Fay y vendió su bella mansión de la ciudad alta a monsieur Julliard. Esta venta demostró que apenas pensaba en regresar a Provins. Vinet tuvo razón. Vinet resultó ser un profeta. Estos sucesos tuvieron una gran influencia en el proceso relativo a la tutela de Rogron.

Así, el espantoso martirio ejercido brutalmente sobre Pierrette por dos imbéciles tiranos, y que, en sus consecuencias médicas, ponía al doctor Martener, que contaba con la aprobación del doctor Bianchon, en la necesidad de ordenar una operación terrible —la trepanación—, aquel drama horrible, reducido a sus proporciones jurídicas, cayó en el inmundo enredo que en el Palacio de Justicia recibe el nombre de “la forma”. El proceso empezó a arrastrarse a causa de los aplazamientos, extraviado por la red inextricable de los procedimientos judiciales, encallado por los

ambages de un odioso abogado, mientras que Pierrette, calumniada, languidecía y sufría los más espantosos dolores conocidos por la Medicina. ¿No era necesario explicar estas singulares reviradas de la opinión pública y la marcha lenta de la Justicia, antes de volver a la habitación dónde ella vivía, donde ella moría?

Monsieur Martener, lo mismo que la familia Auffray, quedó seducido a los pocos días por el adorable carácter de Pierrette y por la vieja bretona cuyos sentimientos, ideas y modales, llevaban el sello de una antigua virtud romana. Aquella matrona del Marais parecía una heroína de Plutarco. El médico quiso disputar su presa a la muerte, pese a que desde el primer día el galeno de provincias y la eminencia de París dieron a Pierrette por perdida. Entre el mal y el médico, apoyado por la juventud de Pierrette, se libró uno de aquellos combates que sólo los doctores conocen y cuya recompensa, en caso de éxito, no se encuentra en la dulce satisfacción de la propia conciencia y en no sé qué palma ideal e invisible recogida por los auténticos artistas tras del contento que les causa la certidumbre de haber realizado una bella obra. El médico tiende al bien como el artista tiende a la belleza, impulsado por un admirable sentimiento que llamamos virtud. Aquel combate cotidiano extinguió en aquel hombre de provincias las mezquinas irritaciones de la lucha entablada entre el partido de Vinet y el partido de los Tiphaine, como sucede a los hombres que se encuentran cara a cara con una gran desdicha que se proponen vencer.

El doctor Martener comenzó por querer ejercer su profesión en París, pero la atroz actividad de la capital, la insensibilidad que termina por adquirir el médico a causa del número espantoso de enfermos y la multiplicidad de casos graves, asustaron su alma dulce y hecha para la vida de provincia. Además, se hallaba bajo el yugo de su bella patria chica. Así es que regresó a Provins para casarse, establecerse allí y cuidar casi con afecto a una población que podía considerar como una gran familia. Durante todo el tiempo que duró la enfermedad de Pierrette, se esforzó por no hablar de su paciente. Su repugnancia a responder cuando le pedían noticias de la pobre pequeña era tan visible, que cesaron de interrogarle a este respecto. Pierrette era para él lo que debía ser, uno de estos poemas misteriosos y profundos, vastos en dolores, como tantos hay en la terrible existencia de los médicos. Experimentaba una admiración por aquella joven delicada, en cuyo secreto no quiso poner a nadie.

Aquel sentimiento del médico por su enferma se comunicó, como todos los auténticos sentimientos, a monsieur y madame Auffray, cuya mansión, mientras Pierrette estuvo en ella, se convirtió en un lugar apacible y silencioso. Las niñas, que antes habían jugado tanto con Pierrette, se las arreglaron, con la gracia de la infancia, para no ser importunas ni hacer demasiado ruido. Se esforzaron por pundonor en ser muy buenas, porque Pierrette estaba enferma.

La casa de monsieur Auffray se encuentra en la ciudad alta, al pie de las ruinas del castillo, donde fue construida sobre uno de los terraplenes creados por el derribo de las antiguas murallas. Desde aquel lugar, los moradores de la casa gozan de una bella vista sobre el valle, al salir a pasear por un pequeño jardín con árboles frutales

cerrado por gruesos muros, desde donde se baja a la ciudad por una calle empinada. Los techos de las demás casas llegan hasta la parte exterior del muro que sostiene a dicho jardín. A lo largo de esta terraza corre una alameda que da a la puerta-ventana del gabinete de monsieur Auffray. Al extremo se alzan un emparrado y una higuera, bajo los que hay una mesa redonda, un banco y sillas pintadas de verde.

Destinaron a Pierrette una habitación situada encima del gabinete de su nuevo tutor, en el que también dormía madame Lorrain, en un catre, al lado de su nieta. Así, pues, Pierrette podía ver desde su ventana el magnífico valle de Provins, que apenas conocía, pues había salido muy raramente de la casa fatal de los Rogron. Cuando hacía buen tiempo, le gustaba dirigirse, penosamente ayudada por su abuela, hasta aquella glorieta. Brigaut, que no hacía nada, iba a ver a su amiguita tres veces al día, consumido por un dolor que lo hacía sordo a todo lo de la vida; aguardaba con la finura de un perro de caza al doctor Martener, para acompañarlo y salir con él. Le sería difícil al lector imaginarse las locuras que todos hacían para la enfermita tan querida. Llena de desesperación, que ocultaba, la abuela sólo mostraba a su nieta el rostro risueño que ella le conocía de Pen-Hoel. En su deseo de hacerse ilusiones, la anciana le arreglaba y le ponía el tocado nacional con el que Pierrette llegó a Provins. De este modo creía que la joven enferma se parecía más a sí misma. Era delicioso verla, con la cara rodeada por aquella aureola de batista recamada por bordados almidonados. Su rostro, blanco con la blancura de la porcelana, su frente a la que el sufrimiento imprimía una apariencia de pensamiento profundo, la pureza de las líneas enflaquecidas por la enfermedad, la lentitud de la mirada y la fijeza que a veces adquirían los ojos, todo convertía a Pierrette en una admirable obra maestra de la melancolía. Además, la niña estaba atendida con una especie de fanatismo. ¡La veían tan dulce, tan tierna y amorosa! Madame Martener envió su piano a madame Auffray, que era su hermana, con la idea de divertir a Pierrette, a quien la música dejaba arrobada. Era un poema verla cuando escuchaba un fragmento de Weber, de Beethoven o de Hérold, con los ojos vueltos a lo alto, silenciosa y lamentando sin duda la vida que sentía escapársele. Monsieur Péroux, el cura, y monsieur Habert, que le aportaban los consuelos de la religión, admiraban su resignación piadosa. ¿No es un hecho notable y digno tanto de la atención de los filósofos como de los indiferentes, la perfección seráfica de los jóvenes y las doncellas señalados con una marca roja por la Muerte, entre la multitud, como se hace con los árboles jóvenes en un bosque? Quien ha visto una de estas muertes sublimes no puede seguir siendo incrédulo ni llegar a serlo. Estos seres exhalan una especie de perfume celeste, sus miradas hablan de Dios, su voz es elocuente en los discursos más indiferentes, y a menudo suena como un instrumento divino, que expresa los secretos del porvenir. Cuando el doctor Martener felicitaba a Pierrette por haber cumplido alguna difícil prescripción, aquel ángel decía, en presencia de todos y con qué miradas:

—Deseo vivir, mi querido monsieur Martener, más por mi abuela que por mí, más por mi Brigaut y por todos vosotros, que os afligiríais por mi muerte.

La primera vez que salió a pasear, en el mes de noviembre, bajo el sol radiante del día de San Martín, acompañada de todas las personas de la casa, madame Auffray le preguntó si estaba fatigada. Contestó Pierrette:

—Ahora que ya no tengo que soportar más sufrimientos que los que Dios me envía, puedo bastarme a mí misma. En la dicha de ser amada encuentro fuerzas para sufrir.

Fue la única vez que, de una manera indirecta, aludió a su horrible martirio en casa de los Rogron, de los que nunca hablaba. Su recuerdo debía de serle tan penoso, qué nadie se lo mencionaba.

—Mi querida madame Auffray —le dijo un día, al mediodía, cuando contemplaba desde la terraza el valle iluminado por un sol radiante y adornado por los bellos tonos bermejos del otoño—, he sido más dichosa en mi agonía, pasada en vuestra casa, que durante todos estos tres últimos años.

Madame Auffray miró a su hermana madame Martener, y le susurró al oído:

—¡Cómo hubiera podido amar!

El acento y la mirada de Pierrette, en efecto, prestaban a sus palabras un valor indecible.

Monsieur Martener sostenía correspondencia con el doctor Bianchon, y no intentaba nada grave sin su aprobación previa. Ante todo, confiaba en establecer el curso deseado por la naturaleza, para hacer derivar después el absceso a la cabeza por el oído. Cuanto más vivos eran los dolores de Pierrette, mayores eran las esperanzas que concebía. Obtuvo un ligero éxito en el primer punto, lo cual fue un gran triunfo. Durante algunos días, Pierrette recuperó el apetito y la niña aceptó platos substanciales hacia los que sentía una repugnancia característica, inspirada por su enfermedad; cambió el color de su tez, pero el estado de la cabeza era horrible. Hasta tal punto, que el doctor suplicó al gran médico de París, su consejero, que acudiera a Provins. Bianchon fue, permaneció dos días en Provins y decidió intentar una operación. Aceptó todas las solicitudes del pobre Martener y fue a buscar personalmente al célebre Desplein. Así, la operación fue realizada por el más gran cirujano de los tiempos antiguos y modernos; pero aquel terrible arúspice dijo a Martener, al acompañar a Bianchon, que era su discípulo predilecto:

—Sólo un milagro puede salvarla. Como ya os ha dicho Horace, la carie de los huesos ha comenzado. ¡Y a esta edad, los huesos son aún tan tiernos!

La operación se realizó a comienzos del mes de marzo de 1828. Durante todo el mes, asustado por los espantosos dolores que sufría Pierrette, el doctor Martener efectuó numerosos viajes a París para celebrar consulta con Desplein y Bianchon, a los que llegó incluso a proponer una operación parecida a la iltotricia, que consistía en introducir en el cráneo un instrumento hueco con ayuda del cual se intentaría la aplicación de un remedio heroico para detener los progresos de las caries ósea. El audaz Desplein no se atrevió a intentar la arriesgada operación quirúrgica que la desesperación había inspirado a Martener. Así, cuando el médico volvió de su último

viaje a París, se presentó ante sus amigos con aspecto triste y malhumorado. Una noche fatal se vio obligado a anunciar a la familia Auffray, a madame Lorrain, al confesor y a Brigaut reunidos, que la ciencia ya no podía hacer nada por Pierrette, cuya salvación estaba únicamente en las manos de Dios. La consternación que produjeron estas palabras fue horrible. La abuela hizo una promesa y pidió al cura que todas las mañanas, antes de que Pierrette se levantase, oficiase una misa, a la que asistirían ella y Brigaut.

Entre tanto, el proceso seguía su curso. Mientras la víctima de los Rogron se moría, Vinet la calumniaba ante el tribunal. Éste homologó los acuerdos del Consejo de Familia, y el abogado presentó inmediatamente recurso contra esta decisión. El nuevo fiscal del Rey hizo una requisitoria que determinó que se instruyese un nuevo sumario. Rogron y su hermana tuvieron que pagar una fianza para no ir a la cárcel. El juez instructor exigió el interrogatorio de Pierrette. Cuando monsieur Desfondrilles se presentó en casa de Auffray, Pierrette había entrado en la agonía, tenía a su confesor a la cabecera de su lecho e iban a administrarle los Santos Sacramentos. En aquel instante estaba suplicando a la familia, reunida a su alrededor, que perdonasen a sus primos, como ella los perdonaba, pues sólo a Dios correspondía juzgar sobre aquellas cosas, añadió con admirable discreción.

—Abuela —dijo después—, deja todos tus bienes a Brigaut (el pobre muchacho lloraba a lágrima viva)—. Y da mil francos a la buena Adele, que me calentaba la cama a escondidas. Si se hubiese quedado en casa de mis primos, aún viviría...

A las tres de la tarde del martes de Pascua, un día esplendoroso, aquel pequeño ángel dejó de sufrir. Su heroica abuela quiso velarla aquella noche con los sacerdotes y coser el sudario con sus viejas manos entumecidas. Al anochecer, Brigaut salió de casa Auffray y bajó hacia la carpintería de Frappier.

—No hace falta que me digas, mi pobre amigo, lo que ha pasado —le dijo el carpintero.

—Sí, padre Frappier, para ella todo ha terminado, pero no para mí.

El mozo miró la madera almacenada en el taller con expresión sombría y perspicaz a la vez.

—Te comprendo, Brigaut —dijo el viejo Frappier—. Mira, ahí tienes lo que buscas.

Y le señaló unas tablas de roble de dos pulgadas.

—No me ayudéis, monsieur Frappier —dijo el bretón—. Quiero hacerlo todo yo mismo.

Brigaut pasó toda la noche cepillando y ensamblando el ataúd de Pierrette, y más de una vez hizo saltar de un solo golpe de cepillo una viruta empapada con sus lágrimas. El viejo Frappier lo contemplaba fumando. Sólo le dijo estas concisas palabras, cuando vio que su primer oficial ensamblaba las cuatro tablas:

—Haz la tapa corredera: así sus pobres parientes no te oirán clavarla.

Cuando se hizo de día, Brigaut fue a buscar el plomo necesario para forrar el

féretro. Por una extraordinaria casualidad, las planchas de plomo costaron exactamente la misma suma que él había dado a Pierrette para que efectuase el viaje de Nantes a Provins. El valeroso bretón, que había sabido resistir el horrible dolor de hacer él mismo el ataúd de su querida compañera de infancia, revistiendo aquellas fúnebres tablas con todos sus recuerdos, no pudo soportar aquella casualidad: fue presa de un desfallecimiento y no pudo llevarse el plomo. El plomero se ofreció a acompañarlo y a soldar la cuarta plancha, cuando el cadáver hubiese sido depositado en el féretro. El bretón quemó el cepillo y todas las herramientas que había utilizado, echó cuentas con Frappier y le dijo adiós. El heroísmo con que el pobre muchacho se ocupaba, como la abuela, de prestar las últimas atenciones a Pierrette, le hizo intervenir en la escena suprema que coronó la tiranía de los Rogron.

Brigaut y el plomero llegaron a tiempo a casa de monsieur Auffray para resolver por medio de la fuerza bruta una infame y horrible cuestión judicial. La estancia mortuoria, llena de gente, mostró a los dos obreros un singular espectáculo. Los Rogron se alzaban con aspecto aborrecible junto al cadáver de su víctima, para seguir torturándola después de su muerte. El cuerpecito de la pobre niña, de una belleza sublime, yacía sobre el modesto catre de su abuela. Pierrette tenía los ojos cerrados, los cabellos partidos sobre la frente y aplastados sobre los lados y el cuerpo amortajado con un grueso sudario de algodón, cosido a un lado.

Ante el lecho, con los cabellos en desorden, de rodillas y con las manos tendidas y el rostro arrebolado, la vieja Lorrain gritaba:

—¡No, esto no se hará!

Al pie de la cama estaban el tutor, monsieur Auffray, el cura Péroux y monsieur Habert. Los cirios aún no estaban encendidos.

Ante la abuela se alzaban el cirujano del hospicio y monsieur Néraud, que contaban con el apoyo del espantoso y dulzón Vinet. También había un alguacil. El cirujano del hospicio se había puesto su delantal de disección. Uno de sus ayudantes había abierto su maletín y le ofrecía un escalpelo.

Esta escena fue turbada por el ruido del ataúd que Brigaut y el plomero dejaron caer, pues Brigaut, que iba en cabeza, fue presa de espanto ante el aspecto de la anciana Lorrain, que lloraba.

—¿Qué pasa? —preguntó Brigaut poniéndose al lado de la vieja abuela y empuñando convulsivamente un formón que había traído.

—Pasa —dijo la anciana—, pasa, Brigaut, que quieren abrir el cuerpo de mi niña, hendirle la cabeza, partirla el corazón después de su muerte, tal como hicieron en vida.

—¿Quién —gritó Brigaut con una voz capaz de partir el tímpano de las gentes de la justicia.

—Los Rogron.

. —¡Por el santo nombre de Dios!...

—Calma, Brigaut —dijo monsieur Auffray, viendo que el bretón blandía su

herramienta.

—Monsieur Auffray —dijo Brigaut tan pálido como la joven muerta—, os escucho porque sois monsieur Auffray, pero en estos momentos no escucharé a...

—¡La justicia! —dijo Auffray.

—¿Es que existe una justicia? —exclamó el bretón—. ¡Aquí tenéis a la justicia! —dijo amenazando al abogado, al cirujano y al alguacil con su formón, que brillaba al sol.

—Amigo mío —dijo el cura—, la justicia ha sido invocada por el abogado de monsieur Rogron, que se halla bajo una acusación grave, y no se pueden negar a un inculpado los medios de justificarse. Según el abogado de monsieur Rogron, si la pobre criatura que aquí vemos ha fallecido a causa del absceso que tenía en la cabeza, no hay motivo de inquietar a su antiguo tutor, pues está demostrado que Pierrette ocultó durante mucho tiempo el golpe* que se había dado...

—¡Basta! —dijo Brigaut.

—Mi cliente... —empezó a decir Vinet.

—Tu cliente —exclamó el bretón— irá al infierno y yo al patíbulo; pues si alguno de vosotros intenta tocar a la que ha matado tu cliente, y si ese matasanos no guarda su herramienta, lo mataré ahora mismo.

—Hay rebeldía —dijo Vinet—. Iremos a comunicarlo al juez.

Los cinco intrusos se retiraron.

—¡Oh, hijo mío! —dijo la anciana incorporándose y echándose al cuello de Brigaut—. ¡Enterrémosla pronto, antes de que vuelvan!...

—Una vez esté el plomo soldado —dijo el plomero—, quizá ya no se atreverán.

Monsieur Auffray corrió a casa de su cuñado, monsieur Lesour, para tratar de resolver este asunto. Vinet no quería otra cosa. Una vez muerta Pierrette, el proceso relativo a la tutela, que aún no había sido fallado, quedaba sobreseído, sin que nadie pudiese pleitear a favor o en contra de los Rogron: la cuestión quedaba indecisa. Así el hábil Vinet había previsto muy bien el efecto que su requerimiento iba a producir.

Al mediodía, monsieur Desfondrilles elevó su informe al Tribunal acerca del sumario instruido sobre Rogron, y el Tribunal declaró que la causa fuese sobreseída, por no haber lugar a proseguir la acción.

Rogron no se atrevió a mostrarse en público durante el entierro de Pierrette, al que asistió la ciudad en peso. Vinet quiso hacerle ir, pero el antiguo mercero tuvo miedo de despertar la repulsión general.

Brigaut se fue de Provins después de haber visto como el sepulturero arrojaba la última paletada de tierra en la fosa donde Pierrette fue enterrada. Fue, a pie, a París. Presentó una petición a la Delfina para ingresar en la Guardia Real, en consideración al nombre de su padre, siendo admitido inmediatamente. Cuando se efectuó la expedición a Argel volvió a escribir a la Delfina para que le permitiesen participar en ella. Era sargento y el mariscal Bourmont lo ascendió a subteniente en el regimiento de línea. El hijo del mayor se portaba como un hombre que buscase la muerte. Pero

ésta había respetado hasta entonces a Jacques Brigaut, que se distinguió en todas las expediciones sin recibir ni un solo rasguño. En la actualidad es jefe de batallón en el regimiento de línea. Ningún oficial es más taciturno ni mejor que él. Cuando está libre de servicio, apenas habla, pasea solo y vive de una manera mecánica. Todos adivinan y respetan un dolor ignorado. Posee cuarenta y seis mil francos que le fueron legados por la anciana madame Lorrain, fallecida en París en 1829.

En las elecciones de 1830, Vinet salió elegido diputado; los servicios rendidos al nuevo gobierno le valieron el cargo de fiscal general. En la actualidad goza de tal influencia, que su acta de diputado está asegurada para siempre. Rogron es recaudador general en la misma ciudad donde Vinet desempeña las funciones de su cargo, y, por una sorprendente casualidad, monsieur Tiphaine es el primer presidente del Tribunal Real de aquella ciudad, pues el magistrado se unió sin vacilar a la dinastía de julio. La ex bella madame Tiphaine vive en buena armonía con la bella madame Rogron. Vinet no puede sostener mejores relaciones con el presidente del Tribunal.

En cuanto al imbécil de Rogron, dice cosas como ésta:

—¡Luis Felipe sólo será verdaderamente rey cuando pueda crear nobles!

Esta frase, evidentemente, no es suya. Su precario estado de salud hace esperar a madame Rogron que pronto podrá casarse con el general marqués de Montriveau, par de Francia, que está al frente del Departamento y que la colma de atenciones. Vinet pide cabezas con mucha corrección, pues no cree jamás en la inocencia de un acusado.

Este fiscal general de pura sangre pasa por ser uno de los hombres más amables de su jurisdicción, y tiene tanto éxito en la Cámara como en París; en el Tribunal es un delicioso cortesano.

Cumpliendo la promesa de Vinet, el general barón Gouraud, aquella noble ruina de nuestros gloriosos ejércitos, contrajo matrimonio con una tal mademoiselle Matifat, de veinticinco años, hija de un droguista de la rue des Lombarts, dotada con cincuenta mil escudos. Como Vinet también profetizó, se halla al frente de un Departamento próximo a París. Fue nombrado par de Francia por su conducta durante las revueltas que tuvieron lugar bajo el Ministerio de Casimir Périer. El barón Gouraud fue uno de los generales que tomaron la iglesia de Saint-Merry, contento de poder vapulear a la chusma que los había vejado durante quince años, y su ardor fue recompensado con el gran cordón de la Legión de Honor.

Ninguno de los personajes que participaron en la muerte de Pierrette tiene el menor remordimiento. Monsieur Desfondrilles continúa siendo arqueólogo, pero, con vistas a su elección, el fiscal general Vinet tuvo buen cuidado en hacerlo nombrar presidente del Tribunal. Sylvie tiene una pequeña corte y administra los bienes de su hermano; hace préstamos a un interés muy elevado y no gasta más allá de mil dociientos francos anuales.

De vez en cuando, en aquella pequeña plaza, cuando un hijo de Provins vuelve de

París para establecerse en su ciudad natal, al salir de casa de mademoiselle Rogron, un antiguo partidario de los Tiphaine le dice:

—Los Rogron se vieron hace tiempo metidos en un desagradable proceso a causa de una pupila...

—Fue una cuestión de banderías —suele responder el presidente Desfondrilles—. Quisieron hacer creer que se habían cometido monstruosas tropelías. Llevados por su bondad, tomaron en su casa a una tal Pierrette, una niña bastante linda y sin fortuna. En plena adolescencia, cuando aún estaba formándose, tuvo una intriga con un mozo oficial carpintero. Ella se acercaba descalza a su ventana para hablar con dicho mozo, que se situaba allí, ¿veis? Los dos amantes se enviaban billetes tiernos por medio y en el extremo de un cordel. Comprenderéis que en su estado, y corriendo los meses de octubre y noviembre, no hacía falta más para hacer empeorar a una niña que ya tenía muy mal color. Los Rogron se portaron admirablemente bien: no reclamaron su parte de la herencia de la pequeña, cediéndolo todo a su abuela. De esto se desprende la moraleja, amigos míos, de que el diablo castiga siempre las buenas acciones.

—¡Ah, pero esto es muy distinto! Maese Frappier me lo ha contado de manera muy diferente.

—Maese Frappier consulta más su bodega que su memoria —dijo entonces un concurrente habitual al salón de mademoiselle Rogron.

—Pero el viejo monsieur Habert...

—¡Oh! ¿Pero no sabéis lo que se traía entre manos?

—No.

—Pues bien, voy a decíroslo: quería casar a su hermana con monsieur Rogron, el recaudador general.

Sólo hay dos hombres que recuerdan todos los días a Pierrette: Martener, el médico, y el mayor Brigaut, que son los únicos que conocen la espantosa verdad.

Para dar a ésta unas proporciones inmensas, bastaría con recordar que, efectuando una trasposición de la escena a la Edad Media y a Roma, una joven sublime llamada Beatriz Cenci fue conducida al suplicio en aquel vasto escenario por unos motivos y unas intrigas casi idénticos a los que llevaron a Pierrette a la tumba. Beatriz Cenci tuvo por único defensor a un artista, un pintor. Hoy día la historia y los vivos, si hemos de dar fe al retrato de Guido Reni, condenan al Papa y hacen de Beatriz una de las víctimas más conmovedoras de las pasiones infames y de las banderías.

Hay que convenir en que la Legalidad sería algo muy bello, para las bribonadas sociales, si Dios no existiese.

Noviembre, 1839.



LOS SOLTERONES

2. - El Cura de Tours



A David, Escultor

La duración de la obra sobre la que inscribo vuestro nombre, dos veces ilustre en este siglo, es muy problemática; mientras que vos grabáis el mío sobre él bronce que sobrevive a las naciones, aunque sólo sea acuñado por él vulgar martillo del monedero. ¿No se sentirán acaso embarazados los numismáticos en presencia de tantas testas coronadas como hay en vuestro taller, que vos perpetuasteis más allá de la vida de los pueblos, y en las que querrán ver dinastías? A vos, pues, corresponde este divino privilegio; a mí el reconocimiento.

De Balzac

EL CURA DE TOURS

A principios de otoño del año 1826, el abate Birotteau, principal personaje de esta historia, se vio sorprendido por un chaparrón al volver de la casa donde había pasado la velada. Atravesó, pues, con tanta rapidez como su gordura se lo permitió, la plazoleta desierta llamada del Claustro, que se encuentra detrás del ábside de Saint-Gatien, en Tours.

El abate Birotteau, hombrecillo bajo, de constitución apoplética y de unos sesenta años de edad, ya había sufrido numerosos ataques de gota. Y de entre todas las pequeñas miserias de la vida humana, aquélla por la cual el buen sacerdote sentía mayor aversión, era el inesperado remojón de sus zapatos de grandes hebillas de plata, y la inmersión de las suelas en los abundantes charcos. En efecto, a pesar de los calcetines de franela con los que se cubría los pies hiciera el tiempo que hiciese, con aquel cuidado que ponen los eclesiásticos en su persona, siempre recogía un poco de humedad, y la gota, al día siguiente, le daba infaliblemente pruebas de su constancia. No obstante, como el pavimento del Claustro siempre está seco y el abate Birotteau había ganado tres libras y diez sueldos jugando al *whist* en casa de madame Listomère, soportó la lluvia con resignación desde el centro de la plaza del Arzobispo, que fue donde empezó a caer en abundancia. Además, en aquellos momentos acariciaba su quimera, un deseo que tenía desde hacía ya doce años, ¡un deseo sacerdotal!, un deseo que cada noche, en la soledad de sus pensamientos, se hacía más vivo, y que entonces parecía a punto de cumplirse; en resumen, el abate Birotteau se sentía demasiado arropado en la esclavina de seda de una canonjía para sufrir las inclemencias del tiempo. Durante la velada, las personas que se reunían habitualmente en casa de madame de Listomere casi le garantizaron su nombramiento para la plaza de canónigo, entonces vacante en el Capítulo metropolitano de Saint-Gatien, asegurándole que nadie la merecía más que él, cuyos derechos, olvidados por demasiado tiempo, eran incontestables. Si hubiese perdido en el juego, si hubiese sabido que su contrincante, el abate Poirel iba a ser canónigo, entonces sí que el buen hombre hubiese encontrado fría la lluvia. Quizás hubiera renegado de su existencia. Pero se hallaba en una de aquellas raras circunstancias de la vida en que las sensaciones felices nos lo hacen olvidar todo. Al apresurar el paso, obedecía a un movimiento maquinal, y la verdad, cosa tan esencial en una narración de costumbres, nos obliga a decir que no pensaba ni en el chubasco ni en la gota.

Antaño existía en el Claustro, por el lado de la calle Mayor, varias casas cercadas por una tapia, pertenecientes a la Catedral y donde se albergaban algunos dignatarios del Capítulo. Desde que los bienes del clero fueron enajenados, la ciudad hizo del pasaje que separa estas casas una calle llamada de la Psalette, y por la que se va del Claustro a la calle Mayor. Este nombre indica bien a las claras que allí habitaron en otros tiempos el Chantre, sus escuelas y los que vivían bajo su dependencia. La parte

izquierda de esta calle la constituye una sola casa, cuyos muros se hallan atravesados por los arbotantes de Saint-Gatien, que arrancan de su menguado y estrecho jardín, de tal manera que subsiste la duda de si la Catedral fue construida antes o después que esta antigua morada. Pero al examinar los arabescos y la forma de las ventanas, la cintra del portal y el exterior de la casa, que mostraba la patina del tiempo, un arqueólogo hubiera convenido en que dicha casa había formado siempre parte del magnífico monumento con el que estaba unida. Un anticuario, si hubiese anticuarios en Tours, que es una de las ciudades menos cultas de Francia, podría incluso reconocer a la entrada del pasaje del Claustro, algunos vestigios de la arcada que formaba antiguamente el portal de aquella vivienda eclesiástica y que armonizaba sin duda con el carácter general del edificio. Situada al norte de Saint-Gatien, aquella casa se encuentra sumida continuamente en las sombras que proyecta la gran Catedral sobre la que el tiempo ha tendido su negro manto, ha surcado sus arrugas y ha sembrado su fría humedad, sus musgos y sus altas malezas. Así, acontece que esta morada está siempre rodeada de un profundo silencio, que solamente interrumpe el tañido de las campanas, el canto de los Oficios que atraviesa los muros de la iglesia y los graznidos de las cornejas que anidan en lo alto de los campanarios. Este paraje es un desierto de piedras, una soledad penetrada de carácter y en la que sólo pueden habitar seres disminuidos a una nulidad completa o que estén dotados de una fuerza anímica prodigiosa. La casa que nos ocupa estuvo siempre ocupada por abates y pertenecía a una vieja dama soltera llamada mademoiselle Gamard. Aunque la finca hubiese sido adquirida a la nación durante el terror por el padre de mademoiselle Gamard, y como dicha señorita sólo albergaba a religiosos en la mansión, desde hacía veinte años, nadie encontró mal que, durante la Restauración, una dama devota conservase un monumento nacional; quizá la gente de iglesia le atribuían la intención de legar la casa al Capítulo, y la gente de mundo no veían que esto hubiese de significar un cambio en su destino.

El abate Birotteau, pues, se dirigía a esta casa, en la que vivía desde hacía dos años. Las habitaciones que ocupaba en ella habían sido, como lo era la canonjía, el objeto de su anhelo y su *hoc erat in votis* durante una docena de años. Ser huésped de mademoiselle Gamard y llegar a ser canónigo, fueron las dos grandes ambiciones de su vida, y es posible que resuman exactamente lo que son las ambiciones de un sacerdote que, al considerarse ya de camino hacia la eternidad, no puede desear en este mundo más que un buen albergue, buena mesa, vestidos dignos, zapatos con hebillas de plata, cosas suficientes con que satisfacer las necesidades animales, y una canonjía para satisfacer el amor propio, sentimiento inefable que, según se dice, ha de acompañarnos hasta la misma presencia de Dios, puesto que, según parece, incluso entre los santos hay categorías. Pero el afán por poseer las habitaciones que entonces ocupaba, cosa mínima, en resumidas cuentas, a los ojos del mundo, fue para el abate Birotteau toda una pasión, pasión llena de obstáculos y, como la más criminal de las pasiones, repleta de esperanzas, de placeres y de remordimientos.

La distribución interior de la casa y su capacidad no permitieron a mademoiselle Gamard tener a más de dos huéspedes. Así, pues, doce años antes del día en que Birotteau logró ser admitido en la pensión, la señorita Gamard se encargaba de mantener contentos y en buena salud al señor abate Troubert y al señor abate Chapeloud. El abate Trobert vivía. El abate Chapeloud había muerto, y Birotteau le sucedió inmediatamente.

El difunto abate Chapeloud, que fuera en vida canónigo de Saint-Gatien, fue amigo íntimo del abate Birotteau. Siempre que el vicario entraba en casa del canónigo, tenía ocasión de admirar la estancia, los muebles y la biblioteca. Esta admiración le inspiró un día el deseo de poseer cosas tan bellas. El abate Birotteau no pudo sofocar aquel deseo, que a menudo le hacía sufrir horriblemente, sobre todo cuando pensaba que la muerte de su mejor amigo era la única cosa que podría satisfacer aquella oculta codicia, que aumentaba constantemente. El abate Chapeloud y su amigo Birotteau no eran ricos. Hijos ambos de campesinos, únicamente contaban con los míseros emolumentos concedidos al clero, y sus exiguas economías desaparecieron, totalmente consumidas, durante la época malhadada de la Revolución. Cuando Napoleón restableció el culto católico, el abate Chapeloud fue nombrado canónigo de Saint-Gatien, y Birotteau vicario catedralicio. Entonces Chapeloud se alojó en casa de mademoiselle Gamard. Cuando Birotteau fue a visitar a su amigo en su nueva morada, encontró que las habitaciones estaban perfectamente distribuidas, pero no vio nada más. El nacimiento de su concupiscencia mobiliaria fue parecido al de una auténtica pasión, que en ciertos jóvenes empieza por una fría admiración por la mujer que más tarde acabarán amando para siempre.

Aquella vivienda, a la cual daba acceso una escalera de piedra, estaba situada en un ala del edificio que daba al mediodía. El abate Troubert ocupaba la planta baja y mademoiselle Gamard el primer piso del cuerpo principal de la casa, que miraba a la calle. Cuando Chapeloud entró en su habitación, las paredes estaban completamente desnudas y los techos ennegrecidos por el humo. Las jambas de la chimenea, de piedra bastante mal labrada, no fueron pintadas nunca. Por todo mobiliario, el pobre canónigo puso allí, de buenas a primeras, una cama, una mesa, algunas sillas y los escasos libros que poseía. La vivienda parecía una mujer hermosa cubierta de harapos. Pero al cabo de dos o tres años, como sea que una vieja señora hubiese legado dos mil francos al abate Chapeloud, éste invirtió dicha suma en la adquisición de una librería de roble, procedente de un castillo arrasado por la tristemente célebre Banda Negra, y que era notable por sus esculturas, dignas de la admiración de los artistas. El abate hizo esta adquisición seducido, más que por la excelencia del precio, por la perfecta concordancia que existía entre las dimensiones del mueble y las de la galería. Sus economías le permitieron, entonces, efectuar la restauración completa de la galería, hasta entonces pobre y abandonada. El parquet fue cuidadosamente encerado, el techo encalado e hizo pintar el enmaderado que cubría las paredes imitando las vetas y los nudos del roble. La vieja chimenea fue reemplazada por otra

de mármol. También tuvo el canónigo el buen gusto suficiente para saber escoger unas butacas antiguas de nogal esculpido. Después, una larga mesa de ébano y dos muebles obra del famoso ebanista Boulle, acabaron de dar a esta galería un fisonomía llena de carácter.

Por espacio de dos años, la liberalidad de algunas personas devotas y los legados de sus piadosas penitencias, si bien modestas, llenaron de libros los estantes de la biblioteca, hasta entonces casi vacía; por último, un tío de Chapeloud, antiguo congregante del Oratorio, le legó su colección infolio de los Padres de la Iglesia y muchas otras grandes obras, preciosas para un eclesiástico. Birotteau, cada vez más sorprendido ante las transformaciones que experimentaba aquella galería, en la que antes no había nada, llegó gradualmente a codiciarla, aunque de manera involuntaria. Deseó poseer aquel gabinete, tan en relación con la gravedad de las costumbres eclesiásticas. Su pasión creció de día en día, y, como pasaba horas enteras trabajando en aquel acogedor asilo, pudo apreciar su silencio y su paz, después de haber empezado por admirar su afortunada distribución. Durante los años que siguieron, el abate Chapeloud hizo de la celda un oratorio, qué sus devotos amigos se complacieron en embellecer.

Más tarde aun, una señora ofreció al canónigo, para su dormitorio, un mueble tapizado con una tapicería que ella misma había confeccionado durante mucho tiempo y ante los propios ojos del buen sacerdote, que no podía sospechar para quién destinaba aquella labor. Entonces, con el dormitorio ocurrió exactamente lo mismo que con la galería: el pobre vicario quedó deslumbrado.

En resumen, tres años antes de su muerte, el abate Chapeloud había completado las comodidades de su vivienda decorando el salón. Aunque sencillamente adornado con terciopelo rojo de Utrecht, el mobiliario sedujo a Birotteau. Desde el día en que el amigo del canónigo vio los cortinajes de seda roja de China, los muebles de caoba y la alfombra de Aubsson que adornaban aquella vasta estancia recién pintada, la vivienda de Chapeloud se convirtió para él en una verdadera monomanía. Vivir allí, acostarse en la cama de grandes cortinajes de seda en que dormía el canónigo, hallarse rodeado de comodidades, como Chapeloud, sería para Birotteau la felicidad completa: nada veía más allá. Todo cuanto en el mundo hace nacer la envidia y la ambición en el corazón de los demás hombres, se concentró en él, en el secreto y profundo sentimiento con que deseaba una vivienda igual a la que se había creado el abate Chapeloud. Cuando su amigo enfermaba, iba a verlo impulsado ciertamente por un sincero afecto; pero al enterarse de cuál era la indisposición del canónigo, o al hacerle compañía, en el fondo de su alma se elevaban a pesar suyo mil pensamientos, cuya fórmula más simple era siempre: “Si Chapeloud muriese, yo podría quedarme con su habitación”.

Sin embargo, como Birotteau tenía un corazón excelente, ideas estrechas y una inteligencia limitada, no conseguía imaginar por qué medios podría lograr que su amigo le legase la biblioteca y los muebles.

El abate Chapeloud, que era un egoísta amable e indulgente, adivinó la pasión de su amigo, lo cual no resultaba muy difícil, y se la perdonó, lo que ya puede parecer menos fácil por parte de un sacerdote. Pero tampoco el vicario, cuya amistad permaneció invariable, dejó nunca de pasear a diario con su amigo, por la alameda de Tours, sin que por un instante lamentase el tiempo consagrado desde hacía veinte años a aquel invariable paseo. Birotteau, que consideraba como faltas sus involuntarios apetitos, hubiera sido capaz, por contradicción, de hacer el menor sacrificio por el abate Chapeloud. Éste pagó su deuda a tan sincera fraternidad diciendo al vicario, pocos días antes de la muerte, mientras éste le leía *La Quotidienne*:

—De ésta no paso, y te quedarás con la habitación. Noto que esto se acaba.

Efectivamente, en su testamento, el abate Chapeloud legó su biblioteca y el mobiliario a Birotteau. La posesión de estas cosas, tan vivamente deseadas, y la perspectiva de que mademoiselle Gamard le admitiese como huésped, endulzaron mucho el dolor que le causó la pérdida de su amigo el canónigo. Quizá su llanto no le habría resucitado, pero con todo, él lo lloró.

Durante algunos días le sucedió como a Gargantúa, quien, cuando su mujer murió al dar a luz a Pantagruel, no sabía si alegrarse del nacimiento de su hijo o apenarse por haber enterrado a su buena Badbec, y sufría el equívoco de alegrarse por la muerte de su mujer, deplorando el nacimiento de Pantagruel.

El abate Birotteau pasó los primeros días de luto escudriñando las obras de su biblioteca, sirviéndose de sus muebles, examinándolos mientras decía con un tono que, por desgracia no puede transmitirse: “¡Pobre Chapeloud!”. En resumen, su alegría y su dolor lo ocupaban tanto, que no experimentó el menor sentimiento de pena al ver que daban a otro la plaza de canónigo, en la que el difunto Chapeloud esperaba tener allí a Birotteau por sucesor. Como mademoiselle Gamard lo admitió de buen grado como huésped, el vicario participó desde entonces de todas las felicidades de la vida material que tanto le ponderaba el difunto canónigo. ¡Ventajas incalculables! De creer al difunto abate Chapeloud, ni uno solo de los clérigos que habitaban en Tours, ni siquiera el arzobispo, podía ser objeto de atenciones tan delicadas, tan minuciosas como las que prodigaba mademoiselle Gamard a sus dos huéspedes.

Las primeras palabras que decía el canónigo a su amigo, cuando empezaban el paseo diario, se referían casi siempre a la succulenta comida que le acababan de servir, y muy raro hubiera sido que, durante los siete paseos de la semana, no se le ocurriese decir, al menos catorce veces:

—No hay duda de que esta excelente señorita tiene por vocación el servicio eclesiástico. Imaginaos —decía el abate Chapeloud a Birotteau—. Durante doce años seguidos no me ha faltado nunca nada: ropa blanca, albas, sobrepellices, cuellos... y cada día encuentro todas las cosas a su punto, en número suficiente y con un ligero perfume a limpio. Saca lustre a los muebles y los limpia tan bien, que hace tiempo

que no sé lo que es el polvo. ¿Habéis visto la más pequeña mota de polvo en mi casa? ¡Jamás! Además, la leña para la calefacción muy bien escogida, las menores cosas son excelentes; en resumen, dijérase que mademoiselle Gamard no quita el ojo de mi habitación. No recuerdo haber llamado dos veces, en diez años, para pedir lo que fuera. ¡Esto es vivir! No tener que buscar nada, ni siquiera las zapatillas. Encontrar siempre un buen fuego y una buena mesa. En fin, imaginaos que una vez, no hace mucho, el fuelle no iba bien, algo lo obstruía. No tuve que quejarme dos veces. A la mañana siguiente, mademoiselle Gamard me trajo un fuelle espléndido y este par de tenazas con las que a menudo me veis atizando el fuego.

Birotteau, por toda respuesta, decía:

—¡Con aroma de lirio!

Este “aroma de lirio” le perseguía de la noche a la mañana. Las palabras del canónigo revelaban una dicha completa para el pobre vicario, era un eterno descontento y nunca encontraba sus cuellos y sus albas; porque era un hombre desordenado y a menudo se olvidaba de encargarse de la cena. De manera que, ya fuese durante la colecta, como cuando decía la misa, si veía a mademoiselle Gamard entrando en Saint-Gatien, nunca dejaba de dirigirle una mirada dulce y benévola, como las que Santa Teresa elevaba al Cielo.

Pero tarde o temprano llega el día en que se alcanza el bienestar en que todos soñamos, y en el que tanto había soñado el buen vicario. Como es difícil para todo el mundo, incluso para los sacerdotes, vivir sin una manía, el abate Birotteau había reemplazado desde hacía dieciocho meses sus dos pasiones, ya satisfechas, por el deseo de una canonjía. El título de canónigo llegó a ser para él lo que para un ministro plebeyo debe de representar el título de par. Así, pues, la probabilidad de su nombramiento, las esperanzas que acababan de darle en casa de madame de Listomère, acaparaban su atención de tal manera, que sólo al llegar a su casa recordó que había olvidado el paraguas en la tertulia. De no haber sido por la lluvia, que entonces caía a raudales, tal vez no se hubiera acordado de ello, tan absorto se hallaba por el placer con que se repetía interiormente todo lo que le habían dicho, a propósito de su ascenso, las personas que formaban la tertulia de madame de Listomère, vieja dama en cuya casa pasaba la velada los miércoles. El vicario llamó vivamente, como para indicar a la criada que no le hiciese esperar. Después se arrimó a un ángulo de la puerta, para mojarse lo menos posible; pero el agua que caía del tejado vino a dar precisamente sobre la punta de los zapatos, y el viento lanzó contra su persona algunas ráfagas de lluvia muy parecidas a una ducha.

Después de calcular el tiempo que era necesario para salir de la cocina y venir a estirar el cordón que sujetaba el pestillo, el abate volvió a llamar, produciendo un carillón muy significativo.

“No pueden haber salido”, se dijo, al no oír ningún movimiento en el interior.

Y por tercera vez repitió la llamada, de manera tal, que la campanilla sonó con acritud en la casa, y su tintineo fue repetido por todos los ecos de la Catedral, con tal

fuerza, que la persona más dormida se hubiera despertado. Al cabo de unos instantes oyó, con cierto placer mezclado con malhumor, los zuecos de la sirvienta que repiqueteaban sobre el empedrado. Con todo, las molestias del gotoso aún no habían terminado, pues en vez de estirar simplemente el cordón, Marianne tuvo que abrir con una enorme llave y correr los cerrojos.

—¿Cómo es que he tenido que llamar tres veces con este tiempo de perros? —dijo el vicario.

—Ya veis, señor, que la puerta estaba cerrada. Todo el mundo se ha ido a dormir a su casa. Han tocado tres cuartos para las once. La señorita habrá pensado que no habríais salido.

—¡Pero vos sí que me habéis visto salir! Además, la señorita sabe muy bien que todos los miércoles voy a casa de madame de Listomère.

—Os lo prometo, señor; he hecho lo que me ha ordenado la señorita —respondió Marianne cerrando la puerta.

Estas palabras produjeron al abate Birotteau una sensación tanto más dolorosa cuanto feliz había sido la que causaron sus ensueños. Prefirió callar y siguió a Marianne a la cocina en busca de su palmatoria, que suponía encontrar allí. Pero, en vez de entrar en la cocina, Marianne condujo al abate a su habitación, donde el vicario vio la palmatoria sobre una mesa colocada junto a la puerta del salón rojo, en una especie de antecámara formada por el rellano de la escalera, al que el difunto canónigo había adaptado una gran puerta vidriera. Mudo de sorpresa, entró rápidamente en su habitación; no había fuego en la chimenea y llamó a Marianne que aún no había tenido tiempo de bajar.

—¿No habéis encendido el fuego? —dijo.

—Perdón, señor vicario, pero debe de haberse apagado —respondió la fámula.

Birotteau miró de nuevo el hogar y se cercioró de que había estado cubierto de ceniza desde la mañana.

—Tengo que secarme los pies —prosiguió—. Vamos, encended el fuego.

Marianne obedeció con la prontitud de la persona que tiene ganas de dormir. El abate, mientras tanto, buscaba sus zapatillas, que no se encontraban en el centro de la alfombrilla de cama, que era donde estaban siempre: Fijándose en la manera como Marianne iba vestida, dedujo que la sirvienta no se había levantado de su cama para ir a abrirle la puerta, como le había asegurado. Entonces se acordó de que, desde hacía cosa de quince días, se habían ido suprimiendo todas aquellas menudas atenciones que, por espacio de dieciocho meses, le habían hecho la vida tan dulce. Y como la naturaleza de los espíritus estrechos los lleva a adivinar las más insignificantes minucias, se entregó de pronto a unas profundas reflexiones sobre aquellos cuatro acontecimientos, imperceptibles para cualquier otro, pero que para él constituían cuatro catástrofes. Se trataba, evidentemente, nada menos que la pérdida completa de su felicidad, revelada por el olvido de sus zapatillas, la mentira de Marianne sobre el fuego, el traslado insólito de su palmatoria a la mesa de la antecámara y la espera

forzosa bajo la lluvia que le fue impuesta al umbral de la casa.

Cuando brilló la llama en el hogar, cuando la vela se encendió y cuando Marianne salió, sin preguntarle, como de costumbre: “¿Necesita algo más el señor?”, el abate Birotteau se dejó caer suavemente en la bella y espaciosa poltrona de su difunto amigo; pero el movimiento con que se abandonó a ella tenía algo de triste. El pobre sacerdote estaba abrumado por el presentimiento de una desgracia espantosa. Su vista paseó sucesivamente sobre el bello reloj con marco aplicado a la pared, la cómoda, las sillas, las cortinas, la alfombra, la cama en forma de sarcófago, la pila de agua bendita, el crucifijo; miró también una Virgen de Valentín y un Cristo de Lebrun; en fin, miró todos los accesorios de la pequeña estancia, y la expresión de su fisonomía reveló los dolores del más tierno adiós que un amante haya dado jamás a su primer amor, o un anciano a los últimos árboles por su mano plantados. El vicario acababa de reconocer —un poco tarde, desde luego— las señales de una sorda persecución iniciada contra él desde hacía unos tres meses por mademoiselle Gamard, cuyas malas intenciones hubieran sido sin duda más prontamente adivinadas por un hombre más listo. ¿No es cierto que todas las solteronas envejecidas poseen una especie de talento para acentuar los actos y las palabras sugeridas por el odio. Arañan del mismo modo que los gatos. Además, no solamente hieren, sino que experimentan el placer de herir y de hacer que sus víctimas se enteren de que son ellas quienes las han herido. Pero si un hombre de mundo no se hubiera dejado atrapar dos veces, el bueno de Birotteau necesitaba que le lanzasen varios zarpazos al rostro antes de creer que hubiese malas intenciones.

Inmediatamente, con aquella sagacidad inquisidora que adquieren todos los sacerdotes acostumbrados a dirigir las conciencias y a rebuscar las cosas más nimias en el fondo del confesionario, el abate Birotteau dedujo y estableció, como si se tratase de una controversia religiosa, la proposición siguiente:

—Admitiendo que mademoiselle Gamard no haya pensado en la velada de madame de Listomère; que Marianne se haya olvidado de encender el fuego; que hayan creído que yo ya había vuelto; teniendo en cuenta que, ¡yo mismo he bajado, esta mañana, *mi* palmatoria!, es imposible que mademoiselle Gamard, viéndola en su salón, haya podido suponer que ya me había acostado. *Ergo*, mademoiselle Gamard ha querido dejarme plantado a la puerta y bajo la lluvia, y, cuando ha ordenado que subiesen mi palmatoria a mis habitaciones, ha tenido intención... ha querido indicarme... ¿qué? —dijo en voz alta arrastrado por la gravedad de las circunstancias, levantándose para quitarse los hábitos empapados, ponerse la bata y calarse el gorro de dormir.

Después empezó a pasear a grandes pasos de la cama a la chimenea, gesticulando y profiriendo en diferentes tonos las frases siguientes, terminadas todas con una voz de falsete que venía a sustituir las interjecciones:

—¿Qué diantre le he hecho yo? ¿Por qué tiene que haberme cobrado ojeriza? ¡Marianne es incapaz de olvidarse del fuego! ¡Es su señorita quien le habrá dicho que

no me lo encienda! Habría que ser una criatura para no darse cuenta, por el tono y las maneras que gasta conmigo, de que he tenido la desgracia de no resultarle agradable. ¡A Chapeloud nunca le ocurrió nada semejante! Me quiere hacer la vida imposible, con unos tormentos que... Y a mi edad...

Se acostó con la esperanza de aclarar al día siguiente la causa del odio que amenazaba con destruir para siempre aquella felicidad que había disfrutado durante un par de años, después de tanto desearla. ¡Ay! Los motivos secretos del sentimiento que inspiró a mademoiselle Gamard habían de serle eternamente desconocidos, no porque fuesen difíciles de adivinar, sino porque el pobre carecía de aquella buena fe con que las grandes almas y los bribones saben reaccionar por sí mismos y juzgarse.

Un hombre de talento o un intrigante se hubieran dicho: “Debo de haber cometido alguna equivocación”. El interés y el talento son los únicos consejeros escrupulosos y lúcidos. Y el abate Birotteau, cuya bondad lindaba con la estupidez, que solamente a costa de muchos esfuerzos había podido adquirir cierto barniz de instrucción, que no tenía experiencia del mundo ni de sus costumbres, y que vivía entre la misa y el confesionario, muy ocupado en decidir los más nimios casos de conciencia en su calidad de confesor de los pensionados de la ciudad y de algunas almas puras que lo apreciaban, podía considerarse como un niño grande, ajeno a la mayoría de las prácticas sociales.

Lo único que insensiblemente se había desplegado en él, sin que ni él mismo se diese cuenta, era el egoísmo de todas las criaturas humanas, reforzado por el egoísmo peculiar del sacerdote y por el que es hijo de la vida estrecha que se lleva en las provincias. Si alguien se hubiese tomado interés en sondear el alma del vicario, para demostrarle que en los detalles infinitamente pequeños de su existencia y en los deberes mínimos de su vida privada, le faltaba esencialmente aquella abnegación que él creía profesar, a buen seguro que el abate Birotteau se hubiera mortificado y castigado a sí mismo de buena fe.

Pero aquéllos a quienes ofendemos, aunque sea inconscientemente, no tienen en cuenta nuestra inocencia; quieren y saben vengarse. Así, Birotteau, pese a su debilidad, tuvo que someterse a los rigores de aquella gran justicia distributiva que encarga al mundo la ejecución de sus sentencias, llamadas por algunos cándidos *las desgracias de la vida*.

Entre el difunto abate Chapeloud y el vicario había la diferencia de que aquél era un egoísta diestro y ladino, y éste un egoísta que se proclamaba como tal, pero con una falta absoluta de tacto. Cuando Chapeloud se alojó en casa de mademoiselle Gamard supo juzgar perfectamente el carácter de su patrona. El confesionario le había enseñado a conocer que no hay nada que colme tanto de amargura el corazón de una vieja solterona, como la desventura de hallarse al margen de la sociedad; y así, hábilmente, calculó cómo había de ser su conducta en casa de mademoiselle Gamard. Ella, entonces, sólo contaba treinta y ocho años y tenía aún ciertas pretensiones, cosa que, en las personas de su situación, puede convertirse después en una alta estima de

sí mismas. El canónigo comprendió que, si quería vivir bien en casa de mademoiselle Gamard, había de guardarle siempre las mismas atenciones y los mismos cuidados, siendo, en resumen, más infalible que el Papa. Para obtener semejante resultado, no dejó que entre ambos se estableciesen más puntos de contacto que los que ordenaban la cortesía más elemental, y que son los que existen necesariamente entre dos personas que viven bajo un mismo techo. Así, aunque el abate Troubert y él hiciesen regularmente tres comidas diarias, él se abstuvo de tomar el desayuno en común, acostumbrando a mademoiselle Gamard a que le hiciese enviar a la cama una taza de café a la crema. Además, evitó el aburrimiento de la cena, tomando el té todas las tardes en las casas adonde iba a pasar la velada. De esta manera, veía muy raramente a su patrona, salvo durante la hora del almuerzo; pero siempre procuraba llegar unos momentos antes de la hora en que se servía la comida.

Durante aquella especie de visita de cumplido, le dirigió, durante los doce años que pasó bajo su techo, las mismas preguntas y recibió de ella las mismas respuestas. La manera como mademoiselle Gamard había pasado la noche, qué había desayunado, las pequeñas novedades domésticas, el aspecto de su cara, la higiene de su persona, el tiempo que hacía, la duración de los Oficios, los incidentes de la misa y, por último, la salud de tal o cual sacerdote, constituían los temas de aquella conversación periódica. Durante la comida, procedía siempre con lisonjas indirectas, que iban invariablemente desde la calidad del pescado, el buen gusto de los guisados o las excelencias de una salsa, hasta las prendas que adornaban a mademoiselle Gamard y a sus dotes de ama de casa. Así estaba seguro de halagar todas las vanidades de la solterona, al elogiar el arte con que estaban hechas o preparadas sus confituras, sus cohombros o sus conservas, sin olvidar sus pastelillos y otras invenciones gastronómicas. Por último, el astuto canónigo no salía nunca del salón amarillo de su patrona, sin antes decir que en ninguna casa de Tours se tomaba un café tan bueno como el que acababa de degustar.

Merced a esta acabada comprensión del carácter de mademoiselle Gamard, y a esta ciencia de la vida profesada por el canónigo durante doce años, no hubo entre ambos la más mínima ocasión de discutir el menor punto de disciplina interior. El abate Chapeloud comenzó por reconocer los ángulos, las asperezas y las dificultades de la solterona y reglamentó la acción de las tangentes inevitables entre ella y él, a fin de obtener de su patrona todas las concesiones necesarias para la dicha y el sosiego de su vida. Así, mademoiselle Gamard decía del abate Chapeloud que era un hombre amabilísimo, muy fácil de complacer y sumamente inteligente. En cuanto al abate Troubert, la beata no decía absolutamente nada. Ajustado completamente al movimiento de su vida, como un satélite a la órbita de su planeta, Troubert era, para ella, algo así como un ser intermedio entre los individuos de la especie humana y los de la especie canina: lo tenía clasificado, en su corazón, inmediatamente antes del lugar destinado a sus amigos y el que ocupaba un enorme mastín asmático al que amaba con ternura; lo gobernaba por completo y la promiscuidad de sus intereses

alcanzó tal grado, que muchas amistades de mademoiselle Gamard pensaban que el abate Troubert había puesto sus miras en la fortuna de la solterona, atrayéndosela insensiblemente con continuada paciencia y dirigiéndola tanto mejor cuanto que aparentaba obedecerla, sin dejar traducir el menor deseo de dominarla.

Cuando murió el abate Chapeloud, la solterona, que deseaba a un huésped de costumbres reposadas, pensó, naturalmente, en el vicario. Cuando aun no se había dado lectura al testamento del canónigo, mademoiselle Gamard ya proyectaba ceder las habitaciones del difunto a su buen abate Troubert, a quien consideraba muy mal instalado en la planta baja. Pero cuando el abate Birotteau fue a estipular con ella las condiciones del contrato de la pensión, lo vio tan prendado de aquella vivienda, por la que alimentaba desde hacía tanto tiempo unos deseos cuya violencia ya podía confesar, que no se atrevió a proponerle un cambio, y antepuso las exigencias del interés al afecto. Para consolar a su querido canónigo, la señorita hizo cambiar el embaldosado de amplias baldosas blancas de Chateau-Regnault de su habitación, por un entarimado de madera de Hungría e hizo reparar la chimenea que dejaba escapar el humo.

Por espacio de doce años, el abate Birotteau trató a su amigo Chapeloud, sin que jamás se le ocurriese averiguar a qué se debía la extremada circunspección de sus relaciones con mademoiselle Gamard. Al instalarse en casa de aquella santa mujer, se hallaba en la situación de un amante a punto de ser feliz. Aunque no hubiese sido de una inteligencia limitada de natural, sus ojos estaban demasiado deslumbrados por su felicidad para que pudiese juzgar serenamente a mademoiselle Gamard, y reflexionó sobre el tono que debían tener sus mutuas relaciones diarias. Mademoiselle Gamard, vista desde lejos y a través del prisma de las felicidades materiales con que el vicario soñaba disfrutar a su lado, le parecía una criatura perfecta, una cumplida cristiana, una persona esencialmente caritativa, la mujer del Evangelio, la virgen prudente, adornada por todas aquellas virtudes humildes y modestas que infunden en la vida un perfume celestial. Así, pues, con todo el candor propio de un niño y el estúpido aturdimiento de un viejo sin experiencia mundana, entró en la vida de mademoiselle Gamard del mismo modo como una mosca se enreda en una telaraña.

Ya el primer día en que fue a comer y a dormir a casa de la solterona, se quedó en el salón, retenido no sólo por el deseo de entablar mejor conocimiento con ella, sino también por aquel inexplicable embarazo que cohíbe a menudo a los tímidos, y les hace temer mostrarse descorteses interrumpiendo una conversación para irse. Así, pues, permaneció en el salón durante toda la velada. Otra dama soltera, amiga de Boritteau, mademoiselle Salomon de Villenoix, acudió allí aquella noche. Mademoiselle Gamard tuvo entonces la alegre idea de organizar, *en su casa*, una partida de “boston”. Al acostarse, el vicario pensó que había pasado una velada muy agradable. Como solo conocía muy a la ligera a mademoiselle Gamard y al abate Troubert, sólo pudo observar la superficie de su carácter, pues son muy pocas las personas que desde el primer momento muestran sus defectos al descubierto. Por lo

general, todos tratan de revestirse de una apariencia agradable. El abate Birotteau, pues, concibió el encantador proyecto de consagrar sus veladas a mademoiselle Gamard, en vez de ir a pasarlas fuera de la casa. La patrona venía acariciando desde hacía años un deseo que cada día se hacía más fuerte. Este deseo, propio de los viejos e incluso de las mujeres bonitas, se convirtió en ella en una especie de pasión parecida a la que sentía Birotteau por la vivienda de su amigo Chapeloud y que, el corazón de la vieja soltera, se alimentaba con los sentimientos de orgullo y egoísmo, de envidia y vanidad, preexistentes en las personas de mundo. Esta historia es de todos los tiempos: basta con extender un poco el círculo estrecho en el fondo del cual se movían estos personajes, para hallar el común denominador de los hechos que suceden en las esferas más elevadas de la sociedad.

Mademoiselle Gamard pasaba alternativamente las veladas en siete u ocho casas diferentes. Y ya fuese porque lamentaba verse obligada a ir a buscar gente y se creyese, a su edad, con derecho a alguna correspondencia, ya fuese porque su amor propio se sintiese herido por no tener tertulia propia, o ya fuese, en fin, porque su vanidad ambicionase los cumplidos y las ventajas de que disfrutaban sus amigas, el hecho era que todo su anhelo consistía en convertir su salón en un lugar de reunión al que todas las noches unas cuantas personas se dirigieran gustosas. Cuando Birotteau y su amiga mademoiselle Salomon habían pasado ya varias veladas en su casa, en compañía del fiel y paciente abate Troubert, una noche, al salir de Saint-Gatien, mademoiselle Gamard dijo a sus buenas amigas, de quienes hasta entonces se consideraba esclava, que las personas que desearan verla podían ir una vez por semana a su casa, donde se reunía el número de amigos suficiente para hacer una partida de “boston”; que ella no podía dejar solo al abate Birotteau, su nuevo huésped; que mademoiselle Salomon no había faltado una sola noche en toda la semana; que ella se debía a sus amigos, y que... y que... etcétera, etcétera.

Sus palabras fueron tanto más humildemente altivas y abundantemente melosas, cuanto que mademoiselle Salomon de Villenoix pertenecía a la sociedad más aristocrática de Tours. Aunque mademoiselle Salomon acudiese a las reuniones únicamente por amistad hacia el vicario, mademoiselle Gamard exultaba de saberla en su salón, y, gracias al abate Birotteau, se vio a punto de hacer triunfar su gran proyecto de formar un círculo que pudiese llegar a ser tan numeroso y tan agradable como los de madame de Listomère, de mademoiselle Merlin de la Blottiere y otras beatas que recibían a la sociedad devota de Tours.

¡Pero ay!, el abate Birotteau frustró las mejores esperanzas de mademoiselle Gamard. Si todos aquellos que en su vida han llegado a gozar de una felicidad largamente deseada han podido comprender la alegría que sintió el vicario al poder dormir en la cama de Chapeloud, también podrán imaginarse, aunque sea ligeramente, el disgusto que experimentó mademoiselle Gamard al ver por tierra su plan favorito. Después de seis meses de haber aceptado su bienestar con harta paciencia, el abate desertó, llevándose consigo a mademoiselle Salomon. Pese a sus

inauditos esfuerzos, la ambiciosa Gamard apenas había podido reclutar cinco o seis personas cuya asiduidad era muy problemática, y hacían falta al menos cuatro personas fieles para organizar una mesa de “boston”.

Entonces ella se vio obligada a excusarse y volver a casa de sus antiguas amigas, pues las solteronas se encuentran en muy mala compañía solas con su propia persona, y esto las impulsa a buscar los equívocos placeres de la sociedad.

La causa de esta deserción es fácil de comprender. Aunque el vicario fuese uno de aquéllos a los que un día corresponderá el paraíso, en virtud de la frase que dice: “Bienaventurados los pobres de espíritu”, no podía, como muchos bobos, soportar el aburrimiento que les causa la bobería ajena. Las personas pobres de espíritu se parecen a las malas hierbas que medran en buena tierra, y les gusta tanto divertirse como detestan aburrirse. La encarnación del aburrimiento de que son víctimas, unida a la necesidad que experimentan de hallarse en perpetuo divorcio con ellos mismos, engendra esta pasión por el movimiento, esta necesidad de estar siempre en un lugar distinto, tal como ocurre a los seres desprovistos de sensibilidad y aquéllos cuyo destino ha fracasado, o que sufren por su propia culpa.

Sin sondear demasiado en la vacuidad, en la nulidad de mademoiselle Gamard, sin explicarse tampoco la estrechez de sus ideas, el pobre abate Birotteau advirtió, algo tarde, por desgracia, los defectos que tenía: los que eran comunes a todas las solteronas y los que le eran particulares. El mal, en los demás, contrasta tan vigorosamente con el bien, que casi siempre nos llama la atención antes de herirnos. Este fenómeno moral justificaría, en caso de necesidad, la pendiente que nos lleva más o menos hacia la maledicencia. Hablando socialmente, es algo tan natural burlarse de las imperfecciones ajenas, que deberíamos perdonar el chismorreo sarcástico que nuestras ridiculeces suscitan, sin sorprendernos más que de la calumnia. Pero los ojos del buen vicario no poseían aquella perfección óptica que permite a los hombres de mundo ver y evitar con presteza las asperezas del prójimo; así, pues, se vio obligado, para reconocer los defectos de su patrona, a sufrir la amonestación con que la naturaleza advierte a todas sus criaturas: el dolor, en suma.

Las solteronas que no se han visto en la obligación de ajustar su carácter y su vida a otras vidas y a otros caracteres, como exige el destino de la mujer, suelen tener la manía de querer que todo cuanto gira a su alrededor se pliegue a sus deseos. Este sentimiento, en mademoiselle Gamard degeneraba en despotismo; pero este despotismo sólo podía ejercitarse sobre menudencias. Así, por ejemplo, entre miles de ellas, la caja de las fichas de jugar al “boston” puesta sobre la mesa de juego para el abate Birotteau, debía estar siempre en el sitio donde ella la había colocado, y el abate le causaba una viva contrariedad cambiándola de emplazamiento, lo cual sucedía casi todas las noches. ¿Cuál era la causa de esta susceptibilidad aplicada estúpidamente a naderías, y cuál era su objeto? Nadie hubiera podido decirlo y ni la propia mademoiselle Gamard lo sabía. Aunque muy aborregado de natural, al nuevo huésped le desagradaba, como sucede a los propios borregos, notar el cayado con

demasiada frecuencia, sobre todo si estaba erizado de pinchos. Sin explicarse la gran paciencia del abate Troubert, Birotteau quiso sustraerse al bienestar que mademoiselle Gamard pretendía aderezarle a su manera, y que ella creía tan aceptable como sus confituras; pero el infeliz, a causa de la simplicidad de su carácter actuó con la mayor torpeza. La separación, pues, no se produjo sin bastantes disensiones e indirectas, a las que el abate Birotteau se esforzó por no prestar atención.

Al expirar el primer año de su estancia bajo el techo de mademoiselle Gamard, el vicario volvió a sus antiguas costumbres, yendo a pasar dos veladas por semana a casa de madame de Listomère, tres a casa de mademoiselle Salomon y las otras dos a casa de mademoiselle Merlin de la Blottiere. Estas personas pertenecían a los círculos aristocráticos de la sociedad de Tours, a los que mademoiselle Gamard no era admitida. En consecuencia, la patrona se sintió vivamente ultrajada por el abandono del abate Birotteau que parecía quererle demostrar su poco valor: toda elección implica un desdén para la cosa rehusada.

—Se ve que monsieur Birotteau no nos ha encontrado bastante agradables —dijo el abate Troubert a los amigos de mademoiselle Gamard, cuando ésta tuvo que renunciar a sus reuniones—. ¡Es un hombre de ingenio, un sibarita! Necesita alternar con la gente bien, no puede vivir sin el lujo, las conversaciones brillantes, las habladurías de la alta sociedad.

Estas palabras siempre daban pie a mademoiselle Gamard para justificar las excelencias de su propio carácter, a expensas de Birotteau.

—No es un hombre tan ingenioso como dicen —comentaba—. De no haber sido por el abate Chapeloud, nunca lo hubieran recibido en casa de madame de Listomère. ¡Oh, lo que perdí con la muerte del abate Chapeloud! ¡Qué hombre tan encantador! ¡Qué persona tan amable! En doce años, no tuvimos la menor dificultad ni el más pequeño desacuerdo.

Mademoiselle Gamard hizo un retrato tan poco lisonjero del abate Birotteau, que el inocente clérigo pasó por ser, a los ojos de aquella sociedad burguesa —enemiga en secreto de la sociedad aristocrática— un hombre muy intratable y con el que era difícilísimo convenir. A causa de esto la solterona experimentó el placer, durante varias semanas de oírse compadecer por sus amigas que, sin creer en absoluto en sus propias palabras, no cesaban de repetirle:

—¿Cómo es posible que vos, tan dulce y buena, hayáis podido inspirar esta aversión... —O bien—: Consolaos, mi querida mademoiselle Gamard; sois tan conocida que... etc.

Pero, encantadas de poder evitarse una velada por semana en el Claustro, el lugar más desierto, más oscuro y más alejado del centro que existe en Tours, todas bendecían por lo bajo al vicario.

El odio y el amor, en las personas obligadas a convivir, aumentan sin cesar: Siempre y a cada momento, estas personas encuentran nuevos motivos y razones para

odiarse o quererle más. Así es que el abate Birotteau acabó por hacerse insoportable a mademoiselle Gamard. Dieciocho meses de haberlo admitido en su pensión, cuando el bueno del sacerdote creía ver la paz del contentamiento en lo que era más que el silencio del odio, y se felicitaba por haber sabido congeniar tan bien con la solterona, ella le hizo objeto de una sorda persecución y víctima de una venganza fríamente calculada. Las cuatro circunstancias capitales de la puerta cerrada, las zapatillas olvidadas, la falta de fuego y el traslado de la palmatoria, ya bastaban para revelarle aquella terrible enemistad cuyas últimas consecuencias habrían de herirlo en un momento en que habían de resultar irreparables. Mientras se dormía, el buen vicario se devanaba inútilmente los sesos, para llegar con prontitud al fondo y, una vez allí, aún no conseguía explicarse la razón de la conducta singularmente desatenta de mademoiselle Gamard. Efectivamente, después de actuar de manera muy lógica, obedeciendo a las leyes naturales de su egoísmo, le era imposible adivinar qué faltas había cometido hacia su patrona. Si las cosas grandes son sencillas de comprender y fáciles de expresar, las pequeñeces de la vida, en cambio, requieren muchos detalles. Los sucesos que constituyen en cierta manera el prelude de este drama burgués, pero en el que las pasiones son tan violentas como si las moviesen grandes intereses, exigían esta larga introducción y hubiera resultado difícil al más exacto de los historiadores, condensar aún más los minuciosos acontecimientos.

A la mañana siguiente, al despertar, Birotteau pensó tan intensamente en su canonjía, que no se acordó más de las cuatro circunstancias que la víspera le dejaron entrever los siniestros presagios de un futuro preñado de desventuras. Como era hombre incapaz de levantarse con la chimenea apagada, tiró del cordón de la campanilla para avisar a Marianne de que ya había despertado; después permaneció, como tenía por costumbre, sumido en somnolientas divagaciones, momento que la sirvienta aprovechaba en encender la chimenea para terminar sustrayéndole dulcemente a esta duermevela con el zumbido de sus interpelaciones y sus idas y venidas. Todo ello producía una especie de música que le agradaba. Transcurrió media hora sin que Marianne apareciese. El vicario, ya medio canónigo, se disponía a llamar de nuevo, cuando soltó el cordón de la campanilla al oír rumor de pasos masculinos en la escalera. En efecto, el abate Troubert, después de haber llamado discretamente a la puerta, entró al oír la invitación de Birotteau. Aquella visita que los dos abates acostumbraban a hacerse y devolverse una vez al mes, no sorprendió en absoluto al vicario. En cambio, quien desde el principio se sorprendió fue el canónigo, cuando vio que Marianne aún no había encendido el fuego de la chimenea del que ya era casi su colega. Abrió una ventana, llamó a Marianne con voz severa, le ordenó que subiese a la habitación de Birotteau y después, volviéndose hacia su compañero, le dijo:

—Si la señorita se entera de que Marianne no os ha encendido el fuego, la reprenderá.

Después de pronunciar esta frase, se interesó por el estado de salud de Birotteau

y, con una voz melosa, le preguntó si tenía noticias recientes que le hiciesen suponer su próximo nombramiento de canónigo. El vicario le explicó sus gestiones y le dijo candorosamente quiénes eran las personas cerca de las cuales madame de Listomère había interpuesto su influencia, ignorando que Troubert no había podido perdonar nunca a aquella dama que no le hubiese admitido en sus salones, a él, el abate Troubert, que ya había sido designado dos veces para el cargo de Vicario General de la diócesis.

Hubiera sido imposible encontrar dos figuras que ofreciesen tan vivo contraste como aquellos dos abates. Troubert, alto y enjuto de carnes, tenía la tez cetrina y biliosa, mientras que el vicario era un hombrecillo orondo y entrado en carnes. La cara de Birotteau, redonda y colorada, reflejaba bondad de sentimiento, mientras que la de Troubert, alargada y surcada por profundas arrugas, mostraba en ciertos momentos una expresión llena de ironía o desdén; pero, con todo, había que examinarla con atención para descubrir en ella estos dos sentimientos. El canónigo acostumbraba a permanecer en una calma perfecta, manteniendo los párpados casi siempre bajos sobre sus ojos anaranjados, cuya mirada podía ser clara y penetrante a su voluntad. Tan torva fisonomía, oscurecida sin cesar por el aspecto que las graves meditaciones confieren al rostro, venía completada por el tono pelirrojo de los cabellos. Eran muchos los que de momento lo consideraban hombre dominado por una elevada y profunda ambición, pero los que pretendían conocerlo mejor terminaron por destruir esta opinión, al mostrarlo embrutecido por el despotismo de mademoiselle Gamard, o fatigado por ayunos demasiado prolongados. Raramente hablaba y nunca reía. Cuando algo le producía una emoción agradable, una débil sonrisa pliegaba sus labios, para perderse en los pliegues de su rostro.

Birotteau, en cambio, era todo expansión, todo franqueza, gustaba de la buena mesa y se reía con las bagatelas, demostrando la simplicidad de un hombre sin hiel ni malicia. El abate Troubert causaba, a primera vista, un sentimiento de terror involuntario, mientras que el vicario motivaba una suave sonrisa a los que lo veían. Cuando el canónigo, con su elevada estatura, andaba con paso solemne, la frente inclinada y la mirada severa a través de las arcadas y las naves de Saint-Gatien, imponía respeto: su figura encorvada estaba en armonía con las curvadas bóvedas amarillentas de la Catedral, y los pliegues de su sotana tenían algo de monumental, digno de la estatuaria. Pero el buen vicario circulaba por aquellos claustros sin gravedad, correteando, patinando, y dando la impresión de que iba a rodar sobre sí mismo. No obstante, entrambos hombres tenían un parecido. Del mismo modo que el aspecto ambicioso de Troubert, al inspirar sentimientos de temor, contribuyó acaso a condenarlo al papel insignificante de simple canónigo, el carácter y la presencia de Birotteau parecían consagrarlo eternamente al vicariato de la Catedral. Sin embargo, cuando el abate Troubert llegó a la edad de cincuenta años, no tardó en disipar, mediante su conducta intachable, la apariencia de falta total de ambición, y su vida de santidad, los temores que su presumible suficiencia y su terrible exterior habían

inspirado a sus superiores jerárquicos. Teniendo en cuenta además que su salud se había alterado gravemente desde hacía cosa de un año, su inminente ascensión al vicariado general del arzobispado parecía muy probable. Sus propios competidores deseaban su nombramiento, a fin de poder preparar mejor el suyo durante los pocos días de plazo que les concedería una dolencia que ya se había hecho crónica.

Lejos de ofrecer las mismas esperanzas, la triple sotabarba de Birotteau presentaba, a los competidores que le disputaban su canonicía, los síntomas de una salud floreciente, y su gota parecía ser, según el proverbio, un seguro de longevidad. El abate Chapeloud, hombre muy discreto y muy solicitado, a causa de su amabilidad, por las personas que amaban las buenas compañías y por las distintas jerarquías metropolitanas, se había opuesto siempre, pero en secreto y con mucho ingenio, al ascenso del abate Troubert, cerrándole incluso con mucha diplomacia las puertas de todos los salones donde se reunía la mejor sociedad de Tours, a pesar de que durante su vida Troubert lo trató siempre con un gran respeto, demostrándole en toda ocasión la mayor estima y deferencia. Esta constante sumisión no pudo cambiar la opinión del difunto canónigo quien, durante su último paseo, decía aún a Birotteau:

—Desconfiad del flaco Troubert. Es Sixto V y reducido a las proporciones del Obispado.

Éste era el amigo, el comensal de mademoiselle Gamard que, al día siguiente del mismo día en que ella, por así decir, declaró la guerra al pobre Birotteau, fue a visitar a su compañero, para testimoniarle su amistad.

—Debéis disculpar a Marianne —dijo el canónigo viéndola entrar—. Creo que ha empezado por mis habitaciones, que son muy húmedas, toda esta noche me la he pasado tosiendo. Esta habitación vuestra es muy sana —añadió, dirigiendo una mirada a las paredes y comisas.

—¡Oh! Estoy aquí como un canónigo —respondió Birotteau, sonriendo.

—Y yo como un vicario —replicó el humilde sacerdote.

—Sí, pero pronto os alojaréis en el arzobispado —dijo el bueno de Birotteau, que quería que todo el mundo fuese dichoso.

—¡Oh! ¡O en el cementerio! ¡Pero cúmplase la voluntad del Señor!

Y Troubert elevó los ojos al cielo con un gesto de resignación.

—Venía —añadió después— a rogaros que me prestaseis el Pouiller de obispos. Vos sois la única persona de Tours que posee esta obra.

—Tomadla de mi biblioteca —respondió Birotteau, a quien la última frase del canónigo había resucitado las alegrías todas de su vida.

El alto canónigo entró en la biblioteca, en la que permaneció mientras el vicario se vestía. No tardó mucho en sonar la campanilla del desayuno y entonces el gotoso Birotteau, al pensar que sin la visita de Troubert, hubiera tenido que levantarse con la chimenea apagada, se dijo: “¡Es un buen hombre!”.

Los dos sacerdotes bajaron juntos, cargados de sendos infolios, que colocaron sobre una de las consolas del comedor.

—¿Qué es esto? —preguntó con voz agria mademoiselle Gamard, dirigiéndose a Birotteau—. Supongo que no iréis a llenarme el comedor con vuestros librotos.

—Son unos libros que necesito —respondió el abate Troubert— y el señor vicario ha tenido la amabilidad de prestármelos.

—Hubiera debido adivinarlo —dijo ella, dejando escapar una sonrisa desdeñosa—. Monsieur Birotteau no acostumbra a leer estos libros tan gruesos.

—¿Cómo os encontráis, señorita? —preguntó Birotteau con voz aflautada.

—No muy bien —respondió ella con sequedad—. Por culpa vuestra, anoche me desperté en el primer sueño, y he pasado toda la noche desvelada. —Y sentándose, mademoiselle Gamard añadió—: Señores, la leche se enfría.

Estupefacto al verse acogido con tal acritud por su patrona, cuando esperaba recibir sus excusas, pero también asustado, como sucede a las personas tímidas, ante la perspectiva de una discusión, sobre todo cuando son el objeto de ella, el pobre vicario se sentó en silencio. Después, al advertir síntomas de mal humor en la cara de mademoiselle Gamard, el buen hombre permaneció en guerra constante con su razón, que le ordenaba no soportar la falta de miramientos de su patrona, mientras que su carácter le inducía a evitar una pelea. Presa de esta angustia interior Birotteau se puso a examinar atentamente los verdes sombreados pintados sobre el ancho tafetán encerado que, por costumbre inmemorial, mademoiselle Gamard disponía sobre la mesa durante el desayuno, sin preocuparse por los cantos gastados ni por las numerosas cicatrices que mostraba tal tipo de mantel. Los dos huéspedes ocupaban sendos sillones de mimbre, uno frente a otro, a los extremos opuestos de aquella mesa regiamente cuadrada, presidida por la patrona, y que ésta dominaba desde su balancín, provisto de numerosos cojines y adosado a la estufa del comedor. Esta pieza y el salón estaban situadas en la planta baja, bajo la habitación del salón del abate Birotteau.

Cuando el vicario recibió de manos de mademoiselle Gamard la taza de café azucarado, se quedó helado de espanto ante el profundo silencio con que iba a realizar el acto, habitualmente tan alegre, del desayuno. Al no atreverse a mirar el rostro árido del Troubert, ni el semblante amenazador de la solterona, volvió su atención, para aparentar serenidad, al obeso mastín, que, tendido sobre un almohadón al pie de la estufa, no se movía nunca de allí, pues siempre tenía a la izquierda un plato lleno de golosinas y, a la derecha, un bol de agua clara.

—¡Hola, bonito! —le dijo—. ¿Esperas el café?

Aquel personaje como uno de los más importantes de la casa, pero poco molesto, pues ya no ladraba y cedía siempre la palabra a su dueña, dirigió a Birotteau sus ojillos, perdidos bajo los pliegues de su máscara de grasa, y luego volvió a cerrarlos con disimulo. Para comprender el sufrimiento del pobre vicario, hay que decir que, dotado de una locuacidad hueca y sonora, como el eco que produce un globo, pretendía, sin haber podido dar nunca a los médicos la razón de tal creencia, que la charla favorecía la digestión. Mademoiselle Gamard, que compartía esta doctrina

higiénica, no había dejado de hablar ni un solo instante durante las comidas, pese a su desacuerdo, pero sin dirigirse ni una sola vez al vicario, quien desde hacía unas cuantas mañanas apelaba inútilmente a su inteligencia para hacerle preguntas más o menos insidiosas, a fin de desatarle la lengua.

Si los límites estrechos en que se contiene esta historia nos permitiesen reproducir tan sólo una de las conversaciones que casi siempre provocaban la sonrisa amarga y sardónica del abate Tourbert, ella nos hubiera ofrecido una pintura acabada de la vida beocia de los provincianos. Las personas de ingenio no dejarían de enterarse con placer del extraño curso que el abate Birotteau y mademoiselle Gamard daban a sus opiniones personales sobre política, religión y literatura. Desde luego, siempre había algo cómico que exponer, desde las razones que ambos tenían para dudar seriamente, en 1826, de la muerte de Napoleón, a las conjeturas que les hacían creer en la existencia de Luis XVII, salvo en el hueco de un corpulento árbol. ¿Quién no hubiera reído al oírles afirmar, por razones que sin duda sólo ellos conocían, que el rey de Francia disponía de todos los impuestos para sus gastos particulares, que las Cámaras se habían reunido para aniquilar el clero, que durante la Revolución fueron guillotinas más de ciento treinta mil personas? Después hablaban de la Prensa sin conocer cuantos periódicos se publicaban y sin tener la menor idea de lo que significaba este instrumento de la vida moderna. Por último, monsieur Birotteau escuchaba con atención a mademoiselle Gamard, cuando ésta le decía que un hombre que se tomase un huevo todas las mañanas, moriría infaliblemente al cabo de un año, y que esto se había visto más de una vez; que un panecillo diario comido sin beber nada curaba la ciática en pocos días; que todos los obreros que trabajaron en el derribo de la Abadía de San Martín murieron en el espacio de seis meses; que cierto prefecto hizo lo imposible, bajo Bonaparte, para derribar las torres de Saint-Gatien, y otras mil patrañas.

Pero en aquel momento Birotteau se notaba la lengua como muerta; se resignó, pues, a comer sin entablar conversación. Pero no tardó en encontrar aquel silencio peligroso para su estómago, y, atrevidamente, exclamó:

—¡Excelente café!

Este acto de valor fue completamente inútil. Después de mirar al cielo por el exiguo espacio comprendido entre los dos negros arbotantes de Saint-Gatien, que se vislumbraban por encima del jardín, el vicario aún tuvo arrestos suficientes para insinuar:

—Hoy hará más buen día que ayer...

Por toda respuesta, mademoiselle Gamard se contentó con dirigir una zalamera mirada al abate Troubert, para volver después sus ojos, en los que se marcaba una terrible severidad hacia Birotteau, que por fortuna había bajado los suyos.

Ninguna criatura del género femenino era capaz de encamar como mademoiselle Sofía Gamard la naturaleza elegiaca de la solterona; pero, para pintar cabalmente a un ser cuyo carácter presta un inmenso interés a los pequeños acontecimientos de este

drama, y a la vida interior de los personajes que son sus actores, quizá convenga resumir en estas páginas las ideas cuya expresión se halla justamente, representada en el tipo de la solterona: la vida habitual modela el alma, y el alma modela la fisonomía.

Si todas las cosas, tanto en la sociedad como en el mundo, deben tener un fin, es indudable que en este valle de lágrimas hay algunas existencias cuyo objeto y utilidad resultan inexplicables. Tanto la moral como la economía política rechazan al individuo que consume sin producir, que ocupa un lugar en la tierra sin derramar a su alrededor bien ni mal; porque el mal es sin duda, un bien cuyos resultados no se manifiestan inmediatamente. Es raro que las solteronas no se coloquen por sí mismas en la categoría de estos seres improductivos.

Ahora bien: si por una parte la conciencia de su trabajo da al hombre activo un sentimiento de satisfacción que le ayuda a soportar la vida, por otro la certidumbre de vivir a costa de otros o incluso de ser inútil, debe producir un efecto contrario e inspirar al propio ser inerte el desdén que despierta en sus semejantes. Esta dura reprobación social es una de las causas que, sin que ni ellas mismas lo sepan, contribuye a poner en el ánimo de las solteronas el disgusto que su semblante manifiesta de continuo. Existe un prejuicio, en el que hay cierto fondo de verdad, según el cual, en todo el mundo y especialmente en Francia se mira con malos ojos a la mujer con quien nadie quiso compartir los bienes ni soportar los sinsabores de la vida. Para las mujeres solteras llega una edad en que el mundo, con razón o sin ella, las condena al desdén de que son víctimas. Si son feas, la bondad de su carácter tendría que compensar las imperfecciones de la naturaleza; y si son bonitas, su desgracia debe de fundarse en causas muy graves. No se sabe cuál de ellas es más digna de repulsión. Pero tanto como si su celibato ha sido querido voluntariamente, como si es un voto de independencia, ni los hombres ni las madres les perdonan que hayan desmentido la abnegación que es propia de la mujer, rehuendo las pasiones que son el mayor atractivo de su sexo: renunciar a sus dolores equivale a abdicar de la poesía que los envuelve, y no merecer ya los dulces consuelos a los que una madre tiene siempre un derecho indiscutible.

Además, los sentimientos generosos, las cualidades exquisitas de la mujer sólo se desarrollan mediante su ejercicio constante; al permanecer soltera, una criatura del sexo femenino no es más que un contrasentido: egoísta y fría, inspira horror. Esta sentencia implacable es, por desgracia, demasiado justa para que las solteronas ignoren sus motivos. Estas ideas germinan en su corazón con la misma naturalidad que los efectos de su triste vida se reproducen en sus facciones. De aquí que se marchiten, pues la expansión constante o la felicidad misma que aclaran el rostro de las mujeres y prestan una gracia tan suave a sus movimientos, no ha existido jamás en ellas. Después se hacen ásperas y malhumoradas porque un ser que ha equivocado su vocación es desgraciado, sufre, y el sufrimiento engendra la maldad. Antes de culparse a sí misma de su aislamiento, en efecto, la mujer soltera acusa durante

mucho tiempo al mundo y, de la acusación al deseo de venganza, no hay más que un paso. Incluso la fealdad de su persona poco agraciada es un resultado necesario de su vida. Como no han sentido nunca la necesidad de agradar, desconocen la elegancia y el buen gusto. No ven nada que no sea ellas mismas. Este sentimiento las lleva insensiblemente a escoger las cosas que les son cómodas, en detrimento de las que puedan ser agradables a otros. Sin darse cuenta exacta de lo que las hace distintas a las demás mujeres, terminan por descubrirlo y esto las hace sufrir.

Los celos son un sentimiento indeleble en el corazón femenino. Las solteras, pues, son celosas sin objeto y sólo conocen las desventuras de la única pasión que los hombres perdonan al bello sexo, porque los halaga.

Así, torturadas en todos sus deseos, obligadas a rehuir las expansiones de su naturaleza, las solteras experimentan constantemente un malestar interior, al que no se habitúan nunca. ¿No es duro en todas las edades, y principalmente para la mujer, leer en el rostro de los demás un sentimiento de repulsión, cuando su destino es no despertar en el corazón de los que las rodean más que sensaciones agradables? Por esto la mirada de una solterona es siempre oblicua, menos por modestia que por vergüenza y temor. Estos seres no perdonan a la sociedad su falsa posición, porque empiezan por no perdonársela a sí mismos. Y es imposible que una persona en perpetua guerra consigo misma, o bien que esté en contradicción con la vida, deje en paz a sus semejantes, sin envidiar su felicidad. Todo este mundo de ideas tristes se reflejaba en los ojos grises y opacos de mademoiselle Gamard, y el amplio círculo negro que los rodeaba, delataba los largos combates de su vida solitaria.

Todas las arrugas de su rostro eran rectas. La contextura de su frente, de su cabeza y de sus mejillas tenía las características de la rigidez y la sequedad. Dejaba crecer sin el menor cuidado los pelos grisáceos de algunas pecas esparcidas sobre el mentón. Sus labios delgados cubrían apenas unos dientes demasiado largos, no desprovistos de blancura. Morena, sus cabellos antes negros encanecieron a causa de terribles jaquecas. Este defecto la obligaba a llevar bisoñé, pero como no sabía colocárselo de manera bien disimulada, a menudo dejaba al descubierto unos ligeros intersticios entre el borde de su cofia y el cordón negro que sujetaba aquella semipeluca mal prendida. Su vestido, de tafetán en verano y de merino en invierno, era siempre del color del hábito de los carmelitas, y apretaba excesivamente su talle un poco gracioso y sus brazos flacos. Su cuello, siempre abatido, permitía ver la rojiza piel de una garganta, tan artísticamente rayada como puede estarlo una hoja de roble vista a contraluz.

Su origen explicaba muy bien lo desventurado de tal conformación. Era hija de un comerciante en madera, una especie de campesino enriquecido. A los dieciocho años, quizá fue lozana y carnosa, pero ya no le quedaba ni rastro de la blancura del cutis ni de los bellos colores que se jactaba de haber tenido. Sus carnes tomaron aquel tinte lívido que es bastante común en las beatas. En sus facciones, la nariz aquilina era lo que más contribuía a expresar el despotismo de sus ideas, así como la forma aplanada

de la frente delataba la estrechez de su espíritu. Sus movimientos tenían una extraña prontitud desprovista de gracia, y sólo con verla cuando sacaba el pañuelo del bolso para sonarse ruidosamente, se podía adivinar su carácter y sus costumbres. De talla más bien alta, se mantenía muy erguida, como para justificar la observación de cierto naturalista, que explicaba físicamente el porte de todas las solteras, asegurando que sus articulaciones se sueldan. Caminaba sin que el movimiento se distribuyese con igualdad por toda su persona, para producir aquellas graciosas ondulaciones tan atractivas en las mujeres; caminaba, por así decir, como si fuese de una sola pieza, pareciendo surgir, a cada paso, como la estatua del comendador. En sus momentos de buen humor daba a entender, como todas las solteras de una cierta edad, que hubiera podido casarse, pero que, por fortuna advirtió a tiempo la mala fe de su prometido y así, sin saberlo, revelaba cómo su espíritu de cálculo se sobrepuso a su corazón.

Esta figura típica del género *solterona* quedaba muy bien encuadrada por las grotescas invenciones dibujadas en el lustroso papel con que estaban decoradas las paredes del comedor. Estos dibujos representaban paisajes turcos. Mademoiselle Gamard solía pasar todo el día en esta pieza, amueblada con dos consolas y un barómetro, además de la mesa y las sillas. En el lugar elegido por cada abate había un pequeño cojín de tapicería, bastante descolorido. El saloncito común donde recibía era digno de ella. Baste saber que lo llamaban “el salón amarillo”; los cortinajes eran amarillos; los muebles y el papel de la pared, amarillo; sobre la chimenea, adornada con un espejo de marco dorado, había unos candelabros y un reloj de cristal, que lanzaban reflejos desagradables a la vista. En cuanto al alojamiento particular de mademoiselle Gamard, a nadie le había sido permitido visitarlo. Solamente se podía conjeturar que estaba lleno de aquellos trapos, de aquellos trastos viejos, de aquella especie de andrajos de que se rodean todas las solteras, y por los que sienten tanta estima.

Tal era la persona destinada a ejercer la mayor influencia sobre los últimos días del abate Birotteau.

No pudiendo desplegar, de acuerdo con las leyes de la naturaleza, la actividad propia de la mujer, y teniendo necesidad de ejercerla de alguna manera, ella la empleaba en las intrigas mezquinas, los chismorreos provincianos y las combinaciones egoístas en que acaban ocupándose exclusivamente todas las solteras. Birotteau, por desgracia suya, despertó en Sofía Gamard los únicos sentimientos que aquella pobre criatura podía experimentar: los del odio que, latentes hasta entonces a causa de la calma y la monotonía de la vida provinciana, cuyos horizontes aún se habían estrechado más para ella, habían de adquirir tanta mayor intensidad cuanto que iban a concentrarse en pequeñas cosas y en el centro de una esfera minúscula. Birotteau era una de esas personas predestinadas a sufrirlo todo, porque, incapaces de ver nada, nada pueden evitar; todo les cae encima.

—Sí, hará buen tiempo —respondió el canónigo al cabo de un momento, como si pareciese salir de su abstracción con el deseo de practicar los mandamientos de la

urbanidad.

Birotteau, aterrorizado al ver el lapso que había transcurrido entre su inocente observación y la respuesta, salió del comedor, donde le parecía tener el corazón oprimido. Como el desayuno le pesaba horriblemente en el estómago, fue a pasear con aire acongojado por los angostos caminillos del jardín, bordeados de boj y que dibujaban la forma de una estrella. Pero al volver, después de la primera vuelta, vio plantados silenciosamente, en el umbral de la puerta del salón, a mademoiselle Gamard y el abate Troubert: él, cruzado de brazos e inmóvil como la estatua de un sepulcro; ella, apoyada en la puerta persiana. Ambos, al mirarlo, parecían contar sus pasos. Nada es más molesto para una persona ya tímida de natural que verse objeto de un examen curioso; pero si este examen se hace con los ojos del odio, la especie de sufrimiento que produce se convierte en un martirio intolerable.

El abate Birotteau no tardó en imaginarse que impedía pasear a mademoiselle Gamard y al canónigo. Esta idea, inspirada simultáneamente por el temor y la bondad, adquirió tales proporciones, que le hizo abandonar aquel sitio. Se fue sin pensar ya en la canonjía, tan absorto se hallaba por la tiranía desesperante de la solterona. Afortunadamente para él, aquella mañana encontró por casualidad que tenía mucho que hacer en Saint-Gatien: diversos entierros, una boda y dos bautizos. Esto le permitió olvidar sus penas. Cuando el estómago le anunció que era la hora de almorzar, se asustó al sacar el reloj y ver que eran ya más de las cuatro. Conocía la puntualidad de mademoiselle Gamard y se apresuró a regresar a casa.

En la cocina ya vio los primeros platos vacíos. Después, cuando llegó al comedor, la solterona le dijo, con un tono en el que se mezclaban la acritud de un reproche y la alegría de hallar a su huésped en falta flagrante:

—Ya son las cuatro y media, monsieur Birotteau. Sabéis que no podemos esperar.

El vicario miró furtivamente el reloj del comedor y, por la manera como estaba puesta la funda de gasa destinada a resguardarlo del polvo, advirtió que la patrona le había dado cuerda durante la mañana, complaciéndose en adelantarle respecto al de Saint-Gatien. No había objeción posible. La expresión verbal de la sospecha concebida por el vicario hubiera causado la más terrible y más justificada de las explosiones de elocuencia que mademoiselle Gamard, como todas las mujeres de su clase, provocan en tales ocasiones. Las mil y una perrerías que una criada puede hacer sufrir a su amo, o una mujer a su marido en las costumbres de la vida íntima, fueron intuidas por mademoiselle Gamard quien abrumó con ellas a su pobre huésped. La manera como ella se complacía en urdir sus conspiraciones contra la felicidad doméstica del infeliz sacerdote, llevaba el sello del ingenio más profundamente maligno. Se las arregló de manera que nunca pareciese haber hablado mal.

Ocho días después del momento en que da principio este relato, la vida que llevaba en aquella casa y sus relaciones con mademoiselle Gamard, revelaron al abate Birotteau una trama urdida desde hacía seis meses. Mientras la solterona ejerció su

venganza sordamente, y él pudo mantenerse voluntariamente en el error, negándose a creer en intenciones malévolas, el mal moral no hizo en su espíritu progresos muy notables. Pero desde el lance de la palmatoria trasladada, y el del reloj adelantado, Birotteau ya ño pudo dudar de que vivía bajo el imperio de un odio cuyos ojos estaban siempre abiertos sobre él. No tardó entonces en sumirse en la desesperación, al ver a todas horas los dedos aguzados y ganchudos de mademoiselle Gamard, prestos a clavarse en su corazón. Dichosa de vivir animada por un sentimiento tan fértil en emociones como es el de la venganza, la vieja arpía gozaba sobremanera cerniéndose sobre el vicario, sobrevolando sobre él, como un ave de rapiña se cierne y sobrevuela a un carnero antes de devorarlo. Había trazado desde hacía tiempo un plan que el aturdido sacerdote no podía adivinar y que ella desplegó sin tardanza, mostrando el talento de que saben hacer gala en las cosas menudas las personas solitarias, cuya alma, incapaz de sentir las grandezas de la verdadera piedad, se consagra a las minucias de la batería. ¡Ultima, pero horrible agravación de su pena! La naturaleza de sus pesares impedía a Birotteau como hombre expansivo, amigo de verse compadecido y consolado, el goce que representaba poder explicarlos a sus amigos. El escaso tacto que poseía y que debía a su timidez le hacía temer que haría el ridículo, si se ocupaba de semejantes naderías. Y, no obstante, estas nimiedades componían toda su existencia, su querida existencia llena de ocupaciones en el vacío y de vacío en las ocupaciones: vida opaca y gris en la que los sentimientos demasiado fuertes eran desgracias y en que la ausencia total de emociones era una felicidad. Así, pues el paraíso del pobre sacerdote convirtiéndose de pronto en infierno, hasta que sus sufrimientos se hicieron intolerables. El terror que le causaba la perspectiva de una explicación con mademoiselle Gamard aumentó de día en día, y la secreta desventura que laceraba las horas de su vejez, le alteró la salud. Una mañana, al ponerse sus medias de franela azul, notó que la circunferencia de su pantorrilla había disminuido en ocho rayas. Estupefacto ante aquel síntoma tan cruelmente irrecusable, resolvió hacer una tentativa cerca del abate Troubert, para rogarle que interpusiese sus buenos oficios entre mademoiselle Gamard y él.

Al hallarse en presencia del imponente canónigo, que, para recibirlo en una estancia de paredes desnudas, se apresuró a abandonar el gabinete abarrotado de papeles en el que trabajaba sin cesar, y donde no entraba nadie, el vicario casi se avergonzó de hablar de las impertinencias de mademoiselle Gamard a un hombre que le parecía ocupado en cosas tan graves. Pero después de pasar por todas las angustias de aquellas deliberaciones interiores, que las personas humildes, indecisas o débiles experimentan incluso para cosas sin importancia, se decidió, no sin experimentar extraordinarias palpitaciones en el corazón, a explicar su situación al abate Troubert.

El canónigo lo escuchó con talante grave y frío, intentando, aunque en vano, reprimir cierta sonrisa que tal vez hubiesen revelado a unos ojos inteligentes las emociones de un íntimo contento. Una llama pareció brotar de sus párpados cuando Birotteau le pintó, con la elocuencia que dan los verdaderos sentimientos, las

constantes amarguras que lo afligían; pero Troubert se cubrió los ojos con la mano, con un ademán bastante común entre los pensadores, y conservó la actitud digna que le era acostumbrada. Cuando el vicario terminó de hablar, le hubiera costado mucho encontrar en el rostro de Troubert, jaspeado entonces con unas manchas más amarillas que las que de costumbre ostentaba su tez biliosa, la menor traza de los sentimientos que debía haber despertado en el misterioso clérigo. Después de permanecer silencioso un buen rato, el canónigo le dio una de esas respuestas cuyas palabras debían de haber sido estudiadas durante mucho tiempo, para que su alcance resultara debidamente preciso, pero que más tarde, demostraba a las personas reflexivas la sorprendente intencionalidad de su alma y la potencia de su espíritu. En fin: abrumó a Birotteau al decirle que “aquellas cosas le sorprendían tanto más cuanto que no las había advertido nunca de no habérselo confesado su carísimo hermano; atribuía esta falta de penetración suya a sus graves ocupaciones, a su trabajo y a la tiranía de ciertos pensamientos muy elevados que no le permitían fijarse en las menudencias de la vida”. Le hizo notar sin que sus palabras, empero, quisiesen parecer una censura para la conducta de un hombre cuya edad y cuyos conocimientos le inspiraban respeto, que “antiguamente, los solitarios muy raramente pensaban en su sustento y en su cobijo, perdidos en las tebaidas donde se entregaban a santas contemplaciones”, y que el sacerdote “en nuestros días, podía edificar su tebaida en cualquier sitio, gracias al pensamiento”. Después, volviendo a Birotteau, añadió que “aquellas discusiones eran enteramente nuevas para él. Durante doce años, nada parecido había ocurrido entre mademoiselle Gamard y el venerable abate Chapeloud. En cuanto a él, añadió que, sin duda alguna, podía convertirse en árbitro entre el vicario y su patrona, porque su amistad por ella no ultrapasaba los límites impuestos por las leyes de la Iglesia a sus fieles servidores; pero en tal caso, el más estricto espíritu de justicia le exigía escuchar también a mademoiselle Gamard”. Y agregó que, por lo demás, no encontraba que hubiese cambiado en nada, pues siempre la había visto así; que se sometió voluntariamente a algunos de sus caprichos, sabiendo que aquella respetable señorita era la bondad y la dulzura en persona; que se podían atribuir sus ligeros cambios de humor a los sufrimientos que le causaba una enfermedad del pecho de la que no hablaba y que soportaba con cristiana resignación... Para terminar, dijo al vicario que “con unos cuantos años más que permaneciese al lado de mademoiselle Gamard sabría apreciarla mejor y reconocer los tesoros de su excelente carácter”.

El abate Birotteau salió sumido en un mar de confusiones. En la fatal necesidad en que se hallaba de no seguir más consejo que el suyo propio, juzgó a mademoiselle Gamard según su rasero. El buen hombre creyó que, ausentándose durante unos días, se extinguiría, por falta de alimento, la mala voluntad que le tenía aquella señorita. Así, resolvió ir a pasar unos días, como antes solía hacer, a una finca rural a la que madame de Listomère se trasladaba a finales de otoño, época en que el clima de la Turena suele ser puro y dulce. ¡Pobre hombre! Así satisfacía precisamente los

secretos deseos de su terrible enemigo, cuyos proyectos sólo podían ser contrariados por una paciencia de ermitaño; pero, como no adivinaba nada, como incluso desconocía sus propios asuntos, había de sucumbir como un cordero al recibir el primer golpe del matarife.

Situada sobre el terraplén que se extiende entre la ciudad de Tours y las alturas de Saint-Georges, orientada al mediodía y rodeada de rocas, la propiedad de madame de Listomère ofrecía todos los atractivos del campo y todos los placeres de la ciudad. En efecto, no hacían falta más de diez minutos para llegar a aquella casa llamada *La Alondra*, saliendo del puente de Tours, ventaja ésta preciosa en un país en que nadie quiere molestarse por nada, ni siquiera para ir a divertirse. El abate Birotteau ya llevaba diez días alojado en *La Alondra*, cuando una mañana, a la hora del desayuno, el portero fue a decirle que monsieur Caron deseaba hablarle.

Monsieur Caron era un abogado que llevaba los asuntos de mademoiselle Gamard. Birotteau, que no recordaba esta circunstancia y no tenía ningún litigio de ninguna clase que resolver con nadie de este mundo, abandonó la mesa con cierta angustia y salió al encuentro del abogado, al que encontró modestamente sentado en la balaustrada de una terraza.

—Como salta a la vista que no tenéis intención de seguir viviendo en casa de mademoiselle Gamard... —empezó diciendo el hombre de negocios.

—¡Alto ahí, señor mío! —exclamó el abate Birotteau interrumpiéndolo—. Nunca he pensado en dejarla.

—No obstante, señor abate —replicó el abogado— es necesario que ofrezcáis una explicación sobre este punto a mademoiselle Gamard, pues ella me envía para saber si estaréis mucho tiempo en el campo. El caso de una larga ausencia no está previsto en el contrato, y esto puede dar lugar a disputas. Así, pues, mademoiselle Gamard, suponiendo que vuestra pensión...

—Caballero —dijo Birotteau, sorprendido e interrumpiendo de nuevo al abogado—, no creía que fuesen necesarios unos procedimientos casi judiciales para...

—Mademoiselle Gamard, que desea evitar toda dificultad —dijo monsieur Caron— me ha enviado para que me entienda con vos.

—Pues bien; si queréis molestaros en volver mañana —repuso a su vez el abate Birotteau—, yo, por mi parte, me asesoraré.

—Perfectamente —dijo Caron, despidiéndose.

Y el picapleitos se retiró. El pobre vicario, asustado ante la persistencia con que lo perseguía mademoiselle Gamard, volvió al comedor de madame de Listomère, con semblante descompuesto. Al ver su aspecto, todos le preguntaron:

—¿Qué os sucede, monsieur Birotteau?...

El abate, desolado, tomó asiento sin responder, tan impresionado estaba por las imágenes vagas de su desdicha. Pero, después del desayuno, cuando varios de sus amigos se reunieron en el salón ante un buen fuego, Birotteau les refirió ingenuamente todos los detalles de su aventura. Sus oyentes, que ya empezaban a

aburrirse de su estancia en el campo, se interesaron vivamente por aquella intriga, tan en armonía con la vida provinciana. Como es de suponer, todos se pusieron de parte del abate, contra la solterona.

—¡Cómo! —exclamó madame de Listomère—. ¿No veis claramente que el abate Troubert quiere quedarse con vuestras habitaciones?

Al llegar aquí el historiador tendría derecho de dibujar el retrato de esta dama, pero piensa que incluso aquellos que desconocen el sistema de la *cognomología* de Sterne, no podrían por menos de pronunciar estas tres palabras: MADAME DE LISTOMERE, sin imaginársela noble y digna, como una mujer que templaba los rigores de la piedad con la antigua elegancia de las costumbres monárquicas y clásicas, y con unos modales corteses; buena, pero un poco rígida; con voz ligeramente nasal y permitiéndose la lectura de la *Nueva Eloísa*, la comedia, y determinado destierro del sombrero.

—¡Sólo faltaría que el abate Birotteau tuviese que ceder ante esa vieja quisquillosa! —exclamó monsieur de Listomere, teniente de navío que estaba de permiso en casa de su tía—. Si el vicario tiene valor y quiere seguir mis consejos, no tardará en recuperar su tranquilidad.

Después todos se pusieron a analizar las acciones de mademoiselle Gamard con la perspicacia peculiar de los provincianos, a los que no se puede negar el talento de descifrar los motivos más secretos de las acciones humanas.

—No acertáis —dijo un viejo propietario que conocía el país y sus habitantes—. Hay en el fondo de esto algo grave que aún no acierto a adivinar. El abate Troubert es un hombre demasiado profundo para poder descubrir sus intenciones de buenas a primeras. Nuestro querido amigo Birotteau sólo acaba de iniciar su calvario. Pensemos, en primer lugar, si viviría feliz y tranquilo cediendo sus habitaciones a Troubert. Lo dudo. Si Caron ha venido a deciros —añadió, volviéndose hacia el aturdido sacerdote— que teníais la intención de dejar la pensión de mademoiselle Gamard, sin duda es ésta quien piensa poner os de patitas en la calle... Y podéis estar bien seguro de que os echará de grado o por fuerza. Esta clase de personas no arriesgan nunca nada y sólo juegan para ganar.

Aquel viejo hidalgo, llamado monsieur de Bourbonne, resumía las ideas provincianas, de manera tan completa como Voltaire resumió el espíritu de su época. Aquel viejo enteco y chupado de carnes, profesaba en materia de indumentaria toda la diferencia de un propietario cuyas tierras gozan de gran aprecio en su región. Su fisonomía, bronceada por el sol de la Turena, era más fina que espiritual. Acostumbrado a medir sus palabras, a calcular todas sus acciones, ocultaba su profunda circunspección bajo una engañosa simplicidad. Así, la más sencilla observación dejaba entrever que, al igual que los labriegos de Normandía, aquel hombre llevaba siempre las de ganar en todos los negocios. Era versadísimo en enología, la ciencia favorita de los habitantes de la comarca. Supo redondear los prados de una de sus heredades a expensas de los pantanos del Loira, sin tener que

litigar con el Estado, de tal forma que esta operación le dio fama de hombre de talento. Sí, seducidos por la grave conversación de monsieur de Bourbonne, hubieseis preguntado sobre él a un habitante de la región, los que le tenían envidia, y eran muchos, os hubieran dado esta respuesta proverbial: “¡Oh, es un viejo marrullero!”. En la Turena, como en casi todas las provincias, la envidia forma aquello que se llama “el fondo del lenguaje”.

La observación de monsieur de Bourbonne produjo un silencio momentáneo, durante el cual las personas que componían aquel pequeño círculo parecieron reflexionar. En aquellos instantes fue anunciada la llegada de mademoiselle Salomon de Villenoix. Impulsada por el deseo de ser útil a Birotteau, acababa de llegar de Tours, y su presencia y las noticias de que era portadora cambiaron completamente el sesgo de la cuestión. En el momento de su llegada, todos, salvo el propietario, aconsejaban a Birotteau que luchase contra Troubert y la Gamard, bajo la égida de la sociedad aristocrática que lo protegería.

—El vicario general, que tiene la dirección del personal a su cargo —dijo mademoiselle Salomon— acaba de caer enfermo, y el señor arzobispo ha puesto interinamente en su lugar al abate Troubert. Por lo tanto, la provisión de la canonjía depende enteramente de él. Pero aún hay más: ayer, en casa de mademoiselle de la Blottiere, el abate Poirel habló de los disgustos que el abate Birotteau daba a mademoiselle Gamard, como queriendo justificar la desgracia que se abatirá sobre nuestro buen abate. Decía: "El abate Birotteau es un hombre que necesita mucho a Chapeloud, y desde la muerte de aquel virtuoso canónigo, ha quedado demostrado que..." Las suposiciones y las calumnias se han ido sucediendo. ¿Comprendéis?

—Troubert será vicario general —dijo solemnemente monsieur de Bourbonne.

—¡Vaya! —exclamó madame de Listomère mirando vivamente a Birotteau—. ¿Qué preferís: ser canónigo o quedaros en casa de mademoiselle Gamard?

—¡Ser canónigo! —exclamaron todos al unísono.

—Pues bien —prosiguió madame de Listomère—; hay que hacer que ganen el pleito el abate Troubert y mademoiselle Gamard. ¿No os han hecho saber indirectamente, mediante la visita de Caron, que si consentís en abandonarlos seréis canónigo? ¡Pues, toma y daca!

Todos los presentes se hicieron lenguas de la finura y sagacidad de madame de Listomère, excepto el barón de Listomère, su sobrino, quien, dirigiéndose con tono irónico a monsieur de Bourbonne le dijo, como si de un combate naval se tratase:

—Me hubiera gustado ver un combate entre el *Gamard* y el *Birotteau*.

Mas para desgracia del vicario, las fuerzas no estaban equiparadas entre sus amigos de la buena sociedad y la solterona, apoyada por el abate Troubert. No tardó en llegar un momento en que la lucha se perfiló más abiertamente, engrandeciéndose y adquiriendo proporciones enormes. Por acuerdo de madame de Listomère y de casi todos sus amigos, que empezaban a apasionarse por aquella intriga que venía a amenizar el vacío de la vida provinciana, se mandó llamar a monsieur Caron. El

leguleyo acudió con una celeridad notable y que sólo asustó a monsieur de Bourbonne.

—Aplacemos toda decisión hasta tener informes más amplios —fue la opinión de aquel Fabio en batín, a quien sus profundas reflexiones habían revelado las altas combinaciones del tablero de ajedrez de Turena.

Intentó hacer comprender a Birotteau los peligros de su posición. Pero como la prudencia del “viejo marrullero” no halagaba las pasiones del momento, sólo obtuvo una distraída atención. La conferencia entre el abogado y Birotteau fue breve. El vicario volvió al salón asustadísimo, diciendo:

—Me pide un escrito en que haga constar que “me retiro”.

—¿Y se puede saber qué significa esto? —exclamó madame de Listomère.

—Esto significa, sencillamente, que el abate tiene que declarar que abandona voluntariamente la casa de mademoiselle Gamard —respondió monsieur de Bourbonne tomando una pizca de café.

—¿Sólo esto? ¡Firmad ahora mismo sin vacilar! —dijo madame de Listomère mirando a Birotteau—. Si estáis firmemente decidido a iros de su casa, no hay ningún inconveniente en que hagáis constar vuestra voluntad.

¡La “voluntad de Birotteau”!

—Es lo justo —dijo monsieur de Bourbonne cerrando su tabaquera con un golpe seco, cuyo significado no sé puede explicar pero que era todo un lenguaje—. Pero siempre es peligroso escribir algo —añadió, dejando la tabaquera sobre la repisa de la chimenea, con un gesto que heló la sangre en las venas al vicario.

Birotteau estaba tan aturrullado por la confusión sembrada en todas sus ideas, por la rapidez de los acontecimientos que lo sorprendían indefenso, por la ligereza con que sus amigos trataban los asuntos más queridos de su vida de solitario, que permanecía inmóvil, como si ya se viese perdido en otro planeta, sin pensar en nada pero escuchando y queriendo comprender el sentido del parloteo que todos prodigaban a su alrededor. Tomó el documento de monsieur Caron y lo leyó, como si lo que había escrito el abogado fuese a concentrar toda su atención, pero fue un movimiento maquinal y firmó el documento, en el que reconocía que renunciaba voluntariamente a vivir en casa de mademoiselle Gamard a toda pensión, según el contrato establecido entre ambos. Cuando el vicario hubo estampado su firma al pie del documento, monsieur Caron tomó el papel y le preguntó adonde quería que su cliente le enviase los objetos de su propiedad. Birotteau indicó la mansión de Listomère. Haciendo un gesto afirmativo, esta dama consintió en dar albergue al abate durante algunos días, convencida de que no tardaría en recibir el nombramiento de canónigo. El viejo propietario rural quiso ver a aquella especie de acta de renuncia, y monsieur Caron se la mostró.

—Bien —dijo al vicario después de haberla leído—. Así, ¿existe entre vos y mademoiselle Gamard un convenio escrito? ¿Dónde está? ¿Qué se estipula en él?

—Tengo el contrato en casa —respondió Birotteau.

—¿Y vos, conocéis su contenido? —preguntó el propietario al abogado.

—No, señor —repuso monsieur Caron, tendiendo la mano para apoderarse del fatal documento.

“¡Ah! —dijo monsieur de Bourbonne para sus adentros—. Tú señor abogado conoces sin duda las cláusulas del contrato, pero no te han pagado para que nos las digas”.

Y devolvió la renuncia al abogado.

—¿Dónde pondré todos mis muebles? —exclamó Birotteau—. ¿Y mis libros, mi bella biblioteca, mis hermosos cuadros, mi salón tapizado de rojo, todo el mobiliario, en fin?

Y la desesperación del pobre hombre, que se veía, por así decir, transplantado, tenía algo de tan candoroso y que revelaba tan a las claras la pureza de sus costumbres y su ignorancia de las cosas del mundo, que madame de Listomère y mademoiselle Salomon le dijeron para consolarlo, empleando el tono de las madres que prometen un juguete a sus niños:

—¿Pero es que vais a inquietaros por esas bagatelas? Nosotras ya os encontraremos una casa menos fría y menos lúgubre que la de mademoiselle Gamard. Y si entre todos no os encontramos un alojamiento que sea de vuestro gusto, una de nosotras os tomará en su casa como huésped. Vamos a jugar una partida de chaquete para no pensar más en ello. Mañana iréis a ver al abate Troubert para pedirle que interceda por vos, y ya veréis cómo seréis bien recibido.

Las personas débiles de carácter se tranquilizan con la misma facilidad con que se asustan. Así, el pobre Birotteau, deslumbrado por la perspectiva de vivir en casa de madame de Listomère, olvidó la ruina consumada y sin remedio de la felicidad que tanto había anhelado y de la que había disfrutado tan deliciosamente.

Mas por la noche, antes de dormirse, y con el dolor de un hombre para quien el ajetreo de una mudanza y de unas nuevas costumbres es el fin del mundo, se torturó la imaginación pensando dónde encontrar un sitio tan adecuado y cómodo para su biblioteca como lo había sido la galería que tenía que abandonar. Viendo sus libros desperdigados, sus muebles errantes y sus efectos en desorden, se preguntaba una y mil veces por qué el primer año de vida en casa de mademoiselle Gamard había sido tan dulce y el segundo, en cambio, tan cruel. Y su aventura seguía siendo un pozo sin fondo en el que se hundía su razón. La canonjía ya no le parecía satisfacción suficiente para tantas desdichas y comparaba su vida a una media con una carrera, en la que se deshace toda la trama si se escapa un punto.

Le restaba mademoiselle Salomon. Pero al ver perdidas sus viejas ilusiones, el pobre sacerdote no se atrevía a creer ya en una amistad joven.

En la *citta dolente* de las solteras se encuentran muchas, principalmente en Francia, cuya vida es un sacrificio noblemente ofrendado todos los días a nobles sentimientos. Unas permanecen altivamente fieles a un corazón que la muerte les arrebató en edad temprana: mártires del amor, han hallado el secreto de ser mujeres a

través del alma. Otras obedecen a un orgullo de familia venida a menos, y se consagran a hacer la fortuna de un hermano o a unos sobrinos huérfanos: éstas se hacen madres permaneciendo vírgenes. Estas solteras alcanzan el más alto heroísmo de su sexo al consagrar todos los sentimientos femeninos al culto de la desdicha. Idealizan la figura de la vejez, renunciando a las recompensas de su destino y aceptando únicamente las penas. Viven entonces rodeadas del esplendor de su abnegación, y los hombres inclinan respetuosamente la cabeza ante sus rasgos marchitos. Mademoiselle de Sombreuil no fue ni mujer ni doncella; fue y seguirá siendo una poesía viviente. Mademoiselle Salomon pertenecía a la estirpe de estas criaturas heroicas. Su abnegación era religiosamente sublime porque, además de causarle un sufrimiento cotidiano, no le aportaba ningún timbre de gloria.

Bella, joven, fue amada y amó. Su prometido perdió la razón. Por espacio de cinco años, con el valor de la mujer enamorada, se consagró a asegurar el bienestar material de aquel desdichado, llegando a identificarse hasta tal punto con su demencia que dejó de considerarlo loco. Aparte de esto, era una persona de maneras sencillas, muy franca en su lenguaje y su pálido rostro no carecía de expresión, pese a la regularidad de sus facciones.

Nunca mencionaba los acontecimientos de su vida. Solamente en algunas ocasiones, los súbitos estremecimientos que no podía reprimir al escuchar el relato de una aventura espantosa o triste, revelaban las bellas cualidades que poseía, nacidas de los grandes dolores.

Había fijado su residencia en Tours después de perder al compañero de su vida. Allí no podían apreciarla en su justo valor y pasaba por ser una “buena persona”. Practicaba mucho el bien y se relacionaba por su propia voluntad con las personas débiles. En tal concepto, es natural que el pobre vicario le inspirase un profundo interés.

A la mañana siguiente, mademoiselle de Villenoix, que tenía que ir a Tours, llevó con ella al abate Birotteau, dejándolo en las escaleras de la Catedral, camino del Claustro, adonde el buen clérigo deseaba llegar cuanto antes para salvar del naufragio al menos la canonjía y ocuparse del traslado de sus muebles. No sin violentas palpitations llamó a la puerta de aquella casa que desde hacía catorce años consideraba como la suya propia, en la que había vivido y de la que había de desterrarse para siempre, después de haber soñado morir en paz bajo su techo, a semejanza de su amigo Chapeloud. Marianne pareció sorprendida de verlo. Él le dijo que iba a hablar con el abate Troubert y se dirigió al piso de la planta baja, donde habitaba el canónigo, pero Marianne le advirtió:

—El abate Troubert ya no vive aquí, señor vicario, sino en las habitaciones que vos ocupabais.

Estas palabras causaron un doloroso estremecimiento al vicario, quien por fin comprendió el carácter de Troubert y el alcance de la venganza tan lentamente calculada, al encontrar al canónigo instalado en el bello sillón gótico de Chapeloud,

después de dormir sin duda en la cama de Chapeloud, disfrutando de los muebles de Chapeloud, alojado en el propio corazón de Chapeloud, anulando el testamento de Chapeloud, y, por último, desheredando al amigo de Chapeloud, de aquel Chapeloud que lo tuvo durante tanto tiempo confinado en casa de mademoiselle Gamard, impidiéndole cualquier progreso y cerrándole las puertas de los salones de Tours. ¿Qué varita mágica había obrado aquella metamorfosis? ¿Pero no pertenecía todo aquello a Birotteau? Al ver la mirada sardónica con que Troubert contemplaba la biblioteca, el pobre Birotteau juzgó que el futuro vicario general estaba seguro de poseer para siempre los restos de aquéllos a quien había odiado tan cruelmente: a Chapeloud como un enemigo y a Birotteau porque en él subsistía aún Chapeloud. Mil ideas contradictorias surgieron en el corazón del pobre vicario, al ver lo que veía, sumiéndolo en una especie de desvarío. Permaneció inmóvil y como fascinado con los ojos de Troubert, fijos en él.

—No creo, señor —dijo al fin Birotteau—, que queráis privarme de las cosas que me pertenecen. Si mademoiselle Gamard sentía impaciencia por proporcionaros mejor alojamiento, debe ser lo bastante justa empero, para darme tiempo de elegir mis libros y llevarme mis muebles.

—Reverendo padre —replicó fríamente el abate Troubert, sin que su rostro trasluciese la menor emoción—. Mademoiselle Gamard me notificó ayer vuestra partida, cuya causa aún ignoro. Si me ha instalado aquí, ha sido por necesidad. El abate Poirel ha tomado mis antiguas habitaciones. Ignoro si las cosas que hay aquí pertenecen o no a mademoiselle Gamard; pero si son vuestras, ya conocéis la buena fe de esta señorita: la santidad de su vida es garantía de su probidad. En cuanto a mí, no ignoráis la sencillez de mis costumbres. Durante quince años he estado durmiendo en una habitación destartalada, sin prestar atención a la humedad que, a la larga, ha sido mi muerte. No obstante, si queréis vivir de nuevo aquí, os cederé la vivienda muy gustoso.

Al escuchar estas terribles palabras, Birotteau olvidó la cuestión de su canonjía y bajó con la celeridad de un muchacho en busca de mademoiselle Gamard. La encontró al pie de la escalera, en el amplio rellano enlosado que unía los dos cuerpos del edificio.

—Señorita —le dijo, sin reparar en la agria sonrisa burlona que plegaba sus labios ni en la llama extraordinaria que infundía a sus ojos el fuego de los ojos de un tigre —, no me explico cómo no habéis esperado a que me llevara mis muebles para...

—¡Cómo! —le atajó ella—. ¿No he enviado ya todos vuestros efectos personales a casa de madame de Listomère?

—¿Pero, y los muebles?

—¿Es que no habéis leído las condiciones del contrato? —insistió la solterona con un tono que sería necesario escribir musicalmente para hacer comprender los matices que el odio puso en la acentuación de cada palabra.

Mademoiselle Gamard pareció agigantarse, sus ojos adquirieron mayor brillo, su

rostro se dilató y toda su persona se estremeció de placer. El abate Troubert abrió una ventana, como para leer con más claridad en un volumen infolio. Birotteau quedó como herido por el rayo. Mademoiselle Gamard le gritaba al oído, con una voz tan clara como el son de una trompeta, las frases siguientes:

—¿No era cosa convenida que si os marchabais de mi casa vuestro mobiliario pasaría a ser de mi propiedad, para indemnizarme de la diferencia existente entre el precio de vuestra pensión y la que me pagaba el respetable abate Chapeloud? Y como el señor abate Poirel ha sido nombrado canónigo...

Al oír estas últimas palabras, Birotteau se inclinó débilmente, como para despedirse de su ex patrona; después salió a escape. Tenía miedo de que, si se quedaba más tiempo en aquella casa, caería desfallecido, proporcionando así un gran triunfo a sus implacables enemigos. Andando como un hombre ebrio, regresó a casa de madame de Listomère, donde encontró en una sala de la planta baja su ropa blanca, sus vestidos y sus papeles, metidos en una maleta. Ante las ruinas de su fortuna, el desdichado vicario se cubrió el rostro con las manos para que nadie viese sus lágrimas. ¡El abate Poirel era canónigo! ¡Y él, Birotteau, se encontraba sin asilo, sin fortuna y sin muebles!

Afortunadamente, mademoiselle Salomon pasó en aquellos momentos frente a la casa en su coche. El portero de madame de Listomère, que comprendió la desesperación del pobre hombre, hizo una seña al cochero. La señorita y el portero cambiaron unas palabras y después el vicario se dejó conducir, más muerto que vivo, junto a su fiel amiga, a la que sólo supo decir palabras incoherentes. Mademoiselle Salomon, espantada ante el desvarío momentáneo de un cerebro que ya de por sí era débil, lo condujo inmediatamente a la cuadra, atribuyendo aquel principio de alienación mental al efecto que debía de haberle producido el nombramiento del abate Poirel. Ignoraba las condiciones del contrato existente entre el clérigo y mademoiselle Gamard, por la sencilla razón de que él mismo las desconocía.

Y como es natural que lo grotesco sea a veces rayano en lo sublime, las extrañas respuestas de Birotteau casi hicieron sonreír a mademoiselle Salomon.

—Chapeloud tenía razón —decía el vicario—. ¡Es un monstruo!

—¿Quién? —preguntaba ella.

—Chapeloud. ¡Me lo ha quitado todo!

—¿Queréis decir Poirel?

—No, Troubet.

Por fin llegaron a la Alouette, donde los amigos del sacerdote le prodigaron tantas atenciones y mimos que, al anochecer, cuando estuvo más calmado, pudieron conseguir que les relatase lo que había sucedido durante la mañana.

El flemático propietario quiso ver el acta que, desde la víspera, le parecía contener la solución del enigma. Birotteau se sacó del bolsillo el fatal papel sellado y lo tendió a monsieur de Bourbonne, quien lo leyó rápidamente para llegar pronto a una cláusula concebida en los siguientes términos:

“Como sea que existe una diferencia de ochocientos francos anuales entre la pensión que pagaba el difunto monsieur Chapeloud y el precio por el cual dicha mademoiselle Sofía Gamard consiente en admitir en su casa, en las condiciones más arriba estipuladas, a dicho Francisco Birotteau; considerando que el infrascrito Francisco Birotteau reconoce en mayor abundancia no hallarse en condiciones de pagar durante algunos años el precio que satisfacen los huéspedes de mademoiselle Gamard, especialmente el abate Troubert; y por último teniendo en cuenta los diversos anticipos que dicha diferencia representa, hechos por la ya mencionada Sofía Gamard, a dicho monsieur Birotteau, éste se compromete a cederle, a título de indemnización, el mobiliario que posea en el momento de su muerte o cuando, por cualquier causa, abandone voluntariamente y en cualquier época las habitaciones que actualmente tiene alquiladas, y a no aprovecharse de las ventajas estipuladas en los compromisos contraídos por mademoiselle Gamard respecto a él, el antedicho...”.

—¡Dios mío, qué atrocidad! —exclamó el propietario—. ¡Y qué uñas tiene la antedicha Sofía Gamard!

El pobre Birotteau, que en su cerebro infantil nunca había imaginado que pudiese existir alguna causa que lo separase un día de mademoiselle Gamard, esperaba morir en paz en su casa. No recordaba aquella cláusula, cuyos términos ni siquiera fueron discutidos al redactar el contrato, pues le pareció completamente justa cuando él, animado por su deseo de vivir en casa de la solterona, hubiera firmado todos los pliegos que le hubiesen presentado. Su inocencia era tan respetable y la conducta de la Gamard tan atroz; la suerte del pobre sexagenario era tan deplorable y su debilidad lo hacía tan conmovedor, que madame de Listomère, no pudiendo reprimir un primer impulso de indignación, exclamó:

—Mía es la culpa de que hayáis firmado este inicuo documento que os arruina; yo debo, pues, devolveros la felicidad de que os he arrebatado.

—Pero el contrato —dijo el viejo hidalgo— constituye un fraude y hay base para litigar...

—Bien, pues Birotteau litigará. Si pierde en Tours, ganará en Orleáns, y si pierde en Orleáns, ganará en París —afirmó el barón de Listomère.

—Si quiere pleitear —prosiguió fríamente monsieur de Bourbonne—, le aconsejo que antes renuncie a su vicariado.

—Consultaremos abogados —añadió madame de Listomère— y si hay que pleitear, pleitearemos. Pero este asunto es demasiado vergonzoso para mademoiselle Gamard y puede resultar demasiado perjudicial para el abate Troubert, para que no lleguemos a alguna especie de arreglo.

Tras de madura deliberación, todos prometieron su ayuda al abate Birotteau en la lucha que iba a iniciarse entre él y todos los que se agrupasen en torno a sus antagonistas. Un seguro presentimiento, un instinto provinciano indefinible hacía que todos uniesen los nombres de la Gamard y Troubert. Pero ninguno de los reunidos en casa de madame de Listomère, salvo el viejo marrullero, se hacía una idea cabal de la

importancia que podía revestir semejante combate.

Monsieur de Bourbonne se llevó a un lado al pobre abate.

—De las catorce personas aquí presentes —le dijo en voz baja— no podréis contar con una sola dentro de quince días. Si tenéis necesidad de llamar a alguien en vuestro auxilio, quizá sólo me encontraréis a mí con bastante osadía para tomar vuestra defensa, porque yo conozco la provincia, los hombres, las cosas, y, sobre todo, los intereses. Pero todos nuestros amigos, pese a sus buenas intenciones, os meten en un atolladero del que no podréis salir. Escuchad mi consejo: si queréis vivir en paz, abandonad la vicaría de Saint-Gatien y marchaos de Tours. No digáis adónde vais; buscad una parroquia lejana, donde Troubert no pueda encontraros.

—¿Que me vaya de Tours? —exclamó el vicario con un terror indescriptible.

Aquello hubiera sido para él una especie de muerte. ¿No sería como romper todas las raíces que lo unían al mundo? Los célibes reemplazan los sentimientos por las costumbres. Cuando a este sistema moral —que, más que vivir, les hace atravesar la vida— se añade un carácter débil, las cosas exteriores adquieren sobre ellos un imperio extraordinario. Así, Birotteau se había convertido en un ser parecido a un vegetal: trasplantarlo equivaldría a poner en peligro su inocente fructificación. Del mismo modo como para vivir un árbol necesita disponer siempre de la misma savia, y hundir sus raicillas en el mismo terreno, Birotteau tenía que andar siempre con sus pasitos rápidos y menudos por Saint-Gatien, yendo a pasear siempre por la misma alameda, recorriendo sin cesar las calles acostumbradas y continuar asistiendo a los tres salones donde jugaba todas las noches al *whist* o al *chaquete*.

—¡Ah, no había caído en ello! —respondió monsieur de Bourbonne, contemplando al cura con una especie de piedad.

No pasó mucho tiempo sin que todo Tours supiese que la señora baronesa de Listomère, viuda de un teniente general, había recogido en su casa al abate Birotteau, vicario de Saint-Gatien. Este hecho, que muchos habían puesto en duda, zanjó definitivamente todas las cuestiones y dividió claramente los dos bandos, sobre todo cuando mademoiselle Salomon fue la primera que se atrevió a hablar públicamente de fraude y de proceso. Con la vanidad sutil que distingue a las solteras y el fanatismo de la personalidad que las caracteriza, mademoiselle Gamard se sintió muy herida por el partido que había tomado madame de Listomère. La baronesa era una dama de alta categoría, de costumbres elegantes y cuyo buen gusto, sus modales corteses y su religiosidad eran indiscutibles. Al recoger a Birotteau, daba un rotundo mentís a todas las aseveraciones de mademoiselle Gamard, censuraba indirectamente su conducta y parecía sancionar las quejas del vicario contra su antigua patrona.

Para la buena inteligencia de esta historia, es necesario explicar aquí todo lo que el discernimiento y el espíritu de análisis con el que las mujeres de edad estudian las acciones ajenas, atribuía a mademoiselle Gamard, y cuáles eran los recursos de su partido. Acompañada del silencioso abate Troubert, ella iba a pasar las veladas en cuatro o cinco casas donde se reunían una docena de personas, todas ellas vinculadas

por los mismos gustos y por la analogía de su situación. Eran uno o dos ancianos que prestaban oídos a las pasiones y las habladurías de sus sirvientas; cinco o seis solteras que se pasaban el día tamizando las palabras, vigilando las idas y venidas de sus vecinos y de las personas superiores o inferiores a ella en la sociedad; y por último, en fin, varias damas decrépitas, cuya única ocupación consistía en destilar las maledicencias, llevar un registro exacto de todas las fortunas, o controlar las acciones ajenas, pronosticando los matrimonios y censurando la conducta de sus amigas con la misma acritud con que censuraban las de sus enemigas.

Estas personas, arraigadas en la ciudad como los vasos capilares de una planta, aspiraban con la sed con que una hoja aspira el rocío, las noticias, los secretos de cada matrimonio, para impulsarlas por sus vasos leñosos y transmitir las maquinalmente al abate Troubert, del mismo modo como las hojas comunican al tallo la frescura que han absorbido. Así, pues, durante todas las veladas de los días de entre semana, movidas por esta necesidad de emoción que existe en todos los individuos, aquellas buenas comadres hacían un balance exacto de la situación de la ciudad, con una sagacidad digna del “Consejo de los Diez” en la antigua Venecia, convirtiéndose en la policía armada de aquella especie de espionaje infalible que crean las pasiones. Y después, cuando adivinaban la razón secreta de un suceso, su amor propio las impulsaba a apropiarse de la sabiduría de su sanedrín, para dar el tono del chismorreo en sus zonas respectivas. Aquella *Congregación* ociosa y activa, invisible y que lo veía todo, muda y que no cesaba de hablar, poseía entonces una influencia que su nulidad hacía parecer poco nociva en apariencia, pero que sin embargo se hacía terrible cuando se hallaba animada por un interés importante.

Y hacía mucho tiempo que en la esfera de su existencia no se había presentado un suceso tan grave y de una importancia tan general para todas como la lucha de Birotteau, apoyado por madame de Listomère, contra el abate Troubert y mademoiselle Gamard. En efecto, los tres salones de las señoras de Listomère, Merlin de La Blottiere y de Villenoix estaban considerados como enemigos por los que frecuentaba mademoiselle Gamard. En el fondo de estas disensiones había el espíritu de cuerpo y todas sus vanidades. Era el combate del pueblo y del senado romanos en una ratonera, o una tempestad en un vaso de agua, como dijo Montesquieu refiriéndose a la República de San Marino, en la que los cargos públicos no duraban más que un día, hasta tal punto era fácil hacerse con la tiranía. Pero esta tempestad, sin embargo, desarrollaba en las almas tantas pasiones como se hubiera necesitado para dirigir los más grandes intereses sociales. Es un error creer que el tiempo sólo transcurre con rapidez para los corazones que pretenden realizar los vastos proyectos que trastornan la vida y la hacen bullir. Las horas del abate Troubert transcurrían igualmente animadas, huían cargadas de pensamientos igualmente inquietos, estaban ribeteadas por desesperaciones y esperanzas tan profundas como pudiesen serlo las horas crueles de los ambiciosos, los jugadores y los amantes. Únicamente Dios se halla en el secreto de la energía que nos cuestan los triunfos ocultos que alcanzamos

sobre los hombres, sobre las cosas y sobre nosotros mismos. Aunque no sepamos siempre a donde vamos, conocemos perfectamente bien las fatigas del viaje. Solamente que, si se permite al historiador que abandone el drama que refiere para asumir por un momento el papel de crítico, si os invita a echar una ojeada sobre la existencia de estas solteras y de los dos abates a fin de buscar en ellas la causa de la desdicha que las viciaba en su esencia, entonces acaso será posible demostrar que el hombre necesita experimentar ciertas pasiones para que se desarrollen en él unas cualidades que infunden nobleza a su vida, amplían su horizonte y adormecen el egoísmo innato de todas las criaturas.

Madame de Listomère volvió a la ciudad sin saber que, desde hacía cinco o seis días, muchos de sus amigos se veían obligados a refutar una opinión que circulaba sobre ella, que le hubiera causado risa de haberla conocido, y que atribuía causas inconfesables al afecto que sentía por su sobrino. La encopetada dama llevó al abate Birotteau al bufete de su abogado, a quien el proceso no pareció cosa fácil. Los amigos del vicario, animados por el sentimiento que infunde la justicia de una buena causa, o sintiendo pereza ante un proceso que no les concernía, habían aplazado el principio del litigio para el día en que regresasen a Tours. Esto permitió que los amigos de mademoiselle Gamard tomasen la delantera, para presentar el asunto bajo conceptos muy poco favorables al abate Birotteau. El abogado, pues, cuya clientela se componía exclusivamente de las personas devotas de la ciudad, dejó muy sorprendida a madame de Listomère al aconsejarle que no se embarcase en semejante proceso, y terminó su conferencia diciendo que, por otra parte, él no asumiría la defensa porque, según los términos en que estaba redactado el contrato, mademoiselle Gamard tenía razón ante la Ley, y que en toda equidad, es decir, al margen de la justicia, el abate Birotteau aparecería, ante los ojos del Tribunal y de las personas honradas, en contradicción con el carácter pacífico, conciliador y manso que todos le habían supuesto hasta entonces; que mademoiselle Gamard, que tenía fama de ser persona de carácter dulce y fácil de tratar, había hecho contraer una obligación a Birotteau al prestarle el dinero necesario para pagar las entregas sucesivas a que había dado lugar el testamento de Chapeloud, sin pedirle recibo ni una sola vez; que Birotteau, por su edad y por el carácter de su ministerio, no podía firmar un documento sin enterarse previamente de su contenido ni sin calibrar su importancia; que si había abandonado a mademoiselle Gamard después de dos años de vivir en su casa, a pesar de que su amigo Chapeloud había permanecido con ella doce años, y Troubert quince, esto sólo podía explicarse atribuyéndole un proyecto que sólo él conocía; y que el proceso se consideraría, pues, como un acto de ingratitud, etcétera. Después de dejar que Birotteau se adelantase hacia la escalera, el abogado se llevó aparte a madame de Listomère, haciéndola entrar de nuevo en su despacho, y la conminó a no mezclarse en aquel asunto, si quería seguir viviendo tranquila.

Con todo, por la noche, el pobre vicario, que se atormentaba tanto como un condenado a muerte en los calabozos de Bicêtre mientras espera el resultado de su

recurso de casación, no pudo evitar referir a sus amigos el resultado de su visita, en el momento en que, antes de que sonase la hora de comenzar la partida, los contertulios de madame de Listomère estaban reunidos en círculo ante la chimenea.

—Salvo el abogado de los liberales, que yo sepa, no hay ningún picapleitos en Tours que sea capaz de encargarse de este proceso sin la intención preconcebida de hacérselo perder —exclamó monsieur de Bourbonne— y tampoco os aconsejo que os comprometáis con él.

—Pero esto es una infamia —dijo el teniente de navío—. Yo mismo acompañaré al abate a casa de este abogado.

—Hacedlo, pero esperad a que sea de noche —dijo monsieur de Bourbonne, interrumpiéndolo.

—¿Y eso por qué?

—Acabo de saber que el abate Troubert ha sido nombrado vicario general, en sustitución del que murió anteayer.

—¡Me río yo del abate Troubert!

Por desgracia el barón de Listomère, que entonces tenía treinta y seis años, no vio la seña que le hizo monsieur de Bourbonne para recomendarle discreción, indicándole al propio tiempo a un consejero de prefectura amigo de Troubert.

El teniente de navío, impertérrito, añadió:

—Si el señor abate Troubert es un bribón...

—¡Oh! —dijo monsieur de Bourbonne interrumpiéndole de nuevo—. ¿A santo de qué hay que mezclar al abate Troubert en un asunto al que es completamente ajeno?

...

—Pero —prosiguió el barón—, ¿no está haciendo uso de los muebles del abate Birotteau? Recuerdo haber estado de Chapeloud y de haber visto dos cuadros de precio. Vamos a suponer que valgan diez mil francos... ¿Creéis vos que monsieur Birotteau haya podido tener la intención de dar diez mil francos por dos años de estancia en casa de la Gamard, si la biblioteca y los muebles ya casi los valen?

El abate Birotteau abrió desmesuradamente los ojos al enterarse de que había poseído tan enorme capital.

Y el barón, prosiguiendo acaloradamente, añadió:

—Precisamente monsieur Salomon, antiguo perito del Museo de París, ha venido a Tours a visitar a su suegra. Esta misma noche iré a verle con el abate Birotteau, para rogarle que haga una tasación de los cuadros, y saliendo de allí, iremos a casa del abogado.

Dos días después de esta conversación, el proceso se había entablado. El abogado de los liberales, convertido en defensor de Birotteau, perjudicaba mucho la causa del vicario. Las personas contrarias al gobierno y las que tenían fama de no ser amigas de los curas ni de la religión —dos cosas que muchos confunden—, hicieron suyo el caso y éste se convirtió en la comidilla de toda la ciudad. El antiguo perito del Museo tasó en once mil francos la Virgen de Valentín y el Cristo de Lebrun, obras de

extraordinaria belleza. En cuanto a la biblioteca y los muebles góticos, estilo que cada día predominaba más en París, les atribuyó de momento un valor de doce mil francos. En resumen, después de un minucioso examen, el perito valoró el mobiliario completo en diez mil escudos. Y como no era posible que Birotteau hubiese tenido intención de dar a mademoiselle Gamard esta enorme suma para saldar la pequeña deuda que podía tener pendiente con ella en virtud de lo estipulado en el contrato, era evidente que existían, judicialmente hablando, motivos más que suficientes para rescindir el contrato, pues de lo contrario la señorita se hacía voluntariamente reo de fraude.

El abogado de los liberales inició, pues, el pleito, presentando una demanda contra mademoiselle Gamard. Aunque muy mordaz, aquel documento, refrendado con relación de precedentes sentencias del Tribunal Supremo y corroborado con algunos artículos del Código, no por ello dejaba de ser una obra maestra de lógica judicial, y resultaba tan condenatoria para la solterona, que los partidarios de la oposición se apresuraron a distribuir con muy malas intenciones, treinta o cuarenta copias del mismo por la ciudad.

Pocos días después de haberse declarado las hostilidades entre Birotteau y la solterona, el barón de Listomère, que esperaba ser ascendido a capitán de corbeta en la primera promoción anunciada desde hacía tiempo por el Ministerio de Marina, recibió una carta de un amigo suyo en la que éste le anunciaba que en el Ministerio intentaban separarlo del escalafón. Muy sorprendido ante esta noticia, partió rápidamente a París y asistió a la primera reunión de sociedad celebrada en casa del ministro, quien también pareció mostrarse muy sorprendido y se echó a reír ante los temores que le manifestó el barón. A pesar de la palabra del ministro, Listomère hizo al día siguiente sus averiguaciones en las oficinas del Ministerio. Con aquella indiscreción que algunos jefes de negociado suelen mostrar a favor de sus amigos, un secretario le enseñó un oficio ya redactado, pero que por enfermedad de un director aún no había sido sometido al ministro, y que confirmaba la funesta noticia.

Al barón de Listomère le faltó tiempo para correr a casa de uno de sus tíos que, en su calidad de diputado, podía ser recibido inmediatamente por el ministro en la Cámara, y le rogó que sondease los propósitos de Su Excelencia, pues para él aquello podía significar la ruina de su carrera. Así, pues, metido en el coche de su tío, esperó con la más viva ansiedad que terminase la sesión.

El diputado salió mucho antes del final y dijo a su sobrino, mientras el carruaje los conducía a su hotel:

—¿Cómo diablos se te ha ocurrido meterte con el clero? ¡El ministro ha empezado por decirme que te has puesto a la cabeza de los liberales de Tours; luego me ha dicho que profesas opiniones detestables, que no sigues la línea trazada por el Gobierno, etc.! Sus frases eran tan enrevesadas como si aún estuviese hablando en la Cámara. Entonces yo le he dicho: “¿Ah, con que es esto? Eso es ya otra cosa”. Su Excelencia ha acabado por confesarme que estás a malas con las altas jerarquías

eclesiásticas. En resumen, pidiendo algunos informes a mis colegas, he sabido que hablas con mucha ligereza de un tal abate Troubert, un simple vicario general, pero el personaje más importante de la provincia, ya que representa en ella a la Congregación. He respondido personalmente de ti al ministro. Y ahora, señor sobrino, si quieres hacer carrera no te crees enemigos entre la gente de sotana. Vuelve en seguida a Tours y haz las paces con ese demonio de vicario general. A ver si así te enteras de que los vicarios son hombres con los que hay que vivir siempre en paz. ¡Voto a tal! Cuando todos trabajamos para restablecer la religión, es estúpido que un teniente de navío que quiere ser capitán se muestre desconsiderado con los sacerdotes. Si no te reconcilias con el abate Troubert, no cuentes más conmigo. El ministro de Asuntos Eclesiásticos acaba de hablarme de este hombre como de un futuro obispo. Si Troubert llegase a experimentar antipatía por nuestra familia, me impediría entrar en la próxima hornada de pares. ¿Te haces cargo?

Estas palabras explicaron al teniente de navío las secretas ocupaciones de Troubert, de quien Birotteau decía cándidamente: “No sé en qué pasa las noches”.

La posición del canónigo en el seno del senado femenino que condicionaba de manera tan sutil la política de la provincia, junto con su capacidad personal, hicieron que la Congregación escogiese, entre todos los eclesiásticos de la villa, para que fuese el procónsul desconocido de Tours y la región entera. Desde el arzobispo al general pasando por el prefecto, grandes y pequeños se hallaron bajo su oculto dominio.

El barón de Listomère no tardó en tomar el partido que más le convenía.

—No quiero —dijo a su tío— registrar una segunda andanada eclesiástica en mi *libro de abordó*.

Tres días después de esta conferencia diplomática entre tío y sobrino, el marino, que volvió súbitamente a Tours en el coche correo, reveló a su tía, la noche misma de su llegada, los peligros que amenazaban a las más caras esperanzas de la familia de Listomère, si ambos se obstinaban en sostener a “aquel imbécil de Birotteau”. El barón rogó a monsieur Bourbonne que esperase, en el momento en que el viejo caballero tomaba el sombrero y el bastón para irse, una vez terminada la partida de *whist*. La perspicacia del viejo marrullero le era indispensable para señalarles el camino entre los escollos que rodeaban a los Listomère; y el viejo marrullero había tomado premeditadamente antes de tiempo bastón y sombrero, para hacer que le dijese al oído:

—Quedaos, tenemos que hablar.

El inmediato regreso del barón y su aire de contento —que estaba en desacuerdo con la gravedad que algunos momentos se pintaba en su rostro— indicaron vagamente a monsieur de Bourbonne que el teniente de navío acababa de sufrir algunos contratiempos en su expedición naval contra Gamard y Troubert. No demostró la más mínima sorpresa cuando oyó proclamar al barón el secreto poder de que gozaba el vicario general congregacionista.

—Ya lo sabéis —se limitó a decir.

—Entonces —exclamó la baronesa—, ¿por qué no nos lo advertíais antes?

—Señora —respondió vivamente el hidalgo—, os recomiendo que olvidéis que adiviné la influencia invisible de este sacerdote, y yo olvidaré que vos también la conocéis. Si no guardásemos el secreto, pasaríamos por cómplices suyos; seríamos temidos y odiados. Imitadme: fingid que os habéis dejado engañar; pero sabed muy bien donde pisáis. Yo ya os lo dije suficientemente, pero no queríais comprenderme y yo tampoco quería comprometerme.

—¿Y qué tenemos que hacer ahora? —dijo el barón.

Era evidente que no se podía abandonar a Birotteau, y ésta fue una primera condición sobre la que los tres estuvieron tácitamente de acuerdo.

—Batirse en retirada con todos los honores de la guerra ha sido siempre la obra maestra de todos los generales hábiles —respondió monsieur de Bourbonne—. Inclinaos hacia Troubert: si su odio es menos fuerte que su vanidad, haréis de él un aliado; pero, si os inclináis demasiado, os pisoteará, pues, como ha dicho Boileau: “Arrasa todo en principio”, tal es el espíritu de la Iglesia. Si hacéis creer que abandonáis el servicio, escaparéis de sus garras, señor barón. Despedid al vicario, señora, y haréis ganar el pleito a la Gamard. Enteraos en el Arzobispado si el abate Troubert juega al *whist*, y, en caso afirmativo, invítadlo a que venga a jugar una partida en este salón, donde desea ser recibido, y de seguro que vendrá. Vos sois mujer y sabréis hacer congeniar vuestros intereses con los de este sacerdote. Cuando el barón sea capitán de navío, su tío par de Francia y Troubert obispo, entonces podréis hacer canónigo a Birotteau cómoda y descansadamente. Hasta entonces, inclinaos; pero someteos con gracia y amenazando. Vuestra familia puede prestar a Troubert tanta ayuda como la que él os preste; os entenderéis a las mil maravillas. ¡Por lo demás, a vos que sois marino, os digo que no soltéis nunca la bobina!

—¡Pobre Birotteau! —dijo la baronesa.

—¡Oh! Abordadlo cuanto antes —replicó el propietario, disponiéndose a marcharse—. Si algún liberal astuto se apodera de esta cabeza de chorlito, os causaría más de un disgusto. Tened en cuenta que los tribunales se pronunciarían a su favor, y Troubert ha de estar temeroso de la sentencia. Aún puede perdonaros que hayáis presentado combate; pero, después de una derrota, sería implacable. He dicho.

Y cerrando con un seco chasquido su tabaquera, calzó sus chanclos y se fue.

A la mañana siguiente, después del desayuno, la baronesa se quedó sola con el vicario y, no sin visible embarazo, le dijo:

—Mi querido señor vicario, lo que voy a pedir os parecerá muy injusto e inconsecuente, pero tanto para vos como para nosotros es necesario, indispensable, que desistáis de vuestro pleito con mademoiselle Gamard, renunciando a vuestras pretensiones, y, después, que abandonéis mi casa.

Al oír estas palabras, el pobre sacerdote palideció.

—Yo soy —prosiguió ella— la causa inocente de vuestras desdichas, y sé que, de no haber intervenido mi sobrino, no hubierais intentado el proceso que en estos

momentos nos perjudica tanto a vos como a nosotros. Escuchadme, os lo ruego.

Le expuso sucintamente el inmenso alcance de la cuestión, haciéndole ver la gravedad de sus posibles consecuencias. Sus reflexiones de la noche anterior le habían hecho adivinar los antecedentes probables de la vida de Troubert: entonces pudo, pues, demostrar sin miedo a engañarse la trama en que aquella venganza tan hábilmente urdida había envuelto a Birotteau; revelarle la alta capacidad y el poder de su enemigo, haciéndole comprender su odio, indicándole sus causas, mostrándolo inclinado en acecho durante doce años sobre Chapeloud, devorando en secreto a Chapeloud, y persiguiendo aun a Chapeloud en la persona de su amigo.

El inocente Birotteau juntaba las manos, para rezar, llorando de tristeza ante aquellos horrores humanos que su alma pura nunca había podido sospechar. Muerto de pavor, como si se hallase al borde de un abismo, escuchaba con los ojos fijos y húmedos, pero sin expresar ninguna idea, el discurso de su protectora, que le dijo, para terminar:

—Sé que cometo una mala acción al abandonaros; pero, mi querido abate, los deberes de familia pesan más que los deberes de la amistad. Ceded, como yo lo hago, ante esta tempestad, y yo os prometo demostraros toda mi gratitud. No os preocupéis por vuestros intereses, que yo me encargo de ellos. Que vuestra existencia no os produzca ninguna inquietud. Por conducto de monsieur de Bourbonne, que sabrá conservar las apariencias, procuraré que nada os pase. Concededme, amigo mío, el derecho de traicionaros. Seguiré siendo vuestra amiga, cumpliendo al propio tiempo los preceptos del mundo. Ahora, os toca decidir a vos.

El pobre abate, estupefacto, exclamó:

—¡Y qué razón tenía Chapeloud cuando decía que, si Troubert pudiese, lo arrastraría por los pies a la tumba! ¡Y pensar que ahora duerme en su misma cama!

—Ésta no es ocasión de lamentarnos —dijo madame de Listomère—. Nos queda poco tiempo. ¿Qué decidís?

Birotteau era demasiado bueno para no obedecer en las grandes crisis a la abnegación irreflexiva del primer momento. Pero su vida ya no era más que una agonía. Dirigiendo a su protectora una mirada de desesperación que la afligió, dijo:

—Confío en vos. ¡Yo no soy más que un *bourrier* de la calle!

Esta expresión dialectal de Tours no tiene otra equivalencia posible que el vocablo “brizna de paja”. Pero hay briznas de paja pequeñas y lindas, amarillas, brillantes, resplandecientes, que son lindo deleite para los niños; mientras que un “bourrier” es la brizna de paja descolorida, fangosa, arrastrada por el arroyo, empujada por la tempestad, pisoteada por los transeúntes.

—Pero, señora, yo no querría dejar el retrato de Chapeloud al abate Troubert; fue pintado para mí, me pertenece; conseguir que me lo devuelvan y renunciaré a todo lo demás.

—Bien —dijo madame de Listomère—, yo misma iré a ver a mademoiselle Gamard.

Dijo estas palabras con un tono que revelaba el esfuerzo extraordinario que hacía la baronesa de Listomère, al rebajarse hasta halagar el orgullo de la solterona.

—Y trataré —añadió— de arreglarlo todo. Apenas me atrevo a esperarlo. Id a ver a monsieur de Bourbonne; que él formule vuestra renuncia en los debidos términos y traedme el documento en toda regla. Después, y con la ayuda de monseñor, el arzobispo, quizá logremos resolver este asunto.

Birotteau salió aterrado. Troubert había adquirido a sus ojos las dimensiones de una pirámide de Egipto. Aquel hombre tenía las manos en París y los codos en el claustro de Saint-Gatien.

“¿Él puede impedir —se dijo— que el marqués de Listomere sea par de Francia? ¡Y es posible que lo consiga, con ayuda del arzobispo!”.

En presencia de intereses tan grandes, Birotteau se sentía un gusano miserable; y se hacía justicia.

La noticia del nuevo traslado de Birotteau resultó tanto más sorprendente cuanto que su causa era impenetrable. Madame de Listomère decía que necesitaba la habitación del vicario para ampliar las de su sobrino, que quería casarse y abandonar el servicio. Aún no conocía nadie la renuncia de Birotteau. Así se cumplían hábilmente las instrucciones de monsieur de Bourbonne. Cuando el vicario general se enterase de ambas noticias, su amor propio se sentiría halagado, al ver que la familia de Listomère, si bien no capitulaba, permanecía neutral y reconocía tácitamente el poder oculto de la Congregación. Y reconocerlo venía a ser lo mismo que acatarlo. Pero el proceso seguía en pie *sub judice*. ¿No era esto inclinarse y amenazar a la vez?

Los Listomère, pues, adoptaron en esta lucha una actitud idéntica a la del vicario general, a saber: permanecían al margen a fin de dirigirla mejor. Pero sobrevino un grave incidente, que aún hizo más difícil el éxito de los designios acariciados por monsieur de Bourbonne y los Listomère para apaciguar el partido de la Gamard y Troubert. La víspera, mademoiselle Gamard pilló un resfriado al salir de la Catedral, tuvo que guardar cama y se decía que estaba gravemente enferma. Por toda la ciudad repercutían los lamentos provocados por una falsa conmiseración. “La sensibilidad de mademoiselle Gamard no pudo resistir al escándalo de aquel proceso. A pesar de la razón que la asistía, se moriría de pena. Birotteau sería el responsable de la muerte de su bienhechora...”. Éstas eran, en sustancia, las frases que ascendían por los tubos capilares del gran conciliábulo femenino, y que toda la ciudad de Tours repetía con complacencia.

Madame de Listomère tuvo que pasar por la vergüenza de ir a casa de la solterona, sin obtener de la visita el provecho que esperaba. Con la más exquisita cortesía, solicitó hablar con el vicario general. Lisonjeado tal vez al recibir en la biblioteca de Chapeloud, y cabe la chimenea adornada por los dos famosos cuadros, cuya propiedad estaba en litigio, a una señora que hasta entonces no había querido reconocer su importancia, Troubert hizo esperar un rato a la baronesa, antes de acceder a recibirla. Jamás cortesano ni diplomático alguno pusieron en la discusión

de sus intereses particulares o en los preliminares de una negociación nacional, tanta habilidad, tanto disimulo y profundidad como los que desplegaron la baronesa y el abate a partir del momento en que ambos se hallaron en escena.

Al igual que el padrino que, en la Edad Media, armaba al paladín y fortalecía su valor con útiles consejos, antes de entrar en la liza el “viejo marrullero” había dicho a la baronesa:

—No olvidéis vuestro papel: vos sois conciliadora y no parte interesada. Troubert es también un mediador. ¡Medid bien vuestras palabras! Estudiad las intenciones en la voz del vicario general. Si observáis que se acaricia la barbilla, señal de que lo habréis seducido.

Algunos dibujantes se han divertido representando por medio de la caricatura el contraste frecuente que existe entre “lo que se dice” y “lo que se piensa”. En nuestro caso, para que no se pierda ni un ápice del interés del duelo verbal que tuvo lugar entre el sacerdote y la gran dama, se hace necesario exponer los pensamientos que ambos se ocultaban mutuamente bajo frases en apariencia insignificantes.

Madame de Listomère empezó por testimoniar el pesar que sentía por el desdichado proceso entablado por Birotteau. Después, habló del deseo que sentía de ver terminado aquel asunto a satisfacción de ambas partes.

—El mal está hecho, señora —dijo el abate con voz grave—. La virtuosa mademoiselle Gamard se está muriendo. ("Tanto me importa esta imbécil como el Preste Juan —pensó—; pero querría haceros cargar con la responsabilidad de su muerte e inquietar vuestra conciencia, si sois tan simple como para preocuparos por estas cosas. ")

—Cuando me enteré de su enfermedad, señor vicario —respondió la baronesa— exigí a monsieur Birotteau que hiciese una renuncia que aquí traía para esta santa mujer. ("¡Adivino tus intenciones, astuto bellaco! —pensó—. Pero ahora ya estamos a salvo de tus calumnias. Si aceptas la renuncia, caes en la trampa; será como si confesaras tu complicidad. ")

Reinó un momentáneo silencio.

—Los asuntos temporales de mademoiselle Gamard no me conciernen —dijo por último el sacerdote bajando sus párpados sobre sus ojos de águila para no revelar sus emociones. ("¡Oh, no me comprometerás, no! ¡Pero, alabado sea Dios: esos malditos abogados ya no defenderán un asunto cuyas salpicaduras podían alcanzarme! ¿Qué deben de querer los Listomère para convertirse así en mis servidores?")

—¡Ah, señor! —replicó la baronesa—. Los asuntos de monsieur Birotteau me son tan ajenos como para vos los intereses de mademoiselle Gamard; mas, por desgracia, estas disputas pueden perjudicar a la religión, y yo no veo más en vos que un mediador, de la misma manera que yo he decidido asumir el papel de conciliadora... ("No vamos a engañarnos, monsieur Troubert —pensó ella—. ¿No captáis el tono epigramático de mi respuesta? ")

—¿Perjudicarse la religión, señora? —dijo el vicario general—. La religión está

demasiado alta para que la alcancen las mezquinas querellas de los hombres. (“La religión soy yo”, pensaba.). Dios nos juzgará sin equivocarse, señora

—añadió—. No reconozco a otro tribunal sino el Suyo.

—Pues bien, señor mío —repuso ella—, tratemos al menos de poner de acuerdo el juicio de los hombres con el juicio de Dios. (“Sí, desde luego, la religión eres tú”).

El abate Troubert cambió de tono:

—¿No ha ido a París vuestro sobrino? (“Sin duda te han llegado malas noticias de la capital —pensó—. Puedo aplastaros, a pesar de que me despreciáis. Ahora venís a capitular”).

—Sí, señor, os agradezco el interés que os tomáis por él. Esta noche regresa a París, llamado por el ministro, que nos aprecia mucho y no quiere de ningún modo que abandone el servicio. (“Jesuita, no creas que nos aplastarás —pensaba—, he comprendido tu tono de mofa”).

Reinó un momento de silencio.

—Su conducta en este asunto no me ha parecido nada discreta —prosiguió la dama—, pero hay que saber disculpar a un marino su ignorancia del Derecho. (“Aliémonos —pensaba—; nada ganaremos peleándonos”).

El abate esbozó una ligera sonrisa, que se perdió entre los pliegues de su rostro.

—Nos ha prestado un buen servicio, haciéndonos conocer el valor de estas pinturas —dijo, mirando los dos cuadros—; serán un hermoso adorno para la capilla de la Virgen. (“Me has lanzado un epigrama —pensó—; aquí van dos de vuelta. Estamos en paz, señora mía”).

—Si las donáis a Saint-Gatien, permitidme que ofrezca a la iglesia unos marcos dignos del lugar y de las obras. (“Me gustaría hacerte confesar que codiciabas los muebles de Birotteau”).

—No me pertenecen —dijo el sacerdote, que seguía manteniéndose en guardia.

—Pero yo tengo aquí un acta —dijo madame de Listomère— que zanja por completo la cuestión y los cede a mademoiselle Gamard. —Depositó la renuncia sobre la mesa. (“Ved, señor vicario —pensó—, de qué modo confío en vos”)—. Reconciliar a dos cristianos —agregó— es digno de vos y de vuestro noble carácter; aunque yo ahora no sienta mucho interés por monsieur Birotteau...

—¿Pero no vive en vuestra casa? —le interrumpió él.

—No, señor; ya no está en mi casa. (“El título de par de mi cuñado y el ascenso de mi sobrino me obligan a cometer muchas vilezas”, pensaba.).

El abate permaneció impassible, pero su actitud tranquila era indicio de las más violentas emociones. Solamente monsieur de Bourbonne había adivinado el secreto de aquella paz aparente. ¡El eclesiástico triunfaba!

—¿Por qué os habéis encargado de su renuncia? —preguntó excitado por un sentimiento análogo al que induce a una mujer a hacerse repetir los piropos.

—No he podido sustraerme a un impulso de compasión. Birotteau, cuya debilidad de carácter sin duda conocéis, me suplicó que viese a mademoiselle Gamard, a fin de

obtener como precio de su renuncia...

El abate frunció las cejas.

—... los *derechos* que distinguidos abogados le reconocen, el retrato...

El sacerdote miró a madame de Listomère.

—... el retrato de Chapeloud —prosiguió ella—. Sed vos el juez de esta pretensión... (“Si quieres pleitear, te condenarán”, pensaba.).

El acento con que la baronesa pronunció las palabras “distinguidos abogados”, hizo comprender al sacerdote que ella conocía la fortaleza y la debilidad del enemigo. Madame de Listomère hizo gala de tanto talento, en el curso de la conversación, a los ojos de aquel sagaz conocedor, que el abate bajó a las habitaciones de mademoiselle Gamard para obtener su respuesta a la transacción que se le proponía.

Troubert no tardó en regresar.

—Señora, éstas son las palabras de la pobre moribunda: “El señor abate Chapeloud me dio demasiadas pruebas de amistad para que yo me separe de su retrato”. Por mi parte —agregó Troubert—, si me perteneciese, no lo cedería a nadie. Mis sentimientos hacia mi querido amigo difunto han sido demasiado operantes para que no me crea con derecho a disputar su imagen al mundo entero.

—No enredemos las cosas, señor, por una mala pintura. (“Me río tanto de ella como vos mismo”, pensaba la baronesa.). Conservadla y haremos sacar una copia. Me felicito por haber acabado con pleito tan triste y deplorable; personalmente, he ganado el placer de conocerlos. He oído hablar de vuestras grandes facultades en el *whist*. Perdonad a una mujer que sea curiosa —dijo sonriendo—. Si queréis venir a mi casa alguna vez a jugar, estad seguro de que hallaréis una buena acogida.

Troubert se acarició el mentón.

“¡Ha caído en la trampa! Bourbonne tenía razón —pensó ella—. Tiene su buena dosis de vanidad. ”

Efectivamente, el vicario general experimentaba en aquellos momentos la deliciosa sensación a que no supo sustraerse Mirabeau cuando, en los días de su poder, veía abrirse ante su coche la verja de un hotel que antes le estaba vedado.

—Señora —respondió—, mis ocupaciones son demasiadas y demasiado grandes para hacer vida de sociedad; pero... ¿qué no haría por vos? (“La solterona reventará, iniciaré relaciones con los Listomère y los serviré si me sirven —pensaba—. Vale más tenerlos por amigos que por enemigos. ”)

Madame de Listomère volvió a su casa, esperando que el arzobispo consumaría la obra de paz tan felizmente iniciada. Pero Birotteau ni siquiera tenía que beneficiarse de su renuncia. Madame de Listomère se enteró a la mañana siguiente de la muerte de mademoiselle Gamard. Abierto el testamento de la solterona, nadie se sorprendió al saber que instituía a Troubert su heredero universal. Su fortuna fue valorada en cien mil escudos. El abate Troubert envió a madame de Listomère dos esquelas en las que la invitaba a asistir a los funerales. Las invitaciones eran: una para ella y otra para su sobrino.

—Hay que ir —dijo ella.

—Con este propósito os las ha enviado —comentó monsieur de Bourbonne—. Monseñor Troubert quiere someteros a esa prueba. Barón, id hasta el cementerio —añadió, volviéndose hacia el teniente de navío que, para desgracia suya, aún no se había ido de Tours.

Los funerales revistieron gran pompa y magnificencia eclesiástica. Entre todos los asistentes sólo una persona lloró: el pobre Birotteau, que, sólo en una capilla apartada, sin que nadie lo viese, se consideró culpable de aquella muerte y rezó sinceramente por el alma de la difunta, deplorando con amargura no haber obtenido de ella el perdón de sus errores. El abate Troubert acompañó a los restos de su amiga hasta la fosa donde debía recibir sepultura. Al llegar al borde de la tumba, pronunció un discurso necrológico en el que, gracias al talento del orador, el cuadro de la vida mezquina de la testadora adquirió proporciones monumentales. Los asistentes al duelo admiraron sobre todo estas palabras:

—Esta vida, cuyos días estuvieron completamente consagrados a Dios y a la religión; esta vida adornada por tan bellas acciones realizadas en silencio, tantas virtudes modestas e ignoradas, fue truncada por un dolor que calificaríamos de inmerecido si, al borde mismo de la eternidad, pudiésemos olvidar que es Dios quien nos envía todas nuestras aflicciones. Los numerosos amigos de esta santa mujer, que conocían la nobleza y el candor de su alma, preveían que todo lo podría soportar, menos las sospechas que amargaban su vida entera. Tal vez por esto, la Divina Providencia se la ha llevado al seno de Dios, para arrancarla a nuestras miserias. ¡Felices aquellos que pueden reposar aquí, en esta tierra, en paz con ellos mismos, como Sofía reposa ahora en la morada de los bienaventurados vistiendo la túnica de su inocencia!

—Terminado este pomposo discurso —prosiguió monsieur de Bourbonne, que refería las circunstancias del entierro a madame de Listomère, cuando después de acabar las partidas y a puerta cerrada, se quedó a solas con ella y el barón—, figuraos, si podéis, a este Luis XI con sotana haciendo la última aspersion de esta manera.

Y monsieur de Bourbonne tomó las tenazas del fuego e imitó con tal gracia el gesto del abate Troubert, que el barón y su tía no pudieron por menos de sonreír.

—Solamente entonces —continuó el viejo propietario— enseñó la oreja. Hasta aquel instante su actitud había sido perfecta; pero sin duda en el momento de enterrar para siempre a aquella solterona, a quien despreciaba soberanamente y detestaba quizá tanto como a Chapeloud, no pudo impedir que la alegría se reflejase en un gesto.

A la mañana siguiente, mademoiselle Salomon fue a almorzar a casa de madame de Listomère, y, al llegar, dijo muy conmovida:

—Nuestro pobre abate Birotteau acaba de recibir un golpe terrible, que revela los cálculos más refinados del odio. Lo han nombrado párroco de San Sinfiriano.

San Sinfiriano es un arrabal de Tours, situado al otro lado del puente. Este

puente, uno de los monumentos más bellos de la arquitectura francesa, tiene mil novecientos pies de longitud y las dos plazas en que termina son absolutamente iguales.

—¿Comprendéis ahora? —prosiguió después de una pausa y muy sorprendida por la frialdad con que madame de Listomère recibió la noticia—. Allí el pobre Birotteau estará como a cien leguas de Tours, de sus amigos, de todo. ¿No es un exilio tanto más cruel cuanto que lo arranca de una ciudad que sus ojos verán todos los días y a la que no podrá ir? Él, que apenas puede andar a consecuencia de las desgracias que lo han afligido, tendrá que hacer una legua a pie para venir a vemos. En estos momentos, el infeliz está en cama, con fiebre. El presbiterio de San Sinforiano es frío, húmedo y la parroquia no tiene dinero para repararlo. El pobre anciano, pues, se encontrará enterrado en un verdadero sepulcro. ¡Qué horrible maquinación!

Para acabar esta historia, bastará quizá referir sencillamente algunos sucesos y esbozar un último cuadro.

Cinco meses después, el vicario general fue nombrado obispo. Madame de Listomère había muerto y dejaba en el testamento una renta de mil quinientos francos al abate Birotteau. El día en que se hizo público el testamento de la baronesa, monseñor Jacinto, obispo de Troyes, se disponía a partir de Tours para ir a instalarse a su diócesis, pero retrasó su partida. Furioso al ver que lo había engañado la mujer a quien tendió la mano mientras ella, secretamente, tendía la suya al hombre que consideraba como su enemigo, Troubert amenazó de nuevo el porvenir del barón y el título de par del marqués de Listomère. En plena asamblea, en el salón del arzobispo, profirió una de aquellas frases eclesiásticas repletas de meliflua mansedumbre, pero preñadas de venganza.

Al ambicioso marino le faltó tiempo para ir a ver al implacable sacerdote, que sin duda le dictó duras condiciones, pues la conducta posterior del barón demostró la sumisión más total a la voluntad del terrible congregacionista.

El nuevo obispo hizo entrega, mediante todas las formalidades necesarias, de la casa de mademoiselle Gamard al Capítulo Catedralicio; entregó la biblioteca y los libros de Chapeloud al Seminario; ofrendó los dos discutidos lienzos a la Capilla de la Virgen, pero se guardó el retrato de Chapeloud. Nadie se explicó este abandono, casi total, de la herencia de mademoiselle Gamard. Monsieur de Bourbonne supuso que Su Eminencia conservaba secretamente la parte líquida, a fin de poder presentarse como correspondía a su rango el día que desde París lo llamasen para ocupar el escaño de los obispos en la Alta Cámara. Pero la víspera de la partida de monseñor Troubert, el “viejo marrullero” terminó por adivinar el último cálculo que ocultaba aquella acción, golpe de gracia asestado por la más tenaz de todas las venganzas sobre la más débil de todas las víctimas.

¡El barón de Listomère atacó el legado hecho por madame de Listomère a Birotteau, so pretexto de captación! Unos días después de haberse entablado el pleito, el barón ascendió a capitán de corbeta. Como medida disciplinaria, al párroco de San

Sinforiano le fue impuesto el entredicho. Sus superiores eclesiásticos juzgaron el proceso a priori. ¡El asesino de la difunta Sofía Gamard era, pues, un bribón! Si monseñor Troubert hubiese conservado la herencia de la solterona, hubiera sido muy difícil hacer caer las censuras sobre Birotteau.

En el momento en que monseñor Jacinto, obispo de Troyes, pasaba, en su silla de posta, frente a las escaleras de San Sinforiano, camino de París, el pobre abate Birotteau había salido a tomar el sol, sentado en una butaca, a la terraza. El infeliz sacerdote, castigado por su arzobispo, estaba pálido y consumido. El dolor, impreso en todas sus facciones, descomponía completamente aquel semblante antes tan suave y campechano. La enfermedad lanzaba sobre aquellos ojos, antes candorosamente animados por los placeres de la buena mesa y libres de ideas graves, un velo que parecía una reflexión. Aquello no era más que el esqueleto del Birotteau que un año antes correteaba, tan hueco pero tan contento, de una parte a otra del Claustro. El obispo lanzó a su víctima una mirada de desdén y compasión; después consintió en olvidarlo y siguió su camino. Sin duda en otros tiempos Troubert hubiera sido un Hildebrando o un Alejandro VI. Hoy la Iglesia ha dejado de ser una potencia política y ya no absorbe las fuerzas de los individuos solitarios. El celibato ofrece por ende el defecto capital de poner todas las cualidades del hombre al servicio de una sola pasión: el egoísmo, convirtiendo en seres inútiles o perjudiciales a los célibes. Vivimos en un tiempo en que el grave error de los gobiernos consiste en haber hecho al Hombre para la Sociedad, y no a la Sociedad para el Hombre. Existe un combate perpetuo entre el sistema que quiere explotar al individuo, y el individuo, que desea explotar el sistema; mientras que en otros tiempos el hombre, en realidad más libre, se mostraba más generoso en lo tocante a la cosa pública. El círculo dentro del cual se agitan los hombres se ha ampliado insensiblemente: el alma que pueda abarcar toda su síntesis siempre será una magnífica excepción, porque habitualmente, tanto en moral como en física, el movimiento pierde en intensidad lo que gana en extensión. La sociedad no debe fundarse sobre excepciones. Al principio, el hombre fue pura y simplemente padre, y su corazón palpitaba con calor, concentrado en el radio de su familia. Más tarde, vivió para un clan o para una pequeña república; esto explica las grandes abnegaciones históricas de Grecia o de Roma. Después perteneció a una casta o a una religión, en obsequio a cuyo esplendor se mostró a menudo sublime; pero ya entonces el campo de sus intereses aumentó en todas las regiones intelectuales. Hoy en día, su vida está ligada a la de una inmensa patria; y se dice que pronto su familia será el mundo entero. Este cosmopolitismo moral, esperanza de la Roma cristiana, ¿no será un sublime error? ¡Es tan natural creer en la realización de una noble quimera, en la fraternidad de los hombres! Mas por desgracia, la máquina humana no tiene proporciones tan divinas. Las almas suficientemente vastas para concebir unos sentimientos reservados a los grandes hombres no serán nunca las de los simples ciudadanos ni las de los padres de familia. Algunos fisiólogos piensan que, cuando el cerebro se ensancha de esta manera, el corazón debe contraerse.

¡Error! El egoísmo aparente de los hombres que sustentan una ciencia, una nación o unas leyes, ¿no es la más noble de las pasiones y, en cierta manera, la maternidad de las masas? Para engendrar pueblos nuevos o para producir nuevas ideas, ¿no deben unir en su pensamiento poderoso los pechos de la mujer y la fuerza de Dios? La historia de Inocencio III, Pedro el Grande y todos los conductores de un siglo o de una nación demostraría, en caso necesario y en un orden muy elevado, el inmenso pensamiento que Troubert representaba en el fondo del claustro de Saint-Gatien.

Saint-Firmin, abril de 1832.



LOS SOLTERONES

3. - Un piso de soltero (La Rabouilleuse).



A monsieur Charles Nodier, miembro de la Academia Francesa y bibliotecario del Arsenal.

Aquí tienes, mi querido Nodier, una obra en la que abundan esos hechos sustraídos a la acción de las leyes, porque suceden a puerta cerrada, en la intimidad doméstica, pero en los que el dedo de Dios, al que con tanta frecuencia se llama la casualidad, sustituye a la justicia humana, y cuya moraleja, a pesar de que la diga un personaje burlón, no por ello deja de ser menos instructiva y sorprendente. De ella se desprenden, a mi parecer, grandes enseñanzas, tanto para la Familia como para la Maternidad. Nos damos cuenta quizá demasiado tarde de los efectos que produce la disminución de la potestad paterna. Este poder, que antaño sólo cesaba a la muerte del padre, constituía el único tribunal humano ante el que se ventilaban los crímenes domésticos y cuyas sentencias, en las grandes ocasiones, la Monarquía hacía cumplir. Por tierna y buena que sea la Madre, no puede reemplazar a esta realeza patriarcal, del mismo modo como la Mujer no puede sustituir a un Rey en el trono; y si tal excepción se produce, de ella nace un ser monstruoso. Tal vez yo no he trazado un cuadro que muestre mejor que éste hasta qué punto el matrimonio indisoluble es indispensable a las sociedades europeas, cuáles son las desdichas de la debilidad femenina y qué peligros acarrea el interés personal desenfrenado. ¡Que tiemble una sociedad basada únicamente en el poder del dinero, al percibir la impotencia de la justicia ante las maquinaciones de un sistema que deifica al éxito, tolerando con indulgencia los medios todos que permiten llegar a él! Ojalá pudiese acudir prontamente al catolicismo, para purificar a las masas mediante el sentimiento religioso y una educación distinta de la que proporciona la Universidad laica. Suficientes serán los dignos caracteres, y bastantes los actos grandes y nobles de abnegación que resplandecerán en las Escenas de la Vida Militar, así me he permitido indicar aquí los estragos que causan las necesidades de la guerra en ciertos espíritus, que en la vida privada se atreven a obrar como en los campos de batalla. Vos habéis lanzado una mirada sagaz sobre nuestra época, cuya filosofía se revela en más de una amarga decepción que asoma a través de vuestras elegantes páginas, y habéis apreciado mejor que nadie los estragos producidos en él espíritu de nuestro país por cuatro sistemas políticos diferentes. No podía, pues, poner este relato bajo la advocación de autoridad más competente. Quizá vuestro nombre defenderá a esta obra de las acusaciones a las que no escapará: ¿Qué enfermo permanece mudo cuando él cirujano le quita las vendas que cubren sus llagas más en carne viva? Al placer de dedicaros esta Escena se une el orgullo de revelar vuestra benevolencia hacia quien aquí se titula Uno de vuestros sinceros admiradores,

De Balzac.

UN PISO DE SOLTERO (La Rabouilleuse).

En 1792, la burguesía de Issoudun disfrutaba de un médico llamado Rougete, que pasaba por ser un hombre profundamente malicioso. Al decir de algunas personas osadas, hacía muy desgraciada a su mujer, a pesar de que era la dama más hermosa de la ciudad. Es posible que fuese un poco boba. Pese a las pesquisas de los amigos, el chismorreo de los indiferentes y la maledicencia de los celosos, la vida íntima de aquel matrimonio era poco conocida. El doctor Rougete era uno de aquellos hombres de quien se dice familiarmente que “no dejan ni chistar”. Así, durante su vida, las gentes guardaron silencio sobre él y le hicieron buena cara.

En cuanto a su esposa, una Descoings de soltera, bastante enclenque de niña (se decía que ésta fue una de las razones que tuvo el médico para casarse con ella), tuvo primero un hijo varón y después una hembra que nació veinte años después de su hermano y cuya llegada el médico no esperaba —se solía decir— a pesar de su profesión. Esta hija, nacida con tanto retraso, recibió el nombre de Ágata. Estos pequeños detalles son tan sencillos, tan ordinarios, que nada parece justificar que el historiador los haya empleado al principio de un relato; pero si permaneciesen ignorados, un hombre del temple del doctor Rougete podría merecer el calificativo de monstruo o de padre desnaturalizado, siendo así que se limitaba a obedecer las malas inclinaciones que muchas personas ocultan bajo este terrible axioma: “¡Un hombre debe tener carácter!”. Esta sentencia masculina ha causado la desgracia de muchas mujeres.

Los Descoings, suegros del médico y comisionistas de lana, se encargaban igual de vender para los propietarios o de comprar para los comerciantes los vellocinos de oro del Berry, recibiendo por ambas partes sendas comisiones. Así se enriquecieron y tornáronse avarientos: moraleja que resume muchas existencias. Descoings hijo, segundón de madame Rougete, tomó ojeriza a Issoudun y se fue a hacer fortuna a París, estableciéndose como tendero en la rue Saint-Honoré. Esto fue su mina. ¿Pero qué queréis?, el abacero se ve arrastrado hacia su comercio por una fuerza de atracción igual a la fuerza de repulsión que aleja de él a los artistas. No se han estudiado lo suficiente las fuerzas sociales que informan las distintas vocaciones. Sería curioso saber lo que determina a un hombre a hacerse papelero en vez de panadero, teniendo en cuenta que los hijos no continúan obligatoriamente el oficio de los padres, como ocurría entre los egipcios.

En el caso de Descoings el amor ayudó a la vocación. El joven se dijo: “Voy a ser tendero”, mientras se decía otra cosa al ver a su patrona, bellísima criatura de la que se enamoró perdidamente. Sin más ayuda que la paciencia y un poco de dinero que le enviaron sus padres, se casó con la viuda de monsieur Bixiou, su predecesor. En 1792, Descoings tenía fama de realizar saneados negocios. Por aquella época, aún

vivían los viejos Descoings. Dejadas las lanas, invirtieron su capital en la compra de Bienes de Estado: ¡otro toisón de oro! Su yerno, casi seguro de que pronto tendría que llorar a su esposa, envió a su hija a París, a casa de su cuñado, tanto para que viese la capital como impulsado por una idea taimada. Descoings no tenía descendencia. Madame Descoings, que tenía doce años más que su marido, se conservaba en excelente salud, pero estaba gorda como un tordo después de la vendimia, y el astuto Rouger sabía lo bastante de medicina para prever que los Descoings, contrariamente a lo que estipulaba la moraleja de los cuentos de hadas, serían siempre felices y no tendrían hijos. Aquel matrimonio podría apasionarse por Ágata.

Ahora bien: el doctor Rougete quería desheredar a su hija y se jactaba de conseguir sus fines haciéndola cambiar de ambiente. Aquella joven, por entonces la doncella más linda de Issoudun, no se parecía a su padre ni a su madre. Su nacimiento fue causa de que el doctor Rougete y su amigo íntimo monsieur Lousteau, antiguo subdelegado, que acababa de abandonar Issoudun, riñesen para siempre. Cuando una familia se expatría, los naturales de una región tan seductora como Issoudun tienen motivos sobrados para buscar las causas de un acto tan exorbitante. Al decir de algunas lenguas muy finas, monsieur Rougete, que era hombre vengativo, gritó en una ocasión que daría muerte a Lousteau con su propia mano. En boca de un médico, esta frase tenía el alcance de una bala de cañón.

Cuando la Asamblea Nacional decidió suprimir los subdelegados, Lousteau partió de Issoudun, al que no volvió jamás. Después de la partida de esta familia, madame Rougete se pasaba todo el día en casa de la hermana del ex subdelegado, madame Hochon, madrina de su hija y la única persona a quien ella confiaba sus penas. Así, lo poco que la villa de Issoudun supo sobre la bella madame Rougete, salió de labios de esta buena señora, pero después de la muerte del doctor.

Lo primero que dijo madame Rougete, cuando su marido le habló de enviar a Ágata a París, fue:

—¡No volveré a ver más a mi hija!

—Y, por desgracia, tuvo razón —comentaba después la respetable madame Ochon.

La pobre madre se puso entonces amarilla como un membrillo, y su estado no parecía desmentir los rumores según los cuales Rougete la mataba poco a poco. Los modales del simple de su hijo habían de contribuir a hacer aún más desgraciada a esta madre, injustamente acusada. Poco moderado, quizás alentado por su padre, aquel mozo, completamente estúpido, no tenía las atenciones ni el respeto que un hijo debe a su madre. Jean-Jacques Rougete se parecía a su padre, pero en peor, y el médico, ya no era precisamente un dechado de belleza moral ni física.

La llegada de la encantadora Ágata Rougete no llevó la felicidad a su tío Descoings. Aquella misma semana, o al cabo de diez días para ser más exactos (acababa de proclamarse la República), fue encarcelado a causa de una denuncia de

Robespierre a Fournier-Tinville. Descoings, que cometió la imprudencia de considerar ficticia la carestía de víveres, cometió la tontería de comunicar su opinión (creía que existía libertad de opinión) a muchos de sus clientes y dieras, mientras los atendía. La ciudadana Douplay, mujer de un ebanista en cuya casa vivía Robespierre y que servía a aquel gran ciudadano, frecuentaba, por desgracia para Descoings, el comercio de éste. Dicha ciudadana consideró las afirmaciones del tendero insultantes para Maximiliano I. Muy poco satisfecha, además, de los modales del matrimonio Descoings, aquella ilustre calcetera del Club de los Jacobinos consideraba la belleza de la ciudadana Descoings como una especie de aristocracia. Envenenó las frases de Descoings al repetirlas a su buen y dulce amo. El abacero fue detenido bajo la vulgar acusación de *acaparador*.

Descoings dio con sus huesos en la cárcel y su mujer empezó a moverse para ponerlo en libertad, pero sus gestiones fueron tan inhábiles, que un observador que la hubiese escuchado cuando hablaba con los árbitros de su destino hubiera podido creer que deseaba sinceramente deshacerse de él. Madame Descoings conocía a Bridau, uno de los secretarios de Roland, ministro del Interior, y que era el brazo derecho de todos cuantos se sucedieron en aquel Ministerio. Puso en campaña a Bridau para salvar al tendero. El jefe de negociado, completamente incorruptible, uno de esos incautos virtuosos cuyo desinterés resulta siempre tan admirable, se guardó muy bien de corromper a aquellos de quienes dependía la suerte de Descoings. ¡Por el contrario, trató de iluminarlos! Iluminar los personajes de aquella época venía a ser lo mismo que rogarles que restableciesen a los Borbones. El ministro girondino que entonces luchaba contra Robespierre, dijo a Bridau:

—¿Por qué te metes en esto?

Todos aquéllos a quienes acudió el honrado jefe, le repitieron esta frase atroz:

—¿Por qué te metes en esto?

Bridau aconsejó prudentemente a madame Descoings que nada hiciese; pero ella, en lugar de adoptar una actitud conciliadora hacia el ama de llaves de Robespierre, lanzó fuego y llamas contra la autora de la denuncia; fue a ver a* un miembro de la Convención, que temblaba por sí mismo y que le dijo:

—Hablaré del asunto a Robespierre.

La bella tendera se durmió confiada en estas palabras, y, naturalmente, su protector guardó el más sepulcral silencio. Unos cuantos panes de azúcar, unas botellas de licores de marca, regalados a la ciudadana Duplay, habrían salvado a Descoings. Este pequeño incidente demuestra que en las revoluciones es tan peligroso recabar los servicios de las personas honradas como los de los pícaros; sólo se debe contar con uno mismo. Si Descoings murió, tuvo al menos la gloria de ir a la guillotina en compañía de André de Chénier. Allí, sin duda, la Abacería y la Poesía en persona se abrazaron por vez primera, pues ya tenían entonces y tendrán siempre relaciones secretas.

La muerte de Descoings produjo mucha más sensación que la de André de

Chénier. Hicieron falta treinta años para reconocer que Francia había perdido más con la muerte de Chénier que con la de Descoings. La medida adoptada por Robespierre produjo este saludable efecto: hasta 1830, los asustados tenderos dejaron de meterse en la política. La tienda de Descoings estaba a cien pasos de la vivienda de Robespierre. El sucesor del abacero hizo en ella muy malos negocios. César Birotteau, el célebre perfumista, se estableció en aquel lugar. Pero, como si el patíbulo hubiese echado sobre la tienda un inexplicable maleficio, el creador de la *Doble Pasta de las Sultanas* y del *Agua Carminativa* se arruinó en aquella tienda. La solución de este problema corresponde a las Ciencias Ocultas.

Durante las pocas visitas que el jefe de negociado hizo a la mujer del infortunado Descoings, quedó altamente impresionado por la belleza tranquila, fría y cándida de Ágata Rougete. Cuando fue a consolar a la viuda —que quedó lo bastante inconsolable como para no continuar el comercio de su segundo difunto— acabó por casarse a los diez días con aquella encantadora criatura, y después de la llegada del padre, que no se hizo esperar. El médico, encantado al ver que las cosas sobrepasaban sus más ambiciosos deseos, puesto que su mujer se convertía en única heredera de los Descoings, se desplazó inmediatamente a París, más para hacer redactar el contrato matrimonial a su gusto que para asistir a la boda de Ágata. El desinterés y el amor excesivo del ciudadano Bridau dejaron carta blanca a la perfidia del médico, que explotó la ceguera de su yerno, como la continuación de este relato demostrará.

Madame Rougete, pues, o más exactamente el doctor, heredó todos los bienes, muebles e inmuebles, de monsieur y madame Descoings, padre y madre, que fallecieron con dos años de diferencia. Después Rougete terminó por vencer la resistencia de su mujer, que murió al comenzar el año 1799. ¡Así consiguió viñedos, adquirió alquerías, compró forjas y tuvo lanas para vender! Su hijo idolatrado no sabía hacer absolutamente nada; pero él lo destinaba a ser propietario, dejando que aumentasen sus riquezas y su necedad, seguro de que para dejarse vivir y morir, aquel mozo no necesitaba conocimientos especiales y en esto igualaba a los más sabios. En 1799, las mentes calculadoras de Issoudun atribuían ya treinta mil libras de renta a Rougete padre. A la muerte de su mujer, el médico empezó a llevar una vida disipada, pero supo reglamentarla, reduciéndola a la intimidad de su hogar. Aquel médico, de gran carácter, murió en 1805. Sólo Dios sabe los comentarios que hizo entonces la burguesía de Issoudun acerca de este hombre, y las anécdotas que puso en circulación acerca de su horrible vida privada. Jean-Jacques Rougete, que su padre había terminado por gobernar con mano dura, reconociendo su estupidez, permaneció soltero por graves razones, cuya explicación forma una parte importante de esta historia. Su celibato fue causado en parte por su propio padre, y fue culpa del doctor, como el lector verá más adelante.

Se hace ahora necesario examinar los efectos de la venganza ejercida por el padre sobre una hija que no consideraba suya y que, el lector puede creer, le pertenecía legítimamente. En Issoudun nadie se había percatado de uno de esos accidentes

curiosos que hacen de la generación un abismo en el que la ciencia se estrella. Ágata se parecía a la madre del doctor Rougete. Del mismo modo que, según la observación vulgar, la gota suele saltarse una generación y se transmite del abuelo al nieto, tampoco es raro que esto ocurra con el parecido.

Así, el primogénito de los hijos de Ágata, que se parecía a su madre y en lo moral era como el doctor Rougete, su abuelo. Dejemos la solución de este otro problema al siglo XX, con una bella nomenclatura de animalillos microscópicos, y nuestros nietos escribirán quizá tantas tonterías como las que nuestras doctas corporaciones han escrito ya sobre esta cuestión tenebrosa. Ágata Rougete despertaba la admiración pública al ser una de estas figuras predestinadas, como María, madre de Nuestro Señor, a permanecer siempre vírgenes, incluso después del matrimonio. Su retrato, que aún se conserva en el taller de Bridau, muestra un óvalo perfecto, una blancura inalterable y sin el menor defecto ni peca, pese a sus cabellos de oro. Más de un artista, al observar esta frente pura, esta boca discreta, la nariz fina, las lindas orejas, las largas pestañas y los ojos de un azul oscuro y de una ternura infinita, aquel rostro, en fin, plácido y reposado, pregunta hoy a nuestro gran pintor:

—¿Es la copia de una cabeza de Rafael?

Jamás hubo hombre más inspirado que el jefe de negociado, al casarse con aquella joven. Ágata realizaba en su persona el ideal de la mujer de su casa educada en provincias y que no se ha apartado jamás del lado de su madre. Piadosa sin ser devota, su única instrucción era la que la Iglesia da a las mujeres. Así, fue una esposa modelo en el sentido vulgar, pues su ignorancia de las cosas de la vida ocasionó más de una desgracia. El epitafio de una célebre romana: “Tejió tapices y guardó la casa”, retrata admirablemente esta existencia pura, sencilla y tranquila.

A partir del Consulado, Bridau se convirtió en un fanático partidario de Napoleón, quien lo nombró jefe de sección en 1804, un año antes de la muerte de Rougete. Con unos haberes de doce mil francos y contando con muy buenos gajes, Bridau se desentendió completamente de los vergonzosos resultados de la liquidación de bienes realizada en Issoudun, y por la que nada correspondió a Ágata. Seis meses antes de su muerte, Rougete padre vendió a su hijo una parte de sus bienes, cuyo resto fue atribuido a Jean-Jacques, no sólo a título de donación por preferencia, sino en su calidad de heredero. Un anticipo de su parte, de cien mil francos, hecho a Ágata en su contrato de matrimonio, representaba la parte que le correspondería en la herencia de su padre y de su madre. Bridau, que idolatraba al emperador, sirvió con la devoción de un fanático los colosales planes de aquel semidiós moderno que, al encontrarlo todo destruido en Francia, quiso organizarlo todo. El jefe de sección nunca decía basta. Proyectos, memorias, informes, estudios: aceptaba las cargas más pesadas, dichoso y contento de ayudar al emperador; lo amaba como hombre, lo adoraba como a soberano y no toleraba la menor crítica sobre sus actos y sus proyectos.

De 1804 a 1808, el jefe de sección habitó en un piso grande y hermoso del quai Voltaire, a dos pasos de su Ministerio y de las Tullerías. Todo el servicio del

matrimonio, en los días de esplendor de madame Bridau, estaba compuesto por una cocinera y un ayuda de cámara. Ágata, que siempre era la primera en levantarse, iba a la Halle acompañada de la cocinera. Mientras el criado arreglaba el piso, ella se ocupaba del desayuno. Bridau nunca iba al Ministerio antes de las once. Mientras duró su unión, su mujer experimentó siempre el mismo placer preparándole un exquisito desayuno, la única comida que Bridau hacía con gusto. En cualquier época del año, hiciera el tiempo que hiciese cuando se iba, Ágata miraba por la ventana a su marido, cuando éste se dirigía al Ministerio, y no se retiraba hasta después de verle doblar la esquina de la rue du Bac. Entonces quitaba ella misma la mesa, echaba un vistazo al piso y después se vestía, jugaba con sus hijos, los sacaba a paseo o recibía visitas, esperando el regreso de Bridau.

Cuando el jefe de sección se traía a casa trabajos urgentes, ella se instalaba junto a su mesa, en su gabinete, muda como una estatua y haciendo calceta, viendo como trabajaba, velando mientras él velaba y acostándose unos momentos antes que él. A veces los esposos asistían a un espectáculo en uno de los palcos del Ministerio. En tales ocasiones, el matrimonio comía en un restaurante, y el espectáculo que éste ofrecía causaba invariablemente a madame Bridau el vivo placer que ofrecen estas cosas a las personas que no conocen París. Obligada a menudo a asistir a los suntuosos banquetes en honor del jefe de sección —que dirigía una parte del Ministerio del Interior— y que Bridau devolvía con todos los honores, Ágata tenía que adoptar las lujosas modas de entonces, pero al regresar a su casa se quitaba con alivio sus ricas vestiduras, para reanudar su sencilla vida provinciana en la intimidad de su hogar.

Una vez por semana, el jueves, Bridau recibía a sus amistades. El martes de Carnaval daba un gran baile en su casa. Así queda resumida la historia de toda una vida conyugal, en la que sólo hubo tres grandes acontecimientos: el nacimiento de dos hijos, que vinieron al mundo con tres años de intervalo, y la muerte de Bridau, que falleció en 1808, víctima de sus noches de insomnio, en el momento en que el emperador iba a nombrarlo director general, conde y consejero de Estado. Por aquella época Napoleón se interesó especialmente por los asuntos del Interior, abrumó a Bridau de trabajo y terminó de arruinar la salud de aquel intrépido burócrata. Napoleón, a quien Bridau nunca había pedido nada, se informó acerca de sus costumbres y su fortuna. Al saber que aquel hombre tan fiel únicamente poseía su cargo administrativo, reconoció en él a una de esas almas incorruptibles que realzaban y moralizaban su administración, y quiso sorprender a Bridau ofreciéndole deslumbradoras recompensas. El deseo de terminar un inmenso trabajo antes de que el emperador partiese hacia España, fue la muerte del jefe de sección, quien pereció víctima de una fiebre inflamatoria. A su regreso, el emperador, que vino para preparar en París, en el espacio de unos días, su campaña de 1809, dijo, al enterarse de esta pérdida:

—¡Hay hombres que son insustituibles!

Impresionado por aquella abnegación, que no esperaba ninguno de aquellos premios brillantes que Napoleón reservaba a sus soldados, el emperador resolvió crear una Orden magníficamente dotada para los funcionarios civiles, del mismo modo como creó la Legión de Honor para los militares. La impresión que le causó la muerte de Bridau le hizo concebir la Orden de la Reunión, pero no tuvo tiempo de terminar esta obra aristocrática, cuyo recuerdo ha sido borrado de tal modo que, al oír el nombre de esta Orden efímera, la mayoría de mis lectores se preguntará cuál era su insignia: se llevaba con una cinta azul. El emperador la bautizó con el nombre de la Reunión, con el propósito de fundir la Orden del Toisón de Oro de la corte de España con la Orden del Toisón de Oro de la corte de Austria. La Providencia, dijo un diplomático prusiano, supo impedir esta profanación.

El emperador pidió que le informasen acerca de la situación en que quedaba madame Bridau. Los dos niños recibieron sendas bolsas para pagarles totalmente los estudios en el Liceo Imperial, y el emperador ordenó que todos sus gastos escolares corriesen a cargo del Tesoro Real. Después ordenó que se entregase a madame Bridau una pensión de cuatro mil francos, pensando sin duda velar también por el futuro de sus dos hijos. Desde que contrajo matrimonio hasta la muerte de su marido, madame Bridau no tuvo la menor relación con Issoudun. Perdió a su madre cuando iba a dar a luz a su segundo hijo. Cuando su padre, cuyo desamor conocía, murió, el emperador iba a ser consagrado, y la coronación dio tanto trabajo a Bridau que ella no quiso abandonar a su marido. Jean-Jacques Rougete, su hermano, no le había escrito ni una palabra desde que partió de Issoudun. Aunque la tácita repudiación de que la hacía objeto su familia la afligía, Ágata terminó por no pensar apenas en aquellos que no pensaban en ella. Todos los años recibía una carta de su madrina, madame Ochon, a la que respondía con trivialidades, sin tener en cuenta los consejos que aquella señora excelente y piadosa le prodigaba entre líneas. Poco tiempo antes de la muerte del doctor Rougete, madame Ochon escribió a su ahijada que su padre no le dejaría ni un céntimo si ella no enviaba poderes a monsieur Ochon. Ágata sintió repugnancia en atormentar a su hermano. Ya fuese porque Bridau comprendiese que la expoliación estaba de acuerdo con el Derecho consuetudinario del Berry, o ya fuese porque aquel hombre puro y justo compartía la grandeza de alma y la indiferencia de su esposa en cuestión de intereses, la verdad es que no prestó oídos a Roguin, su notario, quien le aconsejaba que se aprovechase de su posición para impugnar las actas mediante las cuales el padre había conseguido privar a su hija de su parte *legítima*.

Los esposos aprobaron entonces lo que se perpetró en Issoudun. Sin embargo, en aquellas circunstancias Roguin hizo reflexionar al jefe de sección sobre los intereses de su esposa, que estaban en entredicho. Aquel hombre superior pensó que, si moría, Ágata se encontraría sin fortuna. Quiso examinar entonces el estado de sus asuntos y comprobó que, entre 1793 y 1805, su esposa y él se habían visto obligados a recibir alrededor de treinta mil francos a cuenta de los cincuenta mil francos efectivos que el viejo Roguin había dado a su hija, y entonces puso los veinte mil francos restantes en

el Gran Libro. Los fondos públicos estaban entonces a cuarenta, lo cual quiere decir que Ágata recibió del Estado una pensión de dos mil libras, aproximadamente. De este modo, madame Bridau podía sostener una honorable viudez con sus seis mil libras de renta.

Provinciana hasta el fin, despidió al ayuda de cámara de Bridau, quedándose solo con la cocinera. También quería cambiar de piso, pero su amiga íntima, que insistía en seguir llamándose tía suya, madame Descoings, vendió su mobiliario, abandonó su piso y se fue a vivir con Ágata, convirtiendo en dormitorio el gabinete de trabajo del difunto Bridau. Las dos viudas reunieron sus recursos, disponiendo así de doce mil francos de renta. Esta conducta parece sencilla y natural. Pero no hay nada en la vida que exija mayor atención que las cosas que parecen naturales, los hombres llegan a desconfiar de lo extraordinario. Por otra parte, los hombres de experiencia, los abogados, los jueces, los médicos y los sacerdotes dan una enorme importancia a las cuestiones sencillas: todos ellos son personas meticulosas. La serpiente oculta entre las flores es uno de los más bellos mitos que nos ha legado la Antigüedad para servimos de dogma en el gobierno de nuestros asuntos. ¿Cuántas veces los necios, para excusarse a sus propios ojos y a los ajenos, exclaman?: “¡Era algo tan sencillo, que hubiera engañado a todo el mundo!”.

En 1809, madame Descoings, que no confesaba su edad, tenía sesenta y cinco años. La que en otro tiempo había sido llamada “bella tendera”, era una de aquellas mujeres tan raras que el tiempo respeta, y, gracias a una excelente constitución, gozaba del privilegio de conservar una belleza que, de todos modos, no resistía un examen atento. De talla media, opulenta, lozana, tenía bonitos hombros y la tez ligeramente sonrosada. Sus cabellos rubios tirando a castaño, no mostraban el menor cambio de color, pese a la catástrofe que se abatió sobre Descoings. Golosa en exceso, gustaba de prepararse platos suculentos, pero, aunque pareciese pensar mucho en la cocina, adoraba también los espectáculos y cultivaba un vicio que envolvía ella en el más profundo misterio. “¡Jugaba a la lotería!”. ¿No será éste el abismo que la mitología ha simbolizado mediante el tonel de las Danaides? La Descoings —hay que llamar así a una mujer que jugaba a la lotería— gastaba quizá con exceso en acicalarse, como hacen todas las mujeres que tienen la suerte de conservarse jóvenes mucho tiempo; pero, a excepción de estos ligeros defectos, era muy agradable convivir con ella. Siempre era del parecer del último que había hablado, no contradecía a nadie y se hacía agradable por su alegría dulce y comunicativa. Poseía sobre todo una cualidad parisiense que seduce a los viajeros retirados y a los viejos negociantes: ¡entendía las bromas!...

Si no volvió a contraer un tercer matrimonio, ello fue sin duda culpa imputable a la época. Durante las guerras del Imperio, los hombres deseosos de hacer vida conyugal encontraban con mucha facilidad a jóvenes bellas y ricas, para que tuviesen que interesarse por mujeres de sesenta años.

Madame Descoings quiso alegrar a madame Bridau, la llevó con frecuencia a

diversos espectáculos, y en coche; le preparó cenas excelentes, incluso intentó casarla con su hijo Bixiou. Y, ¡ay!, le reveló el terrible secreto profundamente guardado por ella, por el difunto Descoings y por su notario. La joven, la elegante Descoings, que aparentaba treinta y seis años, tenía un hijo de treinta y cinco, llamado Bixiou, que ya era viudo, comandante en el 21.º de línea, y que murió con el grado de coronel en Dresden, dejando a un hijo único. La Descoings, que sólo veía en secreto a su nieto Bixiou, lo hacía pasar por hijo de la primera mujer de su marido. Su confidencia fue en realidad un acto dictado por la prudencia: el hijo del coronel, que estudiaba en el Liceo Imperial con los dos hijos de Bridau, consiguió media bolsa para pagarse sus estudios.

Aquel muchacho, que ya era fino y malicioso de estudiante, se creó más tarde una gran reputación como dibujante y hombre ingenioso. Lo que más quería Ágata en este mundo eran sus hijos, y sólo quería vivir para ellos; por lo tanto, no quiso contraer segundas nupcias, obedeciendo a su razón y a sus sentimientos de fidelidad. Pero es más fácil para una mujer ser buena esposa que buena madre. Las viudas tienen que cumplir dos tareas cuyas obligaciones se contradicen: deben ser madres y ejercer al propio tiempo la potestad paternal. Muy pocas mujeres poseen bastante fortaleza para comprender y desempeñar este doble papel. Así, la pobre Ágata, pese a sus virtudes, fue la causa inocente de numerosas desdichas. A causa de su espíritu débil y de la confianza a que se acostumbran las almas buenas, Ágata fue víctima de madame Descoings, quien la sumió en una espantosa desdicha.

La Descoings jugaba a ternos y la lotería no fiaba a sus accionistas. Al administrar la casa, pudo emplear en sus apuestas el dinero destinado a la casa, llenándose poco a poco de deudas, en la esperanza de enriquecer a su nieto Bixiou, a su querida Ágata y los pequeños Bridau. Cuando las deudas ascendieron a diez mil francos, hizo apuestas aún más fuertes, esperando que su terno favorito, que no había salido desde hacía nueve años, colmaría el abismo de aquel déficit. A partir de entonces, la deuda ascendió rápidamente. Cuando llegó a la cifra de veinte mil francos, la Descoings perdió la cabeza y no ganó el terno. Quiso entonces empeñar su fortuna para reembolsar a su sobrino; pero Roguin, su notario, le hizo ver la imposibilidad de este honrado designio. El difunto Rougete adquirió la sucesión de su cuñado Descoings, a la muerte de éste, indemnizando a madame Descoings mediante un usufructo que gravaba los bienes de Jean-Jacques Rougete. Ningún usurero querría prestar veinte mil francos a una mujer de sesenta y siete años sobre un usufructo de cuatro mil francos, aproximadamente, en una época en que abundaban las inversiones al diez por ciento.

Una mañana, Descoings se arrojó a los pies de su sobrina y, sollozando, se lo contó todo. Madame Bridau no le hizo el menor reproche; despidió al criado y la cocinera, vendió los muebles superfluos, liquidó las tres cuartas partes de suscripción en el Gran Libro, lo pagó todo y dejó su piso.

Uno de los rincones más horribles de París es, sin duda alguna, el trecho de la rue

Mazarine que va desde la rue Guénégaud hasta el punto donde desemboca, a la rue de Seine, detrás del palacio del Instituto. Las altas murallas grises del colegio y de la biblioteca que el cardenal Mazarino ofreció a la villa de París, y donde más tarde se albergó la Academia Francesa, arrojan unas sombras glaciales sobre este rincón; el sol apenas lo ilumina y en él sopla la brisa del norte. La pobre viuda arruinada fue a alojarse al tercer piso de una de las casas situadas en este rincón húmedo, negro y frío. Frente a esta casa se alzan las paredes del Instituto, donde se encontraban entonces las celdas de los animales feroces conocidos bajo el nombre de artistas por los burgueses y bajo el de pintamonas en los talleres. Aunque uno entraba allí como pintamonas, podía salir convertido en alumno del Gobierno y con una beca para ir a estudiar a Roma. Esta operación no se realizaba sin un alboroto extraordinario en las épocas del año en que se encerraba a los concursantes a los premios de Bellas Artes en sus celdas respectivas. Para ser laureado, tenían que ejecutar, en un tiempo determinado, el modelo en barro de una estatua, los escultores; uno de los cuadros que pueden admirarse en la Escuela de Bellas Artes, los pintores; una cantata, los músicos; un proyecto de monumento, los arquitectos. En el momento de escribir estas líneas, esta casa de fieras ha sido trasladada de estos edificios oscuros y fríos al elegante palacio de Bellas Artes, a pocos pasos de allí.

Desde las ventanas de madame Bridau se veían aquellas celdas enrejadas, vista profundamente triste. Por el norte la perspectiva está limitada por la cúpula del Instituto. Ascendiendo por la calle, la vista sólo podía disfrutar del espectáculo que ofrecían la hilera de fiacres estacionados en la parte alta de la rue Mazarine. A causa de ello, la viuda terminó por poner en sus ventanas tres cajones llenos de tierra, en los que cultivó uno de esos jardines aéreos, prohibidos por las ordenanzas municipales, y cuya vegetación enrarecen la luz y el aire. Esta casa, adosada a otra que da a la rue de Seine, tenía forzosamente poca profundidad y la escalera ascendía en espiral. El tercer piso era el último. Tenía tres ventanas, correspondientes a otras tantas piezas: un comedor, un saloncito y un dormitorio; enfrente, al otro lado del rellano, había una pequeña cocina; encima, dos cuartuchos para el servicio y un inmenso desván sin destino concreto.

Madame Bridau eligió esta vivienda por tres razones: su precio módico —pues le costó cuatrocientos francos y la alquiló por nueve años—; la proximidad al colegio —así estaba a poca distancia del Liceo Imperial—, y, por último, seguía viviendo en el barrio al que se había acostumbrado a residir.

El interior del piso armonizaba con el resto de la casa. El comedor, cuyas paredes estaban recubiertas de un papel amarillo con flores verdes, cuyas baldosas rojas no fueron fregadas, sólo tenía lo estrictamente necesario: una mesa, dos aparadores y seis sillas, procedentes del piso que habían abandonado. El salón fue adornado con una alfombra de Aubusson con que se quedó Bridau cuando renovaron el mobiliario del Ministerio. La viuda puso en el salón uno de estos muebles vulgares de caoba, con cabezas egipcias, que Jacob Desmalter fabricaba al por mayor en 1806, y

tapizado con seda verde de rosetas blancas. Encima del canapé, el retrato de Bridau hecho al pastel por una mano amiga atraía todas las miradas. Aunque el arte pudiese hacerle algunas objeciones, se hacía admirar al punto aquella firmeza de carácter que brillaba en su frente. La serenidad de sus ojos, dulces y altivos a la vez, estaba muy bien expresada. La sagacidad que demostraban sus labios prudentes, y el gesto franco, el aire de aquel hombre de quien el emperador decía: *Justun et tenacem*, habían sido captados si no con genialidad, al menos con exactitud. Ante aquel retrato, se comprendía que aquel hombre cumplió siempre su deber. Su fisonomía expresaba aquella incorruptibilidad que se dice que poseyeron muchos hombres que la República empleó a su servicio. Frente al retrato de encima de la mesa de juego, brillaba el retrato del emperador, al óleo, retrato hecho por Vernet, en el que Napoleón pasa veloz a caballo, seguido de su escolta.

Ágata adquirió dos grandes jaulas; una llena de canarios y la otra de pájaros de las Indias. Se entregaba a estos infantiles placeres desde que sufrió la pérdida, irreparable para ella y para otros muchos, de su esposo. En cuanto a la habitación de la viuda, se convirtió al cabo de tres meses en lo que sería hasta el día nefasto en que se viese obligada a abandonarla: una leonera que ninguna descripción conseguiría poner en orden. Los gatos se instalaban en las poltronas; los canarios, puestos a veces en libertad, dejaban su firma en todos los muebles. La pobre viuda les ponía alpiste y cañamones en todas partes. Los gatos encontraban golosinas en platos desportillados. Había vestidos y ropas por los suelos. Aquella habitación olía a provincia y a fidelidad. Todo cuanto perteneció al difunto Bridau estaba allí conservado cuidadosamente. Sus útiles de escritorio fueron objeto de los cuidados que antaño la viuda de un paladín prodigaba a sus armas. Bastará un detalle para comprender el culto conmovedor de esta dama. Guardó y selló una pluma, escribiendo en el sobre: “Última pluma que utilizó mi marido”. La taza en que tomó su último sorbo estaba sobre la chimenea, protegida por una campana de vidrio. Los bonetes y los bisoñes terminaron más tarde siendo puestos sobre los globos de vidrio que recubrían aquellas preciosas reliquias. Desde la muerte de Bridau, aquella joven viuda de treinta y cinco años, no demostró la menor coquetería ni deseo de acicalarse. Separada del único hombre que había conocido, apreciado y amado, que jamás le había dado el menor disgusto, dejó de sentirse mujer, todo le era indiferente y ya no le importaba vestir bien. Nada fue jamás tan sencillo ni tan completo como esta renuncia a la felicidad conyugal y la coquetería. Algunos seres reciben del amor la facultad de trasponer su yo en otro ser; y cuando algo se lo arrebatara, la vida deja de serles posible. Ágata, que sólo podía existir para sus hijos, experimentaba una tristeza infinita al ver cuántas privaciones iba a imponerles su ruina. Desde que se mudó a la rue Mazarino, su fisonomía adquirió un tinte melancólico que resultaba conmovedor. Confiaba bastante en el emperador, pero el emperador no podía hacer más de lo que hacía por el momento: el Tesoro daba seiscientos francos anuales a cada niño, además de la bolsa.

En cuanto a la brillante Descoings, ocupó en el segundo piso unas habitaciones semejantes a las de su sobrina. Había hecho una legación de mil escudos a madame Bridau, que ésta tenía que recibir con carácter preferente sobre su usufructo. El notario Roguin había arreglado las cosas para que madame Bridau recibiese esta suma, pero tenían que transcurrir siete años para que aquella lenta amortización reparase el daño causado. Roguin, encargado de restablecer los mil quinientos francos de renta, iba ingresando las sumas así retenidas. La Descoings, reducida a una renta de mil doscientos francos, vivía con su sobrina en la mayor estrechez. Aquellas dos mujeres, honradas pero débiles, tomaron una asistenta, sólo para las mañanas. La Descoings, muy amante de la cocina, preparaba la cena. Por la noche acudían algunos amigos, empleados del Ministerio que Bridau había colocado, y que jugaban una partida de naipes con las dos viudas. La Descoings seguía jugando su terno, que, según aseguraba, se había empeñado en no salir. Aún confiaba en devolver de golpe lo que había tomado por fuerza a su sobrina. Quería más a los dos pequeños Bridau que a su nieto Bixiou, hasta tal punto se hallaba dominada por los remordimientos a causa del daño que les había causado, y hasta tal punto admiraba también la bondad de su sobrina, que ni en medio de sus mayores sufrimientos, le hizo jamás el más pequeño reproche. Por lo tanto, podéis creer muy bien que José y Felipe estaban muy mimados por la Descoings. Como todas las personas que tienen que hacerse perdonar un vicio, la vieja accionista de la lotería imperial de Francia, les preparaba pequeñas cenas compuestas de mil golosinas. Después, José y Felipe podían sacarle con la mayor facilidad unas moneditas: el menor para carboncillos, lápices, papel y estampas; el mayor para empanadillas de manzana, canicas, bramantes y cortaplumas. Su pasión la llevó a contentarse con cincuenta francos al mes para todos sus gastos, para poder jugar con el resto. Por su parte, madame Bridau, impulsada por su amor maternal, no permitía que sus gastos ascendiesen a una suma más considerable. Para castigarse por su confianza, se limitaba heroicamente sus pequeñas alegrías. Como ocurre con muchos instintos tímidos y cortos de alcances, un solo sentimiento herido y su desconfianza —que se había despertado— le hacían desplegar con tal amplitud un defecto, que adquiría la consistencia de una virtud. El emperador podía olvidarse, se decía, podía morir en una batalla, y su pensión cesaría con ella. Se estremecía ante la perspectiva de que sus hijos se quedasen solos en el mundo y sin medios de fortuna. Incapaz de comprender los cálculos de Roguin, cuando éste trataba de demostrarle que en siete años, un descuento de tres mil francos sobre el usufructo de madame Descoings, le restituiría las rentas vendidas, ella no creía ni al notario ni a su tía, ni al Estado, y sólo contaba consigo misma y sus privaciones. Ahorrando todos los años mil escudos de su pensión, tendría treinta mil francos al cabo de diez años, con los que ya podría constituir una renta de mil quinientos francos para uno de sus hijos. A sus treinta y seis años, estaba en su pleno derecho de pensar que aún podía vivir veinte, y, de acuerdo con este sistema, daría a cada uno de ellos lo estrictamente necesario. Así, aquellas dos viudas pasaron de una falsa opulencia a una miseria

voluntaria, la primera impulsada por un vicio y la segunda bajo la enseña de la virtud más pura.

Ninguno de estos menudos detalles será inútil para las profundas enseñanzas que podrán deducirse de esta historia, que gira en torno a los más ordinarios intereses de la vida, pero cuyo alcance no será por ello menos extenso. La vista de las celdas, los pintores que bullían por la calle, la necesidad de mirar al cielo para consolarse de las espantosas perspectivas que limitan este rincón siempre húmedo, el aspecto de aquel retrato aún lleno de alma y de grandeza pese a haber salido de los pinceles de un simple aficionado, el espectáculo de los colores ricos y armoniosos, pero ajados, de aquel interior dulce y tranquilo, la vegetación de los jardines aéreos, la pobreza de aquella familia, la preferencia de la madre por el hijo mayor, su oposición a los gustos del menor y, en fin, el conjunto de hechos y de circunstancias que sirve de preámbulo a esta historia, contiene quizá las causas generadoras a las que debemos un José Bridau: uno de los grandes pintores de la escuela francesa actual.

Felipe, el mayor de los hijos de Bridau, se parecía de manera sorprendente a su madre. Aunque fuese un muchacho rubio de ojos azules, tenía un aire bullicioso que podía tomarse fácilmente por vivacidad o por valor. El viejo Claparon, que entro en el Ministerio al mismo tiempo que Bridau y que era uno de los fieles amigos que por las noches iban a hacer compañía a las dos viudas, decía dos o tres veces al mes a Felipe, dándole un cariñoso pescozón:

—¡Éste será de armas tomar!

El niño, así estimulado, adoptó por pura fanfarronada un aire resuelto. Una vez dado este impulso a su carácter, se hizo muy diestro en todos los ejercicios corporales. A fuerza de pegarse en el Liceo, adquirió aquella osadía y aquel desprecio por el dolor que engendran el valor militar, pero, naturalmente, adquirió la mayor aversión por el estudio, pues la educación pública no resolverá jamás el difícil problema del desarrollo simultáneo del cuerpo y la inteligencia. Ágata deducía, de su parecido puramente físico con Felipe, una concordancia moral, y se hallaba convencida de que, un día, encontraría en él su delicadeza de sentimientos engrandecida por la fuerza del hombre.

Tenía Felipe quince años cuando su madre fue a establecerse en el triste piso de la rue Mazarme, la gentileza propia de los niños de esta edad confirmaba entonces las creencias maternas. José, que tenía tres años menos que su hermano, se parecía a su padre, pero en peor. En primer lugar, su abundante cabellera negra siempre estaba mal peinada, por más que hiciera su madre, mientras que su hermano, pese a su vivacidad, siempre iba atildado. Además, sin que se sepa por qué fatalidad —aunque una fatalidad demasiado constante se convierte en hábito— José no podía conservar ningún traje limpio: aunque le pusiesen ropas nuevas, no tardaba en convertirlas en trajes usados. El mayor, por amor propio, era muy cuidadoso con sus cosas. De manera insensible, la madre se acostumbó a regañar a José y a ponerle su hermano como ejemplo. Ágata, pues, no mostraba siempre la misma cara a sus dos hijos, y,

cuando los iba a buscar, se decía, pensando en José: “¿En qué estado habrá puesto sus cosas?”. Estos pequeños detalles empujaban su corazón hacia el abismo de la preferencia maternal. Nadie, entre las personas extremadamente vulgares que formaban la sociedad de las dos viudas, ni Du Bruel padre, ni el viejo Claparon, ni Desroches padre, ni siquiera el abate Loraux, el confesor de Ágata, advirtió la tendencia de José hacia la observación. Dominado por esta tendencia, el futuro colorista no prestaba atención a las cosas que le concernían, y, durante su infancia, esta disposición tenía tal parecido con el atontamiento, que su padre llegó a experimentar ciertas inquietudes por él. Su extraordinaria capacidad craneana, la anchura de la frente, hicieron creer de momento que el niño era hidrocéfalo. Sus facciones atormentadas, cuya originalidad podía pasar por fealdad a los ojos de aquellos que no conocían el valor moral de una fisonomía, fueron bastante hoscas y ceñudas durante su juventud. Aquellos rasgos faciales, que más tarde se desarrollaron, parecían contraídos, y la profunda atención del niño prestaba a las cosas los crispaba aún más.

Así, Felipe halagaba todas las vanidades de su madre, que no dedicaba el menor cumplido a José. Felipe solía pronunciar aquellas frases felices, aquellas contestaciones que hacen creer a los padres que sus hijos serán hombres notables, mientras que José permanecía taciturno y soñador. La madre esperaba maravillas de Felipe y no contaba para nada con José. La predisposición de éste por el Arte se desarrolló a causa de un hecho de lo más ordinario: en 1812, durante las vacaciones de Pascua, cuando regresaba de pasear por las Tullerías con su hermano y madame Descoings, vio a un estudiante dedicado a la tarea de trazar sobre el muro la caricatura de un profesor, y la admiración lo dejó clavado en el pavimento, ante aquellos trazos de tiza, rebosantes de malicia. Al día siguiente, el niño se apostó a la ventana, para observar la entrada de los alumnos por la puerta de la rue Mazarine, descendió furtivamente y se coló de rondón en el largo patio del Instituto, donde admiró las estatuas, los bustos, los mármoles comenzados, los barro cocido y los yesos, que contempló febrilmente, pues su instinto se revelaba y su vocación lo agitaba. Entró en una sala baja cuya puerta estaba entreabierta, y vio a una docena de muchachos dibujando una estatua. José convirtióse al punto en el blanco de todas sus bromas.

—¡Toma, toma, pajarito! —dijo el primero que lo distinguió, tirándole migas de pan.

—¿De quién es este niño?

—¡Por Dios, si será feo!

En fin, durante un cuarto de hora, José sufrió las pullas de los que trabajaban en el taller del gran escultor Chaudet, pero, después de haberse burlado a placer de él, los discípulos se impresionaron ante su insistencia y su fisonomía, y le preguntaron qué deseaba. José respondió que quería aprender a dibujar, y entonces todos se pusieron a animarlo. El niño, conquistado por aquel tono amistoso, explicó que era hijo de

madame Bridau.

—¡Oh, ya que eres el hijo de madame Bridau —gritaron desde todos los rincones del taller— puedes llegar a ser un gran hombre! ¡Viva el hijo de madame Bridau! ¿Es bonita tu madre? ¡Si hay que juzgar por la muestra de tu cabeza, debe de ser una birria!

—¡Ah, quieres ser artista! —dijo el alumno de más edad, abandonando su sitio y acercándose a José para participar en la broma general—. ¿Pero ya sabes que hay que ser muy valiente y soportar grandes penalidades? Sí, hay que pasar por pruebas durísimas. Todos estos que aquí ves las han pasado. Aquél, por ejemplo, estuvo siete días sin comer. ¿Y tú quieres ser un artista, dices? ¡Vamos a verlo!

Le tomó un brazo y lo alzó verticalmente; después le colocó el otro como si José fuese a dar un puñetazo.

—Llamamos a esto la prueba del telégrafo —prosiguió—. Si tú permaneces así, sin bajar ni cambiar la posición de tus miembros durante un cuarto de hora, habrás demostrado que tienes valor más que suficiente.

—¡Ánimo, pequeño! —dijeron los demás—. ¡Ay, cuánto hay que sufrir para ser artista!

José, con su buena fe de los trece años, permaneció inmóvil durante unos cinco minutos, mientras todos los alumnos lo miraban muy serios.

—¡Eh, bajas ese brazo! —le dijo uno.

—¡Eh, aguántate, mozalbeta! —le dijo otro—. El emperador Napoleón permaneció durante un mes en esa posición —agregó el alumno, indicándole la bella estatua de Chaudet.

El emperador, de pie empuñaba el cetro imperial. Esta estatua fue derribada en 1814 de la columna que coronaba tan majestuosamente. Al cabo de diez minutos, el sudor perlaba la frente de José en aquel instante entró un hombrecillo calvo, pálido y de aspecto enfermizo. El silencio más respetuoso reinó en el taller.

—Bien, muchachos, ¿qué hacéis? —dijo, mirando al mártir del taller.

—Es un pequeño modelo, que posa —dijo el alumno mayor que había colocado a José en aquella postura.

—¿No os da vergüenza torturar así a un pobre niño? —dijo Chaudet, bajando los dos brazos de José—. ¿Desde cuando estás así? —le preguntó, dándole un golpecito cariñoso en la mejilla.

—Desde hace un cuarto de hora.

—¿Y qué te trae por aquí?

—Quería ser artista.

—¿Y de dónde vienes?

—De casa de mi mamá.

—¡Oh, su mamá! —gritaron los alumnos.

—¡Silencio en la clase! —gritó Chaudet—. ¿Y qué hace tu mamá?

—Es madame Bridau. Mi papá, que ha muerto, era amigo del emperador. Así, el

emperador, si queréis enseñarme a dibujar, pagará todo lo que le pidáis.

“Su padre era jefe de sección en el Ministerio del Interior”, se dijo Chaudet recordando.

—¿Y tú quieres ser artista?

—Sí, señor.

—Ven aquí, siempre que quieras, a divertirme. Dadle un cartón, papel y lápices y dejadle hacer. Tenéis que saber, bribones —dijo el escultor—, que el padre de este niño era amigo mío, y yo tengo una deuda de gratitud con él Toma, Corde-a-Puits, ve a buscar dulces, golosinas y bombones —dijo, dando dinero al alumno que se había burlado de José—. Veremos si eres un artista por el modo como comerás las golosinas —prosiguió Chaudet, acariciando el mentón de José.

A continuación examinó los trabajos de sus alumnos, acompañado del niño, que miraba, escuchaba y trataba de comprender. Llegaron las golosinas, a las que hincó el diente todo el taller, el propio escultor y el niño. José fue entonces tan mimado y acariciado como antes se habían burlado de él. Aquella escena, que revelaba el buen humor y el corazón de los artistas, y que él comprendió instintivamente, causó una prodigiosa impresión en el niño. La aparición de Chaudet, escultor arrebatado por una muerte prematura, y que la protección del emperador destinaba a la gloria, fue para José como una visión.

El niño no refirió a su madre esta escapada, pero todos los domingos y jueves pasaba tres horas en el taller de Chaudet. La Descoings, que favorecía las fantasías de los dos querubines, compró a partir de entonces lápices, sanguina, estampas y papel de dibujo a José. En el Liceo Imperial, el futuro artista hacía croquis de sus maestros, dibujaba a sus camaradas, sacaba apuntes al carbón de los dormitorios y no faltaba nunca a la clase de dibujo. Lemire, profesor del Liceo Imperial, impresionado no sólo por la disposición que mostraba José, sino por los progresos que éste realizaba, advirtió a madame Bridau de la vocación que demostraba su hijo. Ágata, mujer provinciana que comprendía tan poco las artes como comprendía bien las labores domésticas, quedó aterrorizada. Cuando se fue Lemire, la viuda se echó a llorar.

—¡Ah! —dijo cuando vino la Descoings—. ¡Estoy perdida! ¡José, de quien quería hacer un empleado, que tenía el camino perfectamente trazado en el Ministerio del Interior donde, protegido por la sombra de su padre, hubiera sido jefe de negociado a los veintiocho años, ahora resulta que quiere hacérseme pintor, para convertirse en un pobretón! ¡Yo ya preveía que este hijo mío sólo me daría disgustos!

Madame Descoings declaró que, desde hacía varios meses, alentaba la pasión de José, ocultando, los domingos y los jueves, sus evasiones al Instituto. En el Salón, a donde ella lo llevó, la profunda atención con que el niño contemplaba los cuadros expuestos tenía algo de milagrosa.

—Si comprende la pintura a los trece años, querida —dijo— vuestro José será un hombre genial.

—Sí, ved adonde el genio ha conducido a su padre. ¡A morir reventado por el

trabajo a los cuarenta años!

En los últimos días de otoño, cuando José iba a cumplir catorce años, Ágata bajó desoyendo las súplicas de la Descoings al taller de Chaudet, para oponerse a que le descarriasen a su hijo. Encontró a Chaudet vistiendo una blusa azul y modelando su última estatua; recibió con cierta brusquedad a la viuda del hombre que en otros tiempos lo ayudó en circunstancias muy críticas, pero, atacado ya en su vida, se debatía con aquel ardor que permite realizar en unos instantes lo que resultaría difícil ejecutar en unos meses: había hallado algo que buscaba desde hacía mucho tiempo y manejaba el palillo y el barro con movimientos espasmódicos que a la ignorante Ágata parecieron propios de un demente. En cualquier otro momento, Chaudet se hubiera echado a reír, pero, al oír cómo aquella madre maldecía a las artes, quejándose del destino impuesto a su hijo y pidiéndole que no lo admitiese más en su taller, montó en un furor sagrado.

—Tenía contraídas ciertas obligaciones con vuestro difunto marido, que deseaba cumplir alentando a su hijo, dirigiendo los primeros pasos de vuestro pequeño José en la más grande de todas las carreras —exclamó—. Enteraos, señora, por si no lo sabíais, de que un gran artista es un rey, más que un rey, pues empieza por ser más feliz, es independiente, vive a su manera y además reina en el mundo de la fantasía. Ante vuestro hijo se abre un espléndido porvenir. Unas disposiciones como las que él demuestra, son raras, sólo surgieron tan temprano en un Giotto, un Rafael, un Tiziano, un Rubens y un Murillo; pues creo que es más pintor que escultor. ¡Buen Dios! ¡Si yo tuviese un hijo parecido, sería tan feliz como el emperador por ser rey de Roma! En fin, vos sois la dueña del destino de vuestro hijo. ¡Id, señora, haced de él un imbécil, un hombre que no sabrá más que ir tirando, un miserable chupatintas: habréis cometido un asesinato! De todos modos, espero que a pesar de vuestros esfuerzos, será artista. ¡La vocación es más fuerte que todos los obstáculos que se le oponen! ¡La vocación, palabra que significa llamada, es elección de Dios! ¡Solamente vos seréis culpable de la desdicha de vuestro hijo! —Tiró a una artesa, en un ademán lleno de violencia, el barro que ya no necesitaba, y dijo entonces a su modelo—: Por hoy ya basta.

Ágata alzó la mirada y vio a una mujer desnuda sentada en un cascabel, en un rincón del taller, adonde aún no había mirado; y este espectáculo la hizo salir horrorizada.

—No podemos recibir aquí al pequeño Bridau —dijo Chaudet a sus alumnos—. Su madre se opone a que venga.

Los alumnos abuchearon a Ágata cuando ésta cerró la puerta.

—¡Y pensar que José iba a este sitio! —se dijo la pobre madre, asustada por lo que había visto y oído.

Así que los alumnos de escultura y pintura supieron que madame Bridau no quería que su hijo fuese artista, no pensaron más que en atraer a José al taller. A pesar de la promesa que le arrancó su madre, de que no iría más al Instituto, el niño se

deslizó a menudo al interior del taller que allí poseía Regnauld, donde lo animaron para que embadurnase telas. Cuando la viuda quiso quejarse, los alumnos de Chaudet le dijeron que monsieur Regnauld no era Chaudet; por otra parte, ella no les había confiado a su hijo en custodia, y otras mil bromas parecidas. Aquellos atroces pintamonas compusieron y cantaron una canción sobre madame Bridau, en ciento treinta y siete estrofas.

La noche de aquella triste jornada, Ágata no quiso jugar y se quedó en la poltrona, presa de una tristeza tan profunda que a veces tenía lágrimas en sus bellos ojos.

—¿Qué tenéis, madame Bridau? —le preguntó el viejo Claparon.

—Ella cree que su hijo tendrá que mendigar su pan, porque tiene disposición natural para la pintura —dijo la Descoings—; pero yo no siento la menor preocupación por el futuro de mi hijastro el pequeño Bixiou, que también siente entusiasmo por el dibujo. Los hombres siempre se abren paso.

—La señora tiene razón —dijo el seco y duro Desroches, que, pese a su talento, nunca consiguió ascender a subjefe—. Afortunadamente, yo no tengo más que un hijo, pues con mis mil ochocientos francos y una mujer que apenas gana mil doscientos francos con su establecimiento de papel sellado, ¿qué habría sido de mí? He puesto a mi hijo de pasante en el bufete de un abogado, donde gana veinticinco francos al mes y la comida; yo le doy otro tanto, y además cena y duerme en casa. Esto es todo pero estoy seguro de que sabrá abrirse camino. Yo le preparo más trabajo a mi hijo que si estuviese en el Colegio, y un día será abogado. Cuando le pago un espectáculo, se pone más contento que unas pascuas y me abraza. ¡Oh, yo le tiro de las riendas y me tiene que rendir cuentas del empleo que hace del dinero! Vos sois demasiado buena con vuestros hijos. Si vuestro hijo quiere vivir con estrechez, dejadlo; ya llegará a ser algo.

—En cuanto a mí —dijo Du Bruel, antiguo jefe de sección que acababa de jubilarse—, el mío sólo tiene dieciséis años y su madre lo adora; pero yo no prestaría oídos a una vocación que se declarase tan temprana. No sería más que pura fantasía, un capricho pasajero. En mi opinión, es preciso dirigir a los jóvenes...

—Vos, señor, sois rico, sois hombre y además no tenéis más que un hijo —observó Ágata.

—Por mi fe —repuso Claparon—, los hijos son nuestros tiranos (*del corazón*). El mío me pone furioso, me ha dejado en la miseria, y he terminado por desentenderme de él (*la independencia*). Pues bien: él así está más contento y yo también. El bribón ha sido el causante en parte de la muerte de su pobre madre. Se ha hecho viajante de comercio, y ha encontrado lo que le correspondía; pues apenas llegaba a casa ya quería salir de ella, no sabía estarse nunca quieto, no quiso estudiar nada; lo único que pido a Dios, es morir sin haberle visto mancillar mi nombre. Los que no tienen hijos desconocen muchas alegrías, pero se evitan también muchos sufrimientos.

—¡Así son los padres! —se dijo Ágata, llorando de nuevo.

—Os digo esto, mi querida madame Bridau, para haceros ver que hay que dejar a

vuestro hijo que siga su vocación de pintor; en el caso contrario, perderíais el tiempo.

—Si fueseis capaz de corregirlo —prosiguió el áspero Desroches— yo os diría que os opusieseis a sus aficiones; pero, como os veo débil con ellos, dejadle, dejadle pintarrapear y dibujar.

—¡He perdido! —dijo Claparon.

—¿Habéis perdido, decís? —exclamó la pobre madre.

—¡Sí, *la independencia del corazón!* este misto de Desroches me hace perder siempre.

—Consolaos, Ágata —dijo la Descoings—. José será un gran hombre.

Después de esta discusión, parecida a todas las discusiones humanas, los amigos de la viuda se mostraron unánimes en su parecer, el cual no ponía fin a su perplejidad. Le aconsejaron que dejase a José seguir su vocación.

—Si no es un hombre genial —le dijo Du Bruel, que cortejaba a Ágata—, siempre podréis hacerlo ingresar en la Administración.

Cuando la Descoings acompañó a los tres viejos, funcionarios, en el descansillo les dio el nombre de *sabios de Grecia*.

—Esta mujer se atormenta demasiado —dijo Du Bruel.

—Está demasiado contenta de que su hijo quiera hacer algo —añadió Claparon.

—Si Dios nos conserva al emperador —dijo Desroches—, a José no le faltará protección. ¿Así, de qué se inquieta?

—Tiene miedo de todo, cuando se trata de sus hijos —respondió la Descoings—. ¡Vamos, pequeña! —prosiguió, entrando en el piso—. Ya veis que todos se muestran unánimes. ¿Así, por qué lloráis aún?

—¡Ah, si se tratase de Felipe, nada temería! ¡No sabéis lo qué pasa en esos talleres! ¡En ellos, los artistas tienen mujeres desnudas!

—Pero supongo que encenderán fuego, al menos —dijo la Descoings.

Pocos días después, se difundieron las tristes noticias de la retirada de Rusia. Napoleón regresó para organizar nuevas fuerzas y exigir nuevos sacrificios a Francia. La pobre madre fue presa entonces de inquietudes muy distintas. Felipe, a quien no le gustaba asistir al Liceo, se empeñó en servir al emperador. Una revista militar en las Tullerías, la última que hizo Napoleón y a la que asistió Felipe, lo convirtió en un fanático. En aquella época, el esplendor militar, el aspecto de los uniformes, la autoridad que emanaba de las charreteras, ejercían una seducción irresistible sobre algunos jóvenes. Felipe creyó poseer para el servicio las disposiciones que su hermano demostraba para las artes. Sin que su madre lo supiese, escribió al emperador una petición así redactada:

“Sire, soy hijo de vuestro Bridau, tengo dieciocho años, cinco pies seis pulgadas, buenas piernas, una buena constitución y el deseo de ser uno de vuestros soldados. Reclamo vuestra protección para ingresar en el ejército, etc.”.

El emperador envió a Felipe del Liceo Imperial a la Escuela Militar de Saint-Cyr a las veinticuatro horas; y, seis meses después, en noviembre de 1813, lo hizo salir

con el grado de alférez en un regimiento de caballería. Felipe pasó parte del invierno en los cuarteles, pero, así que supo montar a caballo, partió lleno de ardor. Durante la campaña de Francia ascendió a teniente por una brillante acción de guerra, en la que, su impetuosidad salvó a su coronel. El emperador nombró a Felipe capitán en la batalla de La Fère-Champenoise, donde lo tomó a su servicio como oficial ordenanza. Estimulado por estos ascensos, Felipe ganó una cruz en Montereau. Testigo de la despedida de Napoleón en Fontainebleau, y fanatizado por este espectáculo, el capitán se negó a poner su espada al servicio de los Borbones. Cuando volvió a casa de su madre, en julio de 1814, la encontró arruinada. Durante las vacaciones se suprimió la beca de José y madame Bridau, cuya pensión procedía del Tesoro del emperador, solicitó en vano que se la pagase el Ministerio del Interior. José, más pintor que nunca y encantado ante estos acontecimientos, pidió a su madre que le permitiese ir al taller de monseñor Regnauld, prometiéndole ganarse la vida. Se consideraba muy preparado en Segundo para poder prescindir de la Retórica.

Capitán a los diecinueve años y condecorado, Felipe, después de haber servido como edecán al emperador en dos campos de batalla, halagaba enormemente el amor propio de su madre; y así, aunque grosero, bullicioso y en realidad sin más mérito que el de la vulgar valentía del militarote, fue para ella el hombre genial; mientras que José, pequeño, enteco, enfermizo, de frente salvaje, amante de la paz y la tranquilidad, que sólo soñaba en la gloria del artista, únicamente había de darle, según ella, tormentos e inquietudes.

El invierno de 1814 a 1815 fue favorable a José, quien, protegido en secreto por la Descoings y por Bixiou, alumno de Gros, fue a trabajar a este célebre taller, de donde salieron tan diversos ingenios, y donde trabó una íntima amistad con Schinner. Cuando estalló la revuelta del 20 de marzo, el capitán Bridau, que se reunió con el emperador en Lyon y lo acompañó a las Tullerías, fue nombrado jefe de escuadrón de los Dragones de la Guardia. Después de la batalla de Waterloo, en la que resultó herido ligeramente y donde ganó la cruz de oficial de la Legión de Honor, se encontró al lado del mariscal Davout en Saint-Denis y no formó parte del ejército del Loira; así, merced a la protección del gran mariscal Davout, le fueron respetadas su cruz de oficial y su graduación; pero lo pusieron a media paga. José, inquieto por el futuro, estudió durante este período con un ardor que le hizo enfermar muchas veces en medio de este huracán de acontecimientos.

—Es el olor de la pintura —decía Ágata a madame Descoings—. Tendría que abandonar un oficio que le perjudica tanto la salud.

Todas las ansiedades de Ágata se concentraban entonces en su hijo el teniente coronel; volvió a verlo en 1816, cuando había descendido a los nueve mil francos de haberes que recibía un comandante de los Dragones de la Guardia Imperial, a una media paga de trescientos francos mensuales; le hizo arreglar la buhardilla que estaba encima de la cocina, en la que invirtió algunos de sus ahorros. Felipe fue uno de los bonapartistas más asiduos del café Lemblin, verdadera Beocia constitucional; allí

adquirió las costumbres, los modales, el estilo y la vida de los oficiales a media paga; y, como hubiera hecho cualquier joven de veintiún años se mostró más papista que el Papa, jurando con seriedad un odio mortal a los Borbones, con los que no quiso colaborar, rehusando incluso las ocasiones que se le presentaron de ingresar en los regimientos de línea con su grado de teniente coronel. A los ojos de su madre, Felipe parecía mostrar un gran carácter.

—Su padre no hubiera hecho más —decía.

La media paga bastaba a Felipe, quien no costaba nada a su casa, mientras José era una carga para las dos viudas. A partir de aquel momento, Ágata ya no ocultó la predilección que sentía por Felipe. Hasta entonces aquella preferencia se había mantenido en secreto, pero la persecución de que era víctima un fiel soldado del emperador, el recuerdo de la herida recibida por aquel hijo querido, su valor en la adversidad, que, aunque voluntaria, era para ella una noble adversidad, hicieron desbordar la ternura de Ágata que, diciendo: “¡Es desgraciado!”, lo justificaba todo.

José, cuyo carácter tenía aquella sencillez que suele abundar al principio de la vida en el alma de los artistas, criado además en cierta admiración por su hermano mayor, lejos de lamentarse de la preferencia de su madre, la justificaba compartiendo aquel culto por un valiente que había transmitido las órdenes de Napoleón en dos batallas, por un herido de Waterloo. ¿Cómo poner en duda la superioridad de aquel gran hermano, que había visto con el bello uniforme verde y oro de los Dragones de la Guardia, mandando su escuadrón en el Campo de Marte? A pesar de su preferencia, Ágata seguía siendo una madre excelente: amaba a José, pero sin ceguera; sencillamente, no lo comprendía. José adoraba a su madre, mientras que Felipe se dejaba adorar por ella. Sin embargo, el dragón dulcificaba ante su madre su brutalidad soldadesca; pero no disimulaba el desprecio que le inspiraba José, aunque lo manifestaba de una manera amistosa. Al ver a su hermano, dominado por su poderosa cabeza enflaquecido por su constante y terco trabajo, enclenque y enfermizo a sus diecisiete años, lo llamaba “chiquillo”. Sus modales, siempre protectores, hubieran resultado ofensivos de no ser por la despreocupación del artista, que creía en la bondad oculta bajo el exterior brutal de los soldados. José aún no sabía, pobrecillo, que los militares de verdadero talento son suaves y corteses como todos los hombres superiores. El genio siempre se manifiesta de la misma manera.

—¡Pobre muchacho! —decía Felipe a su madre—. No hay que molestarlo, dejémosle que se divierta.

Este desdén, a los ojos de su madre, parecía una prueba de ternura maternal.

—Felipe siempre querrá a su hermano y lo protegerá —pensaba.

En 1816, José obtuvo permiso de su madre para convertir en taller el desván contiguo a su buhardilla, y la Descoings le dio un poco de dinero para que se comprase los adminículos indispensables al *oficio de pintor*; pues, según las ideas de las dos viudas, la pintura no era más que un oficio.

Con el entusiasmo y el ardor que acompañan siempre a la vocación, José lo

dispuso todo de su propia mano en su modesto taller. El propietario, a requerimiento de madame Descoings, hizo abrir el techo y puso en él un bastidor. El desván se convirtió en una vasta sala que José pintó de color chocolate; colgó en los muros algunos bocetos; Ágata puso en ella, no sin pesar, una pequeña estufa de hierro, y así José pudo trabajar en su casa sin negligir por ello el taller de Gros ni el de Schinner.

Por esta época, el partido Constitucional, sostenido principalmente por los oficiales a medio sueldo y el partido bonapartista, organizó tumultos frente a la Cámara en nombre de la Carta, de la que nadie quería oír hablar, y urdió numerosas conspiraciones. Felipe, que participo en ellas, fue detenido para ser puesto en libertad por falta de pruebas, pero el ministro de la Guerra, le suprimió la media paga poniéndole en un cuadro que se podría calificar de disciplinario. Francia ya no era defendible y Felipe terminaría por caer en una trampa tendida por los agentes provocadores. Entonces se hablaba mucho de agentes provocadores. Mientras Felipe jugaba al billar en los cafés sospechosos, perdiendo el tiempo, se acostumbró a degustar copitas de diferentes licores. Entretanto, el gran hombre de la familia inspiraba una zozobra mortal a Ágata. Los tres sabios de Grecia se habían acostumbrado a hacer el mismo camino todas las noches, a subir la escalera de las dos viudas, y encontrarlas esperándoles y a punto de pedirles sus impresiones del día. Les era imposible renunciar a aquella costumbre, y por lo tanto tenían que ir todos los días a echar su partidita en el pequeño salón verde. El Ministerio del Interior, depurado en 1816, conservó a Claparon, uno de esos sujetos temblones que dan a media voz las noticias del *Moniteur*, añadiendo: “¡No me comprometáis!”. Desroches, jubilado poco tiempo después del viejo Du Bruel, disfrutaba aún su pensión. Aquellos tres amigos, testigos de la desesperación de Ágata, le aconsejaban que hiciese viajar al coronel.

—Se habla de conspiraciones y vuestro hijo, con su carácter, será víctima de algún complot, pues los traidores abundan.

—¡Es de la madera con que su emperador hacía los mariscales, qué diablo! —dijo Du Bruel en voz baja, mirando a su alrededor, y no debe abandonar su profesión. Que se vaya a servir al Oriente, a las Indias...

—¿Y su salud? —observó Ágata.

—¿Por qué no se busca un empleo? —dijo el viejo Desroches—. ¡Hay tantas empresas particulares! Yo voy a entrar como jefe de oficina en una compañía de Seguros, así que esté fijada la pensión de mi retiro.

—Felipe es un soldado; lo único que le gusta es la guerra —dijo la belicosa Ágata.

—En tal caso, debería sentar la cabeza y alistarse en el nuevo régimen...

—¿Servir a éstos? —exclamó la viuda—. ¡Oh, yo jamás le aconsejaré semejante cosa!

—Os equivocáis —prosiguió Du Bruel—. El duque de Navarreins acaba de colocar a mi hijo. Los Borbones se portan muy bien con los que se pasan a ellos

sinceramente. Vuestro hijo sería nombrado teniente coronel en un regimiento.

—Únicamente quieren a nobles en la caballería; no será nunca coronel —se quejó la Descoings.

Ágata, asustada, suplicó a Felipe que se fuese al extranjero, para entrar al servicio de otra potencia, que acogería con agrado a un oficial que había sido ordenanza del emperador.

—¿Servir a unos extranjeros?... —exclamó Felipe con horror.

Ágata abrazó a su hijo con efusión, diciendo:

—Es su padre de pies a cabeza.

—Tienes razón —dijo José—. El francés está demasiado orgulloso de su columna Vendome para defender otras columnas. ¡Además, quizá Napoleón aún volverá otra vez!

Para complacer a su madre, Felipe concibió entonces la magnífica idea de reunirse con el general Lallemand en los Estados Unidos, para cooperar a la fundación del Campo de Asilo, uno de los más terribles engaños conocidos bajo el nombre de Suscripciones Nacionales. Ágata dio diez mil francos de sus economías y gastó otros mil para acompañar y embarcar a su hijo en El Havre. A finales de 1817 Ágata se las arregló para vivir con los seiscientos francos que le restaban de su inscripción en el Gran Libro; después, siguiendo una feliz inspiración, invirtió inmediatamente los diez mil francos restantes de sus economías, que le proporcionaron otros seiscientos francos de renta. José quiso cooperar a esta abnegada obra: se vistió como un pobre: se puso gruesos zapatones, medias azules, no quiso llevar guantes y quemó carbonilla; se alimentaba de pan, de leche y de queso de Brie. El pobre muchacho sólo recibía alientos de la vieja Descoings y de Bixious, su condiscípulo y compañero de taller, que ejecutaba entonces sus admirables caricaturas, ocupando al propio tiempo un empleo subalterno en un Ministerio.

—¡Con qué alegría vi llegar el verano de 1818! —dijo a menudo Bridau, al recordar sus miserias de entonces—. El sol me evitó tener que comprar carbón.

Dominaba ya el color tanto como Gros, y sólo visitaba a su maestro para consultarle cosas; por entonces acariciaba la idea de arremeter contra los clásicos, de romper con el convencionalismo griego y los límites en los que se quería encerrar a un arte al que la naturaleza pertenece tal como es, con todo el poder de sus creaciones y de sus fantasías. José se preparaba para su lucha que, a partir del día de 1823 en que se presentó en el Salón de Otoño ya no había de cesar. Aquel año fue terrible: Roguin, el notario de madame Descoings y madame Bridau, desapareció llevándose las retenciones de siete años hechas sobre el usufructo, y que ya debían producir dos mil francos de renta. Tres días después de este desastre, llegó de Nueva York una letra de cambio de mil francos girada por el coronel a nombre de su madre. El pobre muchacho, burlado como tantos otros, lo había perdido todo en el Campo de Asilo. Aquella letra iba acompañada de una carta, que hizo derramar copiosas lágrimas a

Ágata, la Descoings y José, en la que hablaba de las deudas contraídas en Nueva York, donde los compañeros de infortunio salían fiadores por el coronel.

—Fui yo quien le obligó a embarcarse —exclamó la pobre madre, deseosa como siempre de justificar las faltas de Felipe.

—No os aconsejo —dijo la vieja Descoings a su sobrina— que le hagáis hacer muchos viajes como éste.

Madame Descoings tenía un temple heroico. Seguía dando sus mil escudos a madame Bridau, pero continuaba también jugando al mismo terno que, desde 1799, no había vuelto a salir premiado. Hacia esta época, empezó a poner en duda la buena fe de la Administración. Acusó al Gobierno, creyéndolo muy capaz de suprimir los tres números de la urna a fin de provocar las apuestas furiosas de los accionistas. Después de pasar rápidamente revista a sus recursos, pareció imposible reunir mil francos sin vender una porción de la renta. Las dos mujeres hablaron de empeñar los cubiertos de plata, una parte de la ropa blanca o los muebles sobrantes. Y José asustado ante estas proposiciones, fue a ver a Gérard para exponerle su situación, y el gran pintor consiguió que el Ministerio de la Casa del Rey le encargase dos copias del retrato de Luis XVIII, a razón de quinientos francos cada una. Aunque poco dadivoso, Gros acompañó a su alumno a la tienda del comerciante que le vendía los colores, al que dijo que pusiera en su cuenta los artículos que José precisase adquirir. Pero los mil francos sólo eran pagaderos a la entrega de las copias. José hizo entonces cuatro pinturas de caballete en diez días, las vendió a unos marchantes y reunió los mil francos, con los cuales su madre pudo hacer frente al vencimiento de la letra. Ocho días después, llegó una segunda carta, en la que el coronel anunciaba a su madre que embarcaba en un paquebote, cuyo capitán lo admitía fiado en su palabra. A continuación, Felipe manifestaba que necesitaba al menos otros mil francos para cuando desembarcase en El Havre.

—Bien —dijo José a su madre—. Para entonces ya habré terminado las copias y tú podrás llevarle los mil francos.

—¡Mi querido José! —exclamó Ágata, llorosa, abrazándolo—. Que Dios te bendiga. ¡Ve que también quieres mucho a este pobre perseguido! Es nuestra gloria y todo nuestro porvenir. ¡Tan joven, tan valiente y tan desdichado! Todo se pone contra él; seamos al menos tres para defenderlo.

—Como ves, mamá, la pintura también sirve para algo —exclamó José, contento de que su madre le diese finalmente permiso para que fuese un gran artista.

Madame Bridau corrió a esperar a su hijo bienamado, el coronel. Una vez en El Havre, fue todos los días hasta más allá de la torre redonda construida por Francisco I, para esperar el paquebote americano, concibiendo de día en día más crueles inquietudes. Únicamente las madres saben hasta qué punto estos sufrimientos infunden nueva vida a la maternidad. El paquebote llegó una hermosa mañana del mes de octubre de 1819, sin averías y sin haber encontrado la menor tempestad.

Incluso en los hombres más brutales, el aire de la patria y la visión de una madre

no deja de producir cierto efecto, en especial después de un viaje lleno de privaciones. Así, pues, Felipe se entregó a unas efusiones sentimentales que hicieron pensar a Ágata: “¡Ah, cuánto me quiere!”. Mas, por desgracia, el oficial sólo quería a una persona en el mundo, y esta persona era el coronel. Sus desdichas en Texas, su estancia en Nueva York, en aquel país donde la especulación y el individualismo alcanzan el grado más elevado, donde la brutalidad de los intereses linda con el cinismo, donde el hombre, esencialmente aislado, se ve obligado a apelar a sus propias fuerzas y convertirse constantemente en juez de su propia causa, donde la cortesía no existe; en fin, los menores avatares de aquel viaje desarrollaron en Felipe las malas inclinaciones del soldadote: se convirtió en un hombre brutal, bebedor, fumador, egoísta y grosero; la miseria y los sufrimientos físicos lo degradaron. Además, el coronel se consideraba perseguido. El efecto de esta impresión consiste en convertir a los hombres sin inteligencia en perseguidores e intolerantes. Para Felipe, el universo empezaba en su cabeza y terminaba a sus pies, y el sol únicamente brillaba para él. Y, para rematarlo, el espectáculo de Nueva York, interpretado por aquel hombre de acción, terminó con sus últimos escrúpulos en cuestión de moralidad. Las personas de su calaña sólo conciben dos maneras de ser: creen o bien no creen; poseen todas las virtudes del hombre honrado, o se abandonan a todas las exigencias de la necesidad; después se acostumbran a erigir a sus menores intereses y sus caprichos momentáneos en necesidad. Con este sistema, se puede ir muy lejos. El coronel había conservado, aunque sólo en su apariencia, la franqueza, la campechanía y la despreocupación del militar. Esto lo hacía enormemente peligroso pues parecía ingenuo como un niño, pero, como solo pensaba en él, nunca hacía nada sin haber reflexionado previamente, del modo como un astuto procurador reflexiona ante la última jugarreta de maese Gonin; las palabras no le costaban nada y por lo tanto no las escatimaba. Si por desgracia alguien no aceptaba las explicaciones con las cuales pretendía justificar las contradicciones existentes entre su conducta y su lenguaje, el coronel, que era un magnífico tirador de pistola, capaz de desafiar al maestro de armas más hábil, y que poseía la sangre fría de todos aquéllos para quienes la vida es indiferente, se aprestaba a exigir una explicación de la menor palabra que considerase ofensiva; pero esto no le impedía pasar a los hechos, evitando así todo arreglo. Su imponente estatura, se había hecho rotunda, tenía la tez bronceada por su estancia en Texas, conservaba su laconismo y el tono cortante del hombre obligado a hacerse respetar en medio de la población de Nueva York.

Con este físico, sencillamente vestido y con el cuerpo visiblemente endurecido por sus recientes penalidades, Felipe apareció ante su pobre madre como un héroe, pero sencillamente se había convertido en lo que el pueblo, con enérgica expresión, suele llamar una *pieza*. Afligida ante la miseria de su querido hijo, madame Bridau le hizo confeccionar un guardarropa completo en El Havre; al escuchar el relato de sus desdichas, no se sintió con fuerzas para impedirle que bebiese, que comiese y que se divirtiese como debía beber y divertirse un hombre que volvía del Campo de Asilo.

Desde luego, fue una bella concepción la de la conquista de Texas por los restos de los ejércitos imperiales; pero fracasó más por los hombres que por las cosas, pues hoy en día Texas es una república con un brillante porvenir. Esta experiencia del liberalismo bajo la Restauración demuestra de manera harto elocuente que sus intereses eran puramente egoístas y no tenían nada de nacionales, y que únicamente giraban en torno al poder. No fallaron los hombres, ni el lugar, ni la idea ni la abnegación, sino más bien los escudos y la ayuda de aquel hipócrita partido que disponía de sumas enormes y que no dio nada cuando se trató de reconquistar un imperio.

Las amas de casa de las características de Ágata poseen una discreción natural que les hace adivinar estos engaños políticos. La pobre madre entrevió entonces la verdad a través de lo que le contaba su hijo; pues en interés del proscrito, había escuchado durante su ausencia las pomposas declaraciones de los periódicos constitucionales, siguiendo el movimiento de aquella famosa suscripción, que apenas consiguió reunir ciento cincuenta mil francos, cuando hacían falta de cinco a seis millones. Los jefes del liberalismo no tardaron en darse cuenta de que hacían el juego a Luis XVIII al exportar de Francia los gloriosos restos de nuestros ejércitos, y abandonaron a los más fieles, los más ardientes y los más entusiastas que fueron los primeros en ofrecerse. Ágata no pudo explicar nunca a su hijo que, mucho más que un hombre perseguido era un incauto. Dominada por la fe que tenía en su ídolo, se acusó de ignorancia y lamentó que Felipe hubiese sido víctima de aquella época desgraciada. En todas aquellas miserias, en efecto, él había sido más bien una víctima de su noble carácter, de su energía, de la caída del emperador, de la doblez de los liberales y de la saña con que los Borbones persiguieron a los Bonapartistas. De todo aquello él no tenía la culpa. Durante aquella semana que pasaron en El Havre, y que resultó horriblemente dispendiosa, ella no se atrevió a pedirle que se reconciliase con el gobierno real y que se presentase al ministro de la Guerra: ya hizo bastante con sacarlo de El Havre, donde la vida es espantosamente cara, para llevárselo a París, cuando sólo le quedó el dinero para el viaje. La Descoings y José, que esperaban al proscrito, cuando éste se apeó en el patio de las Mensajerías Reales, se sobresaltaron al ver lo alterado que estaba el semblante de Ágata.

—Tu madre ha envejecido diez años en dos meses —dijo la Descoings a José, en medio de los abrazos y mientras descargaban las dos maletas.

—Buenos días, tía Descoings —fue la tierna salutación del coronel pará la vieja abacera, que José llamaba afectuosamente mamá Descoings.

—No tenemos dinero para pagar el fiacre —dijo Ágata con voz quejumbrosa.

—Ya lo tengo yo —le respondió el joven pintor—. Mi hermano tiene un color magnífico —exclamó al ver el aspecto de Felipe.

—Sí, me he ennegrecido como una pipa. En cambio, tú no has cambiado, pequeño.

José, que tenía entonces veintiún años y ya era muy apreciado por algunos amigos

que le ayudaron en sus días de prueba, estaba seguro de sus fuerzas y tenía conciencia de su talento; representaba la pintura en un cenáculo formado por gente joven cuya vida estaba consagrada a las ciencias, a las letras, a la política y a la filosofía. Por lo tanto, le hirió aquella expresión desdeñosa, subrayada además por su hermano con un gesto: Felipe le retorció la oreja como si fuese un niño. Ágata observó entonces la aparente frialdad que sucedió en la Descoings y en José a sus tiernas efusiones; pero se percató de ello mientras les hablaba de los sufrimientos que tuvo que soportar Felipe durante su destierro.

La Descoings, deseosa de festejar el regreso del hijo que ella llamaba pródigo, pero en voz baja, preparó una opípara cena a la que invitó al viejo Claparon y a Desroches padre. Todos los amigos de la casa desfilaron por ella aquella noche. José había invitado a León Giraud, d'Arthez, Michel Chrestien, Fulgence Ridal y Bianchon, sus amigos del Cenáculo. La Descoings dijo a Bixiou, su supuesto ahijado, que los jóvenes harían un *ecarté*. Desroches hijo, que por implacable voluntad del padre había terminado la licenciatura de Derecho, también asistió a la velada. Du Bruel, Claparon, Desroches y el abate Loraux se dedicaron a estudiar al proscrito, cuyo porte y modales groseros, la voz alterada por las frecuentes libaciones, la fraseología popular y la mirada los asustaron. Así, mientras José disponía las mesas de juego, los más asiduos de la casa rodearon a Ágata para preguntarle:

—¿Qué pensáis hacer con Felipe?

—No lo sé —respondió ella—; pero sigue empeñado en no servir a los Borbones.

—Es muy difícil encontrarle un empleo en Francia. Si no vuelve a ingresar en el ejército, no se colocará tan prontamente en la administración —dijo el viejo Du Bruel—. Desde luego, basta con oírlo para ver que no tendrá el recurso, como mi hijo, de las obras teatrales para hacer fortuna.

Por el movimiento de ojos mediante el cual Ágata respondió, todos comprendieron hasta qué punto la inquietaba el porvenir de su hijo; y, como ninguno de sus amigos podía ofrecerle recursos, todos guardaron silencio. El proscrito, Desroches hijo y Bixiou jugaban al *ecarté*, juego que entonces hacía furor.

—Mamá Descoings, mi hermano no tiene dinero para jugar —fue a decir José al oído de aquella buena y excelente mujer.

La accionista de la Lotería Real fue a buscar veinte francos y los entregó al artista, quien los deslizó en secreto en la mano de su hermano. Empezaron a llegar invitados. Se organizaron dos mesas de *boston* y la velada se animó. Felipe se mostró mal jugador. Después de haber ganado mucho al principio, empezó a perder; y a las once ya debía cincuenta francos a Desroches hijo y a Bixiou. El tumulto y las disputas de la mesa de *ecarté* resonaron más de una vez en los oídos de los apacibles jugadores de *boston*, que observaban a Felipe a hurtadillas. El proscrito dio pruebas de tan mal talante que, en su última discusión, en la que se vio metido Desroches hijo, que tampoco se distinguía por sus modales, Desroches padre, aunque su hijo tenía razón, no se la dio y le prohibió seguir jugando. Madame Descoings hizo otro tanto

con su nieto, quien comenzó a dirigir frases tan agudas e intencionadas, pero sutiles, que Felipe no las comprendió, pero que podían poner en peligro al cruel bromista, en el caso de que una de sus flechas envenenadas penetrase en la espesa inteligencia del coronel.

—Debes de estar fatigado —dijo Ágata al oído de Felipe—. Ven, te acompañaré a acostarte.

—Los viajes forman a la juventud —dijo Bixiou sonriendo, cuando el coronel salió en compañía de madame Bridau.

José, que se levantaba con el alba y se acostaba muy temprano, no vio el final de aquella velada. A la mañana siguiente, Ágata y la Descoings, que preparaban el desayuno en la primera pieza, no pudieron por menos de pensar que las veladas resultarían excesivamente dispendiosas si Felipe continuaba jugando a aquel juego, según expresión de la Descoings. La anciana, pues entonces tenía setenta y seis años, propuso vender su mobiliario, devolver sus habitaciones del segundo piso al propietario del inmueble, que no deseaba otra cosa, convertir el salón de Ágata en dormitorio y la primera pieza en un salón-comedor. De esta manera economizarían setecientos francos anuales. Aquella supresión de gastos permitiría dar cincuenta francos al mes a Felipe, en espera de que encontrase un empleo. Ágata aceptó aquel sacrificio. Cuando el coronel bajó y después de que su madre le hubo preguntado si se había encontrado bien instalado en su pequeña habitación, las dos viudas le expusieron la situación de la familia. Reuniendo sus ingresos, madame Descoings y Ágata poseían cinco mil trescientos francos de renta, y de éstos, los cuatro mil de la Descoings eran vitalicios. La Descoings pasaba una pensión de seiscientos francos a Bixiou, que había reconocido como nieto suyo desde hacía seis meses, y seiscientos francos a José. El resto de sus ingresos, así como los de Ágata, servirían para la manutención de la familia y otros gastos. Todas las economías habían sido devoradas.

—Tranquilizaos —dijo el teniente coronel—. Buscaré un empleo; no quiero seros una carga; de momento no os pido más que techo y comida.

Ágata abrazó a su hijo y la Descoings deslizó cien francos en la mano de Felipe, para que pagase las deudas del juego contraídas las víspera. En diez días se hicieron la venta del mobiliario, la devolución del segundo piso y los cambios interiores del de Ágata, con aquella celeridad que sólo se ve en París. Durante aquellos días, Felipe salió con regularidad después del desayuno, regresando solo para comer, saliendo de nuevo por la noche y volviendo a acostarse alrededor de medianoche. Éstas fueron las costumbres que aquel militar licenciado contrajo casi maquinalmente y que arraigaron: se hacía lustrar los zapatos, en el Puente Nuevo, por dos sueldos que pagaba, tomando por el puente de las Artes para ir al Palais-Royal, donde bebía dos vasitos de aguardiente leyendo los periódicos, ocupación que le duraba hasta mediodía; a esta hora, echaba rue Vivienne abajo para dirigirse al café Minerve, donde a la sazón se cocía la política liberal y donde jugaba al billar con antiguos oficiales.

Tanto si ganaba como si perdía, Felipe se echaba siempre al coleteo tres o cuatro copitas de diversos licores y fumaba diez cigarros yendo, viniendo y vagando por las calles. Por la noche, después de fumarse unas pipas en el fumadero del Café Holandés, subía a la sala de juego alrededor de las diez, el empleado de la sala le daba un naípe y un alfiler; interrogaba a varios jugadores de nota para saber cómo estaban aquella noche el Rojo y el Negro, y se jugaba diez francos en el momento más oportuno, sin jugar nunca más de tres veces, perdiese o ganase. Cuando ganaba, lo que sucedía casi siempre, se tomaba una taza de ponche y regresaba a su buhardilla; pero entonces hablaba de dar una paliza a los ultras, a los guardias de corps y cantaba en las escaleras: “¡Veamos por la salvación del Imperio!”.

Su pobre madre, al oírlo, decía:

—Felipe está contento esta noche —y subía a abrazarle, sin reparar en los fétidos olores del ponche, las copitas y el tabaco.

—Debes de estar contenta de mí, ¿verdad, mi querida mamá? —le dijo él a fines de enero—. Llevo la vida más regular del mundo.

Felipe cenó cinco veces en el restaurante, con antiguos camaradas de armas. Aquellos viejos soldados se comunicaron el estado de sus respectivos asuntos y hablaron de las esperanzas que hacía concebir la construcción de un navío submarino, para liberar al emperador. Entre los antiguos camaradas, Felipe sentía un particular afecto por un viejo capitán de los Dragones de la Guardia, llamado Giroudeau, en cuya compañía hizo las primeras armas. Aquel antiguo dragón fue la causa de que Felipe completase lo que Rabelais llamaría el séquito del diablo, añadiendo a la copita, al tabaco y al juego, “una cuarta rueda”.

Una noche, a principios de febrero, Giroudeau llevó a Felipe, después de cenar, a la Gaité, a un palco propiedad de un periodicucho teatral perteneciente a su sobrino Finot. Él llevaba la caja y las escrituras de dicho periódico, para el que también confeccionaba y colocaba el enfajado. Vestidos a la moda de los oficiales bonapartistas pertenecientes a la oposición constitucional, o sea con una amplia levita de cuello cuadrado, abrochada hasta la barbilla, cuyos faldones casi se arrastraban por el suelo y adornada con el botón de la Legión de Honor, armados con un bastón de puño emplomado que sujetaban con una correa de cuero trenzado, los dos antiguos soldados eran inseparables y al entrar en el palco dejaban de tener secretos entre ambos. A través de los vapores de varias botellas y numerosas copitas de numerosos licores, Giroudeau señaló el escenario para mostrar a Felipe una actriz pequeña, gordezuela y ágil, llamada Florentina, cuyos encantos y afecto había conseguido, lo mismo que el palco, por intermedio del todopoderoso periódico.

—Pero —preguntó Felipe—, ¿hasta dónde llegan sus favores para con un viejo soldado manchado de blanco y gris como tú?

—¡Gracias a Dios —respondió Giroudeau—, no he abandonado las viejas y saludables doctrinas de nuestro glorioso uniforme! Nunca he gastado un céntimo para una mujer.

—¿Cómo? —exclamó Felipe, llevándose el índice al ojo izquierdo.

—Como oyes —respondió Giroudeau—. Pero, de ti para mí, te diré que en este asunto pesa mucho el periódico. Mañana, en una gacetilla, aconsejaremos a la administración del teatro que haga bailar un paso a mademoiselle Florentina. ¡A fe mía, mi querido amigo, me siento feliz!

"¡Vaya! —pensó Felipe—. Si este respetable Giroudeau, pese a tener el cráneo tan mondo cómo mi rodilla, cuarenta y ocho años, vientre voluminoso, cara de vendimiador y nariz de patata, es amigo de una actriz, yo debería serlo de la primera actriz de París. "

—¿Dónde se encuentran estas cosas? —dijo en voz alta a Giroudeau.

—Esta noche te enseñaré la carta de Florentina. Aunque mi Dulcinea sólo gane cincuenta francos al mes en el teatro, gracias a un antiguo comerciante de sedas llamado Cardot, que le pasa quinientos francos al mes, vive de una manera bastante desahogada.

—Sí, pero... —dijo el celoso Felipe.

—¡Bah! —respondió Giroudeau—. El verdadero amor es ciego.

Terminado el espectáculo, Giroudeau llevó a Felipe a casa de mademoiselle Florentina, que vivía a dos pasos del teatro, en la rue de Crussol.

—Portémonos bien —le dijo Giroudeau—. Florentina vive con su madre; como tú comprenderás, yo no dispongo de los medios de pagarle una, y la buena mujer es su madre de verdad. Había sido portera, pero no le falta inteligencia. Se llama Cabirolle; tú trátala de señora, ella se paga mucho de estas cosas.

Florentina tenía aquella noche en su casa a una amiga, una tal María Godeschal, bella como un ángel, fría como una bailarina y además alumna de Vestris, que le auguraba los más altos destinos coreográficos. Mademoiselle Godeschal, que entonces quería debutar en el Panorama Dramático bajo el nombre de Mariette, contaba con la protección de un primer gentilhomme de la Cámara, a quien Vestris hacía tiempo que la tenía que presentar. Vestris, aún impopular por aquel entonces, no encontraba todavía a su alumna bastante dotada. La ambiciosa María Godeschal hizo famoso su seudónimo de Mariette; pero su ambición era muy digna de elogio, sin embargo. Tenía un hermano que era pasante en el bufete de Derville. Ambos hermanos, huérfanos y pobres, pero que se querían, vieron la vida tal como es en París: él quería hacerse abogado para establecer a su hermana, y vivía con diez sueldos al día; ella había decidido fríamente hacerse bailarina y aprovechar tanto su belleza como sus piernas para adquirirle un bufete a su hermano. Fuera de sus mutuos sentimientos, de sus intereses y de su vida común, todo, para ellos, era bárbaro, extranjero y enemigo, como antaño para los romanos y hebreos.

Aquella amistad tan bella, y que nada alteraría, la explicaba Mariette a aquellos que la conocían íntimamente. Los hermanos vivían entonces en el octavo piso de una casa de la vieja rue du Temple. Mariette empezó a estudiar a la edad de diez años y entonces contaba dieciséis primaveras. Más por desgracia, al no estar realzada por un

atavío adecuado, su belleza delicada, oculta bajo un chal de piel de conejo, provista de humilde calzado, vestida de indiana y mal arreglada, sólo podían adivinarla los parisienses aficionados a perseguir las modistillas y seguir la pista de las bellezas desgraciadas.

Felipe se enamoró de Mariette. Ésta vio en Felipe el comandante de los Dragones de la Guardia, el oficial que había sido ayudante del emperador, el joven de veintisiete años y el placer de mostrarse superior a Florentina a causa de la evidente superioridad de Felipe sobre Giroudeau. Florentina y Giroudeau, él para complacer a su camarada, ella para dar un protector a su amiga, impulsaron a Mariette y Felipe a contraer un matrimonio *al temple*. Esta expresión del lenguaje parisiense corresponde a la de *matrimonio morganático*, empleada por los reyes y las reinas. Felipe, al salir, confesó su miseria a Giroudeau, pero el viejo astuto lo tranquilizó al instante.

—Hablaré de ti a mi sobrino Finot —le dijo—. El reinado de los parlanchines y de las frases ha llegado, Felipe, y debemos sometemos a él. Hoy el escritorio lo es todo. La tinta sustituye a la pólvora y la palabra ha reemplazado a las balas. A pesar de todo, estos sapitos de redactores son muy ingeniosos y unos buenos muchachos. Ven a verme mañana al diario y expondré en dos palabras tu situación a mi sobrino. Dentro de poco tiempo, tendrás un puesto en un periódico. Mariette —que en estos momentos (no quiero engañarte) te acepta porque no tiene nada, ni compromiso, ni posibilidad de debutar, y a quien he dicho que entrarías como yo en un periódico—, Mariette te demostrará que te ama por ti mismo y tú la creerás. ¡Haz como yo, mantenía como figurante mientras puedas! Yo estaba tan enamorado que, cuando Florentina quiso bailar un paso, pedí a Finot que exigiese su debut, pero mi sobrino me dijo: “Esta chica tiene talento, ¿verdad? Pues bien, el día en que baile su paso, también te hará salir bailando por la puerta de su casa”. ¡Oh, así es Finot! Ya verás que mozo tan avisado.

Al día siguiente, a las cuatro, Felipe se presentó a un pequeño entresuelo de la rue du Sentier, donde vio a Giroudeau enjaulado como un animal feroz en una especie de gallinero provisto de gatera y en el que había una estufita, una mesita, dos sillitas y trocitos de leña. Aquella covachuela estaba presidida por estas mágicas palabras: “Oficina de Suscripción”, que se destacaban sobre la puerta en letras negras, y por la palabra “Caja” escrita a mano y colgada encima de la ventanilla enrejada. Adosado a la pared que miraba al despacho del capitán, había un banquito en el que entonces desayunaba un inválido al que le faltaba un brazo, y que Giroudeau llamaba Coloquinte, sin duda a causa del color egipcio de su tez.

—¡Muy bonito! —dijo Felipe examinando esta pieza—. ¿Y qué haces aquí, tú que participaste en la carga del pobre coronel Chabert en Eylau? ¡Caracoles! ¡Mil caracoles, unos oficiales superiores!...

—¡Pues bien, sí! Todos los caracoles que quieras, pero aquí tienes a un oficial superior extendiendo recibos para un periódico —dijo Giroudeau, encasquetándose su bonete de seda negro—. Y, además, soy el editor responsable de estas payasadas

—dijo, mostrando el periódico.

—Y yo, que fui a Egipto, ahora voy al Timbre —dijo el inválido.

—Silencio, Coloquinte —le ordenó Giroudeau—. Estás en presencia de un valiente que llevó las órdenes del emperador en la batalla de Montmirail.

—¡Presente! —dijo Coloquinte—. En esa batalla perdí el brazo que me falta.

—Coloquinte, vigila la tienda, que subo a ver a mi sobrino.

Los dos antiguos militares subieron a una buhardilla del cuarto piso, que se abría al fondo del corredor, en la que encontraron a un joven de mirada pálida y fría, tendido en un mal canapé. Aquel sujeto no se molestó en moverse, limitándose a ofrecer cigarras a su tío y al amigo de su tío.

—Amigo mío —le dijo Giroudeau con tono dulce y humilde—, aquí tienes al valiente jefe de escuadrón de la Guardia Imperial de quien te hablé.

—¿Hola, qué tal? —dijo Finot mirando de arriba abajo a Felipe, quien perdió toda su energía, como Giroudeau, ante el diplomático de la prensa.

—Mi querido sobrinito —dijo Giroudeau, esforzándose por representar el papel de tío—, el coronel regresa de Texas.

—¡Ah, también habéis terminado en Texas, en el campo del Asilo! Sin embargo, aún sois muy joven para convertirlos en un Soldado Labrador.

Esta acerba indirecta solo pueden comprenderla los que recuerdan el diluvio de grabados, de biombos, de bronce y de yesos a que dio lugar la idea del *Soldado Labrador*, imagen grandiosa de la suerte que corrieron Napoleón y sus valientes, que acabó por engendrar numerosos vodeviles. Esta idea produjo al menos un millón, y en los rincones perdidos de las provincias aún se encuentran *Soldados Labradores*, sobre papeles de habitaciones. Si aquel joven no hubiese sido el sobrino de Giroudeau, Felipe le hubiera dado un par de cachetes.

—Sí, allí terminé, y perdí doce mil francos y el tiempo —repuso Felipe, intentando sonreír.

—¿Y continuáis queriendo al emperador? —dijo Finot.

—Es mi dios —contestó Felipe Bridau.

—¿Sois liberal?

—Estaré siempre en la Oposición Constitucional. ¡Oh! ¡Foy, Manuel, Laffitte! ¡Éstos sí que son hombres! ¡Nos librarán de estos miserables que han vuelto siguiendo al extranjero!

—Bien —repuso fríamente Finot—, hay que sacar partido de vuestra desgracia, pues sois una víctima de los liberales, amigo mío. Seguid siendo liberal si queréis ser fiel a vuestras opiniones, pero amenazad a los liberales con revelar iniquidades de Texas. No habéis recibido ni un céntimo de la suscripción nacional, ¿no es verdad? Pues bien, estáis en una magnífica situación para pedirles cuentas. Voy a deciros lo que va a sucederos: va a crearse un nuevo periódico de la oposición, patrocinado por diputados de la Izquierda; vos seréis el cajero, con un sueldo de mil escudos. Será un cargo eterno. Basta con que os procuréis veinte mil francos de fianza; encontradlos y

estaréis colocado dentro de ocho días. Yo aconsejaré que os ofrezcan la plaza como medio para librarse de vos. ¡Pero gritad, y gritad fuerte!

Giroudeau dejó descender unos escalones a Felipe, que se deshacía en muestras de agradecimiento, y dijo a su sobrino:

—¡Vaya, no está mal! A él le das esto, y a mí me retienes aquí con mil doscientos francos.

—Ese periódico no durará ni un año —respondió Finot—. Para ti tengo algo mejor.

—¡Pardiez! —dijo Felipe a Giroudeau—. ¡Tu sobrino no es ningún zoquete! No se me había ocurrido, ciertamente, sacar partido de mi situación, como él dice.

Por la noche, en el Café Lemblin y en el Café Minerva, Felipe se puso a despotricar contra el partido liberal que hace suscripciones, que le envía a uno a Texas, que habla hipócritamente de los Soldados Labradores, que dejaba a los valientes sin ayuda, en la miseria, después de haberles birlado veinte mil francos y haberlos paseado de una parte a otra durante dos años.

—Pienso pedir cuentas de la suscripción para el Campo de Asilo —dijo a uno de los parroquianos del Café Minerva, quien lo repitió a un periodista de izquierdas.

Felipe no volvió a la rue Mazarine; fue a casa de Mariette para comunicarle la noticia de que iba a colaborar con un periódico que debía de tener diez mil suscriptores, y que apoyaría fervorosamente sus aspiraciones coreográficas. Ágata y la Descoings esperaron a Felipe medio muertas de miedo, pues el duque de Berry acababa de ser asesinado. A la mañana siguiente, el coronel se presentó unos instantes después del desayuno; cuando su madre le manifestó las inquietudes que le había inspirado su ausencia, él montó en cólera, preguntando si aún no era mayor de edad.

—¡Pardiez, os traigo una buena noticia y parecéis dos catafalcos! El duque de Berry ha muerto; bien, tanto mejor, uno menos. Yo voy a entrar como cajero de un periódico, con un sueldo de mil escudos. Así no tendréis que preocuparos ya por mí.

—¿Es posible? —dijo Ágata.

—Sí, si podéis pagarme una fianza de veinte mil francos; únicamente se trata de depositar vuestra inscripción de mil trescientos francos de renta. Cobraréis igualmente dos semestres.

Desde hacía más de dos meses, las dos viudas, que se esforzaban por saber qué hacía Felipe, dónde y cómo podrían colocarlo, experimentaron tal júbilo ante esta perspectiva, que dejaron de pensar en las diversas catástrofes del momento. Por la noche, el viejo Du Bruel, el moribundo Claparon y el inflexible Desroches padre, que constituían los sabios de Grecia, se mostraron unánimes: todos aconsejaron a la viuda que saliese fiadora de su hijo. El periódico, constituido por suerte antes del asesinato del duque de Berry, paró el golpe que entonces asestó M. Decaze a la Prensa. La inscripción de mil trescientos francos de la viuda Bridau sirvió para sostener la fianza de Felipe, que fue nombrado cajero. Aquel buen hijo prometió entonces dar cien francos mensuales a las dos viudas en concepto de pensión

completa, y fue proclamado hijo modelo. Los que le auguraron un mal porvenir felicitaron a Ágata.

—Lo habíamos juzgado mal —dijeron.

El pobre José, para no ser menos que su hermano, trató de bastarse a sí mismo, y lo consiguió. Tres meses después, el coronel, que comía y bebía por cuatro, que se hacía el remilgado y obligaba a las dos viudas a participar en los gastos de su mesa, so pretexto de su pensión, aún no había dado ni un céntimo. Ni su madre ni la Descoings, por delicadeza, querían recordarle su promesa. Transcurrió aquel año sin que ni una sola de aquellas monedas, que León Gozlan llama con tanta energía “un tigre de cinco garras”, hubiese pasado del bolsillo de Felipe a la casa. Bien es verdad que por lo que a esto respecta, el coronel había conseguido acallar sus escrúpulos de conciencia, pues apenas cenaba con su familia.

—En fin, es feliz —decía su madre—, está tranquilo y tiene un empleo.

Gracias a la influencia del folletín que redactaba Vernou, un amigo de Bixiou, de Finot y de Giroudeau, Mariette debutó, no en la Gaité, sino en la Porte Saint-Martin, donde tuvo éxito al lado de la Bégrand. Entre los directores de aquel teatro había entonces un rico y fastuoso general, enamorado de una actriz, y que se había convertido en empresario por ella. En París siempre hay individuos enamorados de actrices, de bailarinas o de cantantes que se hacen directores de teatro por amor. Aquel general conocía a Felipe y a Giroudeau. Al contar con la ayuda del periodicucho de Finot y el de Felipe, el debut de Mariette fue una cuestión que quedó tanto más rápidamente arreglada entre los tres oficiales, cuanto que parece que todas las pasiones son solidarias cuando se trata de cometer locuras. El malicioso Bixiou no tardó en confiar a su abuela y a la devota Ágata que el cajero Felipe, el valiente sin tacha, amaba a Mariette, la célebre bailarina de la Porte Saint-Martin. Esta noticia, archisabida, cayó como un rayo en el hogar de las dos viudas: en primer lugar, los sentimientos acendradamente religiosos de Ágata hacían que mirase a las mujeres de teatro como engendros del infierno; además, ambas se hallaban convencidas de que aquella clase de mujeres vivían de oro, bebían perlas y arruinaban a las fortunas más grandes.

—Tate, tate —dijo José a su madre—. ¿Creéis a mi hermano tan imbécil para dar dinero a su Mariette? Esas mujeres sólo arruinan a los ricos.

—Se habla ya de contratar a Mariette en la Ópera —dijo Bixiou—. Mas no temáis, madame Bridau: el cuerpo diplomático frecuenta la Porte Saint-Martin, y esta linda jovencita no seguirá mucho tiempo con vuestro hijo. Ya se habla de un embajador, que está loco por ella. ¡Otra noticia! Claperon padre ha muerto; lo entierran mañana y su hijo, que ahora es banquero y nada en oro y plata, ha encargado un entierro de tercera. ¡Qué falta de modales la de ese chico! ¡Estas cosas no suceden ni en China!

Poseído de su codicia, Felipe propuso a la bailarina que se casase con él; pero, la víspera de ingresar en la Ópera, mademoiselle Godeschal lo rechazó, ya fuese por

haber adivinado las intenciones del coronel, o por haber comprendido hasta qué punto le era necesaria la independencia para hacer fortuna. Durante el resto de aquel año, Felipe apenas si fue un par de veces a ver a su madre. ¿Dónde estaba? En la caja, en el teatro o en casa de Mariette. En la rue Mazarine nadie sabía nada sobre sus acciones. Giroudeau, Finot, Bixiou, Vernou y Lousteau le veían llevar una vida de placeres. Felipe asistía a todas las fiestas que daban Tullia, una de las primeras bailarinas de la Ópera, Florentine, que reemplazó a Mariette en la Porte Saint-Martin, Florine y Matifat, Coralie y Camusot. A partir de las cuatro, hora en que cerraba la caja, se divertía hasta medianoche; pues siempre había una partida de naipes al anochecer, una opípara cena ofrecida por alguien, una velada, un banquete.

Felipe se hallaba en su elemento. Aquel Carnaval, que duró dieciocho meses, no se vio libre de cuidados. La bella Mariette, cuando debutó en la Ópera en enero de 1821, sometió a su imperio a uno de los duques más brillantes de la corte de Luis XVIII. Felipe trató de luchar contra el duque, pero, a pesar de que la suerte le sonreía en el juego, al llegar la Renovación del mes de abril se vio obligado, arrastrado por su pasión, a tomar dinero del periódico. En el mes de mayo, debía once mil francos a la caja. En aquel mes fatal, Mariette partió hacia Londres, para explotar a los lores mientras construían la sala provisional de la Ópera en el hotel de Choiseul, cito en la rue Lepelletier. El desgraciado Felipe había llegado, como suele suceder, a seguir queriendo a Mariette a pesar de sus flagrantes infidelidades; pero ella únicamente vio en aquel mozo un militar brutal y sin inteligencia, un primer peldaño sobre el que no deseaba permanecer mucho tiempo. Así, previendo el momento en que Felipe se quedaría sin blanca, la bailarina supo buscarse amigos en el periodismo, con los que ya no le hacía falta conservar a Felipe; sin embargo, demostró el reconocimiento propio de esta clase de mujeres, para el primero que, por así decirlo, les allanó las dificultades de la horrible carrera teatral.

Incapaz de impedir a su terrible amante que fuese a Londres, Felipe volvió a sus cuarteles de invierno, por decirlo con una de sus expresiones, y ocupó de nuevo su buhardilla de la rue Mazarme, donde se entregó a sombrías reflexiones al acostarse y al levantarse. Comprendía que le era imposible cambiar de vida. Tenía que seguir viviendo como lo había hecho desde hacía un año. El lujo que reinaba en casa de Mariette, las cenas y los festines, las veladas entre bastidores, la viveza de las personas llenas de ingenio y los periodistas, los rumores que producían su llegada, todas las caricias resultantes para los sentidos y la vanidad; aquella vida, que únicamente se encuentra en París y que todos los días ofrece algo nuevo, se había convertido en algo más que una costumbre para Felipe; constituía para él una necesidad, como el tabaco y las copitas. Así es que tuvo que reconocer que no podía vivir sin aquellos continuados goces. La idea del suicidio le vino en mientes, no a causa del déficit que tarde o temprano se descubriría en la caja, sino a causa de la imposibilidad de vivir con Mariette y en la atmósfera de placeres en que se regodeaba desde hacía un año. Abrumado por estas sombrías ideas, entró por primera vez en el

taller de su hermano, al que encontró trabajando con blusa azul en la copia de un cuadro para un marchante.

—¿Es así como se hacen los cuadros? —dijo Felipe para entrar en materia.

—No —repuso José—; así es como se copian.

—¿Cuánto te pagan por esto?

—Una insignificancia..., doscientos cincuenta francos, pero así estudio la técnica de los grandes maestros, me instruyo y descubro los secretos del oficio. Ahí tienes uno de mis cuadros —le dijo, indicándole con el pincel un esbozo, de colores todavía húmedos.

—¿Y qué ingresas anualmente, ahora?

—Por desgracia, de momento sólo me conocen los pintores. Cuento con la ayuda de Schinner, que me procurará algunos encargos en el castillo de Presles, adonde iré en octubre para hacer arabescos, encuadres y adornos; muy bien pagados por el conde de Sérizy. Y con esas chapuzas y los encargos de los chamarileros, podré ganar de mil ochocientos a dos mil francos, con todos los gastos pagados. ¡Bah! Pienso presentar ese cuadro a la próxima Exposición. Si gusta, asunto concluido. Y a mis amigos les gusta.

—Yo no entiendo de eso —dijo Felipe con una voz dulce que obligó a José a mirarlo.

—¿Qué te pasa? —preguntó el artista a su hermano, al verlo pálido como un muerto.

—Quiero saber cuánto tiempo necesitas para sacarme un retrato.

—Trabajando sin parar y si el tiempo es claro, lo terminaría en tres o cuatro días.

—Es un plazo excesivamente largo, pues sólo dispongo del día de hoy. Hubiera querido dejarle mi retrato a mi pobre madre, que tanto me quiere. En fin, no hablemos más de ello.

—¿Es que te vas otra vez de viaje?

—Me voy para un viaje del que no se regresa —dijo Felipe, con un tono de forzada alegría.

—¡Vamos, Felipe, cuéntame qué te pasa! Si es algo grave, puedes decírmelo; soy un hombre, no soy ningún necio. Me preparo a librar duros combates, y, si lo que hace falta es discreción, sabré tenerla.

—¿De veras?

—Palabra de honor.

—¿No dirás nada a nadie?

—No, a nadie.

—Pues bien: voy a saltarme la tapa de los sesos.

—¿Ah, sí? ¿Vas a batirte en duelo?

—Voy a matarme.

—¿Y por qué?

—Tomé once mil francos de la caja y mañana tengo que hacer el balance; eso

disminuirá a la mitad mi fianza y nuestra pobre madre quedará con seiscientos francos de renta. Esto es lo de menos, pues más adelante podré darle una fortuna; pero de momento estoy deshonrado. No quiero vivir en el deshonor.

—No quedarás deshonrado si los devuelves, pero perderás el empleo y no te quedarán más que los quinientos francos de tu cruz. Y con quinientos francos se puede vivir.

—¡Adiós! —dijo Felipe, descendiendo rápidamente sin querer oír nada.

José abandonó el taller y bajó a desayunar a casa de su madre, pero la confianza que le había hecho Felipe le había quitado el apetito. Se llevó aparte a la Descoings y le comunicó la terrible noticia. La anciana lanzó una exclamación de espanto, dejó caer un cazo de leche que llevaba en la mano y se desplomó sobre una silla. Ágata vino corriendo. De exclamación en exclamación la fatal verdad fue declarada a la madre.

—¡Faltar a su honor él! ¡El hijo de Bridau tomar dinero de la caja que le ha sido confiada!

La viuda temblaba de pies a cabeza; sus ojos se agrandaron, se hicieron fijos, se sentó y rompió en llanto.

—¿Dónde está? —exclamó sin dejar de sollozar—. ¡Quizá se ha arrojado al Sena!

—No hay que desesperar —dijo la Descoings— porque el pobre muchacho haya encontrado a una mala mujer, que le ha hecho cometer locuras. ¡Buen Dios, no se ven pocos casos parecidos! Felipe ha sido tan desdichado hasta su regreso, ha tenido tan pocas ocasiones de ser feliz y de verse amado, que no hay que sorprenderse de la pasión que siente por esa mujerzuela. ¡Todas las pasiones hacen cometer excesos! ¡Yo también tengo un reproche que hacerme a ese respecto, y sin embargo me considero una mujer honrada! ¡Una sola falta no constituye el vicio! ¡Además, si bien se mira, sólo los que no hacen nada no se equivocan nunca!

Ágata estaba hasta tal punto desesperada, que la Descoings y José se vieron obligados a quitar importancia a la falta de Felipe, diciéndole que en todas las familias sucedían casos parecidos.

—Pero él tiene veintiocho años —se lamentó Ágata— y ya no es un niño.

Frase terrible y que revela hasta que punto la conducta de su hijo preocupaba a la pobre madre.

—Mamá, te aseguro que sólo pensaba en tus dificultades y en el perjuicio que te ha causado —le dijo José.

—¡Oh, Dios mío, que vuelva, que viva, y se lo perdono todo! —exclamó la pobre mujer, que en su imaginación ya veía el horrible cuadro de Felipe siendo retirado del agua.

Un sombrío silencio reinó durante algunos instantes. El día transcurrió en las más crueles alternativas. Los tres se lanzaban a la ventana del salón al oír el menor ruido, y se entregaban a una multitud de conjeturas. Durante el tiempo en que su familia se afligía, Felipe hacía tranquilamente el balance de su caja. Tuvo la audacia de decir, al

presentar cuentas, que, temiendo que sucediese algo, se llevó los once mil francos a su casa. El desvergonzado salió a las cuatro, tomando quinientos francos más a la caja, para subir fríamente al salón de juego, en el que no había vuelto a poner los pies desde que ocupaba aquel empleo, pues se daba perfecta cuenta de que un cajero no puede frecuentar las casas de juego. Aquel joven no se hallaba desprovisto de cálculo. Su conducta posterior, además, demuestra que se parecía más a su abuelo Rouger que a su virtuoso padre. Quizás hubiera sido un buen general, pero, en su vida privada, fue uno de esos desalmados profundos que ocultan sus mañas y sus malas acciones detrás del biombo de la legalidad y bajo el techo discreto de la familia.

Felipe supo conservar toda su sangre fría en aquella comprometida coyuntura. Empezó ganando y llegó a reunir hasta seis mil francos; pero se dejó deslumbrar por el deseo de terminar su incertidumbre de una vez. Abandonó el Treinta y Cuarenta al enterarse de que en la ruleta acababa de salir dieciséis veces el negro; fue a jugarse cinco mil francos al rojo, y el negro volvió a salir por decimoséptima vez. Puso entonces un billete de mil francos sobre el negro y ganó. Pese a esta sorprendente perseverancia de la casualidad, tenía la cabeza fatigada y, aunque lo notaba perfectamente, quiso continuar, pero el sentido adivinatorio, que aconseja a los jugadores, y que procede por destellos, estaba ya alterado. Surgieron intermitencias, que son la ruina de los jugadores. La lucidez, lo mismo que los rayos del sol, sólo produce efecto cuando se prolonga en línea recta, y sólo adivina a condición de no interrumpir la mirada; los saltos caprichosos de la fortuna la desorientan. Felipe lo perdió todo. Después de pruebas tan fuertes, las almas más despreocupadas y más intrépidas se quebrantan. Pero al volver a su casa, Felipe no pensaba en su promesa de suicidarse, pues jamás había abrigado el propósito de matarse. Tampoco pensaba ni en su empleo perdido, ni en la fianza comprometida, ni en su madre, ni en Mariette, causa de su ruina; caminaba maquinalmente.

Cuando entró, su madre, con el rostro bañado en llanto, la Descoings y su hermano se le echaron al cuello, lo abrazaron y lo condujeron jubilosos junto a la chimenea.

“¡Toma! —se dijo—. Mi declaración produjo su efecto”.

Aquel monstruo adoptó entonces una expresión de circunstancias, facilitada por las emociones que experimentó en el juego, que lo habían dejado verdaderamente abrumado. Al ver a su terrible benjamín pálido y deshecho, la pobre madre se arrodilló ante él, le besó las manos, se las puso sobre el corazón y le dirigió una larga y amorosa mirada, con los ojos anegados en llanto.

—Felipe —le dijo con voz ahogada—. Prométeme que no te matarás, y lo olvidaremos todo.

Felipe miró a su hermano, enternecido, a la Descoings, con los ojos llenos de lágrimas y se dijo: “¡Qué buenos son!”.

Tomó entonces a su madre entre sus brazos, la alzó, la sentó sobre sus rodillas, la estrechó contra su pecho y le dijo al oído, abrazándola:

—¡Me has dado la vida por segunda vez!

La Descoings encontró el medio de servir una cena excelente, regada con dos botellas de vino añejo y un poco de licor de las islas, tesoro procedente de su antiguo fondo.

—¡Ágata, tiene que fumarse uno de sus cigarros! —dijo a los postres, ofreciendo cigarros a Felipe.

Las dos pobres mujeres habían supuesto que, consintiendo a todos los caprichos del mozo, éste sentiría amor por la casa y apego por la vida hogareña, y ambas se esforzaron por acostumbrarse al humo del tabaco, que detestaban. Felipe ni siquiera se dio cuenta de este inmenso sacrificio. Al día siguiente, Ágata había envejecido diez años. Una vez calmadas sus inquietudes, la reflexión se impuso, y la infeliz mujer no pudo pegar ojo durante aquella horrible noche. Su renta quedaría reducida a seiscientos francos. Como todas las mujeres gordas y golosas, la Descoings, afligida por una tozuda tos catarral, cada vez estaba más pesada; sus pasos, en las escaleras, resonaban como hachazos; podía morir de un momento al otro y con ella desaparecerían cuatro mil francos. ¿No era ridículo contar con aquellos recursos? ¿Qué hacer? ¿Qué partido tomar?

Decidida a ponerse a velar enfermos antes que convertirse en una carga para sus hijos, Ágata no pensaba en ella. ¿Pero qué haría Felipe, reducido a los quinientos francos de su cruz de oficial de la Legión de Honor? Desde hacía once años la Descoings, con los mil escudos que aportaba anualmente, había amortizado su deuda casi dos veces, y continuaba sacrificando los intereses de su nieto por los de la familia Bridau. Aunque aquel horrible desastre había lastimado todos los sentimientos probos y rectos de Ágata, ella se decía: “Pobrecillo, no es culpa suya. Ha sido fiel a sus juramentos. Yo hice mal en no casarlo. Si le hubiese encontrado una esposa, no se hubiera enredado con esa bailarina. ¡Es de una constitución tan fuerte! ...”.

La vieja tendera reflexionó también, durante aquella noche, para hallar un medio de salvar el honor de la familia. Por la mañana se levantó y fue a la habitación de su amiga.

—No sois vos ni Felipe quienes deben tratar este delicado asunto. Aunque han muerto nuestros dos viejos amigos, Claparon y Du Bruel, nos queda Desroches padre, que es un hombre muy discreto y juicioso. Iré a verle esta misma mañana. Desroches dirá que Felipe ha sido víctima de la confianza que depositó en un amigo; que su carácter, débil bajo este aspecto, no lo capacita para llevar una caja. Lo que le ha pasado ahora podría repetirse. Será preferible que Felipe presente la dimisión, para evitar que lo despidan.

Ágata, al ver que por medio de esta mentira oficiosa el honor de su hijo quedaría a salvo, al menos a los ojos de los extraños, abrazó a la Descoings, que salió para arreglar el sórdido asunto. Felipe había dormido con el sueño de los justos.

—¡Es astuta, esta vieja! —dijo, sonriendo, cuando Ágata le explicó la causa del

retraso del desayuno.

El viejo Desroches, el último amigo de las dos pobres mujeres y que, pese a su genio endiablado, no había olvidado nunca que fue Bridau quien lo colocó, llevó a cabo, como un consumado diplomático, la delicada misión que le confió la Descoings. Fue a cenar con la familia, para advertir a Ágata que fuese a firmar al día siguiente en el Tesoro, que estaba en la rue Vivienne, la transferencia de la parte de la renta vendida, y que retirase el cupón de seiscientos francos que le quedaba.

El viejo empleado no salió de aquella afligida mansión sin obtener antes que Felipe firmase una petición dirigida al ministro de la Guerra, en la que solicitaba ser admitido nuevamente en los cuadros del ejército. Desroches prometió a las dos mujeres apoyar la petición en las oficinas del Ministerio, y aprovechar el triunfo obtenido por el duque sobre Felipe en el corazón de la bailarina, para obtener la protección de aquel gran señor.

—Antes de tres meses, será teniente coronel en el regimiento del duque de Maufrigneuse, y os habréis librado de él.

Desroches se fue colmado de bendiciones por las dos mujeres y José. En cuanto al periódico, dos meses después, de acuerdo con las previsiones de Finot, cesó de publicarse. Gracias a ello, la falta de Felipe no tuvo ninguna repercusión en el mundo. Pero Ágata, había recibido una profundísima herida en sus sentimientos maternos. Una vez debilitada la fe en su hijo, vivió a partir de entonces en una perpetua angustia, a la que se mezclaba satisfacción cuando veía burladas sus siniestras aprensiones.

Cuando los hombres dotados de valor físico pero viles y cobardes en la moral, como era Felipe, ven que todo continúa su curso a su alrededor después de una catástrofe en que su moralidad ha estado a punto de naufragar, esta complacencia de la familia o de las amistades es para ellos una prima de aliento. Cuentan con la impunidad: su espíritu lleno de doblez, sus pasiones satisfechas les llevan a estudiar la manera como han conseguido burlar las leyes de la sociedad y entonces se convierten en seres terriblemente hábiles y astutos.

Quince días después, Felipe, convertido nuevamente en un hombre ocioso y hastiado, reanudó fatalmente su vida de café, sus paradas embellecidas por copitas de licor, sus largas partidas de billar con ponche, sus sesiones de noche en la sala de juego, donde arriesgaba deliberadamente una puesta insignificante y obtenía pequeñas ganancias, que bastaban para el mantenimiento de su desorden. Frugal en apariencia, para engañar mejor a su madre y a la Descoings, llevaba un sombrero casi mugriento, pelado en el borde y en las alas, unas botas remendadas, una levita raída en la que apenas brillaba el botón rojo, oscurecido por su larga permanencia en el ojal y manchado por gotas de licor o de café. Sus guantes verdosos de piel de gamo le duraban una eternidad. Por último, sólo desechó su cuello de raso cuando ya casi era irreconocible.

Mariette fue el único amor de aquel mozo. Así, la traición de aquella ingrata le

endureció mucho el corazón. Cuando por casualidad conseguía alguna ganancia inesperada, o cuando cenaba con su viejo camarada Girondeau, Felipe se dirigía a la Venus de las esquinas con una especie de desdén brutal para todo el bello sexo. Sin embargo, vivía con cierta regularidad, desayunando y cenando en su casa, y volviendo a ella todas las noches alrededor de la una.

Tres meses de esta vida horrible devolvieron cierta confianza a la pobre Ágata. En cuanto a José, que trabajaba en el magnífico cuadro que cimentó su reputación, puede decirse que vivía en el taller. Fiada en las palabras de su nieto, la Descoings que creía en la gloria de José, prodigaba cuidados maternales al pintor; le llevaba el desayuno por las mañanas, le hacía recados, le limpiaba las botas. El pintor sólo se dejaba ver durante la cena, y pasaba las veladas con sus amigos del Cenáculo. Leía mucho y se daba aquella profunda y grave instrucción que sólo obtiene uno mismo, y a la que todos los hombres de talento se han entregado entre los veinte y los treinta años. Ágata, que apenas veía a José, por el que no experimentaba ninguna inquietud, sólo vivía para Felipe, que era el único que le hacía sufrir las alternativas de temores súbitamente despiertos y de terrores calmados que, hasta cierto punto, constituyen la vida de los sentimientos y que son tan necesarias a la maternidad como al amor. Desroches, que acostumbraba a venir una vez por semana para visitar a la viuda de su antiguo jefe y amigo, le daba esperanzas, diciéndole que el duque de Maufrigneuse había solicitado que Felipe ingresara en su regimiento y que el ministro de la Guerra había pedido que le hiciesen uniforme; y como el nombre de Bridau no figuraba en ninguna lista de la policía ni en ningún expediente de palacio, todo auguraba que Felipe recibiría el oficio notificándole su incorporación al servicio activo a primeros de año. Para conseguir sus propósitos, Desroches movilizó a todas sus amistades, y sus confidentes de la prefectura de policía le revelaron que Felipe iba todas las noches a las salas de juego. Creyó entonces necesario confiar este secreto únicamente a la Descoings, pidiéndole que vigilase al futuro teniente coronel, pues un escándalo podría echarlo todo a rodar; de momento el ministro de la Guerra no se molestaría en averiguar si Felipe era jugador. Y cuando hubiese jurado de nuevo la bandera, el teniente coronel abandonaría sin duda una pasión hija de la ociosidad.

Ágata, a quien nadie iba a visitar ya por las noches, leía sus oraciones al amor de la lumbre, mientras la Descoings se echaba las cartas, interpretaba sus sueños y aplicaba las reglas de la *cábala* a sus apuestas. Aquella jugadora obstinada no se perdía un sorteo de la lotería: seguía a vueltas con su terno, que aún no había salido premiado. El dichoso terno pronto cumpliría veintiún años, o sea que estaba punto de alcanzar la mayoría de edad. La vieja accionista ponía muchas esperanzas en esta pueril circunstancia. Uno de los números quedó siempre en el fondo de los bombos desde que la lotería fue creada; así, la Descoings solía pedir aquel número y todas las combinaciones posibles de aquellas tres cifras. El último colchón de su cama servía de escondrijo para las economías de la pobre anciana; ella lo descosía, metía en él la moneda de oro robada a sus necesidades, bien envuelta en un pedazo de lana, y luego

cosía de nuevo el colchón. Quería arriesgar todos sus ahorros, en el último sorteo de París, comprando todas las combinaciones de su terno favorito. Esta pasión, objeto de una condena tan universal, no ha sido nunca estudiada. Nadie ve en ella el opio de la miseria. La lotería, el hada más poderosa del mundo, quizá sirve para hacer concebir mágicas esperanzas. El giro de la ruleta, que hace ver a los jugadores montañas de oro y de placeres, es breve como un relámpago, mientras que la lotería presta cinco días de existencia a este magnífico relámpago. ¿Cuál es hoy la potencia social que, por cuarenta sueldos, puede dar la felicidad durante cinco días y entregar de manera ideal todas las dichas de la civilización? El tabaco, gravamen mil veces más inmoral que el juego, destruye el cuerpo, ataca la inteligencia y embrutece a una nación; mientras que la lotería no causa la menor desdicha de esta clase. Sin embargo, esta pasión tenía que disciplinarse forzosamente, ajustándose de acuerdo con la distancia que separaba a los sorteos y el bombo predilecto para cada jugada. La Descoings sólo jugaba los números que salían en el bombo de París. Con la esperanza de ver triunfar a aquel terno alimentado durante veinte años, se sometió a enormes privaciones para poder participar con entera libertad en el último sorteo del año. Cuando tenía sueños cabalísticos, pues no todos los sueños correspondían a los números de la lotería, iba a explicárselos a José, pues éste era el único que la escuchaba, no sólo sin regañarla, sino prodigándole aquellas palabras amables con que los artistas consuelan las locuras del alma. Todos los grandes talentos respetan y comprenden las auténticas pasiones; se las explican y hallan sus raíces en el corazón o en la cabeza. Según José, su hermano era amigo del tabaco y los licores, su vieja mamá Descoings era amiga de los ternos y su madre era amiga de Dios. En cuanto a Desroches hijo, era amigo de los procesos, Desroches padre era amigo de pescar con caña y todo el mundo, afirmaba, era amigo de algo determinado. En cuanto a él, buscaba en todo el bello ideal: amaba la poesía de Byron, la pintura de Géricault, la música de Rossini y las novelas de Walter Scott.

—Todos tenemos nuestros gustos, mamá —decía—. Aunque más bien parece que vuestro terno sea eterno.

—¡Saldrá, tú serás rico y mi pequeño Bixiou también lo será!

—Dadlo todo a vuestro nieto —exclamaba José—. ¡Por lo demás, haced como os plazca!

—Si sale, tendré bastante para todos. En primer lugar, tú tendrás un hermoso taller, e irás a los Italianos para pagar tus modelos y los colores. ¿Sabes, hijo mío, que no me haces representar un papel muy airoso en este cuadro?

Para economizar, José había hecho posar a la Descoings para su magnífico cuadro que representaba a una joven cortesana conducida por una vieja alcahueta a la mansión de un senador veneciano. Aquel cuadro, una de las obras maestras de la pintura moderna, que el propio Gros tomó por un Ticiano, preparó de manera maravillosa a los jóvenes artistas, para que reconociesen y proclamasen la superioridad de José en el Salón de 1823.

—Los que os conocen ya saben bien como sois —le respondió con donosura—. ¿Y por qué inquietaros por los que no os conocen?

Desde hacía unos diez años, la Descoings había adquirido las tonalidades maduras de una manzana reineta por Pascua. Sus arrugas se formaron en la plenitud de sus carnes, que se habían vuelto frías y blanduchas. Los ojos, llenos de vida, parecían animados por un pensamiento aún joven y vivaz, que podía pasar por un pensamiento ávido, pues en el jugador siempre hay algo de avidez. Su rostro mofletudo mostraba las huellas de un profundo disimulo y de una segunda intención enterrada en el fondo de su alma. Su pasión exigía secreto. Los movimientos de sus labios delataban levemente su glotonería. Así, aunque fuese una mujer digna y excelente, su aspecto se prestaba a engaño. Así, pues, representaba un modelo admirable para la celestina que Bridau quería pintar. Coralie, joven actriz de una belleza sublime, muerta en la flor de la edad y que había sido la amante de un joven poeta llamado Luden de Rubempré, amigo de Bridau, le dio la idea para este cuadro.

Este bello lienzo fue tachado de imitación, aunque fuese una magnífica composición formada por tres retratos. Michel Chrestien, uno de los jóvenes miembros del Cenáculo, prestó su cabeza republicana para el senador. José puso en ella unos toques de madurez, exagerando al propio tiempo los rasgos de la Descoings. Aquel gran cuadro que hizo tanto ruido y que suscitó tantos odios, tantas envidias y tantas admiraciones, no pasaba a la sazón de ser un simple esbozo; pero obligado a interrumpir su ejecución para atender a cuadros de encargo a fin de vivir, José copiaba las obras de los antiguos maestros, para empaparse de su técnica; merced a ello su pincel es uno de los más sabios que existen. Su buen sentido de artista le sugirió la idea de ocultar a su madre y a la Descoings las ganancias que empezaba a cosechar, viendo en ambas una causa de ruina, la primera por su amor desmedido por Felipe y la segunda por su afición a la lotería.

La sangre fría demostrada por el soldado en su catástrofe, el mezquino cálculo oculto bajo las supuestas ideas de suicidio que José descubrió, el recuerdo de las faltas cometidas en una carrera que no hubiera debido abandonar, y, en fin, mil y un detalles de la conducta de su hermano, terminaron por abrir los ojos de José. Los pintores raramente están desprovistos de esta perspicacia: ocupados durante días enteros, en el silencio de sus talleres, a trabajos que les dejan hasta cierto punto el pensamiento libre, se parecen un poco a las mujeres; su espíritu puede girar en torno a los hechos menudos de la vida, penetrando su oculto sentido.

José adquirió uno de esos magníficos cofres, que entonces aún no estaban de moda, con el que decoró un rincón de su taller en el que la luz danzaba sobre los bajorrelieves, dando lustre a aquella obra maestra de los artesanos del siglo XVI. Descubrió un doble fondo en el arcón, que le sirvió para guardar una cantidad como fondo de previsión. Con la confianza propia de los verdaderos artistas, solía poner el dinero que destinaba a sus gastos del mes en una calavera puesta sobre el arcón. Desde que su hermano había vuelto al hogar, encontraba un constante desacuerdo

entre el importe de sus gastos y el de aquella suma. Los cien francos del mes desaparecían con una rapidez increíble. Al no encontrar nada después de haber gastado únicamente cuarenta y cincuenta francos, la primera vez se dijo: “¡Dijérase que mi dinero ha tomado la posta!”. La segunda vez, prestó más atención a sus gastos; pero por más que contó como Robert Macaire dieciséis y cinco no hacían veintitrés, y las cuentas no fallan. Al descubrir por tercera vez un error aún más considerable, comunicó sus preocupaciones a la vieja Descoings, por la que se sentía amado con aquel amor maternal, tierno, confiado, crédulo y entusiasta que le faltaba a su madre, por buena que fuese con él, y que es tan necesario para los artistas que empiezan como los cuidados de la clueca a sus polluelos, hasta que éstos echan la pluma. Sólo a ella podía confiar sus horribles sospechas. Estaba tan seguro de sus amigos como de sí mismo, y, desde luego, la Descoings no le había quitado nada para jugar a la lotería; y ante la idea que expresó, la pobre mujer se retorció las manos; Felipe, pues, era el único al que podía achacarse aquel pequeño hurto doméstico.

—¿Por qué no me pide lo que necesita? —exclamó José, poniendo color sobre la paleta y mezclando todas las tonalidades sin darse cuenta—. ¿Podría negárselo acaso?

—Pero esto es robar a un hermano —exclamó la Descoings, cuyo rostro expresaba el horror más completo.

—No —repuso José—. Puede hacerlo por ser precisamente mi hermano; mi bolsa es la suya, pero debería advertírmelo.

—Pon esta misma mañana una cantidad fija de dinero y no la toques —le aconsejó la Descoings—. Yo sabré quien viene a tu taller; y si sólo es él quien entra, podrás estar seguro de quien es el culpable.

Al día siguiente, José tenía la prueba de que era su hermano quien hacía desaparecer aquellas cantidades. Felipe entraba en el taller en ausencia de José, para hurtarle las pequeñas sumas que necesitaba. El artista se echó a temblar, pensando en su pequeño tesoro.

—¡Espera y verás! Te pescaré, buen mozo —dijo a la Descoings, riendo.

—Y harás bien; debemos darle un correctivo, pues yo también encuentro a faltar a veces dinero de mi bolso. Pero el pobrecillo no puede pasarse sin tabaco; está acostumbrado a fumar.

—Sí, llámadle pobrecillo, llámadle pobrecillo —repuso el artista—. Pero yo os digo que soy del parecer de Fulgence y de Bixiou: Felipe no hace más que tomarnos el pelo; primero se metió a político y hubo que enviarlo a América, lo que costó doce mil francos a nuestra madre; no supo encontrar nada en las selvas del Nuevo Mundo y su regreso fue tan costoso como su partida. So pretexto de haber repetido dos palabras de Napoleón a un general, Felipe se cree un gran militar, que está obligado a sacar la lengua a los Borbones; entretanto, se divierte, viaja, ve sitios nuevos; os aseguro que no entiendo la razón de sus desdichas, pues es de los que están bien en todas partes. Después mi hermanito encuentra un empleo excelente, se dedica a vivir

como un Sardanápalo con una bailarina de la Ópera, se alza con los fondos del periódico y aún le cuesta otros doce mil francos a nuestra madre. En cuanto a mí, os lo aseguro, todo esto me importa un bledo, pero Felipe matará a disgustos a nuestra pobre madre. ¡Me considera como un don nadie, porque no he estado en los Dragones de la Guardia! Y quizá seré yo quien mantendrá a nuestra pobrecilla madre en su vejez, mientras que si este soldadote continúa así, no se cómo acabará. Bixiou me decía: “¡Ya está hecho un buen farsante, tu hermano!”. Pues bien, vuestro nieto tiene razón: Felipe cometerá alguna calaverada que pondrán en entredicho el honor de la familia, y entonces también tendremos que buscarle otros diez o doce mil francos. Juega todas las noches y cuando vuelve, borracho como una cuba, se le caen en la escalera las cartas marcadas que le han servido para seguir las vueltas de la ruleta. Desroches se afana para hacerlo ingresar en el ejército y yo creo, bajo palabra de honor, que él no tiene el menor deseo de entrar otra vez en el servicio. ¿Quién podría creer que un muchacho con unos ojos azules tan hermosos y límpidos y con ese aspecto de caballero Bayard, se convertiría en un bribón?

Pese a la prudencia y la sangre fría con que Felipe jugaba por la noche, experimentaba de vez en cuando esos arrebatos que conocen todos los jugadores. Impulsado por el deseo irresistible de disponer de su puesta de aquella noche, que ascendía a diez francos, robaba el dinero de su hermano, el que la Descoings dejaba rodar por la casa, o el de su propia madre. Ya por una vez, la pobre viuda tuvo una espantosa visión en su primer sueño: Felipe había entrado en su habitación para limpiarle los bolsillos de su vestido de todo el dinero que contenían. Ágata fingió dormir, pero se pasó el resto de aquella noche llorando. Ya lo veía todo claro. Una falta no es un vicio, solía decir la Descoings; pero, después de constantes reincidencias, el vicio se hizo visible. No podía dudarlo: su hijo amadísimo no tenía delicadeza ni honor.

A la mañana siguiente, después de aquella espantosa visión, cuando ya habían desayunado y antes de que Felipe se fuese, a ella se lo llevó a su habitación para rogarle, con tono de súplica, que le pidiese el dinero que le hiciese falta. Las demandas de dinero se hicieron entonces tan frecuentes que, a los quince días, Ágata había agotado todos sus ahorros. Se encontraba sin un céntimo y pensaba en ponerse a trabajar; durante muchas veladas discutió con la Descoings los medios que podía utilizar para ganar dinero mediante un trabajo. La pobre madre ya había ido a pedir tapicería para remendar los. “Padre de Familia”, trabajo que proporcionaba alrededor de veinte sueldos diarios. Pese a la profunda discreción de su sobrina la Descoings adivinó perfectamente el motivo de este deseo de ganar dinero mediante labores propias de su sexo. Los cambios experimentados por la fisonomía de Ágata, además, ya eran harto elocuentes: su tez fresca se reseca, la piel se pegaba a las sienes, a los pómulos y la frente se llenaba de arrugas, mientras los ojos perdían su transparencia; era evidente que un fuego interior la consumía y lloraba por las noches; pero lo que más ajaba su belleza era la necesidad de ocultar sus dolores, sus sufrimientos y sus

aprensiones. No podía conciliar el sueño hasta que volvía Felipe; lo escuchaba en la calle, había estudiado las inflexiones de su voz, su modo de andar y el ruido de su bastón, que él arrastraba por el adoquinado. Nada le pasaba desapercibido: sabía que Felipe regresaba ebrio, temblaba al oírlo tropezar en la escalera, una noche recogió en ella monedas de oro en el lugar donde él tropezó y cayó; cuando había bebido y ganado al juego, tenía la voz ronca y arrastraba el bastón; pero cuando había perdido, sus pasos tenían algo de seco, contundente y furioso; canturreaba con voz clara y llevaba el bastón al hombro, como un arma; durante el desayuno, cuando había ganado, se mostraba de talante alegre y casi afectuoso; bromeaba con grosería, pero bromeaba, con la Descoings, con José y con su madre; sombrío, en cambio, cuando había perdido, sus palabras breves y lacónicas, su mirada dura y su tristeza causaban espanto.

Aquella vida disoluta y el hábito de los licores cambiaban de día en día aquel semblante que había sido tan atractivo. Las venas del rostro estaban inyectadas en sangre, sus facciones eran abultadas, los ojos perdían las pestañas y se resecan. Y por último, descuidado en lo tocante a su persona, Felipe exhalaba las miasmas del café, y un olor a botas fangosas que a un extraño hubieran parecido el signo distintivo de la crápula.

—Tendríais que haceros un vestido nuevo de pies a cabeza —dijo la Descoings a Felipe los primeros días de diciembre.

—¿Y quién lo pagará? —respondió él con acritud—. Mi pobre madre no tiene un céntimo; yo sólo tengo quinientos francos al año. Necesitaría todo un año de pensión para pagar un traje nuevo, y ya la tengo empeñada por tres años...

—¿Y por qué? —preguntó José.

—Una deuda de honor. Giroudeau tomó mil francos a Florentina para prestármelos... Ya sé que mi aspecto no es muy flamante, pero cuando pienso que Napoleón está en Santa Elena y tiene que vender sus cubiertos de plata para vivir, creo que los soldados que aún le son fieles pueden muy bien ir descalzos —dijo, mostrando sus botas agujereadas. Y salió de la habitación.

—No es un mal chico —dijo Ágata—. Tiene muy buenos sentimientos.

—Se puede amar al emperador e ir aseado —dijo José—. ¡Si cuidase un poco de su aspecto y de sus ropas no parecería un Adán!

—José, debes ser indulgente con tu hermano —dijo Ágata—. Tú haces lo que quieres, mientras que él no ocupa el lugar que le corresponde.

—¿Por qué salió del ejército? —preguntó José—. ¿Qué importa que haya las chinches de Luis XVIII o el cucú de Napoleón en las banderas, si al fin y al cabo son franceses? ¡Francia siempre es Francia! Yo pintaría para el diablo y un soldado debe luchar, si es soldado, por amor al arte. Y si hubiese permanecido tranquilamente en filas, hoy sería general...

—Eres injusto con él —le dijo Ágata—. Tu padre, que adoraba al emperador, hubiera aprobado su conducta. ¡Pero, en fin, ya ha consentido en ingresar de nuevo en

el ejército! Sólo Dios sabe la pena que causa a tu hermano lo que él considera como una traición.

José se levantó para volver al taller pero Ágata le tomó la mano y le dijo:

—¡Sé bueno con tu hermano... es tan desgraciado!

Cuando el artista regresó a su taller, seguido por la Descoings, que le aconsejaba que no hiriese la susceptibilidad de su madre, haciéndole observar de qué modo había cambiado y cuantos sufrimientos interiores revelaba aquel cambio, encontraron allí a Felipe, con gran sorpresa por parte de ambos.

—José, hermanito —le dijo sin tapujos—, necesito dinero. ¡Por mi pipa! Debo treinta francos de cigarros a mi estanquero, y no me atrevo a pasar frente a esa condenada tienda sin pagárselos. Ya se lo ha prometido dos veces.

—Bien, así me gusta más —repuso José—. Toma lo que encuentres en la calavera.

—Pero lo tomé todo anoche, después de cenar.

—Había cuarenta y cinco francos...

—¡Sí, esto es exactamente! —respondió Felipe—. Son los que encontré. ¿He hecho mal? —repuso.

—No, amigo mío, no —respondió el artista—. Si tú fueses rico, yo haría como tú; con la sola diferencia de que, antes de tomarlos, te preguntaría si te importaba que lo hiciese.

—Resulta muy humillante tener que pedir —respondió Felipe—. Preferiría ver que lo tomabas como yo, a la chita callando: así hay más confianza. En el ejército, cuando muere un camarada que tiene un buen par de botas, el que las tiene viejas y usadas se las cambia.

—¡Sí, pero no se las quitan en vida!

—¡Oh, esto son pequeñeces! —repuso Felipe encogiéndose de hombros. ¿Así, no tiene dinero?

—No —contestó José, que no quería revelar su escondrijo.

—Dentro de algunos días seremos ricos —dijo la Descoings.

—Sí, seguís creyendo que vuestro terno saldrá premiado el 25, en el sorteo de París. Será preciso que hagáis una apuesta muy crecida si de veras queréis enriquecernos a todos.

—Un terno y doscientos francos pueden dar tres millones, sin contar los ambos y los extractos determinados.

—¡Para ser la puesta número quince mil, sí, os hacen falta exactamente doscientos francos! —exclamó Felipe.

La Descoings se mordió los labios; había pronunciado unas palabras imprudentes. Felipe, en efecto, se preguntaba en la escalera:

—¿Dónde debe de ocultar esa vieja bruja el dinero de su puesta? ¡Es dinero perdido, que yo sabría emplear tan bien! ¡Con cuatro posturas de cincuenta francos se pueden ganar doscientos mil francos! ¡Esto es algo un poco más seguro que la

posibilidad de que un terno salga premiado!

Resolvió buscar en el piso el lugar donde probablemente la Descoings escondía el dinero. La víspera de las fiestas navideñas, Ágata permanecía mucho tiempo en la iglesia, a donde iba sin duda a confesar y a prepararse para comulgar. Era víspera de Navidad y la Descoings tenía que salir para comprar algunas golosinas con destino a la Nochebuena; pero quizás aprovecharía para comprar la participación. La lotería hacía sorteos cada cinco días, en las calles de Burdeos, de Lyon, de Lila, de Estrasburgo y de París. La lotería de París se sorteaba el 25 de cada mes y las listas se cerraban el 24 a medianoche.

Después de estudiar todas estas circunstancias, el soldado se puso en observación. Alrededor del mediodía, Felipe volvió al piso, del que había salido la Descoings, llevándose la llave. Pero esto no fue una dificultad. Felipe fingió haberse olvidado algo en la vivienda, y pidió a la portera que fuese a buscar a un cerrajero que vivía a dos pasos, en la rue Guénégaud, para que viniese a abrir la puerta. El militarote pensó ante todo en la cama: la deshizo y palpó los colchones antes de examinar la madera; y, al llegar al último colchón, descubrió con el tacto las monedas de oro envueltas en papel. No tardó en descoser la tela y en apoderarse de veinte napoleones; después, sin tomarse la molestia de coser de nuevo la tela, volvió a hacer la cama con suficiente destreza para que la Descoings no se apercibiese de nada.

El jugador se fue al instante, proponiéndose jugar tres veces, de tres en tres horas, y cada vez únicamente diez minutos. Los auténticos jugadores que jugaron a partir de 1786, época en que se creó el juego público, los grandes jugadores que eran el espanto de la administración y que, según la expresión en boga en los garitos, *hacían saltar la banca*, siempre jugaron de esta manera. Pero antes de obtener esta experiencia, había que perder fortunas. Toda la filosofía de la banca y sus ganancias procedía de la impasibilidad de su caja, de las jugadas iguales llamadas el *refait*, cuya mitad pasaba a la banca, y de la insigne bellaquería autorizada por el Gobierno, que consistía en no sostener ni pagar más que de una manera facultativa las apuestas de los jugadores. En una palabra: el juego que se negaba a favorecer al jugador rico y de sangre fría, devoraba la fortuna del jugador necio y testarudo que se dejaba exaltar por el rápido movimiento de aquella máquina. Los que cortaban en el Treinta y Cuarenta iban casi tan de prisa como la ruleta.

Felipe terminó por adquirir aquella sangre fría de general en jefe que permite conservar la mirada clara y la inteligencia despejada en medio del torbellino de las cosas. Alcanzó aquella *alta política* del juego que, digámoslo de paso, hacía vivir en París a un millar de personas lo bastante fuertes para contemplar todas las noches un abismo sin sentir vértigo. Con sus cuatrocientos francos, Felipe resolvió probar fortuna aquella noche. Se metió doscientos francos en las botas, como reserva, y se guardó otros doscientos en el bolsillo. A las tres llegó al salón que entonces ocupaba el teatro del Palais Royal, en el que los banqueros aceptaban las sumas más elevadas. Media hora después, salió con siete mil francos en el bolsillo. Fue a ver a Florentina,

a quien debía quinientos francos, se los devolvió, y la invitó a cenar al *Rocher de Cancale* a la salida del espectáculo.

Al regreso pasó por la rue Du Sentier, donde estaba la redacción del periódico, para avisar a su amigo Giroudeau de la fiesta que se preparaba. A las seis, Felipe ya había ganado veinticinco mil francos, y salió al cabo de diez minutos, fiel a su palabra. Por la noche, a las diez, había ganado setenta y cinco mil francos. Después de la cena, que fue magnífica, Felipe, ebrio y confiado, volvió a la sala de juego alrededor de medianoche. Sin respetar la ley que se había impuesto, jugó durante una hora y duplicó su fortuna. Los banqueros, a quienes había arrancado ciento cincuenta mil francos con su manera de jugar, lo miraban con curiosidad.

“¿Saldrá? ¿Se quedará? —se decían con la mirada—. Si se queda está perdido”.

Felipe creyó tener una racha de buena suerte y se quedó. A las tres de la madrugada, los ciento cincuenta mil francos habían vuelto a la caja de la banca. El oficial, que había ingerido considerables cantidades de grog mientras jugaba, salió en un estado de etilismo que el frío que de pronto se apoderó de él no hizo más que agudizar; pero un empleado de la sala lo siguió, lo tomó del brazo y lo condujo a una de esas horribles casas sobre cuya puerta se leen estas palabras, a la luz de un farol: “Albergue nocturno”. El empleado pagó la estancia del jugador arruinado, al que tendieron vestido sobre la cama, donde permaneció hasta la noche de Navidad. La administración de la casa de juego tenía estos miramientos con sus clientes habituales y los grandes jugadores.

Felipe se despertó a las siete, con la boca pastosa, el rostro abotargado y presa de una fiebre nerviosa. La fuerza de su temperamento le permitió regresar a pie a la casa paterna, en la que había sembrado involuntariamente el duelo, la desolación, la miseria y la muerte.

La víspera, cuando la cena estuvo preparada, la Descoings y Ágata esperaron a Felipe durante casi dos horas. Se sentaron a la mesa a las siete. Ágata se acostaba casi siempre a las diez, pero como quería asistir a la misa del gallo, fue a acostarse así que terminó de cenar. La Descoings y José se quedaron solos al amor de la lumbre, en aquel saloncito que servía para todo, y la anciana le rogó que calculase su famosa puesta, su puesta monstruo, sobre el célebre terno. Quería jugar los ambos y los extractos determinados, para no perder ninguna probabilidad de ganar. Después de saborear a fondo la poesía de aquella jugada, de haber derramado los dos cuernos de la abundancia a los pies de su hijo adoptivo, y de haberle explicado sus sueños demostrándole la certeza que tenía de ganar, sin inquietarse más que por la dificultad que representaría sostener semejante dicha, y esperarlo desde la medianoche hasta el día siguiente a las diez, José, que no veía por parte alguna los cuatrocientos francos de la puesta, creyó prudente recordar este pequeño detalle. La anciana sonrió y lo condujo al antiguo salón, que entonces era su dormitorio.

—¡Ya verás! —dijo.

La Descoings deshizo con rapidez la cama, buscó las tijeras para descoser el

colchón, se caló las antiparras, examinó la tela, vio que la habían abierto y soltó el colchón. Al oír que la anciana exhalaba un suspiro que brotaba de lo más profundo del pecho, y que parecía ahogado por la sangre que fluyó al corazón, José tendió instintivamente los brazos a la vieja accionista de la lotería, y la tendió desvanecida sobre un diván, mientras llamaba a su madre.

Ágata se levantó, se puso una bata y vino corriendo; y, a la luz de una vela, prodigó a su tía desvanecida los remedios caseros: agua de colonia en las sienes, agua fría en la frente; le quemó una pluma bajo la nariz... y por último la hizo volver en sí.

—¡Esta mañana estaban ahí, pero ese monstruo me los ha quitado!

—¿Cómo? —dijo José.

—Tenía veinte luses en el colchón, que eran todos mis ahorros de dos años. Sólo Felipe ha podido quitármelos...

—¿Pero cuándo? —exclamó la pobre madre, abrumada—. ¿Cuándo, si no ha vuelto después de comer?

—Querría equivocarme —exclamó la anciana— pero esta mañana, cuando he mencionado la puesta en el taller de José, he tenido un presentimiento. Hice mal de no bajar en seguida para recoger mis ahorrillos y comprar inmediatamente la participación. Quería hacerlo y no sé por qué no lo he hecho. ¡Ah, sí! ¡Dios mío, le fui a comprar cigarros!

—Pero —dijo José— el piso estaba cerrado. Además, me cuesta creer en semejante infamia. Felipe os habría espiado, habría descosido el colchón, hubiera obrado de una manera premeditada... ¡No es posible!

—Esta mañana, al hacer la cama, los he palpado —repitió la Descoings.

Ágata, espantada, bajó a preguntar si Felipe había vuelto durante el día, y la portera le contó lo que éste había hecho. La madre, herida en el corazón, volvió completamente cambiada. Blanca como el percal de su camisa, andaba como deben de caminar los espectros, sin ruido, lentamente y por efecto de un poder sobrehumano, y, con todo, casi mecánico. Sostenía una bujía en la mano, que la iluminaba de lleno y mostraba sus ojos, inmobilizados por el horror. No se dio cuenta de que sus cabellos se habían desgredado, a causa de un movimiento maquinal de sus manos sobre la frente, y esta circunstancia le confería tan horrible belleza, que José quedó petrificado ante la aparición de aquel remordimiento, ante la visión de aquella estatua del Espanto y la Desesperación.

—Tía —dijo la pobre mujer—. Tomad mis cubiertos. Tengo seis y os pagarán por ellos esa suma, pues he sido yo quien os la quitó para Felipe, creyendo poderla devolver antes de que os dieseis cuenta. ¡Oh, cuánto he sufrido!

Y se sentó. Sus ojos secos y fijos vacilaron entonces un poco.

—Es él quien lo ha hecho —dijo la Descoings en voz baja a José.

—No, no —repuso Ágata—. Tomad mis cubiertos, vendedlos, de nada me sirven, pues comemos con los vuestros.

Fue a su habitación, tomó la caja de los cubiertos, que encontró muy ligera, la

abrió y vio una papeleta del Monte de Piedad. La pobre madre lanzó un grito horrible. José y la Descoings acudieron corriendo, vieron la caja abierta y la sublime mentira de la madre resultó entonces inútil. Los tres permanecieron silenciosos, evitando mirarse. En aquel momento, en un gesto casi de locura, Ágata se llevó un dedo a los labios para recomendar secreto sobre un hecho que ninguno de los tres quería divulgar. Regresaron entonces ante el fuego que ardía en el salón.

—Escuchad, hijos míos —dijo la Descoings—. Tengo el presentimiento de que mi temo saldrá premiado. ¡Ya no pienso en mí, sino en vosotros dos! Felipe —dijo a su sobrina —es un monstruo que no os quiere en absoluto, a pesar de todo lo que habéis hecho por él. Si no adoptáis precauciones, ese miserable os llevará a la tumba. Prometedme que venderéis vuestras rentas, que realizaréis el capital y lo colocaréis en un vitalicio. José tiene un buen oficio, que le permitirá ganarse la vida. Si hacéis como os aconsejo, sobrinita, nunca seréis una carga para José. Monsieur Desroches quiere establecer a su hijo. El pequeño Desroches (tenía entonces veintisiete años) ha abierto un bufete y os pondrá vuestros doce mil francos a renta vitalicia.

José tomó la bujía de manos de su madre y subió precipitadamente a su taller, para regresar con trescientos francos.

—Tened, mamá Descoings —dijo; ofreciéndole su modesto peculio—. No os vamos a preguntar qué haréis con vuestro dinero; os debemos lo que falta y aquí tenéis la suma casi completa.

—¿Tomar tus pobres ahorros, el fruto de tus privaciones que me hacen sufrir tanto? ¿Estás loco, José? —exclamó la vieja accionista de la lotería real de Francia, visiblemente dividida entre la fe absoluta que tenía en su temo y aquella acción, que le parecía un sacrilegio.

—¡Oh!, haced lo que queráis —dijo Ágata, a quien el gesto de su auténtico hijo conmovió hasta hacerle brotar las lágrimas.

La Descoings tomó la cabeza de José entre las manos y lo besó en la frente:

—Hijo mío, no me tientes. Toma, volvería a perder. ¡La lotería no es más que una necesidad!

Jamás se pronunció frase tan heroica en los dramas desconocidos de la vida privada. Frase, que en realidad, fue dictada por el afecto, que supo triunfar de un vicio inveterado. En aquel momento se escuchó el tañido de las campanas que anunciaban la misa de medianoche.

—Y además, ya no hay tiempo —repuso la Descoings.

—¡Oh —dijo José—, aquí están vuestros cálculos cabalísticos!

El generoso artista se abalanzó sobre los números, bajó corriendo la escalera y se fue a comprar la participación. Cuando José se hubo marchado, Ágata y la Descoings rompieron en llanto.

—Pobrecillo mío, va a comprar el número —gimió la jugadora—. ¡Pero será todo para él, porque el dinero es suyo!

Por desgracia, José desconocía por completo la situación de las administraciones

de lotería que, en aquella época, los jugadores habituales conocían como hoy los fumadores conocen el emplazamiento de los estancos de París. El pintor corrió como un loco, de un farol al siguiente. Cuando pidió a unos transeúntes que le indicasen donde estaba una administración de lotería, le respondieron que ya estaban cerradas, pero que la del Perron, en el Palais Royal, estaba a veces abierta hasta un poco más tarde. El artista corrió hacia el Palais Royal, cuya administración estaba cerrada.

—Si hubieseis venido dos minutos antes, aún hubierais podido adquirir una participación —le dijo uno de los revendedores de billetes apostados al pie del Perron, donde vociferaban estas singulares palabras:

—¡Mil doscientos francos por cuarenta sueldos! —ofreciendo billetes enteros.

A la luz del farol y a la que salía del café de la Rotonda, José examinó aquellos billetes, para ver si por acaso figuraban en alguno de ellos los números de la Descoings, pero no vio ni uno solo y regresó con el dolor de haber hecho en vano todo cuanto dependía de él para satisfacer a la anciana, a la que refirió sus desdichas.

Ágata y su tía fueron juntas a la misa del gallo de Saint Germain des Prés. José fue a acostarse. La cena de Nochebuena no tuvo lugar. La Descoings había perdido la cabeza, Ágata sentía un dolor infinito en el corazón. Las dos mujeres se levantaron tarde. Habían dado ya las diez cuando la Descoings empezó a preparar el desayuno, que sólo estuvo listo a las once y media. Hacia esta hora, las pizarras oblongas colocadas sobre la puerta de las administraciones de lotería ya mostraban la lista de los números premiados. Si la Descoings hubiese tenido su billete hubiera ido a las nueve y media a la rue Neuve des Petits-Champs para saber si la suerte le había sonreído, pues ésta se decidía en un hotel contiguo al Ministerio de Finanzas, donde actualmente están el teatro y la plaza Ventadour. Los días de sorteo, los curiosos podían admirar a la puerta de este hotel un tropel de viejas, de cocineras y de ancianos que, en aquella época, constituía un espectáculo tan curioso como el de la cola de rentistas los días de pago de las rentas en la Tesorería.

—¡Sois riquísima! —exclamó el viejo Desroches entrando en el momento en que la Descoings saboreaba el último sorbo de café.

—¿Cómo? —dijo la pobre Ágata.

—Vuestro terno ha salido —dijo Desroches, mostrándoles la lista de los números premiados, escritos en un papelito y que los estanqueros ponían a centenares en un platillo de madera sobre el mostrador.

José leyó la lista. Ágata leyó la lista. La Descoings no leyó nada, pues cayó fulminada como por el rayo. Al ver la expresión de su rostro y al oír el grito que lanzó, entre el viejo Desroches y José la transportaron a su cama. Ágata fue en busca de un médico. La pobre anciana había sufrido un ataque de apoplejía. Recuperó el conocimiento alrededor de las cuatro de la tarde; el viejo Hautry, su médico, manifestó que, a pesar de aquélla mejoría, tenía que pensar en poner orden sus asuntos terrenales y espirituales. Ella sólo había pronunciado estas palabras:

—¡Tres millones!...

Desroches padre se enteró de lo ocurrido —que José le explicó con las reticencias necesarias— y citó varios ejemplos de jugadores a quienes la fortuna se escapó de las manos el día en que por fatalidad olvidaron efectuar sus puestas; pero comprendió cuán mortal debía ser semejante golpe, al llegar después de veinte años de perseverancia. A las cinco, en el momento en que reinaba el más profundo silencio en el pisito y mientras la enferma, velada por José y por su madre, uno sentado al pie y la otra a la cabecera del lecho, esperaba a su nieto, que el viejo Desroches había ido a buscar, el rumor de las pisadas de Felipe y de su bastón resonó en la escalera.

—¡Ahí está! ¡Ahí está! —exclamó la Descoings, incorporándose y consiguiendo mover su lengua paralizada.

Ágata y José quedaron impresionados ante la expresión de horror que mostraba la enferma. Su dolorosa espera quedó totalmente justificada por el espectáculo que ofrecía la cara lívida y descompuesta de Felipe, sus pasos vacilantes, el estado horrible de sus ojos, profundamente ojerosos, apagados y sin embargo hoscos; temblaba violentamente de fiebre y le castañeteaban los dientes.

—¡Miseria prusiana! —exclamó—. ¿No hay aquí ni un simple mendrugo que llevarse a la boca, ni nada que beber? La garganta me arde. Bien, ¿qué sucede? El diablo siempre se mete en nuestros asuntos. Mi vieja Descoings está en cama, y me mira con ojos como platos...

—Callaos, señor mío —le dijo Ágata, levantándose— y respetad al menos el dolor que habéis causado.

—¿A qué viene eso de *señor mío*? —dijo él, mirando a su madre—. ¿Qué pasa, pues, madrecita? ¿Ya no queréis a vuestro hijo?

—¿Acaso sois digno de mi amor? ¿Ya no os acordáis de lo que hicisteis ayer? Así es que buscaos otra casa, porque no podéis seguir viviendo aquí con nosotros. A partir de mañana, desde luego —agregó—, pues, en el estado en que os halláis, ahora sería muy difícil...

—Echarme de casa, ¿verdad? —la interrumpió—. ¡Ah, ahora representáis el melodrama del *Hijo proscrito*!, ¿no es eso? ¡Vaya, vaya! ¿Así os tomáis las cosas? Pues bien, os digo que sois todos unos imbéciles. ¿He hecho algo de malo? Me he limitado a efectuar una pequeña operación de limpieza en el colchón de la vieja. ¡El dinero no se guarda entre la lana, qué diablo! ¿Dónde está el crimen? ¿No os ha quitado ella veinte mil francos? ¿No somos sus acreedores? Yo ya he empezado a reembolsarme. ¡Esto es todo!...

—¡Dios mío, Dios mío! —gemía la moribunda, juntando las manos y rezando.

—¡Cállate! —gritó José, saltando sobre su hermano y poniéndole la mano sobre la boca.

—¡Media vuelta a la derecha, pintamonas! —replicó Felipe agarrando con su fuerte mano el hombro de José, obligándolo a volverse y arrojándolo sobre un canapé—. Nadie puede tocar impunemente el bigote de un jefe de escuadrón de los Dragones de la Guardia Imperial.

—Ella ya me ha devuelto todo lo que me debía —exclamó Ágata levantándose, para dirigir una furiosa mirada a su hijo—. Además, eso es cosa que sólo a mí me concierne. La estáis matando. Salid, hijo mío —dijo con un ademán que la dejó agotada—, y no volváis jamás ante mí. Sois un monstruo.

—¿Yo la estoy matando?

—Sí, su terno ha salido premiado —gritó José— y tú le has robado el dinero de su puesta.

—Si estira la pata por un temo fallado, no soy yo quien la mata —dijo el borracho.

—Os digo que salgáis —repitió Ágata—. Me causáis horror. ¡Tenéis todos los vicios! Dios mío, ¿es esto mi hijo?

El ronco estertor que se escapaba de la garganta de la Descoings contribuyó a aumentar la irritación de Ágata.

—A pesar de todo, todavía os quiero mucho, madre, a vos que sois causa de todas mis desdichas —dijo Felipe—. Me echáis de casa el día de Navidad, el día en que nació... ¿cómo se llama?... ¡Ah, sí, Jesús! ¿Qué hicisteis al abuelo Rouget, vuestro padre, para que os echase de casa y os desheredase? Si no le hubieseis dado ese disgusto hubiéramos sido ricos y yo no me hubiera visto reducido a la miseria más absoluta. ¿Qué le hicisteis a vuestro padre, vos que pretendéis ser una buena mujer? Veis perfectamente que yo puedo ser un buen chico, lo cual no impide que me pongáis de patitas en la calle; precisamente a mí, que soy la gloria de la familia.

—¡La vergüenza, eres! —gritó la Descoings.

—¡O te vas o tendrás que matarme! —gritó José, abalanzándose sobre su hermano con la furia de un león.

—¡Dios mío, Dios mío! —dijo Ágata, levantándose e intentando separar a ambos hermanos.

En aquel momento entraron Bixiou y el médico Haudry. José había derribado a su hermano, tendiéndolo por tierra cuán largo era.

—¡Es una verdadera alimaña! —dijo—. ¡No hables o te...!

—Me acordaré de esto —decía Felipe con voz ronca.

—¿Es una discusión familiar? —dijo Bixiou.

—Levantadlo —ordenó el médico—. Su estado es tan grave como el de esa buena señora. Desnudadle, acostadlo y quitadle las botas.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —exclamó Bixiou—. Habrá que cortárselas, tiene las piernas demasiado hinchadas...

Ágata tomó unas tijeras. Cuando rasgó las botas, que en aquel tiempo se llevaban por encima de los pantalones, que eran muy ajustados, diez monedas de oro cayeron al suelo.

—Ahí está su dinero —murmuró Felipe—. Estúpido de mí, me olvidé de la reserva. ¡También he dejado escapar la fortuna!

El delirio provocado por una fiebre espantosa se apoderó de Felipe, quien empezó

a decir frases incoherentes. José, ayudado por Desroches padre y por Bixiou, pudo transportar al desdichado a su habitación. El doctor Haudry tuvo que enviar una nota al hospital de la Caridad pidiendo una camisa de fuerza, pues el delirio se hizo tan violento que hizo temer por la vida de Felipe, que podía matarse en uno de sus accesos de furor. A las nueve, la calma renació en la casa. El abate Loraux y Desroches se esforzaban por consolar a Ágata, quien no cesaba de llorar a la cabecera del lecho de su tía. Ella los escuchaba moviendo la cabeza y guardando un silencio obstinado. Solamente José y la Descoings conocían la profundidad y extensión de su herida interior.

—Se enmendará, madre —dijo por último José cuando Desroches padre y Dixiou se fueron.

—¡Oh! —exclamó la viuda—. Felipe tiene razón: mi padre me ha maldecido. No tengo derecho a... Aquí está el dinero —dijo a la Descoings, reuniendo los trescientos francos de José y los doscientos francos que Felipe llevaba encima—. Ve a ver si tu hermano desea beber algo —dijo a José.

—¿Mantendréis una promesa hecha a una moribunda? —dijo la Descoings, sintiendo que sus últimas fuerzas la abandonaban.

—Sí, tía.

—Pues bien: juradme que constituiréis una renta vitalicia, entregando vuestros fondos al pequeño Desroches. Pronto os faltará mi renta y, por lo que os he oído decir, os dejaríais robar hasta el último céntimo por ese miserable...

—Os lo juro, tía.

La vieja abacera murió el 31 de diciembre, cinco días después de haber recibido el terrible golpe que el viejo Desroches le asestó con la mayor inocencia. Los quinientos francos, el único dinero que había en la casa, apenas bastaron para pagar el entierro de la viuda de Descoings. La pobre mujer sólo les dejaba unos cuantos cubiertos de plata y unos pocos muebles, cuyo valor madame Bridau entregó a su nieto. Reducida a ochocientos francos de renta vitalicia, según el arreglo que le hizo Desroches hijo, Ágata devolvió al propietario el tercer piso, y vendió todo el mobiliario inútil.

Cuando, al cabo de un mes, el enfermo entró en franca convalecencia, Ágata le explicó fríamente que los gastos de su enfermedad habían consumido todo el dinero que tenían en efectivo, y que a partir de entonces ella se vería obligada a trabajar para vivir. A continuación le pidió de la manera más afectuosa que ingresase de nuevo en el servicio y que se bastase a sí mismo.

—Hubierais podido ahorraros este sermón —dijo Felipe dirigiendo a su madre una mirada que su completa indiferencia hacía fría—. Ya he podido ver bien que ni vos ni mi hermano me amáis. Ahora estoy solo en el mundo. ¡Así es preferible!

—Haceos digno de nuestro afecto —respondió la pobre madre, herida hasta el fondo del corazón— y lo tendréis.

—¡Tonterías! —exclamó él, interrumpiéndola.

Tomó su viejo sombrero pelado, el bastón, se colocó el sombrero ladeado sobre la oreja y bajó la escalera silbando.

—¡Felipe! ¿Adonde vas sin dinero? —le llamó su madre, sin poder reprimir el llanto—. Toma...

Le tendió cien francos de oro envueltos en un papel. Felipe volvió a subir los escalones que había bajado y tomó el dinero.

—¡Ah! ¿No me abrazas? —dijo ella, bañada en llanto.

Él estrechó a su madre entre sus brazos, pero sin aquella efusión sentimental que es la única que da valor a un beso.

—¿Y adónde vas? —le preguntó Ágata.

—A casa de Florentina, la amiga de Giroudeau. ¡Ésos sí que son amigos! —añadió con brutalidad.

Y se fue. Ágata volvió a entrar en el piso, con las piernas temblorosas, los ojos oscurecidos y el corazón oprimido. Se postró de hinojos, rogó a Dios que tomara bajo su protección a aquel hijo desnaturalizado, y renunció al pesado fardo de su maternidad.

En febrero de 1822, madame Bridau se instaló en la habitación que antes había ocupado Felipe y que estaba situada encima de la cocina de su antigua vivienda. Frente a ella, al otro lado de la escalera, estaban el taller y la habitación del pintor. Al ver a su madre reducida a aquel triste extremo, José quiso que al menos estuviese lo mejor posible. Después de la partida de su hermano, tomó por su cuenta el arreglo de la buhardilla, a la que imprimió el sello del artista. Puso una alfombra. La cama, muy sencilla pero dispuesta con un gusto exquisito, adquirió el carácter de una sencillez monástica. Los muros, cubiertos de una percalina barata, bien elegida, de color que armonizaba con el mobiliario restaurado, tomaron elegante y limpio aquel interior. Le añadió una doble puerta que daba al rellano, y una puertecita en el interior. La ventana quedó oculta por un estor que tamizaba suavemente la luz.

Si la vida de aquella pobre madre se limitaba a la más simple expresión que puede adoptar en París la vida de una mujer, Ágata estaba todo lo bien que se podía estar en semejante situación, gracias a su hijo. Para evitar a su madre los fatigosos quehaceres domésticos, José se la llevaba a comer todos los días a un restaurante de la rue de Beaune, frecuentado por señoras decentes, diputados, personas de carrera, y que les costaba noventa francos mensuales por cabeza. Encargado únicamente de preparar el almuerzo, Ágata volvió a adquirir para el hijo la costumbre que antes tenía con el padre. Pese a las piadosas mentiras de José, terminó por saber que la comida le costaba cerca de cien francos al mes. Espantada por la enormidad de este gasto, y sin poder imaginar que su hijo pudiese ganar suficiente dinero pintando mujeres desnudas, obtuvo, gracias al abate Loraux, su confesor, una plaza con un sueldo de setecientos francos anuales en una administración de lotería perteneciente a la condesa de Bauvan, viuda de un jefe de *chouans*. Las administraciones de lotería, prebenda de las viudas protegidas, solían mantener a la familia que las regentaba.

Pero bajo la Restauración, la dificultad de recompensar, dentro de los límites del gobierno constitucional, todos los servicios prestados, hizo que se diesen a las mujeres nobles y desgraciadas, no una, sino dos administraciones de lotería que proporcionaban ingresos que iban de seis a diez mil francos. En este caso la viuda del general o del noble que gozaba de esta protección no regentaba personalmente el establecimiento, en el que colocaba gerentes de su confianza. Cuando estos gerentes eran del sexo masculino, no podían pasarse sin un empleado, pues la administración tenía que estar abierta desde la mañana hasta medianoche, y los trámites exigidos por el Ministerio de Finanzas eran además considerables.

La condesa de Bauvan, a quien el abate Loraux expuso la situación en que se hallaba la viuda Bridau, prometió la futura para Ágata, en el caso de que su gerente se fuese; pero entretanto estipuló que la viuda recibiese unos haberes de seiscientos francos.

Obligada a estar en la administración de lotería a partir de las diez de la mañana, la pobre Ágata apenas tenía tiempo de comer. A las siete de la noche volvía a la administración, de la que no salía antes de medianoche. José, durante dos años, no dejó ni un solo día de ir a buscar a su madre por la noche para acompañarla a la rue Mazarine, y a menudo iba a buscarla para cenar juntos. Sus amigos le veían abandonar la Ópera, los Italianos, y los salones más brillantes, para llegar antes de medianoche a la rue Vivienne.

Ágata no tardó en ajustarse a aquella existencia monótona y regular en la que las personas que han sufrido grandes dolores encuentran un punto de apoyo. Por la mañana, después de arreglar su habitación, en la que ya no había gatos ni pajaritos, y de preparar el desayuno junto a la chimenea, lo llevaba al taller, donde desayunaba con su hijo. Después arreglaba el cuarto de José, le apagaba el fuego, se sentaba junto a la pequeña estufa del taller para hacer sus labores, para salir cuando venía un amigo de su hijo o una modelo. Aunque no comprendía el arte en absoluto, el silencio profundo que remaba en el taller le agradaba. Por lo que a eso se refiere, no hizo el menor progreso, no demostraba ninguna hipocresía, y se sorprendía candorosamente al ver la importancia que José y sus amigos daban al color, a la composición y al dibujo. Cuando un miembro del Cenáculo o algún pintor amigo de José, como Schinner, Pierre Grassou, León de Lora —joven aprendiz de pintor a quien entonces llamaban Mistigris— se ponían a discutir, ella se acercaba para mirar con atención, sin descubrir nada de lo que daba lugar a aquellas frases altisonantes y aquellas acaloradas disputas. Ella cosía la ropa blanca de su hijo, le zurcía las medias y los calcetines; llegó incluso a limpiarle la paleta, a recogerle los trapos con que se secaba los pinceles, a ordenarle todo el taller. Al ver que su madre se ocupaba de estos pequeños menesteres, José la colmaba de atenciones. Si la madre y el hijo no se comprendían en el terreno artístico, la ternura los unió admirablemente. La madre tenía un proyecto. Después de mimar a José, una mañana, mientras él bosquejaba un inmenso cuadro, realizado más tarde y que no fue comprendido, Ágata se arriesgó a

decir en voz alta:

—¡Dios mío! ¿Qué debe de hacer?

—¿Quién?

—¡Felipe!

—¡Ah! Debe de vivir a salto de mata. 'Esto le hará bien.

—Pero ya ha conocido la miseria, y quizá fuese la miseria la que nos lo cambió. Si fuese feliz, sería bueno...

—¿Tú crees, querida mamá, que sufrió en aquel viaje? Te equivocas; su estancia en Nueva York fue un perpetuo carnaval como lo continúa siendo ahora, aquí en París...

—Pensar que sufre cerca de nosotros, es espantoso...

—Sí —respondió José—. En lo que a mí concierne, le daría dinero con mucho gusto, pero no quiero verlo. Mató a la pobre Descoings.

—¿Así —prosiguió Ágata— no quieres hacer su retrato?

—Por ti, madre, yo sufriría el martirio. Desde luego, no puedo olvidar que es mi hermano.

—¿Su retrato vestido de capitán de Dragones y montado a caballo?

—Sí, tengo un hermoso caballo tomado de Gros, y no sé en qué utilizarlo.

—Por favor, ve a enterarte qué ha sido de él a casa de tu amigo.

—Iré.

Ágata se levantó, dejando caer las tijeras y la labor por tierra; fue a abrazar a José y le ocultó dos lágrimas en los cabellos.

—¡Este hijo es tu pasión! —exclamó—. Todos tenemos nuestra pasión desgraciada.

Por la noche, José fue a la rue du Sentier, donde encontró alrededor de las cuatro a su hermano, que reemplazaba a Giroudeau. El viejo capitán de dragones entró como cajero en un semanario iniciado por su sobrino. Aunque Finot continuaba siendo propietario del pequeño periódico por acciones, que él poseía en su totalidad, el propietario y redactor jefe visible era uno de sus amigos llamado Lousteau, que era precisamente el hijo del subdelegado de Issoudun, de quien quiso vengarse el abuelo de Bridau, y por consiguiente sobrino de madame Ochon.

Para complacer a su tío, Finot hizo que Felipe lo sustituyese, pero disminuyendo su sueldo a la mitad. Además, todos los días, a las cinco, Giroudeau hacía arqueos y se llevaba el dinero ingresado durante el día. Coloquinte, el inválido que hacía de mozo de oficina y llevaba recados, vigilaba un poco al capitán Felipe. Éste, sin embargo, se portaba bien. Los seiscientos francos de sueldo y los quinientos de su cruz le permitían vivir bien, sobre todo teniendo en cuenta que, muy calentito y abrigado durante el día y pasando las veladas en el teatro, al que iba gratis, sólo tenía que pensar en la comida y en el alojamiento. Coloquinte se iba, con papel sellado sobre la cabeza y Felipe cepillaba sus manguitos de tela verde, cuando entró José.

—Toma, mira quién está aquí. El pintamonas —dijo Felipe—. Bien, iremos a cenar juntos; vendrás conmigo a la Ópera, donde Florinda y Florentina tienen un palco. ¡Yo iré con Giroudeau, tú serás de la partida y te presentará a Natán!

Tomó el bastón y mojó el cigarro con la lengua.

—No puedo aceptar tu invitación: tengo que acompañar a nuestra madre, pues cenamos en el restaurante.

—¿Y cómo está la pobrecilla?

—Está bastante bien —respondió el pintor—. He vuelto a hacer el retrato de nuestro padre y el de tía Descoings. He terminado el mío y querría ofrecerle el tuyo a mamá, en uniforme de los Dragones de la Guardia Imperial.

—¡Bien!

—Pero tienes que venir a posar...

—Tengo que estar todos los días en esta jaula de las nueve a las cinco...

—Con un par de domingos bastaría.

—De acuerdo, pequeño —repuso el antiguo oficial que había sido ordenanza de Napoleón, encendiendo el cigarro con la lámpara del portero.

Cuando José explicó cuál era la situación actual de Felipe cuando fue a cenar con su madre a la rue de Beaune, le notó temblar el brazo, que tenía apoyado en el suyo, y la alegría iluminó aquel rostro marchito; la pobre mujer respiró como si le hubiesen quitado un enorme peso de encima.

Al día siguiente tuvo con José unas atenciones dictadas por su alegría y el reconocimiento: le adornó el taller con flores y le compró dos jardineras. El primer domingo que Felipe tenía que venir a posar, Ágata preparó en el taller un almuerzo exquisito. Puso, todo cuanto tenía, sobre la mesa, sin olvidar un frasco de aguardiente lleno hasta la mitad. Luego se ocultó detrás de un biombo, al que hizo un agujero. El

ex dragón les había enviado la víspera su uniforme, que ella abrazó, sin poder contenerse. Cuando Felipe posó con su marcial atuendo sobre uno de esos caballos disecados que poseen los guarnicioneros y que José había alquilado, Ágata se vio obligada, para no revelar su presencia, a confundir el leve Tumor de sus sollozos con la conversación de los dos hermanos.

Felipe posó dos horas antes y dos horas después del almuerzo. A las tres de la tarde, el dragón volvió a ponerse su traje de paisano y, mientras daba chupadas a un cigarro, invitó por segunda vez a su hermano a ir a comer juntos al Palais Royal, mientras hacía tintinear el oro en su faltriquera.

—No —respondió José—. Me asustas cuando sé que tienes oro.

>—¡Vamos! ¿Así, siempre tendréis esta mala opinión de mí? —exclamó el teniente coronel con voz tonante—. ¡Por lo visto no se pueden hacer economías!

—Sí, sí —dijo Ágata saliendo de su escondrijo y yendo a abrazar a su hijo—. Vamos a cenar con él, José.

José no se atrevió a contradecir a su madre, fue a vestirse y Felipe los llevó a la rue Montorgueil, donde estaba el Rocher de Cancale. Les ofreció una cena espléndida, a la carta, cuyo importe ascendió a cien francos.

—¡Diantre! —exclamó José, inquieto—. Con tus mil cien francos de ingresos, haces unas economías que te permitirían comprar tierras, como Ponchard en La dama blanca.

—¡Bah! Es que estoy de suerte —respondió el dragón, que había bebido como un cosaco.

Al oír estas palabras, pronunciadas en el umbral y antes de subir al coche para ir al espectáculo —pues Felipe quería llevar a su madre al Circo Olímpico, único teatro al que su confesor le permitía asistir—, José apretó el brazo de su madre, quien fingió entonces hallarse indispuesta, negándose a ir al espectáculo.

Felipe acompañó entonces a su madre y a su hermano a la rue Mazarine. Cuando ella se encontró a solas con José en la buhardilla, guardó un profundo silencio.

Al domingo siguiente, cuando Felipe vino a posar, su madre asistió a la sesión sin esconderse. Luego sirvió la mesa y pudo interrogar al dragón. Supo entonces que el sobrino de la anciana madame Hochon, la antigua amiga de su madre, tenía cierto renombre literario. Felipe y su amigo Giroudeau frecuentaban periodistas, actrices y libreros, que les guardaban ciertas consideraciones en su condición de cajeros. Felipe, que bebía siempre *kirsch* mientras posaba, después de comer hablaba por los codos. Se jactó de que dentro de poco tiempo volvería a ser un personaje. Pero, a una pregunta de José relativa a sus medios de fortuna, dio la callada por respuesta. Por pura casualidad, al día siguiente el periódico estaba cerrado, por ser festivo, y Felipe, deseoso de acabar, propuso posar al día siguiente. Felipe le dijo que, faltando poco para que se inaugurase el Salón, él no disponía del dinero necesario para comprar los dos marcos de sus cuadros, y sólo podría procurárselo acabando la copia de un Rubens con destino a un marchante de cuadros llamado Magus. El original pertenecía

a un rico banquero suizo, que sólo se lo había prestado para diez días. Como solo faltaba uno, no había más remedio que aplazar la sesión para el próximo domingo.

—¿Es éste? —preguntó Felipe, mirando el cuadro de Rubens, puesto en un caballete.

—Sí —respondió José—. Vale veinte mil francos. Ahí tienes lo que puede el genio. Hay pedazos de tela que valen hasta cien mil francos.

—Yo prefiero tu copia —dijo el dragón.

—Es más reciente —dijo José, riendo—, pero mi copia no vale más que mil francos. Necesito todo mañana para darle las tonalidades del original y la patina, que impedirá distinguirlas una de otra.

—Adiós, madre —dijo Felipe, abrazando a Ágata—. Hasta el domingo que viene.

Al día siguiente, Elie Magus tenía que venir en busca de su copia. Un amigo de José, que trabajaba para aquel marchante, un tal Pedro Grassou, quiso ver la copia terminada.

Para gastarle una broma, al oírle llamar, José Bridau puso su copia, barnizada con un barniz particular, en el lugar del original, y colocó el original en su caballete. Consiguió engañar por completo a Pierre Grassou de Fougères, quien quedó maravillado ante aquella hazaña.

—¿Crees que podrías engañar al viejo Elie Magus? —le preguntó Pierre Grassou.

—Ya veremos —repuso José.

El marchante no venía, y se hacía tarde. Ágata cenaba en casa de madame Desroches, que acababa de perder a su marido. Así, pues, José propuso a Grassou que le acompañase a cenar al restaurante. Al bajar dejó, como de costumbre, la llave del taller a la portera.

—Tengo que posar esta noche —dijo Felipe a la portera, una hora después de la partida de su hermano—. José volverá y le esperaré en el taller.

La portera le dio la llave, Felipe subió al taller, tomó la copia creyendo que se trataba del original, volvió a bajar, entregó la llave a la portera, diciéndole que había olvidado algo, y fue a vender el Rubens por tres mil francos. Antes, tomó la precaución de avisar a Elie Magus, de parte de su hermano, que no fuese hasta el día siguiente. Por la noche, cuando José, que volvía con su madre de casa de la viuda Desroches, entró en la portería, la portera le explicó la extravagante acción de su hermano, que volvió a salir a los pocos minutos de haber entrado.

—Estoy perdido si no ha tenido la delicadeza de robarme más que la copia —exclamó el pintor, adivinando lo sucedido.

Subió rápidamente los tres pisos, se precipitó al taller y exclamó:

—¡Alabado sea Dios! ¡Es lo que será siempre, un vil bellaco!

Ágata, que había seguido a José, no comprendía nada de lo que pasaba; pero cuando su hijo se lo explicó, permaneció de pie, sin que las lágrimas acudiesen a sus ojos.

—Así, no tengo más que un hijo —musitó débilmente.

—No hemos querido deshonrarlo a los ojos de los extraños —repuso José—. Pero ahora habrá que decirlo a los porteros. De hoy en adelante no les dejaremos las llaves. Acabará su maldita jeta de memoria; falta muy poco.

—Déjalo como está, no podría soportarlo verlo —respondió la madre, cuyo corazón sangraba, estupefacta ante tanta cobardía.

José sabía para qué debía servir el dinero de aquella copia, pues conocía el abismo en que se hundía su hermano, que nada había respetado. Después de este último crimen, Ágata no volvió a mencionar a Felipe. Su semblante adquirió la expresión de una desesperación amarga, fría y concentrada: un pensamiento la obsesionaba.

“¡Algún día —se decía— veremos el nombre de Bridau ante los tribunales!”.

Dos meses después de esto, cuando Ágata iba a hacerse cargo de su administración de lotería, por la mañana, se presentó, con la pretensión de ver a madame Bridau, que almorzaba con José, un viejo militar que dijo ser amigo de Felipe y al que le traía un asunto urgente.

Cuando Giroudeau se dio a conocer, madre e hijo se echaron a temblar ante la fisonomía del viejo lobo de mar, del ex dragón, que resultaba muy poco tranquilizadora, en verdad. Sus ojos grises, apagados, sus mostachos de dos colores, sus cabellos ralos, desgredados en torno a su cráneo color de mantequilla fresca, tenían un indefinible aspecto ajado, libidinoso. Vestía vieja levita gris-hierro adornada con el botón de oficial de la Legión de Honor, difícilmente abrochada sobre una barriga de cocinero que se avenía perfectamente con su boca rasgada hasta las orejas y sus robustos hombros. El torso reposaba sobre piernas frágiles y cortas. Por último, mostraba una tez, enrojecida en los pómulos, que revelaba una vida desenfrenada. La parte inferior de las mejillas, muy arrugada, desbordaba sobre un cuello de terciopelo negro, terriblemente raído. Entre otros adornos, el ex dragón lucía unos enormes pendientes de oro en las orejas.

—*¡Que noceur!* —dijo José, empleando una expresión popular que había pasado a los talleres.

—Madame —dijo el tío y cajero de Finot—, vuestro hijo se encuentra en una situación tan desgraciada, que a sus amigos nos es imposible no pedirnos que nos ayudéis a soportar las pesadas cargas que nos impone. Ya no puede ocupar su puesto en el periódico y mademoiselle Florentina, de la Porte Saint-Martin, lo tiene alojado en su casa, que está en la rue de Vendome, en una mísera buhardilla. Felipe morirá; si su hermano y vos no podéis pagarle el médico y los remedios, nos veremos obligados, en el propio interés de su curación, a ingresarlo en los Capuchinos, mientras que por trescientos francos le seguiríamos cuidando. Necesita imprescindiblemente alguien que lo vigile, pues, por las noches, mientras mademoiselle Florentina está en el teatro, sale y toma cosas irritantes, perjudiciales para su enfermedad y su tratamiento. Como nosotros lo queremos, esto nos tiene desolados. El pobre muchacho ha empeñado su pensión por tres años. De momento

tiene un suplente en el periódico y no cuenta con nada más, pero se matará, señora, si no lo llevamos a la casa de salud del doctor Dubois. La estancia en este sanatorio, decente y limpio, cuesta diez francos diarios. Florentina y yo haremos frente a la mitad de un mes. ¿Podéis vos pagar la otra mitad? Estoy seguro de que no estará allí más de dos meses.

—Señor mío, sería difícil que una madre no os estuviese eternamente agradecida por lo que hacéis por su hijo —respondió Ágata—, pero este hijo ya no tiene lugar en mi corazón; y, en cuanto al dinero, yo no lo tengo. Para no ser una carga para este hijo que aquí veis, que trabaja noche y día, que se agota y que merece todo el amor de su madre, entro pasada mañana en una administración de lotería, como subgerente. ¡A mi edad!

—Y vos, joven —dijo el viejo dragón a José— ¿no haríais por vuestro hermano lo que hace una pobre bailarina de la Porte Saint-Martin y un viejo militar?

—¿Queréis que os diga en lenguaje de artista el objeto de vuestra visita? —dijo José sin poder contenerse ya—. Pues bien: habéis venido a timarnos.

—Así, pues, mañana vuestro hermano ingresará en el hospital del Mediodía.

—Y estará allí perfectamente —respondió José—. ¡Si alguna vez me encuentro en un caso semejante iré con mucho gusto!

Giroudeau se retiró muy decepcionado, pero también enormemente humillado de tener que llevar a los Capuchinos un hombre que había transmitido las órdenes del emperador durante la batalla de Montedeau.

Tres meses después, a fines del mes de julio, una mañana, yendo a su administración de lotería, Ágata, que tomaba por el Puente Nuevo para no tener que dar los diez céntimos que costaba el paso por el Puente de las Artes, distinguió frente a las tiendas del muelle de la Escuela, cuyo parapeto seguía, a un hombre que llevaba la librea de la miseria de la segunda Orden y que la hizo sonrojar, pues le encontró ciento parecido con Felipe. Existen en París, en efecto, tres Órdenes de miseria. En primer lugar, la miseria del hombre que tiene que conservar las apariencias, pero a quien pertenece el futuro: la miseria de la gente joven, de los artistas, de los hombres de mundo que pasan una crisis momentánea. Los indicios de esta miseria sólo son visibles al microscopio, a los ojos del observador más experto. Estas gentes constituyen la Orden Ecuéstre de la Miseria, pues aún van en cabriolé.

En la segunda Orden se encuentran los viejos a quienes todo es indiferente y que al llegar el mes de junio se ponen la cruz de la Legión de Honor sobre una levita de alpaca. Es la miseria de los viejos rentistas, de los viejos empleados que viven en Saint-Périne y que ya no se preocupan por su aspecto exterior.

Y por último viene la miseria en harapos, la miseria del pueblo, que es también la más poética y que Callot, Hogarth, Murillo, Charlet, Raffet, Gavarní, Meissonier y el Arte adoran y cultivan, especialmente durante el carnaval. El hombre en quien la pobre Ágata creyó reconocer a su hijo estaba a caballo entre las dos últimas órdenes. Distinguió un cuello terriblemente usado, un sombrero mugriento, botas agujereadas

y apedazadas, una levita deshilachada de botones sin forro, cuyas cápsulas abiertas y abolladas estaban en perfecta consonancia con unos bolsillos sobados y un cuello gastado. Unos vestigios de pelusilla decían a las claras que, si la levita contenía algo, no podía ser más que borra. Aquel sujeto sacó del bolsillo descosido de un pantalón gris plomizo unas manos tan negras como las de un obrero. Por último, cubría su pecho un chaleco de lana, oscurecido por el uso, que asomaba por las mangas y colgaba por encima del pantalón, que le salía por todas partes y hacía, sin duda, las veces de ropa interior. Felipe llevaba una visera de tafetán verde y alambre de latón. Su cabeza, casi calva, su tez y rostro macilentos decían bien a las claras que salían del terrible hospital del Mediodía. Su levita azul, que blanqueaba en los bordes, seguía adornada con el botón de la Legión de Honor. Así, los transeúntes miraban a aquel *valiente*, sin duda una víctima del Gobierno, con una curiosidad a la que se mezclaba la compasión, pues el botón del ojal los desazonaba y sumía al ultra más feroz en honorables dudas. En aquella época, aunque se había tratado de rebajar aquella Orden mediante nombramientos sin tasa ni freno, aún no había en Francia cincuenta y tres mil condecorados.

Ágata se estremeció interiormente. Si bien le era imposible amar a aquel hijo, aún podía sufrir mucho por él. Iluminada por un último rayo de sentimientos maternos, no pudo contener las lágrimas cuando vio que el brillante ordenanza del emperador hacía acción de entrar en un estanco para comprar un cigarro, para detenerse en el umbral, después de rebuscar en sus bolsillos, sin encontrar nada en ellos. Ágata atravesó rápidamente el muelle y puso su monedero en manos de Felipe, huyendo acto seguido como si acabase de cometer un crimen. Durante dos días fue incapaz de probar bocado: tenía constantemente ante sus ojos la horrible imagen de su hijo muriéndose de hambre por las calles de París.

“Después de haber agotado el dinero de mi bolsa, ¿quién se lo dará —se dijo—. Giroudeau no nos engañaba: Felipe sale del hospital”.

Ya no veía en él al asesino de su pobre tía, el azote de la familia, el ladrón doméstico, el jugador, el bebedor, el libertino de baja estofa; veía solo a un convaleciente que se moría de hambre, a un fumador que no tenía tabaco. A sus cuarenta y siete años, parecía una mujer de setenta. Sus ojos se apagaron, a fuerza de verter lágrimas y de rezar.

Pero aquél no era el último golpe que debía asestarle su hijo. Su previsión más horrible se realizó. Por aquellos días se descubrió una conspiración de oficiales del ejército, y por las calles se pregonó el extracto del *Monitor* con la lista de los detenidos.

Ágata oyó desde el fondo de su jaula, en la administración de lotería de la rue Vivienne, el nombre de Felipe Bridau. Se desvaneció y el gerente, que comprendió su dolor y la necesidad en que se hallaría de hacer gestiones, le concedió un permiso de quince días.

—¡Ah, hijo mío! Somos nosotros, con nuestro rigor, quienes lo hemos llevado a

ese extremo —dijo a José antes de acostarse.

. —Iré a ver Desroches —le respondió José.

Mientras el artista ponía la suerte de su hermano en manos de Desroches —que pasaba por ser el más taimado y astuto de los abogados de París, y que resolvía asuntos difíciles a muchos personajes, entre ellos a Des Lupeaulx, que a la sazón era secretario general de un ministerio— Giroudeau se presentó ante la viuda, que esta vez tuvo confianza en él.

—Señora —le dijo—, encontrad doce mil francos y vuestro hijo será puesto en libertad por falta de pruebas. Se trata de comprar el silencio de dos testigos.

—Los encontraré —dijo la pobre madre, sin saber dónde ni cómo.

Inspirada por el peligro, escribió a su madrina, la vieja madame Hochon, rogándole que los pidiese a Jean-Jacques Rouget, para salvar a Felipe. Si Rouget se negaba a prestárselos, pedía a madame Hochon que se los prestase ella misma, comprometiéndose a devolvérselos en dos años.

A vuelta de correo, recibió la carta siguiente:

“Mi querida ahijada, aunque vuestro hermano tenga cuarenta mil libras de renta, contantes y sonantes, sin contar el dinero ahorrado desde hace diecisiete años, que monsieur Hochon calcula en más de seiscientos mil francos, no dará ni dos ochavos para un sobrino que no ha visto jamás. En cuanto a mí, sin duda no sabíais que no dispondré de un céntimo mientras viva mi marido. Hochon es el mayor avaro de Issoudun; no sé qué hacer con su dinero, pues no da ni veinte francos al año a sus nietos. Para haceros ese préstamo, necesitaría su autorización, y sé que me la negaría. Ni siquiera he intentado hablar con vuestro hermano, que vive con una concubina de la que es el más humilde servidor. Da pena ver el trato que recibe el pobre hombre en su propia casa, si se piensa que tiene una hermana y sobrinos. Ya os he dado a entender varias veces que vuestra presencia en Issoudun podría salvar a vuestro hermano y arrancar de las garras de ese mala pécora una fortuna de cuarenta y acaso sesenta mil libras de renta, que sería para vuestros hijos; pero no me respondéis o parecéis no querer comprenderlo. Esto me obliga a escribiros hoy sin circunloquios epistolares. Siento de verdad la desgracia que os aflige, pero no puedo más que lamentarlo, mi querida ahijada. Voy a deciros por qué no puedo serviros de nada: a sus ochenta y cinco años, Hochon hace sus cuatro comidas al día, come ensalada con huevos duros por la noche, y corre como una liebre. Yo me habré pasado la vida entera —pues este hombre me enterrará— sin haber tenido nunca veinte libras en el bolso.

”Si queréis venir a Issoudun, para combatir la nefasta influencia de la concubina sobre vuestro hermano, como hay razones muy fundadas para creer que Rouget no querrá recibiros en su casa, yo me esforzaré por obtener permiso de mi marido para que vengáis a la mía. Pero podéis venir, en esto él me obedecerá. Conozco un medio de obtener de él lo que quiero, y consiste en hablarle de mi testamento. Esto me parece tan horrible, que no he recurrido jamás a este medio; pero por vos, haría lo

imposible. Espero que vuestro Felipe conseguirá salir de este apuro, sobre todo si tomáis un buen abogado; pero venid lo antes posible a Issoudun. Pensad que a cincuenta y siete años, el imbécil de vuestro hermano está más débil y envejecido que monsieur Hochon, mi marido. Así es que la cosa es urgente. Se habla ya de un testamento que os despojaría de la herencia; pero, según dice monsieur Hochon, aún hay tiempo de hacerlo revocar. ¡Adiós, mi pequeña Ágata, que Dios te ampare! Puedes contar con tu madrina que mucho te quiere,

”Maximilienne Louosteau de Hochon”.

“P. S. Mi sobrino Etienne, que escribe en los periódicos y que, según se dice, se relacionaba con vuestro hijo Felipe, ¿ha ido a ofreceros sus respetos? Cuando vengáis, hablaremos de él”.

Esta carta causó viva impresión en Ágata, quien la mostró a José, al que se vio obligada a referir la proposición de Giroudeau. El artista —que se convertía en la prudencia misma cuando se trataba de su hermano— observó a su madre que debía comunicarlo todo a Desroches.

Impresionados por lo justo de esta observación, la madre y el hijo se fueron a las seis del día siguiente a visitar a Desroches que vivía en la rue de Bussy. El abogado, flaco como su difunto padre, de voz agria, tez áspera, mirada implacable y facciones de garduña que se relame los labios, empapados en la sangre de los pollitos, saltó como un tigre al enterarse de la visita y la proposición de Giroudeau.

—¡Ah, madre. Bridau! —gritó con su vocecita cascada—. ¿Hasta cuando os dejaréis engañar por el bandido de vuestro hijo? ¡No deis ni un céntimo! Yo os respondo de Felipe, y, si lo dejo juzgar por el Tribunal de los Pares, es por salvar su porvenir. Tenéis miedo de que lo condenen, pero quiera Dios que su abogado consiga obtener una condena contra él. Lo que debéis hacer es ir a Issoudun, para salvar la fortuna de vuestros hijos. Si no llegáis a tiempo, si vuestro hermano ha testado a favor de esa mujer, y si no conseguís la revocación..., reunid al menos los elementos de un proceso de captación y yo lo llevaré. Pero sois una mujer demasiado honrada para saber encontrar las bases para una acción de este género. Iré yo mismo a Issoudun durante las vacaciones... si puedo.

Este “¡Iré yo mismo!” hizo temblar al artista. Desroches guiñó un ojo a José, para indicarle que dejase salir a su madre y esperase un momento, para hablar con él a solas.

—Vuestro hermano es un verdadero miserable. Voluntaria o involuntariamente, él es la causa de que se haya descubierto la conspiración. Pero es tan astuto, que no hay medio de sacarle la verdad. Hay que escoger entre llamarlo necio o traidor. Sin duda quedará bajo la vigilancia de la policía superior, esto es todo. Estad tranquilo, únicamente yo conozco este secreto. Id a Issoudun con vuestra madre; sois un hombre inteligente y debéis esforzaros por salvar esta herencia.

—Vamos, pobrecita mamá, Desroches tiene razón —dijo, reuniéndose con Ágata

en la escalera—. Ya he vendido mis dos cuadros y podemos irnos al Berry, pues tú dispones de quince días de permiso.

Después de escribir a su madrina anunciándole su llegada, Ágata y José partieron al día siguiente por la noche, abandonando a Felipe a su destino. La diligencia pasaba por la rue d'Enfer, para tomar la carretera de Orleáns. Cuando Ágata distinguió el Luxemburgo, adonde Felipe había sido trasladado, no pudo evitar este comentario:

—¡Sin los Aliados, no estaría ahí!

Muchos hijos hubieran hecho un movimiento de impaciencia o mostrado una sonrisa de piedad. Pero el artista, que se encontraba solo con su madre en el cupé, la estrechó contra su corazón, diciendo:

—¡Oh, mamá! ¡Tú eres madre como Rafael era pintor! ¡Y serás siempre una madre tonta!

Madame Bridau pronto se vio arrancada de sus preocupaciones por las distracciones del viaje, y se vio obligada a pensar en el objetivo del mismo. Naturalmente, releyó la carta de madame Hochon, que tanto había impresionado al abogado Desroches. Escandalizada por las palabras *concupina* y *mala pécora*, que la pluma de una septuagenaria tan piadosa como respetable empleó para designar a la mujer que consumía la fortuna de Jean-Jacques Rouget, quien le merecía el calificativo de *imbécil*, se preguntó cómo podría salvar la herencia, mediante su simple presencia en Issoudun.

José, aquel pobre artista, tan desinteresado, apenas conocía el Código, y la exclamación de su madre le causó preocupación.

—Antes de enviarnos para salvar una herencia —dijo—, nuestro amigo Desroches hubiera debido explicarnos los medios necesarios para conseguirlo —se lamentó.

—Todo lo que me permite recordar mi cabeza, aturdida aún por la idea de saber que Felipe está en la cárcel, quizá sin tabaco, y a punto de comparecer ante el Tribunal de los Pares —repuso Ágata—, es, me parece, que el joven Desroches nos ha dicho que reuniésemos los elementos de un proceso de captación, para que caso de que mi hermano haya testado a favor de esta... esta... mujer.

—¡Está bueno, Desroches! —exclamó el pintor—. Bueno; si no entendemos nada, le pediré que vaya personalmente.

—Es inútil que nos rompamos la cabeza —dijo Ágata—. Cuando estemos en Issoudun, mi madrina nos aconsejará.

Esta conversación, sostenida en el momento en que, después de cambiar de coche en Orleáns, madame Bridau y José entraban en Sologne, indica bien a las claras la incapacidad en que se hallaban el pintor y su madre de desempeñar el papel a que los destinaba el terrible abogado Desroches. Pero al volver a Issoudun después de treinta años de ausencia, Ágata encontraría tan cambiadas las costumbres, que se hace necesario trazar en pocas palabras el cuadro de esta villa. Sin esta pintura, se comprendería difícilmente el heroísmo que demostraba madame Hochon al socorrer a

su ahijada, y la extraña situación de Jean-Jacques Rouget. Aunque el médico había hecho considerar a Ágata como una extraña a los ojos de su hijo, resultaba algo excesivamente extraño que un hermano permaneciese treinta años sin dar señales de vida a su hermana. Este silencio se fundaba, sin duda, en circunstancias poco normales que otros parientes que no hubiesen sido José y Ágata, hubieran deseado esclarecer desde hacía ya tiempo. Por último, entre la situación de la villa y los intereses de los Bridau existían ciertos vínculos que irán apareciendo en el curso de este relato.

Aunque esto pueda disgustar a París, Issoudun es una de las más antiguas poblaciones de Francia. A pesar de los prejuicios históricos que convierten al Emperador Probo en el Neé de las Galias, César mencionó el excelente vino de Champ-Fort (*Campo Forti*), una de las mejores fincas de Issoudun. Rigord alude a esta villa en términos que no permiten dudar de su gran población y su inmenso comercio. Pero estos dos testimonios asignan una edad bastante mediocre a esta villa, en comparación con su elevada antigüedad. En efecto, las excavaciones realizadas recientemente por un sabio arqueólogo de esta villa, M. Armando Pérémet, han permitido descubrir, bajo la célebre torre de Issoudun, una basílica del siglo v, probablemente la única que existe en Francia. Esta iglesia conserva en sus mismos materiales, la huella de una civilización anterior, pues sus piedras provienen del templo romano que sustituyó.

Así, según las investigaciones de este arqueólogo, Issoudun —como todas las poblaciones de Francia que poseen el sufijo antiguo o moderno DUN (*dunum*)— ofrece en su topónimo el certificado de una existencia autóctona. La palabra Dun, patrimonio de todas las eminencias del terreno consagradas por el culto ruidico, revela un establecimiento militar y religioso de los celtas. Los romanos erigieron al pie del Dun de los galos un templo a Isis. De ahí, según Chaumeau, procede el nombre de la villa: Is-sous-Dun. Sería la abreviación de Isis, pues.

Ricardo Corazón de León fue desde luego quien construyó la famosa torre en que acuñó moneda, encima de una basílica del siglo v, el tercer monumento de la tercera religión de esta viejísima ciudad. Se sirvió de esta iglesia como de punto de partida para la erección de su baluarte, y la conservó recubriéndola de sus fortificaciones feudales, como bajo un manto.

Issoudun era entonces el centro del efímero poderío de los “Routiers” y los “Cottreaux”, *condottieri* que Enrique II opuso a su hijo Ricardo, cuando éste se rebeló como Conde de Poitou. La historia de Aquitania, que no fue escrita por los Benedictinos, sin duda ya no se escribirá, pues ya no quedan Benedictinos. Así, no es fácil aclarar estas tinieblas arqueológicas en la historia de las costumbres actuales; sin embargo, hay que aprovechar todas las ocasiones para hacerlo.

Existe otro testimonio del antiguo poderío de Issoudun en la canalización del Tournemine, riachuelo que fue elevado a varios metros sobre una gran extensión de tierras, por encima del nivel del Théols, el río que rodea a la villa. En esta obra hay

que ver, sin duda alguna, la huella del genio romano. Por último, el arrabal que se extiende desde el castillo en dirección norte está cruzado por una calle que, desde hace más de dos mil años, lleva el nombre de calle de Roma. El propio arrabal se llama arrabal de Roma. Los habitantes de este barrio, cuya raza, cuya sangre y cuya fisonomía muestran un sello particular, se dicen descendientes de los romanos. Casi todos son viñadores y de notable rudeza de costumbres, debida sin duda a su origen y quizás a su victoria sobre los Cottreaux y los Routiers, que exterminaron en el siglo XII en la llanura de Charost. A consecuencia de la insurrección de 1830, Francia quedó demasiado agitada para prestar atención al alzamiento de los viñadores de Issoudun, que fue terrible, y cuyos detalles no se publicaron, y con motivo. En primer lugar, los burgueses de Issoudun no permitieron a las tropas que entrasen en la villa. Quisieron responder ellos mismos de su ciudad, según los usos y costumbres de la burguesía en la Edad Media. Las autoridades se vieron obligadas a ceder ante unas gentes que contaban con el apoyo de seis o siete mil vendimiadores, que habían quemado todos los archivos y oficinas de las Contribuciones Indirectas, y que arrastraban por las calles a un empleado de consumos, deteniéndose ante cada farol para decir: “¡Aquí hay que colgarlo!”. La Guardia Nacional consiguió arrancar al pobre diablo de aquellos energúmenos, y para salvarle la vida hubo que encarcelarlo, so pretexto de hacerle un proceso.

El general sólo pudo entrar después de llegar a un acuerdo con los viñadores, y demostró poseer un gran valor al meterse entre sus masas, pues, en el momento en que se presentó en el Ayuntamiento, un hombre del arrabal de Roma le puso su *volante* al cuello (el volante es una enorme hacha sujeta al extremo de una pértiga y que sirve para podar los árboles), gritándole:

“¡No hay acuerdos que valgan!”.

El viñador hubiera cortado en un momento la cabeza a un hombre cuya vida habían respetado dieciséis años de guerra, sin la rápida intervención de uno de los jefes de la revuelta, aplacado por la promesa de que “se pediría a las Cámaras la supresión de aquellas ratas de alcantarilla” (apelativo con el que se designaban a los empleados del Fisco).

En el siglo XIV, Issoudun aún tenía dieciséis y diecisiete mil habitantes, restos de una población doble en la época de Rigord. Carlos VII poseía en la villa una mansión, que aún existe, y que hasta el siglo XVIII se conoció por el nombre de “Casa del Rey”. Aquella población, que entonces era el centro del comercio lanero, surtía de lanas a una parte de Europa y fabricaba en gran escala telas, sombreros y excelentes guantes de cabritilla. Durante el reinado de Luis XIV, Issoudun, de donde eran oriundos Baron y Bourdaloue, se cita siempre como ciudad elegante, donde se habla un bello lenguaje y existe una buena sociedad. En su historia de Sancerre, el cura Poupert afirma que los habitantes de Issoudun se distinguían entre todos los habitantes del Berry, por su finura y por su *ingenio natural*.

Hoy en día este esplendor y este ingenio han desaparecido completamente.

Issoudun, cuya extensión es prueba de su antigua importancia, posee una población de doce mil almas, en la que se hallan comprendidos los viñadores de cuatro populosos arrabales: los de Saint-Pateme, de Vilatte de Roma y de las Alondras, que son verdaderos pueblos. La burguesía, como la de Versalles, se encuentra a sus anchas en las calles.

Issoudun aún conserva el mercado de lanas del Berry, comercio amenazado por las mejoras que se introducen sin cesar en la raza ovina y que el Berry no quiere adoptar. Los viñedos de Issoudun producen un vino que se consume en dos departamentos y que, si se fabricase como se hace en Borgoña y Gascuña con los caldos del país, sería uno de los mejores vinos de Francia. Mas por desgracia, la ley del país es no introducir innovaciones, hacerlo todo “como lo hacían nuestros padres”. Los viñadores, pues, continúan dejando el escobajo de la uva durante la fermentación, lo que hace detestable un vino que podría ser fuente de nuevas riquezas y base de actividad para la región. Debido a la aspereza que le comunica el escobajo y que, según se dice, se modifica con la edad, este vino se conserva durante más de un siglo. Esta explicación tiene suficiente importancia en etnología para merecer la publicación. Además, Guillermo el Bretón celebró en su *Filípida* esta propiedad, en algunos de sus versos.

Así, pues, la decadencia de Issoudun se explica por el espíritu de inmovilidad que llega hasta la inercia, y que un solo hecho bastará para hacer comprender. Cuando se trató de la construcción de la carretera de París a Toulouse, era natural hacerla pasar de Vierzon a Chateauroux por Issoudun. Así, la ruta hubiera sido más corta que si pasara por Vatan, como en la actualidad. Pero los notables del país y el consejo municipal de Issoudun, cuyo acuerdo se conserva, según se dice, solicitaron que pasara por Vatan, objetando que, si la carretera nacional atravesase su ciudad, las subsistencias aumentarían de precio y que terminarían pagando los pollos a treinta sueldos. Sólo pueden encontrarse analogías a semejante acción en las comarcas más salvajes de Cerdeña, región tan populosa y rica en otros tiempos, y que hoy es un desierto. Cuando el rey Carlos Alberto, animado por un encomiable espíritu civilizador, quiso unir Sassari, segunda capital de la isla, con Cagliari mediante una bella y magnífica carretera, la única que existe en este erial que se llama Cerdeña, el trazado directo exigía que pasara por Bonorva, distrito habitado por gentes indómitas, tanto más comparables a nuestras tribus árabes cuanto que descienden de los moros. Al verse a punto de caer bajo la influencia de la civilización, los salvajes de Bonorva, sin tomarse la molestia de deliberar, se opusieron al trazado. El gobierno no tuvo en cuenta esta oposición. Resultado: el primer ingeniero que se presentó allí para plantar el primer jalón, recibió una bala en la cabeza y murió sobre el propio jalón. No se inició investigación alguna y la carretera describe un rodeo que prolonga su recorrido en ocho leguas.

En Issoudun, la baja constante en el precio de los vinos del país, si bien satisface el deseo de baratura en los artículos propios de la burguesía, prepara la ruina de los

viñadores, cada vez más abrumados por los gastos de sus cultivos y los impuestos; del mismo modo, la imposibilidad de perfeccionar la raza ovina prepara la ruina del comercio de lanas y de la región. El campesino siente un profundo horror por cualquier clase de cambio, incluso el que le parece útil a sus intereses. Un parisién encontró en el campo a un bracero que para comer ingería una enorme cantidad de pan, queso y verduras; le demostró que, si subsistía una parte de aquella colación por carne, se alimentaría mejor y más barato, trabajaría más y no consumiría con tanta rapidez su capital.

El labrador, a pesar de reconocer lo justo del razonamiento, responde:

—¿Pero, y la miseria, señor?

—¿Qué queréis decir con eso?

—¿Qué diría la gente? —repuso el labriego.

En efecto, sería la comidilla de todo el país, observó el propietario de las tierras en que se desarrolló esta escena; lo creerían rico como un burgués; el pobre hombre tenía miedo de la opinión pública, miedo de que lo señalasen con el dedo, de que lo tomasen por un hombre débil o enfermo... ¡Así somos en nuestra región! Muchos burgueses pronuncian esta última frase con un sentimiento de orgullo mal reprimido. Si la ignorancia y la rutina son invencibles en las regiones donde los campesinos están abandonados a sí mismos, puede decirse que la vida de Issoudun ha llegado a un completo estancamiento social. Obligada a combatir la degeneración de las fortunas mediante una economía sórdida, cada familia vive encerrada en sí misma. Por otra parte, la sociedad ha perdido para siempre el antagonismo que da tono a las costumbres. La villa ya no conoce aquella oposición de dos fuerzas que infundió vida en los estados italianos de la Edad Media. Issoudun ya no tiene nobleza. Los Cottreaux, los Routiers, la Jacuerie, las guerras de religión y la Revolución suprimieron totalmente a la nobleza. La villa se enorgullece en extremo de este triunfo. Issoudun se negó constantemente, siempre para mantener la baratura de los artículos alimenticios, a tener una guarnición. Se perdió así este medio de comunicación con el siglo, perdiendo al propio tiempo los beneficios que produce la tropa.

Antes de 1756, Issoudun era una de las ciudades de guarnición más agradables. Un drama judicial que mantuvo en vilo a toda Francia, el caso del teniente general adjunto a la bailía contra el marqués de Chapt, cuyo hijo, oficial de dragones, fue muerto —con justicia quizá, pero a traición— a causa de un asunto de faldas, privó a la villa de guarnición a partir de aquella época. La estancia de la 44ª brigada mixta, impuesta durante la guerra civil, no sirvió ciertamente para reconciliar a los habitantes con la gente de armas. Bourges, cuya población disminuye cada década, sufre la misma enfermedad social. La vitalidad abandona a estos grandes cuerpos. La administración, desde luego, es culpable de estas desgracias. El deber de un gobierno consiste en ver estas manchas que aparecen en el Cuerpo Político, y ponerles remedio enviando hombres enérgicos a estas localidades a fin de cambiar la faz de las cosas.

Mas por desgracia, en vez de hacer esto, se aplaude esta funesta y fúnebre tranquilidad. Además, ¿cómo enviar nuevos administradores o magistrados capaces? ¿Quién desea, en nuestros días, ir a enterrarse en un distrito donde el bien que se hace carece de brillo? Si por casualidad se colocan forasteros ambiciosos en la región, éstos no tardan en dejarse ganar por la inercia, y se ponen al diapasón de aquella espantosa vida provinciana. Issoudun hubiera adocenado a Napoleón.

A causa de esta situación particular, el partido judicial de Issoudun estaba administrado en 1822 por hombres oriundos, en su totalidad del Berry. Eso quiere decir que la autoridad se hallaba anulada o sin fuerza, salvo en aquellos casos, muy raros, naturalmente, en que la Justicia se ve obligada a actuar a causa de su patente gravedad. El fiscal de la Corona, monsieur Mouilleron, era primo de todo el inundo, y su suplente pertenecía a una familia de la localidad. El presidente del Tribunal, antes de alcanzar esta dignidad, se hizo célebre con una de esas frases que en provincias sirven para calificar de jumento a un hombre para toda su vida. Después de terminar la instrucción de un proceso criminal que acarreaba la pena de muerte, dijo al acusado: “Mi pobre Pierre, tu caso está claro: te cortarán la cabeza. Que esto te sirva de lección”. El comisario de policía —que lo era desde la Restauración— tenía parientes en toda la comarca. En fin, no sólo la influencia de la religión era nula, sino que el cura no gozaba de consideración alguna. Aquella burguesía liberal, zumbona e ignorante, contaba anécdotas más o menos cómicas sobre las relaciones de aquel pobre hombre con su ama de llaves. Los niños no iban al catecismo ni hacían la Primera Comunión; tampoco había un colegio religioso; únicamente se celebraba la misa, y también las fiestas de guardar; se pagaban las contribuciones, única cosa que París exige a las provincias; y por último el alcalde publicaba bandos; pero estos actos de la vida social se hacían por rutina. Así, la blandura de la administración concordaba admirablemente con la situación intelectual y moral del país.

Los sucesos, pues, de esta historia, reflejarán los efectos de dicho estado de cosas, que no es tan único como pudiera creerse. Muchas poblaciones de Francia, particularmente en el Mediodía, se parecen a Issoudun. El estado en que el triunfo de la burguesía puso a esta ciudad —cabeza de partido judicial— es el que espera a toda Francia e incluso a París, si la burguesía continúa siendo dueña de la política exterior e interior de nuestra patria.

Digamos ahora unas palabras sobre la topografía. Issoudun se extiende de Norte a Sur sobre un ribazo que adquiere formas redondeadas hacia la carretera de Chateauroux. Al pie de esta eminencia se abrió un canal que hoy se llama la *Rivière-Forcée*, cuyas aguas proceden de Théols, que antes surtía las necesidades de las fábricas o servía para inundar los fosos de los baluartes, en la época del florecimiento de la villa. Este canal forma un brazo artificial que desemboca en el río, más allá del arrabal de Roma, en el punto de confluencia del Tournemine con otros arroyos. Este pequeño curso de agua y los dos ríos citados riegan unas praderas bastante extensas, rodeadas por todas partes por colinas amarillentas o blancas sembradas de puntos

negros. Éste es el aspecto que ofrecen los viñedos de Issoudun durante siete meses del año. Los viñadores podan las vides todos los años, sin dejar más que un muñón feo y sin rodrigones en el centro de un embudo. Así, cuando se llega de Vierzón, de Vatano, de Chateauroux, la mirada entristecida por aquellas monótonas llanuras, se sorprende de manera muy agradable al ver las praderas de Issoudun, el oasis de aquella parte del Berry, que surte de verduras a la comarca en diez leguas a la redonda. Por encima del arrabal de Roma se extiende un vasta ciénaga totalmente cultivada y dividida en dos regiones, que llevan el nombre de Bajo y Alto Baltan. Una amplia y extensa avenida adornada con dos filas de álamos, conduce de la población, a través de los prados, hasta un antiguo convento llamado Frapesle, cuyos jardines ingleses, únicos en la región, recibieron el ambicioso nombre de Tívoli. Los domingos, las parejas de enamorados acuden a este lugar a hacerse sus confidencias.

El observador atento no deja de descubrir los restos de la antigua grandeza de Issoudun. Los más notables están constituidos por las divisiones de la villa. El castillo, que antes formaba una verdadera ciudad independiente, con sus murallas y sus fosos, constituye un barrio separado en el que hoy sólo se puede penetrar por las antiguas puertas y del que sólo se sale por tres puentes tendidos sobre los brazos de los dos ríos y que prestan a la villa una fisonomía típicamente antigua. Los baluartes aún muestran en algunos sitios sus formidables hiladas, sobre las que hoy se alzan viviendas.

En lo alto del castillo se alza la Torre, que constituía la fortaleza. El enemigo que se hubiese apoderado de la población extendida en torno a estos dos puntos fortificados, aún tenía que tomar la Torre y el Castillo. La posesión del Castillo aún no proporcionaba la de la Torre.

El barrio de Saint-Paterne, que forma una especie de paleta más allá de la Torre, extendiéndose sobre la pradera, es muy considerable y es posible que en tiempos antiquísimos fuese el primer núcleo de población. Durante la Edad Media, Issoudun, como París, empezó a escalar la colina, para agruparse al pie de la Torre y del Castillo. Esta opinión se veía corroborada, en 1822, por la existencia de la encantadora iglesia de Saint-Pateme, recientemente demolida por el heredero del que la adquirió a la nación. Esta iglesia —uno de los más bellos ejemplares de iglesia románica que poseía Francia— desapareció sin que nadie se molestase en dibujar el portal, cuya conservación era perfecta. La única voz que se alzó en defensa del monumento no halló eco en parte alguna, ni en la población, ni en el departamento.

Aunque el Castillo de Issoudun tenga el carácter de una ciudad antigua, con sus callejuelas estrechas y sus casas antiguas, la villa propiamente dicha —que fue tomada e incendiada muchas veces en épocas distintas, en especial durante la Fronda, en que ardió por los cuatro costados— tiene un aspecto moderno. Calles espaciosas, relativamente anchas comparadas con las de otras ciudades, y casas bien construidas, forman un contraste tan sorprendente con el aspecto del Castillo, que algunas geografías valen a Issoudun el apelativo de “bella población”.

En una villa así constituida, sin ninguna actividad, ni siquiera comercial, sin afición por las artes, sin ocupaciones doctas, cuyos habitantes viven encerrados en sí mismos, tenía que suceder y sucedió en 1816, bajo la Restauración, cuando terminó la guerra, que numerosos jóvenes de Issoudun no tuviesen ninguna carrera que seguir, y no supiesen qué hacer mientras esperaban su matrimonio o la herencia de sus padres. Ociosos y hastiados en su casa, aquellos jóvenes no encontraban ningún elemento de distracción en la villa; y como, según el decir de la región, “la juventud tiene que hacer locuras”, cometieron sus excesos a expensas de la propia población. Les resultaba muy difícil operar en pleno día, so pena de ser reconocidos; y, una vez colmada la copa de sus diabluras, hubieran terminado por ser conducidos, a la primera travesura excesivamente fuerte, al cuartelillo; así, pues eligieron la noche para cometer sus bromas pesadas, demostrando con esto una rara discreción. Así fue como entre aquellos viejos restos de tantas civilizaciones extinguidas, brilló como una última llama* un vestigio del espíritu chusco y gracioso que distinguía las costumbres antiguas.

Aquellos jóvenes se divertieron como antaño se divertían Carlos IX y sus cortesanos, Enrique IV y sus compañeros, y como en otros tiempos las gentes solían divertirse en muchas ciudades provincianas. Una vez confederados por la necesidad de ayudarse mutuamente, de defenderse y de inventar nuevas bromas, se desarrolló en ellos, gracias al choque de las ideas aquel acervo de malicia propio de la juventud y que incluso se observa entre los animales. La confederación les proporcionó además los pequeños placeres que proporciona el misterio de una conspiración permanente. Se dieron el nombre de *Caballeros de la Holganza*.

Durante el día, aquellos jóvenes traviosos eran pequeños santos, asumían un aspecto de absoluta tranquilidad; por otra parte, se levantaban muy tarde después de pasar la noche entregados a la realización de algunas de sus diabluras. Los Caballeros de la Holganza empezaron por bromas vulgares, como descolgar y cambiar los rótulos de las tiendas, llamar a las puertas, precipitar con gran estrépito un tonel que alguien había olvidado ante la puerta de su casa en la bodega del vecino, que despertaba sobresaltado creyendo que había estallado una mina. En Issoudun, como en muchas poblaciones, se baja a la bodega por una trampa cuya boca, que se abre a la entrada de la casa, está cubierta por una sólida puerta provista de bisagras y cerrada por un grueso candado. Aquellos diablillos aún no habían salido, a finales de 1816, del repertorio de bromas provincianas propias de los muchachos y los jóvenes de su edad. Pero en enero de 1816, la Orden de la Holganza eligió a un nuevo Gran Maestre, que se distinguió por una serie de trastadas que, hasta 1823, sembraron el terror en Issoudun, o al menos mantuvieron a sus artesanos y burgueses sumidos en perpetua alarma.

Este jefe fue un tal Maxence Gilet, llamado Max para abreviar y al que sus antecedentes, junto con su fuerza y su juventud, destinaban para aquel papel. Maxence Gilet, pasaba en Issoudun por ser hijo natural de aquel subdelegado, el

famoso monsieur Lousteau, el hermano de madame Hochon, cuya galantería dejó tantos recuerdos, y que se había concitado, como sabe el lector, el odio del viejo doctor Rouget, a causa del nacimiento de Ágata. Pero la amistad que unía a aquellos dos hombres antes de que riñesen era tan estrecha, que, según una expresión de la comarca y de la época, pasaban siempre por los mismos caminos. También se decía que Max podía ser tanto el hijo del doctor como del subdelegado, pero no era hijo de uno ni de otro, pues su padre fue un apuesto oficial de dragones que estaba de guarnición en Bourges. Sin embargo, a causa de su enemistad y afortunadamente para el niño, el médico y el subdelegado se disputaron constantemente su paternidad.

La madre de Max, esposa de un pobre galochero del barrio de Roma, fue, para perdición de su alma, de sorprendente belleza: una belleza propia del Transtevere; único bien que legó a su hijo. Madame Gilet, encinta de Max en 1788, deseaba desde hacía mucho tiempo aquella bendición del cielo, que las malas lenguas atribuyeron a la galantería de los dos amigos, sin duda para indisponerlos uno contra otro. Gilet, viejo borracho que bebía como una cuba, favorecía los desórdenes de su mujer mediante una colusión y una complacencia de las que hay algunos ejemplos en las clases inferiores. A fin de procurar protectores a su hijo, la Gilet se guardó muy bien de desmentir aquellas falsas paternidades. En París hubiera sido millonaria; en Issoudun, pasó épocas desahogadas, períodos de miseria, terminando por verse despreciada, madame Hochon, hermana de monsieur Lousteau, daba diez escudos al año para que Max fuese a la escuela. Esta liberalidad, que madame Hochon distaba mucho de poder permitirse, a causa de la avaricia de su marido, fue atribuida naturalmente a su hermano que entonces se encontraba en Sancerre.

Cuando el doctor Rouget, que no era un hombre muy agraciado, se dio cuenta de la belleza de Max, pagó hasta 1805 la pensión en el colegio del que llamaba “ese bribonzuelo”. Como el subdelegado falleció en 1800, y como al pagar durante cinco años la pensión de Max, el médico pareció obedecer a un sentimiento de amor propio, la cuestión de la paternidad quedó siempre indecisa. Maxence Gilet, blanco de mil bromas, no quedó en caer en el olvido. He aquí cómo sucedió. En 1806, un año después de la muerte del doctor Rouget, aquel mozo —que parecía haber nacido para una vida de aventuras, y que además estaba dotado de una fuerza y una agilidad notables— se permitía una serie de diabluras más o menos peligrosas. Ya se había aliado con los nietos de monsieur Hochon para hacer rabiar a los tenderos que la población, cosechaba las frutas antes que los propietarios, sin molestarse en saltar las tapias. Aquel diablillo no tenía igual en cuanto se trataba de ejercicios violentos; jugaba al marro a la perfección, era capaz de atrapar a una liebre a la carrera y, dotado de una vista digna de Calzas de Cuero, famoso personaje de Fenimore Cooper, ya amaba la caza con pasión. En vez de estudiar, se pasaba el día tirando al blanco. Empleaba el dinero que hurtaba al viejo galeno para comprar pólvora y balas con destino a una pistola herrumbrosa que le había regalado maese Gilet, el galochero.

Ahora bien: durante el otoño de 1806, Max, que entonces tenía diecisiete años,

cometió un asesinato involuntario al asustar, a la caída de la noche, a una joven encinta que le sorprendió en su jardín, en el que él se había introducido para robar fruta. Amenazado con la guillotina por su padre el galochero, que sin duda quería librarse de él, Max huyó de casa, sin detenerse hasta Bourges, donde se alistó en un regimiento que se dirigía a España. El caso de la joven muerta fue sobreseído.

Un muchacho del carácter de Max debía distinguirse forzosamente, y, en efecto, se distinguió tan bien, que en tres campañas alcanzó el grado de capitán, pues supo aprovechar a la perfección la poca instrucción que había recibido. El 1809, en Portugal, fue dado por muerto en una batería inglesa, en la que su compañía penetró, sin haberse podido mantener en ella. Max, apresado por los ingleses, fue enviado a los pontones españoles de Cabrera, los más horribles de todos. Pidieron para él la cruz de la Legión de Honor y el grado de coronel jefe de batallón; pero el emperador estaba entonces en Austria y reservaba sus favores para los actos de valor que se cometían bajo sus propios ojos; no era amigo de los que se dejaban capturar y además estaba muy descontento de los asuntos de Portugal.

Max permaneció en los pontones de 1810 a 1814. Durante aquellos cuatro años, se desmoralizó completamente, pues los pontones eran el presidio, salvo el crimen y la infamia. Al principio, para conservar su libre albedrío y defenderse de la corrupción que asolaba aquellas innobles prisiones, indignas de un pueblo civilizado, el joven y apuesto capitán mató en duelo (los duelistas se batían en un espacio de seis pies cuadrados) a siete espadachines o matones, librando al pontón de su presencia, con gran alegría de quienes eran sus víctimas. Max se convirtió en el rey de su pontón, gracias a la habilidad prodigiosa que adquirió en el manejo de las armas, su fuerza corporal y su destreza. Pero cometió a su vez actos arbitrarios, tuvo a individuos complacientes que trabajaron para él y que se convirtieron en sus cortesanos. En aquella escuela del dolor, en que los caracteres agriados únicamente soñaban en la venganza y los sofismas que hacían eclosión en aquellos cerebros amontonados hacían parecer legítimos los peores pensamientos, Max se depravó completamente. Prestó oído a las opiniones de aquellos que soñaban con alcanzar la fortuna a cualquier precio, sin retroceder ante los resultados de una acción criminal, con tal de que se realizase sin pruebas.

Por último, cuando llegó la paz, salió de allí pervertido aunque inocente, capaz de ser un gran político en las altas esferas y un miserable en la vida privada: según las circunstancias de su destino. De regreso a Issoudun, supo el fin deplorable de sus padres. Como todas las personas avasalladas por sus pasiones y que sólo desean una vida buena y corta, según dice el proverbio, los Gilet murieron en el hospital, sumidos en la más espantosa indigencia.

Al poco tiempo se extendió por toda Francia la noticia del desembarco de Napoleón en Cannes. Max creyó entonces que debía ir a París a solicitar su grado de jefe de batallón y la cruz. El mariscal que entonces tenía la cartera de la Guerra se acordó de la magnífica conducta del capitán Gilet en Portugal; lo hizo ingresar en la

Guardia con el grado de capitán, que correspondía, en la Línea, al grado de jefe de batallón, pero no pudo conseguirle la cruz.

—El emperador ha dicho que sabréis ganarla a la primera escaramuza —le dijo el mariscal.

El emperador, en efecto, se fijó en el valeroso capitán la noche del combate de Fleurus, en el que Gilet se distinguió, y ordenó que lo condecorasen. Después de la batalla de Waterloo, Max se retiró al Loira. Al licenciarse, el mariscal Feltre no reconoció a Gilet su graduación ni su cruz. El soldado de Napoleón volvió a Issoudun en un estado de exasperación que es fácil de imaginar, pues sólo quería servir con la cruz y el grado de jefe de batallón. Las autoridades hallaron exorbitantes estas condiciones en un joven de veinticinco años, sin nombre, y que así podía llegar a coronel a los treinta años. Max presentó entonces su dimisión. El comandante —pues los bonapartistas se reconocían entre ellos los grados adquiridos en 1815—, perdió así la mísera paga, llamada la media soldada, concedida a los oficiales del ejército del Loira.

Al ver a aquel joven hermoso y apuesto, que por toda fortuna sólo tenía veinte napoleones, todo Issoudun se conmovió a su favor, y el alcalde le dio un empleo en la Alcaldía con seiscientos francos de sueldo. Max ocupó esta plaza durante unos seis meses, para abandonarla por propia voluntad, siendo sustituido por un capitán llamado Carpentier que, como él, había permanecido fiel a Napoleón.

Gilet, que ya era Gran Maestro de la Orden de la Holganza, adoptó un género de vida que le enajenó la consideración de las primeras familias de la ciudad, sin que se la testimoniasen demasiado, por otra parte; pues era de carácter violento y todos lo temían, incluso los oficiales del antiguo ejército, que se negaron a servir como él, y que volvieron a plantar sus coles en el Berry. El escaso afecto que los naturales de Issoudun demostraban por los borbones no tiene nada de sorprendente, en vista de lo que acabamos de exponer. Así, en relación a su escasa importancia, hubo en esta pequeña población más bonapartistas que en otra parte. Como es sabido, los bonapartistas se hicieron casi todos liberales. En Issoudun o sus alrededores, había una docena de oficiales en la situación de Max, y lo tomaron por jefe, hasta tal punto les agradó; salvo aquel Carpentier, empero, sucesor suyo, y de un tal monsieur Mignonnet, ex capitán de artillería en la Guardia.

Carpentier, oficial de caballería advenedizo, no tardó en contraer matrimonio, por el que ingresó en una de las familias más importantes de la ciudad, los Borniche-Héreau. Mignonnet, educado en la Escuela Politécnica, había servido en un cuerpo que se atribuye una especie de superioridad sobre los demás. En los ejércitos imperiales, hubo dos matices entre los militares. Una gran parte de ellos sentía por el burgués, por el “pequín”, un desdén igual al que experimentaban los nobles por los villanos, el conquistador por el conquistado. Éstos no siempre observaban las leyes del honor en sus relaciones con los elementos civiles, ni censuraban excesivamente a los que golpeaban con el sable a los burgueses. Los demás, y en especial los del arma

de Artillería, quizás a causa de su republicanismo, no adoptaron aquella doctrina, que en realidad tendía a crear dos Francias, una Francia militar y una Francia civil. Así, pues, si bien el comandante Potel y el capitán Renard —dos oficiales del barrio de Roma, cuyas opiniones sobre los burgueses no habían variado— fueron amigos *a pesar de todo* de Maxence Gilet, el comandante Mignonnet y el capitán Carpentier que pasaron a las filas de la burguesía, pues consideraban la conducta de Max indigna de un hombre de honor. El comandante Mignonnet hombrecillo enteco, lleno de dignidad, se ocupaba de los problemas que aún planteaba la máquina de vapor, y vivía modestamente, frecuentado únicamente la sociedad de monsieur y madame Carpentier. Sus costumbres apacibles y sus ocupaciones científicas le granjearon la consideración de toda la ciudad. Solía decirse que los señores Mignonnet y Carpentier eran *personas muy diferentes* del comandante Potel y los capitanes Renard, Maxence y otros parroquianos del café militar, que conservaban las costumbres soldadescas y los procedimientos habituales del Imperio.

Así, pues, cuando madame Bridau volvió a Issoudun, Max se hallaba excluido del mundo burgués. Mas por otra parte, aquel buen mozo se hacía justicia al no presentarse en la sociedad, llamada “el Círculo”, sin quejarse nunca de la triste reprobación de que era objeto, aunque fuese el joven más elegante y atildado de todo Issoudun, el que gastaba y el único que tenía un caballo —cosa tan extraña en Issoudun como el de lord Byron en Venecia—. Veremos cómo, aunque fuese pobre y sin recursos, Maxence pudo llegar a ser el dandy de Issoudun, pues los medios vergonzosos que le concitaron la enemiga de las gentes timoratas o religiosas tienen que ver con los intereses que llevaron a Ágata y José a Issoudun.

Por la audacia de su porte, por la expresión de su fisonomía, a Max parecía importarle muy poco la opinión pública; sin duda esperaba tomarse un día el desquite y reinar sobre aquellos que lo despreciaban. Además, si la burguesía menospreciaba a Max, la admiración que su carácter despertaba entre el pueblo seguía a contrapeso a aquella opinión: su valor, su prestancia y su decisión gustaban a la masa, que, por otra parte, ignoraba su depravación, cuyo alcance ni siquiera los propios burgueses sospechaban. Max representaba en Issoudun un papel muy parecido al del herrero en *La Linda Doncella de Perth*, pues era allí el campeón del Bonapartismo y de la Oposición. Se contaba con él del mismo modo como los burgueses de Perth contaban con Smith en las grandes ocasiones. Hubo un lance que contribuyó a poner de relieve al héroe y la víctima de los Cien Días.

En 1819, un batallón mandado por oficiales monárquicos todos ellos jóvenes salidos de la Casa Roja, pasó por Issoudun de camino para Bourges, a donde iban de guarnición. Sin saber qué hacer en una ciudad tan constitucional como Issoudun, los oficiales fueron a matar el tiempo al Café Militar. (En todas las ciudades de provincias existe un Café Militar). El de Issoudun se alzaba en un ángulo del baluarte; daba a la Plaza de Armas y estaba regentado por la viuda de un antiguo oficial. Naturalmente, servía de club a los bonapartistas de la localidad, a los oficiales

a media paga o a aquellos que compartían las opiniones de Max y a quienes el espíritu de la ciudad permitía expresar su devoción por el emperador. A partir de 1816 se celebró todos los años en Issoudun un banquete para festejar el aniversario de la coronación de Napoleón.

Los tres primeros monárquicos que llegaron al café pidieron periódicos y, entre otros, el *Quotidienne* y el *Drapeau Blanc*. Las opiniones de Issoudun, y especialmente las del Café Militar no admitían prensa legitimista. El Café no tenía más que el *Commerce*, nombre que se vio obligado a adoptar durante algunos años el *Constitutionnel*, suprimido por un decreto del gobierno. Pero como al aparecer por primera vez bajo el nuevo título, comenzó su editorial con estas palabras: “El Comercio es esencialmente Constitucional”, siguieron llamándolo el *Constitutionnel*. Todos los suscriptores comprendieron aquel juego de palabras lleno de malicia y de oposición, por el que se les aconsejaba que no prestasen atención a la etiqueta, pues el vino que contenía la botella era el mismo. Desde lo alto de su mostrador, la ajamonada dama respondió a los realistas que ella no tenía los periódicos pedidos.

—¿Qué periódicos recibís, pues? —preguntó uno de los oficiales, que era un capitán.

El camarero, un mozalbete que vestía una chaqueta de paño azul y un delantal de tela basta, fue a buscar el *Commerce*.

—¡Ah! ¿Éste es vuestro periódico, no tenéis otros?

—No —dijo el camarero—, es el único que tenemos.

El capitán rompió en pedazos el órgano de la Oposición, los tiró al suelo y escupió sobre ellos, diciendo:

—¡Trae un dominó!

En diez minutos, la noticia del insulto hecho a la Oposición constitucional y al liberalismo en la persona del sacrosanto periódico, que atacaba a los curas con el valor y el espíritu que, como sabéis, corre por las calles, se extendió como una mancha de aceite por toda la población; se repetía y se comentaba en todas partes. Pronto circuló por todas las bocas la misma consigna:

—¡Avisemos a Max!

Max no tardó en enterarse de lo sucedido. Los oficiales aún no habían terminado su partida de dominó, cuando Max, acompañado del comandante Potel y del capitán Renard, seguido de treinta jóvenes —que sentían curiosidad por ver cómo terminaría aquella aventura, y que permanecieron casi todos ellos agrupados en la Plaza de Armas— entró en el café, que pronto estuvo lleno a rebosar.

—Camarero, mi periódico —dijo Max con voz dulce.

Entonces representaron una pequeña comedia. La obesa dama, con aire compungido y conciliador, dijo:

—Capitán, lo he prestado.

—Ídolo a buscar —exclamó uno de los amigos de Max.

—¿No podéis pasaros sin el periódico? —dijo el camarero—. Ya no lo tenemos.

Los jóvenes oficiales se reían y miraban a hurtadillas a los recién llegados.

—¡Lo han roto en pedazos! —exclamó un joven de Issoudun, mirando a los pies del capitán legalista.

—¿Quién se ha permitido romper el periódico? —preguntó Max con voz tonante, los ojos inflamados y levantándose con los brazos cruzados.

—Y además, le hemos escupido encima —respondieron los tres jóvenes oficiales, levantándose a su vez y mirando a Max.

—Habéis insultado a toda la ciudad —dijo Max, muy pálido.

—¿Bien, y qué?... —preguntó el oficial más joven.

Con una destreza, una audacia y una rapidez que aquellos jóvenes no podían prever, Max aplicó dos sonoras bofetadas al primero de los oficiales, diciéndole:

—Comprendéis el francés, ¿verdad?

Fueron a batirse en la alameda de Frapesle, tres contra tres, pues Potel y Renard no quisieron permitir de ninguna manera que Maxence Gilet se enfrentase él sólo con los tres oficiales.

Max mató a su adversario. El comandante Potel hirió tan gravemente al suyo que el infeliz —un hijo de familia— murió al día siguiente en el hospital al que fue transportado. En cuanto al tercero, salió bastante bien librado: sólo recibió un tajo e hirió al capitán Renard, su adversario. El batallón partió hacia Bourges aquella misma noche. Este lance de honor, que fue muy sonado en el Berry, convirtió definitivamente a Maxence Gilet en un héroe.

Los Caballeros de la Holganza, todos ellos jóvenes, pues el mayor no tenía más de veinticinco años, admiraban del primero al último a Maxence. Algunos de ellos, en vez de compartir la actitud gazmoña y rígida de sus familias con respecto a Max, envidiaban su posición y opinaban que era muy feliz. Bajo el mando de semejante jefe, la Orden hizo maravillas. A partir del mes de enero de 1817, no pasó una semana sin que la villa no fuera puesta en conmoción por una nueva broma. Max, por pundonor, impuso a los caballeros ciertas condiciones. Se promulgaron unos estatutos. Aquellos diablos estaban tan alertas como los alumnos de Amorós, atrevidos como milanos, hábiles en toda clase de ejercicios, fuertes y diestros como malhechores. Se hicieron maestros consumados en el arte de trepar por los techos, de escalar las casas, de saltar, de andar sin hacer ruido, de amasar yeso y de cegar una puerta. Disponían de un verdadero arsenal formado por cuerdas, escalas, herramientas y disfraces. Así, los Caballeros de la Holganza alcanzaron el medio ideal de la malicia, no sólo en la ejecución sino también en la concepción de sus barrabasadas. Terminaron por poseer aquel genio del mal que tanto regocijaba a Panurgo, que provoca la risa y que deja tan en ridículo a la víctima, que ésta no se atreve a quejarse. Aquellos hijos de familia tenían confidentes en todas las casas que les permitían obtener informes útiles para perpetrar sus diabluras.

Cuando hacía mucho frío, por ejemplo, aquellos diablos encamados transportaban una estufa de la sala al patio, atiborrándolo de madera para que el fuego durase toda

la noche. Al día siguiente, toda la ciudad sabía que don Fulano de Tal (un conocido avaro), había tratado de calentar el patio de su casa.

A veces se ponían todos en emboscada en la Calle Mallor o en la Calle Baja, las dos principales arterias de la villa, a las que afluyen numerosas callejuelas transversales. Agazapados y ocultos en una esquina, el ángulo de un muro y asomando la cabeza, se ponían a gritar con voz estentórea, de puerta a puerta, de un extremo a otro de la población, cuando los buenos burgueses empezaban a conciliar el sueño:

—¡Eh! ¿Qué hay?... ¿Qué hay?

Estas voces y preguntas repetidas despertaban a los burgueses, que se asomaban en camisón y gorro de dormir, con una vela en la mano, para preguntarse qué pasaba, haciendo los coloquios más extraños y poniendo las caras más furiosas del mundo.

Había en Issoudun un pobre encuadernador, muy anciano, que creía en los demonios. Como casi todos los artesanos de provincias, trabajaba en una tiendecita muy baja. Los caballeros, disfrazados de diablos, invadían de noche la tienda, metían al pobre encuadernador en el cofre donde guardaba los recortes, y lo dejaban gritando como un condenado. El desgraciado despertaba a los vecinos, para explicarles que se le había aparecido Lucifer, y los vecinos no conseguían convencerlo de que había visto visiones. El encuadernador estuvo a punto de volverse loco.

Durante un invierno crudísimo, los Caballeros derribaron la chimenea del gabinete del recaudador de contribuciones, para construirla de nuevo en una sola noche, completamente igual a la anterior, sin hacer ruido y sin haber dejado la menor traza de su trabajo. Aquella chimenea estaba dispuesta interiormente de tal manera, que impedía la salida del humo. El recaudador estuvo sufriendo dos meses, antes de averiguar por qué su chimenea, que tiraba tan bien y de la que estaba tan contento, le gastaba semejante jugarreta, viéndose obligado a reconstruirla.

Un día pusieron tres haces de paja azufrada y papeles encerados en la chimenea de una vieja beata, amiga de madame Hochon. Cuando por la mañana la pobre mujer, que era tranquila y apacible, encendió el fuego, creyó que brotaba un volcán en su habitación. Tuvieron que acudir los bomberos, se congregó toda la población, y como entre los bomberos había algunos Caballeros de la Holganza, se apresuraron a inundar la casa de la pobre anciana, quien temió morir ahogada después de salvarse de las llamas. Tuvo que guardar cama a consecuencia del susto.

Cuando querían que alguien pasara la noche en vela y presa de mortales inquietudes, le escribían un anónimo avisándole que irían a robarle; después desfilaban uno a uno al pie de sus muros o de sus ventanas, llamándose por medio de silbidos.

Una de sus bromas más famosas, que fue comentada con hilaridad durante mucho tiempo y que aún hoy se cuenta en Issoudun, consistió en dirigir una breve esquela a todos los herederos de una vieja dama muy avara, y que poseía una saneada fortuna, anunciándoles su muerte e invitándoles a que acudiesen con puntualidad a la hora en

que el Juzgado sellaría las habitaciones. Llegaron alrededor de ochenta personas de Vatan, de Saint-Florent, de Vierzon y de los alrededores, todos de luto riguroso, pero sin ocultar su contento, unos con su mujer, las viudas con sus hijos, los niños con sus padres, éste en una tartana, aquél en un cabriolé de mimbre, el otro en una destartalada carreta. ¡Imagine el lector las escenas que se desarrollaron entre la criada de la vieja dama y los primeros que llegaron a su casa! Sin hablar de las consultas hechas a los notarios... En Issoudun la cosa adquirió proporciones de motín.

Hasta que un día el subprefecto, pensó que aquel estado de cosas era tanto más intolerable, cuando que le era imposible saber quien cometía tales latrocinios. Las sospechas se dirigían principalmente hacia la juventud local, pero como la Guardia Nacional sólo existía entonces sobre el papel, en Issoudun, la plaza no tenía guarnición y el teniente de la gendarmería no disponía más que de ocho gendarmes, que no efectuaban patrullas, era imposible reunir pruebas. El subprefecto fue puesto en la *Orden Nocturna*, y tachado automáticamente de *bestia negra*. Este funcionario tenía la costumbre de desayunar con dos huevos frescos. Criaba gallinas en el patio de su casa, y a la manía de comer huevos duros, se añadía la de que quería cocerlos él mismo. Ni su mujer, ni su criada, ni nadie, según él, sabían cocer un huevo como es debido; consultaba su reloj y se jactaba de poder dar lecciones a todo el mundo sobre el particular. Hacía dos años que hacía hervir los huevos con tal éxito, que esto lo convertía en blanco de multitud de bromas. Durante un mes le robaron todas las noches los huevos que ponían sus gallinas, sustituyéndolos por huevos duros. El subprefecto no consiguió sacar nada en claro, pero perdió su reputación de *subprefecto del huevo*. Terminó por desayunar otra cosa. Pero nunca sospechó de los Caballeros de la Holganza, pues la broma estaba demasiado bien hecha. A Max se le ocurrió embadurnar todas las noches los tubos de sus estufas con un aceite saturado de sustancias tan fétidas, que era imposible permanecer en su casa. Pero esto aún no fue bastante: un día, su mujer, al disponerse a ir a misa, encontró su chal pegado interiormente por una sustancia tan adherente, que no pudo ponérselo.

El subprefecto terminó pidiendo un nuevo destino. La cobardía y la sumisión de aquel funcionario permitieron que se estableciese definitivamente la autoridad picaresca y oculta de los Caballeros de la Holganza.

Entre la rue des Minimes y la place Misère, existía entonces una porción de barriadas encuadrada por el brazo de la Rivière-Forcée por abajo, y el baluarte por arriba, desde la Plaza de Armas hasta el Mercado de las Ollas. Esta especie de cuadrado informe estaba ocupado por casas de aspecto miserable, muy apretujadas y divididas por callejuelas tan angostas, que por ellas no podían avanzar dos personas de frente. Aquella parte de la población, que era una especie de Corte de los Milagros, estaba ocupada por gente pobre o que ejercía profesiones poco lucrativas. Aquellos infelices vivían hacinados en aquellos tugurios y en viviendas que en lenguaje familiar recibían el pintoresco nombre de casas de mala fama. En todas las épocas fue aquél, sin duda, un barrio maldito, refugio de gentes de vida airada, pues

una de sus calles lleva el nombre siniestro de *calle del Verdugo*. Consta que el verdugo de la villa tuvo allí su casa de *puerta roja* durante más de cinco siglos. El ayudante del verdugo de Chateauroux aún vive allí, si hay que creer a la voz pública pues los habitantes de la villa no lo ven jamás. Los viñadores son los únicos que sostienen relaciones con aquel ser misterioso, que heredó de sus predecesores el don de curar las fracturas y las llagas.

En otros tiempos, las mujeres de vida alegre que había en Issoudun cuando la villa se daba aire de capital, tenían allí sus reuniones. Había en aquel barrio revendedores de cosas que nadie hubiera dicho que encontrasen comprador, traperos que exhibían su hedionda mercadería, y, por último, aquella población apócrifa que se encuentra en todos los lugares parecidos de casi todas las ciudades, dominados por uno o dos judíos. En la esquina de una de estas sombrías callejuelas, en el lado más bullicioso de aquel barrio, existió de 1815 a 1823, y quizás algo más tarde, una taberna propiedad de una mujer a quien llamaban la tía Coggnette. Esta taberna consistía en una casa bastante bien construida en hiladas de piedra blanca, cuyos intervalos estaban rellenos de morrillo y argamasa, y que constaba de un piso y un desván. Encima de la puerta lucía aquella enorme rama de pino, que parecía de bronce florentino. Como si aquel símbolo no fuese harto elocuente, la mirada se veía atraída por el color azul de un rótulo pegado a una de las jambas de la puerta y en la que se leían estas palabras: BUENA CERVEZA DE MARZO. Sobre esta inscripción había un dibujo que representaba un soldado, ofreciendo a una mujer muy escotada un chorro de espuma que iba del cantarillo al vaso que ella le tendía, describiendo un arco, todo ello con unos colores que hubieran hecho desmayar a Delacroix.

La planta baja estaba compuesta de una inmensa sala que servía a la vez de cocina y comedor, de cuyas vigas colgaban de sendos clavos las provisiones necesarias para la marcha de aquel comercio. Al fondo de esta sala, una escalera de molinero conducía al piso superior, pero al pie de dicha escalera se abría una puerta que daba a una pequeña pieza alargada, que recibía la luz de uno de esos patios provincianos que parecen un tubo de chimenea, hasta tal punto son estrechos, negros y altos. Oculta por un tejadillo y hurtada a todas las miradas por unas murallas, aquella salita servía de punto de reunión a los jóvenes diablos de Issoudun. A los ojos de todo el mundo, el tío Coggnet albergaba a la gente del campo los días que había mercado, pero en secreto era el mesonero de los Caballeros de la Holganza. El tío Coggnet, antiguo palafrenero de una casa rica, terminó por casarse con la Coggnette una antigua cocinera de buena casa. El barrio de Roma continúa haciendo femenino, a la manera latina, como sucede en Italia y en Polonia, el nombre del marido, para aplicarlo a la mujer. Reuniendo sus economías, el tío Coggnet y su cara mitad adquirieron aquella casa, para establecer en ella una taberna. La Coggnette, mujer cuarentona, de elevada talla, gordezuela y que tenía una nariz de Roxelane, la tez bistre, los cabellos negros como el azabache, los ojos castaños, redondos y vivos, un aire inteligente y risueño, fue elegida por Maxence Gilet para que fuese la Leonarda de la Orden, a causa de su

carácter y de su talento culinario.

El tío Cognet podía tener cincuenta y seis años, era rechoncho, se hallaba sometido a su mujer y, según la broma que ella no se cansaba de repetir, tenía que ver las cosas con buen ojo, pues era tuerto. Durante siete años, de 1816 a 1823, ni el marido ni la mujer cometieron la menor indiscreción acerca de lo que ocurría por las noches en su casa ni sobre lo que en ella se tramaba, y manifestaron siempre el más vivo afecto por todos los Caballeros; en cuanto a su abnegación, era absoluta, pero quizás el lector la encontrará menos bella, si piensa que su silencio y su afecto se basaban en una cuestión de intereses. A cualquier hora del día y de la noche que los Caballeros se presentasen en casa de la Cognette, llamando a la puerta de un modo convenido, el tío Cognet, advertido por esa señal, se levantaba, encendía el fuego y unas bujías, abría la puerta, iba a buscar a la bodega unos vinos comprados expresamente para la Orden, y la Cognette les preparaba una cena exquisita, ya fuese antes o después de las expediciones que habían organizado la víspera, o durante el día.

Mientras madame Brigau viajaba de Orleáns a Issoudun, los Caballeros de la Holganza prepararon una de sus mejores bromas. Un viejo español, antiguo prisionero de guerra cuando llegó la paz se quedó en la región, donde tenía un pequeño comercio de granos, fue muy temprano al mercado, para dejar su carreta vacía al pie de la Torre de Issoudun. Maxence, que fue el primero en llegar a la cita que se habían dado aquella noche al pie de la Torre, fue interpelado por esta pregunta, hecha en voz baja:

—¿Qué haremos esta noche?

—Ahí está la carreta del tío Fario —respondió—. Por poco me rompo la crisma contra ella. Empecemos por subirla a la loma de la Torre; después veremos.

Cuando Ricardo construyó la Torre de Issoudun, la erigió, según se ha dicho, sobre las ruinas de la Basílica levantada en el emplazamiento del templo romano y del Dun celta. Estas ruinas, que suman entre todas numerosos siglos, formaron un montículo compuesto por los restos de los monumentos de tres épocas distintas. La Torre de Ricardo Corazón de León, pues, se alza en la cúspide de un cono cuya pendiente es igualmente inclinada por todos lados y por el que sólo se puede subir mediante escalada. Para pintar en pocas palabras la altitud de esta Torre, se la puede comparar al obelisco de Luxor sobre su pedestal. El pedestal de la Torre de Issoudun, que entonces ocultaba tantos tesoros arqueológicos desconocidos, mide ochenta pies de altura en el lado de la villa. En una hora, la carreta fue desmontada, izada pieza por pieza por el montículo hasta el pie de la Torre, merced a una labor parecida a la que efectuaron los soldados que transportaron la artillería durante el paso del Monte San Bernardo. Luego volvieron a montar la carreta y borraron todas las huellas del trabajo efectuado, con tal cuidado, que hubiérase dicho que el vehículo había sido transportado allá arriba por el diablo o por la varita mágica de un hada. Después de esta hazaña, los Caballeros, famélicos y sedientos, volvieron todos a casa de la

Cognete, donde no tardaron en sentarse ante una opípara cena, servida en la salita de la planta baja, y donde todos comentaban alborozados la cara que pondría el tío Fario cuando, alrededor de las diez, buscara su carreta.

Naturalmente, los Caballeros no gastaban todas sus bromas de noche. Ni el genio reunido de Sganarelle, de Mascarille y de Scapin hubiera bastado para imaginar trescientas sesenta bromas para todo el año. En primer lugar, las circunstancias no siempre eran propicias: unas veces hacía un claro de luna excesivo, o la última broma había irritado en demasía a las personas serias; otras veces éste o aquél negaban su concurso, cuando se trataba de un pariente. Pero si los bromistas no se veían todas las noches en casa de la Cognette, se encontraban durante el día, para entregarse juntos a los placeres permitidos de la caza o la vendimia en otoño, y del patín en invierno. En aquella reunión de veinte jóvenes de la villa que protestaban de este modo contra el sopor social, había algunos que se hallaban más estrechamente vinculados que los demás con Max, o que hicieron de él su ídolo. Esta clase de caracteres suele fanatizar a la juventud. Así, los dos nietos de madame Hochon, Francisco Hochon y Baruc Borniche, eran los secuaces fanáticos de Max. Aquellos dos muchachos consideraban a Max casi como si fuese su primo, admitiendo la opinión que circulaba por el país acerca de su parentesco espúreo con los Lousteau. Max, por otra parte, prestaba generosamente a los dos mozalbetes el dinero que su abuelo Hochon se negaba a entregarles para sus gastos; se los llevaba de caza, los formaba, ejerciendo sobre ellos, en fin, una influencia muy superior a la de la familia. Huérfanos ambos, los dos jóvenes seguían estando, pese a ser mayores de edad, bajo la tutela de monsieur Hochon, su abuelo, a causa de circunstancias que se explicarán en el momento en que el famoso monsieur Hochon aparezca en escena.

En aquel momento, Francisco y Baruc (llamémoslos por sus nombres de pila para mayor claridad del relato) estaban uno a la derecha y el otro a la izquierda de Max, en el centro de la mesa, harto mal iluminada por la luz fuliginosa de cuatro velas de ocho por libra. Los comensales habían bebido de doce a quince botellas de diferentes vinos, pues la reunión se componía de once Caballeros. Baruc —cuyo nombre indica bastante a las claras reminiscencias calvinistas en Issoudun— dijo a Max, en el momento en que el vino había desatado todas las lenguas:

—Te verás amenazado por el centro...

—¿Qué debo entender por estas palabras? —preguntó Max.

—Que mi abuela ha recibido una carta de madame Bridau, su ahijada, en la que le anuncia la llegada de ella y de su hija. Mi abuela les ha hecho preparar dos habitaciones.

—¿Y qué tiene que ver esto conmigo? —dijo Max tomando el vaso, vaciándolo de un trago y volviéndolo a poner sobre la mesa con un cómico ademán.

Max tenía entonces treinta y cuatro años. Una de las velas, colocada a su lado, proyectaba su resplandor sobre su rostro marcial, le iluminaba perfectamente la frente y realzaba de manera admirable su tez blanca, los ojos fogosos, los cabellos negros

algo ensortijados, brillantes como el azabache. La cabellera se levantaba vigorosamente por encima de la frente y en las sienes, para dibujar netamente cinco lenguas negras que nuestros abuelos llamaban las *cinco puntas*. A pesar de estos bruscos contrastes de blanco y negro, Max tenía una fisonomía muy dulce, cuyo encanto provenía de una forma parecida a la que Rafael presta a la cara de sus vírgenes: de una boca bien modelada y sobre cuyos labios erraba una graciosa sonrisa, expresión que Max terminó por adquirir. El rico colorido que matizaba las caras del Berry contribuía a aumentar su aspecto de buen humor. Cuando reía de buena gana, mostraba treinta y dos piezas dignas de adornar la dentadura de una doncella. Pese a su talla de cinco pies y cuatro pulgadas, Max estaba admirablemente bien proporcionado, ni gordo ni flaco. Si bien sus manos cuidadas eran blancas y bastante bellas, sus pies evocaban el barrio de Roma y el soldado del Imperio. Desde luego, hubiera hecho un magnífico general de división; tenía unos hombros que hubieran podido servir la prestancia de un mariscal de Francia, y un pecho tan amplio, que en él hubieran cabido todas las Órdenes de Europa. La inteligencia animaba sus movimientos. Gracioso de movimientos, en fin, como casi todos los hijos del amor, la nobleza de su verdadero padre resplandecía en él.

—¿Acaso no sabes, Max —le gritó desde el otro extremo de la mesa el hijo de un antiguo comandante cirujano llamado Goddet, el mejor médico de la ciudad—, que la ahijada de madame Hochon es la hermana de Rouget? Si ella viene con su hijo el pintor, sin duda lo hace para obtener la herencia del viejo, y entonces, adiós tu vendimia...

Max frunció el ceño. Después, paseando su mirada por las caras de todos los reunidos en torno a la mesa, examinó el efecto producido en ellos por este apostrofe, y repitió:

—¿Y qué tiene que ver esto conmigo?

—Pero yo creo —repuso Francisco— que si el viejo Rouget revocase su testamento, en el caso de que lo hubiese hecho a favor de la Rabouilleuse...

Max interrumpió a su secuaz con estas palabras:

—Cuando al venir a Issoudun oí que os llamaban *uno de los cinco Hochon*, según el retruécano que se hacía con vuestros nombres desde hace treinta años, obligué a cerrar el pico al que así te llamaba, mi querido Francisco, y de tal manera, pardiez, que después nadie se ha atrevido en Issoudun a repetir esta broma estúpida, al menos en mi presencia. Y he aquí ahora cómo me lo pagas: sirviéndote de un despreciable remoquete para designar a una mujer con la que sabéis que sostengo relaciones.

Hasta entonces, Max nunca había hablado tanto de sus relaciones con la persona a quien Francisco acababa de aplicar el apodo con que se la conocía en Issoudun. El antiguo prisionero de los pontones tenía bastante experiencia, el comandante de los granaderos de la Guardia sabía suficientemente lo que era el honor, para adivinar de donde provenía el menosprecio que manifestaba la ciudad. Del mismo modo, nunca había permitido que nadie le hablase de mademoiselle Flore Brazier; la sirvienta

amiga de Jean-Jacques Rouget, que con tanta energía la respetable madame Hochon había calificado de “mala pécora”. Por otra parte, todos sabían que Max era demasiado susceptible para abordar este tema si él no lo mencionaba, cosa que nunca había hecho. Y, por último, era demasiado peligroso incurrir en la cólera de Max o provocar su enojo, para que sus íntimos se atreviesen a bromear sobre la Rabouilleuse. Cuando se comentó las relaciones de Max con aquella joven ante el comandante Potel y el capitán Renard —los dos oficiales con los que él vivía en pie de igualdad— Potel respondió:

—Si es el hermano natural de Jean-Jacques Rouget, ¿por qué no queréis que viva en su casa?

—Además, y si bien se mira —prosiguió el capitán Renard—, esta muchacha es un *bocato de cardinali*. ¿Qué mal hay en que la quiera?... ¿No es verdad que Goddet quiere también a madame Fichet para tener la hija como recompensa por tan fatigoso trabajo?

Después de tan merecida filípica, Francisco fue incapaz de seguir el hilo de su discurso, aún pudo seguirlo menos cuando Max le dijo con dulzura:

—Continúa...

—¡Pardiez, no puedo! —exclamó Francisco.

—Haces mal en enfadarte, Max —dijo Goddet hijo—. ¿No habíamos convenido que en casa de la Cognette podríamos decírnoslo todo? ¿No hemos jurado mortal enemistad a aquel de nosotros que recuerde fuera de aquí lo que aquí se ha dicho, lo que aquí se piensa o lo que aquí se hace? Toda la ciudad designa a Flore Brazier con el apodo de “la Rabouilleuse”, y si por inadvertencia este apodo se le ha escapado a Francisco, ¿hay que considerarlo un crimen contra la Holganza?

—No —dijo Max—, pero sí contra nuestra amistad particular. Yo también he pensado eso, me he dicho que estábamos *en holganza* y le he pedido que continuase...

Reinó un profundo silencio. La pausa se hizo tan violenta para todo el mundo, que Max exclamó:

—Ya que él no quiere hacerlo, voy a continuar yo (sensación), en honor de todos vosotros (asombro) y para deciros lo que pensáis (profunda sensación). ¡Pensáis que Flora, la Rabouilleuse, la Brazier, el ama de llaves del tío Rouget —pues llaman tío a ese solterón que nunca tendrá hijos— os pensáis, digo, que esta mujer atiende a todas mis necesidades, desde mi regreso a Issoudun! Si puedo tirar por la ventana trescientos francos al mes, invitaros a menudo como lo hago esta noche, y prestaros dinero a todos, es porque tomo los escudos que me hacen falta de la bolsa de mademoiselle Brazier (profunda sensación). ¡Pues bien, sí, mil veces sí, pardiez! Sí, mademoiselle Brazier pretende la herencia de ese vejestorio...

—Ha sabido ganársela bien, de padre a hijo —dijo Goddet desde su rincón.

—¿Creéis acaso que yo —continuó Max, después de sonreír ante la frase de Goddet—, que yo, os digo, he concebido el plan de casarme con Flore a la muerte del

tío Rouget, y que entonces esta hermana y su hijo, de quienes oigo hablar por primera vez, comprometan mi porvenir?

—¡Exactamente! —dijo Francisco, entusiasmado.

—Esto es lo que piensan todos los que están reunidos aquí —dijo Baruc.

—Bien, estad tranquilos, amigos míos —respondió Max—. ¡Hombre prevenido vale por dos! Y ahora me dirijo a los Caballeros de la Holganza. Si para expulsar de aquí a estos parisienses, tengo necesidad de la Orden, ¿me echaréis una mano?... ¡Oh, en los límites que nos hemos impuesto en nuestras bromas! —se apresuró a añadir, al darse cuenta del movimiento general—. ¿Creéis que quiero matarlos, o envenenarlos?... Gracias a Dios, no soy ningún imbécil. Y si, a pesar de todo, los Bridau se saliesen con la suya, y Flore no tuviese más de lo que tiene, yo me daría por muy satisfecho, ¿me oís? ¡La quiero lo bastante para preferirla a mademoiselle Fichet si ésta me quisiera echar el guante!...

Mademoiselle Fichet era la más rica heredera de Issoudun, y la posibilidad de alcanzar la mano de la joven entraba, en gran parte, en la pasión de Goddet hijo por la madre. La franqueza tiene tanto valor, que los once Caballeros se levantaron como un solo hombre.

—¡Viva tu sinceridad, Max!

—Esto es hablar, Max; seremos los caballeros de la Liberación.

—¡Abajo los Bridau!

—¡Ya les pondremos bridas, a los Bridau!

—¡Si bien se mira, sabemos de tres que se han casado con pastoras!

—¡Qué diablo, el tío Lousteau ya se entendió con madame Rouget! ¿Qué mal tiene, pues, querer a un ama de llaves, libre y sin compromiso?

—Y si resulta que el difunto Rouget es un poco el padre de Max, todo queda en familia.

—¡Hay libertad de opinión!

—¡Viva Max!

—¡Mueran los hipócritas!

—¡Bebamos a la salud de la bella Flore!

Tales fueron las once respuestas, aclamaciones o brindis que lanzaron los Caballeros de la Holganza, autorizadas, justo es decirlo, por su moral excesivamente relajada. Así se comprenderá el interés que tenía Max en convertirse en el Gran Maestro de la Orden de la Holganza. Al inventar bromas, al comprometer a los jóvenes de las principales familias, Max quería convertirlos en otros tantos apoyos para cuando llegase el día de su rehabilitación. Se levantó graciosamente, alzó su copa llena de vino de Burdeos, y todos se dispusieron a esperar su discurso.

—¡Por el mal que os quiero, deseo que todos podáis tener una mujer que pueda compararse con la bella Flore! ¡En cuanto a la invasión de los parientes, no siento por el momento ningún temor, y, en cuanto a lo porvenir, ya veremos...

—¡No olvidemos la carreta de Fario!...

—¡Pardiez! Está en lugar seguro —dijo Goddet hijo.

—Oh, yo me encargo de terminar esta broma —exclamó Max—. Estad en el mercado temprano, y venid a avisarme cuando el viejo busque su carretilla...

Dieron las tres y media de la madrugada y los Caballeros salieron entonces en silencio para regresar a sus casas, siguiendo las murallas y sin hacer el menor ruido, pues iban calzados con alpargatas. Max regresó despacio a la plaza Saint-Jean, situada en la parte alta de la villa, entre la puerta de Saint-Jean y la puerta Villatte, donde estaba el barrio de los ricos burgueses. El comandante Gilet disimuló sus temores, pero aquella noticia lo alcanzó en lo más profundo. A partir de su permanencia en los pontones, su disimulo llegó a igualar en profundidad a su corrupción. En primer lugar, y ante todo, las cuarenta mil libras de renta que proporcionaban las tierras propiedad del tío Rouget, constituían la pasión que Gilet sentía por Flore Brazier, puede creerlo el lector. A juzgar por su conducta, se echa de ver qué grado de seguridad la Rabouilleuse había sabido inspirarle acerca del porvenir económico que debía a la ternura del viejo solterón. Sin embargo, la noticia de la llegada de los legítimos herederos era propia para hacer tambalear la fe de Max en el poder de Flore. Las economías hechas en el curso de diecisiete años aún seguían puestas a nombre de Rouget. Si el testamento, que según Flore afirmaba, estaba hecho desde hacía mucho tiempo a su favor, fuese revocado, aquellas economías podrían aun salvarse haciéndolas poner a nombre de mademoiselle Brazier.

—¡Esa imbécil no ha sabido decirme una palabra, en siete años, de los sobrinos y de la hermana! —exclamó Max abandonando la rue Marmouse para torcer hacia la rue L'Acenier—. ¡Setecientos cincuenta mil francos colocados en diez o doce procuradores diferentes, en Bourges, en Vierzon, en Chateauroux, no pueden hacerse efectivos ni colocarse en Valores del Estado en una semana sin que nadie lo sepa en este país de miseria! Ante todo, hay que desembarazarse de la parentela; pero una vez nos hayamos librado de ella, nos apresuraremos a convertir en efectivo esa fortuna. En fin, ya pensaré como hay que hacerlo...

Max estaba fatigado. Con ayuda de su llave maestra, entró en casa del tío Rouget y se acostó sin hacer ruido, diciéndose:

—Mañana tendré las ideas más claras.

No estará de más decir de dónde le venía a la sultana de la plaza Saint-Jean aquel apodo de Rabouilleuse, y cómo se estableció como dueña y señora en casa Rouget.

Al envejecer, el anciano médico, padre de Jean-Jacques y de madame Bridau, se dio cuenta de la nulidad de su hijo; lo gobernó con mano bastante dura, para imponerle una rutina que supliese su falta de luces naturales, pero preparándolo así, sin saberlo, para soportar el yugo de la primera tiranía que pudiese pasarle un cabestro. Un día, al volver de sus visitas, aquel viejo maligno y vicioso distinguió a una encantadora niña al borde de los prados que limitaban la avenida de Tívoli. Al ruido de los cascos del caballo, la niña se irguió en el fondo de uno de sus arroyuelos que, vistos desde lo alto de Issoudun, parecen cintas de plata tendidas sobre una tela

verde. Semejante a una náyade, la niña mostró de pronto al doctor una de las más bellas cabezas de virgen que haya podido soñar jamás un pintor. El viejo Rouget, que conocía toda la comarca, nunca había visto aquel milagro de belleza. La niña, casi desnuda, llevaba una mala falda, corta harapienta y agujereada, de tela de lana de mala calidad con rayas bistre y blancas. Una hoja de papel grueso sujeta por una brizna de mimbre le servía de sombrero. Bajo aquel papel, lleno de palotes y de oes, que justificaba plenamente su nombre de papel escolar, estaba retorcida y atada, sujeta además por un peine de los empleados para peinar la cola de los caballos, la más bella cabellera rubia que hubiese podido desear una hija de Eva. Su lindo pecho bronceado, su cuello cubierto apenas por una toquilla hecha andrajos, que en otro tiempo fue de seda de Madrás, mostraba lugares blancos por debajo de la parte bronceada. La falda, que le pasaba entre las piernas, recogida hasta medio cuerpo y sujeta por un grueso imperdible, producía el efecto de ser un calzón de nadador. Los pies y las piernas, que el agua cristalina permitía distinguir, poseían una delicadeza digna de la estatuaria medieval. Aquel cuerpo encantador expuesto al sol poseía un tono rojizo no desprovisto de gracia. El cuello y el pecho merecían estar envueltos en cachemira y seda. Aquella ninfa, en fin, tenía unos ojos azules adornados de largas pestañas y cuya mirada hubiera hecho caer de rodillas a un pintor y aun poeta. El médico, que conocía bastante anatomía para reconocer un talle delicioso, comprendió todo cuanto perdería en las Artes si aquel encantador modelo se estropeaba con el trabajo de los campos.

—¿De dónde eres, pequeña? No te había visto nunca —dijo el viejo médico, que entonces tenía setenta años.

Esta escena tuvo lugar el mes de septiembre del año 1799.

—Soy de Vatan —respondió la niña.

Al oír la voz de un burgués, un hombre de fea catadura, situado a doscientos pasos de allí, en el curso superior del arroyo, alzó la cabeza:

—¡Eh! ¿Qué te pasa, Flore? —gritó—. ¡Si hablas en lugar de *rabouiller*, la mercancía se escapará!

—¿Y qué vienes a hacer aquí, siendo de Vatan? —le preguntó el médico, haciendo caso omiso de la interrupción.

—Vengo a *rabouiller* para mi tío Brazier, que está ahí.

Rabouiller es un término propio del dialecto local, que describe admirablemente lo que quiere expresar: la acción de enturbiar el agua del arroyo revolviéndola con ayuda de una gruesa rama de árbol, cuyas ramitas se hallan dispuestas en forma de raqueta. Los cangrejos de río, asustados por esta operación, cuya finalidad no comprenden, remontan precipitadamente el curso de agua, y en su azoramiento se precipitan de cabeza en las redes que el pescador ha dispuesto a distancia conveniente. Flore Brazier tenía en la mano su *rabouiller*, con la gracia propia de la inocencia.

—¿Pero tu tío ya tiene permiso para pescar?

—¿No estamos en una República una e indivisible? —gritó desde su sitio el tío Brazier.

—Estamos bajo el Directorio —repuso el médico—, y no conozco ninguna ley que permita a un hombre de Vatan venir a pescar en el territorio de la comuna de Issoudun. ¿Tienes madre, pequeña? —agregó el galeno.

—No, señor, y mi padre está en el hospicio de Bourges; se volvió loco a consecuencia de una insolación que sufrió hallándose en el campo...

—¿Qué ganas con este trabajo?

—Cinco sueldos diarios durante toda la temporada del *rabouillage*, y voy a *rabouiller* hasta el Braisme. Durante la siega, espigo. En invierno, hilo.

—Debes de tener unos doce años...

5—Sí, señor...

—¿Quieres venir conmigo? Comerás bien, irás bien vestida y tendrás lindos zapatos...

—No, no, mi sobrina debe quedarse conmigo; yo respondo de ella ante Dios y ante los hombres —dijo el tío Brazier, que se había aproximado a su sobrina y al médico—. ¡Soy su tutor!

El médico contuvo una sonrisa y conservó su grave compostura, que, desde luego, todos hubieran perdido ante el aspecto del tío Brazier. El tutor se tocaba con un sombrero de campesino deteriorado por la lluvia y el sol, cortado como una de hoja de col en la que se hubiesen alimentado numerosas orugas, y remendado con hilo blanco. Bajo el sombrero se dibujaba una cara negra y arrugada, cuya boca, nariz y ojos formaban cuatro puntos negros. Su raída chaqueta parecía un fragmento de tapicería y sus pantalones eran de tela que más parecía trapo.

—Soy el doctor Rouget —dijo el médico—, y como tu eres el tutor de esta niña, tú la traerás a mi casa, que está en la plaza Saint-Jean. Ni ella ni tú habréis perdido el día...

Y sin esperar respuesta, seguro de que vería comparecer en su casa al tío Brazier con la linda Rabouilleuse, el doctor Rouget espoleó a su caballo y partió hacia Issoudun. En efecto, en el momento en que el médico se sentaba a la mesa, la cocinera le anunció al ciudadano y a la ciudadana Brazier.

—Tomad asiento —dijo el médico al tío y la sobrina.

Flore y su tutor, que seguían descalzos, contemplaban la sala del doctor con expresión pasmada. Vamos a ver por qué.

La casa que Rouget heredó de los Descoings ocupa la parte central de la plaza Saint-Jean, que es un cuadrilátero largo y muy estrecho, en el que hay algunos tilos raquíuticos. Las casas que rodean esta plaza son mejores de las del resto de la ciudad, y la de los Descoings es una de las más bellas. Esta mansión, situada frente a la de monsieur Hochon, tiene tres ventanas en el primer piso, y en la planta baja una puerta cochera que permite el acceso a un patio al fondo del cual se extiende un jardín. Bajo la arcada de la puerta cochera se abre una puerta abierta a una vasta sala iluminada

por dos ventanas que dan a la calle. La cocina está detrás de la sala, pero separada de ella por una escalera que conduce al primer piso y a las buhardillas situadas más arriba. Detrás de la cocina se extienden una leñera, un cobertizo donde se hacía la colada, un establo para dos caballos y una cochera, encima de los cuales hay un pequeño granero para la avena, el heno y la paja y donde entonces dormía el criado del doctor.

La sala tan admirada por la pequeña campesina y su tío estaba decorada por un enmaderado de talla, esculpido como se esculpía durante el reinado de Luis XV y pintado de gris, una bella chimenea de mármol, sobre la cual Flore pudo mirarse a un gran espejo sin bastidor superior y cuyo borde esculpido estaba dorado. Sobre este enmaderado se veían varios cuadros colocados a distancias convenientes, restos procedentes de las abadías de Déols, de Issoudun, de Saint-Gildas, de la Prée, de Chézal-Benoît, de Saint-Sulpice, de los conventos de Bourges e Issoudun, que la liberalidad de nuestros reyes y los fieles enriqueció con dones preciosos y obras bellísimas del Renacimiento. Así, en los cuadros conservados por los Descoings y que pasaron a los Rouget, había una Sagrada Familia de Albani, un San Jerónimo del Domenichino, una testa de Cristo de Giovanni Bellini, una Virgen de Leonardo de Vinci, un Jesús con la Cruz auestas, obra de Ticiano, procedente del marqués de Belabre, el que sostuvo un asedio y fue decapitado durante el reinado de Luis XIII, un Lázaro de Pablo Veronés, unos Esponsales de la Virgen del Sacerdote Genovés, dos retablos de Rubens y una copia de un lienzo del Perugino hecho por el propio Perugino o por Rafael; y, por último, dos Correggios y un Andrea del Sarto.

Los Descoings escogieron aquellos tesoros entre trescientos cuadros de tema religioso, ignorando su valor y eligiéndolos únicamente teniendo en cuenta su estado de conservación. Muchos tenían no sólo marcos magníficos, sino que algunos aún estaban protegidos por el vidrio.

Los Descoings se quedaron con aquellas telas a causa de la belleza de los marcos y el valor que parecían indicar los cristales. Así, pues, los muebles de aquella sala no estaban desprovistos de aquel lujo tan apreciado en nuestros días, pero al que entonces no se daba ningún valor en Issoudun. El reloj puesto sobre la chimenea entre dos soberbios candelabros de plata de seis brazos revelaba una magnífica abacial que denunciaba a Boulle. Los sofás de roble tallado, provistos de una tapicería debido a la devoción de algunas damas de alto rango, hubiesen sido muy apreciados hoy en día, pues todos ellos estaban rematados por coronas y armas. Entre las dos ventanas había una rica consola procedente de un castillo, sobre cuyo mármol se alzaba un inmenso jarrón chino, en el que el doctor guardaba su tabaco.

Ni el médico, ni su hijo, ni la cocinera, ni el criado, tenían el menor cuidado con aquellas riquezas. Escupían en un hogar de una delicadeza exquisita, cuyas molduras doradas estaban jaspeadas de cardenillo. Una bella araña que era la mitad de cristal y la mitad de flores de porcelana, estaba acribillada de puntos negros, como el techo de la que se hallaba suspendida, lo cual atestiguaba la libertad de que gozaban las

moscas. Los Descoings cubrieron las ventanas con cortinas de brocado que sin duda fueron arrancadas de la cama de algún abad. A la izquierda de la puerta, un arca cuyo valor ascendía a varios miles de francos, hacía las veces de aparador.

—Vamos a ver, Fanchette —dijo el médico a su cocinera—. Traednos dos vasos de vino. Y que sea añejo.

Fanchette, la gruesa sirvienta oriunda de Issoudun, con la que sólo podía rivalizar la Cognette, había acudido con una presteza que revelaba el despotismo del médico, y también cierta curiosidad.

—¿Qué vale una ladera cubierta de viña en vuestra región? —dijo el médico, llenando el vaso al tío Brazier.

—Cien escudos de plata...

—Pues bien: déjame a tu sobrina como sirvienta y tendrá cien escudos de sueldo y tú, en tu calidad de tutor, recibirás esos cien escudos...

—¿Todos los años?... —dijo Brazier, abriendo unos ojos como platos.

—Eso lo dejo a tu conciencia —respondió el médico—. Ella es huérfana. Hasta los dieciocho años, Flore no tendrá nada que ver con estos pagos.

—Ahora tiene doce años, o sea que esto hace seis viñas —dijo el tío—. Mi ahijada es muy gentil, dulce como un corderito, bien hecha, ágil y obediente... ¡la pobre criatura era la alegría de mi hermano!

—Y además, te pagaré un año por adelantado —dijo el médico.

—Que sean dos —respondió el tío—, y os la dejaré, pues estará mejor en vuestra casa que en la nuestra, pues mi mujer la pega, no la puede sufrir... Solamente yo protejo a esta santa criatura, inocente como un niño recién nacido.

Al oír esta última frase, el médico, impresionado por la palabra *inocente*, hizo una seña al tío Brazier y salió con él al patio, y de allí al jardín, dejando a la Rabouilleuse ante la mesa, atendida por Fanchette y Jean-Jacques, que la interrogaban y a quienes ella refirió con ingenuidad su encuentro con el médico.

—Vengo a decirte adiós, querida hijita mía —dijo el tío Brazier, volviendo para depositar un beso en la frente de Flore—. Podrás afirmar que hoy he hecho tu felicidad al ponerte en casa de tan bueno y honrado señor, digno padre de los indigentes. Tendrás que obedecerlo como si fuese yo mismo... Sé muy buena, muy amable y haz todo lo que él quiera...

—Arreglad la habitación que está encima de la mía —dijo el médico a Fanchette—. La pequeña Flore, que, ciertamente, lleva un nombre muy adecuado, dormirá en ella a partir de esta noche. Mañana haremos venir el zapatero y la modista para ella. Ponedle en seguida un cubierto, comerá con nosotros.

Aquella noche, en todo Issoudun, no se habló de otra cosa sino de la llegada de la pequeña Rabouilleuse, a casa del doctor Rouget. Este apodo se conservó y continuó siendo aplicado a mademoiselle Brazier en aquel país de burlones, antes, durante y después de su prosperidad.

El médico, sin duda, quería hacer, en pequeño, para Flore Brazier, lo que Luis XV

hizo, en grande, para mademoiselle de Romans; pero empezó demasiado tarde: Luis XV aún era joven, mientras que el doctor se encontraba en la flor de la vejez. De los doce a los catorce años, la linda Rabouilleuse conoció una felicidad que nada vino a empañar. Bien vestida y mucho mejor equipada que la joven más rica de Issoudun, llevaba un relojito de oro y unas alhajas que el doctor le regaló para animarla en sus estudios; pues tuvo un maestro que la enseñó a leer, a escribir y a contar. Pero la vida casi animal de los campesinos había inculcado en Flore tal repugnancia por el amargo vaso del saber, que el doctor no pudo llevar más adelante su educación. Sus designios respecto de aquella niña, que desbastaba, instruía y formaba con unos cuidados tanto más conmovedores cuanto que le creía incapaz de ternura, fueron mal interpretados por la chismosa burguesía de la ciudad, cuyas malas lenguas cometieron fatales errores en este caso, como igualmente los habían cometido en lo tocante al nacimiento de Max y de Ágata. No es fácil, para los habitantes de las pequeñas poblaciones, desentrañar la verdad en medio de las mil y una conjeturas y comentarios contradictorios, lo mismo que a través de todas las suposiciones a que da lugar un hecho determinado. La provincia, como en otros tiempos los cabilderos de la pequeña Provenza, en las Tullerías, quieren explicarlo todo, y acaban por saberlo todo. Pero todos miran los acontecimientos por el lado que les es más grato, y que consideran verdadero, demostrándolo y afirmándolo, demostrando que su versión es la única válida. Así, la verdad, pese a la labor cotidiana y al espionaje que se practica en las pequeñas poblaciones, resulta a menudo oscurecida, y exige, para que sea reconocida como tal, que transcurra el tiempo que convierte en indiferente a la verdad, o que exista la imparcialidad que adoptan el historiador y el hombre superior, situándose en un punto de vista elevado.

—¿Qué queréis que haga ese viejo macaco de una niña de quince años? —se preguntaban las gentes dos años después de la llegada de la Rabouilleuse.

—Tenéis razón —respondían los así interrogados—. Hace mucho tiempo que pasaron sus *días de fiesta*...

—Amigo mío, el doctor está asqueado de la estupidez de su hijo, y continúa alimentando un odio implacable contra su hija Ágata; en este trance, quizá se cuida tanto desde hace dos años en casarse con esta niña por ver si puede darle un buen mozo ágil y bien formado, activo y listo como Max —observaba un cerebro esclarecido.

—Vamos, hombre, no digáis necedades. ¿Creéis que después de la vida que llevaron Lousteau y Rouget de 1770 a 1787, se pueden engendrar hijos a los setenta y dos años? Lo que pasa es que ese viejo lúbrico ha leído el Antiguo Testamento, aunque sólo lo hiciese como médico, y ha visto cómo consolaba su vejez el rey David... ¡Esto es todo, amigo!

—¡Se dice que Brazier, cuando está achispado, se jacta, en Vatan, de haberle robado! —exclamaba uno de esos que siempre piensan mal.

—¿Y qué se dice en Issoudun, vecino? ¿Acaso no lo sabes?

Entre 1800 a 1805, o sea durante cinco años, el médico conoció el placer de educar a Flore, sin los disgustos que la ambición y las pretensiones de mademoiselle de Romans dieron, según se dice, a Luis el Bienamado. La pequeña Rabouilleuse estaba tan contenta, al comparar su situación en casa del doctor con la vida que hubiera llevado junto a su tío Brazier, que se plegó sin duda a las exigencias de su amo, como hubiera hecho una esclava de Oriente. Por más que esta desagrade a los creadores de idilios o a los filántropos, las gentes del campo tienen nociones muy rudimentarias sobre ciertas virtudes; entre los campesinos, los escrúpulos provienen de un pensamiento interesado, y no de un sentimiento del bien o de la belleza; criados para una vida de miseria, de trabajo constante y de pobreza, esta perspectiva les hace tomar en consideración todo cuanto puede arrancarlos del infierno del hambre y del trabajo eterno, y hallarlo factible y permitido, en especial cuando la ley no se opone. Si existen excepciones, éstas son raras. La virtud, socialmente hablando, es la compañera del bienestar, y comienza con la instrucción. Así, la Rabouilleuse era objeto de envidia para todas las jóvenes de diez leguas a la redonda, aunque su conducta fuese soberanamente reprehensible, a los ojos de la religión.

Flore, nacida en 1787, se crió en medio de las saturnales de 1793 y de 1798, cuyos reflejos iluminaron aquellos campos desprovistos de sacerdotes, de culto, de altares, de ceremonias religiosas, en los que el matrimonio era un apareamiento legalizado, y donde las máximas revolucionarias dejaron profunda huella, especialmente en Issoudun, comarca revoltosa por tradición. En 1802, el culto católico apenas acababa de restablecerse. El emperador tuvo mucho trabajo en encontrar sacerdotes. En 1806, muchas parroquias de Francia aún no tenían titular, tan lenta fue la reunión de un clero diezariado por el patíbulo, después de una dispersión tan violenta. En 1802, pues, nada podía censurar a Flore, como no fuese su propia conciencia. ¿Y no debía de ser más débil la conciencia que el interés, en la pupila del tío Brazier? Si, como todo lo hace suponer, el cínico doctor se vio obligado, por su edad, a respetar a una niña de quince años, no por ello la Rabouilleuse dejó de ser tildada de muchacha muy libre, por las comadres del país. Sin embargo, algunas personas quisieron ver un certificado de inocencia a su favor en la ausencia total de cuidados y atenciones a que luego la sometiera el médico, quien la trató con notable desapego durante los últimos años de su vida.

El viejo Rouget había enviado demasiados clientes al otro barrio para no saber cuando su fin estaba próximo; al encontrarlo envuelto en su lecho de muerte, en el manto de la filosofía enciclopedista, su notario le pidió con insistencia que hiciese algo en favor de aquella joven, que entonces tenía diecisiete años.

—¡Bien! Pues emancipémosla —dijo.

Esta frase pinta al viejo galeno, que, de manera invariable, hablaba con sarcasmo de la profesión que tenía su interlocutor, aprovechando su propia terminología para zaherirlo. Al ocultar con frases ingeniosas sus malas acciones, se las hacía perdonar en un país donde el ingenio siempre tiene razón, sobre todo cuando se apoya en un

interés personal bien entendido. El notario vio en aquellas palabras la expresión del odio concentrado de un hombre cuyos cálculos disolutos se vieron burlados por la naturaleza; una venganza contra la inocente que fue objeto de un amor impotente. Esta opinión queda en cierto modo confirmada por la testarudez del doctor, que no dejó nada a la Rabouilleuse, diciendo con sonrisa amarga, cuando el notario insistió sobre el particular:

—¡Ya es bastante rica con su belleza!

Jean-Jacques Rouget, a diferencia de Flore, no lloró a su padre. El viejo médico había hecho muy desdichado a su hijo, especialmente después de su mayoría de edad —que Jean-Jacques alcanzó en 1791— mientras que proporcionó a la pequeña campesina la felicidad material que, para la gente del campo, constituye el ideal de la dicha. Cuando después del entierro del difunto, Fanchette preguntó a Flore qué sería de ella, una vez muerto el señor, los ojos de Jean-Jacques, fulguraron, su rostro impasible se animó por primera vez, pareció aclararse bajo los rayos de un pensamiento, y expresó un sentimiento.

—Dejadnos —dijo a Fanchette, que quitaba la mesa.

A los diecisiete años, Flore aún conservaba aquella finura de talla y de facciones, la distinguida belleza que sedujo al doctor y que las mujeres de mundo saben conservar, pero que en las campesinas se marchita con tanta rapidez como flores del campo. A decir verdad, ya empezaba a manifestarse en ella aquella tendencia a la gordura que se apodera de toda bella campesina cuando se aparta de su vida de trabajo y privaciones en los campos y bajo el sol. Su talle se había desarrollado. Sus hombros blancos y torneados dibujaban planos opulentos y unidos armoniosamente a un cuello que ya empezaba a mostrar pliegues. Pero el perfil de su rostro continuaba siendo puro y el mentón exquisitamente fino.

—Flore —dijo Jean-Jacques con voz ahogada por la emoción—. Estáis muy acostumbrada a esta casa, ¿no es verdad?...

—Sí, monsieur Jean...

En el momento de hacer su declaración, el heredero se sintió helársele la lengua por el recuerdo del muerto que acababan de enterrar, y se preguntó hasta dónde había llegado la bondad de su padre. Flore, que miró a su nuevo amo sin poder sospechar su simpleza, esperó durante un momento a que Jean-Jacques recuperara el uso de la palabra; pero terminó por irse, sin saber qué pensar del silencio obstinado que guardaba. Fuese cual fuese la educación que la Rabouilleuse recibió del doctor Rouget, debían transcurrir aún muchos días antes de que conociese el carácter de Jean-Jacques, cuya historia vamos a referir en pocas palabras.

A la muerte de su padre, Jacques —que entonces tenía treinta y siete años— era tan tímido y se hallaba tan sometido a la disciplina paterna, como hubiera podido estarlo un niño de doce años. Esta timidez debería explicar su infancia, su juventud y su vida a aquellos que se niegan a admitir este carácter, o los sucesos de esta historia, que, por desgracia, son harto comunes en todas partes, incluso entre los

príncipes, pues Sofía Dawes fue tomada a su servicio por el último de los Condé, en una situación peor que la de la Rabouilleuse.

Existen dos clases de timidez: timidez de espíritu y timidez nerviosa; una timidez física y una timidez moral. Una es independiente de la otra. El cuerpo puede tener miedo y temblar, mientras que el espíritu permanece tranquilo y valeroso, y viceversa. Esto es la clave de muchas extravagancias morales. Cuando en un hombre se reúnen ambas clases de timidez, será un ser nulo durante toda su vida. Esta timidez completa es la propia de las personas de las que decimos: «Es un imbécil». Mas con frecuencia, en el pretendido imbécil se esconden grandes cualidades comprimidas. Quizá debamos a esta doble imperfección la existencia de algunos monjes que vivieron sumidos en el éxtasis. Esta desdichada disposición física y moral está causada tanto por la perfección de los órganos y del alma, como por decretos que aún no han sido estudiados.

La timidez de Jean-Jacques provenía de cierto embotamiento de sus facultades, que un gran pedagogo, o un cirujano como Desplein, hubiesen despertado. En aquel ser, como en los cretinos, el sentido del amor había heredado la fuerza y la agilidad que faltaban a la inteligencia, aunque aún le quedase suficiente buen sentido para comportarse debidamente. La violencia de su pasión, desprovista del ideal con que se manifiesta en todos los jóvenes, aumentaba más su timidez. Nunca pudo decidirse a hacer la corte —según la expresión familiar— a una joven de Issoudun. Pero ni las jóvenes ni las burguesas podían decidirse a dar los primeros pasos para lograr la amistad de un joven de talla media, de aspecto avergonzado y desgarrado, de rostro vulgar, que los ojos saltones, enormes y de una tonalidad verde pálido ya hubieran afeado bastante, si los rasgos aplastados y su tez pálida no lo hubiesen envejecido prematuramente. La compañía femenina, en efecto, anulaba a aquel pobre muchacho, que se sentía impulsado por la pasión con la misma violencia con que las escasas ideas debidas a su educación lo refrenaban. Inmóvil entonces entre dos fuerzas iguales, no sabía qué decir y temblaba ante la perspectiva de que lo interrogasen, tanto miedo tenía de verse obligado a responder. El deseo, que desliga la lengua con tal prontitud, le ataba la suya. Así, pues, Jean-Jacques permaneció solitario y buscó la soledad, en la que se encontraba a sus anchas.

El doctor Rouget se dio cuenta —demasiado tarde para ponerle remedio— de los daños causados por aquel carácter y temperamento. Su deseo hubiera sido casar a su hijo, pero, como se trataba de entregarlo a una dominación que se haría absoluta, vacilaba en hacerlo. ¿No sería esto abandonar el manejo de su fortuna a una extraña, a una joven desconocida? Al estudiar a la joven, llegó a saber cuán difícil resulta formular previsiones exactas sobre la moral de la mujer. Así, mientras buscaba una persona cuya educación y sentimientos le ofreciesen las debidas garantías, trató de inculcar en su hijo las costumbres propias de la avaricia. Esperaba de este modo dar una especie de instinto a aquel simple, a falta de inteligencia. Principió por habituarlo a una vida mecánica, y le legó ideas fijas para la inversión de sus ingresos; después le

evitó las principales dificultades que causa la administración de una fortuna territorial, dejándole tierras en buen estado y arrendadas por un plazo muy largo. Sin embargo, el hecho que había de dominar la vida de aquel infeliz escapó a la perspicacia de aquel viejo marrullero. La timidez se parece mucho al disimulo y tiene toda la profundidad de éste. Jean-Jacques amó con pasión a la Rabouilleuse. Nada más natural, por otra parte. Flore era la única mujer que convivía con el joven, la única que éste podía ver a sus anchas, contemplándola en secreto y observándola en todos momentos. Flore le iluminaba la casa paterna y le proporcionó, sin que él lo supiese, los únicos placeres que doraron su juventud. En vez de sentirse celoso de su padre, estuvo encantado de ver la educación que daba a Flore. ¿No le hacía precisamente falta una mujer fácil, que no le fuese necesario cortejar? La pasión que, obsérvese bien, posee su propio ingenio, puede prestar a los necios, a los bobos, a los imbéciles, una especie de inteligencia, sobre todo durante la juventud. En los hombres más brutos existe siempre el instinto animal, cuya persistencia se parece a un pensamiento.

Al día siguiente, Flore, a quien el silencio de su amo sumió en profundas reflexiones, esperaba alguna declaración importante; pero, aunque él giraba a su alrededor y la miraba a hurtadillas, con expresión de concupiscencia, no sabía que decirle. Finalmente, a la hora de los postres el amo recomenzó la escena de la víspera.

—¿Os encontráis bien aquí? —preguntó a Flore.

—Sí, monsieur Jean.

—¡Pues bien, quedaos!

—Gracias, monsieur Jean.

Esta situación extraña duró tres semanas. Una noche en que ningún ruido turbaba el profundo silencio, Flore, que se despertó casualmente, oyó el susurro regular de una respiración humana ante su puerta, y se asustó al reconocer en el descansillo a Jean-Jacques, tumbado como un perro y que, sin duda, había practicado un orificio en la parte inferior de la puerta para atisbar al interior de la habitación.

—Me ama —pensó Flore—. Pero si continúa así, pillaré un reumatismo.

Al día siguiente, Flore miró a su amo de manera especial. Aquel amor mudo y casi instintivo la conmovió; ya no encontraba feo al pobre simpletón, con las sienes y la frente sembradas de granos parecidos a úlceras, horrible corona que es atributo de las sangres corrompidas.

—¿Verdad que no queréis volver al campo? —le preguntó Jean-Jacques cuando se encontraron a solas.

—¿Por qué me preguntáis esto? —dijo ella, mirándolo.

—Para saberlo —dijo Rouget, poniéndose del color de los langostinos cocidos.

—¿Acaso queréis que vuelva al campo? —le preguntó ella.

—No, señorita.

—¿Entonces, qué queréis saber? Debéis de tener un motivo...

—Sí, querría saber...

—¿Qué? —dijo Flore.

—¡No querréis decírmelo! —exclamó Rouget.

—Sí, palabra de joven honrada...

—¡Ah, esto es! —prosiguió Rouget, asustado—. Sois una joven honrada...

—¡Naturalmente!

—¿De veras?...

—Cuando os lo digo...

—¿Sí? ¿Sois la misma que estaba allí, descalza cuando os trajo vuestro tío?

—¡Bonita pregunta, por mi fe! —respondió Flore, ruborizándose.

El heredero, aterrado, inclinó la cabeza sin atreverse a alzarla de nuevo. Flore, estupefacta al ver que una respuesta tan halagadora para un hombre era acogida con semejante consternación, se retiró. Tres días después, y en el mismo momento, pues ambos parecían elegir la hora de los postres como campo de batalla, Flore fue la primera en decir a su amo:

—¿Tenéis algo contra mí?

—No, señorita, no... (pausa). Al contrario.

—El otro día, parecisteis contrariado al saber que yo era una joven honrada...

—No, yo sólo quería saber... (otra pausa). Pero vos no me lo diréis.

—A fe mía —repuso la joven—, os diré toda la verdad...

—Toda la verdad sobre... mi padre... —dijo él con voz ahogada.

—Vuestro padre —contestó ella fijando la mirada en los ojos de su amo— era un hombre buenísimo... le gustaba reírse... Aunque una pizca tan sólo... Pero al pobrecillo... no era precisamente la buena voluntad lo que le faltaba... En fin, con respecto a vos... no. A veces me hacía reír. Y esto es todo... ¿Hay algo más?...

—Pues bien, Flore —dijo el heredero tomando la mano de la Rabouilleuse—. Puesto que mi padre no os era nada...

—¿Y qué queríais que me fuese? —exclamó ella, con el tono de una joven ofendida por una suposición injuriosa...

—Pues bien, escuchadme, os lo ruego...

—Era mi bienhechor... Esto es todo. Ah, hubiera querido que fuese su esposa, desde luego, pero...

—Pero —dijo Rouget volviendo a tomar la mano de Flore, que ésta había retirado— puesto que no os fue nada, podríais quedaros aquí conmigo.

—Si vos lo deseáis... —respondió ella, bajando la mirada.

—No, no, si lo deseáis vos —repuso Rouget—. Sí, podéis ser la... señora. Todo lo que está aquí será para vos, cuidaréis de mi fortuna, que será casi la vuestra... Pues os amo y os he amado desde el momento en que entrasteis aquí, con los pies descalzos.

Flore no respondió. Cuando el silencio se hizo embarazoso, Jean-Jacques discurrió este horrible argumento:

—¿Pero no vale más esto que volver al campo? —le preguntó con un visible

ardor.

—¡Vaya, monsieur Jean, como queráis! —respondió ella.

Sin embargo, a pesar de aquel *¡como queráis!*, el pobre Rouget comprendió que no había avanzado un paso. Los hombres de su carácter necesitan una certidumbre. El esfuerzo que hacen al declarar su amor es tan grande y les cuesta tanto, que saben que serán incapaces de hacerlo de nuevo. De ahí viene el apego que experimentan por la primera mujer que los acepta. No se puede presumir del curso que tendrán los acontecimientos más que por el resultado. Diez meses después de la muerte de su padre, Jean-Jacques cambió completamente: su cara pálida y plomiza, degradada por granos en las sienes y la frente, se aclaró, se limpió, se coloreó con tintes sonrosados. Su fisonomía, en fin, respiraba felicidad. Flore exigió a su amo que tuviese los cuidados más escrupulosos por su persona, hizo una cuestión de amor propio de que fuera bien vestido; cuando salía de paseo, ella lo seguía con la mirada desde el umbral, hasta que no lo veía. Toda la población observó estos cambios, que hicieron de Jean-Jacques otro hombre.

—¿Sabéis la noticia? —se decían en Issoudun.

—¿Cuál es?

—Que Jean-Jacques lo ha heredado todo de su padre, incluso la Rabouilleuse...

—¿Es que no consideraréis al difunto doctor lo bastante ladino para haber dejado un ama de llaves a su hijo?

—Es un tesoro para Rouget, la verdad —dijo unánimemente la voz popular.

—¡Es muy lista! Con su belleza, terminará por casarse con él.

—¡Esta muchacha ha tenido suerte!

—Es una suerte que sólo tienen las hermosas.

—¡Bah, bah! Vos creéis esto, pero yo me acuerdo de mi tío Borniche-Héreau. Pues bien, supongo que habréis oído hablar de mademoiselle Ganivet; era fea como los siete pecados capitales, pero no por ello dejó de obtener mil escudos de renta de mi tío...

—¡Bah, eso sucedía en 1778!

—Es igual; Rouget se equivoca, pues su padre le deja sus buenas cuarenta mil libras de renta, y hubiera podido casarse con mademoiselle Héreau...

—El doctor lo intentó, pero ella no quiso. Rouget es demasiado imbécil.

—¡Demasiado imbécil! Las mujeres son muy felices con hombres de esa índole.

—¿Así, vuestra mujer debe de ser muy feliz, no?

Éste fue el tenor de los dimes y diretes que circularon por Issoudun. Si al principio todos empezaron, según los usos y costumbres provincianos, riéndose de aquel casi-matrimonio, terminaron por alabar a Flore por haberse consagrado a aquel pobre infeliz. Así fue como Flore Brazier tomó las riendas del gobierno de la casa Rouget, pasando de padre a hijo, según la expresión del joven Goddet. No resultará inútil ahora bosquejar la historia de este gobierno, para instrucción de los célibes.

La vieja Fanchette fue la única persona en Issoudun que encontró mal que Flore

Brazier se hiciese la reina de la mansión de Jean-Jacques Rouget. Protestó contra la inmoralidad de esta combinación y tomó partido por la moral ultrajada. Bien es verdad que se Sentía humillada de tener por señora, a su edad, a una Rabouilleuse, una niña que vino descalza a la casa. Fanchette poseía trescientos francos de renta en valores del Estado, pues el doctor le hizo invertir así sus economías. Además, su difunto amo acababa de legarle cien escudos de renta vitalicia, que, añadidos a la renta anterior, le permitirían vivir desahogadamente. A causa de ello abandonó la casa nueve meses después del entierro de su viejo señor, el 15 de abril de 1806. ¿No indicará esta fecha al avisado lector la época en que Flore cesó de ser una joven honrada?

La Rabouilleuse, que era lo bastante ladina para prever la defección de Fanchette, pues nada hay como el ejercicio del poder para enseñar la política, había resuelto pasar sin sirvienta. Desde hacía seis meses estudiaba disimuladamente los procedimientos culinarios que hacían de Fanchette una cocinera digna de la mesa de un médico. En cuestiones de sibaritismo, puede ponerse a los médicos al mismo nivel que los obispos.

El doctor Rouget había perfeccionado el arte culinario de Fanchette. En las provincias, la falta de ocupaciones y la monotonía de la vida atraen la actividad del espíritu hacia la cocina. En las provincias no se cena con tanto lujo como en París, pero se cena mejor; los platos son meditados, estudiados. En el fondo de las provincias existen Carêmes con faldas, genios ignorados que saben hacer un sencillo plato de judías digno de la inclinación de cabeza con que Rossini acoge las obras perfectas. Cuando fue a doctorarse a París, el médico siguió en la capital los cursos de química de Rouelle, de los que le quedaron nociones que redundaron en provecho de la química culinaria. El médico es célebre en Issoudun por numerosas mejoras que son poco conocidas fuera del Berry. Descubrió que la tortilla salía mucho más delicada de sabor si no se batían juntas las yemas y las claras de los huevos, con la brutalidad con que las cocineras practican esta operación. Según él, había que batir la clara hasta convertirla en espuma, introduciendo gradualmente la yema sin servirse de una sartén, sino de un plato de porcelana o de loza, muy grueso, y provisto de cuatro patas, a fin de que, al ponerlo sobre el fogón circule el aire y evite que el fuego lo resquebraje. Según creo recordar, Rabelais cita este adminículo, lo cual demuestra la gran antigüedad del utensilio. El doctor encontró asimismo el modo de evitar que la salsa blanca se agriase, pero aquel secreto, que por desgracia quedó limitado a su cocina, se perdió.

Flore, que era freidora y asadora nata, dos cualidades que no pueden adquirirse por medio de la observación y el trabajo, sobrepasó a Fanchette en poco tiempo. Al convertirse en una buena cocinera, pensaba en la felicidad de Jean-Jacques, pero hay que decir que también era bastante amiga de comer bien. Incapaz de ocupar su espíritu, cosa natural en una persona sin instrucción, concentró su actividad en la casa. Frotó los muebles, les dio lustre, y lo tuvo todo en un estado de limpieza digno

de Holanda. Dirigió aquellos aludes de ropa blanca sucia y aquellos diluvios que se llaman las coladas y que, según la costumbre de provincias, sólo se hacen tres veces al año. Observaba la ropa blanca con ojos de ama de casa, y la componía. Después, deseosa de iniciarse gradualmente en los secretos de la fortuna, asimiló los escasos conocimientos comerciales de Rouget, y los aumentó mediante conversaciones con monsieur Héron, notario del difunto doctor. Dio asimismo excelentes consejos a su pequeño Jean-Jacques. Segura de ser siempre la señora de la casa, veló con tanta ternura y avidez por los intereses del joven, como si fuesen los suyos propios. No tenía que temer las exigencias de su tío, pues dos meses antes de que muriese el médico, Brazier murió a consecuencia de una caída, al salir de la taberna donde pasaba la vida desde que comenzó su fortuna. El padre de Flore había fallecido también. Así, pues, sirvió a su señor con todo el afecto propio de una huérfana dichosa de encontrar una familia y de hallar un aliciente a la vida.

Esta época fue un paraíso para el pobre Jean-Jacques, quien se adaptó a las dulces costumbres de una vida vegetativa embellecida por una especie de regularidad monástica. Dormía hasta bien entrada la mañana. Flore, que iba muy temprano al mercado o arreglaba la casa, despertaba a su señor de manera que encontrase el desayuno preparado al terminar su aseo. Después del desayuno, hacia las once, Jean-Jacques salía a pasear, conversaba con los que encontraba por el camino, y volvía a las tres para leer los periódicos: el del departamento y un diario de París que recibía tres días después de la fecha de publicación, pringoso a causa de las treinta manos por que había pasado, sucio por las narices llenas de rapé que se acercaban a él para leerlo, manchado por todas las mesas por las que había pasado. El joven soltero esperaba así la hora de comer, actividad a la que dedicaba el mayor tiempo posible. Flore le contaba los chismes de la ciudad, los parloteos que circulaban y que ella había oído. Alrededor de las ocho se apagaban las luces. Acostarse temprano constituye una economía de fuego y de velas muy practicada en provincias, pero que contribuye al embrutecimiento general con el abuso de la cama. Demasiado sueño embota la inteligencia y la hace pesada.

Ésta fue la vida de aquellos dos seres durante nueve años: vida llena y vacía a la vez, cuyos únicos acontecimientos fueron algunos viajes a Bourges, a Vierzon, a Chateauroux o más lejos, cuando ni los notarios de esas poblaciones ni monsieur Héron tenían allí fondos hipotecarios. Rouget hacía préstamos al cinco por ciento por primera hipoteca, con subrogación en los derechos de la esposa cuando el prestador estaba casado. Nunca daba más de una tercera parte del valor real de los bienes, y se hacía extender billetes a su orden que representaban un suplemento de interés del doce y medio por ciento, gradualmente ordenadas por toda la duración del préstamo. Éstas eran las leyes que su padre le dijo que observase siempre. La usura, aquella rémora que frenaba la ambición de los campesinos, devoraba las regiones rurales. Aquel interés del siete y medio por ciento parecía tan razonable, pues, que Jean-Jacques Rouget podía elegir las inversiones; pues los notarios, que se hacían conceder

saneadas comisiones por las personas a las que procuraban dinero por un interés tan bajo, avisaban al solterón.

Durante aquellos nueve años, Flore fue adquiriendo, insensiblemente y sin desearlo, un poder absoluto sobre su señor. Empezó por tratar a Jean-Jacques con mucha familiaridad; después, sin faltarle el respeto, se mostró tan superior a él por su inteligencia y su fuerza, que se convirtió en el servidor de su servidora. Aquel niño grande fue por su propia voluntad al encuentro de aquella dominación dejando prodigarse tantos cuidados, que Flore fue para él lo que una madre es para su hijo. Así Jean-Jacques terminó por experimentar hacia Flore el sentimiento que hace necesaria a un niño la protección maternal. ¡Pero existieron entre ellos vínculos muy distintos! Al principio, Flore llevaba los negocios y gobernaba la casa. Jean-Jacques dejaba descansar hasta tal punto todas sus gestiones en ella, que sin Floré la vida le hubiera parecido no difícil, sino imposible. ¡Además, aquella mujer se convirtió en algo necesario para su existencia, pues acariciaba todas sus fantasías, que conocía perfectamente! Le gustaba ver aquellas facciones felices que siempre le sonreían: las únicas que le sonrieron en su vida, las únicas que tendrían siempre una sonrisa para él. Aquella felicidad, puramente material —y significada por vulgares expresiones que constituyen el fondo idiomático en los hogares del Berry—, que brillaba en tan magnífica fisonomía, reflejaba en cierto modo su propia felicidad. El estado en que se ponía Jean-Jacques cuando veía a Flore ensombrecida por alguna contrariedad, reveló a aquella joven toda la extensión de su poder, y, para cerciorarse, quiso utilizarla. El verbo utilizar, entre las mujeres de su especie, es siempre sinónimo de abusar. La Rabouilleuse hizo representar sin duda a su señor alguna de esas escenas, sepultadas en los misterios de la vida privada, cuyo modelo nos ha dado Otway por medio de su tragedia *Venecia Salvada*; escena que se desarrolla entre el Senador y Aquilina, escena que expresa lo magnífico de lo horrible. Flore se vio entonces tan segura de su dominio que no pensó en el matrimonio, por desgracia para ella y para aquel solterón.

A finales de 1815, a sus veintisiete años, Flore había alcanzado todo el desarrollo de su belleza. Fresca y rolliza, blanca como una granjera del Bessin, representaba el ideal de lo que nuestros abuelos llamaban una *bella comadre*. Su belleza, propia de una soberbia moza de posada, pero aumentada y cuidada, hacía que se pareciese, nobleza imperial aparte, a mademoiselle Georges en el apogeo de su belleza. Flore tenía hermosos brazos, torneados y opulentos, seductora plenitud de formas, tez satinada y contornos atractivos: idénticos a los de la actriz, pero menos severos. Su expresión era tierna y dulce. Su mirada no inspiraba respeto —como la de la más bella de las Agripinas que, desde la de Racine, haya pisado las tablas del Teatro Francés— pero invitaba a la alegría grosera.

En 1816, la Rabouilleuse vio a Maxence Gilet, y se prendó de él a primera vista. En su corazón se clavó aquella flecha mitológica, admirable expresión de un efecto natural que los griegos así representaron, pues no concebían el amor caballeresco, ideal y melancólico hijo del Cristianismo. Flore era entonces demasiado hermosa

para que Max desdeñase aquella conquista. La Rabouilleuse, pues, conoció a los veintiocho años el verdadero amor, el amor idólatra, infinito, aquel amor que comporta todas las maneras de amar, desde la de Gulnare a la de Médora. Cuando el oficial sin fortuna se enteró de cuál era la situación existente entre Flore y Jean-Jacques Rouget, vio algo más que un amorío en su aventura con la Rabouilleuse. Así, para asegurarse mejor el porvenir, no se contentó con nada menos que con pedir alojamiento en casa de Rouget, al percatarse del débil carácter del solterón. La pasión de Flore influyó decisivamente en la vida y en el interior de Jean-Jacques: durante un mes, éste, presa de un miedo espantoso, vio terrible, sombrío y hosco el semblante tan risueño y amistoso de Flore. Sufrió los efectos de un mal humor calculado, del mismo modo como un hombre casado cuya esposa se propone cometer una infidelidad. Cuando en medio de los más violentos exabruptos y repulsas, el pobre diablo se atrevió a preguntar a Flore la causa de aquel cambio, la mirada de la joven arrojó llamas cargadas de odio y con tono agresivo y desdeñoso, que el pobre Jean-Jacques nunca había oído ni recibido, le dijo lo siguiente:

—Pardiez, no tenéis corazón ni alma. Hace ya dieciséis años que consumo aquí mi juventud, sin darme cuenta de que tenéis una piedra en lugar de corazón. Desde hace dos meses, veis venir aquí a este valiente comandante, una víctima de los Borbones, que había nacido para ser general y que está en la penuria, obligado a vivir en este agujero olvidado de la fortuna. Tiene que estarse sentado toda la mañana en el Municipio para ganar seiscientos miserables francos. ¡Valiente capital! Y vos, que tenéis seiscientos cincuenta y nueve mil libras invertidas, sesenta mil francos de renta y que, gracias a mí, no gastáis más de mil escudos anuales, todo comprendido, incluso mis faldas, todo, en fin, no habéis pensado en ofrecerle alojamiento en esta casa, a pesar de que todo el segundo piso está desocupado. ¡Preferís que las ratas y los ratones correteen por el piso, antes que poner en él a un ser humano, a un joven, en fin, que vuestro padre ha considerado siempre como hijo suyo!... ¿Queréis saber lo que sois? Voy a decíroslo: ¡Sois un fratricida! pero, después de lo que os he dicho, sé muy bien por qué: ¡habéis visto que este joven me interesa, y esto os disgusta! Aunque parezcáis tonto, tenéis más malicia que los más maliciosos... pues bien, sí, me interesa, y mucho...

—Pero, Flore...

—¡Oh, no hay pero que valga! ¡Ya podéis buscaros otra Flore (¡si encontráis otra!), pues que este vaso de vino me sirva de veneno, si no dejo ahora mismo esta choza! ¡Gracias a Dios, no os he costado nada durante los dos años que he vivido en ella, y todo os ha salido muy barato. Aunque en cualquier lugar me hubiera ganado muy bien la vida trabajando como una mujer para todo, como aquí he hecho: enjabonando, remendando, haciendo la colada, yendo al mercado, cocinando, velando por vuestros intereses, reventándome de la mañana a la noche! Y ésta ha sido mi recompensa.

—Pero, Flore...

—Sí, Flore, ya encontraréis a muchas como yo a los cincuenta y un años, con vuestra mala salud y vuestras manías. Y además sois un tipo muy aburrido...

—Pero, Flore...

—¡Dejadme en paz!

Salió cerrando la puerta con una violencia tal, que hizo resonar la casa y pareció conmovérsela en sus cimientos. Jean-Jacques Rouget, abrió suavemente la puerta y fue a la cocina con una suavidad aún mayor. Vio que Flore seguía rezongando.

—Pero, Flore —dijo aquel borrego—, ésta es la primera noticia que tengo de lo que tú deseas. ¿Cómo podía saber si lo querías o no lo querías así?...

—En primer lugar —repuso ella—, en esta casa hace falta un hombre. Todo el mundo sabe que tenéis diez, quince veinte mil francos. Y si viniesen a robar, nos asesinarían. ¿Y creéis que me haría gracia despertarme una buena mañana para verme cortada en cuatro trozos, como hicieron con esa pobre criada que cometió la estupidez de defender a su amo? Pero si supiesen que tenemos en casa a un hombre más valiente que César, y que no se chupa el dedo... —Max daría buena cuenta de tres ladrones en el tiempo de decir “amén Jesús”—. Entonces yo dormiría más tranquila. Quizás os digan tonterías... que si lo quiero, que si lo adoro... ¿Sabéis lo que diréis, a todo esto?... Pues bien: responderéis que ya lo sabíais, pero que vuestro padre os pidió que cuidaseis de su pobre Max cuando se hallaba en su lecho de muerte. Esto hará callar a todo el mundo, pues en Issoudun hasta las piedras saben que le pagaba la pensión del colegio. Hace nueve años que como vuestro pan...

—Flore, Flore...

—Ha habido más de uno que me ha hecho la corte por ahí, sí señor: uno me ofrecía cadenas de oro, el otro un reloj... Mi pequeña Flore, si quieres dejar a ese imbécil de tío Rouget... esto es lo que me decían de vos. ¿Dejarlo, yo? ¡No por pienso! ¿Qué sería de un inocente como él?, he respondido siempre. No, no, la cabra tiene que comer donde está atada...

—Sí, Flore, yo sólo te tengo a ti en el mundo y me haces demasiado feliz... Si ése es tu gusto, mi querida niña, bien, tendremos aquí a Maxence Gilet, y comerá con nosotros...

—¡Pardiez, así lo espero!...

—Vamos, vamos, no te enfades.

—Allí donde comen dos, comen tres —respondió ella riendo—. Pero ya que sois tan bueno, ¿sabéis lo que vais a hacer, mi gatito?... Iréis a pasear, a las cuatro, frente a la Alcaldía, y os las arreglaréis para encontraros con el comandante Gilet, que invitaréis a cenar. Si pone reparos, decidle que esto será de mi agrado; es demasiado galante para rehusar. Y después, de sobremesa, si os habla de sus desgracias, de su prisión en los pontones, hacia donde vos llevaréis la conversación, le invitaréis a vivir aquí... Si tuviese algo que objetar, estad tranquilo, yo sabré decidirlo...

Mientras paseaba con lentitud por la calle Baron, el célibe reflexionaba, todo lo que se lo permitían sus luces naturales, sobre éste acontecimiento. Si se separaba de

Flore (ante esta idea, ya no veía nada claro), ¿qué otra mujer encontraría?... ¿Casarse?... A su edad, se casarían con él por su fortuna y su mujer legítima aún lo explotaría más cruelmente que Flore. Por otra parte, la idea de verse privado de su ternura, por ilusoria que fuese, le producía una horrible desazón. Ello quiere decir que se mostró con el comandante Gilet todo lo amable que era capaz de ser. Como Flore deseaba, la invitación se hizo ante testigos, para no menoscabar el honor de Maxence.

Se produjo la reconciliación entre Flore y su señor, pero a partir de aquel día, Jean-Jacques notó unos matices que demostraban un cambio completo en los sentimientos de la Rabouilleuse. Flore Brazier se quejó durante quince días, en las tiendas, en el mercado, con las comadres con las que solía hablar, de la tiranía de monsieur Rouget, que se había propuesto meter en su casa a su pretendido hermano natural. Pero nadie se dejó engañar por aquella comedia, y Flore fue considerada como una criatura excesivamente fina y tortuosa.

El tío Rouget estuvo muy contento de haber ofrecido su casa a Max, pues así tuvo una persona que le tenía atenciones delicadas, pero sin servilismo. Gilet hablaba, discutía de política y paseaba a veces con el tío Rouget.

A partir del día en que el oficial se instaló en la casa, Flore ya no quiso seguir siendo cocinera, so pretexto de que la cocina le estropeaba las manos. Obedeciendo a los deseos manifestados por el Gran Maestro de la Orden, la Cognette indicó a una parienta suya: una vieja solterona que había estado al servicio de un cura que acababa de morir sin dejarle nada, una excelente cocinera que sería fiel hasta la muerte a Flore y a Max. La Cognette, por otra parte, prometió a su parienta, en nombre de aquellas dos potencias, una renta de trescientas libras transcurridos diez años de buenos, leales, discretos y probos servicios. La Védie, que tenía sesenta años llamaba la atención a causa de su cara señalada por la viruela y de una fealdad conveniente.

Cuando la Védie entró en funciones, la Rabouilleuse se convirtió en madame Brazier. Llevaba corsé, lucía vestidos de seda, de bella tela de lana o de algodón, según las estaciones. Tuvo valonas, toquillas muy caras, sombreros bordados, cuellos de encaje, calzó borceguíes y se mantuvo en una elegancia y una riqueza de atavío que la rejuvenecían. Era como un diamante en bruto tallado y montado por un joyero para realzar todo su valor. Quería ser digna de Max.

Al término del primer año, en 1817, hizo venir de Bourges un caballo, que aseguraban que era inglés, para el pobre comandante, cansado de pasear a pie. Max había reclutado en los alrededores a un antiguo lancero de la Guardia Imperial, a un polaco llamado Kouski, caído en la miseria, quien se mostró encantado de entrar en casa de monsieur Rouget en calidad de asistente del comandante. Max se convirtió en el ídolo de Kouski, sobre todo después del duelo con los tres realistas. De 1817, en adelante, pues, la casa del tío Rouget se compuso de cinco personas, dos de las cuales formaban el servicio, y el presupuesto de gastos ascendió a unos ocho mil francos anuales.

En el momento en que madame Bridau regresaba a Issoudun para salvar una

herencia tan gravemente comprometida, según la expresión del abogado Desroches, el tío Rouget se había ido sumiendo gradualmente en un estado casi vegetativo. En primer lugar, a partir del día en que decidió proteger a Max, mademoiselle Brazier preparó unas comidas episcopales. Rouget, que ya era amigo de la buena mesa, comió todavía más, entusiasmado por los platos exquisitos que preparaba la Védie. A pesar de esta alimentación opípara y abundante, engordó poco. De día en día fue hundiéndose y desplomándose, como un hombre fatigado, quizás a causa de sus laboriosas digestiones, y unas profundas ojeras le rodearon los ojos. Pero si durante sus paseos, los vecinos le preguntaban acerca de su salud, él contestaba que nunca se había encontrado mejor. Como siempre pasó por ser una persona de inteligencia muy limitada, nadie se fijó en la depresión constante de sus facultades. Su amor por Flore era el único sentimiento que lo hacía vivir. Sólo existía para ella; su debilidad ante aquella mujer ya no conocía límites: obedecía a una simple mirada de ella, espiaba sus movimientos como un perro espía los menores movimientos de su amo. Según la expresión de madame Hochon, en fin, a cincuenta y siete años el tío Rouget parecía más viejo que monsieur Hochon, a la sazón, octogenario.

El lector debe de suponer, con razón, que el piso de Max debía de ser digno de aquel joven encantador. En seis años, en efecto, el comandante fue perfeccionando poco a poco su morada, introduciéndole comodidades, y embelleciendo sus menores detalles, tanto por sí mismo como por Flore. Pero no eran más que las comodidades propias de Issoudun: baldosas coloreadas, paredes empapeladas con tonos elegantes, muebles de caoba, cornucopias doradas, cortinas de muselina adornadas por bandas rojas, una cama con corona y cortinajes dispuestos (tal como los colocan los tapiceros de provincias para una novia rica, que allí parece el colmo de la magnificencia pero que figura en los grabados de modas más vulgares, y que es tan común que los detallistas de París ni siquiera lo ofrecen ya a los recién casados). En la escalera había esteras de junco, detalle monstruoso que dio mucho que hablar en Issoudun, y cuya finalidad, sin duda, era la de amortiguar el ruido de las pisadas; así, al regresar de madrugada, Max no despertaba a nadie. Rouget no sospechó jamás la complicidad de su anfitrión con las malas pasadas nocturnas que gastaban los Caballeros de la Holganza.

Alrededor de las ocho, Flore, vestida con una bata de bella tela de algodón con rayas rosadas, tocada con un gorro de encaje y los pies metidos en zapatillas forradas, abrió suavemente la puerta de la habitación de Max, pero, al verlo dormido, permaneció de pie junto a la cama.

—Ha vuelto tan tarde —se dijo—, a las tres y media. Hay que tener un temple de hierro para resistir esta clase de diversiones. ¡Qué fuerte es este hombre, este amor mío!... ¿Qué habrán hecho esta noche?

—Toma, mira quién está ahí; mi pequeña Flore —dijo Max, despertándose como es propio de los militares acostumbrados por los sinsabores de la guerra a despabilarse completamente en pocos segundos, recuperando sus ideas y su sangre

fría por completo al despertar.

—Dormías, me voy...

—No, quédate, tenemos que hablar de cosas graves...

—¿Habéis hecho alguna tontería esta noche?

—¡Ah! ¡No!... Se trata de nosotros y de esa vieja mula. Tú nunca me habías hablado de su familia... Pues bien: está a punto de llegar, la familia, sin duda para suscitar dificultades...

—¡Ah, ya me oirá! —dijo Flore.

—Mademoiselle Brazier —dijo gravemente Max—, se trata de cosas demasiado graves para hacerlas a tontas y a locas. Súbeme el café y lo tomaré en la cama, mientras pienso en lo que debemos hacer... Vuelve a las nueve, y hablaremos. Entretanto, haz como si nada supieses.

Impresionada por aquella noticia, Flore dejó a Max y fue a prepararle el café; pero, un cuarto de hora después, entró Baruc precipitadamente para decir al Gran Maestro:

—¡Fario está buscando su carretilla!...

Max se vistió en cinco minutos, bajó y, como si diese un simple paseo, se acercó al pie de la Torre, donde ya estaba reunido un gentío considerable.

—¿Qué ocurre? —dijo abriéndose paso entre la multitud para llegar hasta donde estaba el español.

Fario, menudo y enteco, era de una fealdad comparable a la de un Grande de España. Sus ojos de fuego, que parecían agujeros abiertos por un berbiquí, y que estaban muy juntos sobre la nariz, lo hubieran hecho pasar, en Nápoles, por un echador de cartas. Aquel hombrecillo tenía un aspecto dulce porque era grave, tranquilo y lento en sus movimientos. Por esto lo llamaban el buen Fario. Pero su tez color de pan moreno y su dulzura ocultaban a los ignorantes y denunciaban al observador el carácter medio moro de un campesino granadino, al que nada había hecho salir aún de su flema y su pereza.

—¿Estáis seguro —le dijo Max, después de escuchar las quejas del comerciante de granos— que habéis traído vuestra carretilla? Pues en Issoudun, gracias a Dios, no hay ladrones...

—Estaba ahí...

—Si el caballo estaba enganchado, ¿no puede haberse llevado la carreta?

—Ahí tenéis a mi caballo —dijo Fario, indicando al animal enjaezado, a treinta pasos de distancia.

Max se dirigió con mucha gravedad al lugar donde se encontraba el caballo, a fin de poder ver, alzando la mirada, el pie de la Torre pues el grupo se había formado en la parte baja del mismo. Todo el mundo siguió a Max, que es lo que el bromista quería.

—¿Nadie se ha metido por distracción una carreta en el bolsillo? —gritó Francisco.

—¡Vamos, registraos! —dijo Baruc.

Se oyeron carcajadas por todos lados. Fario lanzó un juramento. Los juramentos, en boca de un español, indican el último grado de la cólera.

—¿Es ligera, tu carreta? —le preguntó Max.

—¿Ligera?... —respondió Fario—. Si esos que se ríen de mí la tuviesen sobre los pies, os aseguro que sus callos dejarían de dolerles.

—Sin embargo, tiene que ser muy ligera —respondió Max, señalando la Torre—, pues ha volado a lo alto del montículo.

Al oír estas palabras, todas las miradas se alzaron y por un instante reinó un tumulto indescriptible en el mercado. Todos se mostraban la carreta embrujada. Todas las lenguas estaban en movimiento.

—El diablo protege a los mesoneros, todos los cuales se condenan —dijo Goddet al estupefacto mercader—, ya ha querido darte una lección, para que no dejes la carreta en la calle, en vez de guardarla en el mesón.

Ante esta filípica se elevaron vítores entre la multitud pues Fario pasaba por ser un avaro.

—Vamos, amigo mío —le dijo Max—, no hay que desalentarse. Subiremos a la Torre, para saber cómo tu carretilla ha subido ahí arriba. Te aseguro que te echaremos una mano. ¿Vienes, Baruc?

—Tú —dijo a Francisco, hablándole al oído— aparta a esa gente y que no haya nadie al pie del montículo, cuando nos veas allá arriba.

Fario, Max, Baruc y tres Caballeros subieron a la Torre. Durante la peligrosa ascensión, Max hizo ver a Fario que no existían huellas ni trazas indicadoras del paso de la carreta. Esto hizo creer a Fario en un sortilegio, y la cabeza le daba vueltas. Llegados todos a la cumbre, al examinar el vehículo, tuvieron que reconocer que aquello era imposible.

—¿Cómo la bajaremos?... —dijo el español, cuyos ojillos negros expresaban por primera vez el espanto, y cuya tez cetrina y arrugada, cuyo color parecía invariable, había palidecido.

—¿Cómo? —dijo Max—. ¡Esto no me parece difícil!...

Y aprovechando la estupefacción del comerciante de granos, empujó con sus brazos robustos a la carreta, tomándola por las dos varas, como si fuese a precipitarla cuesta abajo; después, en el momento en que iba a escapar de sus manos, gritó con voz estentórea:

—¡Cuidado, ahí abajo!...

Pero nada podía suceder: la muchedumbre, avisada por Baruc y presa de curiosidad, se retiró a la distancia necesaria de la plaza para ver lo que sucedería en lo alto del montículo. La carreta se estrelló de la manera más pintoresca, en un número infinito de fragmentos.

—¡Ya la hemos bajado! —dijo Baruc.

—¡Ah, bribones, ah, canallas! —vociferó Fario—. ¡Sin duda fuisteis vosotros

quienes la subisteis aquí!...

Max, Baruc y sus tres compañeros se echaron a reír ante las injurias del español.

—Hemos querido hacerte un favor —dijo fríamente Max—. Al maniobrar tu condenada carretilla, he estado a punto de ser arrastrado con ella, y he aquí como tú nos lo pagas, ¿De qué país eres, dime?...

—Soy de un país en que no se perdona —replicó Fario, temblando de rabia—. ¡Mi carreta os servirá de cabriolé para iros al diablo!... A menos que —dijo, asumiendo un tono meloso— a menos que queráis reemplazármela por una nueva.

—Ahora hablaremos de ello —dijo Max, iniciando el descenso.

Cuando estuvieron al pie de la Torre y se reunieron con los primeros espectadores alborozados, Max, tomó a Fario por un botón de la chaqueta y le dijo:

—Sí, mi buen tío Fario, yo te regalaré una magnífica carreta, si tú quieres darme doscientos cincuenta francos; pero no te garantizo que esté acostumbrada, como ésta, a escalar montañas.

Esta última broma encontró a Fario frío como si fuese a cerrar un trato.

—¡Vaya! —replicó—. Dadme él dinero necesario para reemplazar mi pobre carreta, y nunca habréis empleado mejor los francos del tío Rouget.

Max palideció y levantó su temible puño sobre Fario; pero Baruc, comprendiendo que aquel golpe no sólo alcanzaría al español, apartó a Fario alzándolo como una pluma y dijo en voz baja a Max:

—¡No hagas tonterías!

El comandante obedeció aquella llamada al orden; echándose a reír, respondió a Fario:

—Si yo, por inadvertencia, te he destrozado la carreta, ahora tú tratas de calumniarme: estamos en paz.

—¡Aún no! —murmuró Fario entre dientes—. ¡Pero me alegro de saber lo que valía mi carreta!

—¡Ah, Max, has encontrado a uno digno de hablar contigo! —dijo un testigo de esta escena, que no pertenecía a la Orden de la Holganza.

—Adiós, monsieur Gilet, aún no os doy las gracias por vuestra hazaña —dijo el comerciante de granos montado en su caballo y desapareciendo en medio de grandes aclamaciones.

—OS guardaremos el hierro de las llantas —dijo un carretero que se había acercado para contemplar los efectos de aquella caída.

Una de las varas quedó plantada verticalmente como un árbol. Max permanecía pálido y pensativo, alcanzado en lo más sensible por la frase del español. Se habló durante cinco días en Issoudun de la carreta de Fario. Estaba destinada a viajar, como dijo Goddet hijo, pues dio la vuelta a todo el Berry, donde las bromas de Max y Baruc eran la comidilla de las gentes. Así —y esto fue lo que resultó más sensible para el español —el lance de la carreta aún corría de boca en boca por tres departamentos, ocho días después de sucedido. Max y la Rabouilleuse, a los que apuntaban las

terribles respuestas del vengativo español, fueron también el tema de mil y un comentario que las gentes se decían al oído en Issoudun, pero en voz alta en Bourges, en Vatan, en Vierzon y en Chateauroux. Maxence Gilet conocía lo bastante la comarca para adivinar lo envenenados que debían estar aquellos chismorreos.

—No puedo evitar que hablen —se decía—. ¡Ah, he cometido un error!

—¿Ya sabes, Max? —le dijo Francisco agarrándolo por el brazo—. Llegan esta noche...

—¿Quién llega?...

—¡Los Bridau! Mi abuela acaba de recibir carta de su ahijada.

—Escucha, pequeño —le dijo Max al oído—. He reflexionado profundamente sobre este asunto. No debe parecer que Flore y yo sentimos animadversión por los Bridau. Si los herederos se van de Issoudun, sois vosotros, los Hochon, quien debéis obligarlos a irse. Examina bien a estos parisienses; y cuando yo los haya medido, mañana, en casa de la Cognette veremos lo que podemos hacerles y cómo podemos enemistarlos con su abuela.

—El español ha encontrado el punto débil en la coraza de Max —dijo Baruc a su primo Francisco al volver a casa de monsieur Hochon, mientras ambos miraban a su amigo, que entraba en su casa.

Mientras Max terminaba de realizar su broma, Flore, pese a las recomendaciones de su invitado, no pudo contener la cólera; y, sin saber si ayudaba a los planes trazados o los desbarataba, rompió en denuestos contra el pobre solterón. Cuando Jean-Jacques incurría en la cólera de su criada, quedaban suprimidos de golpe y porrazo los cuidados y los mimos vulgares que constituían toda su alegría. Flore, en fin, hacía cumplir una penitencia a su amo. Se terminaban aquellas palabritas tiernas y afectuosas con que ella esmaltaba la conversación, con distintas tonalidades y miradas más o menos dulces: mi gatito, monín, palomita mía, ratita, nene mío, etc. Un vos seco y frío, irónicamente respetuoso, se clavaba entonces en el corazón del desgraciado como la hoja de un cuchillo. Aquel vos equivalía a una declaración de guerra. Después, en vez de asistir al despertar del infeliz, de darle sus cosas, de prever sus deseos, de mirarlo con aquella especie de admiración que todas las mujeres saben expresar y que, cuanto más grosera es, más encanta, diciéndole:

—¡Estáis fresco como una rosa! Os conserváis maravillosamente bien. ¡Qué guapo estáis, viejo Juan!

En una palabra, en lugar de obsequiarlo, mientras se levantaba, con las bromas y los dichos festivos y picantes que tanto lo divertían, Flore dejaba que se vistiese solo. Si él llamaba a la Rabouilleuse, ella respondía desde el pie de la escalera:

—¡Qué hay! No puedo hacer todo a la vez: preparaos el desayuno y servios en vuestra habitación. ¿No sois bastante mayorcito para vestiros solo?

—¡Dios mío! ¿Qué le habré hecho? —se preguntaba el viejo solterón al recibir uno de aquellos desaires, cuándo pidió agua para afeitarse.

—Védie, subid agua caliente al señor —gritó Flore.

—¿Védie? —dijo el pobre hombre, atontado por la aprensión de la cólera que pesaba sobre él—. Védie, ¿qué le pasa a la señora esta mañana?

Flore Brazier se hacía llamar señora por su amo, por Védie, por Kouski y por Max.

—Según parece, ha sabido algo de vos que no le gusta —respondió Védie adoptando un aire profundamente afectado—. El señor lo tiene todo, todo. Mirad, yo no soy más que una pobre sirvienta, y podéis decirme que no tengo derecho a inmiscuirme en vuestros asuntos; pero aunque buscáis entre todas las mujeres de la tierra, como aquel rey de las Sagradas Escrituras, no encontraríais a otra como la señora. Deberíais besar la huella de sus pasos... ¡Vaya, si le dais motivos de apenarse, es como si vos mismos os destrozaseis el corazón! He visto que tenía los ojos llenos de lágrimas, ¿sabéis?

Védie dejó al pobre hombre aterrado. Jean-Jacques se desplomó en un sillón, para quedarse mirando al vacío como un loco melancólico, sin acordarse de afeitarse. Aquellas alternativas de ternura y de frialdad producían en aquel ser débil, que sólo vivía gracias a la fibra amorosa, los efectos morbosos que producen en el organismo la súbita transición de un calor tropical a un frío polar. Aquellas pleuresías morales lo dejaban agotado como otras tantas enfermedades. Flore era la única persona del mundo capaz de obrar así sobre él; pues sólo con ella era tan bueno como necio.

—¡Vaya! ¿No os habéis afeitado? —le dijo ella, apareciendo en el umbral.

Su presencia produjo un violentísimo sobresalto al tío Rouget que, de pálido y deshecho, se puso colorado por un momento, sin atreverse a quejarse por aquella intromisión.

—¡El desayuno os espera! Pero podéis bajar en bata y zapatillas, porque desayunaréis solo.

Y sin esperar respuesta, desapareció. Desayunar sólo era una de las penitencias que resultaban más dolorosas al pobre solterón, muy amigo de conversar durante las refecciones. Al llegar al pie de la escalera, Rouget sufrió un acceso de tos, pues la emoción había despertado su catarro latente.

—¡Tose, tose! —decía Flore en la cocina, sin preocuparse de que su amo la oyera—. Pardiez, este viejo pérfido es lo bastante fuerte para resistir sin que tenga que preocuparme de él. Si alguna vez estira la pata, desde luego, será después de nosotros...

Éstas eran las amenas frases que la Rabouilleuse dirigía a Rouget en sus momentos de cólera. El pobre hombre se sentó sumido en una profunda tristeza, en el centro de la sala y en un extremo de la mesa, para contemplar sus viejos muebles y sus viejos cuadros con expresión compungida.

—Ya hubierais podido poner una corbata —dijo Flore, entrando—. ¿Creéis que es agradable ver un pescuezo como el vuestro, más rojo y arrugado que el de un pavo?

—¿Pero qué os he hecho? —preguntó el desgraciado, alzando sus grandes ojos

verde claro llenos de lágrimas hacia Flore, para contemplar su frío semblante.

—¿Me preguntáis qué habéis hecho? —dijo ella—. ¡Vos no lo sabéis, claro! ¡No sois poco hipócrita!... Vuestra hermana Ágata, que es tan hermana vuestra como yo lo soy de la Torre de Issoudun, si hay que creer a vuestro padre, y que no os es nada en absoluto, llega de París con su hijo, ese pintamonas de tres al cuarto, y vienen a veros para...

—¿Mi hermana y mis sobrinos vienen a Issoudun? —la atajó él, estupefacto.

—Sí, haceos el sorprendido, para hacerme creer que no les habéis escrito para invitarlos. ¡No sois poco astuto y marrullero! Mas estad tranquilo; no molestaremos a vuestros parisienses, pues antes que ellos pongan los pies aquí, los nuestros se habrán marchado. Max y yo nos iremos para no regresar jamás. En cuanto a vuestro testamento, lo haré en cuatro pedazos ante vuestras narices y vuestras barbas, ¿me oís?... Dejad vuestros bienes a vuestra familia, puesto que por lo visto nosotros no lo somos. ¡Después, ya veremos si os querrán por vos mismo, esa gente que no os han visto desde hace treinta años; que en realidad no os han visto nunca! ¡No es vuestra hermana quien me reemplazará, sino una beata de treinta y seis quilates!

—¿Todo se reduce a esto, mi pequeña Flore? —dijo el solterón—. En tal caso, no recibiré a mi hermana ni a mi sobrino... Te juro que es la primera noticia que tengo de su llegada. Todo ha sido tramado por madame Hochon, esa vieja devota...

Max, no llegó a tiempo de oír la respuesta del tío Rouget, apareció de pronto diciendo con tono dominador:

—¿Qué sucede?

—Mi buen Max —repuso el viejo célibe, contento de conseguir la protección del soldado que, por un acuerdo establecido con Flore, siempre se ponía de parte de Rouget—, te juro por lo que haya de más sagrado, que ahora acabo de enterarme de esta noticia. No he escrito nunca a mi hermana: mi padre hizo que le prometiese que no le dejaría nada de mis bienes, pues antes los daría a la Iglesia... En fin, no recibiré a mi hermana Ágata ni a sus hijos.

—Vuestro padre andaba equivocado, mi querido Jean-Jacques, y la señora aún está más equivocada —respondió Max—. Vuestro padre tenía sus razones, pero ha muerto y su odio debía morir con él... Vuestra hermana siempre será vuestra hermana, y vuestros sobrinos son vuestros sobrinos. Tenéis la obligación de acogerlos bien, y nosotros también la tenemos. ¿Qué diría la gente en Issoudun?... ¡Voto a...! Ya me han hecho cargar con demasiadas cosas; sólo faltaría que oyese decir ahora que os hemos secuestrado, que no sois libre, que os hemos incitado contra vuestros herederos, que queremos quedarnos con vuestra herencia... ¡Que el diablo me lleve si no me voy de aquí a la segunda calumnia! ¡Ya basta con una! Desayunemos.

Flore, que se había vuelto nuevamente dulce como una gata, ayudó a la Védie a poner los cubiertos. El tío Rouget, lleno de admiración por Max, lo tomó de las manos, se lo llevó al hueco de una de las ventanas y le dijo en voz baja:

—¡Ah, Max, si tuviese un hijo, no lo querría tanto como a ti te quiero! Flore tiene

razón: vosotros dos sois mi familia... Eres un hombre de honor, Max, y todo cuanto acabas de decir está muy bien.

—Debéis agasajar a vuestra hermana y a vuestro sobrino, pero sin cambiar nada de vuestras disposiciones —le dijo entonces Max, interrumpiéndole—. De este modo daréis satisfacción a vuestro padre y a la gente...

—¡Venid, amorcitos míos! —exclamó Flore con tono alegre—. El guisado va a enfriarse. Toma, ratoncito, aquí tienes un ala —dijo sonriendo a Jean-Jacques Rouget.

Al oír estas palabras cariñosas, el rostro caballuno del solterón perdió su tinte cadavérico; sus labios colgantes se llenaron en una sonrisa de triaca; pero sufrió un nuevo acceso de tos, pues la dicha de volver a estar en gracia le infundía una emoción tan violenta como la de estar en penitencia. Flore se levantó, se quitó de los hombros un pequeño chal de cachemira y lo anudó como una corbata en el cuello del solterón, diciéndole:

—Es una tontería disgustarse por fruslerías como ésta. Toma, viejo bobo, esto te hará bien, pues lo llevaba sobre mi propio corazón...

—¡Esta criatura es un ángel! —dijo Rouget a Max mientras Flore iba en busca de un bonete de terciopelo negro para cubrir la cabeza casi calva del solterón.

—Es tan buena como hermosa —respondió Max—, pero tiene el genio vivo, como todos los que van con el corazón en la mano.

Es posible que el lector censure la crudeza de esta pintura, hallando los estallidos de mal genio de la Rabouilleuse teñidos de aquel realismo que el pintor debe dejar en la sombra. Pues bien: la escena descrita, repetida cien veces con espantosas variantes, es típica en su forma grosera y en su horrible veracidad, de las que hacen todas las mujeres —sea cual sea el peldaño en la escala social en que se hallen situadas— cuando un interés cualquiera las aparta de su línea de obediencia y cuando detentan el poder. Como si fuesen grandes políticos, a sus ojos todos los medios son legítimos para alcanzar el fin propuesto. Entre Flore Bracier y una duquesa, entre la duquesa y la burguesa más rica, entre la burguesa y la mujer más espléndidamente entretenida, sólo existen las diferencias debidas a la educación que han recibido y al medio en que viven. El mohín de disgusto de la gran dama sustituye a los arrebatos de la Rabouilleuse. En todas las clases sociales, los acres sarcasmos, las mofas ingeniosas, un frío desdén, las quejas hipócritas y los falsos agravios obtienen el mismo éxito que las expresiones plebeyas de aquella madame Everard de Issoudun. Max se puso a contar con tanta gracia la historia de Fario, que provocó la hilaridad del solterón. Védie y Kouski, que se habían acercado para escuchar el relato, se desternillaban de risa en el corredor. En cuanto a Flore, se echó a reír como una loca. Después del desayuno, mientras Jean-Jacques leía los periódicos, pues se había suscrito al *Constitutionnel* y la *Pandore*, Max se llevó a Flore a sus habitaciones.

—¿Estás segura de que después de que te instituyó su heredera, no ha hecho nuevo testamento?

—No tiene recado de escribir —respondió ella.

—Ha podido dictarlo a un notario —observó Max—. Si no lo ha hecho, hay que prever esa posibilidad. Así, pues, acojamos con una amabilidad exquisita a los Bridau, pero tratemos de hacer efectivas lo antes posible todas las inversiones hipotecarias. Nuestros notarios estarán encantados de hacer estos traspasos, pues les darán sus buenos beneficios. Las rentas ascienden todos los días: vamos a conquistar España para librar a Fernando VII de sus Cortes; así, el año próximo las rentas sobrepasarán sin duda el duplo. ¡Así, pues, representa un buen negocio poner los setecientos cincuenta mil francos del viejo en el Gran Libro a 89!... Trata únicamente de que los ponga a tu nombre. ¡Al menos, siempre habremos salvado eso!

—Excelente idea —dijo Flore.

—Y como nos darán cincuenta mil francos de renta por ochocientos noventa mil francos, habrá que pedirle ciento cuarenta mil francos para dos años, a devolver por mitades. En dos años, recibiremos cien mil francos de París, y noventa aquí; nada arriesgamos.

—¿Qué habría sido de nosotros sin ti, mi bello Max? —dijo la Rabouilleuse.

—¡Oh, mañana por la noche, en casa de la Cognette, después de haber visto a los parisienses, ya encontraré los medios de hacerlos despedir por los mismos Hochon!

—¡Qué inteligente eres, ángel mío! Eres un amor de hombre.

La plaza de Saint-Jean está situada en el centro de una calle llamada Grande-Narette en su parte superior, y Petite-Narette en la inferior. En el Berry, el término Narette sirve para expresar la misma situación topográfica que la palabra genovesa *salita*, o sea una calle que forma una subida muy empinada. La Narette desciende con mucha rapidez desde la plaza Saint-Jean a la puerta Vilatte. La casa del viejo monsieur Hochon se halla situada frente a aquélla en que habitaba Jean-Jacques Rouget. Por las ventanas de la sala donde estaba madame Hochon, se veía a menudo lo que sucedía en casa del tío Rouget, y viceversa, cuando las cortinas estaban descorridas o las puertas permanecían abiertas. La mansión de monsieur Hochon era tan parecida a la de Rouget, que sin duda ambos edificios fueron construidos por el mismo arquitecto. Hochon, antiguo recaudador de tributos en Selles del Berry, pero que había nacido en Issoudun, regresó a su villa natal para casarse con la hermana del subdelegado, el galante Lousteau, cambiando su puesto de Selles por los saneados ingresos de Issoudun. Retirado de la vida activa en 1786, supo evitar la tempestad de la Revolución, a cuyos inicios se adhirió totalmente como hacen todas las *personas decentes* que vociferan por los vencedores. Monsieur Hochon no estaba muy satisfecho de su reputación de gran avaro. ¿Pero no será incurrir en repeticiones pintar aquí su carácter? Bastará sin duda explicar uno de sus rasgos de avaricia que le hicieron célebre, para pintar a monsieur Hochon de cuerpo entero.

Con motivo de la boda de su hija, muerta ya, y que se casó con un Borniche, hubo de ofrecer una cena a la familia Borniche. El novio, que debía heredar una gran fortuna, murió a causa de los disgustos que le dieron ciertos malos negocios que realizó, y sobre todo a causa de la actitud de sus padres, que se negaron a ayudarle.

Los viejos Borniche aún vivían, felices y contentos de ver que monsieur Hochon se encargaba de la tutela, a causa de la dote de su hija, que se propuso salvar. El día de la firma del contrato matrimonial, los abuelos de las dos familias se reunieron en la sala, los Hochon a un lado, los Borniche al otro, todos endomingados. Mientras el joven notario Héron leía gravemente el contrato, entró la cocinera para pedir a monsieur Hochon un bramante para coser el pavo, parte esencial de la comilona. El antiguo recaudador de tributos se sacó del fondo del bolsillo de su levita un trozo de cordel que sin duda había servido para atar un paquete, y se lo dio; pero antes de que la sirvienta hubiese podido llegar a la puerta, le gritó:

—¡Devuélvemelo, eh, Gritte!...

Gritte es en el Berry la abreviatura corriente de Marguerite. Esto permite comprender a monsieur Hochon y la broma que circulaba por la villa sobre esta familia compuesta del padre, la madre y los tres hijos: ¡Los cinco Hochon!

El viejo Hochon se fue haciendo más minucioso de año en año, más cuidadoso a la vez, y en el momento en que transcurre esta historia tenía nada menos que ochenta y cinco años. Pertenecía a esa clase de personas que se inclinan en mitad de la calle, interrumpiendo una animada conversación, para recoger un alfiler diciendo: «¡He aquí el jornal de una mujer!», para clavarse después la aguja en la vuelta de la bocamanga. Solía quejarse de la mala calidad de los tejidos modernos, observando que su levita sólo le había durado diez años. Alto, chupado, flaco, de tez biliosa, poco hablador, menos lector, tratando siempre de no fatigarse, fiel cumplidor de las formas, como un oriental, mantenía en su casa un régimen de sobriedad espartana, midiendo la comida y la bebida de su familia, que era bastante numerosa y estaba compuesta de su mujer, Lousteau de soltera, de su nieto Baruc y de su hermana Adolphine, herederos de los viejos Borniche, y por último de su otro nieto, Francisco Hochon.

Hochon, su primogénito, comprendido en 1813 en la leva de hijos de familia que habían escapado al reclutamiento y que recibieron el nombre de *guardias de honor*, pereció en el combate de Hanau. Aquel presunto heredero se casó en fecha muy temprana con una joven rica, para no verse llamado nuevamente a filas por una leva cualquiera; pero entonces consumió toda su fortuna, como si previese su fin. Su mujer, que seguía de lejos al ejército francés, murió en Estrasburgo en 1814, dejando unas deudas que el viejo Hochon no pagó, oponiendo a los acreedores este axioma de la antigua jurisprudencia: Las mujeres son menores de edad.

Por lo tanto, podía seguirse diciendo «los cinco Hochon», pues esta casa se componía aún de tres nietos y de dos abuelos. Así, la broma aún seguía en vigor, pues ninguna broma envejece en la provincia.

Gritte, que entonces tenía sesenta años, hacía todas las faenas de la casa.

La mansión, si bien era vasta, tenía poco mobiliario. Sin embargo, en el segundo piso había dos habitaciones disponibles, que podrían servir de alojamiento para José y madame Bridau. El viejo Hochon se arrepintió entonces de haber conservado en ellas dos camas acompañadas cada una de un viejo sillón de madera sin pintar y tapizado,

una mesa de nogal sobre la que había un jarro para agua del género rotulado Gueulard en su jofaina pintada de azul. El viejo guardaba su cosecha de manzanas y peras de invierno, de nísperos y de membrillos sobre un camastro de paja en estas dos habitaciones, por las que correteaban ratones y ratas; a causa de ello, exhalaba un olor de frutas y ratones. Madame Hochon las hizo limpiar escrupulosamente: el papel, despegado en algunos lugares, fue pegado nuevamente por medio de obleas, adornó las ventanas con pequeños visillos que confeccionó con viejas fundas de muselina. Después, cuando su marido se negó a comprar alfombrillas de orillo, dio su alfombra de cama a la pequeña Ágata, diciendo, al referirse a aquella madre de cuarenta y siete años cumplidos: ¡Pobre pequeña!

Madame Hochon pidió dos mesitas de noche prestadas a los Borniche, y alquiló con mucha audacia a un trapero, vecino de la Cognette, dos viejas cómodas con pomos de cobre. Conservaba dos pares de candelabros de maderas preciosas, torneados por su propio padre, que tenía la manía del torno. De 1770 a 1880, fue de buen tono, entre las personas ricas, aprender un oficio, y monsieur Lousteau padre, antiguo primer empleado de Ayudas, fue tornero, del mismo modo que Luis XVI fue cerrajero. Aquellos candelabros estaban adornados con círculos de raíces de rosál, de melocotonero, de albaricoquero. ¡Y madame Hochon arriesgó aquellas preciosas reliquias!... Aquellos preparativos y este sacrificio redoblaron la gravedad de monsieur Hochon, que aún no creía en la llegada de los Bridau.

La misma mañana de aquel día amenizado por la jugarreta hecha a Fario, madame Hochon dijo a su marido, después de desayunar:

—Espero, Hochon, que recibiréis como es debido a madame Bridau, mi ahijada. —Después, cerciorándose de que sus nietos se habían ido, agregó—: Soy dueña de mis bienes; no me obliguéis a tener que indemnizar a Ágata en mi testamento de una mala acogida.

—¿Acaso creéis, señora —respondió Hochon con voz dulce—, que a mi edad no conozco las reglas más elementales de cortesía?...

—Sabéis muy bien qué quiero decir, viejo socarrón. Sed amable con nuestros invitados, y acordaos de cuánto quiero a Ágata...

—También queréis a Maxence Gilet, quien devorará una herencia que correspondía a vuestra querida Ágata... ¡Ah, habéis criado una serpiente en vuestro seno! Aunque, en resumidas cuentas, el dinero de los Rouget tenía que pertenecer a un Lousteau cualquiera.

Después de esta alusión a la presumida paternidad de Ágata y de Max, Hochon quiso marcharse; pero la vieja madame Hochon, mujer aún erguida y flaca de carnes, tocada con una cofia redonda y muy empolvada, que llevaba una falda de tafetán tornasolado, mangas ajustadas y los pies metidos en chinelas, puso su tabaquera sobre la mesita y dijo:

—A decir verdad, ¿cómo es posible que un hombre inteligente como vos, monsieur Hochon, repita esas necedades que, por desgracia, costaron la paz espiritual

a mi pobre amiga y la fortuna de su padre a mi pobre ahijada? Max Gilet no es hijo de mi hermano, a quien aconsejé cuando aún era tiempo de hacerlo que ahorrara sus escudos. Y vos sabéis tan bien como yo, en fin, que madame Rouget era la virtud en persona...

—Y la hija es digna de la madre, pues me parece muy estúpida. Después de haber perdido toda su fortuna, educó tan bien a sus hijos, que tiene a uno de ellos en la cárcel y complicado en un proceso criminal en el Tribunal de los Pares, a causa de una conspiración que parece la de Berton. En cuanto al otro su situación es peor, pues se ha dedicado a la pintura... Si vuestros protegidos permanecen aquí hasta que hayan librado a ese imbécil de Rouget de las garras de Gilet y de la Rabouilleuse, comeremos más de un plato de sal con ellos.

—Basta, monsieur Hochon: lo que debéis hacer es desear que la suerte les sonría...

Monsieur Hochon tomó el sombrero, el bastón de puño de marfil y salió petrificado por aquella frase terrible, pues no suponía que su mujer abrigase tanta resolución. En cuanto a madame Hochon, tomó su libro de oraciones para leer el Ordinario de la Misa, pues su avanzada edad le impedía ir todos los días a la iglesia: en cuanto a los domingos y días festivos, iba a ella haciendo un gran esfuerzo. Desde que recibió la respuesta de Ágata, a sus oraciones habituales añadía una plegaria para suplicar a Dios que abriese los ojos a Jean-Jacques Rouget, que bendijese a Ágata y que otorgase el éxito a la empresa a que ella la había lanzado. A escondidas de sus dos nietos —a quienes reprochaba de ser unos impíos— pidió al cura que dijese misas para rogar por el éxito durante una novena que hizo su nieta, Adolphine Borniche, que cumplía con sus obligaciones religiosas por poderes.

Adolphine, que entonces tenía dieciocho años y que desde hacía siete trabajaba al lado de su abuela en aquella fría mansión de costumbres metódicas y monótonas, hizo con tanta mejor voluntad la novena cuanto que ella deseaba inspirar algún sentimiento a José Bridau, aquel artista incomprendido por monsieur Hochon, y por el que ella sentía el más vivo interés a causa de las monstruosidades que su abuelo atribuía al joven parisiense.

Los viejos, la gente sensata, las cabezas equilibradas de la villa, los padres de familia, aprobaban sin reservas la conducta de madame Hochon, y sus votos en favor de su ahijada y los hijos de ésta corrían parejas con el secreto desprecio que le inspiraba desde hacía tiempo la conducta de Maxence Gilet. Así, la noticia de la llegada de la hermana y el sobrino del tío Rouget dividió a Issoudun en dos partidos: el de la alta y rancia burguesía, que tenía que contentarse con hacer votos y seguir los acontecimientos desde la barrera; y el de los Caballeros de la Holganza y de los partidarios de Max, que por desgracia eran capaces de cometer muchas fechorías para ahuyentar a los parisienses.

Aquel día, pues, Ágata y José se apearon de la diligencia en la plaza Misère, donde estaba el despacho de las Mensajerías, a las tres de la tarde. Aunque bastante

fatigada, madame Bridau se sintió rejuvenecida a la vista de su tierra natal, donde a cada paso evocaba recuerdos e impresiones de su juventud. En las condiciones en que entonces se encontraba la villa de Issoudun, la llegada de los dos viajeros procedentes de la capital se supo en toda la villa a los diez minutos. Madame Hochon salió a la puerta de su casa para dar la bienvenida a su ahijada y la abrazó como si hubiese sido su hija. Después de recorrer durante setenta y dos años una existencia vacía y monótona a la vez, en la que, al volverse, podía contar los ataúdes de sus tres hijos, muertos todos en la desgracia, ella se creó una especie de maternidad ficticia para una joven que, según ella decía, había tenido pegada a sus faldas durante dieciséis años. En las tinieblas de la provincia, acarició aquella vieja amistad, aquella infancia y sus recuerdos, como si Ágata estuviese presente; asimismo, se apasionó por los intereses de los Bridau. Ágata fue conducida en triunfo a la sala, donde el viejo monsieur Hochon permanecía frío como un horno minado.

—Aquí tienes a monsieur Hochon. ¿Cómo le encuentras? —dijo la madrina a su ahijada.

—Exactamente igual a como estaba cuando me fui —respondió la parisiense.

—¡Ah, ya se ve que venís de París! Os gusta hacer cumplidos —dijo el viejo.

Acto seguido tuvieron lugar las presentaciones: la del pequeño Baruch Borniche, joven altísimo de veintidós años; la del pequeño Francisco Hochon, de veinticuatro años, y la de la pequeña Adolphine, que se ruborizaba, no sabía cómo poner los brazos y sobre todo los ojos, pues no quería que pareciese que miraba a José Bridau, observado con curiosidad por los dos jóvenes y el viejo Hochon, pero bajo puntos de vista diferentes. El avaro se decía:

“Sale del hospital y debe de tener un hambre de convaleciente”.

Los dos jóvenes decían para sus adentros:

“¡Qué bribón! ¡Qué cabeza! Nos dará mucho que hacer”.

—¡Os presento a mi hijo pintor a mi buen José! —dijo finalmente Ágata indicando al artista.

En el acento de la palabra *buen* había un esfuerzo que revelaba todo el corazón de Ágata, con el pensamiento embargado por la prisión del Luxemburgo.

—Tiene mal aspecto —exclamó madame Hochon—. No se te parece mucho...

—No, señora —repuso José con el brutal candor del artista—. ¡Me parezco a mi padre, pero aun más en feo!

Madame Hochon estrechó la mano de Ágata, que sostenía entre las suyas, y le dirigió una mirada. Ambos, el ademán y la mirada, querían decir: “¡Ah, ya sé, hija mía, que prefieres a ese tunante de Felipe!”.

—Yo no conocí a vuestro padre, mi querido amigo —respondió madame Hochon en voz alta—. Pero basta con que seáis el hijo de vuestra madre para que podáis contar con mi afecto. Además, tenéis talento, si hay que creer lo que me escribía la difunta madame Descoings, que en paz descanse, la única persona de la casa que me daba noticias vuestras en los últimos tiempos.

—¡Talento! —exclamó el artista—. Aún no; pero, con tiempo y paciencia, quizá podré alcanzar la gloria y la fortuna.

—¿Pintando? —dijo monsieur Hochon con soma.

—Vamos, Adolphine —dijo madame Hochon—. Ve a preparar la cena.

—Mamá —dijo José—, voy a ocuparme de las maletas, que ahora llegan.

—Hochon, enseña sus habitaciones a monsieur Bridau —dijo la abuela a Francisco.

Como la comida se servía a las cuatro y aún eran las tres y media, Baruc se fue a la ciudad para dar noticias sobre la familia Bridau, describir el atavío de Ágata y sobre todo a José, cuyo semblante, consumido, enfermizo y tan característico, se parecía mucho a la imagen ideal que suele tenerse de un bandido. Aquel día, José pagó el gasto de la conversación en todas las casas.

—Parece ser que la hermana del tío Rouget miró durante su embarazo a un mono —decían las gentes—, pues su hijo parece un macaco.

—Tiene facha de bandido y ojos de basilisco.

—Se dice que es algo curioso de ver, terrorífico.

—Todos los artistas de París son así.

—Son malos como asnos rojos y maliciosos como monos.

—Esto se debe a su profesión.

—Acabo de ver a monsieur Beaussier, quien me ha dicho que no querría encontrárselo de noche en un bosque solitario; lo ha visto en la diligencia.

—Tiene en la cara surcos como un caballo, y hace gestos de loco.

—Este muchacho parece capaz de todo; quizá sea él el culpable de que su hermano, un hombre apuesto y distinguido, haya ido por mal camino.

—La pobre madame Bridau no parece ser muy dichosa con él. ¿Y si aprovechásemos que está aquí para *hacernos sacar* nuestro retrato?

El resultado de estas opiniones, sembradas como por el viento por toda la ciudad, fue una curiosidad excesiva. Todos cuantos tenían una excusa para visitar a los Hochon se prometieron ir a verlos aquella misma noche para examinar a los parisienses. La llegada de aquellos dos personajes equivalía, en una población estancada como Issoudun, a una viga que hubiese caído en un charco de ranas.

Después de haber subido los efectos personales de su madre y los suyos propios a las dos habitaciones de la buhardilla y de haberlas examinado, José observó aquella mansión silenciosa cuyas paredes, la escalera y los enmaderados no mostraban el menor adorno y destilaban frío, y en la que sólo había lo estrictamente necesario. Experimentó entonces los efectos de aquella brusca transición del poético París a la provincia seca y muda. Pero cuando, al descender, vio a monsieur Hochon cortando personalmente las rebanadas de pan para los comensales, comprendió, por primera vez en su vida, al Avaro de Moliere.

“Hubiéramos hecho mejor yendo al mesón”, dijo para su capote.

El aspecto de la comida confirmó sus aprensiones. Después de una sopa cuyo

caldo claro revelaba que se consideraba más importante la cantidad que la calidad, se sirvió un cocido rodeado triunfalmente de perejil. Las verduras, puestas en *un* plato aparte, formaban parte de la disposición del ágape. Aquel cocido reinaba en el centro de la mesa, acompañado de otros tres platos: huevos duros puestos sobre acedera y colocados frente a las verduras; después una ensalada aliñada con aceite de nuez al lado de unos tarritos de crema en los que la vainilla estaba sustituida por avena quemada, que se parece a la vainilla como el café de achicoria se parece al moka. En los dos extremos había la mantequilla y los rábanos en sendos platillos. El servicio se completaba con rábanos negros y pepinillos. La mesa así dispuesta mereció la aprobación de madame Hochon. La buena anciana hizo una señal de aprobación con la cabeza, satisfecha de ver que su marido, al menos durante el primer día, había hecho bien las cosas. El viejo respondió con una mirada de soslayo y un movimiento de hombros fáciles de interpretar: “¡He aquí las tonterías que me obligáis a hacer!”.

Inmediatamente después de haber sido disecado por monsieur Hochon en tajadas parecidas a suelas de zapato, el cocido fue reemplazado por tres pichones. El vino del país era de la cosecha de 1811. Por consejo de su abuela, Adolphine había adornado los dos extremos de la mesa con sendos ramos.

“Cuando guerra, guerra”, pensó el artista, al contemplar la mesa.

Y se puso a comer como haría un hombre que hubiese desayunado en Vierzon, a las seis de la mañana, una execrable taza de café. Cuando José terminó el pan y pidió más, monsieur Hochon se levantó, buscó lentamente la llave en las profundidades del bolsillo de su levita, abrió un armario que tenía a su espalda, esgrimió un gran trozo cortado de un pan de doce libras, del que cortó ceremoniosamente una rebanada, que partió en dos, para ponerla sobre un plato y pasarlo a través de la mesa hasta el joven pintor con el silencio y la sangre fría de un viejo soldado que se dijese, al comenzar una batalla: “Vamos, hoy ya puedes matarme”. José tomó la mitad de aquella rebanada, comprendiendo que no debía pedir más pan.

Ningún miembro de la familia pareció sorprenderse de aquella escena, que José encontró monstruosa. La conversación seguía su marcha. Ágata supo que la casa donde había nacido, la casa que fue de su padre antes que éste heredase la de los Descoings, había sido comprada por los Borniche, y manifestó deseos de volver a verla.

—Sin duda —le dijo su madrina— los Borniche vendrán esta noche, pues toda la ciudad está deseosa de veros —añadió, dirigiéndose a José—, y entonces os invitarán a ir a su casa.

La sirvienta sirvió para los postres el famoso queso blando de la Turena y del Berry, preparado con leche de cabra, que reproduce tan a la perfección, en nieles, los dibujos de las hojas de vid sobre las que se sirve, que hubiera debido suscitar la invención del arte del grabado en la Turena. Gritte colocó ceremoniosamente nueces y bizcochos inamovibles, a ambos lados de aquellos quesitos.

—¿Y la fruta, Gritte? —dijo madame Hochon.

—Pero, señora, se ha terminado la podrida.

José lanzó una carcajada homérica, como si se encontrase en su taller con sus camaradas, pues comprendió al instante que la precaución de comenzar por las frutas atacadas había degenerado en costumbre.

—¡Bah! La comeremos de todos modos —respondió con el alegre arrebató del hombre que toma partido por una cosa.

—Vamos, monsieur Hochon, ¿a qué esperáis? —dijo la vieja señora.

Monsieur Hochon, muy escandalizado por las palabras del artista, trajo melocotones de viña, peras y ciruelas de Santa Catalina.

—Adolphine, ve a buscar uva —ordenó madame Hochon a su nieta.

José miró a los dos jóvenes con una expresión que parecía decirles: “¿Y es a este régimen al que debéis vuestra saludable cara?”. Baruc comprendió aquella incisiva mirada y se puso a sonreír, pues su primo Hochon y él se habían mostrado discretos. La vida de la casa era hartó indiferente a quienes cenaban tres veces por semana en casa de la Cognette. Además, antes de sentarse a la mesa, notificaron a Baruc que el Gran Maestro convocaba a la Orden en pleno a medianoche, para organizar un golpe de mano. Aquel ágape de bienvenida ofrecido a sus invitados por el viejo Hochon, explica hasta qué punto los festines nocturnos que se celebraban en casa de la Cognette eran necesarios para la alimentación de aquellos mocetones de fuerte dentadura, que no se perdían ni uno.

—Tomaremos los licores en el salón —dijo madame Hochon levantándose y ofreciendo el brazo a José. Al salir la primera, pudo decir al pintor—: Desde luego, mi pobre hijo, esta comida no te producirá una indigestión, pero te aseguro que me ha costado mucho preparártela. Aquí tendrás que ayunar, no comerás lo necesario para vivir, ésta es la verdad. Así es que te ruego que tengas paciencia a la hora de comer.

La bondad y la sencillez de aquella excelente anciana, que así se juzgaba a sí misma, fue muy del agrado del artista.

—¡Pronto hará cincuenta años que vivo con ese hombre, sin haber oído tintinear veinte escudos en mi bolso! ¡Oh, si no se tratase de salvar vuestra fortuna yo nunca os hubiera llamado —a tu madre y a ti— para que vinieseis a mi prisión!

—¿Pero cómo es posible que aún estéis viva? —dijo ingenuamente el pintor, con aquella alegría que nunca abandona a los artistas franceses.

—¡Ah, tenéis razón! —repuso ella—. Gracias a la oración. Rezo mucho.

José se estremeció ligeramente al oír estas palabras, que engrandecían hasta tal punto a aquella anciana, ante sus ojos, que tuvo que retroceder tres pasos para contemplarle el rostro. Lo encontró radiante, lleno de una serenidad tan tierna, que le dijo:

—¡Haré vuestro retrato!

—¡No, no! —dijo ella—. He penado demasiado en este valle de lágrimas para querer perpetuar mi efigie. ¡No quiero seguir aquí ni en pintura!

Al decir alegremente estas palabras tan tristes, sacó de un armario una redoma

que contenía licor de casis, un licor casero preparado por ella misma y cuya receta le habían facilitado aquellas célebres religiosas a las que debemos el bizcocho de Issoudun, una de las mayores creaciones de la confitería francesa, y que ningún *chef*, cocinero, pastelero ni confitero ha podido imitar. M. de Rivière, embajador en Constantinopla, pedía todos los años enormes cantidades de aquel dulce para el serrallo de Mahmud. Adolphine sostenía un plato de laca lleno de aquellos vasitos antiguos de caras grabadas y borde dorado. A medida que su abuela los iba llenando, ella los ofrecía a los invitados.

—¡Por turno, y el primero mi padre! —exclamó alegremente Ágata, a quien aquella inmutable ceremonia le recordó su juventud.

—Hochon se irá pronto a la Sociedad, para leer los periódicos; entonces tendremos un momento libre para nosotros —le dijo en voz baja la anciana.

En efecto, diez minutos después, las tres mujeres y José se encontraron solos en aquel salón cuyo entarimado no se había fregado nunca, sino únicamente barrido; cuyas tapicerías encuadradas en marcos de roble con molduras de mediacaña, y cuyo mobiliario sencillo y casi sombrío apareció a los ojos de madame Bridau en el mismo estado en que lo viera por última vez. La Monarquía, la Revolución, el Imperio y la Restauración, que habían respetado tan pocas cosas, respetaron aquel salón, en el que ni sus esplendores ni sus desastres dejaron la menor huella.

—¡Ah, madrina! Mi vida ha sido cruelmente agitada en comparación con la vuestra —exclamó madame Bridau, sorprendida de volver a encontrar incluso a un canario, que había conocido vivo, disecado sobre la chimenea entre el viejo reloj de péndulo, los viejos candelabros de cobre y los candeleros de plata.

—Hija mía —respondió la anciana—, las tempestades tienen lugar en el corazón. Cuando más necesaria y más grande es la resignación, mayores son las luchas que debemos sostener con nosotros mismos. No hablemos de mí, hablemos de tus asuntos. Estáis precisamente frente al enemigo —prosiguió, indicando la sala de la mansión Rouget.

—Ahora se ponen a la mesa —dijo Adolphine.

Aquella joven, casi reclusa, espía siempre por las ventanas, esperando descubrir algo que arrojase luz sobre las enormidades que imputaban a Maxence Gilet, a la Rabouilleuse y a Jean-Jacques, de las que algunas palabras llegaban a sus oídos cuando la hacían salir para hablar de ellos. La anciana señora dijo a su nieta que la dejase sola con monsieur y madame Bridau, hasta que llegase una visita.

—Pues tenéis que saber —dijo, mirando a los dos parisienses— que conozco a Issoudun al dedillo: esta noche tendremos diez o doce hornadas de curiosos.

Apenas madame Hochon había terminado de contar a los dos parisienses los acontecimientos y los detalles relativos al sorprendente dominio ejercido sobre Jean-Jacques Rouget por la Rabouilleuse y por Maxence Gilet, sin adoptar el método sintético con que acabamos de presentarlos, sino añadiendo a ellos los mil y un comentarios, las descripciones y las hipótesis con que los adornaban las criadas y las

malas lenguas de la villa, cuando Adolphine vino a anunciar a los Borniche, los Beaussier, los Lousteau-Pragin, los Fichet, los Goddet-Héreau, en total catorce personas que se dibujaban en lontananza.

—Ya veis, pequeña mía —dijo la vieja dama al terminar—, que no es cosa baladí arrancar esta fortuna de las fauces del lobo...

—Me parece algo tan difícil con un canalla como el que acabáis de pintamos y una comadre como esa buena moza, que debe de ser empresa imposible —respondió José—. Tendríamos que permanecer en Issoudun por lo menos un año para combatir su influencia y anular su dominio sobre mi tío... La fortuna no vale todo este ajetreo, sin contar con que habría que degradarse y cometer mil bajezas. Mi madre sólo tiene quince días de permiso; su puesto es seguro y no debe comprometerlo. En cuanto a mí, en octubre tengo que ejecutar unos trabajos importantes para un par de Francia, que Schinner me ha procurado... ¡Tenéis que saber, señora, que yo tengo mi fortuna en mis pinces!...

Este discurso fue acogido con profunda estupefacción. Madame Hochon, aunque relativamente superior a la ciudad en que vivía, no creía en la pintura. Miró a su ahijada y le estrechó de nuevo la mano.

—Este Maxence es la segunda edición de Felipe —dijo José al oído de su madre—; pero con más política, más modales que Felipe. ¡Vamos, señora! —exclamó en alta voz—. ¡No contrariaremos durante mucho tiempo a monsieur Hochon con nuestra estancia aquí!

—¡Ah, vos sois jóvenes, nada sabéis del mundo! —dijo la vieja dama—. En quince días, con un poco de política, pueden lograrse algunos resultados; escuchad mis consejos y obrad según mi parecer.

—¡Oh, con mucho gusto! —respondió José—. Yo me considero de una incapacidad maravillosa en lo que se refiere a la política doméstica y no sé siquiera, por ejemplo, lo que el propio Desroches nos diría si mañana mi tío se negara a vernos.

Las señoras de Borniche, Goddet-Héreau, Beaussier, Lousteau-Pragin y Fichet, adornadas de sus respectivos esposos, entraron en la sala. Después de los cumplidos de rigor, cuando aquellas catorce personas tomaron asiento, madame Hochon se vio obligada a presentarles a su ahijada Ágata y José. Éste permaneció sentado en un sillón, ocupado en estudiar disimuladamente las sesenta caras que, de las cinco y media a las nueve, vinieron a posar *gratis* ante él, como dijo a su madre. La actitud de José durante aquella velada frente a los patricios de Issoudun no modificó la opinión que se había formado la pequeña villa a su respecto: todos se fueron sobrecogidos por sus miradas burlonas, inquietos por sus sonrisas, o asustados ante aquel rostro, que resultaba siniestro para unas gentes que no sabían reconocer la rareza del genio.

A las diez, cuando todos fueron a acostarse, la madrina se quedó con su ahijada en su habitación hasta medianoche. Seguras de estar solas, aquellas dos mujeres se explicaron entonces sus dolores y confiáronse los sufrimientos de su vida. Al

reconocer la inmensidad del desierto donde se había desperdiciado la vida toda de un alma hermosa e ignorada, al escuchar los últimos ecos de aquel espíritu de malogrado destino, al enterarse de los sufrimientos de aquel corazón esencialmente generoso y caritativo, cuya generosidad y cuya caridad no se habían ejercido jamás, Ágata dejó de considerarse como la más desgraciada, al pensar en cuántas distracciones y pequeñas dichas la existencia parisiense aportó a las amargas enviadas por Dios.

—Vos que sois piadosa, madrina, ¿podéis explicarme en qué he faltado, y decirme por qué Dios me castiga así?...

—Él nos prepara, hija mía —respondió la anciana en el momento en que sonó la medianoche.

A medianoche, los Caballeros de la Holganza desfilaban como sombras bajo los árboles del bulevar Baron, por el que paseaban hablando en voz baja.

—¿Qué haremos? —fue lo primero que todos se dijeron al encontrarse.

—Yo creo —dijo Francisco— que la intención de Max es que nos divirtamos.

—No, las circunstancias son graves para la Rabouilleuse y para él. Sin duda habrá imaginado una broma sonada contra los parisienses...

—Estaría muy bien hacer que se volviesen.

—Mi abuelo —dijo Baruc—, que ya está muy asustado de tener dos bocas de más en su casa, aprovecharía con agrado cualquier pretexto...

—¡Amigos míos y caballeros! —exclamó Max con voz risueña, presentándose ante ellos—. ¿Qué hacéis aquí, mirando las estrellas? ¿Creéis acaso que van a destilarnos *kirsch*? ¡Vamos a casa de la Cognette!

—¡Sí, a casa de la Cognette!

Este grito unánime produjo un clamor espantoso que pasó sobre la población como las aclamaciones de las tropas de asalto; después reinó el silencio más profundo. Al día siguiente, más de uno dijo a su vecino:

—¿No habéis oído esta noche, alrededor de la una, un espantoso griterío? Yo pensé que se pegaba fuego en alguna parte.

Una cena digna de la Cognette regocijó las miradas de los veintidós invitados, pues la Orden se reunía en sesión plenaria. A las dos, en el momento que empezaban a *siroter* —término del diccionario de la Holganza, y que pinta a la perfección la acción de beber a sorbos y paladeando el vino— Max tomó la palabra.

—Mis queridos amigos, esta mañana, con motivo de la broma memorable que hemos hecho con la carretilla de Fario, vuestro Gran Maestro se ha visto ultrajado hasta tal punto en su honor por ese vil comerciante de granos, y que además es español (¡oh, los pontones!...), que he resuelto hacer caer el peso de mi venganza sobre ese pícaro, sin salirme de las normas de nuestras diversiones. Después de reflexionar durante todo el día, he hallado el medio de poner en ejecución una broma excelente, una broma que lo volverá loco. Al propio tiempo que vengamos a la Orden insultada en mi persona, alimentaremos a unos animales que los egipcios veneraban,

unas bestezuelas que, al fin y al cabo, son criaturas de Dios y que los hombres persiguen injustamente. ¡El bien es hijo del mal, y el mal es hijo del bien: ésta es la ley suprema! Os ordeno, pues, a todos, so pena de disgustar a vuestro humildísimo Gran Maestro, que os procuréis cada uno de vosotros, de la manera más clandestina posible, veinte ratones, o veinte ratas preñadas, si Dios lo permite. Os doy tres días para reunir vuestro contingente de roedores. Si podéis apresar un número mayor, el excedente será bienvenido. Guardad estos interesantes animalitos sin darles nada de comer, pues es esencial que nuestras queridas ratitas tengan un hambre de lobo. Observad que acepto igualmente los ratones y los musgaños. Si multiplicamos veintidós por veinte, tendremos cuatrocientos cómplices y pico que, sueltos en la vieja iglesia de los Capuchinos donde Fario ha puesto todos los granos que acaba de comprar, consumirán una buena cantidad. ¡Pero démonos prisa! Fario debe entregar una importante partida de granos dentro de ocho días, y yo quiero que nuestro español, actualmente en viaje de negocios por los alrededores, encuentre una merma espantosa. Señores, el mérito de esta invención no me corresponde —dijo al distinguir las señales de una admiración general—. Demos al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. Esto no es más que una simple imitación del episodio de las zorras de Sansón, que figura en la Biblia. Pero Sansón fue incendiario, al soltar los zorros con antorchas atadas entre las colas sobre las mieses de los filisteos. Su acción, por consiguiente, fue poco filantrópica, mientras que, a semejanza de los brahmanes, nosotros somos los protectores de las razas perseguidas. Mademoiselle Flore Brazier ha tendido ya todas sus ratoneras y Kouski, mi brazo derecho, se dedica a la caza de musgaños. He dicho.

Intervino entonces Goddet hijo, para decir:

—Sé donde encontrar a un animal que por sí sólo vale por cuarenta ratas.

—¿Qué es?

—Una ardilla.

—Y yo —dijo un novicio— ofrezco un monito, que se emborrachará de trigo.

—¡No me gusta! —dijo Max—. Se descubriría el pastel.

—Podríamos llevar allí, de noche —dijo Beaussier hijo—, una paloma procedente de cada uno de los palomares de las alquerías vecinas, haciéndolo pasar por un agujero abierto en el techo, y así pronto se reunirían en el granero varios millares de palomas.

—Así, pues, durante una semana, el granero de Fario figurará en el Orden de la Noche —exclamó Gilet, dirigiendo una sonrisa a Beausier hijo, que era un mozo altísimo—. Como sabéis, en Saint-Pateme son muy madrugadores. Que nadie vaya allí sin haber puesto del revés las suelas de las alpargatas. El caballero Beaussier, que ha tenido la idea de las palomas, asumirá la dirección. En cuanto a mí, me ocuparé de estampar mi firma en los montones de trigo. Vosotros seréis los mariscales del ejército ratonil. Si el mozo que guarda el granero duerme en los Capuchinos, será necesario que algunos de nuestros camaradas lo inviten a beber, hasta achisparlo,

llevádoselo después hábilmente lejos del teatro de esta orgía ofrecida a nuestros amigos los roedores.

—¿Y nada nos dices de los parisienses? —le preguntó Godded hijo.

—¡Oh! —dijo Max—. Primero hay que estudiarlos. Sin embargo, ofrezco mi bello fusil de caza, regalo del emperador y una obra maestra salida de la fábrica de armas de Versalles, y que vale dos mil francos, a quien encuentre el medio de gastar una broma a estos parisienses, malquistándolos hasta tal punto con los Hochon, que los dos viejos los echen de su casa o bien ellos se vayan por su propia voluntad. Pero, desde luego, sin causar daño alguno a los abuelos de mis dos amigos Baruc y Francisco.

—¡Trato hecho! Pensaré en ello —dijo Godded hijo, que amaba la caza con pasión.

—¡Si el autor de la broma no quiere mi fusil, le regalaré mi caballo! —observó Maxence.

Después de aquella cena, veinte cerebros empezaron a estrujarse para urdir una trama contra Ágata y su hijo, sin apartarse de las normas prefijadas, pero únicamente el diablo o la casualidad podían lograr el objetivo propuesto, en vista de las dificultades que imponían las condiciones establecidas.

* * *

A la mañana siguiente, Ágata y José bajaron un momento antes del segundo desayuno, que se tomaba a las diez. Se daba el nombre de primer desayuno a una taza de leche acompañada de una rebanada de pan con mantequilla que se tomaba en la cama o al saltar de ella. Mientras esperaban a madame Hochon, que, a pesar de su edad, cumplía meticulosamente todas las ceremonias con que las duquesas del tiempo de Luis XV hacían su tocado, José vio en la puerta de la casa de enfrente a Jean-Jacques Rouget, plantado sobre ambas piernas; lo indicó con indiferencia a su madre, que no pudo reconocer a su hermano, pues tan poco se parecía a como era cuando ella se fue.

—Ahí tenéis a vuestro hermano —dijo Adolphine, que daba el brazo a su abuela.

—¡Qué cretino! —exclamó José.

Ágata juntó las manos y alzó los ojos al cielo:

—¡En qué estado lo han puesto, Dios mío! ¿Puede ser que ese hombre tenga cincuenta y siete años?

Miró con atención a su hermano y vio, detrás del anciano prematuro, a Flore Brazier muy bien peinada, que dejaba entrever bajo la gasa de una pañoleta adornada con encajes una nívea espalda y un pecho deslumbrador, cuidada como una cortesana rica, con un vestido de corsé de granadina, una tela de seda que entonces estaba de moda, con mangas de las llamadas en pierna de cordero, y terminadas en los puños con soberbios brazaletes. Una cadena de oro rutilaba sobre el corsé de la

Rabouilleuse, que en aquellos momentos traía a Jean-Jacques el bonete de seda negra, para que no se resfriase: era una escena evidentemente calculada.

—¡Qué mujer tan hermosa! —exclamó José—. ¡Una belleza así es rara!... ¡Está hecha, como se dice, para ser pintada! ¡Qué color el de su carne! ¡Oh, qué bellas tonalidades! ¡Qué planos, qué redondeces, qué hombros!... ¡Es una magnífica cariátide! Hubiera sido un soberbio modelo para una Venus del Ticiano.

Adolphine y madame Hochon creyeron oír hablar griego; pero Ágata, que estaba detrás de su hijo, les hizo una seña, para decirles que estaba acostumbrada a aquel lenguaje.

—¿Encontráis bella a una mujer que os ha quitado una fortuna? —dijo madame Hochon.

—¡Esto no le impide ser un hermoso modelo! Tiene la gordura justa, sin que las caderas y las formas hayan perdido su esbeltez...

—Hijo mío, no estás en tu taller —le observó Ágata—, y además, en presencia de Adolphine...

—Es verdad, disculpadme; pero es que desde París hasta aquí, en todo el camino no he visto más que mamarrachos...

—Pero, mi querida madrina —dijo Ágata—. ¿Cómo podré ver a mi hermano?... Porque, si está siempre con esa mujer...

—¡Bah! —exclamó José—. Ya iré a verle yo... Ya no lo encuentro tan cretino, viendo que tiene la inteligencia de alegrarse los ojos con una Venus del Tiziano.

—Si no fuese un imbécil —dijo monsieur Hochon, que acababa de llegar—, se hubiera casado tranquilamente, hubiera tenido hijos y vos no hubierais tenido la menor posibilidad de conseguir su herencia. No hay mal que por bien no venga.

—Vuestro hijo ha tenido una buena idea; él será el primero en visitar a su tío —dijo madame Hochon—, para darle a entender que, cuando vayáis vos, debe estar solo.

—¿Para ofender así a mademoiselle Brazier? —dijo monsieur Hochon—. No, no, señora, debéis pasar por este amargo trance... Si no conseguís la herencia, tratad de lograr al menos un pequeño legado...

Los Hochon no podían medir sus fuerzas con Maxence Gilet. Durante el almuerzo, el polaco trajo, de parte de su amo monsieur Rouget, una esquila dirigida a su hermana.

madame Bridau. He aquí el texto de esta misiva, que madame Hochon hizo leer a su marido:

“Mi querida hermana:

”Me he enterado, por personas extrañas, de vuestra llegada a Issoudun. Adivino el motivo que os ha hecho preferir la casa de los señores de Hochon a la mía; pero, si venís a verme, seréis recibida en mi casa como os corresponde. Yo hubiera sido el primero en visitaros si mi salud no me obligase en estos momentos a permanecer en

casa. Os presento mis respetos más afectuosos. Estaría encantado de ver a mi sobrino, a quien hoy invito a cenar conmigo, pues la gente joven es menos susceptible que las mujeres en lo tocante a la compañía. Tendría sumo agrado que viniese acompañado de los señores Baruc, Borniche y Francisco Hochon.

”Con todo el afecto de vuestro hermano,

J. J. Rouget”.

—Decidle que ahora estamos almorzando, que madame Bridau responderá dentro de poco y que la invitación se acepta —dijo monsieur Hochon a la criada.

Y el anciano se llevó un dedo a los labios para imponer silencio a todo el mundo. Cuando la puerta de la calle se cerró, monsieur Hochon, que no podía sospechar la amistad que unía a sus dos nietos con Maxence, dirigió a su mujer y a Ágata una de sus miradas más astutas:

—Si él ha escrito esto, yo soy capaz de regalar veinticinco luises al primero que pase... Nos vamos a cartear con el soldado.

—¿Y eso qué importa? —dijo madame Hochon—. De todos modos, responderemos. En cuanto a vos, señor —añadió mirando al pintor—, aceptad esa invitación, pero si...

La vieja dama se interrumpió, al notar la mirada de su marido. Al darse cuenta de cuán vivo era el afecto que sentía su mujer por Ágata, el viejo Hochon temió verle hacer alguna manda a su ahijada, en el caso de que ésta perdiese toda la herencia de Rouget. Aunque tenía quince años más que su esposa, aquel avaro esperaba heredar de ella, para verse un día al frente de todos los bienes reunidos. Esta esperanza era su idea fija. Por su parte, madame Hochon adivinó que éste era el medio de lograr algunas concesiones de su marido, amenazándolo con hacer testamento.

Así, pues, monsieur Hochon tomó partido por sus invitados. Se trataba además de una herencia muy cuantiosa, y, animado por un espíritu de justicia social, deseaba verla pasar a las manos de los herederos naturales, en lugar de verla expoliada por unos extraños indignos de estima. Y, por último, cuanto antes quedase zanjada aquella cuestión, antes se irían sus huéspedes. Desde que se había iniciado el combate entre los que trataban de apoderarse de la herencia y los legítimos herederos, combate que hasta entonces sólo había estado en proyecto en el espíritu de su mujer, la actividad espiritual de monsieur Hochon, adormecida por la vida de provincia, se despertó. Madame Hochon quedó muy agradablemente sorprendida cuando aquella misma mañana pudo darse cuenta, a causa de algunas palabras afectuosas que dijo el viejo Hochon acerca de su ahijada, que aquel auxiliar tan competente y sutil se había pasado al bando de los Bridau.

Hacia mediodía, las inteligencias reunidas de monsieur y madame Hochon, de Ágata y de José (bastante sorprendidos estos últimos de ver el cuidado que ponían los dos ancianos en la elección de las palabras), dieron a luz la respuesta siguiente, que

en realidad se dirigía tan sólo a Flore y Maxence:

“Mi querido hermano:

”Si he pasado treinta años sin volver a Issoudun, sin mantener relaciones con nadie de aquí, ni siquiera con vos, la culpa hay que atribuirla, no sólo a las extrañas y falsas ideas que mi padre concibió contra mí, sino también a las desdichas y asimismo la felicidad de mi vida en París; pues si Dios hizo feliz a la mujer, castigó duramente a la madre. Como vos no ignoráis, mi hijo, vuestro sobrino Felipe, tiene que responder de una acusación capital, a causa de su devoción por el emperador. Asimismo, tampoco os sorprenderá saber que una viuda obligada, para vivir, a aceptar un modesto empleo en una administración de lotería, haya venido a buscar consuelo y ayuda junto a aquellos que la vieron nacer. La profesión que ha abrazado el hijo que me acompaña es una de las que requieren mayor talento, un número mayor de sacrificio y más estudios antes de ofrecer resultados. En ella, la gloria precede a la fortuna. Es muy posible que cuando el nombre de José enaltezca a nuestra familia, mi hijo aún sea pobre. Vuestra hermana, mi querido Jean-Jacques, hubiera soportado en silencio los efectos de la injusticia paternal; pero perdonad a la madre que os recuerde que tenéis dos sobrinos: uno que llevó las órdenes del emperador en la batalla de Montereau, que sirvió en la Guardia Imperial en Waterloo y que ahora está en la cárcel; y otro que, desde los trece años de edad, se ve impulsado por su vocación a seguir una carrera difícil pero gloriosa. Os doy también las gracias por vuestra carta, hermano, con la más viva efusión de afecto, en mi nombre y en el de José, quien, desde luego, acepta complacido vuestra invitación. La enfermedad lo excusa todo, mi querido Jean-Jacques, así es que yo iré a veros a vuestra casa. Una hermana siempre se encuentra bien en casa de su hermano, sea cual sea la vida que este haya adoptado. Os abrazo con ternura.

Ágata Rouget”.

—Ya está el asunto en marcha. Cuando vayáis —dijo monsieur Hochon a la parisién—, podréis hablarle sin ambages de sus sobrinos...

Gritte se encargó de llevar la misiva. La fámula regresó diez minutos después para dar cuenta detallada a sus amos de todo cuanto había visto u oído, según la costumbre provinciana.

—Señora —dijo—, desde ayer por la noche, han aseado toda la casa, que la señora dejaba...

—¿Qué señora? —preguntó el viejo Hochon.

—Llaman así en la casa a la Rabouilleuse —respondió Gritte—. Ella dejaba la sala y todas las habitaciones de monsieur a ser lo que era antes de la llegada de monsieur Maxence. Parece un espejo. La Vétie me ha contado que Kouski ha montado a caballo esta mañana a las cinco, para volver a las nueve con provisiones de boca. En fin, darán una cena espléndida, una cena digna del arzobispo de Bourges.

Han metido las cacerolas pequeñas en las grandes, y todo está ordenado en la cocina. “Quiero agasajar a mi sobrino”, ha dicho el viejo, inspeccionándolo todo. Parece ser que *los Rouget* se han sentido muy lisonjeados por la carta. La señora vino a decírmelo... ¡Oh, y cómo se ha compuesto y acicalado! ¡Nunca he visto nada más hermoso! La señora lleva dos brillantes en las orejas, dos brillantes de mil escudos cada uno me ha dicho la Védie..., ¡y unos encajes! ¡Y anillos en los dedos, y brazaletes que parecen reliquias y un vestido de seda bello como un altar!... Y entonces ella me ha dicho: "El señor está encantado de saber que su hermana es tan buena, y espero que nos permitirá que la agasajemos como se merece. Esperamos también que se forme una buena opinión de nosotros, después de la acogida que dispensaremos a su hijo..."

“El señor está muy impaciente por ver a su sobrino. La señora llevaba zapatitos de raso negro y medias... ¡Son algo maravilloso! Hay como flores en la seda y unos agujeros que la hacen parecer de encaje, y a través de ellos se ve carne sonrosada. ¡Y eso que ya ha cumplido cincuenta y un años! Y lleva un delantalito tan lindo que la Védie me ha dicho que valía dos años de nuestro sueldo...”

—Vamos, que tendremos que ponernos nuestros mejores trapitos —dijo el artista sonriendo.

—¿En qué pensáis, monsieur Hochon? —dijo la anciana señora cuando Gritte se fue.

Madame Hochon señaló a su marido, que tenía la cabeza entre las manos, los codos sobre los brazos del sillón y parecía sumido en profundas reflexiones.

—¡Os enfrentáis con un verdadero zorro! —dijo el anciano—. Con vuestras ideas, joven —agregó mirando a José—, no podéis mediros con un mozo del temple de Maxence. Aunque yo os aconseje bien, haréis tonterías; pero al menos contadme sin olvidar un detalle, esta noche, todo lo que hayáis visto, oído y hecho. ¡Idos!... ¡Que Dios os acompañe! Tratad de hallaros a solas con vuestro tío. Si a pesar de todo vuestro ingenio no lo conseguiseis, eso ya nos arrojaría un poco de luz sobre sus planes; pero si estáis un instante a solas con él, sin que os escuchen...

tenéis que tirarle de la lengua para que os hable de su situación, que no tiene nada de feliz, y defender la causa de vuestra madre...

A las cuatro, José cruzó el estrecho que separaba a la casa Hochon de la casa Rouget; aquella especie de avenida de tilos lánguidos, de unos doscientos pies de longitud y una anchura comparable a la de la Grande-Narette.

Cuando el sobrino se presentó, Kouski, con las botas enceradas, unos pantalones de paño negro, chaleco blanco y vestido negro, lo precedió para anunciarlo. La mesa ya estaba puesta en la sala y José, que distinguió fácilmente a su tío, fue en derechura hacia él, lo abrazó, y saludó a Flore y Maxence.

—No nos hemos visto desde que existo, mi querido tío —dijo el pintor con donaire—. Pero más vale tarde que nunca.

—Sed bienvenido, amigo mío —dijo el envejecido solterón, mirando a su sobrino

con aire estúpido.

—Señora —dijo José a Flore, con la fogosidad de un artista—, esta mañana envidiaba a mi tío, por el placer que representa poderos admirar todos los días.

—¿No es verdad que es bella? —dijo el solterón, cuyos ojos apagados casi volviéronse brillantes.

—Tan bella, que podría servir de modelo a un pintor.

—Sobrino —dijo el tío Rouget, a quien Flore dio un ligero codazo—, te presento a monsieur Maxence Gilet, un hombre que sirvió al emperador, como tu hermano, en la Guardia Imperial.

José se levantó e hizo una inclinación.

—Según creo, vuestro señor hermano estaba en los dragones —dijo Maxence—, pero yo estaba en los de a pie.

—¡A pie o a caballo —observó Flore—, todos os jugabais la piel!

José observaba a Max con la misma atención con que Max observaba a José. Max vestía al estilo de los jóvenes elegantes de la época, pues se confeccionaba sus trajes en París. Un pantalón de paño azul celeste, de pliegues gruesos y anchos, destacaba sus pies, de los que destacaban, únicamente, la punta de sus botas, adornadas de espuelas. Tenía la cintura apretada por el chaleco blanco con botones de oro, atado por detrás para que hiciese las veces de cinto. Aquel chaleco abrochado hasta el cuello dibujaba bien su ancho pecho, y el cuello de raso negro le obligaba a mantener la cabeza erguida con aire marcial. Llevaba un pequeño frac negro de corte impecable. Una hermosa cadena de oro pendía del bolsillo del chaleco, por el que asomaba un reloj plano. Jugeteaba con una llave llamada de *grillo*, que Bréguet acababa de inventar.

“Es un hombre muy apuesto —dijo José para su capote, admirando con ojos de pintor el rostro lleno de vida, el aire de fuerza y los ojos grises e inteligentes que Max había heredado de su padre el gentilhombre—. Mi tío debe de ser un sujeto cargante y esta linda moza se ha buscado compensaciones. Así, hacen un *ménage a trois*. ¡No son los primeros!”.

En aquellos momentos llegaron Baruc y Francisco.

—¿Aún no habéis ido a ver la Torre de Issoudun? —preguntó Flore a José—. Si no os importa dar un pequeño paseo esperando que se sirva la cena, que estará lista dentro de una hora, os enseñaremos la gran curiosidad de la villa...

—¡Con mucho gusto! —dijo el artista, incapaz de ver en aquello el menor inconveniente.

Mientras Flore iba en busca del sombrero, los guantes y el chal de cachemira, José se levantó súbitamente a la vista de los cuadros, como si un mago lo hubiese tocado con su varita.

—¡Ah! Veo que tenéis cuadros, tío —dijo, examinando el que le había llamado la atención.

—Sí —respondió el solterón—. Proceden de los Descoings que, durante la

Revolución, compraron la ropa y los trastos viejos procedentes de las casas religiosas y de las iglesias del Berry.

José ya no le escuchaba, dedicado a la tarea de admirar los cuadros:

—¡Magnífico! —exclamaba—. ¡Oh, qué tela!... ¡Éste no las echaba a perder, ciertamente! Vamos de bueno en mejor, como en casa de Nicolet...

—En el desván hay siete u ocho muy grandes, que los guardamos por los marcos —dijo Gilet.

—¡Vamos a verlos! —dijo el artista a quien Maxence acompañó al desván.

José bajó entusiasmado. Max dijo algo al oído de la Rabouilleuse, quien se llevó al tío Rouget al hueco de una ventana; y José oyó esta frase, dicha en voz baja pero de manera que él la comprendiese:

—Vuestro sobrino es pintor y vos no haréis nada con esos cuadros; sed amable con él y regaládselos.

—Según parece —dijo el viejo, que regresó junto a su sobrino, que se hallaba en éxtasis ante un Albano—, según parece, tú eres pintor...

—No soy más que un aprendiz, de momento —dijo José...

—¿Un aprendiz? —dijo Flore, que daba el brazo a Jean-Jacques.

—Quiero decir un principiante —respondió José.

—Pues bien —dijo Jean-Jacques—, si esos cuadros pueden servirte de algo para tu profesión, te los regalo... Pero sin los marcos. ¡Oh, los marcos son dorados, y además son muy bonitos! Pondré en ellos...

—¡Pardiez, tío! —le interrumpió José, encantado—. Pondréis en ellos las copias que yo os enviaré y que tendrán las mismas dimensiones...

—Pero esto os ocupará tiempo y necesitaréis telas, colores —dijo Flore—. Gastareis dinero... Vamos a ver, tío Rouget: ofreced a vuestro sobrino cien francos por cuadro; tenéis veintisiete de ellos aquí... y creo que en el desván hay once más, que hay que pagar doble porque son enormes... Digamos en total cuatro mil francos... ¡Sí, vuestro tío puede pagaros perfectamente cuatro mil francos por las copias, puesto que se queda con los marcos! Además, necesitaréis marcos, y dicen que los marcos valen más que los cuadros, porque tienen oro... Decir, pues, señor —prosiguió Flore, tirando del brazo del solterón—. ¿No es caro, eh?... Vuestro sobrino os hará pagar cuatro mil francos por unos cuadros flamantes, a cambio de los viejos... Esto es —le dijo al oído— una manera elegante de darle cuatro mil francos... No me parece muy instruido...

—Muy bien, sobrino; te pagaré cuatro mil francos por las copias.

—No, no —dijo el honrado José—. Cuatro mil francos y los cuadros es excesivo, pues los cuadros tienen valor.

—¡Aceptad, hombre, no seáis tonto! —le dijo Flore—. Ya que vuestro tío...

—Bien, acepto —dijo José aturdido ante el negocio que acababa de hacer, pues había reconocido un lienzo del Perugino.

Es natural, pues, que el artista saliera con talante muy risueño de la casa y dando

el brazo a la Rabouilleuse, lo que cuadraba admirablemente con los planes de Maxence. Ni Flore, ni Rouget, ni Max, ni nadie, en Issoudun, podía conocer el valor de aquellos cuadros, y el astuto Max, pasándose de listo, creyó comprar por una bagatela el triunfo de Flore, que se paseó muy orgullosa del brazo del sobrino de su amo, en perfecta inteligencia con él, ante toda la ciudad muda de asombro. La gente salió a las puertas de las casas para presenciar el triunfo de la Rabouilleuse sobre los parientes.

Aquel hecho exorbitante causó una sensación profunda, con la que ya contaba Max. Así, cuando el tío y el sobrino volvieron alrededor de las cinco, en todas las casas no se hablaba más que del acuerdo perfecto que existía entre Max y Flore y el sobrino del tío Rouget. Por último, la anécdota del regalo de los cuadros y de los cuatro mil francos ya corría de boca en boca. La cena, a la que asistió Lousteau, uno de los jueces del Tribunal, y el alcalde de Issoudun, fue espléndida. Resultó una de aquellas cenas de provincia que duran cinco horas. La conversación estuvo regada con los vinos más exquisitos. A las nueve, hora en que se sirvieron los postres, el pintor, sentado entre Flore y Max frente a su tío, se sentía casi camarada con el oficial, que le pareció un hombre buenísimo. José volvió a las once, bastante achispado. En cuanto al tío Rouget, Kouski tuvo que meterlo en la cama borracho como una cuba; había comido como un cómico de la legua y bebido como las arenas del desierto.

—¿Qué te parece? —dijo Max cuando se quedó solo a medianoche con Flore—. ¿No es mejor esto que ponerles mala cara? Los Bridau, bien recibidos, llenos de regalos y colmados de favores, no tendrán más remedio que entonar nuestras alabanzas; se irán tan tranquilos y dejándonos también tranquilos. Mañana por la mañana, entre yo y Kouski desmontaremos todas esas telas, las enviaremos al pintor para que las vea al despertarse, guardaremos los marcos en el desván y cambiaremos el empapelado de la sala, poniéndole esos papeles barnizados con escenas del Telémaco, iguales a los que he visto en casa de monsieur Mouilleron.

—Desde luego hará mucho más bonito —asintió Flore.

Al día siguiente, José no se despertó antes del mediodía. Desde la cama distinguió las telas, puestas una sobre otra, que habían dejado en su habitación sin que él se diese cuenta. Mientras examinaba de nuevo los cuadros para reconocer en ellos varias obras maestras, estudiando el estilo de los pintores y buscando sus firmas, su madre fue a dar las gracias a su hermano, y a verlo, impelida por el viejo Hochon quien, al saber todas las tonterías cometidas la víspera por el pintor, ya desesperaba de la causa de los Bridau.

—Tenéis por adversarios a personas muy astutas. En toda mi vida no he visto mejores modales que los de este soldado: dijérase que la guerra educa a los jóvenes. José ha caído en el garlito. ¡Se ha paseado del brazo de la Rabouilleuse! Le han tapado la boca con vino, unas malas telas y cuatro mil francos. ¡Vuestro artista no ha costado muy caro a Maxence!

El perspicaz anciano trazó la conducta que debía seguir la ahijada de su mujer, diciéndole que siguiese la corriente a Maxence y se mostrase cariñosa con Flore, a fin de alcanzar una especie de intimidad con ella y obtener unos breves momentos a solas con Jean-Jacques.

Madame Bridau fue recibida a las mil maravillas por su hermano, a quien Flore había enseñado la lección. El solterón estaba en la cama, enfermo a causa de los excesos de la víspera. Como en los primeros momentos Ágata no podía abordar las cuestiones importantes, Max creyó conveniente y magnánimo dejar solos al hermano y la hermana. Este cálculo resultó aceptado. La pobre Ágata encontró tan mal a su hermano, que no quiso privarlo de los cuidados de madame Brazier.

—Además —dijo al solterón— quiero conocer a la persona a quien debo la felicidad de mi hermano.

Estas palabras causaron un placer evidente al desdichado, quien hizo sonar la campanilla para llamar a madame Brazier. Flore no andaba lejos, como supone el avisado lector. Los dos antagonistas femeninos se saludaron. La Rabouilleuse mostró la ternura más servil, más atenta, encontró que el señor tenía la cabeza demasiado baja, arregló las almohadas, se mostró como una esposa de antaño. El solterón, por su parte, tuvo un arrebató de sensibilidad.

—Os estamos muy reconocidos, señorita —dijo Ágata—, por las muestras de afecto que habéis dado a mi hermano desde hace tanto tiempo, y por el modo de velar por su felicidad.

—Cierto, mi querida Ágata —dijo el buen hombre—. Ella me ha hecho conocer la felicidad y además es una mujer adornada por excelentes cualidades.

—Así, hermano, será poco todo cuanto hagáis por la señorita. Debierais haberla hecho vuestra esposa. Sí, soy demasiado piadosa para no desear veros en el acatamiento de los preceptos religiosos. Ambos estaríais más tranquilos al cesar de oponeros a las leyes y la moral. Yo he venido, hermano, a pedir os ayuda en medio de mi gran aflicción, pero no creáis que pensemos haceros la menor alusión al modo cómo debéis disponer de vuestra fortuna.

—Señora —dijo Flore—, sabemos que vuestro señor padre fue injusto con vos. Vuestro señor hermano puede decíroslo —dijo, mirando fijamente a su víctima—. Las únicas querellas que hemos tenido han sido causadas por vos. Yo sostengo que os debe la parte de esa fortuna que os negó mi pobre bienhechor, pues habéis de saber que vuestro padre fue mi bienhechor —agregó, adoptando un tono lacrimoso—, y lo recordaré siempre... Pero vuestro hermano, señora, sabe avenirse a razones...

—Sí —dijo el bueno de Rouget—. Cuando haga mi testamento podéis estar seguros de que no os olvidaré...

—No hablemos de esto, hermano; aún no conocéis bien mi carácter.

Después de este principio, el lector imaginará fácilmente cómo transcurrió aquella primera visita. Rouget invitó a su hermana a cenar para dentro de dos días.

Durante aquellos tres días, los Caballeros de la Holganza capturaron una cantidad

inmensa de ratas, ratones y musarañas que, una noche de luna muy hermosa, fueron soltados hambrientos en el depósito de grano, en número de cuatrocientos treinta y seis, muchas de ellas con pequeños en el vientre. No contentos con haber procurado aquellos huéspedes indeseables a Fario, los Caballeros agujerearon el techo de la iglesia de los Capuchinos, para introducir una docena de palomos robados en otras tantas alquerías. Aquella hueste de animales celebraron con toda tranquilidad su festín, pues el mozo que Fario había apostado para vigilar el almacén se había ido con un amigote, con el que estuvo empinando el codo desde la mañana hasta la noche, sin ocuparse en absoluto del trigo de su amo.

Madame Bridau, contrariamente a lo que opinaba el viejo Hochon, creía que su hermano aún no había hecho testamento y se proponía preguntarle cuáles eran sus intenciones hacia mademoiselle Brazier, en el primer momento en que pudiera pasear con él a solas, pues Flore y Maxence no dejaban de engañarla con aquella esperanza, que siempre se veía contrariada.

Aunque todos los Caballeros se devanasen los sesos tratando de hallar un medio para ahuyentar a los dos parisienses, sólo se les ocurrían locuras imposibles.

Transcurrida una semana, o sea la mitad del tiempo que los visitantes debían permanecer en Issoudun, éstos no habían avanzado más que el primer día.

—Vuestro abogado no conoce la vida de provincias —dijo el viejo Hochon a madame Bridau—. Lo que os proponéis hacer no se consigue en quince días ni en quince meses; sería necesario que no dejaseis un momento a vuestro hermano y que pudieseis inspirarle ideas religiosas. No podréis contraminar las fortificaciones de Flore y Maxence más que acudiendo a la zapa del sacerdote. Éste es mi consejo y ya es hora de que lo sigáis.

—Tenéis ideas harto singulares sobre el clero —dijo madame Hochon a su marido.

—¡Oh! —exclamó el anciano—. ¡Ya salieron las devotas!

—Dios no puede bendecir una empresa que reposa sobre un sacrilegio —dijo madame Bridau—. Hacer servir la religión para semejante... ¡Oh, seríamos más criminales que Flore!

Esta conversación tuvo lugar durante el almuerzo, y Francisco y Baruc la escucharon con oído atento.

—¡Sacrilegio! —exclamó el viejo Hochon—. Si un buen abate lleno de ingenio, como algunos que he conocido, supiese el aprieto en que estáis, no vería ningún sacrilegio en hacer volver a Dios el alma descarriada de vuestro hermano, en inspirarle un verdadero arrepentimiento por sus culpas, en hacerle arrojar de su casa la hembra que es piedra de escándalo, sin dejar de velar por su suerte; el demostrarle que calmaría su conciencia si diese unos cuantos de miles de libras de renta al pequeño Seminario de la diócesis, y legase su fortuna a sus legítimos herederos...

La obediencia pasiva que el viejo avaro había inculcado en su casa, primero en sus hijos y que éstos transmitieron a sus nietos, que además se hallaban sometidos a

su tutela y para los que amasaba una cuantiosa fortuna haciendo para ellos, según decía, lo mismo que hacía para él, no permitió a Baruc y Francisco la menor muestra de asombro ni de desaprobación; pero cambiaron una mirada significativa, como si quisieran decirse cuán perjudicial y fatal les parecía aquella idea para los intereses de Max.

—La verdad es, señora —dijo Baruc—, que si aspiráis a conseguir la herencia de vuestro hermano, el único medio es el siguiente: quedaos en Issoudun todo el tiempo que sea necesario...

—Mamá —dijo José—. Haríais bien en escribir a Desroches para explicarle todo esto. En cuanto a mí no pretendo que mi tío me dé nada más que lo que tuvo a bien darme...

Después de reconocer el gran valor que tenían los treinta y nueve cuadros, José los había desclavado cuidadosamente, para aplicar papel en el reverso, pegándolo con cola ordinaria; después los colocó superpuestos, asegurándolos bien en el interior de una inmensa caja, que envió por el ordinario a Desroches, a quien se proponía escribir una carta de aviso. El precioso cargamento partió la víspera, en carro.

—Os contentáis con muy poco —dijo monsieur Hochon.

—No me extrañaría nada que me diesen ciento cincuenta mil francos por esos cuadros.

—¡Idea de pintor! —dijo monsieur Hochon, mirando de una manera extraña a José.

—Escucha —dijo José, dirigiéndose a su madre—, voy a escribir a Desroches para explicarle cómo están las cosas aquí. Si Desroches te aconseja que te quedes, te quedarás. En cuanto a tu empleo, siempre podremos encontrar otro igual...

—Mi querido hijo —dijo madame Hochon a José, levantándose de la mesa—. No sé cómo son esos cuadros de tu tío, pero deben de ser buenos, a juzgar por su procedencia. Si sólo valen cuarenta mil francos, o sea mil francos por cuadro, no digas nada a nadie. Aunque mis nietos son discretos y bien educados, podrían, sin proponérselo y sin mala intención, hablar de este pretendido hallazgo, todo Issoudun lo sabría y no conviene que nuestros adversarios lo sospechen. ¡Te portas como una criatura!...

En efecto, al mediodía, numerosos habitantes de Issoudun y sobre todo Maxence Gilet, se habían enterado ya de esta opinión, que tuvo por efecto desencadenar la búsqueda de cuantos viejos cuadros yacían olvidados en los desvanes. Así salieron a la luz una gran cantidad de mamarrachos. Max se arrepintió de haber inducido al solterón a regalar los cuadros, y su rabia contra los herederos, al enterarse del plan del viejo Hochon, aumentó con lo que llamaba su *estupidez*. La influencia religiosa sobre un ser débil como Rouget era muy de temer. Así, la advertencia que le hicieron sus dos amigos confirmó a Maxence Gilet en su resolución de convertir en efectivo todos los contratos de Jean-Jacques, y de pedir dinero prestado sobre sus propiedades a fin de efectuar lo antes posible una inversión en la renta; pero aun consideró como tarea

más urgente la de ahuyentar a los dos parisienses.

Pero ni el genio reunido de Marcarille y de Scapin hubiera resuelto fácilmente aquel problema. Flore, aconsejada por Max, pretendió que el señor se fatigaba demasiado en sus paseos a pie, y que a su edad era preferible ir en coche. Este pretexto fue impuesto por la obligación de dirigirse, sin que las gentes de la comarca se enterasen, a Bourges, a Vierzon, a Chateauroux, a Vatan y a todos los lugares que tuviesen que visitar Rouget, Flore y Max para efectuar las inversiones del viejo solterón. Así, pues, cuando terminó aquella semana, todo Issoudun se sorprendió al saber que el tío Rouget había ido a buscar un coche a Bourges, medida que los Caballeros de la Holganza justificaron en un sentido favorable a la Rabouilleuse.

Flore y Rouget compraron una destartalada berlina de vidrieras precarias, de cortinillas de cuero resquebrajado —que tenía la venerable edad de veintidós años y había efectuado nueve campañas— procedente de la subasta de los bienes de un difunto coronel, que había sido amigo del Gran Mariscal Bertrand y que, durante la ausencia de aquel fiel compañero del emperador se encargó de custodiar sus propiedades en el Berry. El desvencijado vehículo, cubierto de una gruesa capa de pintura verde, se parecía bastante a una calesa, pero las varas fueron modificadas para poder engancharle un solo caballo. Pertenecía, pues, a esa clase de carruajes que el mermar de las fuerzas ha puesto tan de moda, y que entonces recibían el honesto nombre de una *media-fortuna*, pues en sus orígenes se llamaba a estos coches *jeringuillas*. La tapicería de aquella media-fortuna vendida como calesa, estaba roída por la polilla; su pasamanería se asemejaba a los galones que lucen los inválidos; sonaba a chatarra, pero sólo costó cuatrocientos cincuenta francos. Max adquirió al regimiento que entonces estaba de guarnición en Bourges, una yegua bonachona y enorme, que ya estaba dada de baja por inútil, y que tiraría del carruaje. Hizo pintar el coche de color marrón oscuro, se procuró unos buenos arneses de ocasión, y toda la villa de Issoudun se agitó hasta sus mismas entrañas, esperando el paso de la carroza del tío Rouget.

La primera vez que el buen hombre utilizó su calesa, el estrépito hizo salir a todos los habitantes a las puertas de sus casas, y no hubo una sola ventana desprovista de curiosos. La segunda vez, el solterón fue hasta Bourges, donde para evitarse las molestias de la operación aconsejada, o, si así lo preferís, ordenada por Flore Brazier, firmó unos poderes ante notario a nombre de Maxence Gilet, a fin de que éste pudiera traspasar todos los contratos que fueran extendidos en aquel distrito. Flore se reservó el derecho de liquidar con su señor las inversiones efectuadas en Issoudun y en los cantones vecinos. El principal notario de Bourges recibió la visita de Rouget, quien le rogó que le encontrase ciento cuarenta mil francos, de los que respondía con sus propiedades. Nadie se enteró en Issoudun de estas gestiones, efectuadas con tanta discreción y habilidad. Maxence, a fuer de buen jinete, podía ir a Bourges y volver entre las cinco de la madrugada y las cinco de la tarde, a lomos de su caballo, y Flore acompañaba al solterón como su propia sombra.

El tío Rouget consintió sin dificultad en la operación que le propuso Flore; pero quiso que la inscripción de cincuenta mil francos de renta se hiciese a nombre de mademoiselle Brazier como usufructuaria, y a su propio nombre como nudo propietario. La tenacidad que el viejo mostró en el forcejeo interior que produjo este asunto, causó ciertas inquietudes a Max, quien creyó vislumbrar ya en ello las reflexiones inspiradas por la presencia de los herederos legítimos.

En medio de todas estas idas y venidas, que Max quería ocultar a los ojos de la población, se olvidó por completo del comerciante de grano. Fario se dispuso a servir sus pedidos, después de diversas maniobras y viajes que tuvieron por finalidad provocar un alza en el precio de los cereales. Mas al día siguiente al de su regreso, vio que el techo de la iglesia de los Capuchinos estaba negro de palomos, pues él vivía enfrente. Maldiciéndose por haberse olvidado de examinar el techo, fue corriendo a su granero, donde encontró la mitad, del trigo devorado. Millares de cagarrutas de ratón, de ratas y de musgano, sembraban el suelo y le revelaron una segunda causa de ruina. La iglesia era un arca de Noé.

Pero el furor hizo que el español se pusiera blanco como el yeso cuando, al tratar de reconocer la existencia de sus pérdidas y de los daños, observó que todo el trigo de la parte inferior estaba a punto de germinar a causa de cierta cantidad de jarros de agua que Max tuvo la idea de arrojar, por medio de un cubo de hojalata, en el centro mismo del montón de trigo. Las palomas y las ratas se explicaban por el instinto animal, pero en aquel último rasgo de perversidad se veía la mano del hombre.

Fario se sentó en el peldaño del altar de una capilla, y apoyó la cabeza en las manos. Después de media hora de reflexiones españolas, vio la ardilla que Goddet hijo quiso darle por huésped, jugando con su rabo a lo largo de la viga transversal, en cuyo centro descansaba el árbol del techo. El español se levantó fríamente, mostrando a su mozo de almacén un semblante impasible como el de un árabe. Sin quejarse. Fario volvió a su casa, fue en busca de algunos braceros para que le ensacasen el trigo bueno, y extendiesen al sol el grano mojado a fin de salvarlo en lo posible; después se ocupó de servir sus pedidos, luego de calcular sus pérdidas en unas tres quintas partes del total.

Pero como sus propias maniobras habían producido un alza en los precios, aún perdió más al verse obligado a comprar los tres quintos que faltaban; con ello sus pérdidas se elevaron a más de la mitad. El español, que no tenía enemigos, atribuyó esta venganza a Gilet, en lo que no se equivocó. Para él estaba demostrado que Max y sus amigos, los únicos autores de las bromas nocturnas, fueron quienes subieron su carretilla al pie de la Torre, y se divirtieron con su ruina: la broma le costó, en efecto, mil escudos, casi todo el capital que Fario había conseguido reunir a costa de mil esfuerzos desde que se firmó la paz. Inspirado por la venganza, aquel hombre demostró la tenacidad y la astucia de un espía al que se ha prometido una gran recompensa. Emboscándose de noche en Issoudun, terminó por adquirir la prueba de los excesos que cometían los Caballeros de la Holganza; los vio, los contó, espía sus

citas y sus banquetes en casa de la Cognette: después se ocultó para ser testigo de una de sus bromas, y se puso al corriente de sus costumbres nocturnas.

Pese a sus gestiones y a sus preocupaciones, Maxence no quería abandonar su vida noctámbula, en primer lugar para evitar que se esparciese el secreto de la gran operación en curso sobre la fortuna del tío Rouget, y después para no dejar descansar a sus amigos. Ahora bien: los Caballeros habían convenido realizar una de aquellas bromas de las que después se hablaba durante años enteros. En una sola noche, debían envenenar a todos los perros guardianes de la ciudad y los arrabales; Fario los oyó salir de la taberna de la Cognette regocijándose de antemano por el éxito que obtendría aquella salvajada, y del duelo general que causaría aquella nueva matanza de los inocentes. ¿Y además, que aprensiones no causaría aquella hecatombe, presagio de siniestros designios sobre las casas privadas de sus fieles guardianes? — ¡Esto hará olvidar quizá la carreta de Fario! —dijo Goddet hijo. Fario ya no necesitaba oír esto para confirmar sus sospechas: además, su decisión estaba tomada. Ágata, después de tres semanas de estancia en la villa, tuvo que reconocer, lo mismo que madame Huchon, lo bien fundado de las reflexiones del viejo avaro: hacían falta varios años para destruir la influencia adquirida sobre su hermano por la Rabouilleuse y por Max. Ágata no había podido realizar ningún progreso para granjearse la confianza de Jean-Jacques, con quien no pudo encontrarse sola ni un momento. Por el contrario, mademoiselle Brazier triunfaba de los herederos sacando a pasear a Ágata en la calesa, sentada en el fondo a su lado y con monsieur Rouget y su sobrino enfrente. La madre y el hijo esperaban con impaciencia una respuesta a la carta confidencial que habían escrito a Desroches. La víspera del día en que los perros debían ser envenenados, José, que se aburría mortalmente en Issoudun, recibió dos cartas, la primera del gran pintor Schinner, cuya edad le permitía una vinculación más íntima y más estrecha que con Gros, su maestro, y la segunda de Desroches. He aquí la primera, sellada en Beaumont-sur-Oise:

“Mi querido José: He terminado las principales pinturas del castillo de Presles, hechas por encargo del conde de Sérizy. He dejado sin hacer los cuadros y pinturas de adorno; te he recomendado tan bien al conde y a Grindot; el arquitecto, que no tienes más que tomar tus pinceles y venir. El precio será de tu agrado. Yo parto hacia Italia con mi mujer, así es que puedes tomar contigo a Mistigris para que te ayude. Ese joven pícaro tiene talento y lo pongo a tu disposición. Ya salta de gozo al pensar en lo que se divertirá en el castillo de Presles. Adiós, mi querido José; si mi ausencia aún dura y si no presento nada en la próxima Exposición, tú me reemplazarás. Sí, querido Jojo, estoy seguro de que tu cuadro es una obra maestra; pero una obra maestra que hará poner el grito en el cielo a los románticos y que te preparará una existencia de diablo en una pila de agua bendita. Si bien se mira, como dice el socarrón de Mistigris, que cambia o altera todos los proverbios, la vida es una *ducha*. ¿Qué haces, pues, en Issoudun? Adiós.

Tu amigo,
Chinner”.

A continuación reproducimos la carta de Desroches:

“Mi querido José: Ese tal monsieur Hochon me parece un viejo lleno de buen juicio, y me has dado una idea inmejorable de lo que puede hacer: le asiste la razón más completa. Así, mi consejo, puesto que tú lo pides, es que tu madre siga en Issoudun, en casa de madame Hochon, pagándole una módica pensión, digamos cuatrocientos francos anuales, para cubrir sus gastos de manutención. Madame Bridau, según mi parecer, debe seguir a pies juntillas los consejos de monsieur Hochon. Pero tu excelente madre tendrá sus escrúpulos, desde luego, ante esas gentes que no los conocen, y cuya conducta es una obra maestra de política. Ese Maxence es peligroso, y tú tienes mucha razón: veo en él a un hombre de más temple que Felipe. Ese pícaro pone sus vicios al servicio de su fortuna, y no se divierte *gratis*, como hacía tu hermano, cuyas locuras no tenían la menor utilidad. Todo cuanto me dices me espanta y sé que apenas conseguiría nada yendo personalmente a Issoudun. Monsieur Hochon, oculto detrás de tu madre, os será más útil que yo. En cuanto a ti, puedes volver, tu presencia no sirve de nada en un asunto que requiere una atención constante, una observación minuciosa, una conducta servil, una discreción en la palabra y un disimulo en los gestos que resultan aborrecibles para los artistas. Si os dicen que no ha hecho testamento, eso significa que lo tienen ya desde hace tiempo, puedes estar seguro. Pero los testamentos son revocables, y mientras el imbécil de tu tío viva, puede hallarse bajo el influjo, desde luego, de los remordimientos y la religión. Vuestra fortuna será el resultado de un combate entre la Iglesia y la Rabouilleuse. Llegará un momento, efectivamente, en que esta mujer perderá todo su poder sobre ese desgraciado, y en que la religión será todopoderosa. Mientras tu tío no haya hecho donación intervivos, ni haya cambiado la naturaleza de sus bienes, todo será posible en la hora en que la religión lleve las de ganar. Así, tú debes rogar a monsieur Hochon que vigile, en la medida de lo posible, la fortuna de tu tío. Se trata de saber si las propiedades están hipotecadas, cómo y en nombre de quien se han hecho las inversiones. Es tan fácil inspirar a un viejo temores sobre su vida, para el caso de que se despoje de sus bienes en favor de extraños, que un heredero medianamente astuto podría detener una expoliación desde el primer momento. ¿Pero crees que tu madre, con su ignorancia del mundo, su desinterés y sus ideas religiosas, sabrá manejar semejantes resortes...? En fin, yo no puedo hacer más que iluminaros el camino. ¡Todo cuanto habéis hecho hasta ahora debe de haber sembrado la alarma, y quizá vuestros antagonistas se aprestan a presentar batalla!...”

—Esto es lo que yo llamo una consulta en toda regla —exclamó monsieur Hochon muy ufano de que un abogado de París apreciase su talento.

—¡Oh, Desroches es un hombre muy listo! —respondió José.

—No estaría de más hacer leer esta carta a las dos mujeres —prosiguió el viejo avaro.

—Aquí la tenéis —dijo el artista, devolviendo la misiva al anciano—. En cuanto a mí, mañana mismo me voy. Voy a despedirme de mi tío.

—¡Alto ahí! —dijo monsieur Hochon—. Monsieur Desroches os pide, en una posdata, que queméis la carta.

—La quemaréis después de haberla mostrado a mi madre —dijo el pintor.

José Bridau se vistió, atravesó la plazoleta y se presentó en casa de su tío, que precisamente acababa de desayunar. Max y Flore aún estaban sentados a la mesa.

—No os molestéis, mi querido tío; vengo a despedirme.

—¿Os vais? —dijo Max, cambiando una mirada con Flore.

—Sí, tengo que efectuar unos trabajos en el castillo de monsieur de Sérisy. Y tengo mucha prisa por llegar allí, pues tiene suficiente influencia para hacer algo por mi pobre hermano en la Cámara de los Pares.

—Pues bien, trabaja —dijo, con aire bobalicón el bueno de Rouget, que José encontró extraordinariamente cambiado—. Hay que trabajar... Siento mucho que te vayas.

—¡Oh, mi madre aún se quedará algún tiempo! —repuso José.

Max hizo un movimiento de labios que no pasó desapercibido al ama de llaves y que significaba: “Seguirán el plan del que me ha hablado Baruc”.

—Estoy muy contento de haber venido —dijo José—, pues he tenido el placer de conoceros, y además habéis enriquecido mi taller...

—Sí —dijo la Rabouilleuse—, en vez de ilustrar a vuestro tío sobre el valor de sus cuadros, que se calcula es superior a los cien mil francos, os habéis apresurado a enviarlos a París... ¡Pobrecillo, es como un niño!... En Bourges nos acaban de decir que hay allí un cuadro de un pintor llamado... ¿Cómo se llama?... Poussin, que antes de la Revolución estaba en el coro de la catedral y que, él solo, vale treinta mil francos...

—Esto no está bien, sobrino —dijo el solterón obedeciendo a una seña de Max que José no pudo percibir.

—Vamos a ver, francamente —dijo el soldado riendo—. Decidnos, por vuestro honor, ¿qué creéis que valen esos cuadros? ¡Pardiez, habéis dado un sablazo a vuestro tío; estabais en derecho de hacerlo, pues los tíos son para ser robados! La naturaleza me ha negado tíos; pero, voto a tal, si tuviese uno os aseguro que le hubiera quitado hasta la camisa.

—¿Y vos ya sabíais, señor —dijo Flore a Rouget—, la que valían *vuestros* cuadros?... ¿Cuánto habéis dicho, monsieur José?

—Sí —respondió el pintor, que se había puesto colorado como un pimiento morrón—, esos cuadros tienen cierto valor.

—Se dice que los habéis tasado en ciento cincuenta mil francos ante monsieur Hochon —dijo Flore—. ¿Es verdad?

—Sí —respondió el pintor, que tenía una sinceridad de niño.

—¿Y vos teníais intención —dijo Flore al tío Rouget— de dar ciento cincuenta mil francos a vuestro sobrino?

—¡Jamás, jamás! —respondió el viejo, al que Flore miraba fijamente.

—Hay una manera de arreglar esto —dijo el pintor— y consiste en devolvérselo, tío...

—No, no, quédate con ellos —repuso Rouget.

—Os los enviaré, tío —respondió José, herido por el silencio ofensivo de Maxence Gilet y de Flore Brazier—. Tengo en mis pinceles medios suficientes para hacer fortuna, sin deber nada a nadie, ni siquiera a mi tío... Os saludo, señorita; buenos días, caballero...

José atravesó la plaza en un estado de irritación que quien sea artista puede imaginarse. Toda la familia Hochon estaba reunida en la sala. Al ver a José que gesticulaba y hablaba solo, todos le preguntaron qué tenía. En presencia de Baruc y Francisco, el pintor, franco y sincero, refirió la escena que acababa de desarrollarse, y que a las dos horas era la comidilla de toda la ciudad, donde todos la adornaban con circunstancias más o menos jocosas. Algunos sostenían que el pintor había sido maltratado por Max, mientras otros aseguraban que se portó con grosería con mademoiselle Brazier, obligando a Max a ponerlo de patitas en la calle.

—¡Qué niño está hecho este hijo vuestro! —dijo Hochon a madame Bridau—. Ese badulaque se ha convertido incautamente en el protagonista de una escena que le reservaban para el día de su despedida. Hace quince días que Max y la Rabouilleuse conocían el valor de sus cuadros cuando él cometió la estupidez de decirlo aquí, en presencia de mis nietos, a quienes les faltó tiempo para repetirlo a todo el mundo. Vuestro artista hubiera debido partir inmediatamente y de improviso.

—Mi hijo hará bien en devolver los cuadros, si tienen tanto valor —dijo Ágata.

—Si valen, como él dice, doscientos mil francos —dijo el viejo Hochon—, ha cometido una necedad comprometiéndose a devolverlos; pues al menos eso habríais obtenido de la dichosa herencia, mientras que, tal como van las cosas, no obtendréis nada... Ésta es una razón de más para que vuestro hermano no quiera veros...

Entre medianoche y la una, los Caballeros de la Holganza, comenzaron su distribución gratuita de comestibles a los canes de Issoudun. La memorable expedición se terminó a las tres de la madrugada, hora en que aquellos tunantes fueron a cenar a casa de la Cognette. A las cuatro y media de la madrugada, cuando empezaba a alborear, volvieron a sus casas.

En el momento en que Max dobló la esquina de la rue de l'Avenier para tomar por la Calle Mayor, Fario, que estaba oculto en el quicio de un portal, le asestó una puñalada directa al corazón, retiró la hoja del cuchillo y huyó por los fosos de Vilatte, donde secó el cuchillo con su pañuelo. Luego el español fue a lavar el pañuelo a la Rivière-Forcée, para regresar tranquilamente a Saint-Paterne, donde volvió a acostarse, escalando una ventana que había dejado entreabierta. Cuando su nuevo mozo fue a despertarlo, lo encontró sumido en el más profundo sueño.

Al caer, Max lanzó un grito terrible, que no dejaba lugar a dudas. Lousteau-Pragin, hijo del juez y pariente lejano de la familia del antiguo subdelegado, y Goddet hijo, que vivía en la parte baja de la Calle Mayor, subieron corriendo, diciéndose:

—¡Matan a Max!... ¡Socorro!

Pero ningún perro ladró y nadie se molestó en levantarse, pues todos conocían las artimañas de los jóvenes noctámbulos. Cuando los dos Caballeros llegaron Max se había desvanecido. Fue necesario despertar a monsieur Goddet padre. Max había reconocido perfectamente a Fario, pero cuando recuperó totalmente el sentido a las cinco de la mañana, se vio rodeado de numerosas personas y comprendió que su herida no era mortal, pensó luego en sacar partido de aquel intento de asesinato, y con

voz lamentable gimió:

—¡He creído ver los ojos y la cara de ese maldito pintor!...

Al oír esto, Lousteau Prengin corrió a casa de su padre, el juez de instrucción. Max fue transportado a su casa por el tío Cognet, por Goddet hijo y por otras dos personas a quienes sacaron de la cama. La Cognette y Goddet padre estaban al lado de Max, tendido sobre unas parihuelas improvisadas con dos bastones y un colchón. Monsieur Goddet no quería hacer nada antes de meter a Max en la cama. Los que transportaban al herido miraron, naturalmente, hacia la puerta de monsieur Hochon, mientras Kouski se levantaba, y vieron a la criada de monsieur Hochon, entregada a la tarea de barrer. En casa del viejo avaro, como en casi todas las mansiones de provincia, la puerta se abría muy temprano. La frase pronunciada por Max despertó las sospechas generales, y monsieur Goddet preguntó a la fámula:

—Gritte, ¿está acostado monsieur José Bridau?

—¡Ah, monsieur Bridau! —dijo ella—. Salió a las cuatro y media; se ha pasado toda la santa noche paseando por su habitación; no sé que le ocurría.

Esta ingenua respuesta hizo que se elevasen murmullos de horror y exclamaciones que atrajeron a la vieja criada, curiosa por saber a quién llevaban de aquel modo a casa del tío Rouget.

—¡Está hecho buen bribón, vuestro pintor! —oyó que le decían.

Y el cortejo entró, dejando a la sirvienta atónita: había visto a Max tendido sobre el colchón, con la camisa ensangrentada y al parecer moribundo.

Lo que le ocurría a José y lo había mantenido agitado durante toda la noche, los artistas ya pueden adivinarlo: se veía convertido en la cabeza de turco de los burgueses de Issoudun, donde lo tomarían por un sablista, por todo lo que él quería ser, joven leal y artista sincero. ¡Ah, hubiera dado su cuadro por poder volar como una golondrina a París, y arrojar a las narices de Max los cuadros de su tío! ¿Él, el expoliado, tenía que pasar por expoliador?... ¡Qué cosa tan irrisoria!

Así, cuando amaneció, se fue por la alameda que conduce a Tívoli para dar rienda suelta a su agitación. Y mientras aquel joven inocente se prometía, como consuelo, no volver jamás a aquella región, Max le preparaba una afrenta horrible para las almas delicadas.

Cuando monsieur Goddet padre hubo sondeado la herida para reconocer que el cuchillo, desviado por una pequeña cartera, no se había clavado en el corazón, felizmente, a pesar de que causó una profunda herida, hizo lo que hacen todos los médicos y particularmente los cirujanos de provincias: se dio importancia diciendo que *aún no podía responder de Max*; luego salió, después de vendar la herida del malicioso soldado. El diagnóstico de la ciencia fue comunicado por Goddet a la Rabouilleuse, a Jean-Jacques Rouget, a Kouski y a la Védie. La Rabouilleuse volvió junto a su amado Max, bañada en llanto, mientras que Kouski y la Védie explicaban a las personas reunidas ante la puerta que el comandante estaba casi desahuciado. La noticia tuvo por resultado congregarse alrededor de doscientas personas en la plaza de

Saint-Jean y en las dos Narettes.

—No estaré ni un mes en la cama, y sé quién es el autor del golpe —dijo Max a la Rabouilleuse—. Pero lo aprovecharemos para desembarazarnos de los parisienses. Ya he dicho que creí reconocer al pintor; imaginaos pues que voy a morir, y tratad de que detengan a José Bridau; lo tendremos en el calabozo durante dos días. Creo que conozco bastante a su madre para estar seguro de que tomará inmediatamente las de Villadiego y regresará a París con su pintorzuelo. Así no tendremos que temer a los curas que tenían la intención de lanzar sobre nuestro querido imbécil.

Cuando Flore Brazier descendió, encontró a la multitud muy dispuesta a bailar al son que ella le tocase; se mostró con lágrimas en los ojos y observó, sollozando, que el pintor, *que era un caradura y un desvergonzado*, la víspera había disputado acaloradamente con Max a causa de los cuadros que había *birlado* al tío Rouget.

—Ese bandido —pues no hay más que verlo para comprender que es un bandido — cree que si Max no existiese su tío le dejaría su fortuna; ¡cómo si un hermano no fuese un pariente más próximo que un sobrino! Max es hijo del doctor Rouget. ¡*El viejo me lo dijo antes de morir!*

—¡Ah, habrá querido dar ese golpe antes de irse; lo ha tramado todo muy bien, porque parte hoy! —dijo uno de los Caballeros de la Holganza.

—Max no tiene un solo enemigo en Issoudun —dijo otro.

—Además, Max reconoció al pintor —dijo la Rabouilleuse.

—¿Dónde está ese condenado parisién? —gritó uno—. ¡Hay que encontrarlo!

—¿Encontrarlo? —respondió otro—. Ha salido de casa de monsieur Hochon al amanecer.

Un Caballero de la Holganza corrió inmediatamente a casa de monsieur Moulleron. La multitud aumentaba por momento y el rumor de las voces se hacía amenazador. Grupos de personas que discutían animadamente, ocupaban toda la Grande-Narette. Otros se apostaron ante la iglesia de San Juan. Un gran gentío ocupaba la puerta Vialatte, lugar donde terminaba la Petite-Narette. No se podía circular por la plaza de Saint-Jean. Hubiérase dicho la cola de una procesión. Así, los señores Lousteau-Pragin y Moulleron, el comisario de policía, el teniente de la gendarmería y su brigadier, acompañado de dos gendarmes, tuvieron bastante trabajo en llegar a la plaza de Saint-Jean, a la que se presentaron entre dos compactas hileras de público, cuyas exclamaciones y gritos podían y debían prevenirlos en contra del parisién, tan injustamente acusado pero víctima de unas desdichadas circunstancias.

Después de celebrar conciliábulo Max y los magistrados, monsieur Moulleron envió al comisario de policía y el brigadier con un gendarme a efectuar un reconocimiento de lo que en la terminología del ministerio fiscal se llama *el teatro del crimen*. Acto seguido los señores Moulleron y Lousteau-Pragin, acompañados del teniente de la gendarmería, se trasladaron de casa del tío Rouget a casa Hochon, que quedó guardada al extremo del jardín por dos gendarmes y otros dos a la puerta. La multitud aumentaba sin cesar. Toda la villa, soliviantada, se había congregado en

la calle Mayor.

Gritte ya se había precipitado a las habitaciones de su amo, en las que irrumpió asustadísima y gritando:

—¡Señor, van a deteneros!... ¡Toda la ciudad está revolucionada... monsieur Maxence Gilet ha sido asesinado y está a punto de morir!... ¡Y se dice que es monsieur José quien lo ha matado!

Monsieur Hochon se vistió prontamente y descendió; pero al enfrentarse con el populacho furioso, volvió a entrar al instante, echando el cerrojo. Después de interrogar a Gritte, supo que su huésped había salido al amanecer, después de pasearse toda la noche presa de una gran agitación, aún no había vuelto. Asustado, fue a las habitaciones de madame Hochon, a quien el ruido acababa de despertar y a la que comunicó la espantosa noticia que, verdadera o falsa, había reunido a todo Issoudun, enfurecido, en la plaza de Saint-Jean.

—¡Estoy segura de que es inocente! —dijo madame Hochon.

—Pero antes de que se demuestre su inocencia, la gente puede entrar y saqueamos la casa —dijo monsieur Hochon, muy pálido y pensando en el oro que tenía en la bodega.

—¿Y Ágata?

—¡Duerme como una marmota!

—¡Ah, tanto mejor! —dijo madame Hochon—. Ojalá no se despertase hasta que este asunto se resuelva. ¡Una emoción semejante es capaz de matar a la pobre pequeña!

Pero Ágata ya se había despertado y descendió a medio vestir, pues la reticencia de Gritte, a la que hizo varias preguntas, le habían trastornado el corazón y la cabeza. Encontró a madame Hochon pálida y con los ojos llenos de lágrimas ante una de las ventanas de la sala, con su marido.

—Valor, pequeña mía. Dios aflige a los que más ama —le dijo la anciana—. ¡Acusan a José!...

—¿De qué?

—De una mala acción que no puede haber cometido —respondió madame Hochon.

Al oír estas palabras y al ver entrar al teniente de la gendarmería con los señores Moulleron y Lousteau-Pragin, Ágata se desmayó.

—Venid —dijo monsieur Hochon a su mujer y a Gritte—, llevaos a madame Bridau, pues las mujeres sólo molestan en semejantes circunstancias. Retiraos ambas con ella a vuestra habitación. Sentaos, señores —dijo el anciano—. El error que nos vale vuestra visita no tardará en aclararse, espero.

—Si es que hay error —dijo monsieur Moulleron—. Las gentes están tan exasperadas y los ánimos se halla tan caldeados, que temo por la vida del inculpado... Quisiera tenerlo ya en la audiencia para dar satisfacciones a todo el mundo.

—¿Quién puede dudar del afecto que ha sabido inspirar monsieur Maxence Gilet?
—dijo Lousteau-Prangin.

—En estos momentos desembocan en la plaza mil doscientas personas que vienen del arrabal de Roma, según acaba de decirme uno de mis hombres —observó el teniente de la gendarmería—, y todas profieren gritos de muerte.

—¿Dónde está vuestro huésped? —preguntó monsieur Moulleron a monsieur Hochon.

—Creo que ha salido a dar un paseo por el campo...

—Haced venir a Gritte —dijo gravemente el juez de instrucción—. Suponía que monsieur Bridau no había salido de la casa. ¿Sabíais que el crimen se cometió a algunos pasos de aquí, al amanecer?

Mientras monsieur Hochon iba en busca de Gritte, los tres funcionarios cambiaron miradas significativas.

—El aspecto de ese pintor nunca me ha hecho gracia —dijo el teniente a monsieur Mordieron.

—Hija mía —dijo el juez a Gritte al verla entrar—. Según me dicen, esta mañana habéis visto salir a monsieur José Bridau, ¿no es verdad?

—Sí, señor —respondió ella, temblando como una hoja.

—¿A qué hora?

—Cuando yo me he levantado, pues ha paseado toda la noche por su habitación; cuando bajé ya lo encontré vestido.

—¿Era de día?

—Amanecía.

—¿Tenía aspecto agitado?

—Desde luego, muy agitado.

—Enviad a buscar a mi escribano. Que vaya uno de vuestros hombres —dijo Lousteau-Prangin al teniente—. Y que traiga una orden de detención...

—¡Por Dios, no tengáis tanta prisa! —dijo monsieur Hochon—. No hay que acudir a la premeditación de un crimen para explicar la agitación de ese joven: hoy mismo parte hacia París a causa de un asunto que ha puesto en entredicho su probidad a los ojos de Gilet y mademoiselle Flore Brazier.

—Sí, el asunto de los cuadros —dijo monsieur Moulleron—. Ayer provocó una viva discusión, y, como suele decirse, a los artistas pronto se les va el santo al cielo.

—¿Quién podía tener interés, en Issoudun, en la muerte de Maxence? —preguntó Lousteau—. Nadie; ni marido celoso ni quienquiera que sea, pues ese joven nunca había hecho daño a nadie.

—¿Pero queréis decirme que hacía monsieur Gilet a las cuatro y media de la madrugada en las calles de Issoudun? —preguntó monsieur Hochon.

—Por favor, señor mío, dejadnos cumplir con nuestra obligación —respondió Moulleron—. No sabéis de la misa la mitad: Max reconoció a vuestro pintor...

En aquellos momentos, un clamor se elevó en un extremo de la ciudad, para

aumentar siguiendo el curso de la Grande-Narette, como el rumor del trueno.

—¡Ahí va! ¡Ahí va! ¡Lo han detenido!...

Estas palabras se destacaban claramente sobre el pro fundo rumor del populacho, que rugía amenazadoramente. En efecto, el pobre José Bridau, que volvía tranquilamente por el molino de Landrole para encontrarse en casa a la hora del desayuno, fue visto, al llegar a la plaza Misère, por todos los grupos a la vez. Felizmente para él, dos gendarmes llegaron a paso de carga para arrancarlo a las gentes del arrabal de Roma, que ya lo habían agarrado sin contemplaciones por los brazos, profiriendo gritos de muerte.

—¡Paso, paso! —gritaron los gendarmes, llamando a otros dos de sus compañeros para proteger a Bridau por delante y por detrás.

—¿Os dais cuenta, señor? —dijo al pintor uno de los gendarmes que lo sujetaban—. En estos momentos se trata tanto de nuestro pellejo como del vuestro. Inocente o culpable, nuestro deber es protegeros contra la revuelta causada por el asesinato del comandante Gilet; y el pueblo no se limita a acusaros, sino que os cree el asesino y no hay nada que le convenza de lo contrario. Monsieur Gilet es el ídolo de esta gente, que quiere tomarse la justicia por su mano. O si no, mirar las caras de los que os rodean. ¡Ah, en 1830 ya vimos a esos energúmenos aporreando a los empleados del Fisco, que no se divirtieron en absoluto, os lo aseguro!

José Bridau, pálido como un muerto, apeló a todas sus fuerzas para echar a andar.

—¡Pero, suceda lo que suceda, soy inocente! —dijo—. ¡Vamos!...

El pobre artista sufrió un verdadero calvario. Lo abuchearon, lo injuriaron, lo amenazaron de muerte, mientras cubría el horrible trayecto de la plaza Misère a la plaza Saint-Jean. Los gendarmes se vieron obligados a desenvainar el sable ante la muchedumbre enardecida, que los apedreaba. Algunos proyectiles alcanzaron a los agentes de la autoridad y otros dieron en las piernas, los hombros y el sombrero de José.

—¡A la orden, mi teniente! —dijo uno de los gendarmes al entrar en la sala de monsieur Hochon—. Creed que nos ha costado llegar hasta aquí.

—Ahora hay que disolver esa manifestación, y no veo más que una manera de hacerlo, caballeros —dijo el oficial a los magistrados— Conduciendo a la Audiencia a monsieur Bridau rodeado por todos nosotros; yo y todos mis gendarmes os protegeremos. No se puede responder de nada en presencia de seis mil personas furiosas...

—Tenéis razón —dijo monsieur Hochon, que seguía temblando por su oro.

—Si no hay otro medio mejor que proteger la inocencia en Issoudun —respondió José—, os felicito. Ya he estado a punto de ser lapidado...

—¿Preferís ver como asaltan y patean la casa de vuestro anfitrión? —dijo el teniente—. ¿Creéis que podremos resistir con nuestros sables desnudos a una irrupción de personas impulsadas por una multitud de energúmenos que desconocen las normas más elementales de la justicia?...

—Pues vamos, señores; dejemos las explicaciones para después —dijo José, recuperando toda su sangre fría.

—¡Apartaos, por favor! —dijo el teniente—. ¡Este hombre está detenido y lo llevamos a la Audiencia!

—¡Paso a la justicia! —exclamó monsieur Moulleron.

—¿No os gustaría más ver como lo guillotinan? —dijo uno de los gendarmes a un grupo amenazador.

—¡Sí, sí! —gritó un furioso—. ¡A la guillotina!

—¡A la guillotina! —repitieron las mujeres.

Al llegar al extremo de la Grande-Narette, las gentes se decían:

—Se lo llevan a la guillotina, le han encontrado el cuchillo.

—¡Oh, qué canalla!

—Esto es lo que son los parisienses.

—¡Ése llevaba el crimen pintado en el rostro!

Aunque José se hallaba congestionado y la cabeza le dolía, efectuó el trayecto de la plaza Saint-Jean a la Audiencia guardando una calma y un aplomo notables. Sin embargo, se sintió muy contento al encontrarse sano y salvo en el despacho de monsieur Lousteau-Pragin.

—No tengo necesidad de deciros, caballeros, que soy inocente —dijo, dirigiéndose a monsieur Moulleron, monsieur Lousteau-Pragin y al escribano— y os ruego encarecidamente que me ayudéis a demostrar mi inocencia. No sé nada de este asunto.

Cuando el juez hubo expuesto a José todos los cargos que pesaban contra él, terminando por la declaración de Max, el pintor quedó aterrado.

—Pero —dijo—, he salido de casa poco después de las cinco; he tomado por la calle Mayor, y a las cinco y media estaba mirando la fachada de vuestra parroquia de Saint-Cyr. Allí he hablado con el campanero, que acababa de tocar el ángelus, y le he hecho varias preguntas sobre el edificio, que me parece curioso e inacabado. Después he atravesado el mercado de las verduras, donde ya había algunas mujeres. Desde allí, pasando por la plaza Misère y siguiendo por el puente de los Asnos, me he dirigido al molino de Landrole, donde he contemplado tranquilamente los patos durante cinco o seis minutos; sin duda los mozos del molino habrán reparado en mi presencia. He visto a unas mujeres que iban al lavadero, donde aún deben de estar; se han reído de mí y me han llamado feo; yo les he respondido que en las muecas a veces se encuentran joyas. De allí he continuado mi paseo por la gran alameda hasta Tívoli, donde he conversado con el jardinero... Haced comprobar todos estos hechos y ni siquiera me detengáis, pues os doy mi palabra de que permaneceré en vuestro gabinete hasta que estéis convencidos de mi inocencia.

Este sensato discurso, pronunciado sin la menor vacilación y con la facilidad propia de un hombre que sabía lo que se decía, no dejó de causar cierta impresión en los magistrados.

—Bien, habrá que citar a todas esas personas y convocarlas —dijo monsieur Moulleron—, pero esto no es cuestión de un día. Por vuestro propio interés, conviene que os resignéis a permanecer oculto en la Audiencia.

—Mientras pueda escribir a mi madre a fin de tranquilizarla, pobrecilla... ¡Oh, leeréis la carta!

Esta demanda era demasiado justa para ser denegada, y José escribió entonces este billete:

"No tengas ninguna inquietud, mi querida mamá; el error de que soy víctima será fácilmente disipado; ya he dado los medios para ello. Esta noche, o mañana a lo más tardar, me pondrán en libertad. Te abrazo y di a los señores de Hochon cuánto lamento esta contrariedad, en la que no tengo arte ni parte, pues es obra de una casualidad que todavía no entiendo. "

Cuando esta esquila llegó a su destino, madame Bridau parecía exhalar su último suspiro, víctima de un ataque de nervios; las pociones que monsieur Goddet intentaba hacerle tomar a sorbos, no surtían efecto alguno. Así, la lectura de aquella carta fue para ella como un bálsamo. Después de algunos estremecimientos, Ágata cayó en el abatimiento que sigue a estas crisis. Cuando monsieur Goddet volvió a ver a su enferma, la encontró lamentándose de haber abandonado París.

—Dios me ha castigado —decía, con lágrimas en los ojos—. ¡Hubiera debido confiar en. Él, mi querida madrina y esperar que, en Su bondad, me otorgaría la herencia de mi hermano!...

—Señora, si vuestro hijo es inocente, Maxence es un malvado —le dijo monsieur Hochon al oído—, y nosotros no seremos los más fuertes en este asunto; así es que regresad a París.

—Decidme —preguntó madame Hochon a monsieur Goddet —. ¿Cómo está monsieur Gilet?

—Aunque grave, la herida no es mortal. Después de un mes de reposo, quedará totalmente restablecido. Lo he dejado escribiendo a monsieur Moulleron para pedirle que ponga en libertad a vuestro hijo, señora —dijo a su enferma—. ¡Oh, Max es un buen muchacho, íntegro y honrado a carta cabal! Cuando le he dicho lo afligida que os hallabais, entonces se ha acordado de una circunstancia del vestido de su asesino que le ha demostrado que no podía ser vuestro hijo: el asesino llevaba alpargatas, y él está seguro de que vuestro hijo ha salido de casa con las botas puestas...

—¡Ah que Dios le perdone el mal que me ha causado!...

Por la noche, un hombre trajo una nota para Gilet, escrita en letras de molde y así redactada:

“El capitán Gilet no debería dejar a un inocente entre las manos de la justicia. El autor del hecho promete no repetirlo, si monsieur Gilet pone en libertad a monsieur José Bridau, sin denunciar al culpable”.

Después de leer y quemar esta carta, Max escribió otra a monsieur Moulleron, explicándole la observación referida por monsieur Goddet, rogándole que pusiese a

José en libertad y que fuese a verle, para explicarle lo sucedido. En el momento en que esta misiva llegó a poder de monsieur Moulleron, Lousteau-Prangin ya había podido comprobar, por las deposiciones del campanero, de una vendedora de verduras, de las lavanderas, de los mozos del molino de Landrole y del jardinero de Frepesle, la veracidad de las explicaciones dadas por José. La carta de Max terminaba de demostrar la inocencia del inculpado, que monsieur Moulleron acompañó entonces en persona a casa de monsieur Hochon. José fue acogido por su madre con tal efusión y ternura, que el pobre muchacho despreciado dio gracias a la casualidad, como el marido de la fábula de La Fontaine al ladrón, por una contrariedad que le valía aquellas pruebas de afecto.

—¡Oh! —dijo monsieur Moulleron con aire de suficiencia—. Yo he visto en seguida, por la manera como mirabais al populacho irritado, que erais inocente; pero a pesar de mis dotes de persuasión, ¿sabéis?, cuando se conoce a Issoudun, comprendí que el mejor medio de protegeros consistía en llevaros como hemos hecho. ¡Ah, sí, mostrabais una expresión arrogante!

—Pensaba en otra cosa —respondió sencillamente el artista—. Un oficial amigo mío me contó que en Dalmacia lo detuvieron por circunstancias casi parecidas, cuando una mañana regresaba de pasear. El populacho pedía su cabeza... Pensaba en estos dos casos tan semejantes, y miraba a todas aquellas cabezas con la idea de pintar uno de los motines populares de 1793... Y después me decía: “¡Estúpido! Tienes lo que te mereces, por venir en busca de una herencia en vez de quedarte pintando en tu taller...”.

—Si me permitís que os de un consejo —dijo el fiscal del rey—, tomad esta noche, a las 11, el coche que os prestará el jefe de postas, y regresad a París por la diligencia de Bourges.

—Yo también soy de este parecer —dijo monsieur Hochon, que ardía en deseos de ver partir a su huésped.

—Y mi más vivo deseo consiste en irme de Issoudun, a pesar de que dejo aquí a mi única amiga —agregó Ágata tomando la mano de madame Hochon para besársela—. ¿Cuándo volveré a veros?...

—¡Ah, pequeña mía! ¡Quizá sólo volveremos a vemos allá arriba!... Ya hemos sufrido demasiado en este valle de lágrimas —le dijo al oído— para que Dios no se apiade de nosotros.

Un instante después de esto, cuando monsieur Moulleron terminó de hablar con Max, Gritte dejó muy sorprendidos a madame y monsieur Hochon, Ágata, José y Adolfo, al anunciarles la visita de monsieur Rouget: Jean-Jacques acababa de despedirse de su hermana y de ofrecerle su calesa para ir a Bourges.

—¡Ah, cuánto daño nos han hecho vuestros cuadros! —le dijo Ágata.

—Quedáoslos, hermana —respondió el buen hombre, que aún no creía en el valor de aquellas obras de arte.

—Vecino —dijo monsieur Hochon—, nuestros mejores amigos, nuestros más

seguros defensores son nuestros parientes, sobre todo cuando se parecen a vuestra hermana Ágata y a vuestro sobrino José.

—Es posible —respondió el solterón, alelado.

—Hay que acabar la vida de una manera cristiana —dijo madame Hochon.

—¡Ah, Jean-Jacques —exclamó Ágata—, qué día!

—¿Aceptáis mi coche? —preguntó Rouget.

—No, hermano —respondió madame Bridau—. Os doy las gracias y os deseo una buena salud.

Rouget se dejó abrazar por su hermana y por su sobrino, y después salió tras de haberles dado un adiós sin ternura. Obedeciendo a una orden de su abuelo, Baruc se apresuró a dirigirse a la posta. A las once de la noche, los dos parisienses, metidos en un cabriolé de mimbre tirado por un caballo y conducido por un postillón, partieron de Issoudun. Adolfa y madame Hochon tenían lágrimas en los ojos. Ellas eran las únicas que echarían de menos a Ágata y José.

—Ya se han ido —dijo Francisco Hochon entrando con la Rabouilleuse en la habitación de Max.

—¡Bien, nos hemos salido con la nuestra! —respondió Max, abatido por la fiebre.

—¿Pero qué le has dicho al tío Moulleron? —le preguntó Francisco.

—Le he dicho que yo casi había dado derecho al asesino a que me esperase en una esquina, y que teniendo en cuenta el carácter de ese sujeto, podía muy bien matarme como un perro si se iniciaba una acción contra él, antes de que pudieran detenerlo. Por consiguiente he pedido a Moulleron y a Pragin a que se entregasen ostensiblemente a las averiguaciones más activas, pero, dejando tranquilo a mi presunto asesino, a menos que quieran verme muerto.

—Espero, Max —dijo Flore—, que durante algún tiempo nos dejaréis tranquilos de noche.

—En fin, nos hemos librado de los parisienses —exclamó Max—. El que me hirió no sabía qué gran servicio nos prestaba.

Al día siguiente —salvo algunas personas excesivamente tranquilas y reservadas, que compartían las opiniones de monsieur y madame Hochon— la partida de los parisienses, aunque debida a un deplorable error, fue celebrada por toda la villa como una victoria de la provincia ante París. Algunos amigos de Max trataron muy duramente a los Bridau.

—Estos parisienses se imaginan que somos, unos imbéciles, y que basta con tender el sombrero para que lluevan las herencias...

—Vinieron por lana y salieron trasquilados, pues el sobrino no ha sido del agrado del tío.

—¿Sabíais que tenían por consejero a un abogado de París?...

—¡Ah! ¿Habían trazado un plan?

—Naturalmente: un plan para dominar al tío Rouget; pero los parisienses no se han sentido capaces de lograrlo y su abogado no se burlará de la gente de Issoudun...

—¿Sabéis que esto es abominable?

—¡La gente de París es así!

—La Rabouilleuse se ha visto atacada y se ha defendido.

—Ha hecho pero que requetebién...

Para toda la ciudad, los Bridau eran parisienses, forasteros: las preferencias de todos se inclinaban hacia Max y Flore.

Es fácil de imaginar la satisfacción con que Ágata y José volvieron a su pisito de la rue Mazarine, después de aquella campaña. Durante el viaje, el artista había recuperado la alegría turbada por la escena de su detención y por veinte horas de reclusión en la Audiencia; pero no consiguió distraer a su madre. Ágata no podía rehacerse de sus emociones, sobre todo porque el Tribunal de los Pares iba a comenzar el proceso de la conspiración militar. La conducta de Felipe, pese a la habilidad de su defensor, asesorado por Desroches, despertaba sospechas que le favorecían muy poco. Así, después de poner al corriente a Desroches de todo cuanto sucedió en Issoudun, José se fue precipitadamente con Mistigris al castillo del conde de Sérizy, para no oír hablar de aquel proceso, que duró veinte días.

Sería trabajo perdido recordar aquí unos hechos que pertenecen a la historia contemporánea. Ya fuese por* que representaba un papel convenido, o porque era uno de los denunciadores, Felipe fue condenado a cinco años de libertad vigilada por la policía del Estado, y obligado a partir el mismo día en que lo pusieron en libertad hacia Autun, población que el director general de la Policía del Reino le dictó como residente durante aquellos cinco años. Esta pena equivalía a una detención parecida a aquella que se someten los prisioneros obligados a dar su palabra de no moverse de una villa determinada.

Al saber que el conde de Sérizy, uno de los pares designados por la Cámara para hacer la instrucción del proceso, empleaba a José en el adorno de su castillo de Presles, Desroches solicitó de aquel ministro de Estado una audiencia, y encontró al conde de Sérizy animado de las disposiciones más favorables hacia José, con quien había trabado conocimiento por casualidad. Desroches explicó la situación económica de los dos hermanos, recordando los servicios hechos por su padre, y el olvido en que los había tenido la Restauración.

—¡Semejantes injusticias, monseñor —dijo el abogado—, son causa permanente de irritación y descontento! ¡Ya que vos habéis conocido al padre, poned al menos a los hijos en situación de hacer fortuna!

Y pintó sucintamente la situación de los asuntos de la familia en Issoudun, solicitando al todopoderoso vicepresidente del Consejo de Estado que hiciese una gestión cerca del director general de Policía, a fin de cambiar la residencia de Felipe de Autun a Issoudun. Por último habló de la espantosa situación económica en que se encontraba Felipe y solicitó una ayuda de sesenta francos al mes que el Ministerio de la Guerra debía otorgar por pudor a un antiguo teniente coronel.

—Conseguiré todo lo que me pedís, pues todo me parece justo —dijo el ministro

de Estado.

Tres días después de esto, Desroches, provisto de las necesarias autorizaciones, fue a buscar a Felipe a la prisión del Tribunal de los Pares, y se lo llevó a su casa, situada en la rue de Béthizy. Una vez allí, el joven y enérgico abogado hizo al patibulario soldadote uno de esos sermones que no admiten réplica y en los que los abogados juzgan las cosas según su auténtico valor, sirviéndose de los términos más crudos para estimar la conducta y para analizar y reducir a su expresión más simple los sentimientos de los clientes por los que se interesan lo suficiente, para sermonearlos. Después de abrumar al antiguo ayudante del emperador y reprocharle su insensata vida de crápula, las desdichas de su madre y la muerte de la vieja Descoings, le refirió la situación en que estaban las cosas en Issoudun, exponiéndoselas a su manera y penetrando a fondo en los planes y en el carácter de Maxence Gilet y de la Rabouilleuse. Dotado de una comprensión muy fina para esta clase de cosas, el condenado político prestó un oído mucho más atento a esta parte de la filípica de Desroches que a la primera.

—Teniendo en cuenta como están las cosas —dijo el abogado—, aún podéis reparar lo que es reparable en el daño que habéis causado a vuestra excelente familia, pues aunque no podáis devolver la vida a la pobre mujer a quien asestasteis el golpe de gracia, solamente vos podéis...

—¿Mas, cómo? —preguntó Felipe.

—He logrado que os fijen Issoudun como punto de residencia en lugar de Autun.

El rostro de Felipe, macilento, casi siniestro, consumido por las enfermedades, los sufrimientos y las privaciones, se iluminó rápidamente con un destello de alegría.

—Únicamente vos podéis recuperar la herencia de vuestro tío Rouget, que quizás ya se encuentra a medias en la boca de ese lobo llamado Gilet —prosiguió Desroches—. Ya conocéis todos los detalles y ahora os corresponde obrar en consecuencia. No os trazo ningún plan ni tengo ninguna idea sobre la cuestión; además todo se modifica sobre el terreno. Vuestro enemigo es fuerte, es un hombre lleno de astucia y la manera como quiso recuperar los cuadros regalados por vuestro tío a José, la audacia con que inculpó de un crimen a vuestro pobre hermano, revelan un adversario capaz de todo. Así que sed prudente, y tratad de ser sensato por premeditación, si no podéis serlo por temperamento. Sin decir nada de ello a José y a fin de no herir su orgullo de artista, he devuelto los cuadros a monsieur Hochon, a quien he escrito que no los entregue a nadie más que a vos. Este Maxence Gilet no tiene miedo a nada...

—Tanto mejor —dijo Felipe—. Cuento con el valor de ese pícaro para triunfar, pues un cobarde se iría de Issoudun.

—Y, sobre todo, pensad en vuestra madre, que se desvive por vos; en vuestro hermano, a quien habéis exprimido...

—¿También os ha hablado de esas bagatelas? —exclamó Felipe, contrariado.

—Vamos, hombre, ¿no soy yo el amigo de la familia y no sé más que ellos sobre

vos?...

—¿Qué sabéis? —dijo Felipe.

—Que traicionasteis a vuestros camaradas...

—¿Quién, yo? —exclamó Felipe—. ¿Yo, el ayudante del emperador? ¡Mentira!... Hemos metido dentro de la Cámara de los Pares a la Justicia, el Gobierno y todo el sacrosanto tinglado. ¡La gente del rey no ha visto más que fuego!...

—Muy bien, si es así —respondió el abogado—, mas tened en cuenta que es imposible derribar a los Borbones; son los amos de Europa y deberíais pensar en hacer las paces con el ministro de la Guerra... ¡Oh, ya las haréis cuando seáis rico! Para enriqueceros, vos y vuestro hermano, apoderaos de vuestro tío. Si queréis llevar a buen término un asunto que exige tanta habilidad, discreción y paciencia, no os faltará trabajo durante esos cinco años...

—Desde luego que no —dijo Felipe—, pero hay que poner inmediatamente manos a la obra, pues el tal Gilet podría modificar la fortuna de mi tío, poniéndola a nombre de esa buena moza, y entonces todo estaría perdido.

—En fin, monsieur Hochon es un hombre muy prudente y que ve las cosas muy claras; consultadle con frecuencia. Aquí tenéis vuestra hoja de ruta; vuestra plaza está reservada en la diligencia de Orleans para las siete y media. Como ya tenéis la maleta, os invito a cenar.

—No tengo más que lo que llevo encima —dijo Felipe, abriendo su harapienta levita azul—. Pero me faltan tres cosas que pediréis a Giroudeau, tío de Finot y amigo mío, que me envíe: ¡Mi sable, mi espada y mis pistolas!...

—Lo que os hace falta es algo muy distinto —dijo el abogado estremeciéndose al contemplar a su cliente—. Haré que os anticipen tres meses para vestiros decentemente.

—¡Hombre, Godeschal, tú por aquí! —exclamó Felipe al reconocer en el pasante de Desroches al hermano de Mariette.

—Sí, llevo dos meses con monsieur Desroches.

—Y se quedará, espero —dijo Desroches—, hasta que se encargue de una causa.

—¿Y Mariette? —preguntó Felipe, agitado por sus recuerdos.

—Espera la inauguración de la nueva sala.

—Le costaría muy poco —dijo Felipe— hacer que levantasen mi arresto... ¡En fin, allá ella!

Después de la frugal colación ofrecida a Felipe por Desroches, que mantenía también a su pasante, los dos jurisconsultos subieron al coche con el condenado político y lo acompañaron a la diligencia, donde le desearon buena suerte.

El 2 de noviembre, día de Difuntos, Felipe Bridau compareció ante el comisario de policía de Issoudun, para que éste anotara en su hoja la fecha de llegada y le pusiera el sello; después se dirigió a una pensión de la rue de l'Avenir, siguiendo el consejo de aquel funcionario. La noticia de la deportación de uno de los oficiales comprometidos en la última conspiración no tardó en difundirse por Issoudun, donde

hizo tanto más ruido cuando se supo que aquel oficial era el hermano del pintor tan injustamente acusado. Maxence Gilet, ya totalmente curado de su herida, había terminado la difícil operación consistente en hacer efectivas las hipotecas del tío Rouget, para invertir las en una imposición en el Gran Libro. El préstamo de ciento cuarenta mil francos, del que el solterón respondía con sus propiedades, causó una sensación enorme, pues todo se sabe en las provincias. En interés de los Bridau, monsieur Hochon, muy impresionado ante este desastre, interrogó al viejo monsieur Héron, notario de Rouget, acerca del motivo de aquel movimiento de fondos.

—¡Los herederos del tío Rouget, si el tío Rouget cambia de parecer, me deberán una bonita suma! —exclamó monsieur Héron—. De no ser por mí, ese pánfilo hubiera permitido que pusiesen los cincuenta mil francos de renta a nombre de Maxence Gilet... Dije a mademoiselle Brazier que debía atenerse al testamento, so pena de provocar un proceso de expoliación, a la vista de las numerosas pruebas que los diferentes trasposos hechos a troche y moche nos darían de sus maniobras. Aconsejé a Maxence y a su amiga, para ganar tiempo, que se esforzasen por olvidar este súbito cambio en las costumbres de Rouget.

—Sed el abogado y el protector de los Bridau, pues no tienen nada —dijo monsieur Hochon a monsieur Héron; pues no perdonaba a Gilet las angustias en que los sumió al temer el saqueo de su casa.

Maxence Gilet y Flore Brazier, que se hallaban a buen recaudo, se limitaron a bromear al enterarse de la llegada del segundo sobrino del tío Rouget. A la primera inquietud que les produjese Felipe, sabían que podían transferir la imposición a Maxence o a Flore. Para ello bastaba solamente con hacer firmar unos poderes al tío Rouget. Si el testamento fuese impugnado, cincuenta mil libras de renta eran una bonita suma para consolarse, sobre todo después de haber gravado los bienes raíces con una hipoteca de ciento cuarenta mil francos.

Al día siguiente al de su llegada, Felipe salió a las diez para ir a visitar a su tío. Tuvo interés en ir vestido con su horrible traje. Así, cuando un hombre que había escapado con vida del hospital del Midi, el prisionero de la prisión de Luxemburgo, entró en la sala, Flore Brazier experimentó un estremecimiento ante aquel aspecto repelente. Gilet sintió asimismo aquella conmoción en la inteligencia y sensibilidad, por la cual la naturaleza nos advierte de una enemistad latente o de un peligro que se avecina. Si Felipe debía el aspecto indefiniblemente siniestro de su expresión a sus últimas desdichas, su traje no hacía más que reforzar aquella impresión. Llevaba abrochada militarmente hasta el cuello, por tristes motivos, su lamentable levita azul, pero de este modo aún mostraba demasiado lo que tenía la pretensión de ocultar. La parte inferior de los pantalones, usada como un traje de inválido, expresaba una miseria profunda. Las botas dejaban trazas húmedas al arrojar agua fangosa por las suelas entreabiertas. El sombrero gris que el coronel llevaba en la mano ofrecía a la mirada un forro horriblemente grasiento. El bastón de junco, cuyo barniz había desaparecido, debía de haber pasado por todos los rincones de los cafés de París y

reposado su puño retorcido en numerosos fangos. Sobre un cuello de terciopelo cuyo cartón se entreveía, se alzaba una cabeza muy parecida a la de la caracterización de Frédérick Lemaitre en el último acto de la *Vida de un jugador*, y que revela el agotamiento de un hombre aún vigoroso por su tez cobriza, verdosa en algunos lugares. Pueden advertirse estas tonalidades en la cara de los libertinos que han pasado muchas noches entregados al juego: los ojos están rodeados por un círculo carbonoso, los párpados están más enrojecidos que rojos; por último, la frente es amenazadora, causa de todas las ruinas que denuncia. En Felipe, que apenas había terminado su tratamiento, las mejillas aparecían chupadas y rugosas. Exhibía un cráneo sin cabellos, en el que algunos mechones que quedaban en la parte posterior de la cabeza iban a morir a las orejas. El azul purísimo de sus ojos, tan brillantes, había adquirido las frías tonalidades del acero.

—Buenos días, tío —dijo con voz ronca—. Soy vuestro sobrino Felipe Bridau. He aquí cómo los Borbones tratan a un teniente coronel, a un veterano que llevó las órdenes del emperador en la batalla de Montereau. Me avergonzaría de que mi levita se entreabriese, a causa de la señorita. Al fin y al cabo, son las leyes del juego. ¡Hemos querido recomenzar la partida, y hemos perdido! Resido en vuestra ciudad por orden de la policía, con una paga de sesenta francos al mes. Así, los burgueses no tendrán que temer que haga aumentar el precio de los artículos. Veo que estáis en buena y agradable compañía.

—¡Ah, con que eres mi sobrino! —dijo Jean-Jacques...

—Pero invitad al señor coronel a almorzar —dijo Flore.

—No, señora, gracias —respondió Felipe—. Ya he almorzado. Además, antes me cortarían la mano que pedir un pedazo de pan o un céntimo a mi tío, después de lo que pasó en esta ciudad con mi hermano y mi madre... Sólo que no me ha parecido correcto pasar algún tiempo en Issoudun sin ir a saludarlo de vez en cuando. Aunque, por otra parte —dijo, ofreciendo la mano a su tío, en la que Rouget puso la suya, que Felipe sacudió—, podéis hacer lo que os plazca; yo nada tendré que decir a ello, a condición de que el honor de los Bridau quede a salvo...

Gilet podía mirar al teniente coronel a sus anchas, pues Felipe evitaba ponerle los ojos encima con una afectación visible. Aunque la sangre le hervía en las venas, Max tenía demasiado interés en conducirse con esa prudencia de los grandes políticos —que a veces se parece a la cobardía— para montar en cólera como un jovenzuelo; permaneció, pues, frío y tranquilo.

—No me parece bien, señor —dijo Flore—, que viváis con sesenta francos al mes a las barbas de vuestro tío, que tiene cuarenta mil libras de renta, y que ya se ha portado tan bien con el señor comandante Gilet, su pariente natural, aquí presente...

—Sí, Felipe —repuso el solterón—. Veremos qué se puede hacer...

Después de la presentación que hizo Flore, Felipe cambió una salutación casi temerosa con Gilet.

—Tío, tengo algunos cuadros para devolveros. Están en casa de monsieur

Hochon; espero que tendré el gusto de que vayáis a reconocerlos un día u otro.

Después de pronunciar estas últimas palabras con tono seco, el teniente coronel Felipe Bridau salió. Aquella visita dejó en el ánimo de Flore y también en Gilet una emoción aún mayor que la impresión que experimentaron al ver al patibulario veterano. Cuando Felipe cerró la puerta con una violencia de heredero despojado, Flore y Gilet, ocultos detrás de las cortinas, vieron como iba desde casa de su tío a la de los Hochon.

—¡Qué bribón! —dijo Flore interrogando a Gilet con una mirada.

—Sí, por desgracia, en los ejércitos del emperador había algunos tipos de su calaña; liquidé a siete de ellos en los pontones —respondió Gilet.

—Supongo, Max, que a ése no le buscaréis camorra —dijo mademoiselle Bracier.

—¡Oh, ése —respondió Max— es un perro sarnoso que se conformará con un hueso! —repuso, dirigiéndose al tío Rouget—. Si su tío tiene confianza en mí, se librará de él mediante un donativo cualquiera; pues no os dejaré tranquilo, papá Rouget.

—¡Cómo olía a tabaco! —dijo el viejo.

—También olía vuestros escudos —dijo Flore con tono perentorio—. Mi consejo es que os neguéis a recibirlo.

—No deseo otra cosa —respondió Rouget.

—Señor —dijo Gritte, entrando en la habitación donde toda la familia Hochon se encontraba reunida después de almorzar—. Aquí está el monsieur Bridau de quien hablabais.

Felipe efectuó su entrada con suma cortesía, en medio de un profundo silencio causado por la curiosidad general. Madame Hochon se estremeció de pies a cabeza al distinguir al autor de todos los dolores de Ágata y al asesino de la buena y desdichada Descoings. Adolphine se asustó un poco. Baruc y Francisco cruzaron una mirada de sorpresa. El viejo Hochon conservó su sangre fría y ofreció un asiento al hijo de madame Bridau.

—Me han recomendado que acuda a vos, señor —dijo Felipe—, pues tengo necesidad de adoptar las medidas oportunas para vivir en esta ciudad durante cinco años, con sesenta francos al mes que me paga Francia.

—Esto tiene solución —le respondió el octogenario.

Felipe habló de cosas indiferentes, con tono mesurado y cortés. Presentó como a un águila al periodista Lousteau, sobrino de la anciana señora, con la que supo congraciarse al anunciar ante todos que el nombre de los Lousteau se haría famoso. Después, reconoció sin ambages sus propias faltas. A un reproche amistoso que le hizo madame Hochon en voz baja, dijo que su estancia en la cárcel le había servido para hacerse amargas reflexiones, y prometió a la señora que en lo sucesivo sería un hombre distinto.

En respuesta a una indicación de Felipe, monsieur Hochon salió con él. Cuando el viejo avaro y el soldado se encontraron en el bulevar Baron, en un lugar donde nadie

podía oírlos, el coronel dijo al anciano:

—Señor, si queréis creerme, no hablaremos nunca de negocios ni de personas como no sea paseando por el campo, o en lugares donde podamos conversar sin que nos oigan. Desroches, el abogado, me ha explicado muy bien la influencia que tienen los chismorreos en una población pequeña como ésta. Así, no quiero que nadie sospeche que vos me ayudáis con vuestros consejos, aunque Desroches me haya dicho que os los solicite y que yo os ruegue que no queráis regateármelos. Nos enfrentamos con un enemigo poderoso y no hay que olvidar ninguna precaución para conseguir deshacernos de él. Y desde ahora os digo ya que me disculpéis si no vuelvo a visitaros. Un poco de frialdad entre nosotros dos os libraré de toda sospecha de influir en mi conducta. Cuando tenga necesidad de consultaros algo, pasaré por la plaza a las nueve y media, en el momento en que acabáis de desayunar. Si me veis llevar el bastón como el fusil, al hombro, eso querrá decir que debemos encontraros, como si fuese por casualidad, en un lugar que me indicaréis y donde acostumbéis a pasear.

—Todo esto me parece propio de un hombre prudente y que quiere triunfar —dijo el anciano.

—Yo triunfaré, señor mío. Ante todo, indicadme los militares del antiguo ejército que han vuelto a Issoudun, y que no son del partido de ese Maxence Gilet, y con los que pueda establecer relaciones.

—En primer lugar está monsieur Mignonnet, capitán de artillería de la Guardia, antiguo alumno de la Escuela Politécnica y que ahora tiene cuarenta años. Vive modestamente; es un hombre con un alto sentido del honor que se ha manifestado públicamente contra Max, cuya conducta le parece indigna de un verdadero militar.

—Muy bien —dijo el teniente coronel.

—No hay muchos militares de su temple —repuso monsieur Hochon—. No veo más que a otro: un antiguo capitán de caballería.

—Es mi arma —dijo Felipe—. ¿Estaba en la Guardia?

—Sí —repuso monsieur Hochon—. Carpentier era en 1810 primer sargento de los Dragones; salió de ellos para ingresar en la Línea con el grado de subteniente y allí ascendió hasta capitán.

“Giroudeau sin duda lo conoce”, se dijo Felipe.

—Monsieur Carpentier ocupó el puesto que Maxence rechazó en la Alcaldía, y es amigo del comandante Mignonnet.

—¿Qué puedo hacer aquí para ganarme la vida?...

—Según creo, se piensa establecer una subdirección para los Seguros Mutuos del Departamento del Cher, donde podríais encontrar un puesto; pero eso sería cincuenta francos al mes a lo sumo.

—Con eso me basta.

Al cabo de una semana, Felipe tenía una levita, unos pantalones y un chaleco nuevo de buen paño azul de Elbeuf, comprados a crédito y pagaderos a plazos

mensuales, junto con unas botas, guantes de cabritilla y un sombrero. Giroudeau le envió de París ropa interior, sus armas y una carta para Carpentier, que había servido a las órdenes del antiguo capitán de Dragones. Esta carta de presentación granjeó a Felipe la devoción de Carpentier, quien lo presentó al comandante Mignonnet como un hombre del mayor mérito y de un carácter irreprochable.

Felipe supo conquistar la admiración de aquellos dos dignos oficiales haciéndoles algunas confidencias sobre la conspiración abortada, que fue, como sabe el lector, la última tentativa del antiguo ejército contra los Borbones, pues el proceso de los sargentos de La Rochela obedeció a otras motivaciones. A partir de 1822, aleccionados por la suerte que corrió la conspiración del 19 de agosto de 1820, y por los complots de Berton y Caron, los militares se contentaron con esperar los acontecimientos. Esta última conspiración, hija de la del 19 de agosto, fue la misma, pero realizada con mejores elementos. Como la precedente, quedó totalmente oculta a los ojos del Gobierno real. Y cuando fueron descubiertos, los conspiradores tuvieron la presencia de ánimo suficiente para reducir lo que había de ser un gran pronunciamiento a las ridículas proporciones de un complot cuartelero. Esta conspiración, a la que se adhirieron numerosos regimientos de caballería, de infantería y de artillería, tenía el norte de Francia por foco. Los conjurados se proponían apoderarse simultáneamente de todas las plazas fuertes de la frontera. En caso de que el alzamiento tuviese éxito los tratados de 1815 hubieran quedado anulados por una federación inmediata de Bélgica, arrebatada a la Santa Alianza merced a un pacto militar hecho entre soldados. Dos tronos hubieran naufragado en un momento bajo los embates de aquel fulminante huracán.

En lugar de este plan formidable concebido por cerebros privilegiados, y al que estaban mezclados elevados personajes, sólo se expuso un plan insignificante ante el Tribunal de los Pares. Felipe Bridau consintió en cubrir a aquellos jefes, que desaparecen en el momento en que los complots se descubren a consecuencia de una traición o por una aciaga casualidad y que, al ocupar altos puestos en las Cámaras, sólo prometían su apoyo para terminar de redondear el éxito en el seno del gobierno. Referir aquí el plan que desde 1830 las declaraciones de los liberales han expuesto en toda su amplitud en sus inmensas ramificaciones ocultas a los iniciados inferiores, sería invadir el terreno de la historia y enzarzarse en una digresión excesivamente prolija. Esta exposición sumaria bastará para que el lector comprenda cuál era el doble papel que había aceptado Felipe. El antiguo ayudante del emperador debía dirigir un movimiento planeado en París, sólo como cobertura de la auténtica conspiración, para coger al gobierno entre dos fuegos cuando ésta estallase en el norte. Felipe fue encargado entonces de romper la trama que unía a los dos complots, sin revelar más que los secretos de orden secundario; asimismo, la espantosa miseria que revelaban su vestimenta y su estado de salud, sirvieron en gran manera para rebajar y disminuir la empresa a los ojos del poder constituido. Este papel convenía a la situación precaria de aquel tahúr sin principios morales. Al sentirse a caballo entre

dos partidos, el astuto Felipe hizo de buen apóstol con el gobierno real y conservó la estima de los altos jefes de su partido, pero esto no le impidió prometerse que más adelante seguiría, de los dos caminos, el que le ofreciese mayores ventajas.

Estas revelaciones sobre el inmenso alcance de la verdadera conspiración, sobre la participación en ella de algunos de los jueces, hicieron de Felipe, a los ojos de Carpentier y de Mignonnet, un hombre distinguidísimo, pues su adhesión a la causa revelaba un político digno de los buenos tiempos de la Convención. De este modo el astuto bonapartista se hizo amigo en pocos días de los dos oficiales, beneficiándose de la consideración de que gozaban. No tardó en conseguir, merced a la recomendación de los señores Mignonnet y Carpentier, la plaza que le había indicado el viejo Hochon en los Seguros Mutuos del Departamento del Cher. Encargado de llevar el libro de registro como un recaudador de contribuciones, de llenar con nombres y cifras las circulares ya impresas y expedirlas, de extender pólizas de seguros, su trabajo no le ocupaba más de tres horas al día. Mignonnet y Carpentier hicieron ingresar al desterrado en su círculo, donde su actitud y sus modales, que estaban en armonía con la alta opinión que los dos oficiales se habían formado de aquel jefe de conspiradores, le merecieron el respeto que suele concederse a un exterior a menudo engañoso.

Felipe, cuya conducta era profundamente meditada, reflexionó durante su encarcelamiento en los inconvenientes que ofrecía una vida disipada. Por lo tanto, no tuvo necesidad del sermón de Desroches para comprender que debía granjearse la estima de la burguesía mediante una vida honrada, decente y ordenada. Encantado de satirizar a Max portándose como un Mignonnet, quiso adormecer a Maxence engañándolo sobre su verdadero carácter. Procuraba hacerse pasar por un necio, mostrándose generoso y desinteresado, mientras iba envolviendo a su adversario, sin dejar de ambicionar la herencia de su tío; mientras que su madre y su hermano, animados de un auténtico desinterés, buenos y generosos, fueron acusados de cálculo al obrar de una manera ingenua y sencilla. La codicia de Felipe se despertó en presencia de la fortuna de su tío, que monsieur Hochon le había detallado. En la primera conversación que sostuvo en secreto con el octogenario, ambos se pusieron de acuerdo en la obligación que tenía Felipe de no despertar la desconfianza de Max, pues todo estaría perdido si Flore y Max se llevaban a su víctima, aunque sólo fuese a Bourges.

Una vez por semana, el coronel cenaba con el capitán Mignonnet, otra vez con Carpentier y los jueves en casa de monsieur Hochon. A las tres semanas de estancia en Issoudun estaba invitado ya en dos o tres casas, lo cual quiere decir que sólo tenía que pagarse el almuerzo. En ninguna parte mencionó a su tío, ni a la Rabouilleuse, ni a Gilet, a menos que se tratase de saber algo sobre la estancia de su hermano y su madre. Los tres oficiales, en fin, los únicos condecorados que había en Issoudun, entre los cuales Felipe descollaba gracias al botón de oficial de la Legión de Honor, lo que le confería a los ojos de todos una superioridad muy tenida en cuenta en

provincias, paseaban juntos a la misma hora, antes de cenar, haciendo, según la expresión vulgar, *rancho aparte*.

Esta actitud, esta reserva, esta tranquilidad, produjeron efecto excelente en Issoudun. Todos los partidarios de Max vieron en Felipe a un *militarote*, expresión por la cual se reconoce el valor más vulgar a los oficiales superiores, negándoles al propio tiempo la capacidad exigida para el mando.

—Es un hombre honorabilísimo —decía Goddet padre a Max.

—¡Bah! —respondía el comandante Gilet—. Su conducta ante el Tribunal de los Pares demuestra que es cabeza de turco de alguien o un confidente; y como decís, es lo bastante necio como para haber sido cabeza de turco de los verdaderos jefes.

Después de obtener su puesto, Felipe estaba al corriente de los comadreoos locales, quiso ocultar lo antes posible ciertas cosas al conocimiento de la villa; así es que se alojó en una casa situada al extremo del arrabal de Saint-Paterne, y que poseía un gran jardín. En aquella casa pudo fabricar, con el máximo sigilo, diversas armas con Carpentier, que había sido maestro armero en la Línea antes de pasar a la Guardia. Después de readquirir de este modo y en secreto su antigua superioridad, Felipe conoció por Carpentier diversos secretos gracias a los cuales dejó de temer a un adversario de un poder considerable. Empezó entonces a efectuar prácticas de tiro de pistola con Mignonnet y Carpentier, para distraerse, según decía, más para hacer creer a Maxence que, en caso de duelo, escogería aquel arma.

Cuando Felipe encontraba a Gilet, esperaba que éste lo saludase y respondía levantando el ala de su sombrero a estilo caballeresco, como haría un coronel al responder al saludo de un soldado. Maxence Gilet no daba señal alguna de impaciencia ni de descontento; no dejó escapar la menor alusión a aquel tema en casa de la Cognette, donde seguían celebrando sus reuniones pantagruélicas, pese a que, después de la cuchillada de Fabio, las bromas pesadas quedaron momentáneamente suspendidas.

Al cabo de cierto tiempo, el desdén que sentía el teniente coronel Bridau por el comandante de batallón Gilet fue un hecho manifiesto, que dio tema de conversación a algunos Caballeros de la Holganza que no se hallaban unidos por vínculos tan íntimos con Maxence como Baruc, Francisco y otros tres o cuatro. Causó sorpresa general ver al violento y fogoso Max portándose con tal reserva. No hubo nadie en Issoudun, ni siquiera Potel o Renard, que se atreviese a tratar de aquel delicado punto con Gilet. Potel, muy afectado por aquella falta de entendimiento público existente entre dos valientes oficiales de la Guardia Imperial, decía que Max era muy capaz de urdir una trama en la que quedaría prendido el coronel. Según Potel, podía esperarse que sucediese algo nuevo, después de lo que Max había hecho para expulsar de Issoudun a los Bridau madre e hijo, pues el asunto de Fario ya no constituía un misterio. Monsieur Hochon no dejó de explicar a los ancianos de la ciudad la atroz jugarreta de Gilet. Por otra parte, monsieur Mouilleron, héroe de las chismorrerías burguesas, rebeló confidencialmente el nombre del atacante de Gilet, aunque sólo

fuese para averiguar las causas de la enemistad de Fario contra Max a fin de tener a la Justicia alerta sobre los futuros acontecimientos. Al hablar de la situación del teniente coronel respecto a Max, y al esforzarse por adivinar qué saldría de aquel antagonismo, la ciudad los presentó, pues, de antemano, como adversarios. Felipe, que buscaba con la mayor solicitud todos los detalles posibles sobre la detención de su hermano, los antecedentes de Gilet y los de la Rabouilleuse, terminó por entrar en relaciones bastante íntimas con Fario, su vecino. Después de estudiar a fondo al español, Felipe creyó poder confiarse a un hombre de aquel temple. Ambos odiaban con tal unanimidad a Max, que Fario se puso a la disposición de Felipe, contándole todo cuanto sabía sobre los Caballeros de la Holganza. Felipe, para el caso en que consiguiese adquirir sobre su tío el ascendiente que sobre él ejercía Gilet, prometió a Fario indemnizarlo de sus pérdidas, convirtiéndolo de este modo en un fanático secuaz. Maxence, pues, se enfrentaba con un temible enemigo; había encontrado, según la frase del país, un digno adversario. Animada por sus comadreo, la villa de Issoudun presentía un combate singular entre aquellos dos personajes que, no hay que olvidarlo, se despreciaban mutuamente.

Una mañana de finales de noviembre, cuando Felipe se encontró con monsieur Hochon, alrededor del mediodía, en la gran alameda de Frapesle, le dijo:

—He descubierto que vuestros dos nietos, Baruc y Francisco, son amigos íntimos de Maxence Gilet. Los muy pícaros participan en todas las barrabasadas nocturnas que se realizan en la ciudad. Asimismo, Maxence supo por ellos todo cuanto se decía en vuestra casa cuando mi madre y mi hermano se alojaban en ella.

—¿Y qué pruebas tenéis de estos horrores?...

—Les oí hablar de noche a la salida de una taberna. Cada uno de vuestros nietos debe mil escudos a Maxence. El miserable dijo a esos pobres muchachos que trataran de averiguar nuestras intenciones; recordándoles luego que vos encontrasteis el medio de poner a mi tío en manos del clero, les dijo que únicamente vos erais capaz de dirigir mis pasos, pues afortunadamente me toma por un militarote desprovisto de inteligencia.

—¿Cómo, mis nietos?...

—Vigiladlos —repuso Felipe— y los veréis volver la plaza de Saint-Jean a las dos o las tres de la madrugada, borrachos como una cuba de vino de Champaña, y en compañía de Maxence.

—Ahora comprendo la sobriedad de esos tunantes —dijo monsieur Hochon.

—Fario me ha informado sobre su vida nocturna —prosiguió Felipe—, pues sin él yo nunca lo hubiera sabido. Mi tío se halla sobre el peso de una horrible opresión, a juzgar por las escasas palabras que mi español oyó decir a Max, hablando con vuestros nietos. Sospecho que Max y la Rabouilleuse han formado el plan consistente en birlar los cincuenta mil francos de renta del Gran Libro, para ir a casarse a cualquier parte, después de haber quitado la tajada a “su pichón”. Ya es hora de saber lo que sucede en casa de mi tío, pero no sé cómo hacerlo.

—Pensaré en ello —dijo el anciano.

Felipe y monsieur Hochon se separaron, al ver acercarse algunas personas.

Jamás, en ningún momento de su vida, Jean-Jacques Rouget había sufrido tanto como después de la primera visita de su sobrino Felipe. Flore, espantada, tenía el presentimiento de un peligro que amenazaba a Maxence. Cansada de su amo y temiendo que éste no viviese mucho, y viendo que resistía con tanta tenacidad a sus prácticas criminales, tramó el sencillo plan de abandonar Issoudun e ir a casarse con Maxence en París, después de haber retirado la inscripción de cincuenta mil libras de renta que figuraba en el Gran Libro, o registro de los acreedores del Estado. El viejo solterón, guiado no por interés hacia sus herederos ni por avaricia personal, sino por su pasión, se negaba a entregar la inscripción a Flore, objetando que ella era su única heredera. El infeliz sabía hasta qué punto Flore amaba a Maxence, y temía que ella lo abandonase cuando se viese lo bastante rica para casarse.

Cuando Flore, después de emplear toda clase de mimos y carantoñas, vio sus aspiraciones denegadas, apeló a sus rigores: dejó de dirigir la palabra a su amo y hacía que le sirviese la Védie, quien una mañana encontró al pobre hombre con los ojos enrojecidos a consecuencia de haber estado llorando toda la noche. Desde hacía una semana, el tío Rouget desayunaba solo y sólo Dios sabe cómo. Así, cuando al día siguiente de su conversación con monsieur Hochon Felipe quiso hacer una segunda visita a su tío, lo halló muy cambiado. Flore permaneció junto al viejo, dirigiéndole miradas afectuosas, hablándole con ternura y representando tal comedia, que Felipe adivinó el peligro de la situación por la excesiva solicitud mostrada en su presencia.

Gilet, cuya política consistía en evitar cualquier choque con Felipe, no apareció.

Después de observar al tío Rouget y Flore con mirada perspicaz, el coronel creyó necesario dar un golpe teatral.

—Adiós, mi querido tío —dijo, levantándose como si tuviese intención de irse.

—¡Oh, no te vayas aún! —le rogó el solterón, a quien la falsa ternura de Flore hacía mucho bien—. Come con nosotros, Felipe.

—De acuerdo, si queréis venir a pasear una horita conmigo.

—El señor está muy débil —dijo mademoiselle Brazier—. Hace un momento no quiso salir en coche —agregó, volviéndose hacia Rouget, al que dirigió aquella mirada fija con que se domina a los locos.

Felipe agarró a Flore por el brazo, obligándola a mirarlo, y la contempló con la misma fijeza con que ella acababa de mirar a su víctima.

—Decidme, señorita —le preguntó—: ¿por ventura mi tío no es libre de ir a pasear a solas conmigo?

—Desde luego que sí, señor —respondió Flore, incapaz de responder otra cosa.

—Pues bien, ¿venís, tío? Vamos, señorita, dadle el sombrero y el bastón...

—Pero nunca acostumbra a salir sin mí, ¿no es verdad, señor?

—Sí, Felipe, sí; su compañía me hace mucha falta...

—Valdría más ir en coche —dijo Flore.

—Sí, vamos en coche —exclamó el solterón, deseoso de poner de acuerdo a sus dos tiranos.

—Tío, vendréis a pie y conmigo, o no vuelvo por aquí; pues entonces la villa de Issoudun tendría razón y sería verdad que estáis bajo el dominio de mademoiselle Flore Brazier. ¡Que mi tío os ame, pase! —prosiguió, dirigiendo a Flore una mirada de plomo—. Que vos no améis a mi tío, pase también. Pero que hagáis desgraciado al pobre hombre... ¡esto no pasa! Cuando se desea una herencia, hay que saber ganársela. ¿Vamos, tío?...

Felipe vio pintarse entonces una cruel vacilación en el semblante de aquel pobre imbécil, cuyas miradas iban de Flore a su sobrino.

—¡Ah, entonces, así es! —agregó el teniente coronel—. Pues bien, adiós, tío. En cuanto a vos, señorita, os beso la mano.

Se volvió súbitamente al llegar a la puerta y sorprendió un gesto de amenaza de Flore a su tío.

—Tío —le dijo—, si queréis salir a pasear conmigo, os recogeré a vuestra puerta: voy a hacer una visita de diez minutos a monsieur Hochon... Si no salimos a paseo, soy yo quien enviará a paseo a mucha gente...

Y Felipe atravesó la plaza de Saint-Jean para dirigirse a casa de los Hochon.

Es fácil suponer la escena que los datos revelados por Felipe a monsieur Hochon produjeron en aquella familia. A las nueve se presentó el viejo monsieur Héron, provisto de sus papeles, y encontró fuego en la chimenea de la sala, que el viejo avaro había hecho encender, contra su costumbre. Vestida a aquella hora extemporánea, madame Hochon ocupaba su sofá al amor de la lumbre. Los dos nietos, advertidos por Adolphine de la tempestad que se cernía desde la víspera sobre sus cabezas, habían permanecido en la posada. Avisados por Gritte, se sintieron intimidados ante el aparato desplegado por sus abuelos, cuya frialdad y cuya cólera pesaban sobre ellos desde hacía veinticuatro horas.

—No os levantéis por ellos —dijo el octogenario a monsieur Héron—, pues son un par de miserables indignos de perdón.

—¡Vamos, abuelo! —dijo Francisco.

—Callaos —repuso el solemne viejo—. Conozco vuestra vida nocturna y vuestras reprobables relaciones con monsieur Maxence Gilet; pero no volveréis a encontraros con él en casa de la Cognette a la una de la madrugada, pues sólo saldréis de aquí los dos para dirigiros a vuestros respectivos destinos. Habéis arruinado a Fario, ¿eh? Debierais haber comparecido varias veces ante la Audiencia de lo Criminal... Callaos —dijo, viendo que Baruc abría la boca—. Ambos debéis dinero a monsieur Maxence, que desde hace seis años os lo presta para vuestras orgías. Escuchad los dos las cuentas de mi tutela, y después hablaremos. Por estos documentos veréis si podéis burlaros de mí, burlaros de la familia y de sus leyes haciendo traición a los secretos de mi casa, explicando a un tal Maxence Gilet todo cuanto se dice y se hace aquí... Por mil escudos, os convertís en unos espías; por diez mil, sin duda, asesinaríais...

¿Pero no habéis casi asesinado ya a madame Bridau? Pues monsieur Gilet sabía perfectamente que fue Fario quien le asestó la cuchillada cuando imputó este asesinato a mi huésped, José Bridau. Y si ese malhechor ha cometido este crimen, lo hizo porque supo por vosotros la intención que tenía madame Ágata de quedarse aquí. ¿Vosotros, mis nietos, espías de semejante hombre? ¿Vosotros unos merodeadores?... ¿No sabíais ya que vuestro digno jefe, al principio de su infame carrera, en 1806, mató a una pobre joven? ¡Yo no quiero asesinos ni ladrones en mi familia, así es que haréis el equipaje e iréis a que os cuelguen a otra parte!

Los dos jóvenes quedaron blancos e inmóviles como estatuas de yeso.

—Empezad, monsieur Héron —dijo el avaro al notario.

El anciano leyó un estado de cuentas del que resultaba que la fortuna neta y líquida de ambos jóvenes Borniche ascendía a setenta mil francos, suma que representaba la dote de su madre; pero monsieur Hochon había hecho prestar a su hija cantidades bastante elevadas, y resultaba ser, bajo el nombre de los que habían efectuado el préstamo, el dueño de parte de la fortuna de sus nietos Borniche. La mitad correspondiente a Baruc se saldaba por la suma de veinte mil francos.

—Ya eres rico —dijo el viejo—. ¡Toma tu fortuna y vete! Yo quedo dueño de entregar mis bienes y los de madame Hochon —que comparte absolutamente mis puntos de vista— a quien me plazca, a nuestra querida Adolphine: sí, la casaremos con el hijo de un par de Francia, si ése es nuestro deseo, pues será nuestra heredera universal.

—¡Poseerá una fortuna enorme! —observó monsieur Héron.

—Monsieur Maxence Gilet os indemnizará —dijo madame Hochon.

—¡Sí, amasad piezas de veinte sueldos para semejantes alhajas!... —exclamó monsieur Hochon.

—¡Perdón! —balbució Baruc.

—*Perdón, que aún haré más* —repitió con sarcasmo el anciano, imitando la voz del muchacho—. Si os perdonase, iríais a contar a monsieur Maxence lo que os ha sucedido, para ponerle en guardia... No, no, señoritos. Tengo el medio de saber cómo os portaréis. Tal como hagáis vosotros, haré yo. No os juzgaré por la buena conducta de un día ni de un mes, sino por la de muchos años... Tengo buen pie, buena vista y buena salud. Espero vivir aún lo bastante para saber qué camino escoger. En primer lugar vos iréis, señor capitalista, a París, a estudiar la banca con monsieur Mongenod, el banquero. Desdichado de vos, si no andáis recto: no os quitarán ojo de encima. Vuestros fondos están depositados en el establecimiento de los señores Mongenod e hijo; aquí tenéis un bono sobre esos fondos y por esa misma cantidad. Libradme ahora, firmando este estado de cuentas, de una tutela que termina con este recibo —dijo, tomando un estado de cuentas de manos de Héron y tendiéndolo a Baruc.

—En cuanto a vos, Francisco Hochon, en lugar de recibir dinero me lo debéis —dijo el viejo mirando a su otro nieto—. Monsieur Héron, leedle sus cuentas; están claras..., clarísimas.

La lectura se hizo en medio de un profundo silencio.

—Iréis a Poitiers con seiscientos francos al año para estudiar Derecho —dijo el abuelo cuando el notario terminó—. Os preparaba una hermosa existencia; ahora, tendréis que haceros abogado para ganáros la vida. ¡Ah, pícaros, me habéis engañado durante seis años, pero yo sólo he necesitado una hora para descubrirlos y atraparlos: tengo botas de siete leguas!

En el momento en que el viejo monsieur Héron salía con los documentos firmados, Gritte anunció al señor coronel Felipe Bridau. Madame Hochon salió llevándose a sus dos nietos a su habitación a fin de confesarlos, según la expresión del viejo Hochon, y saber qué efecto había producido en ellos aquella escena.

Felipe y el anciano se pusieron a hablar en voz baja en el hueco de una ventana.

—He reflexionado profundamente en la situación de vuestros asuntos —dijo monsieur Hochon, indicando la casa de Rouget—. Acabo de hablar de ellos con monsieur Héron. La inscripción de cincuenta mil francos de renta sólo puede ser vendida por el propio titular o por un mandatario; ahora bien, desde que vos residís aquí, vuestro tío no ha otorgado poderes a nadie ante ningún notario; y, como no ha salido de Issoudun, no ha podido hacerlo fuera de la población. Si otorga unos poderes aquí, lo sabremos al instante; si los otorga fuera de aquí, lo sabremos, pues hay que registrarlos, y el digno monsieur Héron tiene los medios de saberlo. Así, pues, si ese babeiaca sale de Issoudun, hacedlo seguir, averiguad adónde ha ido y hallaremos los medios de saber qué ha hecho allí.

—No ha otorgado poderes a nadie —dijo Felipe—, a pesar de que hay quien los quiere, pero yo confío en poder evitarlo; estos poderes no-se-o-tor-ga-rán —dijo con énfasis el militar, viendo a su tío en el umbral de su puerta, señalándoselo a monsieur Hochon, a quien explicó sucintamente los acontecimientos, tan nimios y a la vez tan importantes, que se desarrollaron durante su visita—, Maxence me teme, pero no puede evitarme. Mignonnet me ha dicho que todos los oficiales del antiguo ejército festejaban todos los años en Issoudun el aniversario de la coronación del emperador. Eso quiere decir que dentro de dos días Maxence y yo nos veremos las caras.

—Si obtiene los poderes el primero de diciembre por la mañana, tomará la posta para irse a París, dejando que los demás celebren el aniversario...

—Bien, se trata de encerrar a mi tío; pero tengo una mirada que inmoviliza a los imbéciles —dijo Felipe, dirigiendo a monsieur Hochon una espantosa mirada que lo hizo temblar.

—Si lo dejan pasear con vos, eso quiere decir que sin duda Maxence ha descubierto un medio de ganar la partida —observó el viejo avaro.

—¡Oh, Fario no duerme —replicó Felipe—, y no es el único que vela! El español me ha descubierto, en los alrededores de Vatan, a uno de mis antiguos soldados, a quien había hecho varios favores. Sin que nadie lo sospeche, Benjamín Bourdet está a las órdenes de mi español, quien ha puesto uno de sus caballos a la disposición de Benjamín.

—Si matáis a ese monstruo que ha pervertido a mis nietos, cometeréis una buena acción, no lo dudéis.

—Hoy, gracias a mí, en todo Issoudun se sabe lo que ha estado haciendo monsieur Maxence por las noches desde hace seis años —respondió Felipe—. Y las habladurías siguen su curso. Moralmente, está perdido...

Cuando Felipe salió de casa de su tío, Flore entró en la habitación de Maxence, para referirle en sus menores detalles la visita que acababa de efectuar el audaz sobrino.

—¿Qué hacer? —dijo ella.

—Antes de llegar al último extremo, que consistirá en batirme con ese fantasmón —respondió Maxence—, hay que jugarse el todo por el todo en un golpe maestro. ¡Deja ir a nuestro imbécil con su sobrino!

—¡Esto no me gusta! —exclamó Flore—. ¡Ese bruto llamará a las cosas por su nombre, pues no tiene pelos en la lengua!

—Escúchame, pues —dijo Maxence con voz estridente—. ¿Crees que yo me chupo el dedo y que no he reflexionado sobre nuestra situación? ¡Pide inmediatamente un caballo y un coche largo descubierto al tío Cognet, y que los prepare en cinco minutos! Mete en el coche todas tus cosas, toma contigo a la Védie y corre a Vatan. Una vez allí, instálate como si quisieras quedarte por mucho tiempo y llévate unos veinte mil francos que él tiene en su mesita. Yo te llevaré entonces a ese imbécil a Vatan, y tú no consentirás en volver aquí si no firma los poderes. Mientras vosotros volvéis a Issoudun, yo me iré a París. Cuando al regreso de su paseo Jean-Jacques no te encuentre en casa, perderá la cabeza y correrá en pos de ti... Entonces; me encargo yo de hablarle...

Mientras se tramaba ese complot, Felipe se llevaba a su tío del brazo, para ir a pasear con él por el bulevar Baron.

—Ahí van dos grandes políticos en oposición —dijo el viejo Hochon siguiendo con la mirada al coronel, que sostenía a su tío—. Tengo curiosidad por ver el fin de esa partida en la que se juegan noventa mil libras de renta.

—Mi querido tío —dijo Felipe al tío Rouget, con una fraseología que aún se resentía de sus relaciones inconfesables de París—. Vos amáis a esa joven y tenéis razón, desde luego, pues está imponente. En vez de haceros mimos, os trata como a un criado. Es muy sencillo: querría veros a seis pies bajo tierra, para casarse con Maxence, al que adora...

—Oh, eso ya lo sé, Felipe, pero de todos modos la quiero.

—Pues bien: os juro, por las entrañas de mi madre, que es vuestra legítima hermana —repuso Felipe—, que dejaré a vuestra Rabouilleuse suave como un guante, y tal como debía ser antes de que ese golfo, indigno de haber servido en la Guardia Imperial, viniese a sentar sus reales en vuestra casa...

—¡Oh, si pudieses hacer eso! —exclamó el viejo.

—Es muy sencillo —respondió Felipe, interrumpiendo a su tío—. Os mataré a

ese Maxence como a un perro... Pero... con una condición —dijo el militar.

—¿Cuál? —preguntó el viejo Rouget, mirando alelado a su sobrino.

—No firméis los poderes que os piden antes del 3 de diciembre. Dadles largas hasta ese día. Ese par de bribones quieren vuestro permiso para vender vuestros cincuenta mil francos de renta, únicamente para irse a casar en París y celebrar unas bodas magníficas con vuestro millón...

—Eso es lo que temo, precisamente —respondió Rouget.

—Pues bien: hagan lo que hagan con vos, aplazad la firma hasta la semana próxima.

—Sí, pero cuando Flore me habla, me revuelve el alma hasta hacerme perder la razón. Cuando me mira de aquella manera, sus ojos azules me parecen el paraíso y ya na soy dueño de mí, sobre todo si lleva algunos días enfadada conmigo.

—Si se pone melosa con vos, contentaos con prometerle que firmaréis los poderes, y avisadme la víspera de la firma. Esto me bastará: Maxence no será vuestro apoderado, o bien me habrá dado muerte. Si lo mato, yo ocuparé su puesto en vuestra casa, y veréis cómo haré andar derecha a esa buena moza. ¡Sí, Flore os amará, voto a sanes! Y si no estáis contento de ella, le pegaré con mi látigo de montar.

—¡Oh, no podría soportarlo! Cada golpe que recibiese Flore me lastimaría el corazón.

—Sin embargo, ésa es la única manera de gobernar a las mujeres y a los caballos. De este modo, un hombre se hace temer, amar y respetar. Esto es todo cuanto quería deciros al oído. Buenos días, señores —dijo a Mignonnet y Carpentier, con los que se cruzaron—. Como veis, he sacado a mi tío a pasear, y trato de educarlo; pues estamos en un siglo en que los hijos están obligados a educar a los padres.

Todos se saludaron respetuosamente.

—Ved en mi tío el ejemplo de los efectos que produce una pasión desdichada —prosiguió el coronel—. Quieren despojarlo de su fortuna y dejarlo a la buena de Dios; ya sabéis a quién me refiero. El bueno de mi tío no ignora el complot, pero no tiene la fuerza necesaria para prescindir durante algunos días de los mimos a la hora del desayuno.

Felipe explicó sin ambages la situación en que se encontraba su tío.

—Señores —dijo al terminar—, como veis, no hay más que dos maneras de salvar a mi tío: es necesario que el coronel Bridau mate al comandante Gilet, o que el comandante Gilet mate al coronel Bridau. Pasado mañana festejamos la coronación del emperador y cuento con vosotros para disponer los lugares en la mesa del banquete, de manera que yo quede frente al comandante Gilet. Me concederéis el honor, supongo, de ser mis padrinos.

—Os nombraremos presidente y nos tendréis a derecha e izquierda. Max, como vicepresidente, estará frente a vos —dijo Mignonnet.

—¡Oh, ese bribón tendrá por padrinos al comandante Potel y al capitán Renard! —dijo Carpentier—. Pese a lo que se rumorea en la ciudad sobre sus incursiones

nocturnas, esos dos valientes ya han sido sus padrinos y le serán fieles...

—Ya veis, tío —dijo Felipe—, cómo van madurando las cosas; así es que no firméis nada antes del 3 de diciembre, pues al día siguiente seréis libre, feliz, amado por Flore y sin vuestro Tribunal de Ayudas.

—Tú no lo conoces, sobrino —dijo el viejo, asustado—. Maxence ha matado a nueve hombres en duelo.

—Sí, pero no para robar cien mil francos de renta —respondió Felipe.

—Una mala conciencia hace temblar la mano —dijo sentenciosamente Mignonnet.

—Dentro de algunos días —agregó Felipe— vos y la Rabouilleuse viviréis juntos como dos novios, una vez se le haya pasado el disgusto, pues se retorcerá como un gusano, aullará y se deshará en llanto, pero... ¡Dejad correr el agua!

Los dos militares apoyaron los argumentos de Felipe y se esforzaron por infundir aliento al tío Rouget, con el que pasaron durante dos horas.

Por último Felipe acompañó a su tío a casa y se despidió de él con estas palabras:

—No adoptéis ninguna determinación sin consultarme previamente. Conozco a las mujeres y he tenido que soportar a una que me costó más cara que cuanto os pueda costar Flore en toda vuestra vida... Pero también me enseñó a conducirme con el bello sexo de la única manera que las mujeres entienden. Las mujeres son niños traviosos, animales inferiores al hombre, y hay que hacerse temer de ellas, pues lo peor que puede sucedemos es que nos gobiernen esos seres sin cerebro.

Eran alrededor de las dos del mediodía cuando el viejo volvió a su casa. Kouski fue a abrirle la puerta, llorando, o al menos, de acuerdo con las órdenes de Maxence, parecía llorar.

—¿Qué pasa? —preguntó Jean-Jacques.

—¡Ah, señor! ¡La señora se ha ido con la Védie!

—¿Que se ha ido?... —balbució el viejo con voz ahogada.

El golpe fue tan violento, que Rouget tuvo que sentarse en uno de los peldaños de la escalera. Un momento después se levantó, fue a mirar a la sala, a la cocina, subió a sus habitaciones, escudriñó todas las piezas, volvió a la sala, se dejó caer en una butaca y se echó a llorar.

—¿Dónde está? —gemía sollozando—. ¿Dónde está? ¿Dónde está Max?

—No lo sé —respondió Kouski—. El comandante salió sin decirme nada.

Gilet, demostrando ser un político habilísimo, consideró necesario ir a darse una vuelta por la ciudad. Al dejar al viejo solo y entregado a su desesperación, le hacía sentir su abandono, haciéndolo por ende dócil a sus consejos.

Mas para evitar que Felipe ayudase a su tío en esta crisis, Max ordenó a Kouski que no abriese la puerta a nadie. En ausencia de Flore, el solterón quedaba sin freno ni bocado y la situación podía hacerse entonces excesivamente crítica.

Durante su vuelta por la ciudad, Maxence Gilet vio que muchos que la víspera se hubiesen apresurado a ir a estrecharle la mano, ahora lo rehuían. Se estaba

produciendo una reacción general contra él. Las obras de los Caballeros de la Holganza corrían de boca en boca. La historia de la detención de José Bridau, completamente aclarada a la sazón, deshonraba a Max, cuya vida y cuyas obras recibieron en un solo día su justa apreciación. Gilet encontró al comandante Potel, que lo buscaba y que estaba fuera de sí.

—¿Qué tienes, Potel?

—Querido, la Guardia Imperial está siendo insultada en toda la ciudad... Los burgueses se han metido contigo y, de rechazo, esto me aflige.

—¿De qué se quejan? —respondió Max.

—De lo que les hacías por las noches.

—Como si uno no pudiera divertirse un poco...

—Pero esto no es nada —dijo Potel.

Potel pertenecía a esa clase de oficiales que responderían a un burgomaestre: “¡Bueno, ya os pagaremos la ciudad, si os la quemamos!”. Eso quiere decir que apenas se inmutaba ante las bromas pesadas de los de la Holganza.

—¿Es que hay algo más? —preguntó Gilet.

—¡Lo que más me aflige es ver a la Guardia contra la Guardia! Ha sido Bridau quien ha azuzado a todos los burgueses contra ti. ¿La Guardia contra la Guardia?... ¡No, eso no está bien! No puedes retroceder, Max, y hay que ponerse a la altura de Bridau. Mira, yo tenía grandes deseos de buscarle camorra a ese gran canalla, y de derribarlo, pues así nunca hubieran visto los burgueses lo que ahora ven. En la guerra es distinto: dos valientes de la Guardia ventilan sus diferencias en el campo del honor, sin burgueses que se burlen de ellos. No, ese gran bellaco no ha servido jamás en la Guardia. Un hombre de la Guardia no debe portarse así, ante burgueses, contra otro camarada de la Guardia. ¡Ah, insultan a la Guardia, y precisamente en Issoudun, donde era tan respetada!...

—Vamos, Potel, que no vale la pena inquietarse —respondió Maxence—. Además, tú no me verás en el banquete del aniversario...

—¿Así, no estarás en casa de Lacroix pasado mañana? —exclamó Potel interrumpiendo a su amigo—. ¿Y quieres pasar por un cobarde, haciendo creer a todos que huyes de Bridau? No, no. Los Granaderos de a pie de la Guardia no deben retroceder ante los Dragones de la Guardia. ¡Arregla tus asuntos como quieras, pero asiste al banquete!...

“Uno más que hay que poner a la sombra —dijo Max—. ¡Bien, creo que podré asistir al banquete y resolver al mismo tiempo mis asuntos! Pues no es necesario que los poderes estén a mi nombre —dijo para su capote—. Como ha dicho el viejo Héron, esto aparecería como un robo hartamente evidente”.

Aquel león, enredado en las redes tendidas por Felipe Bridau, se estremeció entre dientes; evitando las miradas de los transeúntes, regresó por el bulevar Vilatte diciéndose:

“Antes de batirme, tendré las rentas. Si muero, al menos ese dinero no pasará a

manos de Felipe, pues lo habré hecho poner a nombre de Flore. Siguiendo mis instrucciones esa criatura irá en derecha a París, donde podrá, si lo desea, casarse con el hijo de algún mariscal del Imperio, destituido. Pondré los poderes a nombre de Baruc, quien sólo transferirá la inscripción por orden mía”.

Max —hagámosle justicia— nunca estaba más tranquilo en apariencia que cuando la sangre y las ideas le hervían. Nunca se habían visto reunidas en un militar, y en tan alto grado, las cualidades que hacen los grandes generales. Si el cautiverio no hubiese truncado su carrera, el emperador hubiera tenido en aquel joven un de esos hombres tan necesarios para las empresas de altos vuelos.

Al entrar en la sala en que seguía llorando la víctima de todas aquellas escenas tragicómicas, Max preguntó la causa de aquella desolación: se hizo el asombrado, diciendo que no sabía nada, se enteró con una sorpresa muy bien fingida de la partida de Flore e interrogó a Kouski para conseguir algunos indicios sobre la finalidad de aquel viaje inexplicable.

—La señora me ha dicho —explicó Kouski— que dijese al señor que había tomado los veinte mil francos oro que había en la mesita, creyendo que el señor no le negaría esa suma en concepto del salario que le adeuda desde hace veintidós años.

—¿Su salario? —dijo Rouget.

—Sí —prosiguió Kouski—. “¡Ah, no volveré!”, dijo a la Védie al irse (pues la pobre Védie, que tiene mucho afecto por el señor, hacía reflexiones a la señora). “¡No, no! —decía ella—. ¡No siente el menor afecto por mí; dejó a su sobrino que me tratase como a una cualquiera!”. Y lloraba a lágrima viva.

—¡Felipe me importa un rábano! —exclamó el viejo, a quien Maxence observaba—. ¿Dónde está Flore? ¿Cómo podemos saber dónde está?

—Felipe, cuyos consejos seguís, os ayudará —respondió fríamente Maxence.

—¿Qué puede Felipe sobre esa pobre criatura? —respondió el viejo—. Solamente tú, mi buen Max, sabrás encontrar a Flore. Ella te seguirá y tú la devolverás a mi lado...

—No deseo contrariar a monsieur Bridau —dijo Max.

—¡Pardiez —exclamó Rouget—, si eso es lo que te preocupa, debes saber que ha prometido matarte!

—¡Ah! —exclamó Gilet, riendo—. Eso, ya lo veremos...

—Amigo mío —dijo el viejo—. Da con el paradero de Flore y dile que haré todo lo que ella quiera.

—Alguien debe de haberla visto pasar por la ciudad —dijo Maxence a Kouski—. Sírvenos la cena, ponlo todo en la mesa y después vete a preguntar por todas partes, para que a la hora de los postres puedas decirnos qué camino ha tomado mademoiselle Brazier.

Esta orden calmó momentáneamente al pobre hombre, que gemía como un niño que ha perdido a su niñera. En aquel momento, Maxence, a quien Rouget odiaba como causa de todas sus desdichas, le pareció un ángel. Una pasión como la que

Rouget sentía por Flore, se asemeja extrañamente a la infancia. A las seis, el polaco, que se había limitado a dar un paseo, volvió para anunciar que la Rabouilleuse había tomado por la carretera de Vatan.

—Madame vuelve a su tierra, es claro —dijo Kouski.

—¿Queréis que vayamos esta noche a Vatan? —dijo Max al viejo—. La carretera es mala, pero Kouski sabe conducir y haréis las paces mejor esta noche a las ocho que mañana por la mañana.

—Partamos —exclamó Rouget.

—Engancha sin hacer ruido los caballos y procura que nadie se entere de estas tonterías, para dejar a salvo el honor de monsieur Rouget. Ensilla mi caballo, yo iré delante —dijo al oído de Kouski.

Monsieur Hochon ya había informado a Felipe de la partida de mademoiselle Brazier. Inmediatamente Felipe abandonó la mesa de monsieur Mignonnet para correr a la plaza de Saint-Jean, pues adivinó perfectamente la finalidad de aquella hábil estratagema. Y cuando Felipe llamó a la puerta de casa de su tío, Kouski se asomó a una ventana del primer piso para decirle que monsieur Rouget no podía recibir a nadie.

—Fario —dijo Felipe al español, que se paseaba por la Grande-Narette—, ve a decir a Benjamín que monte a caballo; es urgente saber adonde irán mi tío y Maxence.

—Están unciendo el caballo a la berlina —dijo Fario, que vigilaba la casa de Rouget.

—Si van a Vatan —respondió Felipe—, proporcióname un segundo caballo y regresa con Benjamín a casa de monsieur Mignonnet.

—¿Qué pensáis hacer? —dijo monsieur Hochon, que vio a Felipe y Fario en la plaza al salir de su casa.

—El talento de un general, mi querido monsieur Hochon, no sólo consiste en observar detenidamente los movimientos del enemigo, sino en adivinar sus intenciones a través de esos movimientos, modificando constantemente el plan a medida que el enemigo lo altera, mediante una marcha imprevista. Mirad, si mi tío y Maxence salen juntos en la berlina, es que irán a Vatan; Maxence le ha prometido reconciliarlo con Flore, que *fugit ad salices*, pues esta maniobra es del general Virgilio. Si hacen las cosas así, no sé qué partido tomar; pero dispondré de toda la noche, pues mi tío no firmará poderes a las diez de la noche, ya que los notarios están acostados. Si como me anuncian los relinchos del segundo caballo, Max va a dar instrucciones a Flore antes que mi tío, lo que parece necesario y verosímil, el infeliz está perdido. Veréis cómo nos tomamos el desquite en el juego de la herencia, nosotros los viejos soldados... Y como para esta última jugada de la partida me hace falta un segundo, vuelvo a casa de Mignonnet para ponerme de acuerdo con mi amigo Carpentier.

Después de haber estrechado la mano de monsieur Hochon, Felipe descendió por

la Petite-Narette para ir a casa del comandante Mignonnet. Diez minutos después, monsieur Hochon vio partir a Maxence al galope, y esto despertó de tal manera su curiosidad de viejo, que permaneció de pie junto a la ventana de la sala, esperando oír el traqueteo de la vieja berlina, que no se hizo esperar. La impaciencia de Jean-Jacques hizo que siguiese a Maxence con veinte minutos de intervalo. Kouski, sin duda por orden de su verdadero amo, iba al paso, al menos en la población.

—Si se van a París, todo está perdido —se dijo monsieur Hochon.

En aquel momento, un mocito del barrio de Roma se presentó en casa de monsieur Hochon, con una carta para Baruc. Los dos nietos del viejo, avergonzados desde la escena de la mañana, se habían arrestado voluntariamente en casa del abuelo. Al reflexionar sobre su porvenir, comprendieron que debían esforzarse por tratar con los mayores miramientos a sus abuelos. Baruc no podía ignorar la influencia que ejercía monsieur Hochon sobre su abuelo y su abuela Borniche; monsieur Hochon no dejaría de aprovecharse de ello para convertir a Adolfa en heredera universal de los Borniche, si la conducta de la joven les permitía concebir esperanzas acerca del gran casamiento que predijera aquella misma mañana. Más rico que Francisco Baruc tenía mucho que perder; comprendió pues que debía mostrar una sumisión absoluta, sin otras condiciones que el pago de las deudas contraídas con Max. En cuanto a Francisco su porvenir estaba en manos de su abuelo; únicamente esperaba heredar de él, ya que, según el estado de cuentas de la tutela, se había convertido en su deudor. Ambos jóvenes hicieron entonces una promesa solemne, con un arrepentimiento estimulado por sus intereses en entredicho, y madame Hochon les tranquilizó acerca de sus deudas con Maxence.

—Habéis hecho grandes tonterías —les dijo—. Reparadlas mediante una buena conducta, y monsieur Hochon se apaciguará.

Así, cuando Francisco hubo leído la carta por encima del hombro de Baruc, le dijo al oído:

—¿Y si pidieras consejo al abuelo?

—Tomad —dijo Baruc, entregando la carta al anciano.

—Leédmela, no tengo mis antiparras.

“Mi querido amigo:

”Espero que no vacilarás, en las graves circunstancias en que me encuentro, en hacerme un favor aceptando ser el apoderado de monsieur Rouget. Debes estar pues en Vatan a los nueve. Te enviaré sin duda a París; pero estate tranquilo, te daré dinero para el viaje y me reuniré pronto contigo, pues estoy casi seguro de que me veré obligado a abandonar Issoudun el 3 de diciembre. Adiós, confío en tu amistad y tú confía en la de tu amigo,

“Maxence”.

—¡Loado sea Dios! —exclamó monsieur Hochon—. ¡La herencia de ese imbécil

ya no caerá en las garras de esos diablos!

—Así será, si vos lo decís —dijo madame Hochon—, y doy gracias a Dios por ello. Sin duda el Señor ha escuchado mis plegarias. El triunfo de los malos siempre es pasajero.

—Iréis a Vatan y aceptaréis los poderes de monsieur Rouget —dijo el anciano a Baruc—. Se trata de poner cincuenta mil francos de renta a nombre de mademoiselle Brazier. Partiréis también hacia París, pero os quedaréis en Orleáns, en espera de mis noticias. No digáis a nadie donde estaréis alojado y albergaos en el último mesón del arrabal Bannier, aunque sea una posada de carreteros...

—¡Atención! —dijo Francisco a quien el ruido de un coche que pasaba por la Grande-Narette hizo que se precipitase a la ventana—. Novedades: el tío Rouget y monsieur Felipe Bridau vuelven juntos en la calesa. Benjamín y monsieur Carpentier los siguen a caballo...

—Voy allá inmediatamente —exclamó monsieur Hochon, cuya curiosidad se impuso a cualquier otro sentimiento.

Monsieur Hochon encontró al viejo Rouget en su habitación, entregado a la tarea de escribir la siguiente carta, que su sobrino le dictaba:

“Señorita:

”Si no partís, de regreso, a mi casa, inmediatamente después de recibir esta carta, vuestra conducta demostrará tal ingratitud por mis bondades, que revocaré el testamento hecho a vuestro favor, legando mi fortuna a mi sobrino Felipe. Comprenderéis también que Monsieur Gilet no puede seguir albergándose bajo mi techo, desde el momento en que se encuentra con vos en Vatan. Encargo al señor capitán Carpentier que os entregue la presente, y espero que escuchéis sus consejos, pues os hablará como lo haría

Vuestro afectísimo,
J. J. Rouget”.

—El capitán Carpentier y yo, encontramos *casualmente* a mi tío, quien cometía la estupidez de ir a Vatan para reunirse con mademoiselle Brazier y el comandante Gilet —dijo con profunda ironía Felipe a monsieur Hochon—. He hecho comprender a mi tío que iba a meterse de cabeza en una celada: ¡Esa joven lo abandonaría así que él hubiese firmado los poderes que reclama, para venderse luego, a sí misma, una inscripción de cincuenta mil libras de renta! Escribiendo esta carta, verá cómo la bella fugitiva vuelve esta misma noche bajo su techo. Prometo hacer de mademoiselle Brazier mujer más dúctil y obediente que un junco para el resto de sus días si mi tío me permite ocupar el sitio de monsieur Gilet, persona que encuentro aquí más que desplazada. ¿No tengo razón?... Y mi tío aún se lamenta.

—Vecino —dijo monsieur Hochon—, habéis escogido el mejor medio para tener paz en casa. Si queréis creerme anulad vuestro testamento y convertid de nuevo a

Flore en lo que era en los primeros tiempos.

—No, porque no me perdonará el disgusto que voy a darle —dijo el viejo llorando—. ¡Ya no me querrá!

—Os querrá, y mucho; yo me encargo de ello —dijo Felipe.

—¡Abrid los ojos, hombre de Dios! —exclamó monsieur Hochon—. Quieren robaros y abandonaros...

—¡Ah, si pudiese estar seguro! —gimió el imbécil.

. —Aquí tenéis una carta que Maxence ha enviado a mi nieto Borniche dijo el viejo Hochon—. ¡Leedla!

—¡Qué horror! —exclamó Carpentier, al oír leer la carta por el lacrimoso Rouget.

—¿Aún no está bastante claro, tío? —preguntó Felipe—. Sujetad a esa joven por el interés, y seréis adorado... de la única manera que podéis serlo: con una de cal y una de arena.

—Ama demasiado a Maxence y me abandonará —dijo el solterón con aire espantado.

—Pero, tío, a partir de pasado mañana, de Maxence y yo, sólo uno dejará las huellas de sus pies en los caminos de Issoudun...

—¡Pues bien, id, monsieur Carpentier! —dijo el infeliz—. ¡Id, si me prometéis que volverá! Sois una persona honrada; decidle todo cuanto creáis que debéis decirle en mi nombre...

—El capitán Carpentier le insinuará al oído que haré venir de París una mujer cuya juventud y belleza son algo extraordinario —dijo Felipe Bridau— y esa picarona regresará arrastrándose.

El capitán partió conduciendo él mismo la vieja calesa, acompañado de Benjamín a caballo, pues Kouski había desaparecido. Aunque los dos oficiales lo amenazaron con un proceso y la pérdida de su puesto, el polaco acababa de huir a Vatan en un caballo de alquiler a fin de anunciar a Maxence y Flore el golpe de mano de su adversario. Después de cumplir su misión, Carpentier, que no quería regresar con la Rabouilleuse, tomaría en caballo de Benjamín.

Al enterarse de la fuga de Kouski, Felipe dijo a Benjamín:

—Tú reemplazarás aquí, a partir de esta noche, al polaco. Así es que trata de trepar detrás de la calesa sin que Flore lo advierta, para encontrarte aquí al propio tiempo que ella. ¡Esto se va dibujando, papá Hochon! —dijo el teniente coronel—. El banquete de pasado mañana promete ser muy entretenido.

—¿Os establecéis aquí? —dijo el viejo avaro.

—Acabo de decir a Fario que me envíe todas mis cosas. Dormiré en la habitación cuya puerta se abre sobre el descansillo de las habitaciones de Gilet. Mi tío consiente en ello.

—¿Qué saldrá de todo esto? —dijo el solterón, asustado.

—Saldrá mademoiselle Flore Brazier, que llegará dentro de cuatro horas, dócil como un corderito —respondió monsieur Hochon.

—¡Ojalá! —dijo Rouget, secándose las lágrimas.

—Ahora son las siete —dijo Felipe— y la reina de vuestro corazón estará aquí alrededor de las once y media. No veréis más a Gilet. ¿No os sentís ya más contento que unas Pascuas? Si queréis que triunfe —añadió Felipe al oído de monsieur Hochon—, quedaos con nosotros hasta la llegada de esa mona; me ayudaréis a mantener al viejo en su resolución; después, entre nosotros dos, haremos comprender a mademoiselle Rabouilleuse donde están sus verdaderos intereses.

Monsieur Hochon hizo compañía a Felipe, reconociendo lo justo de su demanda; pero ambos tuvieron mucho que hacer, pues el tío Rouget se entregaba a lamentaciones de niño que sólo cedieron ante este razonamiento, que Felipe tuvo que repetir una docena de veces:

—Tío, si Flore vuelve y se muestra tierna con vos, justo será reconocer que he tenido razón. Seréis mimado, conservaréis vuestras rentas, seguiréis a partir de ahora mis consejos para vuestro buen gobierno, y todo irá como una seda.

Cuando a las once y media oyeron el ruido de la berlina en la Grande-Narette, la cuestión era saber si el coche volvía lleno o vacío. El rostro de Rouget expresó entonces una horrible angustia, que fue sustituida por el abatimiento de una excesiva alegría, cuando distinguió a las dos mujeres en el momento en que el coche dio la vuelta para entrar.

—Kouski —dijo Felipe dando la mano a Flore para descender—. Ya no estáis al servicio de monsieur Rouget ni dormiréis aquí esta noche: así es que recoged vuestras cosas. Benjamín, aquí presente, os reemplazará.

—¿Os habéis convertido en el amo? —dijo Flore con ironía.

—Con vuestro permiso —respondió Felipe estrechando la mano de Flore en la suya como en un torno de cerrajero—. ¡Venid! Vos y yo tenemos que *rabouiller* nuestro corazón.

Felipe se llevó a la estupefacta mujer a unos pasos de allí, hacia el centro de la plaza de Saint-Jean.

—Pasado mañana, preciosa, este brazo hará morder el polvo a Gilet —dijo el militar tendiendo la mano derecha—, o bien el suyo me habrá hecho bajar la guardia. Si yo muero, seréis la señora en casa del pobre idiota de mi tío: *bene sit*. Si soy yo el que queda vivo, procurad andar derecha y hacedlo todo lo feliz que podáis. De lo contrario, conozco en París a unas Rabouilleuses que, mejorando lo presente, son más bonitas que vos, pues no tienen más que diecisiete años: harán a mi tío excesivamente dichoso y actuarán en mi propio interés. Comenzad vuestro servicio a partir de esta misma noche, pues si mañana el viejo no está alegre como un pinzón, no os diré más que una cosa, pero escuchadla bien: ' sólo existe una manera de matar a un hombre sin que la justicia pueda intervenir, y esta manera consiste en batirse en duelo con él; pero conozco tres para desembarazarse de una mujer. ¡Ea, cariño!

Durante esta alocución, Flore temblaba como una persona dominada por la fiebre.

—¿Pensáis matar a Max? —dijo mirando a Felipe al claro de luna.

—Mirad, aquí viene mi tío...

En efecto, el tío Rouget, sin atender a las razones de monsieur Hochon, salió a la calle para tomar a Flore de la mano, como un avaro hubiera hecho con su tesoro; volvió a su casa, se la llevó a su habitación y se encerró con ella.

—Hoy es San Lamberto: quien deja su puesto está muerto —dijo Benjamín al polaco.

—Mi amo os hará cerrar el pico a todos —respondió Kouski, yendo a reunirse con Max, que había sentado sus reales en el hotel de la posta.

Al día siguiente, entre nueve y once, las comadres cotilleaban a la puerta de las casas. En toda la ciudad no se hablaba más que de la extraña revolución realizada la víspera en casa del tío Rouget. El tenor de aquellas conversaciones eran en todas partes el mismo:

—¿Qué pasará mañana en el banquete de la Coronación entre Max y el coronel Bridau?

Felipe sólo dijo a la Védie dos palabras:

—¡Seiscientos francos de renta vitalicia, o el despido! Escoge.

Este ultimátum la neutralizó momentáneamente haciendo que se desentendiese de la lucha entablada entre dos potencias tan formidables como Felipe y Flore.

Al saber que la vida de Max estaba en peligro, Flore se mostró más amable con el viejo Rouget que en los primeros días de su vida en común. Por desgracia, en el amor los engaños interesados son superiores a la verdad; he aquí porque tantos hombres tienen que pagar tan caras a las hábiles mujeres que los engañan. La Rabouilleuse no se mostró hasta el momento del desayuno, cuando descendió dando el brazo a Rouget. Brotaron lágrimas en sus ojos al ver en el sitio de Max al terrible militar de ojos azul oscuro y expresión fríamente siniestra.

—¿Qué tenéis, señorita? —le preguntó, después de dar los buenos días a su tío.

—Tiene, sobrino, que no puede soportar la idea de saber que tú puedes batirte con el comandante Gilet...

—No tengo el menor deseo de matar a ese Gilet —respondió Felipe—. Basta con que se vaya de Issoudun, se embarque para América con el hatillo a la espalda, y yo seré el primero que os aconsejará que le deis con qué comprarse las mejores mercancías posibles y en desearle buen viaje. Hará fortuna, y esto será mucho más honorable que golpear en Issoudun por la noche y armar maraña en vuestra casa.

—Está muy bien, ¡Esta proposición me encanta! —dijo Rouget, mirando a Flore.

—¡Irse a A... mé... é... ri... ca...; —gimoteó ella.

—Vale más vivir a salto de mata en Nueva York que pudrirse con una levita de cochero en Francia... Después de esto, me diréis que es muy diestro y puede matarme —observó el coronel.

—¿Me permitís que le hable? —dijo Flore con tono humilde y sumiso implorando a Felipe.

—Desde luego; puede venir a buscar sus cosas cuando quiera; sin embargo,

cuando venga estaré yo con mi tío, pues ya no pienso abandonarlo ni un momento — respondió Felipe.

—Védie —exclamó Flore—, corre al hotel de la Poste, hija, y di al comandante que le ruego que...

—Que venga a buscar todas sus cosas —dijo Felipe, interrumpiendo a Flore.

—Sí, sí, Védie. Será el pretexto más decoroso para que me vea, pues tengo que hablarle...

El terror comprimía hasta tal punto el odio en Flore, el pasmo que experimentaba al encontrarse con una naturaleza fuerte y despiadada, ella que hasta entonces sólo había conocido la adulación, fue tan grande, que se acostumbró a plegarse a la voluntad de Felipe como el pobre Rouget se había acostumbrado a plegarse a la de ella. Esperó con ansiedad el regreso de la Védie, pero ésta volvió con la más rotunda negativa de Max, quien rogaba a mademoiselle Brazier que le enviase sus efectos personales al hotel de la Posta.

—¿Me permitís que vaya a llevárselos? —dijo Flore a Jean-Jacques Rouget.

—Sí, pero vuelve —repuso el viejo.

—Si la señorita no ha regresado al mediodía, a la una me daréis poderes para vender vuestras rentas —dijo Felipe mirando a Flore—. Id con la Védie para salvar las apariencias, señorita. De ahora en adelante, hay que velar por el honor de mi tío.

Flore nada consiguió de Maxence. El comandante, desesperado por haberse dejado desenmascarar y exhibir su innoble posición a los ojos de toda la villa, era demasiado orgulloso para huir ante Felipe. La Rabouilleuse se opuso a esta actitud proponiendo a su amigo huir juntos a América; pero Gilet, que no quería a Flore sin la fortuna del tío Rouget, ni deseaba mostrarle el fondo de su corazón, persistió en su intención de matar a Felipe. —Hemos cometido un craso error —dijo—. Hubiéramos debido ir los tres a París para pasar allí el invierno... ¿pero cómo podíamos imaginar, cuando entró en escena ese fantasmón, que las cosas tomarían ese sesgo? En el curso de los acontecimientos hay una rapidez que aturde. Mi error fue tomar al coronel por uno de esos matasiete desprovistos de ideas. Puesto que no supe pararle los pies desde el principio, ahora pasaría por un cobarde si ponía los pies en polvorosa ante ese tipo, que me ha desacreditado ante la opinión de Issoudun. Sólo puedo rehabilitarme dándole muerte... —Vete a América con cuarenta mil francos. Yo ya sabré desembarazarme de ese salvaje y me reuniré contigo. Esto será lo más prudente... —¿Qué pensarían de mí? —exclamó, movido por el prejuicio del “qué dirán”. No. Además, ya he enterrado a nueve. No creo que ese sujeto sea una notabilidad: salió de la Escuela para ingresar en el Ejército y no cesó de combatir hasta 1815. Después de ese año, se fue a América: ¡Eso quiere decir que nuestro amigo no ha puesto nunca los pies en una sala de armas, mientras que yo no tengo igual con el sable! El sable es su arma y yo me mostraré generoso haciendo que se la dejen escoger, pues trataré de ser yo el insultado, y entonces lo venceré. Decididamente, esto es lo mejor. Tranquilízate: pasado mañana seremos los amos.

Así, aquel estúpido pundonor tuvo más fuerza en Max que la prudencia y la política. De regreso a la una en su casa, Flore se encerró en su habitación para llorar a sus anchas. Durante todo aquel día, las lenguas no pararon en Issoudun, donde ya se consideraba inevitable un duelo entre Felipe y Maxence. —¡Ah, monsieur Hochon! —dijo Mignonnet, que iba acompañado de Carpentier, cuando ambos encontraron al anciano en el bulevar Barón—. Estamos muy inquietos, porque Gilet domina todas las armas.

—No importa —respondió el viejo diplomático de provincias—. Felipe ha llevado muy bien este asunto. Nunca hubiera creído que ese gran cínico triunfara tan pronto. Esos dos mocetones han rodado uno al encuentro del otro como dos tempestades...

—¡Oh! —exclamó Carpentier—. Felipe es un hombre profundo; su alegato ante el tribunal de los Pares fue una obra maestra de diplomacia.

—Dicen que un lobo no muerde a otro, capitán Renard —decía un burgués—, pero parece que Max va a batirse con el coronel Bridau. Es muy grave que ocurran estas cosas entre hombres de la antigua Guardia.

—Sí, vosotros os reís de eso. Habéis cobrado inquina a ese pobre muchacho, sólo porque se divertía de noche —dijo el comandante Potel—. ¡Pero Gilet, con su fogoso temperamento, no podía permanecer en un agujero como Issoudun sin ocuparse en algo!

—En fin, señores —decía un cuarto—. Max y el coronel han hecho su juego. ¿No creéis que el coronel debía vengar a su hermano José? Acordaos del modo como Max traicionó a ese pobre joven.

—¡Bah, un artista! —dijo Renard.

—Pero se trata de la herencia del tío Rouget. Se dice que monsieur Gilet iba a apoderarse de cincuenta mil libras de renta en el momento en que el coronel se estableció en casa de su tío.

—¿Gilet, robar sus rentas a nadie?... ¡Vamos, no digáis eso fuera de aquí, monsieur Ganivet —exclamó Potel—, u os haremos tragar vuestra lengua, y sin salsa!

En todas las casas burguesas se hicieron votos por el triunfo del digno coronel Bridau.

Al día siguiente, alrededor de las cuatro, los oficiales del antiguo ejército que se encontraban en Issoudun o en sus alrededores, se paseaban por la plaza del Mercado, ante el restaurante de un tal Lacroix, esperando a Felipe Bridau. El banquete que debía celebrarse para festejar la coronación estaba señalado para las cinco, según la costumbre militar. En todos los grupos se hablaba del asunto de Maxence y de su despido de casa del tío Rouget, pues los simples soldados habían tenido la idea de reunirse en un comercio de vinos de la misma plaza. Entre los oficiales, Potel y Renard fueron los únicos que intentaron salir en defensa de su amigo.

—¿Debemos mezclarnos en las disputas internas de dos herederos? —decía

Renard.

—Max es débil con las mujeres —observaba el cínico Potel.

—Pronto se desenvainarán los sables —dijo un antiguo alférez que cultivaban unos terrenos cenagosos del Alto Baltan—. Si monsieur Maxence Gilet cometió la tontería de irse a vivir a casa del bueno de Rouget, sería un cobarde si se dejaba expulsar de ella como un simple ayuda de cámara, sin pedir las razones de semejante actitud.

—Ciertamente —respondió Mignonnet con sequedad—. Una tontería que fracasa se convierte en un crimen.

Max, que vino a reunirse con los viejos soldados de Napoleón, fue acogido con un silencio harto significativo. Potel y Renard tomaron a su amigo cada uno por un brazo y se alejaron unos pasos para hablar con él. En aquel momento se vio venir a lo lejos a Felipe de veintiún botón y empuñando el bastón con el aire imperturbable, que contrastaba con la profunda atención con que Max tenía que escuchar los razonamientos de los dos últimos amigos que le quedaban.

Felipe recibió los apretones de manos de Mignonnet, de Carpentier y de algunos otros. Esta acogida, tan distinta de la que acababan de hacerle, terminó de disipar en el ánimo de Maxence las ideas de cobardía, de prudencia, si lo preferís, que los ruegos y sobre todo la ternura de Flore hicieron nacer en su espíritu, cuando se encontró a solas consigo mismo.

—¡Nos batiremos —dijo al capitán Renard— y a muerte! Así es que no me habléis de nada más y dejadme desempeñar mi papel.

Después de estas últimas palabras, pronunciadas con tono pueril, los tres bonapartistas volvieron a mezclarse con el grupo de oficiales. Max fue el primero en saludar a Felipe Bridau, quien le devolvió la salutación cambiando con él la más fría de las miradas.

—Vamos, señores, a la mesa —dijo el comandante Potel.

—Bebamos a la gloria imperecedera del pequeño Rapado, que ahora está en el paraíso de los Valientes —exclamó Renard.

Dándose cuenta de que en la mesa estarían menos violentos, todos comprendieron la intención del pequeño capitán de infantería ligera, e irrumpieron en la larga sala baja del restaurante Lacroix, cuyas ventanas daban al mercado. Los invitados ocuparon prontamente su puesto y entonces, como había solicitado Felipe, los dos adversarios se encontraron cara a cara. Muchos jóvenes de la población, entre los que predominaban los ex Caballeros de la Holganza, muy inquietos por lo que pudiera ocurrir en aquel instante, paseaban por la plaza, comentando la crítica situación en que Felipe había sabido poner a Maxence Gilet. Todos deploraban este choque, pese a considerar el duelo necesario.

Todo fue bien hasta los postres, aunque ambos atletas conservasen a pesar de la animación aparente de la comida, una especie de atención muy parecida a la inquietud. Mientras ambos esperaban la pelea que debía producirse, Felipe

demostraba una admirable sangre fría y Max una alegría bulliciosa; mas las personas perspicaces comprendieron que ambos representaban su papel.

Cuando se sirvieron los postres, Felipe dijo:

—¡Llenad vuestras copas, amigos míos! Reclamo el honor de hacer el primer brindis.

—Ha dicho *amigos míos*, así es que no llenes tu copa —dijo Renard al oído de Max.

Max se sirvió vino.

—¡Por el Gran Ejército! —exclamó Felipe con auténtico entusiasmo.

—¡Por el Gran Ejército! —repitieron todos a una, en una gran aclamación.

En aquel momento aparecieron a la puerta de la sala once soldados rasos, entre los que se encontraban Benjamín y Kouski, que repitieron:

—¡Por el Gran Ejército!

—¡Entrad, hijos míos, vamos a beber a *su* salud! —dijo el comandante Potel.

Los veteranos entraron para situarse de pie detrás de los oficiales.

—¡Cómo tú ves, *él* no ha muerto! —dijo Kouski a un antiguo sargento, que sin duda había deplorado la agonía del emperador finalmente terminada.

—Reclamo el segundo brindis —dijo el comandante Mignonnet.

Se oyeron tintinear varios platos de postre, para cubrir las apariencias. Mignonnet se levantó.

—Por los que han intentado restablecer a *su* hijo —dijo.

Todos, menos Maxence Gilet, saludaron a Felipe Bridau, alzando las copas hacia él.

—Ahora yo —dijo Max, levantándose.

—¡Va a hablar Max! ¡Va a hablar Max! —decían en la plaza. Se hizo en ésta un profundo silencio, lo mismo que en la sala, pues el carácter de Gilet hacía temer una provocación.

—¡Que *todos* nosotros podamos reunirnos de nuevo aquí el mismo día, el año próximo!

Y saludó a Felipe con ironía.

—Se masca la tragedia —dijo Kouski a su vecino.

—La policía de París no os dejaba celebrar banquetes como éste —dijo el comandante Potel a Felipe.

—¿Por qué demonios hablas de policía al coronel Bridau? —dijo Maxence Gilet con insolencia.

—¡El comandante Potel no lo ha dicho con segundas intenciones! —dijo Felipe, sonriendo con amargura. (El silencio se hizo tan profundo, que se hubieran oído volar las moscas, caso de haberlas habido). La policía me teme lo bastante como para haberme enviado a Issoudun, ciudad donde he tenido el gusto de encontrar a viejos camaradas, aunque hay que reconocer que aquí no existen grandes diversiones. Para ser un hombre bastante amigo de espectáculos, me encuentro aquí muy faltado de

ellos. También echo de menos a mis amigas las bailarinas. En fin, haré economías para esas señoritas, pues yo no soy de éstos a quienes los lechos de plumas proporcionan rentas, y Mariette, la de la Ópera me ha costado cantidades locas.

—¿Es a mí a quien aludís, mi querido coronel, con estas palabras? —preguntó Max, dirigiendo a Felipe una mirada semejante a una corriente eléctrica.

—Podéis interpretarlas como gustéis, comandante Gilet —respondió Felipe.

—Coronel, mis dos amigos, aquí presentes, Renard y Potel, irán mañana a ver...

—A ver a Mignonnet y a Carpentier, para ponerse de acuerdo sobre las correspondientes formalidades —respondió Felipe, terminando la frase de Gilet e indicando a sus dos vecinos de mesa.

—Ahora —dijo Max—, ¿continuemos los brindis?

Los dos adversarios no habían abandonado su tono normal de conversación y lo único que hubo de solemne en las palabras que cambiaron fue el silencio con que todos las escucharon.

—En cuanto a vosotros —dijo Felipe volviéndose para mirar a los viejos soldados—, tened en cuenta que nuestros asuntos no conciernen a los burgueses... Ni una palabra de lo que acaba de pasar. Todo tiene que quedar dentro de la Vieja Guardia.

—Observarán la consigna, mi coronel —dijo Renard—. Respondo de ello.

—¡Viva su hijo! ¡Que pueda reinar en Francia! —exclamó Potel.

—¡Muera el inglés! —exclamó Carpentier.

Este brindis tuvo un éxito prodigioso.

—¡Abajo Hudson-Lowe! —dijo el capitán Renard, con el mayor tono de desprecio en su voz por el carcelero de Napoleón.

Los postres transcurrieron sin incidentes y en medio de copiosas libaciones. Los dos antagonistas y sus cuatro padrinos, llevados por su pundonor, trataron de que aquel duelo, en el que se ventilaba una inmensa fortuna y que enfrentaba a dos hombres tan distinguidos por su valor, no tuviese nada de común con las disputas ordinarias. Dos *gentleman* no se hubieran portado con mayor corrección que Max y Felipe. A causa de ello, los jóvenes y los burgueses agrupados en la plaza se sintieron defraudados. Todos los invitados, a fuer de auténticos militares, guardaron el más profundo secreto sobre el episodio de los postres. A las diez, ambos adversarios supieron que el arma elegida era el sable. El lugar escogido para el duelo fue el campo contiguo al ábside de la iglesia de los Capuchinos. La hora, las ocho de la mañana. Goddet, que formaba parte del banquete en su calidad de antiguo comandante cirujano, fue invitado a asistir al encuentro. Fuera cual fuese su resultado, los padrinos decidieron que el combate no debía durar más de diez minutos. A las once de la noche, con gran sorpresa del coronel, monsieur Hochon se presentó con su mujer en casa de Felipe, en el momento en que éste iba a acostarse.

—Sabemos lo que ocurre —dijo la anciana señora con los ojos llenos de lágrimas—, y vengo a suplicaros que mañana no salgáis sin haber dicho vuestras oraciones... Elevad vuestra alma a Dios.

—Sí, señora —respondió Felipe a quien el viejo Hochon hizo una seña a espaldas de su mujer.

—¡Esto no es todo! —dijo la madrina de Ágata—. ¡Me pongo en el lugar de vuestra pobre madre y he decidido desprenderme de lo que era más precioso para mí! ¡Tomad! —Y tendió a Felipe un diente engarzado sobre terciopelo negro bordado de oro, al que ella había cosido dos cintas verdes, y que volvió a meter en una bolsita después de mostrárselo—. Es una reliquia de Santa Solange, la patrona del Berry. Conseguí salvarla de la Revolución; llevadla sobre vuestro pecho mañana por la mañana.

—¿Es que esto puede preservarme de los sablazos? —preguntó Felipe.

—Sí —respondió la vieja dama.

—Del mismo modo como no puedo llevar una coraza, no puedo ponerme encima esa fornitura —exclamó el hijo de Ágata.

—¿Qué dice? —preguntó madame Hochon a su marido.

—Dice que las leyes del honor se lo impiden —respondió el viejo Hochon.

—Pues bien, no hablemos más de ello —dijo la vieja dama—. Rezaré por vos.

—Una plegaria y un buen pinchazo no pueden hacer daño, señora —dijo el coronel, haciendo ademán de atravesar el corazón del viejo avaro.

La anciana señora quiso abrazar a Felipe. Después, al bajar, dio diez escudos, que era todo cuanto poseía en efectivo, a Benjamín, para obtener de él que cosiese la reliquia en el bolsillo del pantalón de su amo. Esto es lo que hizo Benjamín, no porque creyese en la virtud de aquel diente, pues decía que su amo tenía algo mucho mejor contra Gilet, sino para cumplir un encargo tan bien pagado. Madame Hochon se retiró llena de confianza en Santa Solange.

A las ocho de la mañana del día siguiente, 3 de diciembre, que amaneció gris y nublado, Max, acompañado de sus dos padrinos y el polaco, se presentó en el pequeño prado que entonces rodeaba el ábside de la antigua iglesia de los Capuchinos. Encontraron allí a Felipe y los suyos, con Benjamín. Potel y Mignonnet midieron una distancia de veinticuatro pies. A ambos extremos, los dos militares, trazaron dos líneas con ayuda de una laya. So pena de verse tildados de cobardía, los dos adversarios no podían retroceder más allá de sus respectivas líneas; ambos debían esperar en su línea, para avanzar a voluntad cuando los padrinos les dijese: “¡Empezad!”.

—¿Pongámonos en mangas de camisa? —dijo fríamente Felipe a Gilet.

—Con mucho gusto, coronel —respondió Maxence con un aplomo de espadachín.

Los dos adversarios sólo conservaron puestos los pantalones; su carne sonrosada se entreveía bajo el percal de las camisas. Armados ambos con un sable de reglamento del mismo peso, alrededor de unas tres libras, y de la misma longitud, o sea tres pies, se colocaron en sus respectivos lugares, manteniendo la punta del arma hacia abajo y esperando la señal de comenzar. Ambos estaban tan tranquilos que, a

pesar del frío, los músculos no les temblaban más que si bien hubiesen sido de bronce. Goddet, los cuatro padrinos y los dos soldados se estremecieron involuntariamente.

—¡Qué par de valientes!

Esta exclamación se escapó de la boca del comandante Potel.

En el momento en que se dio la señal de empezar, Maxence distinguió la siniestra cabeza de Fario, que los miraba por el agujero que los Caballeros abrieron en el techo de la iglesia para introducir las palomas en su granero. Aquellos ojos, de los que brotaron como dos duchas de fuego, de odio y de venganza, deslumbraron a Max. El coronel se lanzó en derechura sobre su adversario, poniéndose en guardia de manera que pudiese aprovecharse de aquella ventaja. Los expertos en el arte de matar saben que, de dos adversarios, el más hábil puede obligar al otro a cederle la acera, para emplear una expresión metafórica que permite comprender el efecto de la guardia alta. Esta pose, que permite en cierto modo ver venir, anuncia tan a las claras a un duelista de primer orden, que el sentimiento de su propia inferioridad penetró en el ánimo de Max, produciéndole ese desconcierto que desmoraliza a un jugador cuando, en presencia de un maestro o de un hombre afortunado, se conturba y juega peor que de costumbre.

“¡Ah, es un espadachín de primera! —se dijo Max—. ¡Estoy perdido!”.

Max intentó un molinete, maniobrando el sable con la destreza de un profesional de la esgrima con bastón. Se proponía aturdir a Felipe y ligarle el sable, para desarmarle; pero al primer choque se dio cuenta de que el coronel tenía una muñeca de hierro, flexible a la vez como un resorte de acero. Maxence tuvo que pensar en otra táctica e intentó reflexionar, el desgraciado, mientras Felipe, cuyos ojos arrojaban chispas más vivas que las que hacían saltar los aceros, paraba todos los ataques con la sangre fría de un maestro de armas provisto de su peto en una sala de esgrima.

Entre hombres tan hábiles como eran los dos adversarios, suele producirse un fenómeno muy parecido al que tiene lugar entre la gente del pueblo, durante el terrible combate llamado “de los zapatonos”, que en ambos contendientes luchan a puntapiés. La victoria depende de un falso movimiento, de un error del cálculo, rápido como una centella, al que hay que entregarse instintivamente. Durante un tiempo tan breve para los espectadores como largo parece a los adversarios, la lucha consiste en una mutua observación que absorbe todas las fuerzas del alma y del cuerpo, oculta bajo fintas cuya lentitud y aparente prudencia parecen dar a entender que ninguno de ambos antagonistas desea batirse. Este momento, seguido de una lucha rápida y decisiva, es terrible para los entendidos. El coronel respondió a una mala parada de Max haciéndole saltar el sable de las manos.

—¡Recogedlo! —dijo, suspendiendo el combate—. Yo soy incapaz de matar a un enemigo desarmado.

Aquello fue lo sublime de lo atroz. Aquella grandeza revelaba tanta superioridad,

que los espectadores la tomaron por el cálculo más refinado. En efecto, cuando Max volvió a ponerse en guardia, había perdido la sangre fría y volvió a encontrarse necesariamente bajo los golpes de aquella guardia alta que amenaza mientras cubre al mismo tiempo al adversario. Quiso entonces reparar su vergonzosa derrota con una acción temeraria y, sin pensar ya en protegerse, asió el sable con ambas manos y se abalanzó furioso sobre el coronel, para herirlo de muerte a costa de su propia vida. Si Felipe recibió un sablazo que le cortó la frente y parte del rostro, él consiguió partir oblicuamente la cabeza de Max mediante un terrible retorno del molinete que opuso para amortiguar el mandoble que le asestaba Max. Aquellos dos rabiosos golpes terminaron el combate al noveno minuto. Fario descendió de su observatorio y fue a regodearse con la vista de su enemigo en las convulsiones de la agonía, pues en un hombre de la fuerza de Max, los músculos del cuerpo se mueven espantosamente. En cuanto a Felipe, se lo llevaron a casa de su tío.

Así pereció uno de aquellos hombres destinados a hacer grandes cosas, si hubiese permanecido en el medio que le era propicio, un hombre mimado por la naturaleza, que derramó sobre él sus dones: el valor, la sangre fría, y el sentido político de un César Borgia. Pero la educación que recibió no le había infundido aquella nobleza de miras y de conducta, sin la cual nada es posible en ninguna carrera. Su muerte no fue lamentada, a causa de la perfidia con que su adversario, que valía menos que él, supo desacreditarlo. Su fin puso término a las cortesías de la Orden de la Holganza, con gran contento de la villa de Issoudun. Felipe, por su parte, no fue molestado a causa de aquel duelo, que muchos consideraron como un instrumento de la venganza divina, y cuyas circunstancias se refirieron en toda la comarca, sin regatear los elogios para ambos adversarios.

—Hubieran debido matarse los dos —observó monsieur Mouilleron—. Hubiera sido una buena operación de limpieza para el gobierno.

La situación de Flore Brazier hubiera sido muy embarazosa, sin la crisis aguda en que la sumió la muerte de Max. Sufrió una congestión cerebral, combinada con una inflamación peligrosa, ocasionada por las peripecias de aquellos tres días; si hubiese gozado de buena salud, quizás hubiera huido de la casa en que yacía, en el piso que estaba encima del suyo, en la habitación de Max y entre las sábanas de Max el asesino de Max. Estuvo entre la vida y la muerte durante tres meses, cuidada por monsieur Goddet, que atendía también a Felipe.

Así que éste pudo sostener una pluma entre los dedos, escribió las siguientes cartas:

“A monsieur Desroches, abogado.

"He matado ya a la más venenosa de las dos bestias, pero no sin recibir un buen chirlo en la cabeza, a consecuencia de un sablazo; afortunadamente, aquel pícaro golpeaba a ciegas. Queda otra víbora con la que trataré de entenderme, pues mi tío la quiere como a las niñas de sus ojos. Yo temía que esta Rabouilleuse, que es endiabladamente hermosa, decidiese tomar el portante, pues mi tío la hubiera

seguido; pero la impresión recibida en tan grave trance la mantiene postrada en la cama. Si Dios quisiese protegerme, llamaría ese alma a su seno, dándole tiempo para arrepentirse de sus errores. Entretanto, cuento con los servicios, gracias a monsieur Hochon (¡Magnífico, ese viejo!) de un médico, un tal Goddet, un buen apóstol que opina que las herencias de los tíos están mejor en manos de los sobrinos que en las de esas tunantas. Monsieur Hochon, además, tiene mucha influencia sobre un tal papá Fichet, que tiene una hija muy rica y que Goddet quería para esposa de su hijo. Eso quiere decir que el billete de mil francos que le han dejado olfatear como premio para la curación de mi cabezota, pese muy poco en el interés que se toma por mí. Este Goddet, antiguo comandante cirujano del Tercer Regimiento de línea, ha sido aleccionado además por mis amigos, dos valientes oficiales llamados Mignonnet y Carpentier, con el resultado de que se muestra como un perfecto comandulero con su enferma.

"—Ten en cuenta, hija mía, que existe un Dios —le dice, tomándole el pulso—. Has sido la causa de una gran desdicha y debes repararla. En todo esto está el dedo de Dios (¡es inconcebible todo lo que se hace hacer al dedo de Dios!). La religión es la religión; sométete a ella, resígnate y esto te calentará y te curará casi tanto como mis drogas. Sobre todo, quédate en esta casa y cuida de tu señor. En fin, hija mía olvida y perdona, como quiere la ley cristiana.

"El tal Goddet me ha prometido mantener a la Rabouilleuse tres meses en la cama. Así, poco a poco, esta moza se irá acostumbrando a vivir bajo el mismo techo que yo. He conseguido captarme a la cocinera. Esta vieja arpía ha dicho a su señora que Max le hubiera hecho la vida imposible. Dice que oyó decir al difunto que si a la muerte del viejo Rouget se viese obligado a casarse con Flore, no permitiría que una mujer pusiese trabas a su ambición. Y la cocinera ha llegado a insinuar a su señora que Max se hubiera librado de ella. Así, todo va bien. Mi tío, aconsejado por Hochon, ha hecho pedazos su testamento".

"A monsieur Giroudeau (a la atención de mademoiselle Florentine), rue de Vendome, en el Marais.

"Mi viejo camarada:

"Infórmate de si ese ratoncito de Césarine está ocupada, y trata de tenerla preparada para venir a Issoudun al primer aviso. Esto quiere decir que esa alegre criatura tendría que llegar aquí a vuelta de correo. Deberá presentarse vestida decentemente, suprimiendo todo cuanto huele a bastidores; pues tiene que presentarse en la región como la hija de un valiente militar, muerto en el campo del honor. Así, tiene que ser muy modosita, presentarse con ropas de pensionista y aspecto de gran virtud: ésta es la consigna. Si necesito a Césarine y realiza bien su cometido, a la muerte de mi tío le daré cincuenta mil francos; si ella no pudiese venir, explica el asunto a Florentine y entre ambos encontradme a una corista capaz de representa este papel. He recibido un buen tajo en la cabeza durante mi duelo con el que pretendió

usurpar mi herencia, que me asestó un mandoble a ciegas. Ya te explicaré el duelo con todo detalle. ¡Ah, viejo amigo, la fortuna volverá a sonreírnos y aún nos divertiremos, o el Otro no será el Otro! Si puedes enviarme quinientos cartuchos, ten por seguro que los utilizaremos. Adiós, tunante. Enciende el cigarro con mi carta. Quedamos de acuerdo en que la hija del oficial vendrá por Chateauroux, y llegará con el fin de pedir ayuda. Sin embargo, creo que no será necesario recurrir a este peligroso expediente. Habla de mí a Mariette y a todos los amigos”.

Ágata, advertida por una misiva de madame Hochon, se trasladó rápidamente a Issoudun, siendo recibida por su hermano, que le dio la antigua habitación de Felipe. La pobre madre, que volvió a experimentar todo su antiguo amor maternal por el hijo maldecido, conoció algunos días dichosos al oír los elogios que del coronel hacían los burgueses de la ciudad.

—Ten en cuenta, pequeña —le dijo madame Hochon el mismo día de su llegada—, que la juventud tiene que casarse. Las calaveradas de los militares de la época del emperador no admiten comparación posible con las de los hijos de familia, vigilados por sus padres. ¡Ah, si supieses todos los desmanes que ese miserable Max cometía aquí, por las noches!... Issoudun, gracias a tu hijo, respira y duerme en paz. Felipe ha sentado la cabeza quizá demasiado tarde, pero, la ha sentado al fin; como nos decía, tres meses de prisión en el Luxemburgo, hacen cavilar mucho; su conducta, en fin, es muy del agrado de monsieur Hochon y goza de la consideración general. Si tu hijo puede vivir algún tiempo lejos de las tentaciones de París, terminará por darte muchas alegrías.

Al oír estas consoladoras palabras, Ágata dirigió a su madrina unos ojos llenos de lágrimas de felicidad.

Felipe representó el papel de buen hijo con su madre, pues tenía necesidad de ella. Aquel astuto político únicamente quería recurrir a Césarine en el caso de que Flore se horrorizase ante su presencia. Reconociendo que mademoiselle Brazier era un admirable instrumento forjado por Maxence, y del que su tío no podía prescindir, quiso servirse de ella de preferencia a una parisién, que acaso terminaría casándose con el viejo. Del mismo modo como Fouché dijo a Luis XVIII que se acostase en el lecho de Napoleón en vez de promulgar una Carta, Felipe deseaba continuar acostándose en el lecho de Gilet, pero asimismo la repugnaba mancillar la reputación que acababa de crearse en el Berry. Continuar representando el papel de Max junto a la Rabouilleuse, sería algo tan odioso por parte de ella como de la suya. Podía vivir sin deshonorarse en casa de su tío y a expensas de su tío, amparado por las leyes del despotismo; pero sólo podía tener a Flore cuando ésta estuviese rehabilitada.

En medio de tantas dificultades, estimulado por la esperanza de apoderarse de la herencia, concibió el plan admirable de convertir a la Rabouilleuse en tía suya. Así, llevado por este oculto designio, dijo a su madre que fuese a ver a la joven y le testimoniase cierto afecto, tratándola como a una cuñada.

—Debo reconocer, mi querida madre —dijo, adoptando un aire santurrón y

mirando a los esposos Hochon, que habían venido a hacer compañía a la pobre Ágata —, que el género de vida de mi tío es poco recomendable, pero bastaría con que regularizase su vida para conseguir la consideración de la ciudad para mademoiselle Brazier. ¿No sería mejor para ello ser madame Rouget que la sirvienta doblada de amante de un viejo solterón? ¿No sería más sencillo adquirir unos derechos definitivos mediante un contrato matrimonial, que amenazar con desheredar a una familia? Si vos, si monsieur Hochon, si algún buen sacerdote quisiesen hablarle de esta cuestión, se pondría punto final al escándalo que aflige a las personas decentes. Además, mademoiselle Brazier estaría muy contenta de verse acogida por vos como una hermana, y por mí como una tía.

Al día siguiente, Ágata y madame Hochon acudieron a la cabecera del lecho de Flore, para revelar a la enferma y a Rouget los admirables sentimientos de Felipe. Los habitantes de Issoudun se hicieron lenguas de las bellas prendas que adornaban al coronel y de su carácter íntegro, principalmente a causa de su conducta hacia Flore. Durante un mes, la Rabouilleuse tuvo que escuchar a Goddet, su médico, que tanta influencia ejercía en el ánimo de sus enfermos, a la respetable madame Hochon, movida por el espíritu religioso, a la dulce y piadosa Ágata, exponiéndole todas las ventajas que les reportaría su matrimonio con Rouget. Y cuando seducida por la idea de ser madame Rouget y convertirse en una digna y honrada burguesa, deseó vivamente restablecerse para celebrar aquel enlace, no resultó difícil hacerle comprender que no podía ingresar en la antigua familia de los Rouget poniendo a Felipe de patitas en la calle.

—Además —le dijo un día Goddet—, ¿no es verdad que a él le debes esta gran fortuna? Max nunca te hubiera dejado casar con el tío Rouget. Además —le dijo al oído—, si tienes hijos, ¿no será eso un modo de vengar a Max? Así los Bridau quedarán desheredados.

Dos meses después del fatal acontecimiento, en febrero de 1823, la enferma, aconsejada por todos los que la rodeaban, atendiendo a las súplicas de Rouget, accedió a recibir a Felipe, cuya cicatriz provocó su llanto, pero cuyos modales dulces y casi afectuosos la calmaron. Obedeciendo al deseo manifestado por Felipe, lo dejaron a solas con su futura tía.

—Mi querida niña —le dijo el soldado—, soy yo quien, desde el principio, aconsejó vuestro matrimonio con mi tío; si consentís en ello, la unión se celebrará así que estéis restablecida...

—Así me lo han dicho —respondió ella.

—Es natural que, si las circunstancias me han obligado a causaros daño, ahora desee haceros el mayor bien posible. La fortuna, la consideración y una familia valen mucho más que lo que habéis perdido. A la muerte de mi tío, no hubierais sido por mucho tiempo la esposa de aquel hombre, pues he sabido por sus amigos que no os reservaba una suerte muy lisonjera. Creedme, amiga mía, es mejor que nos entendamos y todos viviremos más felices. Vos seréis mi tía y *nada más que mi tía*.

Os ocuparéis de que mi tío no me olvide en su testamento; por mi parte, ya veréis cómo os haré tratar en vuestro contrato matrimonial... Calmaos, pensad en lo que os he dicho, que seguiremos hablando de ello. Ya lo habéis visto: las personas más sensatas, todo Issoudun os aconseja que terminéis esa situación ilegal, y nadie os censura que me recibáis. Hay que comprender que, en la vida los intereses se sobreponen a los sentimientos. El día de vuestra boda estaréis más hermosa que nunca. Vuestra indisposición os ha hecho palidecer y os ha vuelto más distinguida. Si mi tío no os amase con locura, os doy mi palabra de honor —dijo, levantándose y besándola la mano— de que seríais la esposa del coronel Bridau.

Felipe salió de la habitación después de dejar en el alma de Flore aquellas últimas palabras, para despertar en ella una vaga idea de venganza que plugo a la joven, casi contenta de haber visto a aquel terrible personaje a sus pies. Felipe acababa de representar en pequeño la escena de Ricardo III y la reina que acaba de dejar viuda. El sentido de esta escena demuestra que el cálculo oculto bajo sus sentimientos penetra muy pronto en el corazón, para disipar el duelo más reciente. He aquí como en la vida privada la Naturaleza se permite lo que en las obras del genio representa el colmo del Arte; el medio que ella utiliza es el *interés*, que es el genio del dinero.

A principios de abril de 1823, la sala de Jean-Jacques Rouget, ofreció, pues, sin que esto sorprendiese a nadie, el espectáculo de una soberbia comedia celebrada para festejar la firma del contrato matrimonial entre mademoiselle Flore Brazier y el viejo célibe. Los invitados eran monsieur Héron; los cuatro testigos, los señores Mignonnet, Carpentier, Hochon y Goddet padre; el alcalde y el cura; después Ágata Bridau, madame Hochon y su amiga madame Borniche, o sea las dos señoras de edad más respetadas de Issoudun. La desposada fue muy sensible a esta concesión obtenida por Felipe de aquellas damas, que vieron en ella una muestra de protección muy necesaria para una joven arrepentida. La belleza de Flore era deslumbradora. El cura, que instruía a la ignorante Rabouilleuse desde hacía quince días, debía darle la primera comunión al día siguiente. Aquella boda fue objeto del siguiente artículo religioso, publicado en el *Jornal du Cher* de Bourges y en el *Jornal de l'Inder*, de Chateauroux.

Issoudun.

"El movimiento religioso hace progreso en el Berry. Todos los amigos de la Iglesia y las personas decentes de esta población fueron ayer testigos de una ceremonia mediante la cual uno de los principales propietarios de la región puso fin a una situación escandalosa y que se remontaba a la época en que la religión no tenía fuerza en nuestras comarcas. Este resultado, debido al celo y la clarividencia de los eclesiásticos de nuestra villa, tendrá imitadores, a no dudarlo, y hará cesar el abuso de los matrimonios no celebrados, contraídos en las épocas más desastrosas del régimen revolucionario.

“Lo notable del hecho que comentamos es que fue provocado a instancias de un coronel perteneciente al antiguo ejército, enviado a nuestra ciudad por una sentencia

del Tribunal de los Pares y a quien este matrimonio puede hacer perder la herencia de su tío. Este desinterés es tan raro en nuestros días, que merece que se le dé publicidad”.

En el contrato matrimonial, Rouget reconocía a Flore cien mil francos de dote, y le aseguraba un caudal en usufructo para caso de viudez de treinta mil francos, con carácter vitalicio. Después de la bodas, que fueron suntuosas, Ágata volvió a París convertida en la más feliz de las madres, apresurándose a comunicar a José y Desroches lo que ella consideraba buenas noticias.

—Vuestro hijo es un hombre demasiado inteligente para no apoderarse tarde o temprano de esa herencia —le respondió el abogado, después de escuchar a madame Bridau—. Eso quiere decir que ni vos ni ese pobre José veréis jamás un céntimo de la fortuna de vuestro hermano.

—Así, os proponéis lo mismo que José, continuar siendo injusto con ese pobre muchacho —dijo la madre—. Su conducta ante el Tribunal de los Pares fue propia de un gran político y consiguió salvar muchas cabezas... Los errores de Felipe provienen del ocio forzoso en que se encontraban sus grandes facultades; pero ha reconocido el daño que pueden causar estos errores de conducta a un hombre que quiere elevarse; y tiene ambiciones, estoy segura. Además, no soy la única que cree en su brillante porvenir. Monsieur Hochon se halla convencido de que a Felipe le aguarda un gran destino.

—¡Oh, si quiere aplicar su inteligencia profundamente perversa a la tarea de hacer fortuna, llegará, pues es capaz de todo y las gentes de su clase van de prisa! —dijo Desroches.

—¿Y por qué no podría llegar por medios honrados? —preguntó madame Bridau.

—¡Ya lo veréis! —dijo Desroches—. Feliz o desgraciado, Felipe será siempre el hombre de la rue Mazarine, el asesino de madame Descoings, el ladrón doméstico; pero, estad tranquila: pareceré muy honrado a los ojos de todo el mundo.

Al día siguiente de la boda, después de desayunar, Felipe tomó a madame Rouget por el brazo cuando su tío se levantó para vestirse, pues los nuevos esposos bajaron al comedor, Flore en bata y el viejo en batín.

—Mi bella tía —dijo, llevándosela al hueco de la ventana—, ahora ya sois de la familia. Gracias a mí, todos los notarios se han resignado a este hecho. Pero ahora, nada de bromas. Espero que vamos a hacer juego limpio. Sé las jugarretas que podríais gastarme, y os aseguro que os guardaré mejor que una dueña. Así, no saldréis jamás sin darme el brazo, y no me abandonaréis ni un momento. En cuanto a lo que pueda pasar en casa, yo lo vigilaré, pardiez, como una araña en el centro de su tela. Vais a ver ahora algo que os demostrará que, mientras estabais postrada en el lecho, incapaz de mover ni un miembro, yo podía ponerlos de patitas en la calle sin daros un céntimo. Leed.

Y tendió la carta siguiente a la estupefacta Flore:

"Nuestro querido muchacho: Florentine, que por fin ha conseguido debutar en la

Ópera, en la nueva sala con un paso de tres compañías de Mariette y Tullía, no ha cesado de pensar en ti, lo mismo que Florine, que ha dejado definitivamente a Lousteau para irse con Nathan. Esas dos tunantas te han encontrado la criatura más deliciosa del mundo, una jovencita de diecisiete años, bella como una inglesa, modosa y seria como una lady, astuta como Desroches y fiel como Godeschal, y Mariette la ha adiestrado, deseándote buena suerte. Ninguna mujer puede resistir a ese diablo disfrazado de angelito: sabe representar todos los papeles, dominará a tú tío y lo volverá loco de amor. Tiene el aire celestial de la pobre Coralie, sabe llorar, tiene una voz que saca un billete de mil francos del corazón más granítico, y la picarueta bebe mejor que nosotros el champaña. Es una verdadera alhaja; ha contraído ciertas obligaciones con Mariette, y desea pagárselas. Después de haberse zampado la fortuna de dos ingleses, de un ruso y de un príncipe romano, mademoiselle Ester se encuentra en el más espantoso apuro; dale diez mil francos si quieres hacerla contenta. Acaba de decirnos, riendo: «¡Toma aún no he probado estofado de burgués, nunca es tarde para empezar!». Finot, Bixiou, Des Lupeaulx, todos nosotros, en fin, la conocemos bien. ¡Ah, si en Francia hubiese grandes fortunas, sería la más célebre cortesana de los tiempos modernos! Mi redacción huele a Nathan, Bixiou y Finot, que han ido a hacer el loco con la susodicha Ester, en el piso más magnífico que imaginarse pueda, y que el viejo lord Dutley acaba de ponerle a Florine. Lord Dutley es el verdadero padre de Marsay y la espiritual actriz lo ha pescado gracias al traje que luce en su nuevo papel. Tullia continúa con el duque de Rhétoré, Mariette sigue con el duque de Maufrigneuse; así, entre ambas, conseguirán que te levanten el destierro durante la fiesta del rey. Trata de que el tío esté enterrado bajo las rosas para la próxima fiesta de San Luis, vuelve con la herencia y podrás disfrutarla un poco en compañía de Ester y tus viejos amigos que firman en masa para que sepas que no te olvidan:

“NATHAN, FLORINE, BIXIOU, FINOT, MARIETTE, FLORENTINE, GIROUDEAU, TULLIA”.

La misiva, que temblaba en las manos de madame Rouget, revelaba el espanto de su alma y de su cuerpo. La tía no se atrevió a mirar a su sobrino, que fijaba en ella una terrible mirada.

—Tengo confianza en vos —dijo Felipe—, como veis, pero quiero algo en cambio. Os he hecho mi tía para poderme casar con vos algún día. Junto a mi tío, valéis tanto como Ester. Dentro de un año a partir de hoy, debemos estar en París, única ciudad donde la belleza puede florecer. Os divertiréis mucho más que aquí, pues la vida, en París, es un perpetuo carnaval. Yo volveré a ingresar en el ejército, alcanzaré los galones de general y vos seréis entonces una gran dama. Éste es vuestro porvenir y deberéis esforzaros por alcanzarlo... Sin embargo, quiero una prenda de nuestra alianza. Dentro de un mes me haréis dar los poderes generales de mi tío, so pretexto de libraros, lo mismo que él, de preocupaciones monetarias. Un mes después, deseo unos poderes especiales para transferir su inscripción. Una vez la

inscripción a mi nombre, ambos tendremos el mismo interés en contraer matrimonio, un día. Todo esto, mi bella tía, es claro y sencillo. Entre nosotros no deben haber ambigüedades. Puedo casarme con mi tía cuando ésta haya llevado luto durante un año, mientras que no podía casarme con una joven deshonrada.

Salió de la habitación sin esperar respuesta. Cuando, un cuarto de hora después, entró la Védie para quitar la mesa, encontró a su señora pálida y sudorosa, a pesar de la estación. Flore experimentaba la sensación de haber caído al fondo de un precipicio y sólo veía tinieblas en su porvenir; y sobre aquellas tinieblas se dibujaba, en una profunda lontananza, cosas monstruosas y confusas, que la aterrorizaban. Sentía el frío húmedo de los subterráneos. Tenía un miedo instintivo de aquel hombre, y sin embargo, una voz le decía que merecía tenerlo por dueño. No podía luchar contra su destino: Flore Brazier tenía, por decencia, una habitación en casa del tío Rouget; pero madame Rouget debía pertenecer a su marido, viéndose así privada del precioso libre albedrío que conserva una sirvienta-querida. En la horrible situación en que se encontraba, abrigaba aún la esperanza de tener un hijo; pero ante aquellos últimos cinco años, había convertido a Jean-Jacques en un viejo consumido y decrepito. Aquel matrimonio había de producir en el pobre hombre el efecto de la segunda unión de Luis XII. Por otra parte, la constante vigilancia de un hombre como Felipe, que no tenía nada que hacer, pues abandonó su empleo, hacía imposible cualquier venganza. Benjamín era un espía inocente y fiel. La Védie temblaba en presencia de Felipe. Flore se veía sola y sin ayuda. Llegó a tener miedo a la muerte; sin saber cómo se las arreglaría Felipe para matarla, adivinaba que la menor sospecha de embarazo sería su sentencia de muerte: el tono de aquella voz, el turbio brillo de aquella mirada de jugador, los menores movimientos de aquel soldado, que la trataba con la más cortés brutalidad, la hacían temblar.

Por lo que respecta a los poderes solicitados por el feroz coronel, que para todo Issoudun era un héroe, los obtuvo así que los necesitó, pues Flore cayó bajo la dominación de aquel hombre, del mismo modo como Francia cayó bajo la de Napoleón. Semejante a la mariposa cuyas patas se han enganchado en la cera incandescente de una bujía, Rouget disipó rápidamente sus últimas fuerzas.

El sobrino permanecía impasible y frío, en presencia de aquella agonía, como los diplomáticos de 1814, durante las convulsiones de la Francia Imperial.

Felipe, que tenía muy poca fe en Napoleón II, escribió entonces al ministro de la Guerra la carta siguiente, que Mariette hizo entregar por el duque de Maufrigneuse:

“Monseñor:

”Napoleón ya no existe y yo quise permanecerle fiel, en cumplimiento de la fidelidad que le había jurado; pero ahora ya soy libre de ofrecer mis servicios a Su Majestad. Si Vuecencia se digna explicar mi conducta a Su Majestad, el Rey pensará que ha sido conforme a las leyes del honor, ya que no a las del Reino. El Rey, que ha encontrado natural que su ayudante, el general Rapp, llorase a su antiguo señor, sin

duda se mostrará indulgente conmigo, teniendo en cuenta que Napoleón fue mi bienhechor.

”Suplico, pues, a Vuecencia que tome en consideración la petición que le dirijo en el sentido de que me conceda un destino apropiado a mi graduación, dándole plenas seguridades de mi sumisión más completa. Me basta con decir, monseñor, que el Rey tendrá en mí al más fiel de sus súbditos.

”Dignaos recibir el homenaje del respeto con el que tengo el honor de ser,

”De Vuestra Excelencia,

”El muy sumiso y humilde servidor,

”Felipe Bridau,

“Antiguo Jefe de Escuadrón en los Dragones de la Guardia, oficial de la Legión de Honor, en libertad vigilada por la policía del Estado en Issoudun”.

Esta carta iba acompañada de una solicitud de residencia en París para resolver asuntos de familia, a la que monsieur Mouilleron añadió cartas del alcalde, del subprefecto y del comisario de policía de Issoudun, los cuales elogiaron unánimemente la conducta de Felipe, haciendo hincapié en el artículo publicado con motivo de la boda de su tío.

Quince días después, durante la Exposición, Felipe recibió el permiso solicitado y una carta del ministro de la Guerra, en que éste le manifestaba que, en cumplimiento de las órdenes del Rey, como primera medida de indulto se le restablecía con el grado de teniente coronel en los cuadros de mando del Ejército.

Felipe se trasladó a París con su tía y el viejo Rouget, y a los tres días de su llegada lo acompañó a la Tesorería para firmar la transferencia de la inscripción, que entonces pasó a ser propiedad suya. El moribundo, lo mismo que la Rabouilleuse, fue sumido por su sobrino en los placeres excesivos de la peligrosísima sociedad formada por infatigables actrices, periodistas, artistas y mujeres de vida airada, en la que Felipe ya había malgastado su juventud, y donde el viejo Rouget encontró Rabouilleuses a porrillo.

Giroudeau se encargó de procurar al tío Rouget la agradable muerte que más tarde ennobleció, según se dice, nada menos que un mariscal de Francia. Lolotte, una de las más bellas coristas de la Ópera, fue el amable asesino del viejo. Rouget murió después de una cena espléndida ofrecida por Florentine. Así, fue muy difícil saber que causó la muerte del viejo provinciano, si Lolotte o la cena. Lolotte atribuyó su muerte a una tajada de foie-gras; y como el producto de Estrasburgo no podía defenderse de esta acusación, se consideró que una indigestión fue la causa del fallecimiento.

Madame Rouget se encontraba como en su elemento en aquel mundo excesivamente descotado; pero Felipe le puso a Mariette por carabina, la cual no dejó que la viudita, cuyo luto estuvo adornado por algunas aventuras galantes, cometiese

excesivas locuras.

En octubre de 1823, Felipe regresó a Issoudun provisto de los poderes de su tía para liquidar la herencia de su tío, operación que se efectuó con rapidez, pues en marzo de 1824 ya estaba en París con un millón seiscientos mil francos, producto neto y líquido de los bienes de su difunto tío, sin contar los preciosos cuadros que no llegaron a salir de la casa del viejo monsieur Hochon. Felipe depositó estos fondos en la casa Mongenod e hijo, donde trabajaba el joven Baruc Borniche, y sobre cuya solvencia y probidad el viejo Hochon le había informado satisfactoriamente. Aquella empresa de banca puso el capital a un interés del seis por ciento anual, a condición de que se la avisara con tres meses de antelación cuando desearan retirar fondos.

Un buen día, Felipe fue a pedir a su madre que asistiera a su boda, que tuvo por testigos a Giroudeau, Finot, Natán y Bixiou. Según los términos del contrato matrimonial, la señora viuda Rouget, cuya aportación consistía en un millón de francos, hacía donación a su futuro esposo de sus bienes, en el caso en que falleciese sin sucesión. No hubo ni participaciones, ni fiesta ni pompa, pues Felipe tenía sus designios ocultos. Instaló a su esposa en la rue Saint-Georges, en un piso que Lolotte le vendió completamente amueblado, que la joven madame Bridau encontró delicioso, y en el que su marido apenas puso los pies. A escondidas de todo el mundo, Felipe adquirió por doscientos cincuenta mil francos y en un momento en que nadie sospechaba el valor que aquel barrio adquiriría con el tiempo, un magnífico hotel en la rue de Clichy, dando como entrada sobre su precio la suma de cincuenta mil escudos de sus rentas; el resto a pagar en dos años. Invirtió enormes cantidades en decoración del interior y en mobiliario, pues durante dos años consagró sus rentas a aquellas obras. Los soberbios cuadros restaurados, cuyo valor se calculaba en trescientos mil francos, brillaron en la mansión con todo su esplendor.

El advenimiento de Carlos X aún puso más en favor que antes a la familia del duque de Chaulieu, cuyo primogénito, el duque de Rhétoré, veía con frecuencia a Felipe en casa de Tullia. Durante el reinado de Carlos X, la rama mayor de la casa de Borbón se creyó definitivamente instalada en el trono y siguió el consejo dado por el mariscal Gouvion-Saint-Cyr, de atraerse los militares del Imperio. Felipe, que sin duda hizo preciosas revelaciones sobre los complots de 1820 y 1822, fue nombrado teniente coronel en el regimiento del duque de Maufrigneuse. Aquel gran señor, de modales encantadores, se consideraba obligado a dispensar su protección al hombre a quien había arrebatado Mariette. El cuerpo de ballet no fue extraño a este nombramiento. Por otra parte, los sabios consejeros secretos de Carlos X ya habían decidido dar a monseñor el Delfín un ligero tinte de liberalismo. Monsieur Felipe, que casi se había convertido en el menino del duque de Maufrigneuse, no fue solo presentado al Delfín, pues, sino también a la Delfina, a quien no desagradaban los caracteres rudos y los militares notables por su fidelidad.

Felipe supo jugar muy bien la carta del Delfín y aprovechó la primera presentación en público de aquel liberalismo postizo, para hacerse nombrar edecán de

un mariscal muy introducido en la corte. En enero de 1827, Felipe, que ingresó como teniente coronel en el regimiento de la Guardia Real, que se hallaba entonces bajo el mando del duque de Maufrigneuse, solicitó el favor de verse ennoblecido. Bajo la Restauración, la concesión de títulos de nobleza a los plebeyos que servían en la Guardia era casi una obligación. El coronel Bridau, que acababa de comprar las tierras de Brambourg, solicitó el favor de convertirlas en mayorazgo, con el título de conde. Obtuvo esta gracia utilizando hábilmente sus enlaces en la más alta sociedad, donde hacía ostentación de coches y de libreas, mostrándose ante todos con el porte y los aires de un gran señor.

A partir del día en que Felipe, teniente coronel del más marcial regimiento de caballería de la Guardia, vio aparecer su nombre en el Almanaque acompañado del título de conde de Brambourg, se dedicó a frecuentar la casa del teniente general de artillería, conde de Soulanges, para hacer la corte a la menor de sus hijas, mademoiselle Amélie de Soulanges. Insaciable y apoyado por las amantes de todos los personajes influyentes, Felipe solicitó el honor de ser uno de los edecanes de monseñor el Delfín. Tuvo la audacia de decir a la Delfina “que un viejo oficial herido en muchos campos de batalla y que había conocido la gran guerra, no sería inútil a monseñor, llegado el caso”. Felipe, que supo adoptar el tono adecuado de adulación, fue lo que debía ser en aquel mundo superior, del mismo modo como supo conquistar a Mingonnet en Issoudun: Llevaba además un tren de vida magnífico, dio fiestas y cenas espléndidas, sin admitir en su hotel a ninguno de sus antiguos amigos, cuya presencia hubiera podido comprometer su futuro. Así, se mostró implacable con sus compañeros de francachela, negándose en redondo a hablar en favor de Giroudeau, que quería ingresar en el servicio, cuando Florentina lo abandonó.

—¡Es un hombre de costumbres relajadas! —dijo Felipe a Bixiou, cuando éste vino a interceder por el antiguo militar.

—¿Esto es lo que ha dicho de mí? —exclamó Giroudeau—. ¿De mí, que lo he librado de su tío? ¡Es el colmo!

—¡Ya lo atraparemos! —dijo Bixiou.

Felipe quería casarse con mademoiselle Amélie de Soulanges, llegar al generalato y mandar uno de los regimientos de la Guardia Real. Pidió tantas cosas que, para hacerlo callar, lo nombraron comendador de la Legión de Honor y comendador de la Orden de San Luis. Una noche en que Ágata y José volvían a pie con tiempo lluvioso, vieron pasar a Felipe de uniforme, recargado con sus cordones, sentado en un rincón de su bello cupé tapizado de seda amarilla y cuyas armas estaban rematadas por una corona condal. Se dirigía a una fiesta del Eliseo-Borbón; salpicó de lodo a su madre y su hermano, mientras los saludaba con gesto protector.

—¿Adonde va ese pícaro? —dijo José a su madre—. Ya podría enviarnos algo más que no fuese ese barro que nos ha tirado a la cara.

—Ocupa una posición tan magnífica y encumbrada, que no debemos enojarnos con él porque nos tenga olvidados —dijo madame Bridau—. Al ascender con tanta

rapidez, tiene que atender a tantas obligaciones y realizar tantos sacrificios, que es posible que no pueda venir a vemos, a pesar de que piense en nosotros.

—Mi querido amigo —dijo una noche el duque de Maufrigneuse al nuevo conde de Brambourg—, estoy seguro de que vuestra demanda será tomada en consideración; mas para casaros con Amélie de Soulanges, tendríais que estar libre. ¿Qué ha sido de vuestra esposa?...

—¿Mi mujer? —dijo Felipe con un gesto, una mirada y un acento que más tarde el gran actor Federico Lemaitre adivinó en uno de sus papeles más terrible—. ¡Ay! Tengo la triste certeza de que no la conservaré mucho tiempo a mi lado. No vivirá ni ocho días. ¡Ah, mi querido duque, vos no podéis saber lo que es un casamiento desigual! El casamiento con una mujer que era cocinera, que tiene los gustos de una cocinera y que me deshonra. Creed que soy muy digno de compasión. Pero tuve el honor de explicar mi situación a madame la Delfina. Fue necesario, entonces, salvar un millón que mi tío había dejado en su testamento a esa criatura. Afortunadamente, se ha aficionado a los licores; a su muerte, yo entro en posesión de un millón de francos depositado en la casa Mongenot; además, tengo treinta mil francos al cinco por ciento y mi mayorazgo, que me proporciona cuarenta mil libras de renta. Si, como todo lo hace suponer, monsieur de Soulanges alcanza el bastón de mariscal, yo estoy en situación con el título de conde de Brambourg, de llegar a ser general y par de Francia. Éste sería el retiro de un edecán del Delfín.

Después del Salón de 1823, el primer pintor del Rey, que era uno de los hombres más excelentes de la época, consiguió una administración de lotería para la madre de José, situada cerca de la Halle. Más adelante, Ágata tuvo la suerte de permutar su establecimiento, sin tener que pagar traspaso, por una administración situada en la rue de Seine, en un inmueble en el que José instaló su taller. La viuda, por su parte, puso a un gerente y dejó de ser una carga para su hijo. Pero ni siquiera en 1828, a pesar de regentar una excelente administración de lotería que debía a la gloria de José, madame Bridau aún no creía en aquella gloria puesta excesivamente en duda, como lo son todas las glorias auténticas. El gran pintor, siempre en lucha con sus pasiones, tenía enormes necesidades; no ganaba lo bastante para sostener el boato al que le obligaban sus relaciones mundanas, así como su situación distinguida en la joven Escuela. Aunque contaba con el poderoso apoyo de sus amigos del Cenáculo, de mademoiselle des Touches, no era del agrado de los burgueses. Estos seres, que hoy manejan el dinero, nunca desatan los cordones de su bolsa para los talentos que aún no son reconocidos, y José tenía que enfrentarse con los clásicos, con el Instituto y con los críticos, que dependían de aquellas dos potencias. Por último, el conde de Brambourg se hacía el sorprendido cuando le hablaban de José. Aquel animoso artista, aunque apoyado por Gros y por Gérard, gracias a los cuales obtuvo la cruz en el Salón de 1827, tenía muy pocos encargos. Si el Ministerio del Interior y la Casa Real adquirirían sin demasiado entusiasmo sus grandes telas, los marchantes y los extranjeros ricos no se interesaban por ellas. Además, José se abandona, como ya es

sabido, excesivamente a la fantasía, de lo que resultan altibajos que sus enemigos aprovechan para negar su talento.

—La gran pintura está muy enferma —le decía su amigo Pierre Grassou, que hacía cuadros malos al gusto de los burgueses, en cuyos pisos no caben los lienzos de grandes dimensiones.

—Tendrías que pintar toda la Catedral —le repetía Schinner—. Reducirías la crítica al silencio con una gran obra.

Estas frases, que llenaban de espanto a la buena de Ágata, corroboraban el juicio que se formó desde el primer momento sobre José y sobre Felipe. Los hechos daban la razón a esta mujer, que seguía siendo una provinciana. ¿No era cierto que Felipe, su niño mimado, había terminado por convertirse en el gran hombre de la familia? Ella veía en las primeras faltas cometidas por aquel joven los extravíos propios del genio; José, cuyas producciones le dejaban insensible, pues ella las veía demasiado en mantillas para admirarlas una vez terminadas, ño le parecía haber avanzado más en 1828 que en 1816. El pobre José debía dinero, estaba cargado de deudas, *se había decidido por una profesión ingrata, que no daba nada*. Por último, Ágata ni siquiera comprendía por qué habían otorgado aquella condecoración a José.

En cambio, Felipe convertido en un conde, Felipe, ya lo bastante fuerte para no acudir a las salas de juego, el invitado a las fiestas de madame, aquel brillante coronel que, en los desfiles o en los cortejos, aparecía vestido con un rutilante uniforme adornado con dos cordones rojos, realizaba los sueños maternos de Ágata. ¡Durante una ceremonia pública, Felipe borró el odioso recuerdo de su miseria en el Quai de l'Ecole, desfilando ante su madre en aquel mismo lugar, precediendo al Delfín, sobre un brioso corcel empenachado y un dorman en el que brillaban el oro y las pieles! Convertida para el artista en una especie de hermana gris y abnegada, Agate únicamente se sentía madre para el audaz edecán de Su Alteza Real monseñor el Delfín. Orgullosa de Felipe, creía que pronto le debería el bienestar, olvidando que la administración de lotería, de la que sacaba el sustento, la había obtenido gracias a José.

Un día, Ágata vio a su pobre artista tan atormentado por el total de la factura que le había enviado su proveedor de colores, que, sin dejar de maldecir a las Artes quiso librarlo de sus deudas. La pobre mujer, que mantenía la casa con los ingresos de su administración de lotería, se guardaba muy bien de pedir nunca un céntimo a José. Por lo tanto, no tenía dinero, pero contaba con el buen corazón y la bolsa de Felipe. Espera diariamente, desde hacía tres años, la visita de su hijo; lo veía ya trayéndole una suma enorme y disfrutaba por anticipado del placer que le proporcionaría entregársela a José, cuya opinión sobre Felipe seguía siendo tan invariable como la de Desroches.

A escondidas de José, escribió a Felipe la carta siguiente:

“Al señor conde de Brambourg.

”Mi querido Felipe: No has tenido el menor recuerdo para tu madre en cinco años. Esto no me parece bien. Deberías acordarte un poco del pasado, aunque sólo fuese a causa de tu excelente hermano. Hoy José se encuentra en grandes estrecheces, mientras que tú nadas en la opulencia; mientras tú vas de fiesta en fiesta, él trabaja duramente. Te has quedado con toda la fortuna de mi hermano. Si hay que creer al pequeño Borniche, posees doscientas mil libras esterlinas de renta. ¿Por qué no vienes a ver a José? Durante tu visita pon en la calavera veinte billetes de mil francos: nos los debes, Felipe; sin embargo, tu hermano te estará muy agradecido, sin contar con el placer que esta acción causará a tu madre.

Ágata Rouget de Bridau”.

Dos días después, la criada trajo al taller, donde la pobre Ágata acababa de desayunar con José, este terrible billete:

“Mi querida madre: No es posible casarse con mademoiselle Amélie de Soulanges aportándole cascarones de nuez cuando, bajo el nombre de conde de Brambourg, se lleva el de

Vuestro hijo,
Felipe Bridau”.

Ágata soltó la carta, al dejarse caer medio desvanecida sobre el diván del taller. El ligero ruido que hizo el papel al caer y la sorda pero horrible exclamación de Ágata, sobresaltaron a José, que, en aquellos momentos, no se acordaba de su madre, pues trazaba rabiosamente un boceto; asomó la cabeza fuera de la tela para ver qué sucedía.

Ante el aspecto de su madre tendida, el pintor tiró la paleta y los pinceles y fue a levantar una especie de cadáver. Tomó a Ágata en sus brazos, la llevó a su cama del piso y envió a buscar a su amigo Bianchon por la criada. Así que José pudo interrogar a su madre, ella le confesó haber escrito a Felipe y la respuesta que acababa de recibir de él. El artista fue a buscar aquella misiva, cuya concisa brutalidad acababa de destrozarse el corazón delicado de aquella pobre madre, al derribar el pomposo edificio elevado por su preferencia maternal.

José, que había vuelto junto al lecho de su madre, tuvo la serenidad de callar. No mencionó a su hermano durante las tres semanas que duró, no la enfermedad, sino la agonía de aquella desdichada. En efecto, Bianchon, que vino diariamente y cuidó a la enferma con la abnegación de un verdadero amigo, habló francamente a José desde el primer día.

—A su edad —le dijo— y en las circunstancias en que va a encontrarse tu madre, lo único que hay que procurar es hacerle la muerte lo más dulce posible.

Ágata, en verdad, vio con tanta clarividencia que Dios la llamaba a su lado, que al día siguiente ya reclamó la presencia del viejo abate Loraux, su confesor desde hacía veintidós años. Cuando estuvo a solas con él, después de verter en aquel corazón

todas sus penas, repitió lo que había dicho a su madrina y que repetía sin cesar:

—¿En qué habré podido disgustar a Dios? ¿No le he amado con toda mi alma? ¿No he seguido el camino de salvación? ¿Qué pecado he cometido? ¿Y si soy culpable de un pecado que ignoro, tendré tiempo aún de repararlo?

—No —dijo el anciano con voz dulce—. ¡Ay!, vuestra vida parece ser pura y vuestra alma sin tacha; pero la mirada de Dios, pobre criatura afligida, es más penetrante que la de sus ministros. Veo claro cuando ya es demasiado tarde, pues también a mí habéis conseguido engañarme.

Al oír estas palabras pronunciadas por una boca que sólo había vertido hasta entonces palabras de paz y de miel para ella, Ágata se incorporó en el lecho, abriendo unos ojos llenos de terror e inquietud.

—¡Decid, decid! —exclamó.

—¡Consolaos! —repuso el viejo sacerdote—. Por la manera como habéis sido castigada se puede prever el perdón. Dios sólo se muestra severo aquí abajo con sus elegidos. ¡Ay de aquéllos cuyas maldades son favorecidas por el azar! Los repetirán en la humanidad hasta que a su vez sean duramente castigados por simples errores, cuando llegarán a la madurez de los frutos celestiales. Vuestra vida, hija mía, no ha sido más que una prolongada falta. Caéis en la fosa que vos misma os habéis abierto, pues sólo faltamos por el lado que hemos debilitado en nosotros mismos. ¡Entregasteis vuestro corazón a un monstruo en quien visteis vuestra gloria, negándoos a reconocer el hijo que es vuestra gloria verdadera! Habéis sido tan profundamente injusta que ni siquiera habéis observado este sorprendente contraste: vuestra existencia es posible gracias a José, mientras que el otro hijo os ha expoliado constantemente. El hijo pobre, que os ama sin verse recompensado por una ternura igual, os proporciona el pan cotidiano; mientras que el rico, que nunca ha pensado en vos y que os desprecia, desea vuestra muerte.

—¡Oh, por esto!... —musitó la enferma.

—Sí —prosiguió el sacerdote—. Vuestra humilde condición molesta a ese hombre y las esperanzas que le hace concebir su orgullo... ¡Madre, éstos son vuestros crímenes! Mujer, vuestros sufrimientos y vuestros tormentos os anuncian que disfrutaréis de la paz del Señor. Vuestro hijo José es tan grande, que su ternura nunca se ha visto disminuida por las injusticias de vuestra preferencia maternal. ¡Amadlo mucho, pues! Entregadle todo vuestro corazón durante estos últimos días; rogad por él, en fin, como yo voy a rogar por vos.

Abiertos por manos tan poderosas, los ojos de aquella madre abarcaron el curso de su vida, en una mirada retrospectiva. Iluminada por aquel fulgor, vio sus involuntarios errores y se deshizo en llanto. El viejo sacerdote se sintió tan conmovido ante el espectáculo de aquella mujer arrepentida, que había pecado únicamente por ignorancia, que salió para no tener que demostrar su compasión.

José volvió a la habitación de su madre unas dos horas después de la partida del confesor. Había ido a casa de uno de sus amigos para pedirle prestado el dinero que

necesitaba para pagar las deudas más urgentes, y entró de puntillas, creyendo que Ágata dormía. Así, pudo sentarse en su butaca sin ser visto por la enferma.

Pero José se levantó al oír un sollozo entrecortado por estas palabras:

—¿Me perdonará?...

El artista notó un sudor frío en la espalda, pues creyó que su madre era presa del delirio que precede a la muerte.

—¿Qué quieres, madre? —le dijo, asustado al ver los ojos enrojecidos por el llanto y el rostro consumido de la enferma.

—¡Ah, José! ¿Me perdonarás, hijo mío? —exclamó.

—¿Eh? ¿De qué tengo que perdonarte?

—No te he amado como merecías serlo...

—¡Vaya una acusación! —exclamó el pintor—. ¿No me habéis amado?... ¿No vivimos juntos desde hace siete años? ¿No eres, desde hace siete años, mi asistenta? ¿No te veo todos los días? ¿No oigo tu voz? ¿No eres la dulce e indulgente compañera de mi vida de miseria? Me dirás que no comprendes la pintura... ¡Qué se le va a hacer, estas cosas no se adquieren! Y yo que decía ayer mismo a Grassou: “Lo que más me consuela en medio de mis luchas, es tener una buena madre; así deberían ser las mujeres de los artistas; vela por todo, cuida de mis necesidades materiales sin darse la menor importancia”.

—¡No, José, no; tú si que me querías, y yo no te devolvía tus ternuras ni correspondía a tu cariño! ¡Ah, si pudiese vivir de nuevo!... Dame la mano...

Ágata tomó la mano de su hijo, la besó, la apretó contra su corazón y lo contempló durante mucho rato con sus ojos azules, en los que resplandecía la ternura que hasta entonces había reservado para Felipe. El pintor, gran experto en expresiones humanas, quedó tan impresionado ante aquel cambio, vio tan bien que el corazón de su madre se abría para él, que la tomó en sus brazos y la estrechó durante unos instantes contra su pecho, diciendo como un insensato:

—¡Oh, madre, madre mía!

—¡Ah, me siento perdonada! —dijo ella—. ¡Dios tiene que confirmar el perdón de un hijo a su madre!

—Debes tranquilizarte y no atormentarte, ¿sabes? Durante este momento me siento amado por todo el pasado —exclamó José depositando a su madre sobre la almohada.

Durante las dos semanas que duró el combate entre la vida y la muerte entablado por aquella santa mujer, tuvo para José unas miradas, unas expresiones y unos gestos en los que brillaba tanto amor, que parecía como si en cada una de sus efusiones hubiese toda una vida... La madre no pensaba más que en su hijo; por ella no se preocupaba en absoluto y, sostenida por su amor, ya no sentía sus sufrimientos. Decía frases ingenuas como las que dicen los niños. D'Arthez, Michel Chrestien, Fulgence Ridal, Pierre Grassou, Bianchon iban a hacer compañía a José, y a menudo discutían en voz baja en la habitación de la enferma.

—¡Oh, cómo me gustaría saber lo que es el color! —exclamó Ágata una noche, al oír una discusión sobre un cuadro.

José, por su parte, se mostró sublime con su madre; no abandonó la habitación, mimaba a Ágata con todo su corazón y respondía a su ternura con idéntico cariño. Aquello constituyó para los amigos del gran pintor, uno de esos bellos espectáculos que no se olvidan jamás. Aquellos hombres, dotados de un verdadero talento y un gran carácter, fueron para José y para su madre lo que debían ser: unos ángeles que rezaban y que lloraban con él, sin decir oraciones ni derramar lágrimas, sino uniéndose a su amigo mediante el pensamiento y la acción. En su calidad de artista, tan grande por el talento como por el corazón, José adivinó, por algunas miradas de su madre, un deseo oculto en aquel pobre corazón, y dijo un día a D'Arthez:

—Ha querido demasiado a ese bandido de Felipe para no desear verlo antes de morir...

José rogó a Bixiou, metido en la vida bohemia que a veces frecuentaba Felipe, que obtuviese de aquel infame advenedizo el favor de representar, por piedad, la comedia de una ternura fingida a fin de envolver el corazón de aquella pobre madre en un manto bordado de ilusiones. En su calidad de observador y de misántropo burlón, Bixiou no deseaba otra cosa sino encargarse de una misión como aquella.

Después de exponer la situación de Ágata al conde de Brambourg, que lo recibió en un dormitorio tapizado de damasco amarillo, el coronel se echó a reír.

—¿Y qué diablos quieres que vaya a hacer allí? —exclamó—. El único favor que puede hacerme la buena mujer es irse al otro barrio lo antes posible, pues haría una triste figura en mi boda con mademoiselle de Soulanges. Cuanta menos familia tenga, mejor será mi posición. ¡No tengas la menor duda de que desearía enterrar él apellido Bridau bajo todos los monumentos funerarios del Pere-Lachaise!... ¡Mi hermano me asesina exhibiendo mi verdadero nombre a la luz del día! ¡Tú eres un hombre demasiado inteligente para no ponerte a la altura de mi situación! Vamos a ver... si llegases a ser diputado —tienes una lengua de oro—, serías tan temido como Chauvelin y podríamos hacerte conde Bixiou, director general de Bellas Artes. Cuando hubieses llegado a esa altura, dime, ¿te gustaría, si tú abuela Descoings aún viviese, tener a tu lado a esa buena mujer que parecía una madame Saint-Léon? ¿Le ofrecerías el brazo en las Tullerías? ¿La presentarías a la familia noble en la que entonces tratarías de ingresar? ¡Lo único que desearías, pardiez, sería verla bajo seis pies de tierra, encerrada herméticamente en una caja de plomo! Ven, desayunemos juntos y hablemos de otras cosas. Soy un advenedizo, querido, ya lo sé. ¡No quiero que me vean la partida de bautismo!... Mi hijo será más feliz que yo, pues será gran señor. El muy granuja deseará mi muerte, ya lo sé, o de lo contrario no sería mi hijo.

Tocó la campanilla y vino el ayuda de cámara, al que dijo:

—Mi amigo se queda a desayunar conmigo. Sírvenos un desayuno ligero y agradable.

—Sin embargo, la buena sociedad no te vería en la habitación de tu madre —

repuso Bixiou—. ¿Qué te costaría fingir que quieres a la pobre vieja durante unas horas?...

—¡Uy! —exclamó Felipe guiñando el ojo—. Tú vienes de su parte. Soy un gato viejo que no se deja engañar en cuestión de genuflexiones. ¡Con el cuento de su último suspiro, mi madre quiere darme un sablazo para José... No, gracias.

Cuando Bixiou refirió esta escena a José, el pobre pintor sufrió hasta lo más profundo del alma.

—¿Sabe Felipe que estoy enferma? —dijo Ágata con voz doliente la noche misma del día en que Bixiou refirió el resultado de su misión.

José salió ahogado por el llanto. El abate Loraux, que se encontraba a la cabecera de su penitente, le tomó la mano, se la estrechó y luego respondió:

—¡Ay, hija mía... nunca habéis tenido más que un hijo!

Al oír estas palabras, que comprendió, Ágata experimentó una crisis que señaló el comienzo de su agonía. Veinte horas después exhalaba su último suspiro.

En el delirio que precedió a su muerte, se le escaparon estas palabras:

—¿A quién, pues, se parece Felipe?... ¿A quién?...

José acompañó sólo los restos de su madre a su última morada. Felipe se había ido a Orleáns por asuntos del servicio, expulsado de París por la esquila siguiente, que José le escribió en el momento en que su madre entregaba su alma al Creador:

”Monstruo, mi madre ha muerto de la impresión que tu carta le causó. Ponte de luto pero fíngete enfermo: no quiero que su asesino esté a mi lado cuando siga a su féretro.

José B.”

El pintor, que no se sentía con ánimos de pintar, aunque quizá su profundo dolor exigiese la distracción mecánica que le hubiera aportado el trabajo, se vio rodeado por sus amigos, que se propusieron no dejarlo nunca más solo. Así, pues, Bixiou, que quería a José todo cuanto un espíritu burlón puede querer a alguien, formaba parte, quince días después del sepelio, de los amigos reunidos en el taller. En aquellos momentos, la criada entró de pronto para entregar a José la siguiente carta que había traído, según dijo, una vieja que esperaba respuesta en la portería:

“Muy señor mío: ”A pesar de que no me atrevo a daros el nombre de hermano, me veo obligada a dirigirme a vos, aunque sólo fuese a causa del nombre que llevo...”

José dio la vuelta a la hoja y buscó la firma al pie de la última línea. Las palabras condesa Flore de Brambourg le produjeron un estremecimiento, al presentir un nuevo horror tramado por su hermano.

—¡Este bandido —dijo—, representaría el papel de diablo al natural! ¡Y que

semejante canalla pase por ser un hombre de honor! ¡Y pensar que se cuelga un montón de conchas alrededor del cuello! ¡Y pensar que hace la rueda en la corte, en vez de verse tendido sobre la rueda! ¡Y este bellaco se hace llamar señor conde!

—¡Hay muchos así! —comentó Bixiou.

—Después de esto, esa Rabouilleuse merece verse *raboullada* a su vez — prosiguió José—. Esta mala lengua me hubiera hecho cortar el pescuezo como un pollo, sin decir: ¡Es inocente!...

Cuando José tiró la carta con asco, Bixiou la pescó al vuelo con presteza y continuó leyéndola en voz alta:

“¿Es decente que la señora condesa Bridau de Brambourg, sean cuales fueren sus culpas, tenga que ir a morir a un hospital? Si tal es mi destino, si tal es la voluntad del señor conde y la vuestra, que se cumpla; pero al menos, vos que sois amigo del doctor Bianchon, procuradme su protección para ingresar en un hospital. La persona que os ha traído esta carta, señor, ha ido once días seguidos a la mansión de Brambourg, en la rue de Clichy, sin poder obtener la menor ayuda de mi marido. El estado en que me hallo no me permite utilizar los servicios de un abogado para ver de conseguir judicialmente lo que se me debe para poder morir en paz. Sé, por otra parte, que nada puede salvarme. Así, en el caso en que no deseéis ocuparos de vuestra desdichada cuñada, dadme el dinero necesario para procurarme los medios de poner fin a mis días; pues comprendo que vuestro señor hermano desea mi muerte y siempre la ha deseado. Aunque una vez me dijo que tenía tres medios seguros de matar a una mujer, no tuve la suficiente inteligencia de prever el que emplearía conmigo.

”En el caso en que deseéis ayudarme y juzgar por vos mismo de la miseria en que vivo, habito en la rue du Houssay, en la esquina de la rue Chantereine, en el quinto piso. ¡Si mañana no pago los alquileres atrasados, me echarán a la calle! ¿Y adonde podré ir, señor?... Permitidme que me despida como

Vuestra cuñada,
Condesa Flore de Brambourg”.

—¡Qué fosa llena de infamias! —dijo José—. ¿Qué habrá dentro de todo esto?

—Ante todo, hagamos subir a la mensajera; sin duda será un buen prefacio para esta historia —dijo Bixiou.

Un instante después, apareció una mujer que Bixiou designó con estas palabras: “¡Unos harapos ambulantes!” Era, en efecto, un montón de harapos y ropa vieja, llenos de barro a causa de la estación, transportado por unas gruesas piernas de pies macizos, apenas cubiertas por unas medias zurcidas y apedazadas y unos zapatos que vomitaban agua por sus grietas. En lo alto de este amontonamiento de andrajos se alzaba una de esas cabezas que Charlet ha utilizado para sus barrenderas, cubierta de una mugrienta pañoleta usada hasta en sus menores pliegues.

—¿Cómo os llamáis? —le preguntó José, mientras Bixiou sacaba un croquis de la mujer, que se apoyaba en un paraguas del año II de la República.

—Madame Gruget, para serviros. He vivido de renta, señor mío —dijo a Bixiou, cuya risa zumbona la ofendió—. Si mi pobre hija no hubiese cometido la tontería de querer demasiado a un sinvergüenza, otro gallo me cantara. Se tiró al Sena, con vuestro perdón, mi pobrecilla Ida. Después cometí la tontería de jugar a una cuaterna; por esto, mi querido señor, a mis setenta y siete años tengo que velar enfermos a diez sueldos al día, y la comida...

—¡Pero podíais vestiros! —dijo Bixiou—. Mi abuela se vestía como Dios manda, y también jugaba su terno todos los años.

—Pero con mis diez sueldos tengo que pagar una habitación amueblada...

—¿Y qué tiene la señora que cuidáis?

—No tiene nada, señor, en lo que a dinero se refiere, se entiende. La verdad es que tiene una enfermedad que trae de coronilla a los médicos... Me debe sesenta días de pensión y por esto continuo cuidando de ella. El marido, que es un conde, pues debéis saber que ella es condesa, sin duda me pagará la cuenta cuando ella muera; entretanto, le he adelantado todo cuanto tenía... pero ya no me queda nada; he empeñado todos mis objetos en el Monte de Piedad... Me debe cuarenta y siete francos con doce sueldos, además de mis treinta francos de cuidarla; y como quiere matarse con carbón, yo le digo: no está bien que hagáis eso, señora... E incluso he dicho a la portera que la vigile cuando yo me ausente, porque es capaz de tirarse por la ventana.

—¿Pero, qué tiene? —insistió José.

—¡Ah, señor! Ha venido el médico de las Hermanas, pero en cuanto a la enfermedad —dijo madame Gruget adoptando un aire pudibundo—, ha dicho que hay que llevarla al hospital... Es un caso sin remedio.

—Vamos inmediatamente —dijo Bixiou.

—Tomad —dijo José—, aquí tenéis diez francos.

Después de meter la mano en la famosa calavera para retirar todo su capital, el pintor fue a la rue Mazarine, tomó un fiacre y se dirigió a casa de Bianchon, que afortunadamente no había salido; mientras que por su parte, Bixiou corría a la rue de Bussy en busca de su amigo Desroches. Los cuatro se reunieron una hora después en la rue du Houssay.

—Ese Mefistófeles a caballo llamado Felipe Bridau —dijo Bixiou a sus tres amigos mientras subían por la escalera—, ha sabido gobernar muy bien su barca para librarse de su mujer. Como sabéis, nuestro amigo Lousteau, muy contento de recibir todos los meses un billete de mil francos que le enviaba Felipe, ha mantenido a madame Bridau en la sociedad de Florine, de Mariette, de Tullia, de la Val-Noble... Cuando Felipe ha visto a su Rabouilleuse acostumbrada a la vida elegante y a los placeres costosos, ha dejado de darle dinero, dejando que se lo procurase... ya os podéis imaginar cómo. Felipe, al cabo de dieciocho meses, ha hecho descender a su

mujer, de trimestre en trimestre, cada vez más abajo y por último, por medio de un joven suboficial que es un Adonis, la ha acostumbrado a los licores. A medida que él se elevaba, su mujer descendía, y ahora la condesa se revuelca en el fango. Esta joven y lozana campesina tenía que ser muy dura de pelar; no sé cómo se las ha arreglado Felipe para librarse de ella. Tengo curiosidad por estudiar este pequeño drama, pues quiero vengarme del amigo. Por desgracia, amigos míos —dijo Bixiou con un tono que dejó a sus tres compañeros en la duda de si bromeaba o si hablaba seriamente—, basta con hundir a un hombre en un vicio para deshacerse de él. *¡Amaba demasiado el baile y esto fue lo que la mató!...*, ha dicho Víctor Hugo. ¡Así es! ¡Mi abuela amaba demasiado la lotería y Felipe la mató con la lotería! ¡El tío Rouget amaba el jolgorio y Lolotte lo mató! ¡Madame Bridau, la pobre, amaba a Felipe y este amor la mató! ¡El Vicio, el Vicio, amigos míos!... ¿Sabéis lo que es el Vicio? ¡Es el alcahuete de la Muerte!

—¡Y tú morirás de una broma! —dijo sonriendo Desroches a Bixiou.

A partir del cuarto piso, los cuatro jóvenes ascendieron por una de aquellas escaleras empinadas que más parecen una escala y por la que hay que trepar a la buhardilla en ciertas casas de París. Aunque José, que había conocido a Flore en todo el esplendor de su belleza, ya esperaba encontrar un terrible contraste, no podía imaginarse el triste espectáculo que se ofreció a sus ojos de artista. Bajo el ángulo agudo de una buhardilla, de paredes desnudas y tendida en un catre cuyo mísero jergón estaba quizá lleno de borra, los jóvenes distinguieron a una mujer, verde como una ahogada de dos días y descarnada como una tísica dos días antes de su muerte. Aquel cadáver infecto ocultaba su cabeza desprovista de cabello con una mala tela de algodón en forma de cuadrados. Sus hundidos ojos estaban enrojecidos y los párpados parecían membranas de huevo. Aquel cuerpo que antaño fuera tan atractivo estaba reducido a una ignominiosa osteología. Al ver aparecer a sus visitantes, Flore trató de cubrirse el pecho con un trozo de muselina que, sin duda, había sido un visillo de ventana, pues mostraba las señales causadas por el orín de la varilla. Los jóvenes vieron que el único mobiliario de zaquizamí eran dos sillas, una cómoda desvencijada, sobre la que una vela estaba metida en una patata, unos cuantos platos esparcidos por el suelo y un fogón de tierra en el ángulo de una chimenea apagada.

Bixiou observó lo que restaba de la mano de papel de escribir comprada en el abacero, para redactar la misiva que las dos mujeres rumieron sin duda de consuno. La palabra “repugnante” no sería más que el positivo, cuyo superlativo no existe y con el que habría que expresar la impresión causada por aquella miseria. Cuando la moribunda distinguió a José, dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¡Aún puede llorar! —dijo Bixiou—. ¡Insólito espectáculo: un juego de dominó que derrama lágrimas! Esto nos explica el milagro de Moisés.

—¿Aún puede llorar? —repitió José.

—Aún puedo arrepentirme —dijo Flore—. No puedo llamar a un sacerdote, pues no tengo nada, ni siquiera un crucifijo para ver la imagen de Dios... ¡Ah, señor —

exclamó alzando unos brazos que parecían dos trozos de madera tallada—, soy muy culpable, pero Dios no ha castigado nunca a nadie como a mí!... Felipe mató a Max, que me había aconsejado cosas horribles, y me mata a mí también. ¡Dios se sirve de él como de un azote!... Portaos bien, porque todos tenemos nuestro Felipe.

—Dejadme solo con ella —dijo Bianchon—. Quiero saber si su enfermedad tiene remedio.

—Si la curásemos, Felipe Bridau reventaría de rabia —dijo Desroches—. Así es que voy a levantar acta del estado en que se encuentra su mujer; no la ha hecho condenar como adúltera, o sea que goza aún de todos sus derechos de esposa. Tendrá que soportar el escándalo de un proceso. Primeramente, haremos transportar a la señora condesa al sanatorio del doctor Dubois, que está en la rue du Faubourg-Saint-Denis, donde recibirá toda clase de cuidados. Después, voy a enviar una citación judicial al conde para que restituya a su esposa al domicilio conyugal.

—¡Bravo, Desroches! —exclamó Bixiou—. ¡Qué alegría produce inventar tan buenas acciones, que producirán tan malos resultados!

Diez minutos después, Bianchon bajó para decir a sus amigos:

—Corre en busca de Desplein; aún puede salvar a esta mujer por medio de una operación. ¡Ah! También conviene enviarla al sanatorio, pues el abuso de licores ha desarrollado en ella una magnífica enfermedad que ya se creía perdida.

—¡Corre, médico guasón! ¿Es que no hay más que una enfermedad? —preguntó Bixiou.

Pero Bianchon ya estaba en el patio, pues se moría de ganas de anunciar a Desplein aquella gran noticia. Dos horas después, la infeliz cuñada de José fue trasladada al decente hospital fundado por el doctor Dubois y que más tarde fue adquirido por la ciudad de París.

Tres semanas después, la *Gaceta de los Hospitales* publicaba el relato de una de las más audaces tentativas de la cirugía moderna, efectuada en una enferma designada por las iniciales F. B. La enferma sucumbió, más a causa del estado de debilidad causado por la miseria que, a consecuencia de la operación.

Inmediatamente, el conde de Brambourg fue a visitar al conde de Soulanges, vestido de luto riguroso, para comunicarle la *irreparable pérdida* que acababa de sufrir. En el gran mundo todos se decían al oído que el conde de Soulanges iba a casar a su hija con un advenedizo de mucho mérito que iba a ser nombrado mariscal de campo y coronel de un regimiento de la Guardia Real. De Marsay dio esta noticia a Rastignac, quien la comentó en el curso de una cena celebrada en el *Rocher de Cancale*, a la que asistía Bixiou.

—¡Esto no llegará a hacerse! —dijo para su capote el agudo artista.

Si entre los amigos que Felipe despreció había algunos, como Giroudeau, que no podían vengarse, cometió el error de ofender a Bixiou, que, gracias a su ingenio, era bien recibido en todas partes, y que era incapaz de perdonar una ofensa. En pleno *Rocher de Cancale*, en presencia de personas serias que cenaban allí, Felipe dijo a

Bixiou, cuando éste le pidió que lo invitase a su fastuosa mansión de Brambourg:

—¡Vendrás a mi casa cuando seas ministro!...

—¿Tendré que hacerme protestante para ir a tu casa? —respondió Bixiou, bromeando, pero se dijo entre dientes—: Si tú eres un Goliat, yo tengo mi honda y lo que es piedras no me faltan.

Al día siguiente, el chusco fue a vestirse a casa de un amigo suyo actor y quedó metamorfoseado, por el poder omnímodo del traje, en un sacerdote de antiparras verdes que se hubiese secularizado; después tomó un coche de punta y se hizo conducir a la mansión de los Soulanges.

Bixiou, tratado de bromista por Felipe, quiso gastar una broma. Recibido por el propio monsieur de Soulanges, ante su insistencia y después de decir a los criados que se trataba de un asunto grave, Bixiou representó el papel de un hombre venerable cargado de secretos importantísimos, Refirió, con voz de falsete, la historia de la enfermedad de la condesa muerta, cuyo horrible secreto le fue confiado por Bianchon, la historia de la muerte de Ágata, la historia de la muerte del tío Rouget, de la que se había jactado el conde de Brambourg, la historia de la muerte de la Descoings, la historia de los fondos robados a la caja del periódico y la historia de las costumbres disipadas de Felipe en sus días de crápula.

—Señor conde, antes de darle a vuestra hija, informaos; interrogad a sus antiguos camaradas, a Bixiou, al capitán Giroudeau, etcétera.

Tres meses después, el conde de Brambourg ofreció una cena en su casa a Du Tillet, Nucingen, Rastignac, Maxime de Trailles y de Marsay. El anfitrión aceptaba con aire muy despreocupado las medias frases de consuelo que sus invitados le dirigían, por su ruptura con la casa de Soulanges.

—Puedes encontrar algo mejor —le decía Maxime.

—¿Qué fortuna haría falta para casarse con una señorita de Grandlieu? —preguntó Felipe a de Marsay.

—¿Para casarse contigo?... No te darían la más fea por menos de seis a diez millones —respondió de Marsay con insolencia.

—¡Bah! —dijo Rastignac—. Con doscientas mil libras de renta podéis aspirar a mademoiselle de Langeais, la hija del marqués; es fea, tiene treinta años y ni un céntimo de dote. ¿No os conviene?

—Tendré diez millones dentro de dos años —respondió Felipe Bridau.

—¡Estamos en 16 de enero de 1829! —exclamó Du Tillet sonriendo—. Trabajo desde hace diez años y aún no los tengo...

—Nos aconsejaremos mutuamente, y veréis cómo entiendo de finanzas —respondió Bridau.

—¿Qué poseéis, en total? —le preguntó Nucingen.

—Vendiendo mis rentas y exceptuando mis tierras y mi hotel, que no puedo ni quiero arriesgar, pues están comprendidos en mi mayorazgo, podría amasar unos tres millones...

Nucingen y Du Tillet se miraron; luego, después de aquella fina mirada, Du Tillet dijo a Felipe:

—Mi querido conde, trabajaremos juntos, si queréis.

De Marsay sorprendió la mirada que Du Tillet había dirigido a Nucingen y que significaba: “estos millones son para nosotros”. En efecto, estos dos personajes de la alta banca estaban metidos en el meollo de la vida política, lo cuál les permitía jugar a la Bolsa, en un momento determinado y sobre seguro contra Felipe, cuando todas las probabilidades le pareciesen estar a su favor, cuando en realidad estarían a favor de ellos. Y el caso no tardó en presentarse. En julio de 1830, Du Tillet y Nucingen ya habían hecho ganar un millón y medio al conde de Brambourg, quien confió plenamente en ellos, pues le parecieron leales y sus consejos acertados.

Felipe, que se había elevado por el favor de la Restauración, engañado principalmente por el profundo desdén que sentía por los civiles, creyó en el éxito de los Decretos firmados el 25 de julio de 1830 y quiso jugar a la Alta; mientras que Nucingen y Du Tillet, que creían en la posibilidad de una revolución, jugaron a la Baja contra él. Aquellos dos zorros abundaron en el parecer del conde de Brambourg y aparentaron compartir sus convicciones, dándole la esperanza de duplicar sus millones mientras se preparaban a arrebatárselos. Felipe se batió como un hombre para quien la victoria valía cuatro millones. Su adhesión fue tan señalada, que recibió órdenes de volver a Saint-Cloud con el duque de Maufrigneuse para celebrar consejo. Esta marca de favor salvó a Felipe; pues el 28 de julio se proponía efectuar una carga para barrer los bulevares de revoltosos y sin duda hubiera recibido una bala enviada por su amigo Giroudeau, que mandaba una división de asaltantes.

Un mes después, el coronel Bridau sólo poseía, de su inmensa fortuna, el hotel, las tierras, los cuadros y el mobiliario. Cometió además la tontería de creer en el restablecimiento de la rama mayor, a la que fue fiel hasta 1834. Al ver a Giroudeau coronel, unos celos muy comprensibles obligaron a Felipe a reingresar al servicio activo. Para su desdicha, en 1835 obtuvo el mando de un regimiento en Argelia, donde permaneció tres años en los puntos más peligrosos, con la esperanza de alcanzar las charreteras de general; pero una influencia maligna, la del general Giroudeau, no le permitía ascender. Convertido en un duro, Felipe extremó la severidad del servicio y fue detestado, pese a su valor, que recordaba el de Murat.

A comienzos del año fatal de 1839, mientras lanzaba una contraofensiva contra los árabes en el curso de una retirada ante fuerzas superiores, se lanzó contra el enemigo, seguido solamente por una compañía, que atacó el grueso de las fuerzas árabes. El combate fue sangriento y encarnizado, cuerpo a cuerpo, y los jinetes franceses sólo consiguieron salvarse en muy pequeño número. Al darse cuenta de que su coronel estaba rodeado, los que ya se encontraban a salvo no creyeron conveniente buscarse una muerte cierta para rescatarlo. Entonces oyeron estas palabras:

—¡Vuestro coronel! ¡A mí! ¡Un coronel del Imperio!

Estos gritos fueron seguidos de espantosos clamores, pero ellos consiguieron

reunirse con el regimiento. Felipe tuvo una muerte horrible, pues le cortaron la cabeza cuando cayó acuchillado por los yataganes.

José, que por esta época se casó, gracias a la protección del conde de Sérizy, con la hija de un antiguo agricultor millonario, heredó el hotel y las tierras de Brambourg, cuyo destino aún no había podido estipular su hermano, que de todos modos deseaba privarlo de la herencia. Lo que más alegría causó al pintor fue la bella colección de cuadros. José, a quien su suegro, que es una especie de Hochon rústico, le amasa todos los días unas buenas cantidades de escudos, ya posee sesenta mil francos de renta. Aunque pinte magníficas telas y preste grandes servicios a los artistas, aún no es miembro del Instituto. A consecuencia de una cláusula en la escritura del mayorazgo, ha pasado a sus manos el título de conde de Brambourg, lo que a menudo le hace desternillarse de risa cuando está con sus amigos, en su taller.

—Los buenos condes tienen buenas costumbres —le dice entonces su amigo León de Lora que, pese a su celebridad como paisajista no ha podido renunciar a su antigua costumbre de volver del revés los proverbios, y que respondió a José, a propósito de la modestia con que éste recibió los favores de la fortuna:

—¡Bah! ¡El apetito viene comiendo!

París, noviembre de 1842.